

UNA HISTORIA CAUTIVADORA...  
UNA SAGA FAMILIAR FASCINANTE AL  
ESTILO DE LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ

# LOS PENWORD

*Arlette Geneve*



INCLUYE

Las espinas del amor  
Lady Penword

©2019 Arlette Geneve

©Photo by Coretin Foucat

Sello: Independently published

Reservado todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Las espinas del amor

PRÓLOGO

INGLATERRA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

INGLATERRA

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[EPÍLOGO](#)

[Lady Penword](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[EPÍLOGO](#)

# **Las espinas del amor**

**FAMILIA PENWORD 1**

**ARTETTE GENEVE**

## PRÓLOGO

*Batalla de Bailén, julio de 1808*

El estruendo había sido ensordecedor, pero al fin había cesado el fragor de la batalla. El silencio hizo su presencia cuando, uno a uno, se fueron apagando los lamentos y quejidos de aquéllos que habían caído en la contienda. La noche se apreciaba caliente y húmeda: el tiempo, en suspenso. Flameaba en el aire el olor de la derrota dolorosa, y la luna de verano, testigo silencioso de la barbarie, mecía su brillo prístino sobre el horizonte que se iba tornando carmesí, como si rindiera humilde pleitesía a los hombres que habían caído vencidos. El trinar lejano de los pájaros rompía el silencio, y lograba que la quietud que oprimía la tierra pareciera menos plomiza. Hedores de muerte se elevaban desde el suelo entre los cuerpos desgarrados y mutilados de los muertos...

¡Había tanta desolación!

La mujer de aspecto frágil recorría uno a uno los cuerpos que yacían inertes bajo sus pies, donde el polvo, mezclado con la sangre y el sudor, envolvía las carnes desgarradas como en un sudario, haciendo que su aspecto resultase opresivo.

¡Había tantos cadáveres!

Era una misión difícil encontrar alguno con vida, pero no perdía la esperanza. Seguía removiendo cuerpos como tantas veces desde que había comenzado esa guerra desoladora: como son todas las guerras sin importar el lugar, el momento o la causa. Sabía que no sería fácil encontrar a un soldado con vida entre el amasijo de carne mutilada. Rostros desconocidos. Una vorágine de identidades que desconcertaba: soldados franceses, ingleses, españoles, pero ella seguía buscando entre los cuerpos esperanzada. Tenía que encontrar a Rodrigo, no sabía si estaría vivo o muerto, tan solo tenía la certeza de que su caballo había caído en la batalla, y rezaba fervientemente para que no estuviese muerto.

—Mi señora, aquí hay alguien que todavía respira —el grito de Luis le hizo volver la mirada de nuevo al horizonte.

El leal sirviente intentaba darle la vuelta a un soldado de casaca roja. Ella encauzó sus pasos hacia él. Inés se acercó silenciosa, un instante después en sus cálidas pupilas asomó un atisbo de compasión por el soldado malherido. Soltó un suspiro más, y lentamente se arrodilló junto al cuerpo inmóvil para comprobar la gravedad de las heridas. Tenía un fuerte hematoma en la cabeza y un corte en el pecho de considerable profundidad. Seguía respirando, aunque con gran dificultad. Morían muchos más hombres por la infección de las heridas que por la pelea misma, y, aun así, muchos conseguían burlar a la muerte para alivio de sus seres queridos, y para hastío de sus verdugos.

—Hay que trasladarlo con sumo cuidado al campamento pues su vida pende de un hilo, pero si tiene que morir, confío que sea mientras sigue inconsciente. —Inés cerró los ojos durante un breve instante—. Te ayudaré, juntos lo cargaremos en la carreta, después seguiré buscando a Rodrigo.

Inés miro al hombre malherido una vez más. Rondaría los cuarenta o cuarenta y cinco años, ya se notaban canas alrededor de un pelo que, a pesar del polvo que lo cubría, se advertía rojizo, y tenía líneas oscuras alrededor de los ojos. La expresión de infelicidad no la borraba la inconsciencia, e Inés volvió a compadecerse de él.

Poseía un cuerpo robusto y era bastante alto, cargarlo en la carreta les costó bastante a los

dos. Por sus galones supo que no era un soldado raso, aunque le extrañó que estuviese en primera línea de batalla. Por regla general los aristócratas ingleses solían quedarse en la retaguardia, no así Rodrigo que se colocaba siempre en primera línea de fuego. Inés conocía demasiado bien el temperamento de los españoles: eran decididos, arrogantes, y altivos, hasta las últimas consecuencias, su hermano, el mayor de todos.



## INGLATERRA

*Whitam Hall, abril de 1826*

John Beresford, sexto marqués de Whitam, tomó asiento atónito. Tenía en sus manos una carta escrita por Inés de Velasco. El sobre, amarillo por el transcurrir del tiempo, tembló entre sus dedos, y no supo calibrar el motivo por el qué llegaba a sus manos tanto tiempo después. De forma lenta rasgó el sobre y sacó la hoja del interior que estaba pulcramente redactada. Comenzó a leerla tan incrédulo como emocionado.

*Estimado John, si supieras cuánto te he extrañado a lo largo de estos años vacíos, cuando mis manos anhelaban tu contacto cálido y sereno. Compartimos algo tan maravilloso, que todavía por las noches duele el silencio que se quedó conmigo tras tu marcha. Llegaste a mi vida cuando necesitaba de un amor tranquilo, que perdurase en el tiempo como una hermosa amistad, y tras meditarlo mucho y valorar los posibles inconvenientes, he estimado necesario informarte sobre algo muy importante. Lamento profundamente no haberte informado antes de su existencia. ¡Tenemos una hija maravillosa! Dulce, alegre, y tan vivaz. Aunque no pasamos mucho tiempo juntos, y nos dijimos adiós sin rencores, sin promesas, es necesario que conozcas el resultado de aquello que sentimos y que logramos juntos. Esta misiva no es una petición ni una orden sino un ruego de consideración para una niña que se merece conocer sus orígenes paternos, conocerte a ti. En un principio luché contra mis sentimientos intentando hacer lo correcto pues tú tenías tu vida en Inglaterra, y yo no podía irme de mi reino, aunque en ocasiones lamenté no haber escuchado tus ruegos insistentes de marcharme contigo. Creo que acerté en mi decisión, aunque te privase de tu hija por tanto tiempo. Si vieras lo bonita que es. Apenas tiene siete meses, pero es tan dulce... qué puedo decir. De corazón espero que me perdones y comprendas lo duro que fue para mí tomar la decisión que tomé en su momento.*

*Tu amiga, y compañera siempre, Inés de Velasco y Duero.*

La mente de John era hervidero de especulaciones. ¡Tenía una hija! Era maravilloso, también aterrador. Jamás imaginó que algo así pudiera sucederle. Su querida Inés, cuántos años suspirando por ella, cuántos ruegos y cartas instándola a que regresara a él: cartas de respuestas silenciosas, y después de tanto tiempo le hacía saber que de aquel amor maduro había nacido una hija. La ansiada hija que no pudo tener con su esposa Karen, muerta tantos años atrás.

Estaba emocionado, estaba confuso, estaba en el cielo.

John valoró la forma idónea de explicarles a sus tres hijos que tenían una medio hermana. De repente, comenzó a reír incrédulo: cuatro generaciones de Beresford sin engendrar una hija, solo varones, y de pronto se le concedía la gracia de tener una. Si Dios lo permitía, iba a conocerla muy pronto.

Su pensamiento recorrió veloz el camino andado dieciocho años atrás. Su alistamiento en el ejército tras la muerte de su esposa a causa de unas fiebres. A la impotencia se sumó la rabia, también, el llanto de sus tres hijos, así como la acusación callada de sus ojos, pero él decidió partir a un reino desconocido, y a combatir en una guerra que no era suya. Recordó su caída en el campo de batalla, y la hermosa Inés rescatándolo tras recibir una herida de guerra que lo mantuvo en la inconsciencia durante varias semanas.

Evocó la incapacidad que sufrió al no poder hablar o moverse durante meses, sabiendo que en su casa lo darían por muerto pues de ninguna forma podía comunicarse con sus hijos. Todavía lo enternecía el tierno cuidado con el que fue atendido por las manos suaves y cálidas de Inés. Sus hermosos ojos, su bella sonrisa, y esa entrega altruista. ¿Cómo reparar en esos gestos sin enamorarse, sin lanzarse a un amor tardío a pesar de las consecuencias?

Fue muy duro tener que dejarla pues ella no se sentía capaz de abandonar a los suyos. Y resultó desgarrador volver a comenzar de nuevo una vida en solitario.

De pronto, un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Padre, ¿me da su permiso? Necesito que firme unos documentos —Christopher, el mayor de sus hijos, asomó la cabeza por la hoja entreabierta que comunicaba la biblioteca con el despacho—. Se le ve algo pálido. —John negó con la cabeza y volvió a levantarse del sillón.

—Acabo de recibir una noticia sorprendente. Creo que me vendría bien un poco de coñac —Christopher le sirvió a su padre una copa del licor espirituoso mientras lo miraba de hito en hito. Lo veía alterado e ignoraba la razón—. ¿Cómo puedo explicarte? ¿Me entenderás, hijo? —preguntó John mientras comenzaba a relatar el contenido de la carta que había recibido.

Un poco de tiempo después, Christopher estaba enmudecido. Miró largamente a su padre apenas sin pestañear. ¿Por qué no le había dicho nunca una palabra de lo ocurrido en su larga estancia en el reino de España? Se preguntó de qué forma afectaría a su vida semejante revelación. Pensó en sus dos hermanos y en lo cómoda y apacible que transcurría la vida para los tres. Era asombroso lo que unas palabras podían cambiar la vida de una persona. No podía controlar los sentimientos contradictorios que le habían provocado la carta escrita a su padre, aunque lo veía realmente feliz: esos ojos azul claro no reían a menudo. Podía palpar el deleite con el que había recibido la noticia. Y se preguntó qué pretendería esa mujer al revelar todo de forma abrupta. ¿Y por qué en el presente y no en el pasado? Christopher se sentía escéptico. ¡Una hermana, y española! Le pareció increíble. Con lo belicosos que se mostraban los españoles con ese carácter extrovertido endemoniado.

Carraspeó ciertamente molesto.

—¿Qué piensa hacer al respecto? —le preguntó.

El padre miró al hijo desconcertado.

—Viajar al reino de España. Deseo fervientemente conocerla. Confío y espero que su madre le haya hablado de mi existencia. Quiero explicarle que tiene tres hermanos mayores y que... —John suspiró con vacilación—. Christopher, ¡ayúdame con tus hermanos! Necesito más que nunca que me apoyes en esto —la voz de John era de súplica.

—Padre, presiento que se está precipitando en sus conclusiones —Christopher calló un momento—. No sabe con seguridad si en verdad es hija suya. Debería cerciorarse antes de emprender un viaje tan largo estando su salud tan delicada —el argumentó sonó razonable.

—Soy consciente de todo eso que mencionas, pero tengo una excusa válida para reencontrarme con Inés. Compartimos algo realmente excepcional, y de solo pensar que de aquél sentimiento ha nacido una hija. Comprenderás mi ansiedad y apremio por partir.

—Intento comprenderlo, solo le pido que no se precipite. Las personas suelen cambiar con el paso de los años, y han pasado muchos desde entonces —John miró a su hijo de forma directa y con cierta ansiedad en las pupilas.

—¿Qué escondes tras esa reticencia? Inés es una mujer de honor intachable. Jamás oí de sus labios una queja o un lamento. Siento un profundo dolor por los años perdidos, y sin saber de la existencia de nuestra hija hasta hoy, pero estoy convencido de que Inés tenía un motivo ulterior para guardar silencio —Christopher carraspeó incómodo.

—¿Me dejaría leer la carta? Soy consciente de que es algo personal, no obstante... —John le tendió la misiva sin titubear, miró a su hijo mientras la releía con ojos expectantes, también con nervios en el estómago—. Padre, pienso que debería leer entre líneas —Christopher vio la confusión de su John y suspiró largamente—. Quizás la propia Inés desconoce que se la han enviado, incluso es posible que... —el hijo calló al ver el rostro demudado de su padre al contemplar por primera vez esa posibilidad.

John se levantó del asiento y caminó hacia el hogar encendido. En la estancia hacía calor, no obstante, un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Nunca se había recuperado totalmente de las heridas. Aunque el tajo en el costado había sido casi mortal, había cicatrizado por completo, sin embargo, el golpe recibido en la cabeza era el que le había dejado secuelas. A menudo sufría unas fiebres que lo dejaban paralizado y metido en cama durante varios días, y, tras sufrir un infarto, su salud estaba muy resentida. Comprendía la preocupación de Christopher, tras esa última observación, se había quedado anonadado. Ante la magnitud de la noticia no se había percatado de que era posible que la propia Inés no estuviera viva. No se atrevía a pensar siquiera en la posibilidad, aunque nada le haría cambiar de idea. Viajaría de nuevo allí, y conocería a su hija, y si Dios lo permitía, la traería a Inglaterra consigo. Miró a su primogénito, vio sus ojos cargados de reproche, y, a pesar de su resolución, se descorazonó. Sabía lo dolido que debía de sentirse. La noticia era en verdad sorprendente, pero él jamás creyó necesario revelarles a sus hijos el profundo amor que había sentido por otra mujer. Inés lo dejó marchar, y él intentó recuperarse de la herida profunda que sintió por su negativa a acompañarlo. Tenía que haberla obligado, ser más contundente, pero la quería y la respetaba demasiado para obviar los lazos tan fuertes que la unían a su familia y a su reino.

John soltó un profundo y largo suspiro, pero, ¡tenía una hija! Sintió un deseo acuciante de verla, de conocerla, y pensaba hacerlo cuanto antes. De pronto, un dolor agudo y paralizante se extendió por su brazo izquierdo. John sintió que una garra le estrujaba el corazón y le impedía respirar. Se llevó la mano al pecho y cayó al suelo con un golpe sordo. Christopher maldijo por lo bajo. Corrió hacia donde había caído su padre, y, con un fuerte grito, llamó pidiendo ayuda.

# CAPÍTULO 1

*Ciudad de Ronda, Andalucía, Reino de España*

La muchacha disfrutaba como nunca. Le encantaba ver a su aya fruncir el cejo y lanzar maldiciones en su lengua natal: la lengua de los gitanos, y eso sucedía en ese preciso momento. Aurora se había negado en redondo a permitirle a ella que se metiera en el río. Tanteó con el pie desnudo una roca antes de asegurar el paso. El precario equilibrio logró arrancarle una risa juvenil. El río fluía manso a un lado de los cañizos donde pretendía llegar si lograba no caerse. Sabía que la profundidad era muy poca. No había peligro de que la corriente la arrastrara porque el agua apenas le llegaba a la cadera. Cuando alcanzó el lugar exacto donde Eulalia conseguía recoger las plantas que necesitaba para algunas de sus cocciones, esperó con paciencia a que la arena removida por sus pies volviese a posarse en el fondo.

Eulalia levanto la vista un momento de las flores que estaba cortando con sumo cuidado, y contempló con cierta resignación que su niña estaba arrancando matojos inservibles.

—*Jahivé*<sup>[3]</sup>, estás cogiendo hierba inservible —Aurora le sonrió con picardía a la persona que se había ocupado de ella desde su nacimiento.

—Sabes que estoy dispuesta a aprender y conocer todos tus remedios medicinales. Manuel me está ayudando mucho con las definiciones de las hierbas en latín, pronto tendré terminado el manual sobre curación mediante hierbas. La gente conocerá y apreciará el enorme trabajo que hemos realizado los tres.

Eulalia suspiró más contrariada que orgullosa.

—Has de llamar al muchacho como corresponde, mi niña: Emmanuel La Housaye. Sabes que su padre detesta oír el nombre de su hijo en nuestra lengua.

Aurora hizo un alzamiento de hombros. Manuel era su mejor amigo.

—Siempre regañándome —protestó con energía—. Manuel detesta que lo llame por su nombre francés —Eulalia ignoró este último comentario—. He leído en un libro que me ha prestado el sanador Jared sobre la curación mediante arcilla roja. Estoy deseando poner en práctica sus propiedades. ¿Sabes que aquí tenemos mucho de ese polvo colorado? Pienso preparar la cataplasma tal y como se explica en el libro. Manuel está de acuerdo en utilizarla.

—Y su padre te despellejará viva si te ve untando a su muchacho con barro lodoso tenga el color que tenga —matizó Eulalia.

—Ciertamente que su padre es un tanto cascarrabias, pero qué se puede esperar de un gabacho —Aurora soltó la crítica sin el menor disimulo.

Los españoles todavía tenían muy presente la invasión de Napoleón. Apenas habían pasado tres lustros desde la guerra que había dejado al reino desmembrado: vencido y sumido en la miseria.

—Emmanuel es francés, y ese detalle lo ignoras a tu conveniencia —le explicó la mujer.

Aurora cabeceó mohína al escucharla.

—Manuel es nacido en Andalucía, de madre y abuelos españoles —con esas palabras confiaba que Eulalia dejara de regañarla.

—Un día ese gabacho te meterá en un buen lío —sentenció Eulalia. De pronto se oyó una fuerte exclamación, Eulalia la miró asustada—. ¿Estás bien, mi niña?

—Solo he resbalado con una piedra, aunque si me hubiese caído no pasaría nada porque en

esta parte del río no hay mucha profundidad.

—Si tu tío te viese en este momento, quitaría el resuello de mi garganta.

Aurora volvió a reír divertida.

—Pero olvidas que yo no pienso decírselo —Eulalia no pudo evitar una murmuración maliciosa.

—Dios permita que ese culo respingón bese el lecho del río —apenas terminó de pronunciar las palabras, cuando la muchacha resbaló y quedó tendida con el agua hasta la garganta.

Eulalia reía con auténtico regocijo pues nada le gustaba más que chincar a esa tunante y descarada a la que amaba con todo su corazón.

—Ahora sí que tengo un problema. ¿Cómo voy a entrar en la casa sin que me vean chorreando agua?

—Debería preocuparte más tu abuela pues tienes a tu tío bebiendo de tu mano.

—Sabes que adoro al tío Rodrigo, soy yo la que bebe el agua de su mano.

—Yo diría que ahora lo único que bebes es el agua del río —Eulalia no cesaba de reír viendo a su pupila mojada hasta los huesos. Por cierto que en un año había cambiado mucho. Qué orgullosa se sentiría su Inés si la viese, era tan parecida a su hermano que más parecía una hija que una sobrina.

Miró de forma resignada cómo la muchacha se quitaba la falda y la escurría sin ningún tipo de pudor. Como siempre, no llevaba más que la enagua. Doña María, la abuela de la muchacha, podría recibir una fuerte impresión si la viera vestida como una gitana. Aurora tenía la piel dorada de tanto exponerse al plumizo sol andaluz, pero hacía un contraste muy hermoso con el pelo cobrizo. Y adoraba sus ojos, del color del oro viejo, «ojos de gata de pueblo», como la llamaba Diego. Eulalia suspiró porque el oficial estaba enamorado de ella desde que dejó de ser una niña, sentimiento que Aurora correspondía. Era un buen hombre. Con un corazón noble y de sentimientos profundos, pero ella había visto que ese amor no podía ser, y debía decírselo a su niña, aunque lo haría en un futuro cercano.

Siguió contemplándola en silencio mientras Aurora se secaba con la cara levantada hacia el sol. Las horquillas se le habían desprendido del cabello, y la larga melena cayó hasta su estrecha cintura que terminó mojada y llena de rizos incontrolables.

Eulalia volvió a suspirar.

Rodrigo de Velasco y Duero, conde de Ayllón, se encontraba de pie mirando el patio a través de la ventana. Tenía las manos entrelazadas en la espalda, y se percibía la tensión en los hombros.

—No puedes pedirme algo así, no lo aceptaré —la profunda voz sonó con un deje airado.

Rodrigo se dio la vuelta y miró a la mujer de forma penetrante.

—Hijo, no estás siendo razonable, lo sabes. Te arranqué una promesa hace mucho tiempo, y ha llegado el momento de que la cumplas —la voz de María sonó engañosamente suave, pero las palabras dejaban traslucir una determinación poco usual en una mujer de su edad.

—¡Es mi sobrina, y no permitiré que se marche! —sentenció Rodrigo con voz seca aunque respetuosa.

—¡Antes que tu sobrina es mi nieta, y haré que cumplas tu promesa, te guste o no! —contraatacó la mujer.

—Jamás daré mi consentimiento. Usted mejor que nadie conoce mis motivos, además, es mi heredera.

—¿Y qué harás con tu título? ¡No puede heredarlo! —la exclamación certera de su madre

logró arrancarle una mueca a Rodrigo.

—Mi título pasará a su primogénito a su debido tiempo. Aurora es la heredera de mis propiedades, y lo poco que queda de mi fortuna.

María resopló indignada.

—Antes tendrá que casarse, y la educación tan arbitraria que le has dado va a ser un enorme obstáculo para ello —Rodrigo la miró con fijeza.

—Madre, mi respuesta sigue siendo no.

—Se merece conocer a su padre —continuó empecinada.

—Madre... no hay nada más que añadir —Rodrigo comenzó a avanzar para alcanzar la puerta y salir de la sala.

Se sentía herido en sus sentimientos fraternales. Su hermana melliza nunca quiso revelar el nombre del padre de su sobrina, y descubrirlo de esa forma tan repentina, lo enfurecía. En un principio se molestó, incluso le increpó, pero Inés se mantuvo firme y se negó a facilitarle información al respecto, y ahora su madre esperaba que dejara marchar a su sobrina a un reino lejano y con gente desconocida, ¿qué pretendía con ello?

—¡Espera, hijo! —suplicó María con voz atormentada—. Sé que te sientes molesto por mi determinación —él, la miró una vez más, y detuvo sus pasos.

—Suavizarlo ahora es inútil, pero todo está dicho: mi sobrina no marchará a ninguna parte, acéptelo cuanto antes.

—Ya es tarde. Hace semanas que envié una carta que la propia Inés me dejó poco antes de morir. Me arrancó la promesa de enviarla cuando su hija fuera a cumplir los dieciocho años. Fue su última voluntad, y soy persona que honrar a los muertos. Es posible que pronto vengan a reclamarla.

—Madre, ¿por qué? —atajó Rodrigo con voz dolida.

—Es nuestro deber decírselo y aceptar su decisión. Créeme, me pesa en el corazón la promesa que le hice a tu hermana, pero debe conocer a su padre, además, debe de tener hermanos, tíos, y primos. Pienso que es una razón válida para que cedas.

—¡Es un maldito inglés!, y no cambiaré de opinión al respecto —la mirada de Rodrigo seguía siendo colérica, con un atisbo de decepción en su profundidad.

—¿Se lo dirás al menos? —preguntó María de forma vacilante.

—Es la única palabra que he prometido, y soy hombre de cumplirla. —Dicho esto Rodrigo abrió la puerta, salió al vestíbulo con grandes zancadas, y dando muestras de un disgusto enorme.

María suspiró cansada. Sentía un profundo amor por su hijo, y conocía sobradamente sus razones para no querer que Aurora se marchara a Inglaterra. Por culpa de un inglés cobarde casi pierde la vida, aunque el rencor no era buen consejero. Apenas quedaban restos del muchacho valiente, confiado y risueño que fuera una vez. Solo existía una persona capaz de conmoverlo, y había volcado en esa persona todo su afecto. La había vuelto insolente, temeraria. Demasiado ávida por vivir y experimentar, cualidades que en una joven de su alcurnia podían convertirse en un verdadero problema.

Pero una hija debía conocer a su padre.

María se incorporó y se acercó a la ventana. Vio a su hijo cruzar el patio interior y pasar a su despacho. No se detuvo un instante a contemplar las bellas flores que desprendían un dulce aroma, y que llenaban de color la zona de la casa que más le gustaba. María ladeó la cabeza al sentir que una lágrima rodaba por su pálida mejilla, aunque cuadró los hombros, se alisó la falda del vestido y llamó desde la ventana a Eulalia cuando la vio pasar hacia las dependencias de los sirvientes.

—¿Qué te tiene tan turbado? —el oficial, apoyado en el marco de la ventana que daba al patio interior, miraba al que consideraba su mejor amigo. El cejo fruncido le indicaba que algo no andaba bien. Rodrigo se encontraba de espaldas a la mesa, mirando sin ver los cientos de libros que llenaban la biblioteca de la pared—. Estás comenzando a preocuparme, y sabes que eso no es fácil.

Rodrigo suspiró antes de hablar.

—La corona cree que le estoy pasando información a los carlistas, y esas sospechas me tienen entre la espada y la pared, apenas puedo moverme sin que me vigilen, y esta situación se está volviendo insostenible —Diego mostró la sorpresa que la declaración de su amigo le provocó.

—Eso es demencial —miró al conde con asombro—. Eres un hombre íntegro, de honor incuestionable. Se podría dudar de cualquiera, pero no de ti —Rodrigo hizo un gesto resignado apenas perceptible—. ¿Qué piensas hacer al respecto? —había duda en la voz de Diego.

—Ser un hombre práctico y mantenerme al margen. La corona está arrestando a todo aquél que le entorpece en su marcha hacia una completa sumisión del pueblo, y ahora no estamos en condiciones de hacerle frente.

—¿Temes por tu familia? —la pregunta sonó preocupada.

—A la corona solo le interesa que no se cuestione las decisiones arbitrarias que toma, y, si ha de pasar por encima de todos para que así sea, no dudará en efectuar las oportunas detenciones de los disidentes —Rodrigo hizo una honda inspiración y continuó—. Estoy preocupado por la seguridad de mi casa porque si algo me ocurriese ignoro qué sería de mi madre y de mi sobrina. Tengo la obligación de velar por la seguridad de ambas, y la forma de protegerlas me mantiene en una encrucijada.

Diego asintió con la cabeza atónito.

—Percibo que te preocupa algo más —Rodrigo asintió.

—Acabo de hacer una promesa que no estoy seguro de poder cumplir. Tengo en el estómago una sensación inquietante: un presentimiento nefasto, y no importará lo que haga, o lo que decida, estoy convencido de que será una decisión desacertada. Sinceramente, no sé de qué forma actuar.

Diego se tensó involuntariamente.

—Si sigues yéndote por las ramas conseguirás crisparme los nervios.

Rodrigo se volvió y miró la cara de Diego. Vio la expresión preocupada de su rostro.

—Ahora por fin sé quién es el padre de mi sobrina, y mi madre me ha recordado una promesa que me arrancó hace muchos años.

Diego se atragantó con el vino que estaba tomando.

—¡Bromeas! —la sorpresa en la voz de Diego era innegable.

—¿Crees que bromearía con algo semejante? —Rodrigo escrutó el semblante serio del oficial, y, viendo que éste continuaba sin dar crédito a lo dicho, continuó—. ¡Es un maldito inglés! —se mesó el pelo castaño de forma automática, en un gesto casi idéntico al que usaba su sobrina para ordenar sus rebeldes rizos. Diego seguía sin poder articular palabra. Continuaba observando, deduciendo—. Agradezco tu silencio aunque no me ayude mucho.

—Mis palabras son lo último que necesitas en este momento, no obstante, no debería sorprenderte tanto la noticia.

—¿Que no debería..? ¡Esto es inaudito! —exclamó Rodrigo—. ¿Acaso soy el único escéptico con respecto a este asunto?

—No he dicho tal cosa ni he pretendido ofenderte —respondió Diego de forma conciliadora—. Ambos suponíamos que el padre de Aurora podría ser extranjero. Es un hecho indiscutible que

es demasiado alta, y aunque tiene el color de tus ojos, muchos de sus rasgos deben ser herencia paterna porque no se parece en nada a Inés.

Rodrigo lo miró severamente.

—Ambos somos muy parecidos —arguyó de forma categórica.

—Es cierto, tiene tu impulsivo temperamento, tu color de ojos, y hasta tu misma impaciencia —concedió Diego—. Y por cierto, que tu sobrina anda medio escondiéndose por el patio. ¿Qué nueva chiquillada habrá cometido? —Rodrigo se giró de golpe, en dos pasos alcanzó la ventana que daba al bello patio andaluz, y donde las numerosas plantas y la fuente de agua transmitían una sensación de paz. Llegó justo en el momento que Aurora miraba por detrás de una de las columnas de mármol, aceleraba el paso e intentaba pasar agachada por debajo de la ventana del cuarto de costura donde se oía a su abuela hablando con Eulalia. En sus prisas volcó una planta de geranios rojos, y, sin esconder una maldición, se agachó todavía más y recogió con prisas la tierra volcada. Cuando hubo reparado el daño cometido, respiró e intentó avanzar de nuevo hasta que oyó a su abuela que se acercaba a la ventana. Gimió interiormente y se sentó en el fresco suelo, aprovechó el momento para sacudirse los pies desnudos y manchados de las hojas secas que había aplastado al caminar descalza. Cuando la presencia de su abuela se alejó de la ventana, Aurora se alzó apenas un poco para no ser vista, y desapareció por la puerta de la cocina sin que la descubrieran, y sin sospechar que dos pares de ojos no se habían perdido detalle.

—¿Has visto lo mismo que yo? —Diego no podía disimular el regocijo en la voz.

—Ya ha estado gitaneando otra vez. Debería sentarla sobre mis rodillas y darle una buena tunda —murmuró Rodrigo en voz alta.

—Creo que es un poco tarde para eso —la sonrisa de Diego se estaba haciendo cada vez más amplia.

Rodrigo se había fijado en su pelo mojado. En el ruedo de su falda embarrado y sucio, en el desgarrón del tejido a la altura del hombro izquierdo.

—En ocasiones creo que he educado a un muchacho, y me arrepiento con toda mi alma.

Diego rio por el pesar que anunciaba el tono de Rodrigo..

—No debes sentirte culpable amigo mío, Aurora es una joven acostumbrada a salir airosa de cualquier percance, y, eso, en vez de pesarte, debería hacer que te sintieras aliviado. Aurora sabe defenderse gracias a ti, y nada quebrará ese espíritu retador que posee. —Rodrigo asintió con la cabeza, y Diego continuó con su apología—. Además —recalcó—, sus amigos han sido la mayoría de las ocasiones militares, por eso es del todo razonable que haya aprendido a soltar la lengua sin pudor. A uno termina gustándole esa forma de lanzar puñales con la boca. —Rodrigo negó con la cabeza.

—Cuando en ocasiones la oigo maldecir creo que mi hermana melliza se levantará de su tumba para pedirme explicaciones por su comportamiento —Diego terminó por soltar una carcajada al escuchar al conde—. Su sentido del humor es desquiciante, bromea constantemente, y uno nunca sabe cuándo habla en serio.

—Amigo mío, creo que acabas de tener un golpe de suerte inesperado. —Rodrigo miró a Diego con duda sin comprender sus palabras—. Tu madre acaba de darte el arma para garantizar la seguridad de tu casa. —Rodrigo comprendió de inmediato.

El padre de Aurora deseaba que la enviara a Inglaterra, allí estaría protegida de la corona.



## CAPÍTULO 2

Aurora contemplaba a su amigo con candor. Le ofrecía una mueca apaciguadora mientras le extendía en el pie el unguento especial que le había preparado Eulalia con las hierbas medicinales, y que ahora ella usaba. Manuel la acompañaba en sus travesuras, y, en una de ellas, terminó lastimándose la rodilla, afortunadamente, no se había roto ningún hueso. El pie estaba casi curado. Las cataplasmas de arcilla roja habían funcionado, y ella quería bailar de alegría. Se había reducido la hinchazón casi por completo. Aurora era conocida por ayudar a su aya en atender a personas de clase humilde, y su altruismo comenzaban a alcanzar cierto renombre. Eulalia tenía una buena reputación como curandera, ella también ya que solía visitar a los pobres que no podían permitirse pagar los servicios de un sanador. Los atendía con hierbas y ungüentos que les preparaban tanto Eulalia como el médico judío que era gran amigo de su tío Rodrigo. Su fama estaba alcanzando otras localidades cercanas a Ronda, y cada jueves por la tarde, el doctor judío, Jared Quenan, le prestaba una zona de su consultorio para que ella atendiese a las personas que venían expresamente a por hierbas y ungüentos.

Aurora terminó de vendar el pie, cerró el tarro, y miró a los ojos de Manuel de forma directa y sonriente.

—Las últimas fricciones debes dártelas tú, y ahora tengo que marcharme antes de que mi abuela me eche en falta —Aurora calló un momento—. Se supone que debería estar bordando el ajuar junto a ella. —La voz de Aurora sonó alegre como casi siempre—. Ahora, deja de hacerte el enfermo, mueve tus posaderas gandulas, y dame las gracias por mi inteligencia.

—Se dice débil. —Manuel la miró con verdadera adoración. Aurora lo miró con censura tras la corrección.

—Estoy cansada de que me corrijas siempre. Mi uso del vocabulario es correcto, aunque me guste repetir esas expresiones que le escucho a Eulalia.

—¡Eres única, asombrosa! —El muchacho en un impulso le declaró—. ¡Estoy terriblemente enamorado de ti! —Aurora lo miró un instante sorprendida por la revelación, pero fiel a su naturaleza impulsiva, decidió no tomárselo en serio, y, una vez más, lo acicateó como era su costumbre.

—¡Qué palabra tan horrible amigo mío! *Locamente, muy, totalmente*, son adjetivos más acordes a una palabra tan sublime como «enamorado», pero, «terrible», qué forma más cruel de describir un sentimiento tan profundo como el amor.

—¿Cuándo me tomarás en serio? —le preguntó al mismo tiempo que chasqueaba la lengua decepcionado por la respuesta femenina.

—Cuando el reino de España se anexe el reino de Francia como territorio conquistado.

Ella tenía en mente la guerra que sufrieron los españoles por culpa de los galos.

—Te daría Francia envuelta en papel de regalo. —El tono de Manuel sonó lastimero. Miró de forma intensa los rizos rebeldes. La boca voluptuosa, y un deseo irreprimible se apoderó de él. La pilló desprevenida e intentó besarla, pero ella lo conocía demasiado bien y pudo desprenderse de su abrazo sin esfuerzo.

—¡Emmanuel, pero qué haces! —Aurora lo miró con dulzura y determinación—. Eres mi mejor amigo, no estropees algo tan lindo.

—Solo me llamas Emmanuel cuando te enfadas conmigo, sin embargo, sigo confiando en que algún día me quieras tanto como yo te quiero a ti.

—Si te quiero muchísimo *mon chiot*. —Los ojos de Aurora se dulcificaron.

—No me llames así, por favor, detesto el apodo y que me hables en francés para tranquilizarme —respondió ofendido—. No puedo evitar desearte, eres la mujer más bella que he conocido. Te amo desde siempre.

Aurora miró a su amigo de forma larga y profunda. Todavía recordaba al niño rubio y callado del que se burlaban el resto de niños en la escuela. Ella había salido en su defensa tantas veces que había perdido la cuenta. Manuel había sido un niño sosegado, de carácter tranquilo, todo lo contrario de ella, y en Aurora había encontrado un alma en quien confiar. Una amiga para jugar y reír. A sus veinte años se había convertido en un mozo muy apuesto. Era increíble lo que se parecía a su padre en la altura y en el color del pelo, afortunadamente, el carácter, la sonrisa y los buenos sentimientos eran herencia española. Su madre, Esperanza, había sido una mujer muy dulce. El que ambos fuesen huérfanos de madre los había unido en un lazo fraternal de lealtad y camaradería, pero ello se estaba convirtiendo en algo imposible desde que Manuel se creía enamorado de ella.

—¿Por qué me miras así? Sabes que no pretendía ofenderte. Eres muy importante en mi vida como para lastimarte. —En la voz de Manuel había un timbre de incertidumbre y pesar que no pasó inadvertido para ella.

—No me siento ofendida sino halagada, y seguiré siendo tu amiga siempre.

El muchacho terminó suspirando.

—El hombre elegido por tu corazón será muy afortunado, pero lo mataré —le dijo él.

—¿Piensas que te lo permitiría? Siempre protegeré al hombre que elija mi corazón.

La sonrisa de Aurora se hizo más amplia porque pensaba en Diego Vilchez de Soriano, el atractivo oficial que le había robado el corazón.

Estaba nerviosa. La espalda de su tío era imponente, y él seguía mirando por la ventana en actitud silenciosa. Suponía que la había pillado en falta, y nada la entristecía más que enojarlo, y menudo enfado debía de tener cuando necesitaba tanto tiempo para calmarse antes de regañarla. Impaciente, comenzó a golpear el suelo con el pie en un tac-tac que lograba exasperarlo aunque lo hacía de forma inconsciente. Rodrigo se dio la vuelta y la miró. Ella vio en el fondo de sus pupilas arrepentimiento. Algo no andaba bien porque su tío jamás la miraba con ese aire ausente de reproche. ¿Qué se suponía que había hecho? Lo ignoraba, pero, con cada segundo que pasaba, la piel comenzaba a transpirarle de inquietud.

Rodrigo finalmente tomó asiento.

—Tío, puedo asegurar que lo que sea que te hayan dicho, no es cierto, al menos no del todo.  
—La voz de Aurora sonó vacilante.

Rodrigo la miró de forma larga y pausada. Su mano enroscaba un rizo que le caía por el hombro hasta retorcerlo sin piedad. Estaba sentada en el borde del sillón ansiosa por escapar de la supuesta regañina que esperaba recibir, pero nada más lejos de la verdad. Suspiró de nuevo.

Estaba furioso con su hermana, era un enfado que duraba ya muchos años. Inés nunca se recuperó del parto porque Aurora había sido un bebé muy grande para la frágil constitución de Inés. Tras el alumbramiento, que había durado cuatro días, Inés no volvió a levantarse de la cama, y falleció meses después llevándose el nombre del padre a la tumba, o eso al menos creía él. Comprendía en parte la negativa de su hermana a revelárselo, aunque no por eso le dolía menos. Siempre habían estado muy unidos, y debido a esa lealtad le juró que protegería a su sobrina con su vida. Que la cuidaría como si se tratara de su propia hija, y, lo que tenía que hacer a continuación, le atenazaba el corazón hasta un punto insospechado.

—Ha llegado el momento de que conozcas algo que yo he ignorado hasta hace poco.

—¿Nada de regañinas? —la pregunta de la muchacha sonó esperanzada.

—Si te refieres a gitanear por la calle haciendo fechorías como atormentar a nuestro vecino La Housaye manipulando a su muchacho para que te acompañe en tus escapadas y trastadas, no, eso lo dejo para tu abuela, y te espera más tarde una buena, créeme. —Rodrigo suspiró de nuevo antes de continuar—. Lo que tengo que decirte no va a resultar fácil para ninguno de los dos, tan solo espero que te comportes a la altura de tu madurez.

Aurora entrecerró los ojos. El discurso de su tío era demasiado diferente a lo que estaba acostumbrada. Los ojos serios de él anunciaban tormenta, pero ella deseaba dar ligereza a las palabras que pronto le diría su tío, y que estaba convencida de que no le iban a gustar en absoluto.

—No ingresaré en la orden de las Carmelitas para aprender a dar los puntos de cruz correctamente por más que la abuela se empeñe en ello.

Rodrigo sonrió por la ocurrencia tan descabellada.

—Eres la persona más irreverente que conozco para ingresar en una orden sagrada, y todo gracias a tu aya Eulalia. —Aurora le mostró una sonrisa franca—. Seriedad por un momento mochuelina —a ella le encantaba el apodo cariñoso por el que la llamaba su tío desde niña—. Debemos tratar un asunto importante, y no puedo hacerlo si sigues comportándote como una pilluela.

—Lo siento, sabes que forma parte de mi carácter. —La disculpa fue bastante sincera pero inútil—. Créeme si te digo que no me impacientaré hasta que acabes con la explicación que debes darme.

Rodrigo rio a pesar suyo.

—Tu abuela habló esta mañana conmigo y me arrancó una promesa de respetar tu decisión sin importar lo que yo piense al respecto.

Aurora lo miró extrañada.

—¿La abuela ha hecho...? ¿Respetar...? No comprendo —las cejas bien dibujadas de Aurora se levantaron de sorpresa.

—Tu padre no está muerto como creíamos, está vivo y es inglés —soltó Rodrigo de sopetón.

Aurora se quedó muda de la impresión. Inspiró una y otra vez hasta que el aire volvió a circular de nuevo por sus pulmones. Intentó hablar sin conseguir que ningún sonido saliese de su garganta. Se asustó de veras, porque esa noticia podía significar grandes cambios en su vida, y en un solo instante decidió que no quería saber nada más.

—Tío... no me importa —la voz le salió temblorosa. Rodrigo se compadeció.

—He dado mi palabra, permíteme que la cumpla.

Aurora se levantó y se acercó al sillón donde estaba sentado su tío, se apoyó en el brazo como cuando era una niña. Descubrir que su padre no estaba muerto ya era una sorpresa, pero, ¡inglés! De todos los infortunios impensables era el más inconcebible. La mano de Rodrigo acarició el pelo de su sobrina de forma tranquilizadora, sabía la incertidumbre que debía sentir, y deseó con todo el corazón poder borrar sus palabras.

—Aunque la abuela me ha tenido en la ignorancia hasta el día de hoy, conocerlo no cambia nada —contestó ella.

El tono de voz sonaba igual al de su tío cuando estaba preocupado.

—Sí, lo cambia, pero ella te explicará. —Aurora giró la cabeza, y contempló a su abuela que cruzaba la puerta de la biblioteca y se aproximaba con paso silencioso hasta ponerse frente a ella. En sus ojos había compasión.

—Sé que es duro para ti lo que acabas de oír, y lo siento mucho.

—¡Lamentarlo, resulta inútil! —respondió la nieta. María acalló una sonrisa: su hijo solía decir esas mismas palabras y con el mismo tono—. Aunque no me importa quién sea mi padre. ¿Puedo marcharme ya? —La pregunta sonó impetuosa.

Rodrigo advertía el miedo en la voz de su sobrina.

—No, no puedes irte todavía, pasa Diego —Rodrigo alzó los ojos por encima de la cabeza de su madre, y le indicó a su amigo en un gesto para que se acercara.

El corazón de Aurora estaba medio desbocado. Durante mucho tiempo le habían hecho creer que su padre, un soldado valiente, había muerto en la batalla de Bailén donde murieron tantos soldados españoles, y ahora se encontraba la nueva de que no era así. Las preguntas que pugnaban por salir de su boca las ahogó en un intento por serenarse. Observó con cautela la entrada de Diego en la sala. Como siempre le ocurría cada vez que lo veía, un aleteo de mariposas en su estómago comenzó a darle alas a sus pensamientos. Miró de soslayo sus ojos castaños. Ese aire varonil que solo poseen los hombres seguros de sí mismos. El pelo lo tenía negro y espeso. Lo llevaba demasiado largo para un militar y le hacía parecer un bandolero. No era excesivamente alto, ambos se miraban a los ojos de frente, pero ella, ¡lo amaba!

—María... Rodrigo... Aurora.

El saludo se volvió lava candente cuando los ojos masculinos se posaron en ella dos segundos más de lo acostumbrado haciendo que la piel de ella enrojeciera.

—Tomad asiento —les indicó Rodrigo a los tres.

Como solo había dos sillones frente al gran escritorio, Aurora optó por mantenerse de pie cerca de la chimenea. Con aire distraído sus dedos comenzaron a acariciar la repisa de mármol, y no se dio cuenta de las cábalas que estaba haciendo Diego mientras la miraba con ojos de admiración poco contenida.

—Madre, estamos esperando.

Aurora escuchaba con atención mientras que el alivio la inundaba tras la explicación de su abuela. Ahora comprendía los sentimientos de su madre. Supo por las explicaciones de María que su madre había estado prometida a un barón que sí había muerto en la batalla de Bailén: el que podría haber sido su padre, pero cosas del destino, en esa misma batalla buscando a su tío Rodrigo, había dado con un caballero inglés herido de muerte. Su madre lo cuidó durante semanas pues había perdido la facultad de moverse y de hablar por un golpe excesivamente fuerte en la cabeza, y hasta que pudo recuperarse del todo, Inés se proclamó su enfermera, trabajo que conocía muy bien y que hacía con asiduidad en los precarios hospitales habilitados en los campamentos tras las batallas. Sabía de la generosidad, paciencia y cariño con la que su madre trataba a todo el mundo. Su abuela le había contado tiempo atrás qué había ayudado a su aya Eulalia. Le habían dado una paliza de muerte, y la habían dejado en una zanja del campo a su suerte, Inés la había llevado consigo a la casa y la cuidó con mimo hasta que se recuperó por completo, y su aya Eulalia, en agradecimiento, se convirtió en su mejor amiga y confidente.

—Gracias por venir Eulalia. —Rodrigo miró a la mujer morena que era parte de la familia—. Tenemos que tomar algunas decisiones, y necesito todas las opiniones posibles.

Eulalia miró al conde con absoluta adoración en sus ojos negros. Rodrigo era un hombre increíble. Un auténtico líder. Sus hombres le respetaban y confiaban ciegamente en su criterio. El conde Ayllón era un hombre extraordinario, tolerante, y con un sentido del honor inquebrantable. De altos valores morales, además de un hombre paciente. Sí, decididamente Rodrigo era un hombre excepcional.

—Madre, ya sabe que la corona tiene intención de detenerme. —María ahogó un sollozo.

El rey Fernando había mandado ejecutar al Empecinado, a Torrijos, al teniente coronel Rafael

del Riego, y su querido amigo Francisco de Goya estaba exiliado en París. María era consciente que la Constitución de 1812 estaba amordazada. No interesaba porque en ella se abolían los privilegios de clase. Se suprimían los señoríos. Se abolía los mayorazgos, y también la inquisición. El reino había vuelto al absolutismo, y María, defensora de la libertad, se aferraba a su impotencia. Su reino seguía sangrante, desgarrado tras la guerra contra Napoleón, pero ahora cientos de españoles valientes tenían que emigrar al reino vecino Francia: antes era enemigo y ahora aliado de los que huían de la ira del rey.

—Al principio me puso furioso ignorar quién era el padre de mi sobrina, pero gracias a Diego he podido vislumbrar los beneficios de que sea extranjero y que esté vivo.

—¿Beneficios? —la pregunta le salió a Aurora estrangulada.

—Tienes que partir a Inglaterra —fue el contundente comentario de él.

—¡Antes prefiero marcharme a Francia! —respondió ella.

Rodrigo miró a su sobrina con atención tras el último comentario.

—Madre y tú marcharéis a Inglaterra de inmediato. Puedo hacer frente al rey si respondo solo por mi vida, pero no podré hacerlo si tengo que preocuparme de vuestra seguridad y protección. Diego y Eulalia os acompañarán, y cuando pase el peligro, regresareis a casa.

Las palabras de Rodrigo no admitían discusión.

—No me marcharé del reino, no deseo hacerlo, aquí tengo todo lo que quiero. —La actitud indolente de Aurora empezaba a cansar a María—. Además —continuó—, es demasiado presumir que quieran tenerme con ellos. No me conocen ni saben siquiera que existo —argumentó dolida.

Reinó el silencio por un momento.

—Sí, conocen tu existencia —María miró duramente a su nieta—. Y no esperaba una negativa así de tajante por tu parte, pero debes saber que tu padre es un marqués respetado y querido en su...

Aurora no la dejó terminar.

—¡Abuela! ¿Es consciente de lo que dice? Los ingleses son unos piratas que nos roban desde hace siglos, que nos odian y desean humillarnos de todas las formas posibles.

Rodrigo alzó una ceja. Se sentía culpable porque su sobrina hablaba así de los ingleses influenciada por él, que no los tenía en alta estima por lo ocurrido en el pasado.

—¿Piratas? ¿Nos odian? —María estaba atónita. Tras una larga mirada larga a Rodrigo volvió sus ojos a su nieta—. Nos ayudaron a luchar contra Napoleón. —María calló durante un momento—. ¿Crees que no me hubiese gustado que tu padre fuese un soldado español? Pero cuando no se puede elegir, uno se conforma con lo que tiene.

Aurora se movió nerviosa.

—Soy informal por naturaleza. Me educaron así.

—¡Trata con más respeto a tu abuela! —le espetó Rodrigo enfadado. Aunque comprendía la incertidumbre que debía sentir, no por ello tenía que mostrarse irrespetuosa—. Piensa en la gran oportunidad de viajar que se te presenta: aprender cosas nuevas. Es una ocasión única.

María miró atónita a su primogénito. El guiño a su nieta no le había pasado inadvertido, y entendía demasiado bien que si Aurora tenía alas era exclusivamente por su culpa. Suspiró entre resignada y decidida.

—No parecen unas vacaciones sino un destierro —se quejó Aurora, y su voz sonó resentida.

—Estoy pensando en tu seguridad y en la de tu abuela. ¿Acaso imaginas que me gusta ver a mi única familia lejos? ¡Dependo de otros para vuestra seguridad!

Aurora se sintió mortificada. Sabía que su tío se encontraba vigilado y controlado por los hombres del rey, y que era cuestión de tiempo que lo apresaran. Una garra de hierro comenzó a

estrujarle el corazón.

—Entonces, si tengo que marchare, ¿por qué no vienes con nosotras y te alejas del reino un tiempo? —Inquirió esperanzada.

—¿Y no me llenaría de vergüenza un acto tan execrable y ruin por mi parte? —El tono de Rodrigo no admitía réplica alguna—. ¿Dónde quedaría mi honor si hiciera algo tan despreciable? No puedo salir del reino porque parecería que soy culpable, y no lo soy. La corona no tiene un enemigo en mí, y si me marchó, la balanza se inclinará en un sentido y parecerá que huyo. Un Velasco está por encima de la cobardía.

La abuela decidió intervenir.

—Nuestro amigo Francisco está en París, y ello no quiere decir que tenga menos valentía que los que se quedan. —La voz de María sonó demasiado queda, aunque todos la habían oído.

—Pero yo soy un militar, madre, no abandono a mis hombres, y espero que no esté sugiriendo lo contrario... —las palabras quedaron suspendidas.

Rodrigo lamentaba la libertad en la educación que le había dado a su sobrina, esa independencia le traía ahora muchos problemas.

—Ahora, debemos hacer planes.

## CAPÍTULO 3

El pesado carruaje subía serpenteando por el estrecho camino de montaña. Dejaban atrás la provincia de Cádiz, y avanzaban hacia la ciudad montañosa de Ronda. Los sirvientes que los acompañaban sentían el brillo candente del sol sobre sus cabezas, aunque la fresca brisa del mediterráneo calmaba en parte la incomodidad de sus monturas. Dentro del tambaleante y oscuro habitáculo la atmósfera se volvía más asfixiante, el aire húmedo y caliente parecía una manta: convertía cada inspiración en un resuello.

—Parece como si este viaje no fuese a terminar nunca. Jamás creí que pudiese hacer tanto calor en un sitio.

Christopher miró a su hermano pequeño medio compadeciéndose de él. La gruesa ropa que vestían les hacía sudar copiosamente, esperaba que hiciese calor en Andalucía, pero la realidad superaba lo esperado, aunque debía admitir que acostumbrado al color gris de Inglaterra, la llegada a Cádiz había resultado impactante: nunca había contemplado una ciudad donde las casas reflejasen tanta luz. El viaje en barco había sido apacible, mas ahora que se estaban acercando a su destino, los nervios estaban haciendo mella en su espíritu tranquilo. Desconocía lo que le esperaba, aunque la promesa hecha a su padre dejaba muy poco margen a las especulaciones.

El suspiro caliente de Andrew sacó a Christopher de sus pensamientos.

—Nunca creí que este reino pudiese ser tan hermoso, y qué contrastes —comentó Andrew con media sonrisa—. Y eso que no hemos visto el norte. Padre dice que se parece mucho a Inglaterra en el clima: llueve mucho y hace más frío —Andrew escudriño a su hermano directamente—. Estás preocupado, ¿verdad?

La pregunta era inquisidora.

—Sí, nuestro padre se ha aprovechado de su estado para obligarnos a hacer este viaje, un viaje que puede ser nulo si lo que temo se cumple.

Andrew miró a su hermano mayor sin hacer conjeturas. Sobraban las palabras cuando ambos tenían las mismas preocupaciones. El ceño fruncido y el gesto adusto de Christopher mostraba claramente lo que pensaba al respecto.

—Ahora entiendo por qué padre nos sugirió que aprendiéramos español, quizás se imaginaba que algún día podríamos necesitarlo.

Christopher taladró a su hermano con la mirada mientras resoplaba malhumorado.

—Hemos aprendido español porque hemos estado en guerra con Francia, y teníamos que ayudar a los españoles a librar sus batallas. Nunca olvides de quién eres hijo.

La voz de Christopher sonó demasiado seca.

—Al contrario que tú, mi querido hermanito y heredero, no tengo tantos prejuicios contra nadie ni juzgo las cosas por el envoltorio pues ello nos lleva a constantes sorpresas.

—Cuando los españoles comiencen a darte patadas en tu británico culo, me sueltas esta diatriba sobre mis prejuicios contra una gente insolente a la que considero descarada.

—Creo que las patadas serán solo para ti pues yo pienso limitarme a disfrutar del viaje, y a no sorprenderme por lo que me encuentre durante el camino, es más, no comparto tu idea de que sean personas insolentes, ya me gustaría a mí disfrutar de este clima todo el año. —Con este último comentario Andrew volvió la cabeza para mirar por la ventanilla.

Estaban cruzando Sierra Bermeja por el noroeste, y lo que veía lo dejaba complacido. Nunca cruzaba un puente antes de llegar, si debía preocuparse de algo, ya lo haría llegado el momento, ahora solo pretendía que el viaje impuesto fuese algo para recordar en el futuro.

Manuel la miraba callado, aunque una ligera sonrisa se escapaba de sus labios viendo a su amiga balancear los pies dentro de la pileta de agua. Los lavaderos colectivos en el margen del río eran el sitio perfecto para poder hablar sin ser espiados. Habitualmente estaban llenos de mujeres de clase humilde, pero a esta hora de la tarde se encontraban desiertos. El muchacho la veía triste, y no le extrañaba en absoluto. Las últimas noticias habían sido sorprendentes y no sabía cuál le impactaba más, si el hecho de que el padre de su amiga fuese inglés o que se marchara pronto a otro reino. Admiró sus pies perfectos y pequeños.

—Tienes los tobillos muy bonitos —Aurora lo miró sonriente.

—Eres un francés licencioso —la mirada de Manuel estaba desprovista de cualquier sentimiento obscuro.

Ella confiaba en él pues había compartido su soledad, también el vacío de cariño por la madre que no conoció. Las miradas de la gente del pueblo reprobándolo porque su padre era francés ¡como si él tuviese la culpa!

—¿Es cierto que tu padre es marqués? —le preguntó.

Aurora hizo una burla significativa.

—Como si eso importase pues los títulos no hacen mejores a las personas.

—Tu tío es conde —le replicó para molestarla.

—Y tú padre también —contraatacó rápida—, pero eso no significa que sean mejores porque lo que cuenta son los sentimientos: lo que hacemos para ayudar a todo el que lo necesite.

—Te preocupas por todos.

La valoración en su voz no admitía duda alguna.

—Si ayudamos a otros, la vida nos premiará —ante la expresión atónita de su amigo, Aurora sonrió—. Sabes que estoy bromeando. Quizás el tener una aya gitana me haya contagiado ver el mundo con sus ojos.

Manuel la miró con sorpresa.

¡Pero si los gitanos son radicales en sus costumbres! —La exclamación sonó incrédula.

Y era cierto. Los gitanos eran una comunidad cerrada y con costumbres que no compartían con nadie.

—Se ayudan entre ellos, Manuel, no importa que uno tenga más y otro menos, se cuidan y protegen. Entre el resto de los mortales si tienes más que otro lo miras por encima del hombro y le haces sentir como si fuese un gusano.

—¿Gusano? —Manuel no pudo aguantar la carcajada.

—¡Granuja! no deberías reírte de mí.

—Sabes que adoro tu lenguaje soez tan diferente del resto de las jovencitas pusilánimes que conozco.

Aurora abrió los ojos con falsa incredulidad.

—¿Pusi qué...? ¡Vaya! Debería darte vergüenza hablar así de las muchachas.

—Te voy a extrañar muchísimo, y me duele el sufrimiento que te causará la partida.

—Conoces mi naturaleza optimista —continuó ella—. He decidido aprovechar al máximo todo cuanto me acontezca.

Aurora alzó el mentón y le dedicó una sonrisa pícaro.

—He hablado con mi padre, y le he comentado que me gustaría trasladar mis estudios a Inglaterra. Tienen unas universidades estupendas.

—¿Harías eso? —preguntó atónita.



—Mi padre se muestra encantado, y yo podré estar cerca de ti, consolarte cuando necesites un amigo. —Manuel había dejado a su amiga sin habla—. ¿Te he sorprendido?

—Como un gato metido en una alacena. —Tras un instante de entendimiento le extendió la mano y lo invitó con camaradería—. Ven... vamos a comer cerezas.

Manuel abrió los ojos horrorizado.

—Yo no pienso encaramarme a ningún árbol, ya sabes cómo quedó mi pierna la última vez que te hice caso —argumentó, Aurora lo miró soltando un suspiro—. Ya me subiré yo por ti...

Rodrigo miró a los dos invitados con suma atención. Ambos estaban sentados en los sillones frente a su escritorio en despacho. Estaban silenciosos y mostraban una rigidez excesiva. Eran de aspecto similar: el mismo pelo rubio claro, los ojos azul celeste. Altos y bien parecidos. El mayor tenía un porte demasiado severo. Las líneas de cinismo se dibujaban en la comisura de su boca, pero el menor tenía un aspecto más jovial. Miraba con curiosidad todo lo que le rodeaba.

María los miraba con recelo. Los dos habían demostrado conocer la lengua española aunque tenían un marcado acento inglés. Intentó ver en ellos algún parecido con su nieta, pero no lo encontró, María ignoraba, que salvo el color de los ojos, los dos muchachos eran parecidos a su madre.

Diego los observaba con demasiada intensidad. Con las manos cruzadas en la espalda, los evaluaba como si fuesen enemigos ancestrales que estuviesen a punto de cometer una traición. Esperaban la llegada a casa de Aurora: las correrías de la misma eran inauditas pues jamás sabían con exactitud en qué lugar se encontraba. Diego sonrió para sí mismo, adoraba a esa chiquilla. Hacía casi un año que le había confesado a Rodrigo los sentimientos tan profundos que albergaba hacía ella, sentimientos correspondidos, presumió. Su amigo le había pedido que esperase un tiempo pues Aurora seguía siendo muy joven y deseaba que estuviese convencida de lo que sentía por él. Como buen militar, Diego entendía que la espera solía dar buenos resultados, y él podía seguir esperando de forma paciente.

Voces y risas que provenían del vestíbulo les anunciaron a todos que Aurora había llegado a la casa. Rodrigo le había pedido a Eulalia que anunciara a su sobrina que la esperaban de inmediato en la biblioteca. La oyeron despedirse de su amigo Manuel, cómplice de todas las travesuras que hacía cuando éste no se encontraba estudiando en Salamanca. La oyeron soltar una exclamación y entrar de forma abrupta en la habitación donde todos la esperaban ansiosos.

Nadie supo quién se había quedado más estupefacto al contemplarse mutuamente.

Ella tuvo una visión completa de todos, incluso de los dos huéspedes que la miraban con la boca abierta. Su tío Rodrigo la miraba con una admonición en sus ojos, y su abuela mostraba un rictus de enfado en la mirada. La amplia sonrisa de Diego al contemplar su desaliño la desarmó, y deseó que la tierra se la tragase. La imagen que mostraba era la de una cingara. Llevaba el abundante pelo suelto y desgreñado. El ruedo de su falda estaba húmedo todavía. Las manchas marrones y verdes de su vestido, antes inmaculadamente limpio, daban fe de lo que había hecho esa tarde, y los bultos sospechosos que se asomaban por entre los bolsillos arrancaron a Diego una sonrisa porque estaban llenos de cerezas, y supuso que procederían del huerto de su joven amigo. Llevaba las manos raspadas de trepar a los árboles y sujetaba los zapatos con las manos. Había entrado descalza, hábito que tenía desde la niñez. Aurora no acertó a decir nada, estaba tan concentrada en escudriñar a los visitantes que se había olvidado de lo poco presentable que mostraba su aspecto.

—Aurora, sube ahora mismo a tu alcoba. Más tarde tendremos una conversación sobre tu

atuendo. —Rodrigo debía de estar terriblemente enfadado pues su tono de su voz había sonado estricto y con una candencia marcial.

Sin pronunciar una protesta, hizo una inclinación con la cabeza y salió tan sorpresivamente como había entrado.

Eulalia no podía contener la risa al ver el descalabro de su entrada. Conocía los hábitos de su niña de comer fruta a todas horas del día sin importar dónde se encontrase, solía entrar al huerto del conde La Housaye porque tenía los mejores cerezos de la región.

—Ja, perro vagabundo no se muere de hambre.

Aurora miró a su haya desolada.

—¿Crees que ahora me ayudan tus refranes? Podías haberme avisado, pero ¡no! debías permitir que hiciera mi entrada triunfal —Aurora gimió compungida—. Aya, sabes que la primera impresión es la que vale, y yo no deseaba darles a mis enemigos ningún arma para usar en mi contra —la voz sonó demasiado dolida—. No sé qué pretendías ganar con ello.

Eulalia había pretendido que su niña se mostrase como realmente era.

—Alguna vez tienes que aprender a pensar antes de actuar. Vives la vida de impulso en impulso, y eso ha de terminar de una vez. —La sonrisa de Eulalia resultaba contagiosa—. Hija mía, no sé quién se quedó más sorprendido, todavía deben tener esos ingleses esmirriados la boca abierta.

—Pero mi tío no me lo va a perdonar —se lamentó—, ni mi abuela, pardiez, ¿viste la cara de Diego?

—Chiquilla, de todos, es del que menos tienes que preocuparte, además, les acabas de dar a tus dos hermanastros un susto de muerte. Les hace falta que les muevan los huesos pues han estado sentados y rígidos durante tres horas, si no lo veo no lo creo, si hasta se han traído sus propias hierbas para tomar, que me aspen, eso no augura nada bueno.

—Y ahora se llevarán una impresión equivocada de nosotros, creerán que todas las muchachas españolas son desaliñadas y vulgares —tanto descorazonamiento hizo reír a Eulalia.

—Esos dos cangrejos<sup>[4]</sup> ya tenían una impresión desfavorecedora de todo, y nada de lo que puedas hacer o decir variará esa conducta.

—Eso que dices es terrible, y además presuntuoso.

—Y algo que deberás cambiar, por eso tu entrada ha sido de lo más afortunada. Cree a esta vieja que sabe lo que dice.

Aurora la miró largamente, y aunque no entendía nada, su aya siempre le había dado buenos y acertados consejos.

—¿Por qué sacas el vestido violeta? —Eulalia la miró con ojos brillantes.

Era el vestido de fiesta que había utilizado una vez cuando asistió con su tío a la corte de Madrid. Era el más bonito que tenía.

—Porque vas a darles la segunda sorpresa a tus cangrejos.

Aurora chasqueó la lengua resignada.

—¡No son mis cangrejos! —la corrigió al mismo tiempo que terminaba de untarse aceite aromático por el cuerpo. Eulalia siempre le decía que una señorita tenía que mimar la piel, y aunque a ella le parecía de una vanidad escandalosa, ya estaba acostumbrada a las excentricidades de su aya. Aurora protestó cuando Eulalia le informó que pretendía ayudarla a vestirse. La mujer era consciente que, si no estaba presente, su niña terminaría por dejarse la mitad de las ropas interiores sin poner, se había acostumbrado a la libertad de no llevarla, pero

hoy debía estar impecable.

Christopher estaba enmudecido. La joven que acababa de traspasar la puerta apenas se parecía a la cingara que había contemplado hacía menos de una hora. Un vestido de corte imperio, y del color más inusual que hubiese visto nunca, lo miraba con ojos curiosos. Había entrado tan regia como una princesa. Vio el gesto altanero que le dedicó a su tío, gesto que él entendió al momento pues mostraba una determinación parecida a la suya. Observó el pelo recogido en un perfecto moño en la nuca, salvo unos cuantos rizos rebeldes que no se dejaban sujetar. Admiró los adornos plateados que moldeaban algunos mechones prendidos en ellos y que destacaban como lenguas de fuego. El color de los ojos lo apabulló, eran los más extraordinarios que había visto en su vida: de un color indeterminado entre el bronce y el oro, sí, realmente la muchacha era de una belleza excepcional. Ya predecía los problemas que causaría en Londres si decidía acompañarlos, sobre todo porque no podía negar de quién era hija con ese pelo cobrizo, y ese hoyuelo en la mejilla.

Diego no podía respirar porque una mano le oprimía el corazón. Siempre conseguía sorprenderlo y sin importar cómo fuese vestida, o de gitana, o como una princesa. Los ojos de Aurora se detuvieron un instante más en sus ojos que en los de ninguno y eso lo llenó de un calor cálido. Le devolvió la sonrisa y una inclinación de cabeza a modo de aceptación, gesto que pasó desapercibido para todos salvo para Eulalia.

La voz de María los devolvió a ambos al presente.

—Señores, pasemos al comedor, la cena está lista desde hace bastante tiempo. —María usó sus dotes de anfitriona para acomodar a los invitados—. Les hemos preparado algo ligero, imaginamos que tras el arduo viaje lo que desean es descansar. Cenaremos, y después tomaremos el café en el patio.

La cena fue transcurriendo de forma silenciosa. Rodrigo comió sin apetito pues era muchos los pensamientos se agolpaban en su mente. No sabía lo que había esperado de la familia paterna de Aurora, aunque sus dos hermanos y su actitud escapaba a su entendimiento. Apenas habían hablado. Tras el interrogatorio de preguntas por su parte, habían respondido, sobre todo el mayor, con monosílabos, detalle que lo exasperaba profundamente. Solo le habían contado que John, el padre de Aurora, había recaído de un ataque al corazón y estaba muy grave. Era el segundo en seis meses, y los médicos temían por su vida. Ante lo precario de su salud les había pedido a sus hijos que marcharan hacia el reino de España y le diesen una carta a la familia de Aurora. Esperaban la decisión de Rodrigo, y él se encontraba en una encrucijada.

Mientras los invitados tomaban café en el bonito y floreado patio andaluz, Rodrigo había acompañado a su sobrina a la biblioteca para darle la carta que le habían traído sus hermanos desde Inglaterra. La miraba callado mientras ella leía resignada.

—¿Qué piensas mochuelina? —Rodrigo vio que su sobrina seguía leyendo la carta que le habían dado sus hermanos, sentía cierta desazón.

—John Beresford está muy enfermo. Rueda, como un favor especial, que me permitáis acompañar a mis dos hermanastros hasta Inglaterra porque él no puede desplazarse hasta aquí.

Una duda asomó a los ojos de Aurora. Rodrigo tomó la mano de ella entre las suyas.

—Esto nos da la ventaja de no tener que rogarles que te lleven con ellos. Permittedo que te marches, les hacemos un favor, ¿eres capaz de ver la diferencia?

Aurora miró a su tío y sonrió.

—Eres la astucia personificada —respondió.

Rodrigo le guiñó un ojo cómplice.

—A veces, una diferencia tan sutil, puede inclinar la balanza en cualquier situación. Tienes la oportunidad de viajar y conocer otros lugares, yo tendré la tranquilidad de saberte a salvo junto a la abuela. Creo que es un intercambio justo, y, a cambio, solo tienes que conocer a tu padre.

—Aun así, no quiero dejar Ronda, tío. Es la única tierra que conozco, y tengo la inquietante sensación de que, si me marcho, ya no podré volver. —Rodrigo le acarició la mejilla como cuando era una niña pequeña—. Desconozco lo que encontraré en Inglaterra, el trato que recibiré, solo atino a recordar lo mal que lo pasó Manuel aquí. La gente del pueblo siempre lo veía como un extranjero a pesar de que su madre era española. No deseo el mismo trato allí.

—Los franceses han sido enemigos, los ingleses aliados, es una clara diferencia que no debes olvidar nunca pues ello puede significar nuestra derrota o nuestro triunfo.

—Tío... ¡siguen ocupando nuestro Peñón! —las risas de ella desmentían la exageración de su tono.

Rodrigo, en innumerables ocasiones, había bromeado sobre el Peñón de Gibraltar que seguía en posesión de los ingleses a pesar de los intentos del monarca español de recuperarlo.

—Imagino que presentarás tal batalla, que incluso es posible que nos lo retornen sin una réplica. —Aurora entrecerró los ojos ante la pulla merecida—. Prométeme que te comportarás como la dama que eres. Nada de cinganear por las calles, ni usar tus famosas palabras soeces, ni andar descalza pues ya no eres una niña sino toda una mujer.

Las mejillas de Aurora se encendieron por la crítica.

—Prometo que actuaré como una mujer impecable, y me comportaré como una española implacable —Rodrigo la miró con tanta ternura, que a ella se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no las derramó—. ¿Cuándo tengo que marcharme?

—Pasado mañana.

—¿Tan pronto? —la pregunta la hizo en un tono lastimero.

—Es posible que cuando llegues, tu padre ya no esté vivo. Está todo empaquetado desde hace días, es mejor partir cuanto antes.

—Lo sé, pero resulta tan duro.

Rodrigo la miró con ternura en sus ojos. Sabía el enorme reto que se abría ante ella, pero ese reto podía significar muchas cosas, y deseó desde el fondo de su corazón que el impulso de mandar a su sobrina a un reino extranjero no le pasara factura después.

—Sé que pondrás todo el empeño de tu parte para hacer que este viaje resulte lo más enriquecedor posible. —Aurora volvió los ojos a su tío—. Tienes mi palabra de que iré a buscarte a ti y a la abuela en cuanto me lo permitan las circunstancias, y yo nunca te miento mochuelina.

Aurora abrazó a su tío convencida de que sería así.

## CAPÍTULO 4

Aurora y Eulalia estuvieron listas para partir muy temprano. Vestían ropas de viaje ligeras porque en el mes de agosto la temperatura ya era calurosa a esa hora de la mañana. María se reunió con ellas a la entrada, y, sorprendentemente, Diego fue el último en llegar.

El gran carruaje que Rodrigo había comprado meses antes impresionó a los dos ingleses. Era lo suficientemente amplio para transportar todos los baúles e incluso el pequeño arcón que contenía todas las pociones de Eulalia. Aurora se reclinó en el asiento de terciopelo con su abuela a un lado y Eulalia al otro. Diego y los dos ingleses estaban sentados frente a ellas. Cerró los ojos y se sumió en sus pensamientos. Las últimas semanas habían sido caóticas, aunque le hacía reír el recuerdo de la escena que había protagonizado Eulalia y sus dos enormes baúles. Uno pesaba tanto, que Rodrigo le había increpado si acaso lo llevaba lleno de piedras para tirárselas a los ingleses en cuanto desembarcaran en Inglaterra, si bien Eulalia se negó a dejar nada, y lo tenía bien cerrado con llave. Llave que se había colgado posteriormente al cuello con una fina cinta de terciopelo carmesí, como el color de sus labios. A ella le extrañaba que no comenzaran el viaje desde la ciudad de Cádiz. Iban a cruzar el reino desde el sur hasta el norte. El pequeño velero de tres mástiles, propiedad de sir John Beresford, bordearía la costa de Portugal hasta alcanzar la ciudad portuaria de Santander, desde allí embarcarían con destino a Dover.

A ella le provocaba risa contemplar la incomodidad de Christopher y Andrew, si ellos en algún momento pensaron que en Ronda hacía calor, cuando llegaron a la ciudad de Córdoba creyeron que habían entrado directamente al infierno. Cuando llegaron al norte se instalaron en la propiedad de su abuela. Desde los amplios balcones del palacete podía ver la playa que a esa hora de la tarde se veía tormentosa. Sus hermanos recorrían los pueblos norteños mientras se impacientaban por la tardanza de María en concretar sus asuntos. Habían llegado hacía varias semanas, pero María tenía que arreglar unos temas antes de dejar el reino, asuntos que se estaban demorando más de lo habitual. Aurora se encontraba sentada en el suelo frente a los grandes balcones abiertos donde una ligera brisa anunciaba que pronto llovería sobre la ciudad. A esa hora de la tarde, solo algunos paseantes se atrevían con el aire que ya se había vuelto frío. En el norte, el mes de octubre significaba que algunos días podían ser buenos, pero no la mayoría. Continuaba con la labor de escribirle a Manuel, y lamentaba mucho no haberlo visto el día de su partida, aunque confiaba enviarle las señas una vez que estuviese instalada en Inglaterra.

María la observó detenidamente desde la puerta entreabierta, su nieta tenía los pies descalzos y devoraba un puñado de almendras a medida que iba escribiendo. Lamentaba profundamente el cambio de planes, pero ella debía partir de inmediato a París, y esperaba que Aurora no se lo tomase muy mal. La rápida llegada de Diego detuvo la pluma a medio mojar, Aurora lo había presentado, se dio la vuelta, y los miró a ambos, se levantó y sonrió.

—Abuela, ¿ha terminado ya sus diligencias?

El silencio prolongado le indicó que había noticias que no le iban a gustar en absoluto.

El velero de tres mástiles seguía amarrado en el puerto mientras los pasajeros subían sobre la pasarela: partirían en unas horas hacia Dover. Michael Carter, capitán del *Diablo negro*, seguía haciendo preparativos constantemente, y creando un bullicio que mantenía alerta a toda la tripulación. Aurora no lloró, como sabía que no dejaría de llorar en el mismo instante en el que la figura de su abuela se perdiera en el horizonte. Lloraron Eulalia y María cuando se despidieron.

Que su abuela no la acompañara a Inglaterra escapaba a su comprensión. No entendía los asuntos que tenía que resolver en París, ni que fuesen tan importantes para que tuviera que acompañarla Diego. Le había prometido que en unas semanas se encontrarían, pero un cierto descorazonamiento le indicaba que tardaría mucho más de lo que le prometía. Se sentía defraudada, y se empeñó en acompañarla, si bien había resultado inútil. Con una última mirada suplicante miró a su abuela, se volvió, y subió cuidadosamente por la planchada del barco. Así, desde lo alto de la proa del *Diablo negro*, vio cómo la figura temblorosa de María y Diego se iban perdiendo en la distancia. Contuvo el impulso de lanzar gritos al viento. Christopher vio a la muchacha que mantenía la espalda rígida. Seguía asida con fuerza a la barandilla del barco, sin embargo, no soltaba ni una lágrima ni un quejido. Esa fuerza de control lo tenía atónito, durante el viaje había demostrado una gran templanza. Él estaba cansado pues lo que pretendía ser una travesía de algo más de tres semanas, se había convertido en tres meses. Sufría por su padre, aunque se mantenía informado de su salud mediante telegramas. Volvió de nuevo los ojos hacia ella y se preguntó qué pasaría por su mente.

Aurora estaba destrozada, se hacía cientos de cábalas por su abuela. Y su corazón lloraba acongojado. El beso en la frente que le había dado Diego, solo había servido para descorazonarla todavía más. Cuando la tierra acabó por perderse en el horizonte, Aurora bajó hasta su camarote, el cual compartiría con Eulalia. A pesar de que el velero no era excesivamente grande, disponía de todas las comodidades: una bañera de latón y una pequeña chimenea, no obstante, ella se sentía tan falta de vida como los días grises que preceden al invierno. Se sentó en el sillón de terciopelo granate y se mesó el pelo de forma compungida, se tapó la cara con las manos y cedió a un llanto largamente retenido.

# INGLATERRA

## *Crimson Hill.*

Justin Clayton Penword escuchaba atentamente a su padre, Devlin Charles, duque de Arun, a la vez que asimilaba las palabras que poco a poco iban calando en su cerebro. La juerga nocturna le pasaba factura. Había salido con su hermano menor Jamie, y con su primo escocés, Brandon, que había venido días atrás de las tierras altas de Escocia acompañado de su hermana para la temporada social que iba a iniciarse en unas semanas. Justin ignoraba que su primo necesitaba dinero, y que había acudido a su tío el duque para que le hiciera un préstamo.

Las náuseas le estrujaban el estómago, y, el tono ceniciento de su semblante, anunciaba a todo aquél que lo mirase lo mal que lo estaba pasando. Había intentado vencer a su gigante primo, pero había resultado inútil. ¿Qué le estaba diciendo su padre? La terrible acedia no lo dejaban concentrarse, y temía no controlar las arcadas y acabar vomitando en el perfecto chaleco gris perla de su padre.

Devlin cesó un momento de hablarle a su primogénito. Por el tono verde de su cara debía estar pasando un mal rato. Pensó que los jóvenes no sabían beber ni comportarse. Después tendría una charla con su sobrino que era cuatro años mayor que Justin, pero ahora le interesaba que su hijo primogénito le prestase algo más de atención.

—Te están preparando un té de sauco, ya sabes lo que opino sobre el beber cuando uno no es capaz de controlarse.

Justin gimió ante la crítica. Él sabía controlar la bebida, salvo la noche pasada.

—Padre, tanto mi hermano como yo somos capaces de beber durante horas sin inmutarnos. Pero le aseguro que ese engendro de mi primo no es humano, es imposible vencerle.

—Brandon se encuentra en Inglaterra para casar a su hermana, no para vivir juergas con mis descerebrados hijos.

—Padre, ¿deseaba hablarme sobre nuestra prima? —la pregunta sonó lastimera.

—Deseo hablarte de tu compromiso. —Justin lo miró confuso.

Esas palabras sí lograron despejar en parte su cabeza.

—Hasta donde sé, mi soltería no corre peligro.

—Estoy hablando de la hija de John Beresford, nuestro vecino. —Justin creía que su padre deliraba—. Apenas se recuperó de su ataque, fui a visitarlo, con gran amabilidad por supuesto, hablamos largo y tendido sobre Redtower. Deseo que vuelva a nuestras manos.

—¿Se refiere a la herencia de Clare? —preguntó.

Devlin asintió con la cabeza.

—Efectivamente, esas tierras son nuestras desde tiempos inmemoriales, aunque solo las podemos recuperar mediante el matrimonio, y esos condenados Beresford las han tenido en sus manos durante cuatro generaciones. Ha llegado el momento de recuperarlas.

Justin lo miró escéptico.

—John solo tiene hijos varones, difícilmente puede recuperar la herencia. —La afirmación de Justin era exasperante, y el duque enarcó sus cejas plateadas con fastidio.

—Tiene una hija en edad casadera, y eres consciente que existe un acuerdo firmado por ambas familias para continuar la alianza. Redtower vendrá a nosotros con la dote de su hija, así quedó establecido en su día.

—Padre... temo preguntar cómo es que se ha enterado de ésta hija que todo el mundo desconoce, si efectivamente la tiene porque lo dudo seriamente. —Justin se masajeó las sienes en un intento de que su cabeza no estallase.

—A tus veintiocho años no deberías deshonrar la capacidad de tu padre para resolver estas cuestiones, aunque no importa, tiene una hija que llegará pronto a Inglaterra.

—¿Llegará? ¿Viene de las colonias? —Justin detestaba las maneras toscas y rudas de los americanos.

—Me temo que mucho peor, hijo mío, ¡viene del reino de España! —el modo afectado en el que dijo las últimas palabras impresionaron más a Justin que la noticia misma.

Lo miró como si se hubiese vuelto loco de repente.

—¿Me está gastando una broma? —la incredulidad en la voz era innegable.

—Hijo, sabes que no bromearía con algo tan serio, afortunadamente para nosotros, los españoles son fáciles de controlar. Estoy seguro de que esta española será arcilla moldeable en tus manos. Eres rico y posees uno de los títulos más antiguos de Gran Bretaña.

Justin estaba sorprendido. Nada lo había preparado para la última revelación. Entornó los ojos con incredulidad.

—Padre, si piensa así de imprudente comete el mismo error que Bonaparte —y dicho esto se levantó, alcanzó la puerta, salió por ella, y la cerró de un portazo.

Justin se sentía incapaz de pensar, necesitaba un baño para despejar la mente. Subió las escaleras imperiales de dos en dos intentando no hacer caso al martilleo constante de su cabeza. Enfiló el corredor de la planta alta hasta toparse con el dormitorio de su hermano Jamie. Al abrir la puerta se sorprendió y se paró en seco, su primo Brandon estaba sentado a los pies de la enorme cama hablándole con su potente acento escocés, Jamie se tapaba la cabeza con una almohada.

—Me prometiste mostrarme la yegua que ha comprado tu padre —le decía el primo.

—Sabes que te mataré cuando levante la cabeza —consiguió decir Jamie en un quejido lastimoso.

—¡Vaya! Debería darte las gracias por despertar a mi hermano y así ahorrarle el trabajo a su ayuda de cámara.

La jocosidad en el tono de Justin era indudable.

—¿Ahorrado el trab...? Esmirriados ingleses —vociferó incrédulo el escocés.

—Antes de decir cualquier cosa recuerda que tu padre, mi tío, era un caballero inglés de linaje indiscutible —le recordó Justin.

—Por favor, id a discutir a otro lado insensatos, ¡me estalla la cabeza! —Jamie gimió por lo bajo.

—Está claro que Justin anda algo desorientado, ¿será la resaca o su prometida?

—¿Cómo diablos sabes...? —el primogénito no terminó la oración.

—¿Prometida? —la voz le salió a Jamie estrangulada, aunque consiguió alzar la cabeza y medio incorporarse en el lecho.

—Parece que nuestro vecino John tiene una hija, y padre pretende que cumpla el acuerdo para recuperar el legado de Clare.

La voz de Justin no mostró emoción alguna. Brandon miraba a uno y a otro sonriendo.

—¿Cómo es posible que tenga una hija y no nos hayamos enterado? —Jamie sentía una incredulidad pasmosa, y Brandon soltó una carcajada.

—Precisamente porque es ilegítima, extranjera, y una bruja, no me cabe la menor duda. Esta misma mañana he tenido una grata conversación con mi tío.



Apenas se distinguía el verde de sus ojos debido a la risa.

—Te imaginas Jamie a la dulce, ¿cómo dicen en el reino del sur? *Señora*, poniendo los ojos como libras esterlinas nada más ver a nuestro Justin y su futuro ancestral título. ¡Menudo regalo!

Justin miró a Brandon con una advertencia.

—Jamás me sacrificaré en un matrimonio mixto. —Las palabras de Justin consiguieron sorprender al primo.

—¿Mixto?... —Brandon no comprendía.

—Los españoles profesan el catolicismo, nosotros somos anglicanos. Los españoles son la mayoría de las veces impredecibles. —Parecía como si Justin estuviese dando clases a un niño pequeño, pero Brandon no se molestó, siguió sonriendo.

—¿Vuestro rey Enrique no se casó con una española? ¿Cómo se llamaba? Catalina de Aragón. Una reina de armas tomar diría yo, como tu española se parezca a... —las palabras quedaron suspendidas en el aire.

—No es mi española primo, y te sugiero silencio o te arriesgas a perder tu altivez entre mis puños —soltó Justin amenazadoramente.

—¿Cómo es posible que John...? —Jamie trataba de asimilar la asombrosa noticia de la hija secreta—. ¿Será legítima? ¿De noble cuna? Creo que si es ilegítima y de condición inferior estás en tu derecho a negarte pues no puedes alzar a futura duquesa a cualquier plebeya.

Las cavilaciones de Jamie en voz alta dejaron a Justin aturdido.

—Ese detalle se me había escapado. —La respuesta fue más un murmullo dicho para sí mismo—. Pero, ¡que me aspen! Mi hermano pequeño tiene razón.

Jamie asintió con la cabeza.

—Sabes que siempre tengo razón, aunque no cantes victoria todavía, si padre te ha dicho algo es porque tiene el asunto bien sujeto. Yo que tú no sonreiría con tanta complacencia. —Jamie se levantó, se puso su bata, y se dirigió hacia donde estaba colocada la bañera—. ¿Alguno me frota la espalda? —las carcajadas de Jamie se oían por todo el pasillo a la vez que veía las caras de su hermano y primo.

Justin se bañó y afeitó mientras seguía dando vueltas a las especulaciones de Jamie. Pensó en John, y en el tiempo que pasó en el reino de España mientras luchaba contra Napoleón. Allí debió conocer a la mujer española, pero de aquello hacía unos dieciocho años. Todavía lo recordaba, él tenía diez años. Evocó lo tristes que se quedaron los hijos de John: Christopher, Arthur, y Andrew, cuando el padre partió a la guerra bajo las órdenes del duque de Wellington. Pensó de nuevo en la conversación que había mantenido con su padre. Si la joven fuese una recatada inglesa no tendría inconveniente en cumplir el acuerdo, pero las actuales circunstancias no podrían llevarlo al degüello ni en esta vida ni en la próxima. ¡Mujer y española!, una combinación peligrosamente corrosiva. Ningún hombre, y menos uno inglés, contemplaría la posibilidad de atarse a un ácido semejante. Tendría que convencer a su padre de lo inapropiado de su pretensión.

### *Puerto de Dover*

La travesía había resultado más apacible de lo esperado, y el buen tiempo les hizo llegar a puerto antes de lo previsto. Observó la bulliciosa ciudad de Dover y le pareció que los edificios grises le daban una bienvenida muy triste, o eso pensó ella. Qué diferente se veía el mar en su Málaga querida que siempre se mecía azul, en cambio en Inglaterra era de un tono oscuro bastante peculiar. El aire frío de octubre hacía que la falda de su vestido se alzase en torno a sus piernas.

Ya habían bajado el equipaje del barco y lo habían subido al carruaje que los llevaría hasta Portsmouth. Un suspiro pesado se escapó de su garganta ante la incertidumbre.

Eulalia la miraba de hito en hito, sin atreverse a decir ni una palabra pues era consciente de la profunda decepción que sentía su niña y ello la entristecía mucho, pero había visto las cartas: Aurora tenía que hacer ese viaje. Estaba escrito en su destino, y aunque doloroso solo cabía cumplirlo. Ella no lo entendería, solía burlarse de su percepción, y quizás era mejor así.

Christopher se sentía aliviado al estar tan cerca de casa. La misión que le había encargado su padre estaba finalizada. Su medio hermana estaba en Inglaterra, aunque entendía su tristeza en parte. Desde que dejaron la ciudad de Santander, en los ojos de fuego se había apagado una chispa. Andrew había intentado amenizarle el viaje: hablando con ella, jugando a las cartas, e incluso la acompañaba en sus paseos por cubierta. Christopher había creído que la anciana los acompañaría hasta Inglaterra, y resultó sorprendente que marchara a París con el oficial militar. Éste había dejado dos hombres: Francisco y Rafael, para acompañar y cuidar a las damas, detalle que lo había molestado. Él era perfectamente capaz de cuidar a dos mujeres solas, no obstante, no había discutido el asunto. Los hombres se quedarían en la casita del bosque hasta el regreso de María y Diego, después, partirían con el soldado a España.

Aurora seguía silenciosa. Observaba los campos verdes y solitarios de la campiña inglesa cuando comenzó a llover sin tregua. El aire se había volvió húmedo. Debía serenarse antes de presentarse por primera vez a su padre, aunque la sensación de echar a correr aumentaba con cada giro de las ruedas del carruaje. Hablaba la lengua inglesa con corrección, igual que el francés. La guerra en el reino de España había propiciado que la mayoría de españoles se defendieran en las dos lenguas: el inglés por los aliados, el francés por los invasores. También tenía nociones de Romaní. Eulalia le hablaba en esa lengua a menudo desde niña, y gracias a su interés por las hierbas curativas, manejaba con soltura el latín. Volvió su rostro hacia el exterior del carruaje. Apenas había llegado a otro reino, y ya extrañaba el sol del suyo. Lo intentó, pero no conseguía ver la ciudad de Londres pues la lluvia que caía silenciosas se lo impedía, además la niebla no ayudaba, y era tan gris y espesa como un sudario, estaba viciada por el humo del carbón de las distintas fábricas. En ese momento se encontraban rodeando Londres por el sureste.

Eulalia se arrebujó todavía más en su capa negra. Tiritaba con la humedad que se filtraba bajo su fina ropa. No se había preparado para el panorama tan helado con el que se encontró en Inglaterra.

Andrew miraba a su medio hermana sin contemplaciones porque lo intrigaba mucho. Se había mostrado silenciosa la mayor parte del viaje, pero atisbaba, en la profundidad de sus ojos dorados, una inteligencia notoria.

—Ya queda poco para llegar a casa e imagino que estarás cansada y deseando tomar un baño. —Aurora sonrió a Andrew. Se sentía agradecida por su preocupación.

—No estoy más cansada que el resto de vosotros, pero gracias, Andrés, siempre es agradable comprobar tu preocupación. —Aurora era consciente del lazo fraternal que se estaba forjando entre ellos aun sin pretenderlo.

—Me gusta cómo suena mi nombre en español, no me importa que me llames así —le dijo de pronto.

—¿Tenía que pedir permiso para hacerlo? Interesante. —Una chispa divertida asomó a los ojos de la muchacha al ver a Andrew alzar sus cejas con un interrogante.

—Pues me alegro que te divierta, *Dawn*. —Le correspondió.

—Mi nombre es Aurora —lo corrigió ella sonriente.

—Pero si tú me llamas por mi nombre en español, es justo que yo pueda hacer lo propio con tu

nombre en inglés —Aurora meditó un momento.

—Cierto, pero vosotros llamáis Dawn a albor, amanecer y aurora, entonces si me llamas Dawn no sabré a cuál te refieres —le explicó sonriente.

Christopher estaba aturdido observando la discusión absurda que estaba ocurriendo delante de sus narices, imaginó que el largo trayecto tenía la culpa de que ambos desvariasen.

Andrew le guiñó un ojo. Ya se había acostumbrado al tuteo de ella, y le pareció insólito pero refrescante.

—Cántanos algo Aurora. —La solicitud de Eulalia la dejó confusa—. Esa canción tan bonita sobre el prisionero. Sabes que me gusta mucho.

Aurora miró a Eulalia en un instante de duda, quizás necesitaba un poco de evasión. Sacó de su pequeño maletín de viaje unas castañuelas color ébano. Su abuela María se las había regalado cuando cumplió los doce años. Eran su amuleto de la suerte. Se pasó las cuerdas alrededor de los pulgares, cerró los ojos un instante y comenzó a repicar con notas bajas, lentas. Cuando ya llevaba un rato arrancando notas deliciosas a las castañuelas comenzó a recitar con voz dulce y melodiosa una tonada que hablaba sobre una avecilla que despertaba al prisionero con su canto, pero que un balletero la mató. Con un repiqueteo fuerte terminó, y, bajando las manos, se quedó quieta con los ojos cerrados un instante. Cuando al fin los abrió, observó una muda sorpresa en los rostros de sus hermanos. Eulalia estaba recostada con una sonrisa en los labios: como si se hubiese quedado dormida y en paz con todo. A su aya le encantaba que le recitase al ritmo de las castañuelas.

—Magnífico instrumento, no lo había visto en mi vida, ¿cómo se puede hacer música con eso? —Andrew estaba perplejo. Aurora se sacó las cuerdas de los dedos pulgares, y le pasó el instrumento—. Increíble ¿me cuentas algo sobre ellas? —La curiosidad en el rostro de Andrew le causó gracia, decidió complacerlo.

Y ella lo hizo encantada.

—¿De qué están hechas?

—Normalmente se hacen de castaño, aunque se puede utilizar otras maderas. Casi todas se fabrican a la medida del que las toca —continuó paciente con su explicación—. Las mías son un regalo de mi abuela. —Una sonrisa que no alcanzó a los ojos de Christopher le hizo añorar el día que las recibió—. Los tonos de los pares son distintos, generalmente; el más bajo se llama macho, y el más alto hembra. El par que suena más alto se lleva normalmente en la mano derecha. ¿Deseas tocarlas? —Aurora se sentó al lado de Andrew e intentó meterle las cuerdas por sus pulgares, pero fue imposible porque tenía los dedos demasiado grandes en comparación con los suyos—. Creo que no te quedan bien, si bien me hubiese gustado verte manejarlas. —Sonrió.

—¿Quién escribió la canción sobre el prisionero?

Preguntó Christopher de pronto. Aurora miró a su hermano mayor que se había mantenido en silencio todo el trayecto.

—No es una canción, pertenece a una serie de romances llamados novelescos. Es bastante antigua y muy fácil de recitar cuando se acompaña con castañuelas.

En la voz femenina no había ni una pizca de presunción.

—Muy interesante. —Respondió el otro.

Aurora lamentó que su hermano fuese tan parco en palabras. Debíó poner cara de contradicción porque Christopher le mostró el amago de una sonrisa. Aurora se sorprendió al ver la transformación en los rasgos masculinos cuando sonreía.

—Ya casi hemos llegado. —La voz de Andrew denotaba alivio, y, a los ojos de Aurora asomó una chispa de vacilación, pero fue inmediatamente escondida, aunque no lo suficiente para que Christopher no lo advirtiera.

—No tienes que temer al dragón —bromeó Christopher al percatarse del verdadero temor de ella.

—¿Dragón? —Inquirió atónita.

—Está tratando de decirte que nosotros te protegeremos, ahora eres nuestra responsabilidad —afirmó Andrew sacando pecho.

El carruaje se paró justo cuando pronunció las últimas palabras amortiguando cualquier respuesta a su comentario. Una puerta enorme y pesada se abrió en el mismo momento en el que Aurora bajaba el último peldaño del carruaje. Un hombre apuesto y joven corrió a saludar de forma efusiva a Christopher y Andrew, Aurora supo al instante que se trataba del hermano mediano Arthur, así que se dispuso a observarlo a pesar de que la noche era bastante oscura. Era muy alto y bien parecido. Los tres poseían el mismo color rubio de pelo, aunque no podía ver sus ojos imaginó que serían azul claro. Eran muy parecidos físicamente, pero cesaron bruscamente sus pensamientos cuando se percató que Arthur la miraba con curiosidad, y en un español con marcado acento, la saludó correctamente.

—Bienvenida a Whitam Hall. Nuestro padre está deseoso de conocerte —la cogió suavemente del codo, y la dirigió hacia la casa que se alzaba orgullosa imponente en dos plantas. Era elegante y parecía muy sólida. El interior le pareció inmenso. El amplio vestíbulo daba la bienvenida con dos escaleras que subían a la planta alta. Arthur la llevaba medio a rastras porque los pies de Aurora se negaban a dar pasos largos, y no pudo admirar ni uno solo cuadro de los que adornaban la impresionante galería del vestíbulo. Llegaron a la segunda planta y se encontró con una serie de puertas. En silencio Arthur la llevó hasta el dormitorio de su padre situado en el ala sombría de Whitam Hall.

Estar en el hogar de su familia paterna la llenaba de una sensación incómoda. Cuando Arthur abrió la puerta, el aire rancio que había en el dormitorio le hizo fruncir la nariz. Contempló las cortinas cerradas. Las sábanas se agitaron, y le llegó la voz débil de su padre.

—¡Acércate, déjame que te vea! —el sonido era ronco, aunque amable.

Aurora caminó lentamente hasta situarse a un palmo de la persona que la miraba con expectación, asombro, y con una mano extendida.

—Soy Aurora de Velasco y Duero —susurró con voz queda, y, siguiendo un impulso natural en ella, se inclinó y besó la frente de su padre en un gesto que le sorprendió incluso a sí misma.

John parpadeó y trató de incorporarse con el rostro endurecido por el dolor. Era un hombre corpulento, de cabello rojizo vetado de plata, y expresivos ojos azules. El rostro de Aurora se suavizó al notar la aflicción del hombre al verla. Se sentó con cuidado en el borde del colchón de plumas, tomó en las suyas una de las arrugadas y frías manos de él y la oprimió con delicadeza.

—¿Puede verme bien? —la voz le había temblado un poco—. La alcoba está muy oscura.

—¡Por San Jorge! —exclamó John—. Eres la cosa más linda que he visto nunca. —John la estudió con franca admiración. Miró los ojos ambarinos. Después, su nariz pequeña, y, a pesar de la piel dorada y brillante, vio unas líneas de pecas que le resultaron encantadoras. Suspiró con verdadero alivio pues tenía su mismo color de pelo, aunque entre los mechones sueltos se advertía diversidad de castaños brillantes y sedosos. Era muy esbelta. Sí, John estaba realmente feliz pues veía en su única hija mucho de sus rasgos.

—¿He pasado el examen? —le preguntó ella con nerviosismo.

John la veía expectante y con algo de temor.

—Hablas inglés? —preguntó con vacilación. Ella se apresuró a sonreírle, pero no le contestó, y él dio por supuesto que la respuesta era afirmativa—. Bienvenida a tu hogar.

John abrió los brazos y esperó que ella los aceptara, con un atisbo de duda a ser rechazado.

## CAPÍTULO 5

Aurora despertó antes del amanecer. Demasiadas emociones en su mente le impedían estarse quieta en el lecho. Encendió las lámparas de gas del dormitorio, y lo observó detenidamente. Parecía la habitación de una princesa pues estaba pintada en tonos malva, rosa y crema. Los pesados muebles de cerezo habían sido pulidos y olían a cera. Disponía de un amplio vestidor, una chimenea, y, en un rincón apartado tras un biombo chino que le encantó nada más verlo, había una bañera de latón enorme. Todavía no se habían apagado las ascuas del hogar por eso la habitación se mantenía caliente. Con un movimiento ágil se levantó de la cama, fue al hermoso escritorio, y se dispuso a escribirle una carta a su abuela, ¡tenía tantas cosas que contarle! Llevaba escritas unas cinco hojas cuando un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos. Una joven, apenas unos años mayor que ella, le hizo una reverencia y en un perfecto español le habló.

—Soy su nueva doncella. Mi nombre es Elena —Aurora se quedó sorprendida.

—¡Hablas mi lengua! —exclamó con sorpresa.

—Así es, señorita. Mi padre se casó con una vallisoletana cuando luchó en el reino contra Napoleón, y se trajo a mi madre a vivir a Inglaterra. Se sorprenderá de la cantidad de ingleses que hablan nuestra lengua aquí por haber luchado allí, ¿le preparo el baño?

—Gracias, Elena —le correspondió.

Aurora estaba acostumbrada a mostrarse agradecida. La vio trajinar con cubos de agua caliente, llenarle la bañera de espuma olorosa, y, sin pensárselo dos veces, se sumergió en el agua caliente. Dejó que sus huesos se desentumecieran masajeando las articulaciones doloridas. Se frotó el largo cabello hasta dejarlo limpio, y saliendo de la bañera, se secó con un enorme lienzo que parecía una manta. La entrada de Eulalia mascullando, seguida de cerca por una criada que sería su doncella particular, le arrancó una sonrisa de oreja a oreja.

—Esto es inaudito. No he permitido que nadie me bañe y me vista en mi vida, y no consigo que esta mucama me deje en paz. —En el momento que volvió a coger aire para respirar se dio cuenta de que su pupila estaba prácticamente arreglada—. A eso le llamaría desdeñable traición. Yo he sido la única que te ha atendido desde que eras un bebé, ¡desagradecida!

Aurora la miró con cariño.

—Deberías dejarte mimar por hoy. Has soportado un viaje largo y agotador —trató de tranquilizarla—. No voy a cambiar mi magnífica opinión de ti porque me ayude Elena y te permitas un capricho.

Eulalia, sin darle una respuesta, alzó su barbilla orgullosa y salió de la habitación sin dar un golpe. Su aya podría estar terriblemente enfadada, si bien nunca lo demostraba rebajándose a dar un portazo, algo que debería aprender de ella.

—Señorita, ¿le parece bien el vestido azul? —Aurora le hizo un gesto afirmativo.

Casi se pierde en la casa que ella denominó mausoleo, pero fue capaz de encontrar el comedor por las voces de sus hermanos. Era una mansión enormemente intimidatoria. No quería imaginar la cantidad de leña que se gastaría para mantenerla caliente en invierno. Una vez que hubo empujado la puerta para entrar al comedor, fue como si entrara en un gigantesco ataúd. La estancia estaba revestida de paneles de madera oscura igual que el suelo y el techo. El mobiliario de cerezo no ayudaba a aligerar la impresión claustrofóbica. Aurora pensó que la mesa podría acoger a unas cien personas, y sus hermanos se encontraban, precisamente, en el otro extremo. La mirada dudosa se posó sobre el aparador donde estaban las bandejas de plata repletas de alimentos. Salchichas, huevos, tocino. No era posible que los ingleses comiesen todo eso por la mañana, aunque salió de

dudas al ver los platos colmados de sus medio hermanos.

—Buenos días, Dawn.

La sonrisa amplia de Andrew disipó un poco su acritud. Con una inclinación de cabeza y una sonrisa saludó uno a uno a los comensales. Había en total unas diez personas. Arthur se levantó para ayudarla a sentarse y ella le sonrió cándida.

—¿Qué te apetece desayunar? —preguntó Andrew solícito. Sonrió al ver la cara de indecisión de ella.

—¿Café? —casi le daba miedo preguntar, y sus sospechas se vieron confirmadas cuando le sirvieron un café flojo que le pareció carente de sabor—. ¿Unas tostadas? —volvió a preguntar.

Al momento uno de los lacayos le sirvió en el plato un par de tostadas y le acercó solícito la mantequilla y la mermelada. Consiguió darle algunos mordiscos cuando la mermelada amenazaba con desbordarse. La entrada de Eulalia de forma brusca volvió a arrancarle una sonrisa.

—No llegaría tan tarde si no me hubiese perdido —soltó sin contemplaciones y arrancando una exclamación de un señor que había escapado al análisis de Aurora unos momentos antes—. Niña, no deberías llenarte el plato hasta rebosar, y, por cierto, ¿es una tostada con mermelada, o un plato lleno de mermelada?

—No pienso responderte. —Aurora no cesaba de seguir la conversación de sus hermanos.

Iban ataviados como si fueran a asistir a una fiesta. Ese detalle le hizo mirar su sencillo vestido de color azul. Se tocó la redecilla en el pelo. Parecía una campesina, pero ignoraba que para el desayuno hubiese que vestirse de gala. «Mañana, sería otro día», pensó acongojada.

¡Qué biblioteca! Se quedó boquiabierta al verla. Las enormes paredes estaban repletas de libros desde el suelo al techo. Muchos de los volúmenes eran muy antiguos y de incalculable valor. Pasó la mano, en una suave caricia, por los tomos de piel lujosamente labrada. Aunque era una verdadera lástima que una cantidad importante estuviesen escritos en griego. Ella leía correctamente en latín, pero no en griego. Aunque la sonrisa volvió a florecer en su rostro pues había divisado en una estantería aparte un montón de libros en español. Se sentía asombrada. Su padre había pretendido no olvidarse de la lengua que debió aprender en su tierra, y el entusiasmo le pudo: Alfonso Álvarez de Villasandino, Gonzalo de Berceo, Pedro López de Ayala, Arcipreste de Hita, la puerta de la biblioteca se abrió con un chasquido, y la cabeza de un gigante asomó por ella. Un silencio incómodo reinó en la habitación.

—Tú debes ser la bastarda española —apenas había entendido la frase.

El acento inglés le pareció muy fuerte, y por un instante, Aurora se quedó perpleja por el insulto desmerecido, no obstante, se recuperó enseguida, y con su habitual rapidez mental, le devolvió la misma lisonja.

—Y usted, además de ser un bastardo, es un bruto insensible pues no se saluda así a una señorita.

—Yo no soy bastardo.

Ella estaba demasiado ocupada observándolo.

—No hablo del bastardo de nacimiento sino de conocimiento.

Aurora se preguntó si lo habría dicho correctamente. La amplia sonrisa femenina le mostró a Brandon que no se había ofendido por el insulto, y se sintió atraído de inmediato. Avanzó hacia ella.

—¡Vaya! Una muchachita con sentido del humor —los ojos masculinos reían.

—¡Vaya! —repitió ella—, un bruto que sabe apreciar las cualidades femeninas.

El gigante ladeó la cabeza con una carcajada.

—Touché, petit boché espagnole<sup>51</sup>.

Ahora no le hablaba en inglés sino en francés, y ella se preguntó el motivo, ¿para ofenderla? ¿Porque creía que desconocía el idioma?

Ambos se quedaron mirando sin pestañear. Cada uno sostenía la mirada del otro en una batalla de voluntades, tiempo que aprovecharon mutuamente para medirse. Él tenía el pelo del color y largura de un león. Ciertamente se parecía a un felino. Tenía los ojos del verde más intenso que había visto nunca, y las manos enormes, podría aplastarla sin esfuerzo.

Él, por el contrario, se encontró con la muchacha más espléndida que había visto en su vida. Se había quedado tan sorprendido que solo se le había ocurrido atacarla verbalmente. Y menuda lengua afilada tenía la muchacha, pero era de una belleza excepcional. Los ojos le brillaban llenos de fuego, y lo habían cautivado por completo, así como su cabellera cobriza y sus pechos grandes, como le gustaban a él. Poseía todas las curvas necesarias para hacerlo suspirar de placer. Sintió el impulso de abrazarla.

La entrada de los tres Beresford consiguió arrancar, a regañadientes, sus ojos de la extranjera.

—Lord McGregor, no habrás soltado tu lengua o... —la amenaza quedó patente en la voz de Christopher que lo miraba con una advertencia fría.

—Y, ¿dónde están tus dos primos? —preguntó Arthur.

—Creo que tus hermanos intentarán más tarde sacarme las tripas —dijo como de pasada a Aurora, y volviéndose hacia los tres les sonrió—. ¿Habías olvidado, Andrew, que íbamos a Cornwallles hoy? Mis primos deben de haber llegado a Plymouth antes de que te decidas subir al caballo. Te retrasas demasiado, pareces una muchacha remolona. —Los tres lo miraron silenciosos, y él entendió de inmediato—. Bueno, si pensáis que he comprometido la reputación de vuestra hermana con mi lengua, estoy dispuesto a reparar el daño. Sabéis que soy un hombre de honor —la sonrisa desmentía la seriedad de sus palabras.

Andrew echaba fuego por los ojos.

—No menciones el honor, pues está fuera de lugar en tu boca —le espetó con sequedad.

Aurora ignoraba el último altercado entre su hermano menor y el escocés, por eso contemplaba sorprendida el intercambio de palabras. Le parecía ilógico lo que escuchaba. ¡Sus hermanos la defendían! Esto era nuevo para ella. Estaba tan acostumbrada a defender, que ser defendida era algo insólito, y por eso una corriente cálida comenzó a expandirse por sus venas. ¿Comprometer? ¿Reparar? ¿De qué hablaban? Le pareció que el hombre se disculpaba por haberla llamado bastarda, por eso decidió intervenir y aceptar su disculpa.

—Como no deseo que se desparramen tripas en esta alfombra tan magnífica —dijo mirando al gigante y citando sus palabras anteriores—, acepto la reparación en nombre de ellos.

Y dicho esto alcanzó la puerta y salió sin dar un portazo, dejando a los cuatro con la boca abierta.

—Bueno, bueno, la muchacha está comprometida.

Las palabras del escocés llenas de presunción, molestaron a los hermanos.

—Brandon, ella desconoce el significado del verbo reparar en inglés, y su connotación para un escocés bocazas. —La voz de Christopher sonó demasiado irritada—. Así que olvidemos el asunto.

—La muchacha se ha comprometido conmigo aceptando mi reparación, y no hay más que hablar.

El escocés deseaba molestarlos pues estaba en su naturaleza desdeñar a cuanto inglés se le

cruzara de por medio.

—No estamos en Escocia. Aquí en Inglaterra somos civilizados y las cosas no funcionan así. Ella desconoce la intención de tu broma.

Andrew trató de restar seriedad al asunto.

—Ha aceptado mi reparación bastante complacida —dijo Brandon con cabezonería sabiendo que los molestaba, y nada le gustaba más que irritar a sus amigos ingleses.

—¡Entonces, hazme saber el nombre de tus padrinos!

Esas palabras dichas por la boca de Arthur los dejó todavía más atónitos. Christopher miró a su hermano preocupado porque Arthur nunca era dado a ese tipo de emociones. Andrew estaba más preocupado.

—Como no hay nada que reparar, olvidemos el asunto —dijo Christopher dando el asunto por finalizado, y sin esconder su fastidio.

—Esa belleza es mía, me pertenece desde el mismo instante en el que acepto mi reparación.

La habitación de su padre seguía en penumbra, las pesadas cortinas de terciopelo no dejaban pasar la luz, y el ambiente seguía enrarecido. Fiel a su naturaleza impulsiva, Aurora fue directamente hacia la ventana y recorrió con un golpe seco las cortinas marrones, abrió los grandes ventanales, y lo que vio a través de ellos la dejó desolada. La habitación daba al norte, y, desde allí, solo se veía la parte baja de tejado que posiblemente sería el salón de baile en la planta baja. Unos árboles enormes impedían divisar más allá de unos metros. Era imposible que una persona mejorara en ese entorno, y decidió que algo tenía que cambiar.

—Padre, quiero enseñarle un regalo. Es un presente de mi abuela, pero aquí no hay la suficiente luminosidad para que pueda apreciarlo.

John veía en el rostro de su hija que no le gustaba ese lugar de la casa.

—Llevo muchos años en esta habitación, es por el dolor de cabeza, necesito oscuridad, tranquilidad, y esta alcoba es la que cumple esos requisitos.

—Pero justo debajo está el salón de baile, difícilmente puede tener tranquilidad.

John soltó un suspiro largo.

—Hace tantos años que no se utiliza. Aquí en el campo hay pocas oportunidades de ofrecer un gran baile, sin embargo, en Londres ha comenzado la temporada social y marcharemos pronto allí, hay que hacer tu presentación en sociedad.

—¡Presentación en sociedad! —exclamó cohibida porque no sabía lo que eso significaba—. ¡La palabra sociedad y yo no nos llevamos bien!

—¿Cómo dices? —le preguntó él que no la había entendido porque hablaba demasiado rápido. Aurora se sonrojó ante la mirada intensa de su padre.

—Perdone mi forma de expresarme. —La disculpa sonó sincera.

John la aceptó complacido.

—Tiendo a olvidar que has recibido una educación diferente a la que han recibido las muchachas inglesas. —Aurora se preguntó qué significaría eso—. Pero vamos a remediarlo de inmediato.

Aurora pensó en los sirvientes de su casa en Ronda que abrían cada mañana las ventanas de todas las alcobas para que entrase el sol y la luz.

—Creo, y no se enoje por mi sugerencia, que lo que hay que renovar es este ambiente tan cargado—, le dijo ella pensativa y mirándolo todo—, ¿me permitiría prepararle una infusión para el dolor de cabeza?



—¿Conoces algo de medicina? —inquirió el marqués cauto.

Aurora le hizo un gesto afirmativo entusiasta.

—Conozco algunas tisanas —dijo ella feliz—. La manzanilla es buena para el estómago. El eucalipto para los problemas respiratorios —la muchacha tomó aire—. El tomillo, la lavanda, la tila, todas me son conocidas. Mi familia tiene un buen amigo médico, es cordobés, y utiliza muchos emplastes y tisanas naturales para tratar diferentes dolencias —se quedó un momento pensativa—. Nuestro amigo es de origen judío, su nombre es Jared Quenan, y es poseedor de unos tratamientos que me parecen fascinantes. He aprendido mucho de él, también de mi aya que conoce muchas soluciones.

John la miró atentamente.

—¿Has ido a la universidad?

La muchacha parpadeó.

—Una mujer no puede ir a la universidad —fue su respuesta.

Al padre esa afirmación le dijo mucho sobre ella.

—Probaré la infusión de ese amigo tuyo —respondió John.

Aurora sonrió de oreja a oreja.

—¿Y la habitación? —ella pretendía cambiar algo y lo lograría. Estaba en Inglaterra por un propósito definido que podría ser ayudar al padre que nunca conoció.

—Puedes recorrer toda la planta y escoger la que prefieras. Gustoso me cambiaré de inmediato —el enfermo la miraba sin un parpadeo—. Y ahora, hágame sobre ti.

Aurora sabía que se aprovechaba un poco de las ganas de complacerla que sentía su padre, no obstante, no era humano soportar una convalecencia en un lugar tan lúgubre y oscuro como esa habitación. Se aproximó a la cama, se sentó de nuevo en el borde, le cogió una mano, y con una sonrisa sincera, comenzó a contarle parte de su niñez.

Estaba agotada, pero había sobrevivido a ese día, y su tío le decía continuamente que sobrevivir al primer día de una incertidumbre, era como sobrevivir a toda una guerra. Comenzó a prepararse para la cena, y por eso escogió un suave vestido color ámbar a juego con sus ojos. Permitted a Eulalia trenzarle la melena espesa y llena de rizos en un moño. Sacó sus peinetas preferidas de nácar, eran un regalo de su tío Rodrigo y las tenía en mucha estima. Con ellas sobre su cabeza, se sentiría un poco cerca de él. Poseía docenas de peinetas de todos los tamaños y colores, pero ninguna como esas. Cuando ya estuvo lista, irguió la espalda, respiró profundamente, y bajó por la escalera segura de que ahora no se perdería. Una vez en el comedor, pudo saludar a cada uno de los comensales por su nombre. El señor de la exclamación de la mañana era el hermano de su padre: su tío paterno William. El otro señor mayor, era hermano de la madre de Christopher, Arthur y Andrew, y se llamaba Charles. Dos primos lejanos de nombre Guy y Tony, más dos amigos que no podía recordar sus nombres ni sus rangos. Su sitio estaba guardado entre sus dos hermanos menores, pues Christopher presidía la mesa en ausencia del marqués. Eulalia estaba sentada al lado del tío materno con un gesto mohíno en su boca carmesí. Contempló su plato con reticencia pues la carne parecía poco hecha.

—¿No te gusta la carne, Dawn? —Andrew hizo la pregunta al ver su cara.

—Si está muerta sí, —Aurora pinchó con el tenedor la carne y sangró.

Ella no estaba acostumbrada a ese tipo de cocina.

—La carne se llama Rosbif —Aurora asintió, pero dejó los cubiertos, no podía tragar carne cruda, ¿por qué los ingleses le pondrían a la comida nombre de perro? Ya se imaginaba llamando

al chuco, *Rosbif*, ven *Rosbif*, reprimió una risa a tiempo. Había pequeñas pastas de frutos secos que comenzó a devorar con ansia. Intentaba prestar atención a la conversación de sus hermanos cuando llegó el postre, y ella lo miró curiosa ¡Qué era eso que temblaba tanto! Además, tenía un color indeterminado: ni blanco, ni transparente. Casi se estaba mareando viendo cómo se movía. Clavó la cuchara, y se metió en la boca un buen trozo antes de arrepentirse, pero no se parecía a nada que hubiese probado anteriormente. Como estaba dulce, repitió dos veces. Andrew no se perdía detalle de las diversas emociones que surcaban el rostro de su hermana, y le arrancó una sonrisa de comprensión. Supo, gracias a su reciente viaje, que la comida inglesa le resultaría extraña. Se hizo el firme propósito de pedirle al cocinero por la mañana que le preparase algo que le gustase a ella.

## CAPÍTULO 6

Había dormido como un lirón. Se había prometido a sí misma que esa mañana saldría a conocer el exterior de la casa y los alrededores, siempre y cuando dejara de llover. Desde que había pisado suelo inglés, la lluvia no cesaba de caer. Aurora no terminaba de acostumbrarse a estar encerrada en la casa. Esa mañana había muchos rostros sombríos, como el tiempo, y Andrew no había aparecido todavía por el comedor. Todavía retumbaban en sus oídos los gritos del cocinero cuando Eulalia se metió en sus dominios, pero, como buena gitana, lo había callado con la amenaza de incendiar la cocina si seguía con sus chillidos, afortunadamente el inglés había aceptado mansamente por sugerencia de Christopher. Un sirviente venía tras Eulalia trayendo una bandeja que olía deliciosamente a roscos fritos. También traía un plato lleno pestiños y alfajores, ese postre le gustaba especialmente. Contuvo una exclamación de asombro pues su aya debía de haberse levantado muy pronto para prepararlos. Sorprendida miró hacia el aparador donde había una fuente que contenía finas lonchas de jamón y queso que parecía de oveja, Aurora alzó sus cejas en un interrogante, ¿de dónde habría sacado el jamón su aya? Andrew entró anudándose todavía el pañuelo al cuello, se paró justo detrás de Aurora, apoyó las manos en sus hombros, y, desde su nuca, se asomó al plato que ella tenía lleno y que desprendía un aroma succulento.

—¡Dawn, eso huele delicioso!

—Hay para todos —la voz de Eulalia sonó orgullosa.

Eulalia había preparado también buñuelos de viento rellenos de una crema ligera, y una ponchera llena de macedonia de fruta aderezada con miel y canela.

Aurora se tomó muchas libertades pues escogió la habitación justo en frente de la suya para su padre. Ahora que lo había conocido, quería que le explicara todo lo relacionado con su madre, ella tenía tantos interrogantes. La estancia tenía hermosos balcones, y los altos ventanales daban a un pequeño huerto frutal. Hizo sacar varios muebles para que la estancia no estuviese tan cargada. Cambió la alfombra oscura que presidía los pies de la cama por una persa de color vainilla claro que la había visto en uno de los dormitorios de invitados. También se deshizo de la ropa de cama gruesa pues la chimenea se mantenía constantemente encendida. Cerca de la ventana había colocado un sillón de piel, su hermano Andrew le había dicho que era el preferido de su padre. Hizo subir un pequeño mueble que serviría de estantería baja donde colocó varios retratos de sus hermanos, y del resto de la familia que ella no conocía. Los había cogido de la repisa de la enorme chimenea del salón. Aurora se dijo que, ya que John no asistía a los desayunos y almuerzos con la familia, con las pinturas de sus hijos en la alcoba podría estar más acompañado. Le gustó especialmente el retrato de Karen, su esposa fallecida. Era una mujer hermosa de cabellos dorados y ojos azules. Christopher se parecía mucho a ella. Colocó tres libros que pensaba leerle a su padre por las tardes, y entre el hueco de la chimenea y la pared, justo enfrente de la enorme cama, colgó la sorpresa que había traído para él.

Miró por última vez la habitación, y esperó que fuese del gusto de su padre.

John estaba anonadado, no creía recordar que existiese una habitación en toda la casa tan acogedora. Parecía fresca, pero estaba cálida. La enorme chimenea no paraba de quemar leña. Miró las cortinas de raso color caramelo que adornaban las ventanas, y la bonita alfombra persa que sospechó que antes estaría en la alcoba verde. Contempló con ternura la pequeña estantería llena de retratos de sus hijos, y vio en la pared de la chimenea un espejo o cuadro tapado con un

lienzo.

—Espero que perdone mi osadía por el cambio, pero aquí el ambiente es menos denso, y cuando haga sol, entrará por las ventanas alegrándolo todo. —Aurora le sonrió con ternura, se le veía un poco mejor, pero las ojeras y bolsas debajo de sus ojos denotaban una lucha constante con la enfermedad—. En mi hogar en Ronda, por las mañanas, los sirvientes abren las ventanas de par en par para que entre el sol y la luz.

John medio sonrió.

—Aquí no tenemos vuestro clima, hija, pero ordenaré que abran todas y cada una de las ventanas de Whitam Hall para ti cuando haya sol —Aurora se ruborizó por el cumplido, y porque la había llamado hija con total naturalidad, algo que la sorprendió por lo inesperado.

—Me han dicho que este sillón es su preferido.

—Suelo leer la prensa por la mañana sentado ahí.

Ella ya lo sabía porque se lo había dicho Christopher.

—Lo he traído para que se anime a levantarse de la cama, también para leerle algunos libros que he traído, y ahora, prepárese para recibir mi regalo. —Aurora quitó la sábana del cuadro que esperaba encima de la chimenea, y John se quedó mudo viendo unos ojos muy queridos que lo contemplaban. Hacía dieciocho años que no los veía, y los suyos se llenaron de lágrimas que a duras penas pudo reprimir.

—Este cuadro lo pintó un amigo de la familia. Mi abuela dice que es un pintor excepcional. Mi madre está tan bella, que parece que me mira de verdad con sus ojos cálidos.

—Es un trabajo magnífico. Inés está exactamente igual que cuando la conocí, ¿cómo podré agradeceréte?

Aurora se ruborizó.

—Ver la expresión de sus ojos es un pago más que suficiente. Mi abuela lo llama «ojos de hechicera española», muy apropiado ¿verdad? Creyó que le gustaría tenerlo.

En realidad el cuadro era para ella, porque María ignoraba el tiempo que estaría lejos de Ronda.

—Cierto, tu madre me hechizó en el mismo instante que abrí mis ojos y la contemplé. Su rostro era sereno pero orgulloso. Era tierna y poseía la fuerza interior más grande que yo haya visto nunca. —John meditó un momento—. ¿Por qué te puso Aurora? Es un nombre poco usual para una española.

John pensaban en nombre típicos como María, Carmen, Isabel.

—Me contó mi abuela que mi madre me lo puso porque la aurora en la que nací fue la más larga de su vida. —Los ojos de Aurora se empañaron durante un momento—. No la conocí pues murió poco después de nacer yo, aunque tengo muchas cartas y poemas escritos por ella. Me ha llenado de tantos recuerdos aun sin vivirlos, que me siento satisfecha.

—¿No lamentas que no te hubiese hablado en esas cartas sobre mí? —había decepción en la voz de su padre.

—Siempre creí que estaba muerto —dijo pensativa—. Mi abuela ocultó la verdad, y todavía no comprendo sus motivos. En un principio me afectó, pero he dejado que el tiempo responda los acertijos que me hago, y, mientras tanto, intento adaptarme a la situación tal y como se presenta.

—Jamás hubiese esperado palabras tan maduras en una joven de tu edad. —John estaba sorprendido.

La muchacha lo miró cándida.

—El mérito es de tío Rodrigo. Me ha enseñado todo lo que sé. Mi abuela ha intentado hacer de mí una señorita bien educada y hacendosa en todas las tareas femeninas, pero mi tío me ha

enseñado los valores y principios que toda persona debe poseer: orgullo, templanza. Honor y lealtad.

—¿Y el resto? —preguntó John con mirada pícara haciendo que Aurora se ruborizase.

—Bueno... —ella dudó un instante—. La cabezonería, terquedad y el mal genio, supongo que es innato en mí. Está grabado a fuego en mi identidad, aunque mi aya Eulalia me ha dado algunas alas, y los amigos que tengo entre ellos: Manuel.

—¿Y amigas? —John estaba extrañado.

Aurora comenzó a ponerse nerviosa.

—Menos de las que quisiera. Al ser mi tío un hombre militar lo hemos acompañado siempre que lo han destinado, y ello no ha propiciado el consolidar una amistad profunda. Durante muchos años mis mejores amigos han sido los soldados que estaban bajo las órdenes de mi tío. —John la miró entre sorprendido y divertido—. Me resulta interesante hablar de medicina con nuestro amigo Jared. Me ha enseñado mucho sobre curas alternativas y cataplasmas. Y la política la uso para atormentar al padre de mi buen amigo Manuel, Jean Pierre La Housaye, es un francés que se casó con una española. Los La Housaye tienen su propiedad muy cerca de nuestro cortijo en Ronda.

—¿Cortijo? —Preguntó John, curioso, y Aurora sonrió complacida.

—Es nuestra casa de campo y de labor en el sur —John entrecerró los ojos extrañado, cuántas palabras diferentes para definir la misma cosa.

—Creía que tu tío solo se dedicaba al ejército. —Aurora cabeceó.

—Y así es, pero él dice que la poca fortuna que le ha quedado después de la guerra tiene que invertirla.

John asintió comprendiendo, y la miró tan intensamente que Aurora se ruborizó.

—Creo sinceramente que vas a causar estragos en nuestras vidas. —Aurora chasqueó la lengua, y respondió algo molesta.

—Nada más lejos de mi intención. Soy una joven discreta y tranquila. Me gusta leer y la buena comida.

John rio porque ya le habían contado la anécdota ocurrida en la cocina, y la astucia de Eulalia para salirse con la suya. Cómo se había metido al resto de la familia en el bolsillo, incluso al estirado Charles, lo dejaba atónito.

—¿Sabes de dónde saca Eulalia los alimentos? —Aurora soltó una risa cómplice.

—Tiene que ver con una llave colgada a su cuello, y un arcón cerrado a cal y canto.

John miró a su hija con el corazón henchido de amor por ella. Bramó la ironía del destino. Su única hija era la que más se le parecía a él. Adoró sus cabellos, y sobre todo su sentido del humor, y el peso de la visita de su vecino Penword le intranquilizaba.

Aurora estaba deprimida, llevaba dos semanas en Inglaterra, y seguía lloviendo sin tregua, se dijo que le iba a salir moho de tanta humedad. Estaba aburrida y triste por la falta de actividad. Ella que disfrutaba tanto en el campo recogiendo fruta, de meterse en el río con su aya Eulalia, ahora estaba recluida en una casa enorme y que se le caía encima. Además no tenía noticias de los suyos. Ni de su abuela, ni de Manuel que no había contestado a sus cartas, el tío Rodrigo tampoco. Arthur la había enseñado a jugar al *Backgamon*, un juego que desconocía hasta su llegada a Inglaterra. Siempre perdía, conseguían matarle dos fichas, y ya no podía salir del casillero. Andrew la obsequiaba a menudo con recitales de piano, intentaba enseñarle a tocarlo. Aurora solía pasar los dedos por las teclas suaves y firmes de color ébano y marfil. Ya había aprendido a

tocar algún adagio corto, intentaba esmerarse mucho porque su padre decía que era imprescindible que las muchachas de su clase supiesen tocar el piano, y ella deseaba complacerlo. Eulalia había preparado un ungüento de eucalipto y romero que le calmaba el dolor de espalda, y últimamente los acompañaba en todas las comidas. Volvió la vista de las gotas de lluvia sobre el cristal de la ventana, al tomo que estaba leyendo.

Escuchó una voz airada y se sobresaltó. Su hermano mayor estaba discutiendo con alguien. Aunque no distinguía las palabras. Una enorme sonrisa afloró a su boca, ¡Christopher perdiendo el aplomo! Inaudito. Se le oía cada vez más furioso. Oyó un portazo y luego silencio. Se giró y dejó el grueso tomo sobre el sillón, pero lo dejó en el borde, y cayó al suelo con un golpe sordo, lo recogió, lo dejó de nuevo en el sillón, y salió por la puerta que daba al vestíbulo al mismo tiempo que otra puerta se abría: la que separaba la biblioteca y el despacho de su padre. Un hombre había oído el ruido y asomó su rubia cabeza por la puerta de la biblioteca, no había visto a la persona que lo había dejado caer por dos segundos.

Justin Clayton Penword necesitaba calmarse. Jamás se podía haber imaginado que Christopher se mostrara tan obtuso, no había escuchado ninguna de sus razones, y eso lo molestaba. Se acercó al sillón, cogió el grueso tomo, miró el título que no conocía. Lo dejó sobre el escritorio, y siguió esperando a Christopher, todavía no habían terminado de hablar. La presión de su padre le pesaba enormemente.

Aurora salió al vestíbulo buscando a Christopher, y lo vio regresando al estudio con una cartera de piel en la mano. Se acercó sigilosamente a él y le dio sin querer un buen susto.

—¡Maldita sea, Dawn! ¿Necesitas ser siempre tan inoportuna? —el disgusto en su voz era innegable, también inesperado. Aurora lo miró extrañada por su reacción desmedida.

—Solo pretendía saber si te encontrabas bien, con quién discutías, y por qué. —Christopher la miró negando con la cabeza.

—No es nada que te concierna, jovencita —le respondió con acritud—. Y yo lo llamaría diferencia de opinión, no discutir. Los ingleses no somos tan belicosos como los españoles, no solemos discutir por nimiedades.

No fueron las palabras ofensivas lo que la enfurecieron sino el tono de superioridad que había utilizado.

—¿Y no te avergüenza decir semejante necedad? —replicó airada—. ¿O acaso el ojo morado del otro día fue que hablabas del tiempo con un deslenguado escocés? —Christopher se sentía irritado con ella particularmente.

—¡El ojo morado fue por culpa tuya! Por no sujetar tu lengua a tiempo de aceptar su reparación.

—El ojo morado fue por tu talante disciplinado que raya el ridículo —contestó airada.

—¡Deja de repetir mis palabras!

«Con la acidez de su voz se podría cortar la leche», pensó ella.

—¡Yo podría haberme ocupado del escocés! —exclamó de forma contundente.

—Tú hubieses terminado en Gretna Green.

Aurora lo miró atónita. Ignoraba qué era Gretna Green, pero si Christopher lo mencionaba, debía ser un lugar horrendo.

—Insultas mi inteligencia.

—Las mujeres no tienen inteligencia.

El insulto fue demoledor, y Aurora soltó la lengua sin piedad.

—Maldita sea vuestra naturaleza obtusa, vuestro cinismo innato —masculló demasiado ofendida para medir sus palabras.

Christopher se quedó estupefacto ante esas palabras dichas a nadie en particular. Las analizó un momento, y entonces, comenzó a mascullar. Aurora puso sus manos en jarras.

—¡Marrullero inglés! ¡Te estoy insultando!

—¿Acaso sabes hacer algo mejor? —replicó el hermano en el mismo tono.

El hombre sentado en el sillón antes ocupado por Aurora, se levantó justo en el momento en el que empezaron las pullas entre ambos. Supo sin lugar a dudas que esa voz enérgica y a la vez melodiosa pertenecía a la extranjera. La curiosidad lo aguijoneó. Quería ver el rostro de tan sensual tono mordaz. Se colocó en un ángulo para no ser visto pues pretendía seguir teniendo esa ventaja. Intentaba comprender la rápida sucesión de palabras, mitad en inglés, mitad en español, y lamentó su falta de práctica porque desde la universidad no lo había usado. Por un momento, lo que vio lo dejó anonadado. El corazón comenzó a latirle con fuerza inesperada. Apenas podía recuperar el aliento tras la visión. La muchacha parecía una diosa, de una belleza increíble. Desde el lugar donde se encontraba, pudo apreciar el matiz dorado de sus expresivos ojos. Suspiró extasiado. Le esperaba una ardua batalla con esa hechicera. Ya no le importaba si era legítima o no, había decidido en un breve instante que haría cumplir el acuerdo firmado entre las dos familias. Siguió mirando a la muchacha evaluándola con ojo crítico. Delineó las curvas de sus pechos con la mente, fue bajando sus manos imaginarias por el hueco de su garganta hasta situarlo en su estrecha cintura y asir sus redondeadas caderas que apenas se disimulaban con el fresco vestido de muselina. Imaginó que olería a flores, y que el dulzor de su boca sabría a miel del paraíso. Suspiró incómodo y desvió la vista. Seguir contemplándola era muy peligroso para su estabilidad emocional, y él necesitaba estar cuerdo ante la dura batalla que se avecinaba.

## CAPÍTULO 7

No hacía sol, pero había dejado de llover. Estaba exultante de felicidad. Nada podría impedir que saliese al campo a disfrutar del aire fresco. Se puso un vestido color rojo con una camisa blanca, era el único vestido que solo le llegaba a los tobillos, y era ideal para los días de lluvia pues no se manchaba de barro por el dobladillo de la falda. Recogió su rebelde melena en una redecilla, y para cuando se colocó la capa negra, varios rizos se le habían salido del moño. Impotente, aunque demasiado alegre para que le importara, salió al frío y nublado día: pensaba estar de vuelta antes de que la echasen en falta. Comenzó a andar primero a paso incierto porque no quería perderse, aunque le pudo el entusiasmo. Enfiló un sendero que quedaba a unos cuatrocientos metros de la casa por el oeste siguiendo una valla blanca, y, tras caminar durante un kilómetro y medio aproximadamente, llegó a una especie de laguna. No sabía si era natural o artificial, pero le pareció preciosa. Estaba rodeada de árboles muy altos que proporcionarían sombra en los días más calurosos. Había un pequeño embarcadero con dos barcas atadas, imaginó que las usarían para pasear por la laguna, si acaso en Inglaterra había días soleados porque ella lo dudaba seriamente. La laguna daba la sensación de que era bastante profunda. Rodeó unos altos setos para llegar a la orilla. Con sumo cuidado se acercó todo lo que pudo hasta que divisó azorada como alguien que se encontraba detrás de los arbustos, hacía amago de tirar un saco con algo que se movía dentro. El muchacho al verla lo soltó de inmediato, justo en el momento que ella empezó a preguntarle de forma inquisidora. El chico rondaría los trece o catorce años, y ella sospechó que debía trabajar en alguna caballeriza cercana. El muchacho se volvió, y al no entender ni una palabra de lo que ella le decía, se asustó y comenzó a correr como alma que lleva el diablo. Aurora supo lo que había sucedido, afortunadamente, estaba muy cerca para intentar rescatar el saco antes de que se hundiese por completo. Se metió en el agua sin dudar si bien estaba tan helada que comenzó a jadear sin poder evitarlo. Intentó agarrarlo, y para ello tuvo que meterse en el frío lecho hasta la cadera. Los dientes comenzaron a castañearle con más brío que sus propias castañuelas, pero al fin pudo asirlo no sin antes mojarse más de lo que pretendía. Consiguió abrirlo y sacar dos cachorros calados, le parecieron los perros más hermosos que había visto nunca. Estaba maravillada y a la vez furiosa al ver lo asustados que estaban. Sabía que era la forma habitual de deshacerse de los cachorros que nacían y que nadie deseaba.

Pero ahora se encontró con otro problema acuciante.

No podía darse la vuelta porque ello implicaría mojarse todavía más de lo que estaba. Estaba indecisa sin saber qué hacer porque los cachorros se movían muchísimo, suspiró y decidió dar pasos lentos hacia atrás, aunque al hacerlo se hundió sin remedio en la tierra blanda. No podía avanzar. Estaba clavada en el suelo sin poder moverse, y suspiró exasperada. Tenía que soltar a los cachorros para sacarse los botines, y dudó. Mientras decidía qué hacer, los labios comenzaron a ponerse azules, y una voz con marcado acento, casi le hizo desmayarse del susto pues no había visto a nadie en los alrededores salvo el chiquillo que había salido espantado. Giró la cabeza sorprendida, y miró al intruso con verdadero alivio.

—Está en propiedad privada, damisela.

Le dijo el hombre, y a ella no le gustó nada cómo había sonado ése damisela.

—Pero yo no he visto ningún letrero de advertencia, ¿señor?... —preguntó, y solo obtuvo silencio—. ¿Y usted es? —el inglés no le correspondió, siguió callado mirándola de forma penetrante. Ella dio dos pasos para volverse, lo miró, y se hundió todavía más—. ¡Vaya, yo le hago una pregunta al mulo, y resulta que es sordo! —ante el silencio del extraño, Aurora dejó el



sarcasmo de lado, por la expresión que observó en el rostro de él, supo que no la había entendido —. Estoy casi congelada, y mis botines están atascados en el barro —no consiguió decir la última palabra sin tiritar. Miró al desconocido, y le preguntó con una sonrisa tan cándida que podría derretir la mirada más fría—. ¿Sería tan amable de ayudarme? —el hombre negó con la cabeza de forma enigmática.

El brillo en sus ojos resultaba indescifrable.

—¿Y terminar como usted? —se mofó con voz ronca.

Aurora alzó sus bellas cejas de forma especulativa.

—Por favor. Me estoy con...ge...lando. —El inglés se rio de ella, y Aurora rumió para que lo partiera un rayo.

—Usted se ha metido en el agua, salga por su propio pie.

Lo miró espantada por un breve instante. ¿El inglés insensible no pensaba prestarle ayuda? Sintió unos deseos enormes de bajarle los humos, y esa sensación de venganza la pilló desprevenida. Si no estuviese tan aterida podría ver la parte cómica de la situación: estaba mojada y helada, en propiedad privada, y un pedante inglés la observaba con superioridad. Se encrespó de forma automática. Estaba allí plantado, mirándola con absoluto descaro, con sus botas recién pulidas, y que brillaban más que dos soles. Observó sus pantalones negros de montar, su chaqueta azul y su camisa blanca. Una sonrisa maliciosa comenzó a asomar por su boca. Así que el inglés no la ayudaba para no mojarse la ropa. Se hundió un poco más en el agua, cosa que la hizo jadear de nuevo, agarro los cachorros que aullaban con una mano, y con la otra cogió un montón de lodo fangoso, y, sin pensar en las consecuencias de sus actos, se lo lanzó. Le dio de lleno en la pulcra camisa. La masa pegajosa comenzó a resbalarle por el pecho manchándole los pantalones con una estela.

Justin no se movió. Siguió con la vista el recorrido que la pella iba dejando en su ropa, y, cuando alcanzó el ecuador de su cintura, alzó sus ojos y los clavó en ella con muda sorpresa.

No se le veía muy contento. Los hombros de Aurora temblaban intentando contener la risa pues la expresión de él demostraba claramente que, si se reía, le haría beber sangre. Contempló la presunción que mostraban sus ojos, y decidió zarandear su orgullo. Nada molestaba más a una persona cabal que lo tildasen de inmaduro... bueno, cada vea que su tío se lo decía a ella, funcionaba.

—Ahora *lad* no tendréis que preocuparos por acabar mojado y sucio —Justin alzó las cejas con incredulidad, ¡lo había llamado mozalbeta! Ella continuó—. Ya tenéis una mancha horrible en vuestra impoluta camisa. —Volvió a tiritar, pero sin dejar de sonreír. El ceño fruncido de él era un verdadero consuelo en su ánimo.

—¡Se arrepentirá y lo lamentará! —amenazó, sentenció, y Aurora lo miró con franca curiosidad.

—Antes tendría que tenerle miedo, ¿no cree? Aunque puedo asegurarle que no ha llegado el momento —se mofó ufana.

Un brillo complacido asomó a sus pupilas cuando observó el desconcierto de él.

—Pues debería tenerlo, damisela. —Aurora siguió con sus burlas.

—Difícilmente —le replicó—. Usted no da miedo en absoluto.

Justin ahogó una maldición.

—Pues pienso darle unas palmas que no olvidará en su vida —Aurora entendió la amenaza a pesar de la mala pronunciación.

—Azotes, se dice azotes —respondió enarcando las cejas y sin dejar de mirarlo—, y, si voy a recibirlos, pienso ganármelos uno a uno. Se acabaron los regalos gratuitos. —Le arrojó otro

puñado de lodo que le dio de lleno en la frente, le resbaló por la nariz hasta llegar a los labios.

Justin comenzó a escupir el barro que se le había metido en la boca por la sorpresa. Nadie se habría atrevido a provocarlo de esa manera. Otra bola de barro le dio en plena entrepierna. ¡Menuda puntería tenía la mozueta! Para bien o para mal, ella había cruzado la línea de la prudencia con el tercer amasijo de barro. Se metió de lleno en el agua helada provocando salpicaduras a cada paso, la sujetó por la cintura, y la levantó de un tirón sin contemplaciones.

Aurora sujetó a los cachorros con fuerza.

—Ha de saber que he recogido el guante que me ha lanzado, y espero que sea consciente de que ha iniciado una batalla en la orilla equivocada —soltó Justin con la vista clavada en el rostro enrojecido por el frío, y en el vestido mojado de ella que se ajustaba demasiado a sus curvas. La sacó como si cargase un saco de arena.

—¡Por supuesto! —exclamó ella insolente—. Pero olvida a conveniencia quién venció la última vez que los españoles se enzarzaron en una guerra.

—Pero yo confío plenamente en su derrota. Ya saboreo su rendición —soltó prepotente.

—¡Lo mismo confió Napoleón! —respondió socarrona.

Justin miró la sonrisa presumida que ella le dedicaba, y, por San Jorge, que había entendido el insulto a la perfección. La muchacha no tenía ni una pizca de prudencia en su tentador cuerpo, y presumió que de este encuentro iba a salir escaldada.

Aurora no protestó por el trato recibido, le pareció innecesario, solo quería entrar en calor de una vez. Miró los cachorros que competían con ella por quien tiritaba más. Una vez que la hubo sacado del agua, Justin se sentó en la orilla de la laguna sin miedo a mancharse de barro porque estaba furibundo. Una mozueta descarada lo había provocado en demasía, y no sabía calibrar si estaba más molesto que divertido. La tumbó sobre sus rodillas, le levantó la falda, la enagua, y comprobó azorado que la muchacha tan solo llevaba unas bragas finas de encaje, unas medias de seda sujetas con unas ligas del color más escandaloso que hubiese visto nunca, y comenzó a darle nalgadas suaves.

Aurora no fue consciente del agravio que le esperaba, soltó a los cachorros antes de que comenzaran los azotes. Aguantó hasta un total de cuatro, el número de puñados de barro que le había tirado al inglés, más uno de regalo. No soltó ni una exclamación, ni un juramento. Esperaba su momento.

Justin la reincorporó ceñudo al comprobar que la muchacha no había soltado ni un precario. La tenía sujeta por los brazos, y, de pronto, un dolor insoportable le hizo doblarse en dos. La muy zorra le había soltado un rodillazo en sus testículos. Le faltaba la respiración, inspiró profundamente intentando recobrar el resuello, y, en el mismo instante que la muchacha se daba la vuelta para salir corriendo, la sujetó por la falda rasgándose y la lanzó al suelo. Ella pateó como una fiera rabiosa, pero él no pensaba soltar su presa, no, hasta que se recuperase. Tras unos largos instantes, Justin consiguió serenarse lo suficiente como para arrastrarla hacia él. Ambos estaban mojados y embarrados, y, cuando posó los ojos en la boca femenina, sintió el loco impulso de besarla. Se apoderó de los labios sin más, con un deseo que lo dejó abrumado por lo inesperado, ella solo pudo gemir impotente al sentirse dominada en segundos. Justin no podía soltarla, la muchacha sabía deliciosa, y esa boca era la creación del diablo para perder a los hombres. La sintió debajo de él, tierna y receptiva, y su cuerpo reaccionó de inmediato poniéndose tan duro como una piedra. Relajó los miembros lo suficiente para que la muchacha lo notara, y, de pronto, sin saber cómo, se encontró besando el barro. La muy arpía le había hecho ¡no sabía qué!, pero de pronto la tenía sentada en su trasero inmovilizándolo con sus muslos. Tenía un brazo retorcido de tal forma que no podía moverse. Inaudito, tenía la cara hundida en la tierra,

y ahora sí que estaba escuchando los insultos más increíbles que había oído en toda su vida.

—¡Piojo de albañal! ¡Rata de cloaca! ¡Nunca! ¡Nunca jamás vuelva a ponerme una mano encima porque juro que lo mataré!

El tono de voz era de una rabia descontrolada. Aurora se incorporó, y permitió que el inglés se levantara. Lo miró de tal forma que, si las miradas quemasen, Justin habría acabado carbonizado en el suelo. Ambos se midieron como enemigos. Ella le sostuvo la mirada llena de ira, Justin la valoró con la arrogancia propia de su género. Se palpaba la furia contenida, pero no cedieron ni un milímetro.

—¡No vuelva a ponerme una mano encima porque se la cortaré! —le escupió las palabras con veneno.

Justin estaba eufórico. La muchacha era increíble.

—Tienes mi palabra de que la mano no es lo único que te voy a poner encima —la tuteó.

La recorrió ardientemente de arriba abajo deteniendo sus ojos en labios voluptuosos que ansiaba volver a besar.

—¡Si en algo aprecia su vida...! —Aurora dejó la advertencia sin concluir.

Recogió a los asustados cachorros entre sus brazos. Estaban tan llenos de barro como ella. Mientras se marchaba, comenzó a lanzar insultos al aire, aunque algo había que agradecerle al inglés, al menos ya no tenía frío, se dijo malhumorada. No volvió la cabeza para mirarlo porque nunca se había sentido tan insultada.

Una vez que se hubo alejado lo suficiente, se paró a mirar su aspecto. Tenía la falda del vestido rasgada y llena de barro, había perdido los botines en la refriega. La red del pelo estaba destrozada y su pelo había quedado chorreando lodo. Tenía las manos moradas de frío y las nalgas hirviendo de furia, si bien eso no era nada comparado con su enfado.

Justin la vio alejarse y no intentó detenerla. Nunca había sido testigo de una pelea tan desigual y magnífica, por Dios, la muchacha era una delicia, con un temperamento visceral, y qué boca, se moría de ganas por volver a besarla. ¡Hacerle el amor! Tanto fuego y pasión harían enloquecer a cualquier hombre. Justin se amonestó, no a cualquier hombre. Él, era el único que la poseería. El acuerdo nupcial le daba ese derecho, y una vez que lo hubo aceptado, su mente se liberó de inmediato de cualquier duda que hubiese albergado. La española era suya desde el mismo día que nació, y después de haberla probado, nada podría cambiar eso. Justin sonrió, se moría de ganas por verle la cara el día que le dijeran que estaban prácticamente casados, qué tenía todo el derecho sobre ella. Rio con auténtico regocijo. Nunca creyó que podría divertirse tanto con una pelea, aunque la muchacha sabía defenderse. Sus partes doloridas daban fe de ello, y lo más sorprendente fue descubrir que la moza prescindía de mucha ropa interior, se había quedado mareado ante la visión de ese trasero seductor. ¡Vaya con el temperamento español! Estaba mojado como una rata, pero el revolcón había valido la pena, y la muy tonta creyó que no pensaba ayudarla. Él, solo pretendía divertirse un rato.

Aurora subió los peldaños de la entrada de la casa con los cachorros medio dormidos en los brazos. La puerta estaba cerrada y maldijo contrariada, se moriría antes de permitir que la vieses en semejante estado calamitoso. De pronto, recordó que su padre solía dejar la ventana de la biblioteca abierta, así que volvió sobre sus pasos y se dirigió al jardín trasero. Dejó a los cachorros en el suelo y empujó hacia dentro la mitad de la hoja, consiguió abrirla sin esfuerzo, volvió a recoger los animales y los metió dentro intentado que no se diesen un golpe fuerte al dejarlos caer en el suelo. Dio un pequeño salto, se sentó en el marco, pasó primero una pierna,

luego la otra, y, con un suave impulso, se deslizó hacia dentro.

Jamie estaba boquiabierto contemplando la escena que se desarrollaba delante de sus ojos. Se encontraba en ese momento sentado en un sillón esperando la llegada de Andrew cuando un ruido lo puso alerta. En un primer instante, pensó que se trataba de un ladrón, hasta que vio lo que caía al suelo de la estancia, parecían dos comadreja ahogadas, mientras, unas palabras de mujer, dichas en un idioma extranjero, intentaban calmar a los cachorros. Aurora recogió su premio, y, una vez que hubo alzado la cabeza, se encontró con un hombre desconocido y con la boca abierta. Miró al hombre con el mismo interés que el otro le prodigaba. Tenía el pelo moreno y los ojos de un azul impresionante, poseía una sonrisa enigmática, y que le pareció apaciguadora. Le gustó, porque, aunque la miraba curioso, en sus pupilas no se advertía ningún atisbo de presunción o de superioridad.

Jamie, a su vez, miró la gallina desplumada que acababa de colarse por la ventana de la biblioteca, agarraba a unos cachorros como intentando protegerlos de él. ¡Imposible! Se fijó en su maltrecho vestido manchado de lodo y que estaba roto, se fijó en la maraña de pelo lleno de barro, y el altivo mentón. La muchacha seguía sin decir palabra, sin moverse, hasta que ambos escucharon la exclamación de Andrew. Había entrado por la puerta del despacho que comunicaba las dos estancias.

—Dawn, ¿qué demonios te ha ocurrido? —Andrew estaba escandalizado viendo el lamentable aspecto de su hermana, ella volvió a tiritar involuntariamente.

—Alguien ha intentado ahogar a estos animalitos en la laguna. Había demasiado barro, y me he caído cuando he intentado alcanzarlos, sin embargo, ha merecido la pena porque son unos cachorros preciosos. Los voy a llamar Nuez y Canela por el color de pelo —dijo con voz orgullosa, y libre de la rabia que había sentido unos momentos antes—. ¿Andrés le podrías decir a Elena que me prepare un baño? Estoy he... la... da.

—Jamie, espera un momento mientras doy la orden, después os presentaré como corresponde, si es que decides quedarte a tomar el té.

Jamie hizo un asentimiento de cabeza, y miró a la pareja que salía por la puerta. Así que ésta era la belleza española que estaba prometida a su hermano. ¡Vaya! Incluso él estaba impresionado. Ahora entendía por qué su hermano mayor deseaba seguir con el acuerdo nupcial, imaginaba que ya la había visto, y que se había prendado de ella, aunque los Beresford no estaban muy por la labor de cumplir el contrato. Justin les había contado la negativa de Christopher unos días atrás para cumplir el acuerdo. Justin quería formalizarlo, pero los Beresford pedían tiempo, un tiempo que el duque no quería otorgar, y todo había terminado en una fuerte discusión.

Jamie le preguntó si había visto a la dama, y su hermano solo lo había mirado de forma enigmática. Ahora lo comprendía todo. Que la muchacha estuviese renuente al compromiso, podía llegar a entenderlo, pero no la negativa de su padre y hermano. Estaba intrigado, ¡por San Jorge que estaba intrigado!

## CAPÍTULO 8

Hoy iba a asistir a su primer baile en Inglaterra. Lo celebraban sus vecinos los Penword. Su padre había decidido utilizar el baile para presentarla a sus conocidos y amigos. Muchos de ellos todavía no se habían marchado para la temporada social que ya había comenzado en Londres, por tanto, había bastante expectación por conocer a la desconocida hija del marqués de Whitam. Aurora se sentía muy nerviosa. Nunca había sabido guardar las formas en un lugar lleno de gente que observaba y cumplía el protocolo a rajatabla. Ignoraba el comportamiento que se esperaba de ella en Inglaterra. Era todo tan rígido, tan formal. ¡Cómo extrañaba Ronda!

Aurora volvió a suspirar resignada.

Su padre le había contado la gran afinidad que durante generaciones mantenían con unos vecinos: los Penword. Incluso existían varios matrimonios entre ellos. Compartían una Torre Roja que pasaba de una familia a otra según los casamientos. Aurora sabía que el duque, un hombre muy importante en Gran Bretaña, tenía dos hijos varones, y que era poseedor de una inmensa fortuna además de un gran patrimonio, aunque su padre le había confesado, no sin menos orgullo, que él poseía tanta riqueza y prestigio como su vecino. La había instruido sobre los matrimonios entre nobles, lo que se esperaba de los herederos. Así había descubierto que ella era la heredera del legado de Clare, aunque desconocía la repercusión que tendría en su vida esa herencia, y no estaba muy segura de quererla para sí. El heredero del duque, ahora su vecino por la proximidad de las casas en las que vivían, había asistido a la universidad con su hermano mayor. Tanto los Penword como los Beresford habían jugado, alimentado y corrido de una casa a la otra. Los cinco niños habían sido amigos desde la infancia: amistad que perduraba hasta el día de hoy. Que las tierras de ambos colindasen tenía mucho que ver en la amistad que se profesaban.

Aurora había tenido la primera diferencia con su padre, y ello le había dejado un mal sabor de boca pues John pretendía obsequiarle con un vestuario nuevo, pero Aurora había perdido esa batalla. Había descubierto que le encantaba bañarse frente a la chimenea, era un lujo que no tenía en Ronda porque allí no hacía el frío suficiente para necesitar una chimenea en cada habitación, no obstante, durante su estancia en Inglaterra pensaba disfrutarlo al máximo. Eulalia no hizo ruido cuando entró en la alcoba, se quedó mirándola un momento sonriente, su niña iba a ser esa noche la envidia de todas las damas pálidas y escuálidas de la nobleza inglesa. Su pupila no tenía comparación, había sido premiada con los rasgos físicos más notables tanto de españoles como de ingleses, porque las inglesas eran más altas sí, pero menos voluptuosas, y el color tan blanco de la piel, las hacía parecer fantasmas. No las ayudaban en nada los polvos de arroz que utilizaban para acentuar el blanco del cutis. Ella sabía que el rasgo que más destacaba en las mujeres del sur era la pasión, la sangre caliente e impulsiva que las hacía poseedoras de una sensualidad innata. El carácter ausente de la frialdad típica inglesa. Sí, su muchacha iba a revolucionar a toda la nobleza británica porque contenía demasiado fuego en su interior.

—Despierta dormilona.

Aurora le mostró una sonrisa sincera.

—Te quiero, aya, ¿te lo he dicho hoy?

—Cada sonrisa tuya me lo dice siempre.

El orgullo le hacía temblar la voz.

—No lo olvides nunca. Haga lo que haga, diga lo que diga, nunca dudes que te quiero de veras.

—¿Qué piensas hacer, chiquilla? —preguntó alarmada.

—Espero que nada, pero ya me conoces, no sé comportarme muy bien cuando hay gente importante a mi alrededor.

Eulalia soltó un abrupto.

—Tienes más corrección en tus venas que toda Gran Bretaña junta —respondió con voz determinante—. Nunca dudes de ti misma, y nunca permitas que desconocidos te marquen los pasos. Deja que te guíe ese hidalgo corazón que poseen los Velasco, y jamás te arrepentirás de las decisiones que tomes.

Aurora meditó en las palabras de su aya. Miró un momento el vestido que se pondría para esa ocasión. Era hermoso y de color dorado. Iba ceñido sobre el busto y las caderas con amplio escote redondo que la favorecía. Tenía una gran abertura sobre la pierna derecha, y ello lograba que los finos volantes de encaje de seda interiores de la enagua de color marfil, se moviesen como si tuviesen vida propia. Hizo una mueca satisfecha al ver los acompañamientos del vestido que había elegido cuidadosamente: los finos botines de piel. El atrevido mantón bordado con rosas amarillas y blancas, y unidas con hilo dorado. Aunque la sonrisa se borró de su cara cuando observo la coraza interior que debía ponerse, jamás podría moverse con semejante armadura. Una vez que tuvo el pelo secó, comenzó a vestirse, y confiaba que Eulalia no encontrase enseguida las peinetas de nácar que tanto le gustaban, así le daría tiempo a esconder el elemento torturador, pero no fue lo bastante rápida.

—¡Niña ponte ahora mismo el corsé! —viendo la negación de la cabeza de ella, le replicó condescendentemente—. Prometo ceñírtelo suavemente en esta ocasión.

—¡No podré respirar con eso! —protestó vehemente. Eulalia la miró severa.

—Sabes que normalmente cedo en este asunto, pero hoy es una de esas ocasiones importantes en la que debes llevarlo. Piensa en tu familia, y en lo incómodos que se sentirá si no apareces ataviada como una verdadera dama. ¡Eres hija de un marqués!

Aurora, resignada, aceptó ponérselo. Eulalia comenzó a apretar.

—¡Aya! Me estás uniendo tanto el estómago a la espina dorsal, que no me queda sitio para el aire, y lo necesito para seguir respirando —el tono lastimoso era auténtico.

—Esto te ocurre por ir siempre como una salvaje. Al final tendré que darle la razón a tu abuela, y dedicarme a cuidar santos.

Aurora no solía llevar corsé porque le impedía todo movimiento, como subirse a los árboles.

—Pardiez, me estás subiendo tanto los senos al cuello que parecerá que tengo paperas.

—Pues serán unas paperas muy gordas —contestó—. Deja de quejarte y coopera.

Aurora la miró altanera.

—Gracias por decir algo tan poco halagüeño sobre mi busto, y, ¡basta! Has dicho que lo ibas a ceñir suave, y me estoy ahogando.

—Es posible que lo haya apretado de más, ¿mejor así? —le dijo soltándolo un poco las cintas.

—No, pero es tolerable. ¡Maldita sea! ¿Por qué debe una mujer sufrir semejante tortura? —preguntó molesta.

—Deja de maldecir jovencita, y así la cintura se ve más estrecha. Recuerda que a los hombres les encanta que las mujeres tengan cintura de avispa.

Aurora resopló.

—Ya quisiera yo ver a los hombres con un corsé debajo de sus pantalones, y, subiéndoles tanto el culo a la espalda, que no sabríamos distinguir si es una chepa o una doble joroba.

Eulalia terminó por reír ante la comparación tan absurda.

—Tan insolente como siempre. Mira lo que te he traído para prendértelo junto a tus peinetas. — Aurora miró los pequeños capullos blancos de rosas que Eulalia había trenzado haciendo que

pareciesen una pequeña tiara. Le sonrió, e hizo un leve gesto con la cabeza de agradecimiento.

John miraba el descenso de su hija. ¡Estaba bellísima! Observó el brillo pilluelo de sus ojos, del mismo color que su vestido, y esa sonrisa que podría cautivar hasta los muertos: la misma sonrisa de sí mismo. Un orgullo paternal asomó a sus pupilas. Era una verdadera lástima que Inés no pudiese ver su creación.

—Tus hermanos se fueron hace un rato. Desean que tu entrada sea más espectacular.

Aurora entrecerró los ojos.

—Pues las últimas entradas espectaculares que hice fueron un desastre, puedo asegurarlo —sonrió porque todavía recordaba la que hizo en Ronda frente a sus dos hermanos—. Solo deseo complacerlo, y que se sienta orgulloso.

El tono humilde de ella le arrancó una sonrisa al padre.

—Ni ser el rey de Inglaterra me haría sentirme hoy más orgulloso. —John la cogió de la mano cuando Aurora terminó de bajar las escaleras, y, posando un beso en la frente de ella, se sacó un estuche del bolsillo de su chaqueta negra—. Hija mía te falta esto —abrió el pesado estuche y le mostró un collar de perlas perfectas.

Se las abrochó al cuello y la miró con mucha dulzura. Le ofreció el brazo a su hija, y juntos descendieron la escalinata hacia el carruaje que los esperaba.

John Beresford presentó a su hija a su anfitrión que estaba situado justo en el otro extremo de una larga fila de invitados. El duque de Arun tenía el cabello canoso y abundante. Hablaba con voz grave y fuerte, como un hombre que se siente satisfecho de sí mismo. Aurora simpatizó con él porque, aunque se le veía altanero, saludó a su padre con un cariñoso abrazo y agrado en sus ojos azules. Llegó su turno de saludarlo, ella se preparó mentalmente para hacerlo todo apropiadamente. Lo miró directamente a los ojos, algo que no era correcto pero que ella desconocía, cuando vio el escudriñamiento al que la sometía, se inclinó demasiado rápido para hacer la reverencia y así escapar de su escrutinio deliberado. Tanto se inclinó, y con tantas prisas, que se pisó sin querer el dobladillo del vestido y... ¡cayó de bruces encima del duque! La apostura de él logró que no cayeran al suelo. Con el mayor descaro, Devlin aprovechó que la tenía en sus brazos para examinarla concienzudamente. Aurora se disculpó efusivamente por su torpeza e interiormente se amonestó por no haber practicado la reverencia al menos una vez. Cuando su padre la tomó del brazo, y la escoltó escaleras arriba hacia el salón de baile, volvió la cabeza para seguir mirando al duque. Nunca había visto uno y le gustó porque seguía sonriéndole a pesar de su torpeza anterior. Su padre y ella se detuvieron un instante en el umbral del salón de baile, tenían que descender cuatro escalones para alcanzar la pista, y entonces tuvieron una visión completa de los invitados que había allí reunidos. John tenía un brillo en los ojos de verdadero orgullo viendo como todas las miradas se dirigían a su secreta hija. Un silencio notable descendió sobre el salón mientras los observaban, Aurora arqueó una ceja interrogativa ante lo que le esperaba.

—¿Preparada? —le susurró John con una risa ahogada, pero sujetándola con fuerza.

—¡Lo mismo que para un linchamiento! —respondió ella con un escalofrío.

John suspiró su dramatismo, si bien ella no se pudo soltar sus manos como pretendía.

Aurora volvió los ojos hacia su padre, que miraba hacia el otro extremo del salón de baile arrugando el entrecejo. Los ojos de Aurora se pasearon en esa misma dirección, y los abrió de par

en par, ¡allí estaba el deslenguado escocés!, y, al verlo vestido con un atuendo que le pareció demasiado femenino, hizo una mueca incrédula, también apreciativa. Si un hombre era capaz de asistir así a un baile, se merecía parte de su admiración. Sintió simpatía por él. Se quedó observándolo con una amplia sonrisa, ¡ella quería una falda tan corta como esa! Aurora miró más allá del escocés, curiosa por ver con quien hablaba su hermano Andrew, y lo vio. ¡El inglés!... rectificó, el insufrible caballero que le había negado la ayuda en la laguna. Observó que estaba recostado de forma indolente contra una columna, parecía como si escuchase a los dos hombres que lo acompañaban, sin embargo, los ojos de él la miraban especulativos y de forma posesiva. La furia volvió a instalarse en sus ojos ambarinos. Se dio la vuelta rápidamente para recomponer su semblante. «Nunca des a tu enemigo el arma para que te ataque», ahora más que nunca las palabras de su tío acudieron a su mente. Dejó que aflorara a sus labios una sonrisa tranquila. Al momento, el escocés la rodeó con su brazo de gigante, y la condujo a la pista de baile cuando comenzaba el vals que había reservado a su padre. Ella se negó, pero no le quedó más opción que seguirlo pues no deseaba dar un espectáculo, no cuando esos ojos de acero no se perdían detalle de la escena que estaban protagonizando ambos. Era inmenso, parecía que estaba bailando con un oso, aunque al momento supo que no tendría nada que temer de él. Brandon la miraba con ojos admirativos, y con algo en su profundidad que no quiso interpretar ella.

—*Petit bochéé espagnole*. Es un placer tenerte en mis brazos.

El tuteo le resultó inesperado.

—Gracias. Hoy está controlando su lengua de una forma admirable, y acepto la lisonja encantada —replicó con humor.

—¿Me has perdonado? —preguntó con falso pesar.

—¡Por supuesto! No soy persona de guardar rencor —al momento se mordió la lengua ante la mentira descarada. Todavía no había perdonado a su abuela su ausencia—. Pero estuvo muy mal que permitiese a un hombre tranquilo y estudioso querer batirse en un duelo por su presunción.

—Arthur actuó por un impulso *chérie*. —Aurora lo miró con censura en sus ojos.

—¡Ja! Como si fuese el único hombre que se deja guiar por sus impulsos y termina por ellos en desastre.

—Eres demasiado severa con un hombre que sufre desde el mismo instante que te descubrió. —Aurora entrecerró los ojos porque él la estrechaba demasiado a su fibroso cuerpo.

—Ni una sola de mis pecas le ha dado motivos erróneos que lo indujesen a pensar en tener una relación conmigo salvo amistad, y nada más que amistad.

—Tus hermosas pecas no, pero tu lengua aceptó mi reparación —le recordó jocoso.

—Si vuelve con eso otra vez —lo amenazó ella—, le daré tantos coscorriones que las orejas terminarán por aplaudir bulerías.

—Es una delicia escucharte, aunque no te comprenda —la risotada de él hizo volver varias cabezas incluida la de Justin, que miró con dureza a la pareja que danzaba.

Ese descarado primo suyo mantenía una conversación íntima con su prometida. Tendría que darle una lección, pero antes debía hacer las cosas bien. Esperaría el momento en la presentación que se iba a producir de un momento a otro. Sí, la venganza era un plato que se sirve frío, aunque tendría que vigilar su cuello cada vez que se acercara a esa muchachita. Estaba preciosa pues el vestido resaltaba sus pechos de forma seductora, pero siendo española no lo sorprendía: los españoles gustaban de hacerlo todo a lo grande, y eso incluía a sus mujeres, sin embargo, él estaba encantado. Desde el momento en que la tuvo sentada en sus rodillas acariciándole el trasero con cada nalgada, no había tenido una noche de paz. Incluso ahora se moría por llevarla a un rincón apartado y besarle cada centímetro de su cara, la curva de sus orejas, el hueco entre sus senos.



Aunque su momento llegaría, solo tenía que esperar.

Aurora estaba agotada, la noche estaba resultando interminable, y se negaba a considerar lo que le esperaba en Londres donde iban a partir en un par de semanas. Su padre estaba casi recuperado y deseaba que ella no se perdiese un solo baile de la temporada. John quería resarcirla de todos los años en los que ignoró su existencia. Desconocer que tenía una hija había resultado demoledor, y ahora pretendía recompensarla, pero ella no necesitaba compensación. Su padre la buscó, se acercó a ella, y, sujetándola del brazo, la hizo volverse hacia la persona que pretendía presentarle logrando con su acción que el estómago de ella se encogiese.

—Hija mía, permite que te presente a Justin Clayton Penword, marqués de Greenthorn, y el hijo primogénito de nuestro anfitrión.

Aurora hizo una ligerísima inclinación de cabeza, y Justin se quedó perplejo ante la indiferencia de sus ojos de oro. Ni una chispa de curiosidad acudió a las pupilas de la muchacha ante la mención de su título y alcurnia. Justin fue consciente de que ignoraba la repercusión de que él fuese el heredero de Arun y ella del legado de Clare. No supo si enfadarse o reírse ante la circunstancia, ni siquiera tenía el alivio de ver una chispa de interés en su mirada, y, ese detalle, lo desconcertó. Los grandes ojos de fuego lo contemplaban directamente, con aburrimiento y exagerada educación, pero él intuía que esa indiferencia iba a cambiar de un momento a otro, y la providencia estuvo de su parte cuando el viejo amigo de su familia, el conde Dammon, se acercó para saciar su curiosidad.

—Lady Dawn Beresford, es un placer conocer a la futura duquesa de Arun. Confío que permitirá que la invitemos a usted y a su prometido a nuestra casa de Londres, ¿el próximo mes le parece bien? —Aurora no comprendió del todo la rápida sucesión de palabras, si bien asintió educadamente. La molestaba enormemente que la llamasen Dawn. Intentaba recordar las palabras del conde. ¿Futura duquesa de Arun? ¿Prometido? El actual duque de Arun era el señor Devlin Charles Penword, padre de Justin y Jamie. La mente de Aurora hervía de especulaciones, Justin era marqués de Greenthorn, futuro duque de Arun...

Justin supo el mismo instante en que la luz hizo su presencia en la mente femenina. Vio la confusión, la perplejidad, y el horror de lo que había asimilado. Aurora giró la cabeza hacia su padre que, avergonzado, inclinó los ojos al suelo incapaz de sostenerle la mirada. Una decepción abrumadora la ciñó como un lazo. Ahogó una exclamación furiosa. Volvió sus ojos llenos de ira al rostro impávido del inglés, y un rubor intenso la cubrió de pies a cabeza. Alzó el mentón en un gesto típico suyo de altanería, y se alejó hacia los jardines. Necesitaba pensar en qué lío estaría metida si ella era la heredera del legado de Clare. ¿Por qué no le habría prestado más atención a su padre cuando la instruía?

John la vio alejarse entre maldiciones mal contenidas. Quiso acercarse a ella, pero era consciente que necesitaría un momento a solas para serenarse: aceptar lo inevitable. Suspiró largamente, y decidió esperar antes de buscarla.

—Disculpa su grosería Justin, ella no sabía nada todavía sobre el compromiso. —Justin asintió—. En el momento que se calme un poco, trataré de explicarle.

—No te preocupes John, seré yo el que le pida una disculpa. Se la debo. —John alzó sus cejas confuso—. Otro día te contaré... ¿Te importa que la busque ahora e intente hablarle?

John negó con la cabeza.

Justin se dirigió hacia los balcones de la terraza, pero su padre lo interceptó por el camino. Le preguntó inquisidor y de forma queda para que nadie más los oyese, si la muchacha estaba enterada. Justin miró a su padre por un breve instante.

—La muchacha está enterada, y mi cuello corre grave peligro. —Su voz sonó un poco

desencantada.

—Pues si se resiste, solo te queda un atajo para alcanzarla.

—Padre, ¿qué está insinuando? —apenas si se atrevía a preguntar.

—Tendrás que seducirla, así no tendrá más remedio que capitular. —Justin lo miró espantado, y el duque lo miró a su vez con disgusto—. Guárdate tus escrúpulos inútiles hijo —Devlin moderó su tono—. No creo que te resulte difícil. La muchacha es bellísima, doy fe de ello. —Justin maldijo por lo bajo—. El legado de Clare ha de volver a nosotros de una vez. Piensa en lo que te he dicho —y, diciendo esto último, se alejó con paso decidido.

Justin comenzó a sopesar las palabras de su padre, y un plan fue formándose en su cabeza. Plan que resultaría alternativo si la muchacha resultaba menos predecible de lo que pensaba. Dio los pasos necesarios para alcanzarla. Todavía tenía cosas de qué hablar con esa hechicera española, y era el momento idóneo.

¡Aurora se ahogaba! ¡Maldito corsé! Necesitaba quitárselo, aunque sabía que la culpa de su incapacidad para serenarse, no la tenía ésa prenda en concreto. Estaba desolada, ahora más que nunca la lluvia le parecía el presagio de males eternos. Jamás tenía que haber puesto un pie en Inglaterra porque era menor de edad, ¿podrían decidir su destino? ¿Qué podría hacer? Escaparse iba a ser muy difícil. ¡Eulalia la ayudaría!, este último pensamiento la reconfortó. Siempre podía negarse y armar tanto escándalo que hasta el primer ministro de Inglaterra estaría dispuesto a embarcarla otra vez para el reino de España, pero de nuevo su carácter decidido y resuelto quitó peso a su corazón. Peso que había amenazado con paralizarla de miedo unos momentos antes.

—De modo que estás contando las libras —las palabras del inglés le parecieron insultantes.

Se volvió lentamente hacia él, y la sonrisa que le brindó, desmentía el rechazo que su presencia le provocaba. Lo miró de arriba abajo en un escrutinio descarado. Era un individuo muy alto, un poco menos que su primo el escocés. De presencia implacable, de facciones austeras, y de porte casi inaccesibles. Los ojos eran los más raros que había visto en su vida, fríos e inteligentes, del color de una ventisca en invierno. Siguió recorriendo con desdén la piel de su rostro, sus hombros anchos, el vientre plano, y las caderas apenas más anchas que su cintura. Era de pelo rubio oscuro y abundante, se le rizaba a la altura de la nuca. Le sorprendía la diferencia entre su hermano y él: uno rubio, el otro moreno, Jamie con los ojos azules, y... Justin silbó, y ella volvió bruscamente de su escrutinio.

—Menuda inspección, presumo que te gusta lo que ves.

El hombre se sintió complacido por la falta de pudor de ella tras ese examen concienzudo de su persona. Solo las mujeres más experimentadas osaban examinarlo con tanto descaro, y, lo que él erróneamente creyó, avidez.

—Estoy tomándole medidas mentalmente para saber el tamaño de la caja que deberán fabricarle si vuelve a ponerme una mano encima.

La voz de Aurora cortaba.

—¿Tamaño de la caja? —la sorpresa de Justin era evidente.

—A los muertos se les entierra en una caja —contestó.

—No entiendo la alusión.

Ella lo miró fastidiada.

—¡Por supuesto que no! Había olvidado lo obtusos que son los ingleses. —La exasperación en la voz resultaba cómica.

Justin se quedó perplejo porque, de todas las posibles respuestas, era la que menos se esperaba. No pudo ocultar una sonrisa.

—¡Y encima le divierte! Triste de mí ser el bufón de un cangrejo.

De nuevo Justin se sintió confundido. La jerga española era difícil de comprender, aunque con cada palabra que ella decía, él se iba acercando un poquito más, hasta casi estar pegado a ella.

—Soy el mejor partido de Inglaterra, y las mujeres me encuentran irresistible, sobre todo, cuando voy acompañado de mi título, muchacha afortunada.

Ahora fue ella la que se quedó boquiabierta de la impresión. Tanta presunción en un individuo la pasmaba.

—Le reconozco un cierto atractivo —le respondió de forma seca—. Su prepotencia, arrogancia... ¡origen! —la última palabra le sonó a Justin a insulto—. Ante tamañas cualidades me deja sin capacidad de reacción.

—Muchacha descarada, deberías controlar tu lengua viperina, si bien lo pasaré por alto ante el ancestral acuerdo que nos terminará uniendo.

Aurora abrió los ojos como platos. El inglés había mejorado mucho su acento. Suspiró largamente, y lo miró con indiferencia.

—Yo... —puntualizó—, no he firmado ningún acuerdo con usted —no pudo ocultar una sonrisa al espetarle—, ni pienso hacerlo mientras respire aliento.

Justin la observó con una advertencia.

—No podrás evitarlo —puntualizó—. Hay un acuerdo oficial con sello real, tu padre secundará la alianza de nuestro matrimonio. —Justin sonrió con presunción anticipada, y Aurora se molestó de veras.

Sabía de la prepotencia inglesa, aunque nunca pensó que la cataría en primera persona.

—Se equivoca —cortó rápida—. Aunque si es mi herencia lo que persigue se la regalaré con gusto, me libraré de usted y se acabó. —Sonrió con tanta petulancia que terminó por ofenderlo.

—Jamás te librarás de mí. —La determinación en la voz masculina hizo que las rodillas de Aurora temblasen.

¿Cómo se había acercado tanto? El brazo izquierdo de Justin la rodeó por la cintura mientras su mano derecha le cogía la nuca y la acercaba a su boca. Intentó resistirse, aunque esperó. La entrepierna de él estaba a una distancia apropiada, casi había alzado la rodilla derecha para darle un buen golpe, no obstante, él, estaba preparado.

—Una vez me pillaste con la guardia baja, damisela, y juré que sería la última.

El cuerpo de Justin palpitaba lleno de vida, bajó la mirada hacia la boca femenina, y la garganta se le oprimió todavía más. ¡Maldita fuera! El deseo de besarla, de sentir esos labios extraordinarios contra los suyos, de tocarle la lengua con la suya, se apoderó de él de manera incontenible. Si se inclinaba hacia delante solo un poquito... consiguió besarla y se mareó con su sabor. Su fragancia lo enloquecía. La boca era tan suave que no pudo soltarla ni cuando ella se quedó sin resuello entre sus manos. Profundizó el beso hasta casi devorarla y... la muchacha se desmayó, se quedó inerte en sus brazos. Justin la miró entre la duda y la confusión. Pensó que había llegado demasiado lejos, y maldijo su impetuosidad.

Al intentar alzarla, ella se revolvió igual que un gato cuando va a caer desde una altura considerable, y lo pilló tan de sorpresa que no le quedó más remedio que soltarla. De repente se encontró tumbado de nuevo en el suelo, en la posición más humillante que pudiese sufrir un hombre en días. Ella se marchaba riendo con voz cantarina, y un disgusto enorme asomó a sus ojos grises, hasta que notó lo que tenía en su mano. En la caída se había apoderado sin querer de un pequeño artilugio que ella llevaba en el pelo, vio el prendedor exquisito, y supo en ese mismo instante que ella sería suya, costase lo que costase. Levantó su maltrecho orgullo, y, con la misma facilidad que se quita una mota de polvo de la solapa, Justin sacudió sus pantalones, y juró que se lo haría pagar a la moza.

Aurora hizo todo el recorrido de vuelta a Whitam Hall en silencio, su padre se mostraba apenado. Era consciente de su gran falta al no haberla preparado, aunque había sentido miedo. Según su vecino el duque, no había motivo para esperar demasiado antes de la boda. John tenía las manos atadas. En su interior se rebelaba por primera vez contra un acuerdo. Miró a su hija, avergonzado, ansiaba la recriminación, las lágrimas, pero Dawn no se rebajaría de ningún modo, estaba hecha de un material muy resistente. Ella se mantenía en silencio con la mente lejana, y él se sentía incapaz de alcanzarla. Lamentaba profundamente la brecha que se había creado en la relación entre ambos. La había encontrado hacía tan poquito, que le angustiaba perderla tan pronto.

—Dawn, si solo me permitieras una explicación.

—No, ahora no, me siento demasiado enojada. —Aurora alzó la mano en una súplica silenciosa, bajó los ojos y siguió callada.

Se sentía atrapada, era una sensación asfixiante no poder controlar su destino. Estar en un reino lejano, y con costumbres que no llegaba a comprender del todo, la sobrecogía. Tenía verdadero terror a no volver a Ronda. En ese momento se le estaba helando el corazón, y, cada día que pasaba, se le hacía más difícil mantenerlo caliente. Su abuela tardaba demasiado. ¡La necesitaba tanto! Debía controlar su nerviosismo para dar los pasos con pies de plomo. Necesitaba actividad, no estaba acostumbrada a ese confinamiento, y además había perdido su peineta de nácar. La había buscado en vano. Lloraba por dentro porque era un regalo muy querido. Sentía verdadera pena. Sus hermanos le habían prometido buscarla, pero ella sabía que no la volvería a ver.

—Y lo entiendo hija mía. —John clavó sus claros ojos azules en ella y continuó—. Lamento sinceramente el mal trago que has pasado. —Aurora seguía mirando por la ventanilla del carruaje en un intento de disuadirlo—. Me gustaría que me mirases cuando te hablo.

Aurora giró la cabeza bruscamente, y lo miró con un disgusto mal disimulado en sus profundos ojos.

—¿Es cierto que estoy prometida? ¿Sin mi consentimiento? ¿Sin la autorización de mi tío o de mi abuela? —John tragó violentamente.

—Sí a la primera, depende, a las dos segundas. —El alivio fue tan inmenso que Aurora dejó escapar el aire retenido en sus pulmones—. Pero sí hay un acuerdo establecido por las dos familias, y es válido. —Aurora no comprendía—. Vuestro compromiso se realizó por nuestros antepasados, antes de que el duque o youviésemos descendencia. Es una forma de protección hacia la herencia de Clare. Los Beresford no hemos tenido descendencia femenina desde hace varias generaciones.

Aurora hizo una mueca con la boca.

—Pero yo no deseo ningún compromiso. Es del todo impensable cuando pronto volveré a Andalucía. —John, al ver el gesto infantil de ella, se enterneció, y a la vez se endureció por sus palabras. En sus manos tenía una carta de su abuela María con instrucciones concisas sobre ella. Aurora ignoraba que no podría volver al reino de España en un tiempo.

—Si una de las dos partes se niega al acuerdo, en este caso la nuestra, la herencia no volverá a los Penword, y el duque no está dispuesto a ello. Por eso insiste con tanto apremio en continuar el compromiso. —Aurora seguía sin comprender, y John suspiró intranquilo—. Devlin puede llevarnos a los tribunales, aunque sabe que es posible que pierda...

—¿Y entonces? —la pregunta la hizo con un hilo de voz.

—Mi honor e integridad será arrastrado por el suelo en constantes litigios que debo evitar por el bien de todos. No deseo escándalos, Dawn. Soy un hombre honorable, y mi honor será cuestionado si mi hija le da la espalda a un acuerdo firmado por el rey.

Aurora no quiso meter en un compromiso a su padre.

—Pero no es mi Rey. Y es de ser más honorable velar por la felicidad de un hijo en el presente. —John parpadeó incrédulo, ella continuó—. ¿Y qué sucedería de no existir yo? —le preguntó contrita.

—Entonces esa responsabilidad recaería en la hija de Christopher, o en su defecto, de Arthur o de Andrew —John suspiró cansinamente—, pero como ya te he explicado, la casa Beresford no es prolija en descendencia femenina. Tú, has sido un regalo del cielo —John calló un momento—. Lo cierto es que tengo una hija, y el duque de Arun me tiene entre la espada y la pared. Solo podemos ganar algo de tiempo.

Aurora miró a su padre, y decidió cambiar de estrategia.

—¿Y si aceptase el compromiso con el hijo menor y no con el heredero? —John parpadeó confundido.

—¿Es este el caso? —ella se mantuvo en un silencio tozudo—. Podría hablarlo con Devlin si ese es tu deseo. No creo que se opusiese, aunque Jamie no posee título alguno hija mía, es mejor partido Justin como futuro duque de Arun.

Aurora miró a su padre con suspicacia.

—Los títulos no tienen significado para mí. —Seguía empeñada.

—Yo deseo lo mejor... solo has de decirme lo que realmente deseas e intentaré complacerte.

Aurora resopló malhumorada.

—¡Rompa el compromiso! —John inclinó la cabeza pesaroso.

—Es una pena que no entiendas el sacrificio que me pides, hija mía.

Aurora lo entendía demasiado bien. Toda su vida había vivido en torno a él, pero, pensar en el inglés hacía que se le crispaban los nervios. Ahora comprendía su altivez y esa forma de mirarla con presunción y complacencia. ¡Ella había estado en clara desventaja!, y él se había aprovechado de su ignorancia.

—Haré lo que me pides —dijo su padre—. Hablaré con Devlin —Aurora sintió su decepción como un jarro de agua fría.

Atarse a ese inglés prepotente era del todo imposible, aunque le podría dar un respiro a su padre hasta que llegara su abuela. Podría simular que aceptaba pensarlo para ganar tiempo.

—Todavía no he sido presentada en sociedad. No me gustaría perderme mi temporada de fiestas. —La mentira le estaba costando sudores—. No rompa el compromiso de momento, aunque me niego a que se haga público. Una vez que haya pasado la temporada, volveremos a hablar sobre el tema. —John asintió lentamente y suspiró aliviado.

—Me quitas un peso de encima, hija mía. —Aurora lo miró con sorpresa.

—Peso que ha recaído en mis hombros. —John miró de nuevo a su hija con pesar.

—Buscaremos una forma de salir de este embrollo lo mejor posible, te lo prometo. Sin embargo, antes tienes que disfrutar de tu temporada como bien has mencionado. El duque no podrá oponerse a ello, es lo mínimo que te debo.

Aurora había conseguido tiempo, era lo único que pretendía.

## CAPÍTULO 9

Llevaba varias semanas en Inglaterra y no había dejado de llover ni un día, desde luego, Dios debería estar muy enojado con los ingleses para haberlos situado geográficamente en un lugar tan horrible. Seguía sin noticias de la abuela y de su tío, y ello la llenaba de una angustia apremiante. Aurora seguía mirando por la ventana de la biblioteca contando las gotas de lluvia que resbalaban silenciosas por el cristal. Los campos verdes se veían borrosos por el agua. Si seguía lloviendo de esa forma, su tío no iba a volver a verla porque terminaría ahogándose. Éste último pensamiento logró hacerla sonreír. Afortunadamente los cachorros no daban demasiados problemas, y su padre le permitía tenerlos en la casa. Solo Christopher lo desaprobaba. Andrew le había explicado que eran cachorros mezclados entre Setter irlandés y perro común, e incluso creía saber de qué propiedad provenían.

—*¡Petit bochée espagnole!* —Aurora se dio la vuelta y vio al oso escocés sonriéndole.

Lo acompañaba una joven bonita, muy tímida, apenas se atrevía a alzar la mirada. Aurora la contempló con curiosidad. Era más alta que ella, y tenía el pelo muy rubio y los ojos verdes como su hermano. Tenía las mejillas pálidas, y no paraba de retorcerse las manos. Sintió simpatía hacia ella.

—Cassandra Violet McGregor —la presentó él—, aunque prefiere que los amigos la llamen Casey —continuó—, y no ha querido ser presentada hasta que domine un poco tu lengua. Es mi hermana pequeña, y, como puedes comprobar, es muy tímida. Pensé que te agradecería conversar con alguien cercano a tu edad.

Aurora le sonrió a su recién adquirido amigo de las Tierra Altas. En pocos días habían establecido una relación pacífica. El escocés seguía con el propósito de molestar a su primo Justin, cosa que a ella le divertía.

—Tu hermana es muy guapa. —El cumplido era sincero, le parecía una muchacha muy bonita.

—La dejo en tus manos mientras hablo con tu hermano Christopher.

Haciendo una exagerada reverencia, se dio la vuelta y las dejó a solas. Ella le preguntó si le gustaría jugar a las cartas, pero la muchacha escocesa le dijo que prefería practicar la lengua de ella.

Los dos escoceses iban a quedarse para la cena, y su padre había extendido la invitación también a los dos hijos de su vecino. A ella le causaba un enorme malestar sentirse acosada por las atenciones de ese inglés en particular. Aunque le caía bien su hermano Jamie porque tenía los ojos más bonitos que había visto nunca, y poseía un sentido del humor discreto. Sus bromas la hacían reír a menudo.

Por el contrario, el heredero estaba exasperado. Sus avances como galán no estaban dando sus frutos. Desde hacía varios días intentaba hablar con ella, pero de nada servían sus gestos de paz, ni las flores que le mandaba a diario. Tampoco los dulces. Aurora seguía alegando que no estaba preparada para mantener una conversación sobre el compromiso hasta después de su presentación en sociedad. Justin temía que llegase el día de su presentación en Londres porque, si el compromiso no se oficializaba, entonces tendría que vigilarla muy de cerca para detener los acosos, no solo de su primo Brandon, sino de todos los herederos de Inglaterra.

Justin se sentía acosado por los continuos consejos de su progenitor, cansado al ver que la española no era tan predecible como él había imaginado, y deseando que la herencia de Clare

volviese a sus manos de una vez, y a él se le estaba agotando la paciencia. La muchacha se le había metido en la sangre. Era incapaz de atender los asuntos diarios sin que su mente volviese una y otra vez a esos ojos dorados que le quitaban el sueño, a esa boca tan suave, y a ese olor embriagador. Ansiaba que lo mirase con ternura y no con frialdad. Esperaba que esa noche le dejase avanzar un poco más, aunque lo dudaba seriamente.

La cena que se había elaborado en las cocinas de Whitam Hall, había contado con el beneplácito de John, y resultó muy sabrosa. El lechado asado con romero y limón olía delicioso, así como el escabeche de codorniz.

Aurora estaba sentada frente a Justin y Brandon. Sus hermanos estaban sentados a su lado, Arthur a su derecha, y Andrew a su izquierda. Tanto su padre como Christopher presidían la mesa, y su recién amiga escocesa estaba sentada al lado de Brandon. Eulalia tenía reservado su sitio junto a Justin, aunque ignoraba el motivo. El duque de Arun tenía pensado asistir al baile que su padre iba a ofrecer en su honor el próximo viernes con motivo de su dieciocho cumpleaños, y Aurora estaba intranquila incluso antes de que comenzase.

Brandon miró a su primo y heredero pues tenía el ceño fruncido y la boca apretada en una línea de disgusto. Sonrió, la cena iba a ser un espectáculo porque él se proponía azuzarlo sin compasión, a él no le gustaban nada las cenas formales, y menos con ingleses, aunque fuesen familia paterna, y ya que no podía rehusar a asistir a unas cuantas, pensaba molestar a sus primos ingleses.

Aurora estaba sorprendida pues alguien le estaba acariciando el pie por debajo de la mesa. Miró sorprendidamente a Brandon y a Justin, pero ambos estaban enfrascados en una conversación que escapaba a sus oídos. Intentó retirar el pie, pero las caricias no cesaban, decidió soltar una patada, aunque dudó cuál de los dos debía recibirla. Entrecerró los ojos un momento y ¡zas! la soltó.

—¿Cómo sabías que era yo? —preguntó el escocés con interés en sus ojos verdes.

Ella había dudado solo un segundo, pero dedujo que el heredero inglés no era tan osado.

—Sois el único de esta mesa lo suficientemente irrespetuoso como para provocarme —le espetó seria.

—El ahorcado se ríe del decapitado —respondió el otro de forma petulante.

—Yo no soy irrespetuosa —se defendió.

Brandon la miró tan intensamente que le provocó un estado de nerviosismo.

—Eres la más irreverente de todas las mujeres que he conocido.

Aurora no tenía modo de saber que toda acción del escocés iba encaminada a molestar a su primo.

—¿Qué yo... que yo... irreverente? —le costaba pronunciar la pregunta—. Si estuviera en mi casa le diría que se mordiera la lengua, así nos daría una alegría a todos pues se purgaría con su propio veneno —Aurora pudo escuchar una murmuración general—. Pero como estamos en la casa de mi padre, le diré que en esta mesa solo hay un irreverente, y se viste con falda de mujer...

Casey la miró horrorizada. Nadie se había atrevido a hablar así a su hermano ni menospreciar el kilt. Brandon era un laird muy temido en Escocia, y no comprendía la temeridad de ella. Aurora vio el desagrado asomar a los ojos de su joven amiga y la tranquilizó.

—No temas Casey, porque presumo que tu hermano solo busca incomodarme, aunque no lo conseguirá porque es manso como un corderito.

—Querrás decir como un león —puntualizó Brandon al mismo tiempo que le guiñaba un ojo con descaro.

Aurora se sentí realmente incómoda porque tenía los ojos de los invitados clavados en ella.

Bajó la cabeza y murmuró para sí misma:

—Cierto —rectificó ella—. Tiene la apariencia de un león y el rugido de un gato —no esperaba que nadie la oyera, pero se equivocó.

Justin hervía de celos. Cada mirada que no le dedicaba ella, lo hundía más en la desesperación. No lo había mirado ni una sola vez salvo para intentar enfriar su ardor, pero ni el mismo infierno estaba tan caliente como él, y de alguna manera le haría pagar su indiferencia. Fijó sus ojos grises en ella con tanta intensidad que consiguió ponerla nerviosa. Aurora se removía inquieta en su silla, él, seguía huraño, y, aunque ella sabía cuál era el motivo, no pensaba darle la satisfacción de cercarla en su terreno.

John miró la amistad que su hija manifestaba con los escoceses, y, esa forma descuidada de bromear con Brandon lo dejaba perplejo. Ninguna jovencita inglesa osaría mirar de forma tan directa y fija a un hombre que no fuese familiar o prometido. Las constantes sonrisas que le dirigía al escocés, le hacían fruncir el ceño y especular. Sabía que su actitud molestaba a Justin enormemente, y sopesó si acaso ella no estaría persiguiendo eso precisamente. Lanzó un suspiro con resignación porque los futuros acontecimientos se complicaban.

Como hija del marqués de Whitam debía amenizar el reto de la velada tocando el piano, pero ella no se sentía capaz de hacerlo, su hermano Andrew acudió en su ayuda, y tocó él mismo una pieza alegre, cuando terminó, interpretó una pieza mucho más tranquila, y sus dedos creaban magia. Se quedó embelesada oyendo el triste adagio que le traía recuerdos sobre su tierra. Se sintió invadida por una profunda autocompasión: era una extranjera que estaba en una tierra de extrañas costumbres, se sentía aislada y sola, esa noche más que ninguna otra. Cuando Andrew acabó la melodía, la sensación de vacío, no se había marchado todavía, pero el adagio terminó y Andrew siguió interpretando melodías desenfadadas apropiadas para bailar. Casey la animó a seguir una danza irlandesa, algunas invitadas se animaron, y ella se encontró siguiéndolas en los pasos. Eran movimientos tan expresivos que no dejaban indiferente. Cuando cesó la música, estaba acalorada, y el brillo había vuelto a sus ojos ambarinos. El fuerte aplauso de los invitados la dejó desconcertada por un momento, ¿la aplaudían a ella? Aurora desconocía que las danzas irlandesas no eran fáciles, y ella lo había hecho muy bien. Al ver clavados en ella los ojos de Justin, se disculpó y salió buscando un poco de aire fresco sin percatarse de que la seguía de cerca. Arthur hizo un amago de ir tras ellos, pero John, con una leve negación de la cabeza, se lo impidió. Intuía que Justin pretendía hablar con ella, y pensó que un poco de intimidad sería apropiada, rezaba para que tuviese éxito allí donde había fracasado él.

—¡Vaya! ¿Intentando darme una estocada por la espalda, enemigo? —Aurora ni se volvió ni lo miró.

Estaba apoyada sobre la balaustrada de piedra mirando la noche sin ver nada, solo sintiendo el aire frío y húmedo en su piel.

—Nunca he sido tu enemigo. —Su voz era suave, demasiado.

—Enemigo es una palabra con muchos significados —había frialdad en las palabras femeninas, y Justin supo interpretarlas correctamente.

—Hace días que te busco, Dawn.

Ella se volvió recelosa y lo miró con desagrado.

—¡Mi nombre es Aurora! —exclamó, y, tras un momento, le contestó más calmada—. Es una empresa inútil buscar una aguja en un pajar, y por eso le digo que donde yo me encuentro con respecto a usted, es como si estuviera en un silo enorme.



Nuevamente le dio la espalda.

—Hay asuntos sin resolver entre nosotros.

Justin se paró a un solo paso de ella de tal forma que pudo apreciar su coronilla, la textura cremosa de su cuello. La volvió muy despacio, las manos de él resbalaron por el interior de los brazos de ella causándole un escalofrío.

—Asuntos que deben esperar hasta... —cortó de forma brusca—. Sabe que no es correcto estar a solas con usted sin compañía —consiguió soltar sus manos con cierta brusquedad.

—Soy prácticamente tu esposo, ese detalle que ignoras supera cualquier inconveniente.

La sonrisa de él la envaró.

—¡Es inglés! Y eso es insuperable. —El tono testarudo no lo dejó indiferente, y Justin endureció su gesto al comprobar la rebeldía de ella.

—Estás prometida a mí desde tu nacimiento: un compromiso tan cierto y real que la boda es un mero formalismo, y lo asimilarás tarde o temprano —ella iba a protestar, pero él se lo impidió—. Lamento que tengas tan mala opinión sobre los ingleses, pero debes aceptar que tu vida está unida a la mía desde siempre.

—¿Aceptar? Antes pondría mi cuello bajo el hacha del verdugo —le dijo molesta—, y desaparezca de mi vista de una vez pues deseo estar sola —masculló entre dientes.

—Nunca voy a desaparecer de tu vista. —Se inclinó hacia ella. Justin le sacaba casi una cabeza de altura, y ese detalle lo complació. La hacía más accesible para abrazarla.

—Inglés, si da un paso más terminará besando el suelo «otra vez» —le recordó.

Pero él ya estaba rodeándola con sus brazos. Se inclinó, y la boca de Justin capturó la suya sin darle tiempo a reaccionar, mordisqueó con avidez los labios tiernos, jugó con su lengua, acarició el interior de sus mejillas al tiempo que soltaba una exclamación de auténtico placer. La mano de él había ascendido hasta su nuca, y había apresado su cuello para retenerla junto a su boca al mismo tiempo que seguía introduciendo su lengua con ritmo medido. Aurora se quedó quieta pensando ingenuamente que él la dejaría en paz una vez que la hubiese besado, si bien nada más lejos de la intención de Justin. Una vez que la hubo probado, se moría de hambre por más.

Esa chiquilla lo había vuelto loco.

—¡Sabes al Edén! —dijo soltando su boca para oler la fragancia de su pelo, se adaptaba a sus brazos a la perfección.

Intento besarla una vez más, pero Aurora ya le había permitido demasiados avances. Se separó unos centímetros de él, sin embargo, Justin no se lo permitió. La abrazó más fuerte y pegó su cadera a la de ella. Aurora estaba arrinconada entre la balastrada y el cuerpo masculino, apenas podía moverse. Justin buscó sus labios de nuevo y ahondó con su lengua ávida en las profundidades de la boca de ella, enterró una mano en su gloriosa melena. Memorizó el tacto y la suavidad de su pelo, y, no contento con ello, bajó su mano por la curvatura de su espalda, delineó su columna, y, al llegar a las redondeadas nalgas, la atrajo hacia sí. Aurora sintió su dureza masculina e hizo un amago de separarse escandalizada. Justin no lo consintió, en un arranque insospechado de locura, aprisionó su pecho y lo acarició con osadía. Ella estaba paralizada por su atrevimiento, y al momento supo que debía pararlo de inmediato. Sopesó darle un puñetazo, pero creyó que la sinceridad surtiría mejor efecto. Puso sus dedos entre las dos bocas, y lo miró de forma directa.

—Estoy enamorada.

Las palabras se clavaron en el pecho de Justin como dardos venenosos. La apartó un poco para escrutar su rostro y comprobar si mentía, los ojos sinceros de ella le dieron la respuesta que no esperaba ni quería.

—¿Quién? —preguntó con un susurro, aunque lo delató un temblor en la voz.

Aurora se mesó el pelo intentando poner orden en sus rizos y en su mente. El pelo siempre se le escurría de la sujeción cuando se movía, Justin tenía una guedeja entre sus dedos y se acariciaba la mejilla con ella, Aurora hizo un gesto airado con la cabeza para soltar el mechón, y Justin rio por su insolencia, aunque no lo soltó.

—Ese detalle no es importante, pero mis sentimientos tienen dueño —Justin quería zarandearla, como si con ese gesto pudiera sacar del interior de ella ese sentimiento que le hacía un daño increíble.

—Olvidas que soy el dueño de tu persona, imagino que tu padre te lo habrá explicado.

Justin sentía la necesidad de herirla, pero ella se rio dejándolo sorprendido una vez más.

—Mi padre se muestra un poco cobarde estos días, no obstante, confío en tener una conversación larga cuando llegue mi abuela. Resolveremos este asunto, y yo regresaré a mi hogar.

Justin hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Puedo asegurar, total y absolutamente, que no escaparás de tu obligación huyendo de nuestro compromiso.

Sonaba tan convencido que a Aurora le dio un poco de aprensión.

—Esa promesa parece una bravuconada dicha por un inglés inseguro. —Esta vez la pulla tuvo el efecto deseado: los ojos grises de Justin ardieron.

—*Sorceres*, esta vez pagarás tus insultos pues la suma de ellos son demasiados. —La pilló desprevenida, pero cuando el beso se hacía más profundo y apasionado, una hoja fría de acero amenazó su cuello en una advertencia que le pareció real.

Se separó de ella lentamente, y sonrió ¿dónde tendría su prometida el puñal escondido?

—La próxima vez... —comenzó él, si bien ella no le dejó terminar, triunfante le espetó:

—¿Quién le dice que habrá una próxima vez? —la jactancia de su voz no le enfrió el ánimo a Justin.

—¿Qué le decías a tu hermano aquella tarde que te vi por primera vez en Whitam Hall? Ahhh, que los ingleses tenemos la protección del diablo —los ojos de ella mostraron confusión al escucharlo—. Por supuesto que habrá una próxima vez...

Antes de terminar de decirlo, se dio la vuelta y se marchó dejándole un sentimiento tan enmarañado como una madeja de hilo. Aurora miró la espalda del inglés y entrecerró los ojos. Era un hombre muy apuesto, aunque demasiado narcisista. Daba por hecho que el compromiso entre los dos era inexpugnable, pero el amor que ella sentía por Diego era un muro insalvable.

## CAPÍTULO 10

Aurora despertó con la sensación de poder controlar de nuevo su vida. Era el día de su decimoctavo cumpleaños, aunque un velo de tristeza empañó sus ojos porque era el primero que cumplía lejos de su abuela y de su tío. Miró hacia los altos ventanales, por la noche había descornado las pesadas cortinas, y por eso los rayos del sol daban de lleno en la alcoba iluminando la habitación con luces doradas. Parecía que el sol sonreía, y ella decidió mostrar el mismo ánimo. Se levantó de un golpe, abrió el armario y sacó un sencillo vestido verde que se abotonaba por la parte delantera, le gustaba mucho porque así podía vestirse ella sola sin ayuda de la doncella. Se dejó la camisola blanca, pero nada más. Metió sus largas piernas en unas medias blancas de seda, y prescindió del corsé, aunque se puso la enagua más recia que tenía. Se calzó unos botines negros de suave piel de cabritilla, y comenzó a peinarse el pelo retorciendo los rizos para dejarlos en su sitio. Recogió su larga melena con una redcecilla negra, y, aunque algunos rizos comenzaron a escaparse de la sujeción, hizo un gesto impotente sin darle mayor importancia.

Bajó las escaleras de dos en dos y se dirigió hacia la cocina. La casa estaba despierta pues las criadas comenzaban a preparar el desayuno. Pidió una cesta, la llenó de fruta, queso, bollos y vino dulce. Iba pasar toda la mañana fuera. Esta vez no iría a la laguna pues pensaba hacerles una visita a Rafael y Francisco para desayunar con ellos, Eulalia la iba a regañar cuando volviese, pero habría valido la pena.

Comenzó a caminar con aire despreocupado y tarareando una canción, aunque la casita del bosque estaba más lejos de lo que había imaginado en un principio, pero al ver el humo salir de la pequeña chimenea, sonrió, al menos no estaría fría. Subió con ánimo los tres escalones del pequeño soportal. Golpeó la puerta, al momento, Rafael le abrió, y la miró con una sonrisa sincera.

—Señorita Velasco, qué placer volver a verla. Pase y siéntese, estamos preparando café.

—Me muero por una taza de café —dijo con voz cantarina—. ¿Puedo desayunar con ustedes?

—Pero señorita, debería desayunar en la casa, con su familia, no con dos soldados viejos.

Ella dejó la cesta que traía sobre la mesa de madera.

—Rafael, estoy en un reino extraño, solo deseo ver caras amigas, además, pienso contribuir con comida: he traído queso, fruta, y vino dulce.

Los dos soldados sonrieron agradecidos, y, colocando un cubierto más, la aceptaron con ellos en la cabaña.

Justin había discutido con su padre. Al duque le costaba entender la reticencia de la muchacha al compromiso. Y la discusión agría terminó con él dándose un festín a whiskey para olvidar las palabras duras de su padre, y la indiferencia de la moza. Había bebido tanto, que no había podido dormir en toda la noche, y por eso había decidido salir a cabalgar a primera hora de la mañana para mitigar los efectos del alcohol en sus venas. El whiskey le hacía ser optimista, pero le duraba poco, unos segundos después su ánimo volvía a bajar hasta un punto peligroso, intentaba encontrar el medio de acercarse a su prometida sin que ella pusiera impedimentos, sin embargo, estaba resultando muy difícil.

Su actitud altanera lo enervaba todavía más.

Detuvo la montura porque creyó que se había perdido, pero al mirar a su alrededor con más detenimiento, se dio cuenta de que estaba en tierras de los Beresford y muy cerca de la cabaña del

bosque. Estaba tan ensimismado pensando en ella, que no reconoció el camino, y soltó una blasfemia. El alcohol no ayudaba a serenarlo, ni a olvidar. Miró de nuevo al frente, y entonces la causa de su desvelo y borrachera caminaba tranquilamente delante de él. La vio meterse en la cabaña que utilizaban los cazadores para guardar las viandas mientras cazaban. Sabía que en ella estaban viviendo los soldados encargados de acompañar a las dos españolas. Nada que ocurriese cerca de él lo ignoraba. Acercó la montura a la construcción, y la escuchó cantar. Desmontó del caballo, con ademanes torpes lo ató a un árbol, y se acercó a la cabaña, pero dio un traspié y cayó a un lado del camino, le costó un mundo reincorporarse de nuevo.

En ese momento maldijo el whiskey, maldijo a su prometida, y maldijo al duque de Arun por presionarlo... como un intruso que no ha sido invitado, se acercó a la ventana y comenzó a espiar entre los cristales. Ella estaba recogiendo la mesa. La veía feliz y ausente de preocupaciones, todo lo contrario. Pero era verla, y un deseo irresistible se apoderaba de él. Le hacía hervir la sangre, aunque admitió que la forma de actuar de ella nada tenía que ver con la lujuria que le provocaba: su cuerpo reaccionaba cada vez que la veía como si tuviese vida propia y sin el menor estímulo o aliento por parte de ella. Tenía fantasías con ella desde que la vio discutiendo con su hermano Christopher. La imaginaba ardiente, silenciosa, abriendo la boca para aceptar sus besos con su lengua de satén. Justin gimió cuándo sintió que el cuerpo se le endurecía por ella una vez más, y se puso furioso ante el poco control que ejercía sobre sus sentimientos, sobre todo porque estaba ebrio y no dominaba sus acciones ni pensamientos.

Unos golpes en la puerta de la cabaña le hicieron levantar la cabeza extrañada. Aurora pensó que Rafael se había olvidado de algo. Los dos soldados se habían marchado al pueblo a recoger víveres pues Diego no permitía que el marqués los alimentara, era un hombre muy orgulloso, y le gustaba ocuparse de sus hombres de forma personal. Les esperaba un largo trecho, la caminata hasta el pueblo les llevaría cerca de dos horas. Con una sonrisa en los labios abrió la puerta, y se quedó sorprendida. El inglés estaba en el umbral sonriéndole, ¿es que nunca la dejaría en paz? Hizo amago de cerrar la puerta, pero él torpe se lo impidió.

—¿No vas a invitarme a entrar? —preguntó con una sonrisa diabólica en su atractivo rostro.

La voz pastosa resultó muy elocuente para ella.

—Antes invitaría a una turba de vándalos borrachos —respondió ácida.

—Ahhh, pero estoy borracho —admitió Justin sonriendo de oreja a oreja, y con un brillo etílico en sus pupilas—. Aunque no soy un vándalo.

—¡Váyase a dormir la mona! —replicó molesta.

—Solo deseo que te acerques a mí bella prometida —ella lo miró como si fuese un dragón que escupiese fuego por la boca.

Seguía sosteniendo la hoja de madera para que no entrase.

—Antes me acercaría a una letrina desbordante —le replicó.

—Ahhh, por la boca mueren los peces, ¿nunca te lo han dicho? —respondió él.

Aurora lo miró atónita por su rápida respuesta a pesar de lo bebido que iba.

—Bueno, ya ha quedado claro que ambos sabemos responder con pullas. ¡Qué pase un buen día, pero usted en su casa y yo en la mía! —cortó ocurrente.

—¿Por qué siempre eres tan esquiva conmigo? —preguntó ansioso.

—¿Por qué no se debe jugar con la pólvora? —preguntó a su vez incisiva.

Justin parpadeó.

—¿Me tienes miedo? —él, no podía creérselo.

La incredulidad de Justin era inmensa. Aurora lo miró con cautela porque no se esperaba esa reacción por su parte.

—Miedo no, precaución —contestó evasiva.

—Entre esposos no debe existir desconfianza alguna, además —continuó—, yo deseo que no exista recelo entre nosotros.

—Y yo deseo que mañana llueva en Andalucía gotas de oro... —pero no continuó porque Justin la interrumpió.

—Debes dejar de repetir lo mismo o no llegaremos a un entendimiento. —Justin la dejó confusa y en la puerta, mientras él pasaba al interior de la cabaña y se acomodaba en una silla junto a la mesa—. Yo probaría un poco de ése vino.

«Si pudiese borrarle la sonrisa», se dijo ella.

—Y yo probaría a darle un poco de cicuta si me lo permite.

«Menudo filo en la lengua», pensó él.

—Ah, mi española bella, tienes la lengua de una víbora, pero eres tan gratamente estimulante para mi cerebro que no puedo dejar de acicatearte para oírte.

Aurora respiró tan hondo que casi revienta las costuras del vestido.

—¡Pero por supuesto! —exclamó con sorna—. Mi único propósito en la vida es estimular el cerebro de un cangrejo arrogante.

—Si solo estimulases mi cerebro —susurró Justin con voz pastosa—, pero estimulas hasta las uñas de mis pies.

—Si eso pretendía ser un insulto... —ella dejó las palabras suspendidas.

—Mi pequeña arpía, los insultos se devuelven. —Apenas se le entendía pues bebía un largo trago de vino—. Y yo te acabo de hacer un cumplido excepcional.

Aurora lo observó y comenzó a inquietarse. Lo veía demasiado despreocupado, como si estar a solas con ella fuese algo natural. sus ojos grises brillaban de una forma que no había visto, y le preocupó el alcohol que llevaba en su cuerpo. Justin se había llenado otro vaso de vino.

—No es correcto que estemos los dos solos en esta cabaña, puede comprometer mi reputación —dijo ella incómoda.

Justin alzó sus cejas en un arco perfecto mientras se bebía el vino de golpe. Estaba bueno de verdad.

—¿Puedo?... pequeña, pienso comprometer algo más que tu reputación —dijo con hombros caídos.

Los ojos de Aurora se entrecerraron hasta asemejarse a dos rendijas negras. La incredulidad no le permitía decir nada.

—En verdad su petulancia es increíblemente estúpida, parece que ya no recuerda las ocasiones en la que nos hemos visto. Quizás le ha pillado el gusto a besar el suelo.

Justin rio, y cuando fue a dejar el vaso sobre la mesa, se le escapó de la mano, pero ella lo sujetó a tiempo.

—Eres una insolente por recordarme «eso» precisamente.

Su tono mordaz no la amedrentó porque se le trababa la lengua.

—¿Apostamos quién de los dos terminará en el suelo otra vez? —preguntó ella mirando hacia la puerta—. Debería marcharse, acostarse, y esperar que se le pase la mona —le aconsejó sincera.

—¿Qué se me pase la mona? —era indudable que no la entendía.

—La borrachera —contestó ella con un suspiro.

—No estoy tan borracho —afirmó, pero sí lo estaba, aunque no lo admitiría jamás—. He de admitir que te defiendes bastante bien para ser mujer, pero soy más listo que tú, más fuerte, y estoy completamente prevenido.

«Si la presunción fuera pecado», se dijo ella.

—¡Cuánta fuerza para someterme! —Aurora no pudo evitar burlarse.

Tenía frente a ella un hombre bastante apuesto, insufriblemente arrogante, y borracho como una cuba. Pensó en abandonar la cabaña y dejarlo solo. Se llevaría su caballo, y lo dejaría que regresara andando, se lo merecía.

—¿Y quién te ha dicho que...? —Justin no terminó la pregunta, se le había ido de la cabeza la última frase—. ¿Qué iba a decirte?

Ella no pudo evitar sonreír. Pensaba recordarle hasta la extenuación el enorme ridículo que estaba haciendo.

—Algo sobre la inteligencia, la fuerza, y la prevención —le recordó.

—Eso... —dijo él—. Vas a comprobar mi poder de convicción —Aurora supo que la arrogancia inglesa no conocía límites.

—Así que va a tratar de convencerme, usted, ¿y qué ejército?

Justin terminó por reír ante su descaro, nunca había conocido una mujer con una lengua tan cortante. Le parecía increíble que estuviera conversando ebrio, y se dijo si acaso sería la única forma de acercarse a ella. Estaba un poco mareado, pero estaba disfrutando.

—Voy a seducirte.

Cuando Aurora lo vio tambalearse cuando se reincorporó, no supo si reír o preocuparse.

—No me seducen los borrachos ni los pendencieros.

Justin hizo un encogimiento de hombros.

—Primero, voy a cerrar la cabaña con el pasador —cosa que hizo al momento—. Segundo, apartaré la mesa hacia ese rincón junto con las sillas. —De nuevo Aurora vio, que a la vez que hablaba, iba apartando los elementos que decía, aunque lo hacía con ademanes torpes—. Tercero, me acercaré muy lentamente hacia ti, te agarraré por la cintura y te arrastraré hacia ese dormitorio, y entonces comenzaré a besar cada una de tus pecas. Mordisquearé esas orejas encantadoras, y lameré tu seductor cuello hasta dejarte sin aliento.

Ella no estaba preocupada todavía. Había tratado en el pasado con borrachos más peligrosos que él.

—¿Sin importarle mi opinión al respecto? —le preguntó envarada.

—Estamos unidos por un acuerdo —le recordó—. Eres mi mujer ante la ley de Inglaterra, es lo único que importa.

—¡No estamos casados! —protestó ella con energía.

Justin se había colocado las manos sobre las caderas, y miraba un punto indeterminado de la estancia.

—Ese es un mero formulismo que vamos a cumplir muy pronto. Eres mía, me perteneces desde siempre, y no sabes cómo me satisface esa circunstancia.

Aurora había comenzado a preocuparse, aunque se moriría antes de reconocerlo. Sabía que el inglés era un tanto presuntuoso, si bien una chispa de duda comenzó a gestarse en su interior. Vio con cierto horror que se desabrochaba la chaqueta y que la tendía descuidadamente sobre una silla. Ahora se estaba desabrochando la camisa, primero un botón y luego otro. No necesitó más aliciente. Con un movimiento tan rápido como un rayo intentó alcanzar la puerta que estaba cerrada. Comenzó a abrirla y se dispuso a salir volando, no obstante, no fue lo bastante rápida.

Justin la agarró por la falda, ella perdió el equilibrio y cayó de rodillas, lanzó un grito de ira que se convirtió en un estallido de furia y alarma cuando Justin se abalanzó hacia delante y sus dedos se cerraron en torno a su muñeca. Desesperada lo pateo con el pie que no tenía sujeto, pero él no la soltó ni cuando el pie de ella alcanzó su barbilla, la mano libre de Aurora arañó la mejilla de él tratando de encontrar sus ojos, pero él le había atrapado el otro pie y soltó una risotada de triunfo.

—¡Potrilla salvaje! —Justin le sujetó la mano que se acercaba peligrosamente a su cara de nuevo, y le levantó los brazos por encima de la cabeza apretándolos contra las tablas de madera del suelo—. ¿Quién es ahora el más fuerte? —se burló.

Aurora se retorció, pero Justin se abalanzó sobre ella, se sentó sobre sus muslos con todo su peso del tal modo que ella quedó inmóvil en el suelo: con los brazos y la cabeza maniatados.

No podía moverse.

—¡Quiero levantarme!

—No —esa simple negativa la dejó estupefacta—. No, hasta que admitas que soy más fuerte, más inteligente, y que estoy más preparado.

Ella lo miró fijamente a la cara y vio que estaba tan tranquilo como si estuviese sentado sobre su caballo: como si ella fuese una mula. Su atónito silencio no duró más que un instante, a continuación, le soltó un ataque verbal tan rico y variado que Justin se quedó fascinado al escucharla.

—¡Maldito cangrejo! ¡Cobarde rastrero! ¡Gusano de estercolero! —ella pasaba de un insulto a otro sin continuidad alguna.

Lo único que se le ocurrió a él para silenciarla fue apresar su boca, y Justin se perdió entre el deseo y la confusión. Le sujetó con más fuerza las muñecas y el mentón, su cuerpo pesado aplastó el de ella recostándose encima sin lastimarla.

—¡Te deseo! —exclamó con voz pastosa—. Me pertenesces, y quiero un beso de paz.

La mente de Justin estaba ofuscada por el alcohol, y su cuerpo borracho por la fragancia que desprendía el cuerpo de ella.

Aurora se ahogaba en mitad de sus vituperios bajo la presión de la boca de él. Jadeó y se retorció, pero Justin era ajeno a todo lo que no fuese el sabor de su boca. Aurora desconocía que con sus movimientos lo excitaba todavía más. Sus brazos seguían sujetos sobre su cabeza, y la boca de él todavía retenía la suya.

—Ríndete, y admite tu derrota —la instó él.

Aurora ignoraba cómo podía tener tanta fuerza estando tan borracho.

—¡Jamás! —ella no tenía ni un gramo de prudencia en su cuerpo.

Él, volvió a besarla, pero mucho más profundamente. La boca masculina sabía a vino, y la respiración de Justin comenzó a acelerarse. La fuerte mano abandonó la cara de ella, y comenzó a moverse entre sus pechos. Desabrochó los botones de su vestido y los dejó asomar libres para acariciarlos a voluntad. Siguió sometiéndola con sus besos, mientras su mano bajaba hasta la piel caliente de su vientre, le subió la falda impaciente. Justin había cruzado la barrera de la lucidez desde el mismo momento que se apoderó de la boca de ella. No podía pensar, simplemente quería someterla para que comprendiera que le pertenecía. Los muslos de Aurora se mantenían firmemente cerrados, pero él consiguió abrirlos a sus caricias. Nada pudo impedir que la hiciese suya. Se deslizó dentro de ella haciéndola gemir de dolor. Con su boca hambrienta se tragó su negativa. Los labios de Justin le besaron el rostro sin dejarle ni un centímetro por explorar, y su carne se movió dentro de ella en hondas embestidas que la llevaban hacia arriba y abajo raspándole la espalda con la madera seca del suelo. La sentía tan caliente y apretada que no pudo parar ni cuando sintió la barrera de su himen. Su mente estaba bloqueada por el placer.

En una última embestida exploto y se quedó quieto. Cuando sintió que ella se encogía bajo él, fue recuperando poco a poco la respiración, aunque no la cordura. Percibió primero la tibieza del cuerpo de ella debajo suyo. La miró a la cara como si pudiera encontrarle un sentido a sus actos, y se retiró lentamente de ella horrorizado por lo que había hecho. Aurora se reincorporó, y, de forma apresurada, comenzó a arreglarse sin pronunciar palabra. Se alisó la falda rota de su vestido. No alzó la cabeza, necesitaba recomponer su rostro y ocultar el dolor que este salvaje ataque le había ocasionado. Ambos se quedaron durante varios minutos sentados en el áspero suelo sin decir nada. Justin seguía confuso, también paralizado, cuando alzó sus ojos grises para disculparse, sintió una vergüenza abrumadora. No podía decir nada. No había disculpa en el mundo para lo que había hecho. Simplemente había pretendido besarla, incitarle a que le respondiera. Y se preguntó en qué momento había perdido la cabeza.

Tras un larguísimo momento, Aurora lo miró con desprecio en sus ojos ambarinos. El brillo inocente de su mirada se había vuelto opaco.

—Estar bajo los efectos del alcohol no es disculpa para las acciones censurables —comenzó él que sentía ganas de vomitar de lo mal que se sentía.

Ella dejó de mirarlo. Lo había subestimado al verlo ebrio, y había pagado un precio muy alto.

—Comenzaba a sentir simpatía por usted —le confesó herida—. Y ahora solo deseo matarlo.

Justin suspiró varias veces para controlar la acedía. Sentía que flotaba, y que la habitación giraba en torno suyo.

—Esto no lo había planeado, de verdad —se disculpó él de forma sincera—. Perdóname.

Aurora pensó que tenía en la mano una partida ganadora. El inglés con su ataque había perdido el control sobre la situación entre los dos, y creyó que el poder lo tenía ahora ella.

—Mantendré silencio si renuncia al acuerdo nupcial entre ambos —le ofreció.

Justin se dejó caer de espaldas al suelo y cerró los ojos. No quería ni pensar cómo se sentiría ella después de lo sucedido, pero negó con la cabeza varias veces.

—No puedo renunciar —le aclaró con voz ronca—, siempre ha sido imposible una renuncia por mi parte y por la tuya.

Estaba tan avergonzado que era incapaz de mirarla.

—Entonces, la espada de mi tío encontrará su cuello.

Le dijo ella con voz aguda.

—Lo merezco.

Justin había cometido un acto censurable, pero se le había escapado de las manos. Solo había pretendido robarle un beso, acercar posiciones, y lo había echado todo a perder. Dentro de la neblina espesa que dominaba su mente, y de la confusión que gobernaba su cuerpo, no podía hacer nada por desandar lo andado salvo disculparse y que ella lo perdonara. Nunca había estado en su ánimo hacerle el amor en el suelo de una cabaña, sin embargo, había perdido el control por completo, algo de lo que se avergonzaba, pero creyó que su gesto había simplificado las cosas entre ambos.

Aurora tembló de rabia, solo quería deshacerse de él, y creyó, inocentemente, que tras ese ataque podría manejarlo.

—Tenemos que llegar a un acuerdo que nos satisfaga a ambos —le ofreció ella.

Justin continuó negando con la cabeza, pero sin mirarla

—El acuerdo ya existe, solo queda un mero formulismo que cumpliremos en unos días. Eres mi esposa Dawn, no hay vuelta atrás.

Aurora rio sin ganas. Tenía un as en su manga y no conseguía sacarlo ¡maldita su suerte! No le



importaba perder su virginidad si con ello eludía las pretensiones del inglés, y, ante el descalabro que se le avecinaba, trató de ganar tiempo.

—De momento, y hasta que yo lo decida, continuaremos como si nada hubiese ocurrido.

Justin la miró con sorpresa y celebró su ingenuidad. Cómo podía mostrarse tan serena y dueña de la situación lo tenía perplejo. Deseaba sus acusaciones. No esa seca frialdad.

—Cabe la posibilidad de que hayas quedado encinta, y entonces no podremos continuar como si nada hubiese ocurrido.

Aurora miró su rostro contraído por el malestar, y deseo que se ahogara en su propio vómito.

—Milord, ¡sobreestima su fertilidad! —escupió vengativa.

—O tú infravaloras la tuya —contraatacó.

Justin no se creía su fanfarronada, pero debía utilizar todas las artimañas que conocía para intentar convencerla de que aceptara cumplir el acuerdo cuanto antes.

Aurora cerró los ojos un instante intentando controlar la furia que le había producido sus palabras.

—Aquí ya no hay nada más que decir al respecto, y ahora déjeme sola. Su sola presencia me provoca deseos pecaminosos como el asesinato.

Ella no pudo contener un sollozo involuntario.

Justin se encontraba tan mal que no podía ni consolarla, aunque trató de reincorporarse sobre un codo.

—No hay disculpa para lo hecho Dawn —la voz de Justin sonó contenida—. Solo puedo ofrecerte mi disculpa más sincera. Acéptala, y permíte que repare esta falta casándonos cuanto antes.

Aurora lo miró y lo taladró de tal forma que Justin se encogió inconscientemente ante el rencor que advirtió en sus ojos.

—No he dudado ni por un instante cuál ha sido su pretensión, maldito arrogante, sin embargo, se equivoca si cree por un momento que aceptaré una boda con usted después de.. de... de esto —pudo decir finalmente.

Justin seguía confuso, pero le dolió su rechazo.

—Lamento recordarte que te he arruinado —admitió tragando de forma forzosa—. He provocado que perdieras cualquier posibilidad de lograr otro nombre que no sea el mío.

Aurora cerró los ojos porque estaba a punto de arrancarle los ojos si seguía con la misma cantinela.

—Un revolcón involuntario no me arruinará, inglés, porque mis posibilidades están muy por encima de las tuyas.

Justin abrió los ojos y la miró sin entender a dónde quería llegar ella.

—Pero yo no te he dado un revolcón —Aurora alzó sus ojos con duda en su profundidad—. He adelantado la noche de bodas.

Aurora no daba crédito a sus oídos. Podría reírse si no estuviese más enfadada que humillada.

—Bien ya ha mostrado sus cartas, reitero, ¡márchese!

Justin vacilaba, ella alcanzó la puerta y se la señaló, pero él era incapaz de levantarse del suelo. Todo giraba en derredor suyo, y su estómago amenazaba con vaciarse allí mismo.

—Es que no puedo levantarme.

Su voz sonó lastimosa.

—Está bien, ya me marchó yo...

Salió de la cabaña sin importarle lo que fuera de él. Estaba tan furiosa que no cerró la puerta tras de sí, ni se llevó la cesta con el resto de comida que había compartido con los soldados

españoles. Se sentía herida, y no sabía cómo podría resistir un baile en su honor esa misma noche. ¿Qué debía hacer? El inglés contaría con que ella hablase, y, ella no pensaba darle el arma que la doblegaría. Moriría antes de darle esa satisfacción. Tendría que hacer de tripas corazón y actuar como si no hubiese ocurrido nada. Idearía un ardid que mantuviese la boca de él silenciada, pero en ese momento no podía pensar. Se iría a Andalucía y... Diego, pensar en Diego la sacudió con un espasmo letal, pero lo alejó de su mente con un esfuerzo sobrehumano porque no era ni el momento ni el lugar para compadecerse.

Necesitaba el consejo de Eulalia pues ella no sabía cómo enfrentar las pretensiones del inglés, saber que no había podido convencerlo de que desistiera, la llenaba de ira ciega. Otro hombre hubiese aceptado sin demora agobiado por la culpabilidad, pero el inglés no. Levantó la vista del suelo y se prometió que algún día se vengaría. Derramaría su sangre como él había derramado sus ilusiones hasta hacerlas trizas. Se levantaría de sus cenizas como el ave fénix. Con pasos lentos y pausados, pues le dolía un punto en el interior de sus muslos, siguió caminado hacia la casa intentando convertir su furia en venganza. Una venganza que sería implacable. La venganza vendría, y ella no tendría piedad.

Aurora pasó el resto del día en silenciosa meditación. Pensaba en la fiesta que daba su padre por su dieciocho cumpleaños, y se dijo que, si pudiera elegir, lo mandaría todo al diablo.

Eulalia la observó silenciosa mientras se bañaba, algo en su niña había cambiado y no acertaba qué podía ser, pero el fuego de sus ojos se había apagado en cierta forma. Sentía su pena y desdicha, aunque ignoraba qué la causaba. Había intentado hablar con ella, pero el silencio de sus ojos era estremecedor. Algo se había quebrado en su interior y Eulalia rezaba para que no fuese irreparable.

—Quiero el vestido que me regaló mi madrina —la voz sonó tan queda que parecía un susurro.

—¿Crees que es el más acertado para una fiesta que se da en tu honor? ¿Por tu cumpleaños? —Eulalia estaba dudosa.

A Eulalia el vestido goyesco era demasiado informal y no le pareció apropiado porque no cubría los tobillos. Además, era demasiado ajustado hasta la cadera, y el escote le parecía demasiado bajo.

—Quiero darle una sorpresa a mi padre. —Eulalia se tragó la mentira sin dudar. El vestido podría parecer inapropiado en Inglaterra, pero no en el lugar de donde ellas venían, así que optó por sacarlo del armario—. Hoy bailaré con mi padre, he estado practicando en la cabaña del bosque —hizo una honda inspiración, y confesó en un susurro—. Aya deseo regresar a mi casa, y no sé cómo controlar esta añoranza.

De pronto estalló en sollozos y su desconsuelo fue tan grande que Eulalia se persignó.

Aurora miró el bello vestido. El corpiño estaba confeccionado en un rico tejido de terciopelo rojo oscuro, ajustado y muy escotado, podía colocarse una pañoleta, pero la descartó. La camisa, con mangas de farol en los hombros, le gustaba mucho, pero lo más bonito del vestido era el pronunciado escote que deja entrever. Las mangas eran largas y afaroladas en el hombro, en la muñeca se ajustaban. La falda tenía mucho vuelo, y estaba bordada con bonitos dibujos.

—Te recogeré el cabello con la redecilla —le dio Eulalia admirada—, aunque no te durará mucho.

—Hoy lo llevaré suelto. Estoy cansada de perder las horquillas.

Se ajustó unas peinetas esmaltadas en blanco que destacaban por el color de su pelo que caía

sobre su espalda como una cortina de fuego.

—¿No vas ponerte la chaquetilla? —le preguntó Eulalia.

—Quiero lucir el mantón que me regaló mi abuela.

—Nadie mirará el mantón sino tus tobillos —apuntó Eulalia admirando a su pupila que estaba bellísima.

Aurora se colocó sobre los hombros el hermosísimo mantón que solo se ponía en contadas ocasiones. El colorido solía quitar el aliento.

—Se nota que no llevas corsé —protestó la mujer.

Todo el que la viera sería consciente que no llevaba corsé porque el corte del vestido no lo permitía, pero Aurora tenía un motivo, si el inglés no quedaba horrorizado por su audacia, su batalla estaría perdida.

Whitam Hall brillaba en esa noche mientras todos esperaban la llegada de la homenajead.

John Beresford se mantenía erguido al final de la escalera, esperaba impaciente a su hija mientras el salón de baile seguía llenándose de invitados. Casi todos los presentes tenían en la mano alguna copa de champaña o de ponche. La orquesta había comenzado a tocar un adagio preparatorio. La inmensa sala había sido limpiada a fondo, y, en cada rincón y habitación adyacente, había ramos de flores. El aire olía perfumado, y el buen ánimo se contagiaban de unos invitados a otros.

Justin estaba preocupado, librarse de la resaca le había costado lo suyo, pero ya se encontraba mejor. Los dos soldados españoles habían sido de mucha ayuda, cuando regresaron a la cabaña, él seguía tirado en el suelo. Ignoraba qué brebaje le habían preparado, pero había sido efectivo. Suspiró largo y profundo. Había dado un paso en falso, y temía que fuese imposible de rectificar. Se encontraba indeciso porque nunca había albergado sentimientos tan profundos por una mujer. La había usado y dejado a voluntad. Su riqueza y título se lo habían permitido, pero ahora, la única mujer que de verdad le importaba, no solo despreciaba su riqueza, también su título, y el hombre desnudo no sabía cómo enfrentar ese hecho. Temía y ansiaba verla, aunque el desprecio se lo había ganado a pulso, si bien aceptó que no podía vivir sin ella. La vio cuando se quedó parada encima de los tres escalones que faltaban para llegar hasta su padre. Contempló cómo aceptaba el brazo de su padre, y juntos caminaban hacia la pista de baile. Se sintió abrumado, desconcertado. El vestido que llevaba revelaba cada una de sus curvas y la mostraba tan sensual que lo cegó momentáneamente. El murmullo generalizado mostró que había escandalizado a la mayoría de los presentes, aunque debía reconocer que estaba magnífica. Era una Diosa del amor, y él estaba borracho de sus besos. Dio dos pasos para acercarse, sin embargo, la mano de ella alzada de forma casi imperceptiblemente, lo detuvo. En silenciosa súplica negó con la cabeza, y él vio en ese gesto tanto dolor, que volvió a consumirse de vergüenza.

Ella tenía que aceptar lo inevitable: que le pertenecía. Él tenía que aceptar lo censurable: que ella se resistía al respecto.

Aurora se acercó a la orquesta con una solicitud para que mantuvieran silencio, al momento, los dos soldados que vivían en la cabaña, Rafael y Francisco, entraron en la gran sala, ambos portando sendas guitarras. Con un asentimiento de cabeza los hombres ocuparon dos sillas, pero no se sentaron, simplemente levantaron cada uno su pierna derecha para que reposara la guitarra. Aurora se volvió a su padre y pidió su permiso. El marqués lo concedió, y, al momento, las guitarras comenzaron a sonar con una melodía profundamente desgarrada.

Aurora comenzó a bailar, y los hipnotizó a todos.

Los pies de ella se perdían de vista con los taconeos, y por los giros y vueltas que iba describiendo. La cabeza la mantenía altiva. La volvía sensualmente de un lado hacia otro. En un momento la apartaba con desdén, y en otro en suave caricia. Sus brazos los columpiaba como olas embravecidas para después abandonarlos como en una caricia lánguida de amante. Las manos las batía en frenesí, intentado acariciar el aire amorosa, y poco después, como intentando golpearlo con dolor. Ondeaba la cintura de forma tentadora, moviéndose como un cisne que se hunde en el agua cristalina. Con los giros y taconeos de sus zapatos arrancaba sonidos al suelo en un constante lamento. Sus manos sujetaron con fuerza el vuelo de su vestido, que alzó hasta la altura de sus rodillas, para dar libertad a sus pies en su incesante martilleo. El pelo la acariciaba y la golpeaba a la vez, los rizos húmedos daban muestra del esfuerzo que realizaba. La voz y la guitarra se apagaron al mismo tiempo, y todo quedó sumido en un silencio espectral.

Aurora salió de su trance.

Miró a su padre, y vio la admiración dibujada en su rostro, John inclinó la cabeza en clara muestra de aceptación, y los ojos de ella se llenaron de melancolía, tan ensimismada estaba que no vio que se había quedado petrificado al pie de las escaleras ataviado con traje militar. Diego la miró tan intensamente, que Justin sintió erizarse la piel de su nuca. Se volvió al instante, lo miró, y un nudo de impotencia comenzó a gestarse en su estómago. Esos ojos le habían dicho demasiadas cosas, aunque la mirada estaba destinada a otra persona.

Aurora abandonó la sala de baile porque necesitaba recuperar el aliento tras el intenso ejercicio. Observó la oscura noche mientras su pulso retornaba a la normalidad. Escuchó la suave melodía que comenzaba a sonar en el interior de la casa, y sintió la soledad de su destierro estrujarle el corazón en una huella profunda. Tenía que regresar para no preocupar a su padre, pero necesitaba serenarse.

—Mi linda muchacha con ojos de gata de pueblo —el susurro de las palabras dichas le acarició la nuca y le arrancó un estremecimiento.

Se volvió atónita, y creyó que sus ojos la engañaban. Al momento estaba en los brazos de él, llorando y riendo al mismo tiempo. Diego la sintió estremecerse y consoló su pena. Colocó sus rizos rebeldes detrás de sus bonitas orejas al tiempo que le susurraba palabras de ánimo, pero Aurora no cesó en su llanto hasta bien pasado un rato. Cuando los estremecimientos se volvieron pausados, él la separó, y escrutó sus ojos, el desconsuelo era tan grande que Diego se sintió desconcertado, volvió a abrazarla y a consolarla de nuevo.

Una sombra oscura bebía las hieles de los celos clavado en el suelo sin moverse. Justin observaba a su mujer reír y abrazar a otro hombre. Una cólera ciega se instaló en su pecho haciendo tambalear la poca cordura que le quedaba. Miró a su rival como quien mira la soga del ahorcado: con rabia y arrepentimiento. Dolía, dolía intensamente comprobar que estaba en los brazos de otro, que sus risas no estaban destinadas a él. Se dio la vuelta y se alejó. No miró atrás, todavía tenía una conversación pendiente con lord Beresford, el padre de ella, y, de esa conversación, dependía el futuro de Redtower y el suyo.

Aurora no quería separarse de los brazos protectores de Diego. Sentía su fuerza, quería llenarse de su calor. Olía a la tierra que amaba, y la añoranza la abrumó por completo. Aspiró su fragancia varonil, la mezcla de cuero y tomillo que tanto le gustaba. Rio con esa sonrisa cantarina, ¡su abuela! ¡Se había olvidado de su abuela con la emoción de verlo!

—¿Dónde está mi abuela? —preguntó mirando alrededor suyo como si fuese a verla de un momento a otro.

—Tienes mi palabra que hablaremos largo más tarde, pero creo que tienes que regresar al salón.

—¡Quiero que me cuentes todo!

Diego lo suponía.

—Están esperándote, eres la homenajeadá —le dijo él.

Aurora suspiró profundamente.

—Ahora me arrepiento de haber bailado —se tomó un tiempo antes de continuar—. Quería escandalizarlos —admitió cabizbaja—, que me obligaran regresar a Ronda.

Diego alzó el mentón de ella y le sonrió con una dulzura tan grande, que el corazón de Aurora se derritió como si fuese azúcar en el fuego.

—Tu interpretación ha sido magnífica *Jahivé*, y si no saben apreciarlo es que son unos estúpidos —le dijo para consolarla.

—Mi abuela se escandaliza cuando me ve bailar —admitió pensativa—. De veras que prefiero hablar contigo que volver a entrar en el salón de baile.

Diego no podía permitirlo. Entendía el apremio de ella para que le contara todo, pero había una fiesta de por medio.

—Sube a cambiarte de vestido que yo estaré esperándote. Me muero de ganas de bailar contigo.

Aurora levantó el rostro y lo besó en los labios aun sonriéndole, y corrió como si la vida le fuera en ello. No pensaba tardar más de un minuto, se sentía tan feliz como dichosa.

Diego la miró alejarse, y el semblante comenzó a adquirir un tono ceniciento de ira. La luz de sus ojos sufría, y él estaba convencido de que no era solo por la añoranza. Estaba casi quebrada de espíritu, y los culpables pagarían por ello. Al día siguiente tendría una conversación con Rafael y Francisco, tenían que explicar muchas cosas pues él había sido tajante al respecto. Tenían que cuidarla con sus propias vidas si fuera necesario. Caminó hacia las escaleras del vestíbulo, y la esperó. Aurora tardó muy poco en bajar de nuevo. Diego le tendió la mano.

Llevaba puesto el vestido blanco de seda bordado con estrellas plateadas: el regalo de su abuela María por su dieciséis cumpleaños. Un ancho fajín color plata le ceñía la cintura para terminar en un lazo que colgaba en su espalda. El pelo estaba recogido en un montón de rizos encima de la cabeza, y Eulalia le había prendido unas peinetas de nácar y perlas. La sonrisa deslumbrante era solo para él, y Diego se sintió el hombre más afortunado del mundo. Ella tomó su mano y el apuesto soldado la llevó hasta su padre que seguía impaciente por la desaparición de ella justo después del baile. Diego le pidió su permiso a John con una inclinación de cabeza, cuando lo recibió, la dirigió al centro de la pista y esperó que la orquesta comenzara el vals.

La mente de Aurora bullía con extrañeza, ¿cómo sabía Diego quién era su padre? ¿Por qué había llegado solo? Pero sacudió la cabeza para quitarse las preocupaciones. Le había prometido que hablarían más tarde, ahora solo deseaba sentirse abrazada por él.

Hacían una pareja perfecta, y se compenetraban a la perfección. Aurora se acoplaba a los brazos del noble español como si hubiese sido moldeada expresamente para él, y las miradas tan intensas que se lanzaban, dejaba muy poco a la imaginación. John la miró, y supo, por el arrobamiento de sus mejillas, que ese apuesto oficial le había robado el corazón a su hija, y que era correspondida. La carta de su tío, el conde Ayllón, había sido muy explícita, y, él, que era un hombre de palabra, había prometido hablar con el duque de Arun para tratar de llegar a un acuerdo sobre el legado de Clare, acuerdo que no podía incluir el matrimonio entre sus respectivos hijos. Cedería los derechos de la torre a los Penword para siempre si ello hacía feliz a su hija y la dejaba libre.

Aurora no sabía cómo, pero estaba bailando con su hermano Christopher cuando se encontró en los brazos del gigante escocés. Ella lo miró, estaba muy callado, y se sorprendió. Miró su falda

moverse al compás de la suya, y que de tanto en tanto dejaba ver sus muslos musculosos y bronceados, casi le daban ganas de quitarle la falda para ponérsela ella. Ese pensamiento descarado la hizo reír, y Brandon aprovechó para susurrarle al oído:

—Mis runas por tu último pensamiento.

—Créeme, es mejor que siga en la ignorancia o terminaría mal parada, aunque confieso que su atuendo de cintura para abajo me vuelve loca. Me haría con una prenda como esa sin dudarlo.

De los brazos del escocés pasó a los de Arthur, Andrew, y por fin a los de su padre que le hizo una exagerada reverencia y la acogió en sus brazos. Miró a la orquesta y dio su consentimiento para que comenzaran a tocar. Los ojos de Aurora brillaron expectantes, pero su padre demostró que era un bailarín excepcional.

—Si no cierras la boca te tragarás un insecto. —La conquistó su sonrisa fraternal.

—No esperaba que bailase casi tan bien como mi tío Rodrigo —la incredulidad era manifiesta en su rostro.

—No solo derroté franceses en tu tierra, hija mía. Aprendí vuestra cultura, vuestro idioma. Amar y respetar a los orgullosos y leales españoles —John calló un momento—, tu madre adoraba bailar esta tonada. Me costó aprenderlo, sin embargo, como quería complacerla, me esforcé al máximo.

—Espero que haya perdonado la osadía de mi vestuario anterior pues no pretendía ofenderlo —su rostro se quedó contrito—. Es un vestido muy utilizado allí, sobre todo en la villa de Madrid.

—Me siento muy orgulloso de ti.

Aurora soltó una risa de alivio. John suspiró aliviado. La seriedad aplastante de su hija se había desvanecido. Sabía que el artífice era el noble español que la seguía con mirada expectante donde quiera que estuviese.

Aurora leía la carta de su abuela mientras Diego y su padre la observaban en silencio, ahora sonreía, ahora ceñía el gesto con preocupación. Las emociones pasaban por su rostro con total claridad: asombro, disgusto, sorpresa, hilaridad.

Diego sabía lo que contenía la carta y el dolor que le causaría, pero ella tenía una fuerza de voluntad increíble.

—¡Mi abuela es un correo! —la voz sonó atónita, ahora comprendía tantas cosas: el viaje hasta Santander. Las semanas de espera, el viaje a París, y las sospechas sobre Rodrigo—. ¡Pero esta información le puede costar la horca a mi tío! —las palabras dichas en un susurro quedo, no ocultaban el temor que sentía por la repercusión de lo que empezaba a saber. Terminó de leer la carta, y se quedó pensativa un buen rato, después miró a los ojos de Diego de forma directa y sin titubear.

—¿Está detenido mi tío?

—Sí —respondió Diego sin ambages—, y tu abuela no puede regresar al reino de España, hay una orden de arresto contra ella.

Aurora se tapó la boca con la mano y ahogó un sollozo desgarrado.

—¡Pero Rodrigo es inocente! —exclamó compungida.

—Y el rey Fernando lo sabe. Conoce la influencia de tu tío, no atentará contra su vida. Tu abuela es harina de otro costal. Hay denuncias de traición a la corona.

—¿Qué sucederá conmigo? —Aurora temía preguntar pues conocía de sobra la respuesta—. Quiero irme a Francia con la abuela, necesita mi ayuda.

Su angustia era aplastante.

—María está ultimando los preparativos necesarios para que te reúnas con ella en París, pero por ahora su más sincero deseo es que te quedes en Inglaterra con tu familia paterna hasta que podáis reunirlos de nuevo. —Diego sabía el dolor que le estaba causando.

—Pueden pasar meses... —dejó la frase inconclusa: perdida en sus pensamientos y ahogándose en su propia autocompasión.

—La vida de tu tío y de tu abuela corre un serio peligro, y a ti te parece más horroroso soportar un poco de frío.

La pulla era demoledora...

«Si tú supieras Diego lo desdichada que soy», pensó ella dolida. Aurora levantó la vista con la mirada tan avergonzada, que Diego sintió un ramalazo de compasión.

—Sé que mis preocupaciones son ínfimas con respecto a estas noticias, pero mi corazón sigue queriendo ir con ellos, y eso es algo que no puedo controlar.

Estaba abatida. Tenía tantos deseos de abandonar Inglaterra que saber que su futuro podía decidirse aquí la llenaba de una profunda amargura.

—Hija, todavía tengo alguna influencia, trataré de traer a tu tío con nosotros. Tu abuela está segura, debemos preocuparnos por Rodrigo.

—Mi tío no abandonará el reino, padre.

—Cruzaremos ese puente después... —respondió John mirándola con ternura, sabiendo los estragos que las últimas noticias estaban haciendo en ella.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —la pregunta iba dirigida a Diego.

—Dos semanas como mucho, estoy en medio de un conflicto y no puedo faltar durante mucho tiempo. Mis hombres dependen de mí.

Aurora comprendió de inmediato que Diego era el protector del correo. Su abuela y él jugaban una partida tan peligrosa como mortal, pero entendía los sentimientos encontrados que había: por un lado, la lealtad de su tío, por otro, la inconformidad de su abuela. Y ella, en medio de todo, seguiría en un reino tan frío y húmedo como sentía ahora el corazón.

## CAPÍTULO 11

—El marqués de Whitam, Su Excelencia. —Devlin alzó sus ojos azules hacia el mayordomo, y, sorprendido, asintió con la cabeza.

John entró en la cómoda estancia con el sombrero y los guantes todavía en la mano. Se los pasó al mayordomo e hizo una ligera inclinación con la cabeza a su vecino y amigo. Devlin le indicó que se sentara en la silla libre que quedaba frente a su escritorio. Justin volvió la cabeza al verlo. John se sentó junto a él. Solicitud se levantó con cortesía y se dispuso a servirles una copa de coñac.

—Espero que la urgencia de la citación sean buenas noticias para ambos —Devlin no pudo ocultar la presunción en la voz.

John carraspeó violento.

—Deseo anular el compromiso —la tajante respuesta hizo que Justin soltara la licorera bruscamente.

—Sabes que no lo aceptaré —respondió Devlin enarcando las cejas plateadas con determinación.

John suspiró, tenso.

Justin recompuso su semblante y le ofreció una copa a su padre, y otra a John. Tomó nuevamente asiento, y cruzó una pierna sobre la otra en actitud despreocupada.

—No se puede romper el acuerdo y lo sabes.

John negó con la cabeza ante las palabras bruscas de su amigo el duque, Justin seguía en silencio.

—Mi hija se niega al compromiso, y no puedo ni quiero obligarla.

—Demasiado tarde para que ella se niegue.

Ni John ni Devlin entendieron las enigmáticas palabras del heredero.

—Dawn renunciará a su herencia si consentís en romper el compromiso. Desea que Redtower vuelva a los Penword, y lo devolveremos de forma definitiva. Tienes mi palabra.

—No. —La imperiosa negativa de Justin seguía sorprendiendo tanto al duque como al marqués—. El compromiso es válido tanto si a ella le gusta como si no.

John miró a Justin cada vez más sorprendido.

—¡No te muestras razonable, Justin! —la voz áspera de John consiguió hacerle enarcar una ceja, continuó—. Imaginaba que estarías satisfecho de poder romper un compromiso impuesto. Dawn sigue siendo muy joven, no le hemos dado tiempo a que se acostumbre.

Justin hizo una mueca porque John estaba atrapado y lo sabía.

—Dawn —puntualizó enfático—, cumple los requisitos necesarios para el compromiso, y yo no deseo romper un acuerdo establecido por nuestros antepasados. Mi honor me lo impide.

—Ya he mencionado que os devolveremos Redtower sin retribución alguna.

John se sentía incómodo y se le notaba.

—Si no hay compromiso, entonces nos veremos en los tribunales. —Devlin alzó las cejas con muda sorpresa. La determinación de su hijo lo desconcertó.

John suspiró resignado.

—Si el acuerdo no puede ser anulado por negativa vuestra, mi hija me ha pedido que le transmita a tu padre una solicitud de cambio. —Devlin y Justin se miraron sorprendidos, esperaron, aunque no sabían qué—. Mi hija reconsiderará continuar el compromiso si se concierta con Jamie. —Tras decir éstas palabras, John no supo distinguir cuál de los dos Penword se había



quedado más sorprendido.

Justin cerró los ojos ante la punzada que sintió. La magnitud de las palabras de John lo habían herido profundamente, deseó tener a la muchacha a su alcance para ponerle las manos en el cuello y estrangularla. Era suya y ella se empeñaba en lo contrario.

—Jamie está fuera de esta discusión —puntualizó Justin con voz dura—. Dawn no se libraré de su responsabilidad y obligación para conmigo y la herencia.

John se estaba poniendo cada vez más nervioso.

—No es un cambio descabellado si mi hija siente algún tipo de afecto por Jamie. —Los ojos confusos de John iban de Justin a Devlin. No comprendía del todo la fiera mirada que el heredero le obsequiaba, y se sentía perplejo.

—El compromiso es válido solo con el heredero, y yo, como heredero de mi padre, deseo continuar el acuerdo y cumplir lo establecido.

Devlin escuchaba a su primogénito con sorpresa. John se levantó ofendido. No entendía el ofuscamiento de Justin. Éste se calmó de inmediato.

—Hablaré con Dawn sobre esta conversación y os notificaré nuestra decisión al respecto. — Justin calibró sus posibilidades y lanzó una última bengala.

—Le ruego, lord Beresford, que espere un par semanas antes de tomar una decisión definitiva.

John no entendió el ruego de Justin, sin embargo, lo pensó durante un momento, y le respondió.

—Podríamos continuar esta conversación después de su presentación en sociedad, sería una consideración por nuestra parte.

—No —negó el primogénito. Ambos miraron a Justin de nuevo—. Deseo tener una última conversación con Dawn, si no llegamos a un entendimiento, permitiré que anule el compromiso, y aceptaremos Redtower como compensación.

John suspiró al fin aliviado. Lo que Justin le pedía era muy poco, y le pareció sumamente razonable. Con un asentimiento de cabeza dejó el asunto por concluido.

Aurora cabalgaba sobre el bello caballo español que le había traído Diego: un regalo de su querido tío por su decimotavo cumpleaños. El caballo era un hermoso semental fino y elegante, de color blanco y con motas grises. Le había puesto por nombre Olé, porque al verlo trotar daban ganas de aplaudirlo. Salían a cabalgar cada mañana. Afortunadamente, solo llovía por las tardes, y, aunque los campos estaban mojados, el deleite que sentía ante tanta libertad resultaba incomparable. Habían pospuesto el viaje a Londres para su presentación porque Aurora quería disfrutar hasta el último momento en la compañía de Diego. Los almuerzos y cenas se habían convertido en jornadas alegres por las anécdotas que él les contaba a sus hermanos sobre la vida en el ejército, y las bellas mozas del sur. Eulalia la miraba de tanto en tanto, como intentado penetrar en su interior, pero la vida de Aurora había cambiado tanto desde que Diego había llegado, que todo lo anterior estaba olvidado para ella. A menudo venían de visita el laird escocés con su hermana, y la mujer rubia devoraba al oficial español con ojos de cervatilla enamorada. Aurora nunca habría imaginado que Diego pudiese resultar interesante para otra mujer que no fuese ella, y aunque la escocesa lo miraba con ansia mal disimulada, ella era tan feliz que no se preocupó. Diego había sondeado sobre su tristeza y sus sentimientos, pero la había visto tan relajada y satisfecha en los últimos días, que no le dio mayor importancia a las lágrimas derramadas tan amargamente durante su primera noche en Inglaterra.

Estaban corriendo campo a través. El rocín que cabalgaba Diego no era tan rápido como Olé, pero ella se dejaba ganar sin remordimiento, mostrando una falta de vanidad increíble en una

mujer. Sonrojados, jadeantes y risueños, habían parado las monturas cerca de la laguna para que los caballos bebiesen y se refrescaran. Diego la ayudó a desmontar, y, dejó, un momento más de lo necesario, las manos en la cintura de ella. Aurora no bajó las manos de su cuello rápidamente, sino que las dejó para que acariciaran los rizos apenas visibles de la nuca de él. Las miradas se encontraron, Aurora alzó la boca para recibir el beso que estaba esperando desde los quince años, y Diego la complació.

El beso no la había decepcionado. Sabía a gloria, aunque resultó muy breve. Cuando ella intentó prolongarlo, Diego se lo impidió. Soltó las manos de su nuca e hizo una negación con la cabeza casi imperceptible. Ella lo miró decepcionada, quería más, estaba sedienta de su cariño.

—Chiquilla, no rompas el control que vengo ejerciendo contigo desde hace tanto tiempo.

El ansia en la voz de él avivó todavía más el fuego de ella.

—Pero yo deseo que lo rompas, te necesito tanto. Quiero sentirte, abrazarte. —Las palabras dulces lo tentaban hasta lo inimaginable, pero consiguió mantener la cordura.

—Hice una promesa a tu tío, ojos de gata, permíteme que la mantenga.

—Yo te necesito ahora.

Volvió a dirigir su boca hacia él y lo arrastró hacia un nuevo beso más apasionado que el anterior. Diego se dejó llevar, tantos años deseándola le estaban pasando factura, no obstante, la cordura volvió a instalarse en su mente, y, renuente, volvió a separarla de sí.

—No tendría honor si te permitiera seguir adelante, no es así cómo quiero tenerte. No me bastará un rato robado en un arrebato de locura, no me conformaré con tan poco.

—¡Casémonos y terminemos con esta espera de una vez!

Él, no podía creer lo que oía.

—Y nunca podría mirarte a la cara sin sentir vergüenza. Llevo años esperándote, no me importa unos meses más. Tu tío puso como condición que esperase hasta que cumplieses los dieciocho años, y ya los tienes, ahora solo nos queda esperar su llegada.

—¡Maldito tú y tu honor! —explotó dolida por el rechazo.

Diego no comprendió su estallido.

—Mi honor es lo que me ha permitido no tocarte y abrazarte hasta dejarte sin aliento, pero debo mirar a la cara a tu tío, y mi afecto no puede cubrirlo de vergüenza. Si no eres capaz de comprender eso, quizás...

—¡No! —cortó apresurada.

Odiaba los escrúpulos de él, pero le quería a la vez por ellos. Montaron poco después, y se dirigieron hacia Whitam Hall.

Justin no levantaba cabeza, todos sus planes se habían ido al traste. Su padre le había informado que iba a aceptar el legado de Clare. Los Beresford estaban siendo magnánimos al declinar un matrimonio entre las dos familias, y él lamentaba su impotencia ante el desastre. Se sentía herido por la decisión de ella de querer intercambiar el compromiso con su hermano pequeño. La puñalada se le había clavado directamente en el corazón, y estaba despechado por ello, pero la ira no conseguía aplacar su sed por el cuerpo femenino, y se compadecía al no poder hacer nada en consecuencia. Estaba descuidando sus responsabilidades como heredero. Últimamente se dejaba acompañar por una botella de coñac, y se había vuelto huraño e irascible: nadie del servicio se atrevía a dirigirle la palabra. Tenía que irse a Londres, lejos de sus vecinos, y de la atrayente extranjera que lo había convertido en poco más que un guiñapo.

Brandon y Casey solo habían estado una semana en Londres para la temporada, pero habían

vuelto a Crimson Hill a instancias de ella pues quería recoger unos artículos imprescindibles que se habían quedado olvidados en la mansión. A Jamie le sonó a excusa porque sabía que su joven prima le había echado el ojo al oficial español, y lo lamentó por ella porque él solo tenía ojos para Aurora.

Miró de nuevo a su hermano mayor, la resaca que tendría por la mañana sería colosal, aunque se lo tendría bien merecido. La entrada de su primo Brandon lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Sigue bebiendo?

—Discute cada día con mi padre, y cuando sale de la biblioteca, toma una botella de whiskey, y ya no sale de sus dependencias. Lleva así varios días —anunció preocupado.

—Deseo tener unas palabras con él, esperaré hasta que se despeje un poco.

—Confío que seas capaz de conseguir algo más de él que esa autocompasión destructiva — Jamie se dio la vuelta y abandonó la habitación de su hermano.

Cuatro horas le costó a Justin salir de su estupor. Le dolía la cabeza, y tenía la garganta tan reseca como el desierto. Intentó fijar los ojos vidriosos en su hermano hasta que se dio cuenta de que no era Jamie sino Brandon, el que estaba custodiando su cama. Fastidiado porque lo hubiese contemplado en ese estado lamentable, le espetó con acritud:

—Espero que tengas algo importante que decirme, porque si no es así, ya puedes irte por donde has venido. —Brandon entornó sus verdes ojos con cierta acritud.

—En vista de tu incapacidad para reorganizar tu vida, he decidido ayudarte.

—No te entrometas en mis asuntos primo, y ahora ¡déjame en paz!

La bilis le subió a la garganta y temió no contener las arcadas a tiempo de que su primo se fuese.

—Verte en este estado es incomprensible para mí, pero he decidido que puedo ayudar a dos personas —dijo de forma enigmática.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer? —ni le importaba, ni quería saber lo que pretendía su primo, tan solo lo preguntó para que Brandon terminara su discurso y se marchase.

—Mi hermana le hizo una promesa a tu padre, y tiene que cumplirla, porque los McGregor cumplimos lo que prometemos, y cómo tú eres incapaz de cuidar lo que es tuyo, he decidido hacerlo yo. Recuerda que tu primogénita se casará con mi primogénito. Así quedó establecido en su día por mi padre y por el tuyo para preservar nuestras herencias.

Todo se reducía a herencias pensó Justin que no comprendía del todo la perorata que le estaba soltando su primo, aunque tampoco le importó. Cerró los ojos un momento intentado controlar el terrible dolor de cabeza. Cuando los volvió a abrir, su primo se había marchado. Bajó los pies de la cama, y dejó que se le pasase el mareo antes de ir directamente al escritorio, cogió una botella de whiskey, y se acostó de nuevo.

Diego dormía en la casita del bosque con Rafael y Francisco, y los tres partirían hacia el reino de España en una semana. Aurora estaba feliz porque su amor se había quedado más tiempo del que pensaba.

Seguía sentada en la biblioteca, descalza, y con los pies subidos en el sillón, miraba constantemente la hora porque se estaba haciendo muy tarde. Diego y sus hermanos no regresaban de Londres. Ella le había hecho algunos encargos para mandárselos a su abuela y a su tío. Así como unos dibujos para la prima preferida de Diego, Marina, pero tardaban demasiado. Horas

después las voces de sus hermanos le hicieron levantarse de golpe. Se calzó y salió corriendo hacia el vestíbulo, lo que vio la dejó helada: sus hermanos estaban jactándose porque por fin habían conseguido tumbar al laird escocés. Diego no había vuelto con ellos, cuando les preguntó, le respondieron con osadía que había sido el más flojo de los cuatro: había terminado tan borracho que se había caído del caballo al pie de las escaleras de Crimson Hill, y por eso lo habían dejado en la mansión junto con Brandon. Christopher y Arthur reían por la resaca que padecerían ambos por la mañana. Aurora estaba atónita, creía a Diego incapaz de emborracharse, si bien sus hermanos no podían decir más de dos palabras sin que les tropezara la lengua con los dientes, por lo que fue imposible sacarle más de dos frases coherentes. Decidió esperar al día siguiente, Diego le contaría todo lo que había sucedido.

Brandon había conseguido acostar al español. Recordaba la negativa del soldado a beber un poco más de cerveza, afortunadamente, los Beresford habían hecho apoyo común para convencerlo, y todo había salido como había planeado, incluso él había tenido que beber más de la cuenta. El silencio de la casa mejoró su ánimo pues se había ahorrado un montón de explicaciones, y ahora esperaba el desenlace.

Volvió los ojos a la muchacha que lo miraba con indecisión.

—Estamos actuando mal —le dijo ella con voz trémula.

—Estamos ayudando a Justin —le recordó—. Y vigilando nuestra herencia.

—Me siento fatal —le informó la hermana—, pero lo he prometido y debo hacerlo.

Brando suspiró con algo de cansancio. Ambos le habían hecho una promesa al duque de Arun, y él estaba decidido a cumplir su parte.

—Solo tendrás esta oportunidad, ¿podrás hacerlo? —ella asintió decidida.

—Me he puesto su perfume de rosas —confesó turbada.

Violet Cassandra McGregor siguió a su hermano segura de lo que quería conseguir, y de lo que estaba dispuesta a sacrificar para obtenerlo.

Apenas dudó un instante porque lo que iba a hacer causaría un escándalo terrible, sin embargo, sus sentimientos se interponían sobre el posible remordimiento de conciencia que pudiera albergar después. Abrió el pasador del dormitorio y entró. Él, estaba acostado sin ropa, ella no encendió ni una lámpara porque necesitaba la oscuridad para llevar a cabo su plan. Se quitó la bata, se deshizo del ligero camión, y se metió en la cama con él. Muy despacio intentó acercarse, pero sentía algo de temor, por eso se quedó parada un instante. El hombre soltó un gruñido somnoliento, y, aunque no hizo ningún intento de despertarse, la atrajo hacia él. Ella alargó la mano y le acarició la mandíbula, él, soltó un gemido placentero, lentamente le acarició el ombligo, él, se movió un poco y la muchacha tuvo una extraña y arrolladora sensación de poder. Estaba profundamente dormido por la borrachera, así que podía hacer con él lo que quisiera. Empezó a acariciarlo con osadía siguiendo su instinto de mujer enamorada. Cuando él estuvo preparado para ella, Violet Cassandra había pagado una buena suma de dinero a una prostituta para que le explicara cómo prepararlo, se colocó encima de él y se apoyó en sus hombros mientras se sentaba a horcajadas. Con la mano guio el miembro duro hasta su interior, aunque le resultó bastante difícil debido a su inexperiencia. El hombre se arqueó debajo de ella, y la mujer lentamente se deslizó hacia abajo hasta que notó la penetración, echó la cabeza hacia atrás y descansó sus glúteos en las caderas de él. Lo sujetó con fuerza por los hombros intentando recuperar la respiración, e intentaba ahogar sus gemidos. Dolía mucho, pero estaba decidida. Apoyó las rodillas en el blando colchón de plumas mientras comenzaba a moverse, despacio al principio.

Diego emitió un gemido gutural mientras intentaba abrir los ojos pesados debido al alcohol, y en su confusión etílica, comenzó a mover las caderas cada vez con más fuerza. Se agarró a las piernas femeninas mientras de su boca salían gemidos entrecortados. El baile sexual se prolongó durante varios minutos pues a ella le habían informado que el alcohol ofuscaba la mente, y que la culminación tardaba más en llegar. La muchacha dudó y paró sus movimientos pues no tenía modo de saber que él estaba a punto de alcanzar el clímax.

Entonces los ojos del hombre se abrieron cuando cesó el movimiento y la miraron con un ruego en su profundidad. Todavía confundido, hizo un débil intento por separarse de la muchacha que lo montaba de forma decidida. Ella comprendió lo que pretendía, y se hundió todavía más contra él.

Diego se derramó en el interior femenino.

En ese preciso momento, Diego abrió los ojos para darse cuenta de lo que sucedía, aunque ya era demasiado tarde, no había ninguna manera de frenar el orgasmo. Mientras apretaba los dientes y su cuerpo se sacudía con espasmos, sintió las manos de la muchacha que lo rodeaban con fuerza hacia ella. Vio su cara de determinación, y entonces lo comprendió... ¡lo había planeado todo! La mujer lo había excitado mientras dormía, y se había aprovechado de su embriaguez, maldita sea, ¿qué había hecho?

—Perdóname, pero tenía que hacerlo —la muchacha estaba llorando—. Hice una promesa, y no me importó cumplirla porque te amo...

Él vio la sangre y el semen entre sus muslos, y sintió un acceso de pánico, también de rechazo, la muchacha era virgen, y, él, él, ¡Dios santo! Sintió deseos de matarla por lo que había conseguido. El grito de cólera que lanzó despertó a todos los habitantes de la casa. Brandon, que esperaba en la biblioteca contemplando una copa de coñac, levantó su pesado cuerpo y lo condujo hacia la escalera. Solo confiaba en llegar antes que Justin, Jamie o el mismo duque.

## CAPÍTULO 12

¡Diego se iba a casar con otra!

El pesar y el dolor resultaban desgarradores. Sentía las manos dolidas de tanto estrujarlas junto a su pecho. Le habían explicado lo ocurrido, increíble, infame, pero cierto. ¡Lo habían seducido! Ante el posible embarazo, él le había ofrecido su nombre, nombre que le correspondía a ella. Aurora quería llorar, golpear, maldecir. Su orgullo zozobraba en un mar de autocompasión. Violet Cassandra sería ahora la señora Vilchez, futura baronesa de Bidasoa, ella y sus sueños quedaban hechos pedazos. ¡Maldito honor español! ¡Maldito corazón suyo! Aurora sabía del encaprichamiento de la mujer por Diego, pero no le había dado importancia. Se retorció de pena, la rabia la zarandeaba, y la impotencia le impedía respirar. Al día siguiente sería la boda, un día antes de partir Diego para el reino de España, y ella se quedaría aquí, tan cerca de ella, que se volvería loca. Lloraba por la oportunidad perdida de abrazar en un futuro a los hijos de Diego y suyos.

Un dolor sordo la convulsionó.

Eulalia no llamó a la puerta, sabía que era inútil. Su niña no quería ver ni hablar con nadie. Sus hermanos estaban tan avergonzados que no se atrevían a mirarla a la cara, pero ella sabía, había visto las cartas, y todo tenía un propósito de ser. Su niña estaba sentada en el sillón con la cara cenicienta, y ella supo que era de ira. Percibía su dolor y quería consolarla, aunque por primera vez no supo cómo hacerlo.

—*Jahivé*, deja que tu aya te consuele.

La ternura en su voz la estremeció hasta los huesos.

—¡Deseo estar sola! —la respuesta era la esperada.

—Deja que te cuente una cosa que sé.

Las enigmáticas palabras despertaron su curiosidad.

—¿Vas a decirme que Diego no se casa? —ante la negativa de la gitana, Aurora le volvió la cabeza en un gesto airado.

—Pero sé que, si no hay embarazo, el duque consentirá en anular el matrimonio. Es el acuerdo al que han llegado. El laird no está muy conforme, pero el duque sabe que la conducta de su sobrina ha sido censurable, y ha accedido a ello. Todavía es posible una anulación

—¡Pero por supuesto! —contestó llena de rabia e impotencia—. Con la suerte que estoy teniendo, ésa perra escocesa le dará mellizos. —Bramó dolida.

—Solo deseo que no juzgues tan duramente a un hombre que ha sido atrapado contra su voluntad.

—¿Por qué no espera hasta estar seguro de que está encinta? Si entonces no hay más remedio...

Eulalia soltó un suspiro largo.

—Diego corre un grave peligro igual que tu abuela. Su conciencia y honor no le permitirían dejar un hijo suyo sin reconocer, aunque sea un hijo no deseado.

Aurora miró con fiereza a Eulalia tras ese comentario.

—Aya, ¿sabes que es lo más cínico de todo? ¡Para nosotros, los orgullosos y altivos españoles, el honor lo es todo, y los ingleses barren su suelo con el honor español! —Eulalia gimió al oírla—. Y sabes lo que más lamento: que soy yo la que debería haberme metido en su cama, la que debería estar gestando a su hijo, y, ¡mírame! —Eulalia miró sus angustiados ojos ámbar y la pena que vio en ellos la dejó muda—. Estoy aquí, medio enterrada en mi

autocompasión, y llena de impotencia y de rabia por no poder hacer nada al respecto.

—¿Y crees que la escocesa ha conseguido algo? Tendrá a su marido español, cierto, pero será un hombre que está y seguirá profundamente enamorado de otra. La mirará y maldecirá su engaño y cada segundo que tenga que pasar con ella, tendrá un matrimonio desdichado y amargo, eso es lo que ha conseguido.

—¡Malditas tus palabras porque será de ella y no mío!

—Nunca hubiese sido tuyo, estaba escrito, lo vi en las cartas, pero no quería causarte dolor y por eso callé.

Aurora la miró atónita.

—¡Mira lo que me has hecho, aya! —Eulalia comprendió que su niña necesitaba tiempo, y tiempo era lo que más tenía en el mundo.

Salió en silencio de la habitación, y, con un suspiro de resignación, se dirigió a la planta baja de la casa, necesitaba hablar con el marqués de Whitam.

La boda se iba a celebrar en la casita del bosque con una licencia especial que había obtenido Brandon, aunque con cierta dificultad debido a la urgencia. Rafael y Francisco serían los padrinos de Diego, Brandon y Jamie de ella. Diego se había negado en rotundo a casarse en Crimson Hill, y nadie había sido capaz de hacerle cambiar de opinión. Ni una sola vez miró el rostro de la escocesa porque sentía que le había fallado a Aurora, y, la vergüenza que albergaba dentro de sí, resultaba destructiva. Aurora se lamentaba porque Diego no había querido escuchar su ruego ni quiso hablar con ella. Lloró desconsolada porque no tenían nada más que decirse. Le había implorado que esperase hasta obtener la confirmación de que, efectivamente, el robo de ella, había dado sus frutos, pero él era obstinado y orgulloso como nadie.

Aurora se moriría si lo veía dar sus promesas a otra, aunque todos en Whitam Hall habían decidido acompañar al oficial español pues querían mostrarle su apoyo, incluso la traidora de Eulalia se había marchado a la ceremonia, y ella estaba rumiando su desdicha en la biblioteca. Tras horas de intenso llanto, Aurora se preguntó qué harían los hombres en ocasiones así, y concluyó que embriagarse, tenía muy claro en la mente la borrachera de Justin Penword, y deseó... deseo, olvidar. Y entonces se dijo si tendría que beber para lograrlo. Miró con duda las dos botellas que había en un carrito auxiliar a un lado de la gran mesa de caoba. Olió una de las botellas, pero el aroma era tan fuerte que le escocieron los ojos, la otra parecía más suave, era coñac, y decidió olvidarse de todo.

Justin había tenido unas palabras duras con su primo. En su juicio, lo que le habían hecho al español, no tenía calificativo. Jamás imaginó que sus primos urdiesen semejante ardid, Casey lo había sorprendido, también desilusionado, pues esa no era forma de conseguir un marido, ella era sobrina de duque, podría elegir al hombre que quisiera. Pero Justin también era consciente que muchas nobles actuaban de un modo parecido cuando querían alcanzar a un hombre determinado. Al momento sintió una vergüenza abrumadora porque él había hecho exactamente lo mismo: ambos habían impuesto sus requerimientos a dos personas sin el consentimiento de ellos. Justin seguía perplejo por la intensidad de sus emociones, así que podía comprender la desesperanza que embargaba a su prima, y Diego ni siquiera le había dado una muestra más de atención que la de cortesía necesaria. El duque se había mostrado más práctico y albergaba dudas de que el oficial español no hubiese participado de buen grado en la seducción de su sobrina, que al fin y al cabo era sobrina de un duque, por ese motivo se había negado con rotundidad a esperar los resultados del desliz: no podía concebir semejante escándalo en la familia. Justin pensaba

constantemente en Aurora, había visto el amor por ese hombre en sus ojos, en cada gesto, y aunque sentía unos celos corrosivos, sentía verdadera empatía por ella.

Estaba todo Whitam Hall en la íntima ceremonia que acababa de comenzar, Justin decidió en un segundo que la vería e intentaría consolarla, aunque perdiese el cuello en el intento. Salió discretamente del lugar que ocupaba, y se encaminó hacia la casa de sus vecinos y amigos. El trayecto no le llevaría mucho tiempo.

Unas maldiciones, dichas en tres lenguas diferentes, le indicaron el lugar exacto donde se encontraba ella. Se dirigió hacia la biblioteca, y la vio sentada en la alfombra con la cara vuelta hacia la ventana. Observó la licorera abierta en su falda y supo enseguida lo que había hecho, intentó reprimir la sonrisa que comenzaba a asomar a su boca, porque comprendió a la perfección que ella trataba de ahogar sus penas con alcohol. Él mismo lo había hecho durante dos semanas, poco podría reprocharle.

—Estás cometiendo el mismo error que yo.

La muchacha lo miró, y él comprobó que tenía los ojos vidriosos, y que la cabeza se le ladeaba de un lado a otro, la vio tragar saliva en un intento por aclarar su garganta, quiso hablarle, pero las palabras se le enredaban en la boca, por primera vez le sonrió de forma genuina, y el corazón de Justin sufrió se encogió. Ella extendió su mano hacia él.

—Necesito su ayuda, no puedo levantarme sola.

La voz pastosa le resultó cómica.

—Si te toco —la miró con verdadero deseo—... no podré parar. —Aurora rio con hilaridad. Lo miró, y volvió a reír de nuevo. Se sentía muy bien, el coñac había aliviado su corazón destrozado, pero podría disfrutar más de esa sensación si la biblioteca dejase de dar vueltas—. ¿Es posible que me hayas perdonado, Dawn? —la pregunta la hizo Justin en un susurro.

—*Porr supuesto* —trató de decir ella con lengua que parecía un estropajo. Se le enredaban las palabras.

—No es posible que me hayas perdonado tan fácilmente —había incredulidad en la voz masculina.

Ella respiró sonoramente.

—Si me importara un comino, no le *perdonaría* jamás, pero no me importa ni esto —hizo un chasquido con los dedos pulgar y corazón, y, esas palabras dichas con tanta claridad, vapulearon su maltrecho orgullo. Quería importarle, lo necesitaba, si bien ignoraba cómo conseguirlo—. Inglés, *sis me ayudas*... —no pudo continuar, cerró los ojos creyendo que así la habitación dejaría de dar vueltas, pero su mente en blanco se había aliado con la biblioteca y giraba todo como una noria.

Justin, con paso decidido, se acercó hasta ella. La cogió suavemente de las manos y la alzó, pero la soltó demasiado rápido. Contempló azorado que ella no mantenía el equilibrio y que caía al suelo sin contemplaciones en una maraña enredada con su falda. Aurora manoteó en el aire y consiguió asirse a la solapa de la chaqueta de Justin. Lo arrastró al suelo con ella.

Ambos se quedaron sin respiración, Justin estaba justo encima de Aurora. Su pierna musculosa entre sus piernas, los brazos de él a cada lado de la cabeza femenina. Justin tenía la boca demasiado cerca de la femenina para poder pensar con cordura, y las ansias reprimidas durante tanto tiempo resultaron su perdición absoluta. Su boca se apoderó de la de Aurora en segundos. Sabía a coñac dulce, tenía los labios tan suaves que no podía dejar de beber de ellos. Salían gemidos y Justin no supo cuál de los dos los exhalaba, estaba relajada, y no se le resistía, con un suspiro de honda satisfacción profundizó el beso. La necesitaba tanto, y por primera vez ella le respondía.



Creyó que se moriría saboreándola.

Aurora, despechada por los últimos acontecimientos, comenzó a devolverle el beso, y con las manos comenzó unas lentas caricias que hicieron a Justin perder el poco control que le quedaba, él supo, en ese preciso instante, lo que sería ser correspondido por ella. Sediento decidió aprovechar el momento, aunque fuese el último de su vida.

Aurora necesitaba curar la herida que le había producido el rechazo de Diego, y el deseo acuciante de Justin era el bálsamo que su alma necesitaba, el amor que sentía por Diego no podría ser ya correspondido, y Aurora no sabía cómo enfrentar ese hecho demoledor.

Justin recuperó la cordura. Con un esfuerzo sobrehumano, logró apenas separarse unos centímetros, pero ella volvió a sujetarlo por la nuca impaciente.

—Sigue besándome inglés, hoy necesito consuelo, aunque sea de ti —Justin masculló entre dientes, sabía que ella lo utilizaba para vengarse.

—Me utilizas para vengarte de Diego —la acusó él.

—Aunque parezca insólito me gustan sus besos, y hoy no lo encuentro tan despreciable como otros días. Incluso diría que me parece atractivo.

Las palabras femeninas insuflaron vida en el corazón de Justin.

—Yo podría hacer que me quisieses, Dawn, solo tienes que darme una oportunidad.

Ella negó con la cabeza, aunque sin convencimiento.

—¡Me llamo Aurora! —Justin sonrió por el estallido de ella, y volvió a besarla para callarla. Solo cuando ella gimió en protesta por la brusquedad del beso, la soltó.

Aurora sentía el alma asfixiada, y el alcohol le estaba dando la seguridad que tanto necesitaba. Justin la reincorporó hasta quedar de rodillas, le pasó un brazo por las piernas y el otro por debajo de las axilas, la alzó, y la cabeza de ella le dio en la mandíbula. Él pudo oler de nuevo su embriagadora fragancia, cerró los ojos un instante ante el placer inesperado que le causaba el solo hecho de alzarla y estrecharla junto así. La sintió muy ligera, y ese abandono de hacía un momento lo tenía apabullado.

Ella alzó una mano y le acarició el mentón en un gesto impulsivo e inesperado. Nunca una caricia le había parecido tan gloriosa. Subió las escaleras y Aurora no se perdió detalle alguno de los rasgos austeros de su cara y de su determinación, pero no le importó, no, en ese instante. Seguía sonriendo ebria, y estaba convencida de saber lo que necesitaba para apaciguar la herida que le había causado el engaño.

¡La traición de Diego!

Al desplazarla a ella y sus sentimientos por otra, sentía que le quemaban el corazón como si se lo hubiesen enterrado en brea.

Justin la dejó con cuidado en el blando lecho, y, antes de poder soltar los brazos de su cuello, ella los cerró en torno a él más firme todavía.

—No quiero estar sola...

Justin se hubiese reído si la invitación no fuese tan seria y preocupante.

—No soy tan estúpido para cometer el mismo error dos veces —Justin creía que se perdería en las inmensidades de sus ojos dorados.

—¿Y si decido darle un revolcón?

A pesar de su determinación, Justin terminó por reírse: la embriaguez de ella resultaba peligrosa para su cordura.

—Créeme si te digo, que en este momento no estás en condiciones de darle un revolcón a nadie, por más que pueda lamentarlo después.

Aurora lanzó un quejido molesto por la reticencia de él, y no lo dejó que se incorporara.

—¿Tan efímero era su interés en mí? —no se lo decía a él, estaba claro como el agua que Aurora estaba pensando en Diego.

Justin se rindió, y, aunque supo que le haría pagar muy cara su decisión, comenzó de nuevo a besarla como si fuese un hambriento y ella el ansiado banquete. Aurora le devolvía los besos con genuina inmadurez pues necesitaba sentirse amada tras la infamia de Diego, y no le importó que fuese Justin y no el amor de su vida el receptor de sus caricias. ¡Quería vengarse de él, de Cassandra! Necesitaba ahogar su recuerdo, y volcó toda su pasión en el hombre que tenía delante.

Justin profundizó más, y ella se dejó arrastrar con impetuosidad. Cuando la mano de él apesó su pecho con avidez, Aurora gimió por las sensaciones que experimentaba, y se olvidó de todo. Estaban tan absortos que no escucharon la exclamación ahogada y furiosa que desde la puerta de la alcoba lanzó un Arthur furibundo.

—¡Suéltala ahora mismo!

La voz era letal.

—Christopher, deja que te explique... —Justin vio una profunda decepción en los ojos de su amigo, y se reincorporó de inmediato.

—Mis padrinos se pondrán en contacto contigo —fue su seco comentario.

—No es lo que imaginas.

Christopher entrecerró los ojos. Tenía en la mente la viva imagen de la mano de Justin en el pecho de su hermana, y sintió una ira extrema.

—Vas a pagar por ello ¡lo juro!

—Es mi prometida, y está ebria, como puedes comprobar, solo la he traído hasta su alcoba.

—Sea o no prometida te has aprovechado de su estado confuso. Tengo que cobrarme el agravio, y ahora, ¡fuera!

Lo obligó a salir de la habitación a empujones.

Aurora había caído en una semiinconsciencia afortunada, era ajena a la discusión que mantenían los dos hombres.

Justin sabía que Christopher actuaba de forma protectora, y aunque no pudo reprochárselo, tenía que hacerle ver que su juicio era del todo equivocado. Permitió que lo acompañara hasta la salida de la casa, y, una vez que piso la calle, lo miró de forma larga y penetrante.

—Puesto que pronto nos casaremos no hay ningún daño que reparar y lo sabes, no comprendo tu actitud. —Christopher seguía sin decir palabra, y Justin masculló por lo bajo. —No me batiré en duelo contigo por una ofensa que no se ha cometido —volvió a repetir con sequedad sosteniéndole la mirada.

—Eso ya lo veremos. —Christopher cerró la puerta con un golpe sordo, y Justin no tuvo más remedio que volverse y encauzar sus pasos hacia Crimson Hill.

## CAPÍTULO 13

La mañana estaba fría porque las nubes seguían tapando el sol, y ella seguía sin acostumbrarse a los días grises. Suspiró llena de añoranza, también de enfado. Diego no se había despedido. Ante la negativa de ella de verlo, él, le había dejado una carta breve donde le pedía perdón y se disculpaba nuevamente asegurándole que siempre la amaría y la llevaría en su corazón. Aurora releía las palabras una y otra vez intentado llenar el vacío de su alma sin conseguirlo. Tenía que seguir adelante a base de esfuerzo, pero estaba tan sangrante que creía que no podría dar un paso sin que le escociese el alma por la traición. La vida estaba siendo muy injusta con ella.

Seguía sin saber noticias de su tío, y su abuela estaba desterrada.

Había olvidado por completo la visita de Justin, y le había costado dos días recuperarse de la resaca. Christopher le había informado que la había encontrado en la biblioteca ebria, pero había guardado el secreto a los demás. Aurora no se acordaba de nada, y daba gracias por no tener que sufrir esa vergüenza. La esposa de Diego quería verla, pero ella se negaba rotundamente. La odiaba con una intensidad aplastante. Todos la trataban como si fuese de porcelana, y ella se rebelaba ante todo. Se le había agriado el carácter, y la sola mención de ir a Londres le causaba un malestar infinito.

Eulalia la atormentaba constantemente, si bien ella ignoraba sus pullas. La casa se le quedaba pequeña, el campo seguía embarrado, y la rabia la consumía en un acicate eterno. Tenía que hacer algo o acabaría por volverse loca. Sus hermanos trataban de hacerla reír, excepto Christopher que solía mirarla pensativo, con una intensidad abrumadora.

Eulalia entró como una exhalación en la alcoba de ella, tenía el rostro desencajado, verla consiguió preocuparla, y, por un momento, pospuso su congoja.

—Aya, ¿qué sucede? —preguntó alarmada

—Siéntate mi niña, tengo algo urgente que decirte —el apremio en su voz era inquietante—. Esta madrugada a las seis, Christopher se batirá en duelo con Justin Penword, no me preguntes cómo lo sé.

Ella parpadeó incrédula.

—Pero no tiene sentido, son amigos de la infancia.

De pronto la cara de Aurora mostró una vergüenza sofocante, retazos de una conversación olvidada acudían a su mente nerviosa. Aunque no sabía lo que había de verdad, la bilis le subió a la garganta en un estremecimiento repulsivo.

—¡Yo lo impediré! —resolvió enérgica.

—Pero, ¿cómo? —Eulalia la miró dudosa.

—Tienes que darme todos los detalles: el lugar, la hora exacta, y el nombre de los padrinos. —Aurora lanzó un suspiro. Eulalia la miró confundida por sus palabras—. Esta noche le daremos belladona, y yo ocuparé su lugar. —La maldición en la boca de Eulalia le hizo sonreír—. Aya, trataré de hacer razonar al inglés, le explicaré lo que hemos hecho y evitaremos el duelo. Le suplicaré si fuese necesario, y después solo tendré que ocuparme de que Christopher no intente desollarme viva por hacerme pasar por él.

—¿Estás segura?

—Completamente... aya, esto debe ser un secreto —Eulalia asintió con la cabeza—. Necesitaré vestirme de hombre, todavía guardo unos pantalones y una camisa de Manuel —Eulalia la miró horrorizada—. No pongas esa cara de «qué has hecho insensata», así me enseñó a montar a horcajadas —le recordó, segundos después seguía cavilando—. Necesitaré unas botas de montar

de mi padre. Podré esconder lo que me sobra de los pantalones entre las botas, necesito una capa también, vamos aya, tenemos mucho trabajo.

—Será mejor que hablemos con tu padre, él sabrá mejor cómo actuar.

—¡No! —la exclamación deliberada sorprendió a Eulalia.

—Yo soy la indicada para hablar y tranquilizar al señor Penword. Te prometo que no pondrá objeciones a que yo hable con él, sabes lo que siente por mí, puedo convencerlo. —Eulalia achicó los ojos con duda—. ¿Deseas que mi padre ocupe el lugar de Christopher?

Eulalia negó rotundamente con la cabeza.

—Es una mujer la que debe para un duelo, y pienso hacerlo con tu ayuda o sin ella.

Eulalia pensó que su pupila tenía razón. Seguramente John estaría deseoso de ocupar el lugar de Arthur y hacerle pagar al marqués la afrenta que hubiese cometido. Eulalia desconocía el motivo del duelo, se había enterado por escuchar una conversación privada en el estudio. Lord Beresford hablaba con el hombre que actuaría como su padrino. Ataba cabos, pero seguía sin conocer los motivos, por eso decidió ayudarla, entre las dos pararían la locura.

El día transcurría con una lentitud insidiosa, Eulalia le había dicho el lugar exacto donde tendría lugar el duelo. Estaba como a una milla de distancia de la casita del bosque, en un claro que solía utilizarse para practicar el tiro. Los padrinos de Christopher lo esperarían en el bosque. Ella logró hacer algunos cambios, y logró hacerlo falsificando la letra de su hermano. Cada uno estaría en el puesto que marcaba la distancia de honor, Aurora suspiró aliviada, así no tendría que empezar a contar desde la espalda del inglés, porque lo que Eulalia ignoraba, era que ella pensaba ocupar el lugar de su hermano. Justin Penword necesitaba un escarmiento, y pensaba proporcionárselo. Taparía su melena con un sombrero de su padre, y que le daría la altura que necesitaba. Estaba nerviosa, hacía mucho que necesitaba dar salida a su rabia y le pareció la oportunidad perfecta. Le darían a Christopher semillas de amapola, pasiflora y valeriana, lo dormiría, pero no le produciría los efectos secundarios de otros sedantes, esperaba así poder ganarse su perdón cuando descubriese que lo había usurpado. Tendría que tomar una tisana para calmar el temblor de sus manos, porque no podía fallar, su honor estaba en juego... su honor. ¿Por qué los hombres disfrazaban sus argucias y malas artes en nombre del honor? Ella deseaba vengarse y no necesitaba esa excusa para ello. ¿A quién pretendía engañar? Necesitaba hacer sangrar al inglés, lo consideraba culpable de todas sus desdichas e ignoró el ramalazo de remordimiento que la atizó, Brandon era el culpable, pero, Justin se había puesto al alcance de su mano, y su mano clamaba venganza.

Justin miró la quietud de las hojas de los árboles. El silencio se rompía con el trinar de los pájaros anunciando que un nuevo día comenzaba, y el pesar por lo que tenía que hacer, le hacía sangrar, de forma figurativa, el corazón. Maldecía el sentido de la lealtad de Christopher, pero bien sabía que, si fuese a la inversa, él hubiese actuado de la misma forma. De nada habían servido sus explicaciones previas, ni sus intentos por apaciguarlo, su intención de convencerlo había resultado inútil. Su amigo pretendía limpiar con su sangre el nombre de su familia, y, aunque se lo merecía, debía impedir la locura que se había apoderado de Christopher. ¿Cómo saldría de ésta? Lo ignoraba. Él, era mejor tirador, pero era consciente que en un duelo cualquiera de los dos contrincantes podría resultar herido mortal.

¡Cómo diantre habían llegado a eso!

Era la hora convenida. La madrugada comenzaba a clarear, y el frío se colaba por los poros de su piel, haciendo que el vello rubio de sus brazos se crispara como puntas afiladas. Le había

parecido extraña la petición de Christopher de no querer contar los pasos espalda con espalda, insólito, aunque no irrazonable, y la culpabilidad le hizo aceptar sin titubear. Comenzarían a contar cada uno desde la posición establecida por los padrinos: posición que quedaría establecida a una distancia de diez pasos. Cuánto más grave era el insulto, menos eran los pasos a caminar.

Justin escuchó un caballo que se acercaba, y la sangre volvió a agitarse en sus venas. Observó con un suspiro de impotencia al jinete cuando desmontó del potro jadeante. Christopher le hizo un saludo apenas perceptible, tenía la cabeza tan inclinada que él solo podía ver el sombrero de copa que lo llevaba muy calado. Lo vio coger su arma sin un titubeo, examinarla, y colocarse frente a él en la distancia pactada. Como la distancia había quedado establecida, solo tuvieron que contar al mismo tiempo que levantan las armas, al llegar al número ocho, ambos se apuntaban sin pestañear. La espalda erguida, el brazo inmóvil, y, cuando se escuchó el número diez, Justin oyó el gatillo de Christopher. Una brisa traicionera agitó violentamente las ramas de los árboles que se sacudían por encima de ellos, y las hojas comenzaron a caer en suaves balanceos planeando sobre la quietud de los presentes. Contempló, en una décima de segundo, el sombrero que se caía, y una mata de rizos cobrizos apareció ante sus ojos. La sorpresa lo obnubiló, y no pudo detener la detonación de su arma. Sufrió un espasmo de incredulidad, no acertó a bajar el arma, solo atinó a desviar el cañón unos milímetros antes de que la pólvora impactase en lo que temía era el cuerpo de Aurora y no el de Christopher.

Sintió una lengua de fuego en el pecho, y la sangre caliente y pegajosa, comenzó a recorrer su costado izquierdo, sin embargo, nada de eso importaba salvo el miedo que sintió cuando vio a la muchacha desplomarse en el suelo. Se sintió paralizado por el terror porque temía haberla matado. No podía respirar, y la verdad de lo que había hecho le estrujó las entrañas hasta provocarle náuseas. Tiró la pistola a un lado y comenzó a recorrer la distancia que lo separaba de ella, oyó un grito atronador, gente desmontando, pero él estaba ajeno a todo. Llegó hasta el cuerpo que unos momentos antes había estado lleno de vida. La levantó con cuidado, y vio la herida mortal que Aurora tenía en la cabeza. Justin, por primera vez en sus veintiocho años, se desmayó.

John Beresford estaba con el alma en vilo. Había tratado llegar a tiempo, pero había resultado inútil, Eulalia no lo había avisado con tiempo suficiente de evitar el desastre. El estómago se le hizo un nudo cuando vio caer a su hija. Desmontó con una agilidad increíble pese a su edad, aunque lo había intentado, no llegó a tiempo para impedir que Justin le disparara. Cuando alcanzó el lugar donde estaban los dos, creyó por un instante que ambos estaban muertos, pero tras levantar a Justin de encima del cuerpo de su hija, comprobó que Aurora todavía respiraba, lanzó un suspiro de alivio tan grande, que creía que se desmayaría él también. Comprobó las heridas de ambos con una minuciosidad digna de un cirujano. Justin tenía una herida muy fea en el hombro izquierdo, y se sentía incapaz de cualificar la gravedad. Volvió su atención a su hija que tenía una herida en la sien izquierda, maldijo violentamente porque eso no hacía presagiar nada bueno.

Justin recuperó el sentido cuando John lo movió. Miró con angustia como levantaban el cuerpo inmóvil de Aurora, la metían en el interior de un carruaje, y el mismo desaparecía en cuestión de segundos. Vio a su hermano Jamie algo borroso, aunque lo intentó, no logró reincorporarse. El doctor que había asistido al duelo le estaba dando los primeros auxilios. Sentía un dolor intenso en el hombro, aunque no quiso quedarse a que lo curasen del todo, y, desoyendo los consejos de los padrinos y del mismo médico para llevarlo directamente a Crimson Hill, hizo que lo ayudaran a subir al caballo. El desgarrador dolor quemaba, y el brazo izquierdo lo sentía como una masa de carne que no podía controlar. No podía asir las riendas bien, pero con una determinación en sus gélidos ojos grises, espoleó con furia su montura y se lanzó a un galope temerario. Su caballo era más rápido que el carruaje, y si se esforzaba un poco, podría llegar antes que ellos a Whitam Hall.

Cómo se había enterado ella del duelo, lo tenía perplejo, y que estuviese dispuesta a matarlo, todavía más. ¿Qué demonios hacía sustituyendo a Christopher? Justin estaba destrozado. Necesitaba saber si la había matado, porque de ser así, no podría seguir viviendo con la culpa. No podía perderla.

Whitam Hall era un caos. Los sirvientes corrían de un lugar a otro de la casa hirviendo agua y llevando trapos limpios para las curas. El doctor no se había separado de Aurora, John había tenido la precaución de hacerlo llamar antes de emprender el recorrido hacia el bosque donde iba a tener lugar el duelo. El doctor comprobó que el disparo solo le había hecho un rasguño artificial en la sien, no obstante, le preocupaba mucho el golpe que se había dado la muchacha con una piedra punzante justo debajo de la nuca. La herida no dejaba de sangrar, y Eulalia, viendo la imposibilidad del doctor para parar la hemorragia, comenzó a ponerse pálida como un muerto. La culpa no la dejaba respirar. A su mente acudía constantemente el rostro ceniciento del marqués, y las tripas se le enredaban haciéndole unos nudos dolorosos. Sentía que un frío intenso le perforaba los huesos por el miedo, y comenzó una letanía de llanto en su corazón. Eulalia había ayudado a desvestir a Aurora, el médico no dejó un hueso sin examinar. Le palpó el abdomen, el pecho, la auscultó, pero ella seguía inmóvil, no tenía reflejos, el médico esperaba que fuese debido a la inconsciencia y no debido al golpe tan peligroso que se había dado en la nuca.

Abajo, se oían unas discusiones terribles en el interior de la biblioteca donde estaban el resto de los hombres. Andrew había sacado a empujones a Justin y Jamie, pero éstos no se habían dejado amilanar. Los padrinos del duelo habían intentado apaciguar los ánimos si bien la tensión se podía cortar con un cuchillo. El marqués, sentado en su sillón esperaba atónito, no podía emitir palabra. Veía la sangre escurrirse por el costado de Justin hasta mojarle los pantalones de ante marrón claro, pero éste seguía en pie mirando la puerta con una seriedad mortal en el rostro. Le pediría cuentas después, ahora solo cabía esperar las noticias del médico. Que su hija se hubiese implicado en un duelo con Justin lo tenía atontado, y que éste se hubiese prestado a ello, lo confundía. Los duelos eran ilegales, aunque entre hombres todavía se podían justificar, pero su hija, y en un duelo, no podía pensar con claridad, por San Jorge que iban a rodar muchas cabezas.

Acababa de llegar el duque. El tono grave de su voz era inconfundible. Se le oía recriminar a Jamie, porque Justin lo ignoraba con una calma nacida de la impotencia. Su mente estaba en la alcoba superior, y los ojos se le estaban poniendo vidriosos porque perdía mucha sangre. La entrada del doctor en la biblioteca los dejó impacientes por conocer nuevas, John apenas se atrevía a pronunciar palabra, la mirada severa y fría del médico, le decía mucho más que cualquier explicación. El duque sintió verdadero pánico por su primogénito: si la muchacha moría, sería difícil librarlo de la cárcel o de la horca, y pensar en el gran escándalo que surgiría le congelaba la sangre.

El doctor miró las caras pálidas de todos, vio al otro duelista que apenas se mantenía en pie. Con una sola mirada comprobó que había perdido mucha sangre, marchó hacia él de inmediato, pero Justin lo detuvo con la palma de la mano, apenas en un susurro logró preguntar:

—¿Cómo está lady Beresford?

El doctor dudó en responder pues le apremiaba más atender su herida, tras un instante de vacilación, decidió al fin responderle.

—La herida en la sien producida por la bala no ha sido importante, pero sí una herida en la parte posterior, en la nuca, debido a una piedra afilada. Debió de herirse cuando cayó de espaldas al suelo —el médico clavó los ojos en lord Beresford.

El alivio del duque era palpable, la muerte de ella no sería debido a la bala de su hijo. Lanzó una plegaria silenciosa de agradecimiento.

—Lady Beresford se encuentra estable —siguió informando el médico a todos los presentes—. Está ausente de reflejos debido al shock por el golpe recibido, milagrosamente, el bebé no ha sufrido ningún daño.

Se oyó una exclamación ahogada y un ruido sordo, Justin se había desmayado de nuevo, y nadie supo acertar si había sido por la herida o por la noticia tan sorprendente.

El doctor había conseguido que trasladaran a Justin a una alcoba en la misma mansión, se había negado rotundamente a que lo trasladasen a Crimson Hill pues la herida en su hombro era muy fea. Consiguió extraer la bala con muda sorpresa. La muchacha tenía una puntería excelente, unos milímetros más, y la bala se habría alojado en el corazón causándole una muerte instantánea. La herida ya estaba limpia, pero tendrían que haberlo atendido antes porque había perdido mucha sangre, y si no lo mataba la fiebre, lo mataría la debilidad. Lo vendó con cuidado y le dio a Eulalia las instrucciones pertinentes para el cuidado de ambos, él, regresaría en unas horas. Su trabajo había concluido por el momento, en lo sucesivo, trataría de controlar tanto a la muchacha como la fiebre del heredero del duque.

Las horas pasaban con una lentitud dolorosa, ninguno de los dos heridos daba señales de recobrar la consciencia. Ante la negativa del doctor de trasladar a Justin, al duque no le había quedado más remedio que aceptar la hospitalidad de su vecino, aunque a regañadientes. Tendría una charla pendiente con su hijo pequeño, había tantas cosas que explicar. Apenas podía creer que su hijo mayor se hubiese implicado en un duelo y con una muchacha. Le pareció sorprendente, temerario, y estúpido.

John estaba hundido emocionalmente. Su hija estaba embarazada. Ignoraba quién era el padre de su futuro nieto, aunque la imagen de Diego acudía a su mente sin cesar, y un pesar de desilusión lo inundo de pies a cabeza. Ahora comprendía la actitud de su hija tras la boda del oficial español, aunque ignoraba el por qué había sustituido a su hermano en un duelo, Christopher debía estar equivocado con el hombre, porque estaba convencido que su hija Aurora no tenía nada que ver con Justin, si bien todo era una mera especulación que no conseguía nada salvo confundirlo todavía más.

Arthur no asimilaba que hubiesen seducido a su hermana ante las narices de todos, y que ninguno se hubiese dado cuenta excepto Christopher. Entendían perfectamente que su hermano trataba de limpiar la deshonra que Justin le había infringido, presumiendo que hubiese sido Justin y no Diego el causante, aunque todo el asunto lo mantenían perplejo. Los ojos de Arthur iban constantemente hacia su amigo Jamie en una pregunta silenciosa. Éste guardaba un silencio sepulcral, ni quería ni intentaba ordenar la madeja de hilo: había mucho que responder, mucho que solucionar, y ahora solo cabía esperar.

Jamie estaba paralizado. Se sentía incapaz de ordenar el rompecabezas. Quizás estaban todos equivocados con respecto al padre del bebé. Si Diego la había seducido, entonces, ¿por qué Christopher había retado a duelo a Justin? ¿Sería posible que ella hubiese incriminado a su hermano mayor al comprobar que no era posible la boda con el oficial? Justin se habría negado al matrimonio al comprobar que ella ya estaba encinta, pero entonces no comprendía la negativa de ella al acuerdo nupcial, aunque ello significase perder el legado de Clare. Jamie no entendía nada.

La única mente abierta era la de la gitana Eulalia. La luz había penetrado en su cabeza, y el puzle de interrogantes había comenzado a encajar: cada pieza en su lugar correspondiente. Pedía por la vida del heredero, porque ella tenía una cuenta pendiente con él e iba a ser implacable. No malgastaría energía pensando en otra cosa que no fuese su niñita. Se moriría si la perdía, pues no le podía ocurrir por segunda vez. Su mente evocó el dolor brutal que sintió, no por la paliza que le habían dado casi hasta matarla, sino por la pérdida de su bebé tan deseado. Su Inés la consoló, la

cuidó como solo una mujer que va a ser madre puede hacer, pero el vacío tras la pérdida había sido desolador. No, ella no iba a perder a su niñita de nuevo.

Christopher se despertó desorientado, aunque Andrew le había explicado todo lo ocurrido, no entendía nada. Se sentía mareado debido al sedante que le habían administrado, y, tras escuchar el relato, se quedó perplejo, quiso levantarse, pero las piernas le fallaron y se recostó de nuevo. Mataría él mismo a Justin si se recuperaba, porque le habían dicho que estaba muy mal. La puntería de Dawn era formidable, y él sentía una vergüenza abrumadora. Le había fallado, no tenía excusa, ¿cómo demonios se había enterado ella del duelo? ¿Cómo Justin no la reconoció? Consiguió levantarse, y, tras ceder el mareo, fue a la habitación de su hermana pues necesitaba verla, convencerse de que estaba bien. Nunca llegó a imaginar que tener una hermana menor le haría desarrollar un instinto de protección tan grande. Conocía por el propio Justin los sentimientos profundos que albergaba por ella. Deseaba hacerla su esposa, pero nada justificaba su error. Aunque le había explicado que había perdido la cabeza al hacerla suya, y lo arrepentido que estaba, él, no podía aprobarlo ni entenderlo, y con más motivo persiguió el duelo entre ambos para limpiar la deshonra y el oprobio.

Entró en la habitación de ella y la vio muy quieta. Tenía las mejillas pálidas, y las manos descansaban a sus costados. Contempló a los dos cachorros que había salvado de ahogarse a sus pies gimiendo porque su ama no les prestaba atención. Se sentó a la orilla del lecho, y le cogió una mano que entre las suyas se veía demasiado pequeña. Unos pasos silenciosos le hicieron levantar la mirada. Vio a Jamie que se acercaba y se quedaba de pie mientras la contemplaba. Tenía el rostro severo, preocupado.

—La herida no ha sido grave —la voz era contenida—. Se ha golpeado con una piedra en la nuca, y ese es el motivo de su inconsciencia.

—Ya me lo han explicado, pero tu hermano no tenía que haber levantado el arma contra ella, no después de... ¿cómo es que no la reconoció? —había tanta incredulidad en sus palabras, que Jamie alzó los hombros en un gesto de impotencia.

—Ninguno la reconocimos, Christopher. Vestía pantalones y capa, y llevaba su escandaloso pelo oculto tras un sombrero que presumo sería de tu padre. Supongo que vimos lo que queríamos ver.

—Tu hermano no debió deshonrarla. Era mi deber hacerle pagar a tu hermano...

—Mi hermano se está muriendo —Christopher miró a Jamie y sintió pena por todos—. Iba a desposarla, y ahora habrá un hijo sin padre.

Christopher lo miró estupefacto pues desconocía este último detalle. Tras la declaración de Jamie, había atado cabos, y ahora la madeja estaba menos enredada.

Aurora había escuchado las últimas palabras de Jamie y se revolvió gimiendo. Abrió los ojos y contempló dos pares de ojos que la miraban con compasión. Intentó levantarse, pero se sintió desfallecer de nuevo. Pensó en John, su padre debía estar escandalizado. Sintió pena por sí misma y por su vida. Estaba desconsolada, ahora se conocía su secreto, y ya no podría regresar a su hogar. Estaba atada con un lazo a la incertidumbre. Se tragó las lágrimas una vez más. Todo había salido mal. Había planeado salir de Inglaterra antes que se descubriese todo. Su tío se sentiría apenado, pero se recuperaría. Intentó reincorporarse de nuevo y lo consiguió. Tenía la vista desenfocada y la boca amarga como la hiel. Su hermano la miró de una forma que sintió la soledad de su encierro tan amargo que no pudo impedir que las lágrimas arrasaran sus ojos. Lloró, hipó, y volvió a llorar. Sería la vergüenza de los Velasco, tendría que haber muerto y su secreto con ella, ¡maldito inglés! ¡Maldito reino! ¡Malditos todos! Se agotó, y solo entonces pudo mirar a su hermano con una mirada caliente.



—Quiero tu silencio Christopher, y el suyo lord Penword, necesito vuestra promesa de silencio —su voz denotaba tanto dolor que ambos oyentes se mostraron cohibidos.

—Es tarde para eso, Dawn —le dijo su hermano.

Aurora miró fijamente a Jamie, esperando, temiendo.

—No puedo prometer algo así —le dijo ecuánime—, si mi hermano muere y tienes un hijo... no puedes hacer nada al respecto ni cambiar las consecuencias que de ello derive.

Aurora lo miró tan dolida que Jamie desvió la mirada hacia el otro lado de la alcoba.

—Cuánta presunción sobre que no podré hacer nada —respondió en un tono amargo—. Soy dueña de mi persona, y puedo desentenderme de esto sin problemas. —La amenaza los dejó helados.

Jamie creía que no había oído bien, ¿desentenderse de un embarazo?

—Te pienso dar una tunda por sugerirlo siquiera, pequeña arpía rencorosa —ninguno de los tres había escuchado la entrada de Eulalia, o quizás, había estado en la habitación todo el tiempo. Aurora la miró con tanto pesar que la gitana se quedó fría, siguió mirándola con severidad.

—¿Acaso todos conocen ya mi deshonra? —preguntó compungida.

—Te miro y siento vergüenza —le espetó Eulalia con voz seca—. Creía en tu honor. Me prometiste hablar con lord Penword.

—Y eso pensaba hacer —contestó agria—, pero mi arma se decidió primero.

—¡El cinismo está de más *Jahivé!* —Eulalia la miró con decepción—. No te creía capaz de matarlo, esto ha superado cualquier travesura anterior.

Aurora la miró sin creerse sus palabras que la ofendían.

—¿Travesura? Él me disparó también —intentó defenderse.

—Él es un caballero, había desviado su arma incluso antes de que dispararas pequeña tramposa. Solo te hizo un rasguño, y por lo que veo, merecido.

—¿Un rasguño merecido? Si tú supieras... —la voz se le quebró por un instante, pero continuó sincera—. Estaba ciega de dolor, y la rabia no me permitía pensar. Tenía que darle una salida a la ira, y fue una forma como cualquier otra de conseguirlo.

—Pues elegiste la forma equivocada. ¿Acaso pretendías que te matara? —ante la falta de negativa de ella los tres la miraron atónitos.

—Era la única alternativa que me quedaba, el único camino honorable... —las palabras dichas de forma tan lastimera arrancaron un suspiro de incredulidad a los dos hombres, pero no a Eulalia que la miraba con dureza, y algo en el corazón parecido a la culpa.

—Siempre hay otra alternativa, y, ahora, ¡levanta!, tienes mucho que explicar, y de esto no podrás escaparte.

Aurora sentía remordimientos, sí, estaba realmente arrepentida. Cuando se quedó sola en la oscuridad de su alcoba se levantó, se tragó la bilis, y se dispuso a buscar la habitación donde habían colocado a Justin. Necesitaba cerciorarse de que no estaba muerto, o no podría vivir con su conciencia el resto de su vida. No sabía con seguridad la alcoba en la que lo habían instalado. Se dejó guiar por su instinto, y abrió la segunda puerta al fondo del corredor que estaba destinada a invitados ocasionales. La habitación estaba en penumbra. Una sola luz en la mesilla, y la ventana entreabierta, le mostraron a Aurora lo que pasaba. El hombre tenía fiebre y estaba mojado en sudor. La piel se le veía demasiado pálida, contempló el vendaje que tenía en el pecho, y por un momento maldijo su puntería. Nunca creyó que tuviese tanta necesidad de sangre, si bien los últimos acontecimientos la habían confundido mucho. Se sentó en la orilla del lecho, lo miró con seriedad, y, por primera vez, se mostró sincera consigo misma. La había herido más la traición a Diego que la deshonra de sí misma. A Justin lo había perdonado hacía tiempo porque se sentía

feliz con la llegada de Diego. Ella conocía algunos trucos con los que podía haberse desbaratado de las intenciones de Justin, y admitía con honradez que, si no hubiese estado tan borracho, jamás la habría forzado. Pero ella había creído tener el motivo perfecto para deshacer el acuerdo nupcial que la ahogaba, y sin que el honor de su padre se resintiese. El resultado le parecía abrumador: sería madre soltera y la asesina del padre de su hijo. No deseaba su muerte sobre su conciencia. Alzó su mano y le tocó la frente. Ese hombre siempre le había mostrado sus sentimientos, y había actuado llevado por la pasión. Ella podía entender e incluso olvidar, pero perder a Diego la había desequilibrado, la había llevado a un punto sin retorno, y ahora debía pagar un precio muy alto.

Justin abrió los ojos y la miró con tanto alivio, que Aurora se sintió cohibida. Cogió un vaso con agua que había situado en una esquina de la mesilla, le pasó la mano por debajo de la nuca con cuidado, y le dio a beber sorbos pequeños que él tragaba con fruición. Justin la miraba intensamente con ojos enfebrecidos. Había tanta desesperación en sus ojos grises que la desarmó, se inclinó hacia su oído y le susurro algo que lo dejó tan tranquilo que volvió a cerrar los ojos y abandonarse a un sueño profundo.

Justin creía que la veía en una visión hasta que sintió la mano de ella en su frente. Tenía tanto miedo de perderla, que le dolía más que la herida misma. Hasta que sus palabras, susurradas tan quedamente que le había costado entenderlas, «acepto su reparación», habían penetrado en su mente creándole una paz mental como hacía tiempo que no sentía.

Aurora suspiró y lo miró por última vez antes de abandonar la alcoba. Dirigió sus pasos hacia la planta baja de la casa mientras sopesaba sus posibilidades, al menos confiaba que si Justin moría, ella quedaría con la conciencia tranquila, pero le quedaba la parte más difícil: enfrentar a su padre y atender su demanda de explicaciones, explicaciones que no le iban a gustar en absoluto pues ni ella estaba convencida de las respuestas esperaba. Como siempre, ella había actuado por impulso, y lamentó no poder retroceder en el tiempo. La sed de venganza que había demostrado la sorprendía incluso a ella, y suspiró y maldijo la suerte de su destino. El inglés no solo estaba a punto de morir, sino que ella debía dar la cara ante los hechos acontecidos, y no sabía la manera de encauzar sus pensamientos ni como ordenarlos.

Todos seguían sentados en silencio en la biblioteca de Whitam Hall esperando respuestas por parte de ella. Aurora se ciñó todavía más el cinturón de su bata celeste, no había querido perder el tiempo vistiéndose pues sabía que la estaban esperando y no pretendía demorar más su presencia. Antes de traspasar el umbral de la puerta, apoyó la frente en la suave madera e inspiró profundamente para encontrar el valor que le faltaba, entró con tanto ímpetu que incluso se sorprendió a sí misma. Las caras de todos los que había presente le provocaron un acceso de pánico y luchó interiormente para no echar a correr, escapar de las miradas críticas y decepcionadas que le ofrecían. Su desánimo aumentó hasta casi ahogarla.

Clavó la mirada en su padre, sentado en su sillón la miraba con cierta desconfianza. De sus hermanos, solo Andrew le mostró el amago de una sonrisa, y ello consiguió abatir su ánimo todavía más. El duque de Arun la miraba receloso, su hijo menor desconcertado. Cuadró los hombros, irguió el mentón, y dirigió los pasos hacia el sofá de cuero marrón, aunque se mantuvo en pie. En los juicios, los acusados no podían sentarse, y ella se sentía como si estuviese delante de unos jueces implacables, por eso tampoco tomaría asiento. Nadie abría la boca. Ella seguía esperando, e intentó tragar la bilis que le subía por la garganta, por eso carraspeó nerviosa.

—Imagino que los últimos acontecimientos se merecen una explicación por mi parte —la voz sonó demasiado estrangulada si bien no le importó.

—¿Te dejaste seducir por Justin? —Aurora miró a su padre con dolor y sorpresa tras escuchar

su pregunta.

Sintió el impulso de confesar la verdad cuando notó que el duque contenía la respiración y se mantenía tenso. Dudó un instante, aunque vio con absoluta claridad lo que su respuesta significaría para todos, incluso para ella misma. Su propia familia buscaría la venganza que tanto le había cegado a ella, y Aurora no pretendía que se derramara más sangre. Intentó ocultar el dolor que sentía, y, desviando los ojos hacia su hermano Christopher, le suplicó con la mirada que no interviniese, que se mantuviera al margen. Él comprendió y asintió. Jamie también entendió la mirada entre los dos hermanos, aunque no supo lo que pretendía ella. Como Aurora creyó que Justin moriría con toda probabilidad, decidió, en una décima de segundo, no deshonrar a un moribundo.

—Sí —el monosílabo hizo que el duque soltara el aliento con verdadero alivio.

—Me siento profundamente decepcionado —las palabras de su padre la golpearon.

Aurora inclinó la cabeza como si con ello pudiese desaparecer. Estaba realmente avergonzada. Sentía tanta pena por sí misma que no fue capaz de negar la crítica, aunque le escoció el alma por la injusticia.

—Lo sé —de nuevo se instaló en los presentes un silencio amargo—. Pero en mi defensa debo mencionar que lord Penword resultó extremadamente persistente y con mucha experiencia al respecto. ¡Cómo iba a resistirme a su encanto! —solamente Christopher comprendió el sarcasmo de sus palabras.

El duque por el contrario la miró con presunción y complacencia.

—Ya había aceptado el compromiso, padre.

El marqués la miró con sorpresa.

—¿Entonces querrás explicarme la estupidez de mi actuación? Me rogaste que rompiese el acuerdo nupcial, y así lo hice. De conocer tu volubilidad, no habría hecho el ridículo doblegándome a tu petición. Justin se merecía un poco más de respeto por tu parte. Has demostrado ser una chiquilla consentida, amoral, y, ahora, es demasiado tarde.

Aurora tragó saliva forzosamente, pero se mantuvo altiva.

—¡Lord Penword no está muerto todavía, padre! —las palabras sisearon en la boca de ella como una serpiente herida de muerte.

—¿Por qué, en nombre de Dios, te involucraste en un duelo con el que supuestamente es tu prometido? —si su padre seguía mirándola así, Aurora se quebraría.

—Christopher sabía que Justin me había seducido y quiso proteger mi falta. Incluso él ignoraba que ya había aceptado casarme con lord Penword. Mi intervención en el duelo solo fue una venganza personal por lo de Diego.

John la golpeó con sus palabras.

—Diego no necesita que defienda su honor una jovencita caprichosa. Al contrario que tú, ha sabido cuál es su lugar, y ha actuado en consecuencia. Debías mostrar madurez con tu decisión, y jamás involucrarte en un duelo con tu prometido —la crítica de John le escoció de veras.

—Solo pretendía intimidarlo —ni ella se creía sus propias palabras—. No pensaba dispararle, pero sufrí un mareo, supongo que debido a mi estado. —Todos escuchaban atentos—. Me desmayé, y apreté el gatillo inconscientemente. Al moverse Justin la bala lo alcanzó, eso precipitó el desenlace que nos ha traído hasta aquí.

—Tendrás mucha suerte si Justin todavía considera la posibilidad de hacerte su esposa después de tu comportamiento desvergonzado.

A ella le temblaron las rodillas, pero juró que no mostraría debilidad.

—Esa posibilidad siempre me ha traído sin cuidado. No me preocupa en absoluto su rechazo,

todo lo contrario —el duelo verbal entre padre e hija estaba dejando a los presentes pasmados.

La sonrisa vacía de Aurora descolocó al marqués que la miró con cierto horror. Presumió que su hija podía estar embarazada de otro hombre, y, esa posibilidad lo espantó porque recordó la confianza excesiva que mostraba su hija con el sobrino escocés del duque.

¡Tenía que hacerle la pregunta decisiva!

—¿Es Justin el padre de mi nieto?

La pregunta en tono gélido la hizo tiritar de frío. Miró a su progenitor con amargura, la dureza de sus palabras logró que los ojos se le llenaran de lágrimas, pero siguió en un silencio premeditado.

—¡Mi nieto no será ilegítimo! —todos los rostros se volvieron hacia el duque sorprendidos por sus palabras, y Aurora supo, en ese preciso momento, que ya no tenía escapatoria.

Había aceptado el compromiso, pero no quería casarse tan rápido. Pretendía esperar un tiempo, sin embargo, él, seguía grave. El médico no había dado esperanzas, y ella no quería ser viuda, quería seguir soltera. Todos estaban incómodos por su embarazo, pero lo habían aceptado. Ella les había hecho creer que Justin la había seducido, y esa declaración le estaba haciendo perder terreno, ahora comenzaba a lamentar su impetuosidad al defenderlo y tratar de justificarlo, porque esa impetuosidad se estaba volviendo contra ella. La boda se oficiaría por la tarde. Jamie daría los votos en nombre de su hermano porque Justin estaba incapacitado para hablar, la fiebre seguía siendo alta, y el doctor temía que no pasaría del día siguiente. Aurora entendía el apremio de su familia y del duque pues no quería un nieto ilegítimo. Aurora se preguntó cómo había obtenido el duque la licencia de matrimonio especial tan rápido.

Estaba preparada, vestida al menos, no quiso engalanarse ostentadamente porque creía ridículo casarse vestida como correspondía cuando el novio estaba inconsciente y desnudo bajo las sábanas. La ceremonia tuvo lugar en la misma habitación en la que se encontraba Justin inconsciente. Jamie estaba de pie junto a su hermano frente al párroco amigo de Devlin, que había accedido a celebrar la rápida ceremonia en vista de las apremiantes circunstancias. El duque hizo de padrino de su hijo, John de ella. El rostro severo y decepcionado de su padre la llenó de una profunda amargura. Jamie lanzó los votos en nombre de su hermano con total solemnidad, sus manos sujetaban las suyas para infundirle ánimos. Alzó su mirada y clavó sus pupilas en las de Jamie, lamentó sinceramente él no fuese el primogénito del duque, carraspeó, se aclaró la garganta, y pronunció los votos con la mirada fija. El sacerdote los declaró marido y mujer.

Ya estaba hecho.

El novio seguía inconsciente. Le habían sacado el sello familiar de su dedo meñique, y Jamie se lo colocó en el dedo anular, sorpresivamente le quedaba bien. La ceremonia había terminado, y ahora estaba recibiendo las felicitaciones de todos. Lanzó un suspiro largo y se preparó mentalmente para convertirse en viuda. Miró, al que ahora era su esposo, e hizo la promesa silenciosa de pagarle una misa por el descanso de su alma, y prometió portarse bien a cambio de su descanso eterno.

Por primera vez en semanas durmió tan profundamente que se levantó cerca de las cuatro de la tarde del día siguiente. No se sentía diferente, ni casada ni soltera, se sentía la misma Aurora que gitaneaba por las calles de Ronda disfrutando de la libertad que añoraba, sorpresivamente, había mucha actividad en la casa. Creyó que el desenlace había tenido lugar, y el remordimiento la atizó

por la liberación que ello representaría para ella. Oía risas, y pensó que algo no encajaba. Se levantó rauda, y, sin ponerse la bata, salió al pasillo. Vio a los criados trajinar con agua, bandejas de comida, y muchas sonrisas. Un nudo le oprimía la garganta, tenía un mal presentimiento, aunque esperaba equivocarse. Caminó por el largo pasillo como alma que va al cadalso. Llegó a la habitación donde estaba alojado el inglés, ahora su esposo, abrió la puerta con cuidado, y, lo que vio, la dejó estupefacta.

¡No estaba muerto!

La miraba con total solemnidad, y entonces la luz penetró en su mente como un rayo. Se acercó tan rápido que los sorprendió a ambos, y la mirada helada que le dirigió a su aya habría podido congelar el infierno.

—¡Nunca! Nunca te perdonaré por esto, siempre creí que me amabas, y jamás esperé una traición así de alguien a quien quiero tanto —las duras palabras la dejaron sin aliento, pero Eulalia sabía que su niña necesitaba tiempo.

Aurora miró al hombre que hasta la noche pasada era su moribundo marido inglés, y todo el peso de lo acontecido la cubrió de desolación.

Justin alargó la mano para sujetar la suya, y, ella, en un gesto de desprecio, la manoteó. Lo miró con tanto dolor que Justin saboreó su derrota incluso sin haber pronunciado palabra.

—¡Como católica, me alegro de que esté vivo, como mujer que lo detesta, lamento que no haya muerto! —Aurora salió de la habitación sin volver la cabeza.

Justin se quedó mudo. El estallido de ella lo esperaba, aun así, había resultado más desabrido de lo que esperaba. Sabía que ella necesitaba meditar. Él, estaba dispuesto a esperar, y, desviando la mirada de la puerta que ella había cerrado, clavó los ojos en Eulalia.

—El tiempo todo lo cura —respondió la mujer a una pregunta que no había formulado.

Justin asintió.

## CAPÍTULO 14

Pasaban los días y ella no salía de su alcoba, no comía apenas, no hablaba con nadie, ni las súplicas de su padre y hermanos lograban conmovérla. Aurora hervía de furia contenida, se sentía traicionada. La habían manipulado como a Diego, ambos estaban sujetos por unos lazos, y no tenían escapatoria. Fue atando cabos, uno a uno: Eulalia era la que atendía a lord Penword una vez que el médico le hubo dado instrucciones, sería fácil para ella mantenerlo inconsciente, también la fiebre era fácil de manipular, solo había que hervir polvo de vainas de habas y dársela con pequeños sorbos de agua. Pero qué estúpida había sido, qué ingenua y confiada, se revolcaba en su autocompasión. Estaba encinta de un inglés, casada con un inglés, y el retorno a su hogar lo veía imposible. Si su abuela hubiese estado con ella, nada habría ocurrido, se dijo para consolarse. Unos golpes demasiados fuertes en la puerta de su alcoba la sacaron de sus cavilaciones, pero no contestó, le daba todo exactamente igual.

—¡Tienes tres minutos para abrir la puerta o la tiraré abajo de una patada! —la voz de Christopher sonó enérgica si bien ella siguió en silencio.

Oyó una fuerte discusión tras la hoja de madera, parecía como si su hermano Arthur tratara de convencer al mayor para que desistiera en su empeño de echar la puerta abajo. Aurora siguió sin moverse de la cama, volvió su cabeza hacia las cortinas corridas, y suspiró de nuevo. La puerta se estrelló contra la pared en un fuerte estrépito haciéndose añicos la cerradura y la madera donde. Ella no movió la cabeza ni cuando Arthur empujó a Christopher hacia fuera de la habitación. Andrew y su padre intentaron calmar los ánimos, pero todos parecían exasperados.

John consiguió convencerlos al fin y les prometió que hablaría con ella y la convencería de que comiera, no obstante, tendrían que dejar que él lo resolviera a su manera. El padre la miró, y lo que vio lo entristeció mucho. Su hija estaba recostada con el cuerpo vuelto hacia la ventana. La habitación no se había ventilado en días. El rostro de ella se veía demasiado pálido.

—Eulalia hizo muy mal al engañarte, y, aunque te cueste creerlo, nosotros no sabíamos nada, ni el mismo Justin era consciente de su gravedad —Aurora seguía en silencio—. Tu esposo se ha marchado a Crimson Hill —esa frase sí consiguió hacerle volver la cabeza—. Ha prometido esperar el tiempo que creas necesario. Solo desea tu felicidad, como nosotros.

—Quiero volver a mi hogar —susurro vencida.

—Y mi palabra tienes de que volverás —le prometió el padre solemnemente.

—¿Cuál es el precio? —preguntó sin inflexión en la voz.

—Que hables conmigo.

El padre no esperó su respuesta. Se giró y se marchó. Aurora se levantó rápido del lecho y ordenó a la doncella que le preparara un baño. Se vistió apenas en minutos. No quería perder más tiempo, bajó las escaleras y se fue derecha hacia la biblioteca donde estaban todos esperándola, menos Eulalia, ella había puesto la condición de que su aya no estuviese presente. Se sentía demasiado herida con ella. John la miraba de hito en hito, pero con una preocupación tan clara en su rostro que calmó en parte sus inquietudes. Christopher le rehuía la mirada, Andrew se veía preocupado, y Arthur había cruzado los brazos al pecho.

Aurora inspiró para aclarar sus ideas.

—¿Es válido el matrimonio? —la pregunta sorprendió al padre.

—La licencia era legal, y, en casos extremos, es posible el matrimonio por poderes.

Fue Christopher quien respondió.

—¿Se puede anular? —inquirió con mirada incisiva.

—No, si hay un hijo en camino —en esta ocasión fue su padre quien respondió—. Ha llegado una carta de tu tío.

Ella se levantó de un salto y corrió hacia el escritorio dónde estaba su padre. Alargo la mano deseosa de recibir la misiva. John se la dio, y esperó paciente hasta que terminó de leerla. Ella rasgó el sobre sin miramientos y comenzó a leerla antes de haberse sentado.

Todos esperaron casi una eternidad.

—¿Son buenas noticias? —la pregunta de Christopher era apremiante.

—¡Sí! ¡Por cierto que sí! Mi tío ya no está detenido. Ha de resolver algunos asuntos, y vendrá a Inglaterra.

Los cuatro suspiraron a la vez, y los cuatro se quedaron sorprendidos al ver que habían estado conteniendo el aliento.

—¿Lo esperarás aquí o te marcharás? —la esperanza de John era inmensa, y ella sonrió por primera vez en días.

—Sería una necia si me marchara, igual nos cruzaríamos por el camino sin saberlo. Es mejor que lo espere aquí.

El alivio en el padre era palpable.

Aurora cerró los ojos con inmenso alivio. Su tío vendría a buscarla pronto. Había pasado el peligro para él, y, entonces, los problemas de ella, se habían empequeñecido hasta el ridículo. Rio encantada, y la transformación en su ánimo los dejó a todos desconcertados. Se dejó caer en el sillón. Había mucho que preparar. Deseaba con todo su corazón que su tío no tardase demasiado, y que le trajese buenas noticias sobre la abuela.

—Pero hay algunos aspectos que han cambiado —su padre la traía de vuelta a la realidad—. Ahora, lo desees o no, tienes un esposo, y debes pensar en tu hijo. Quizás no es buena idea volver a tu hogar tan pronto —parecía más su conciencia quien le hablaba que su padre.

—Puesto que no es posible una anulación, quiero el divorcio. No deseo dejar un esposo aquí que me recuerde que no soy libre. —Las ansias con las que dijo las palabras eran demoledoras.

John soltó un suspiro largo.

—Eres católica, no puedes divorciarte.

Aurora entrecerró los ojos.

—Pero la iglesia admite razones para la anulación.

John no quería seguir por ese camino.

—Quizás deberías esperar a la llegada de tu tío antes de decidir nada.

Mencionó Christopher.

—Eso haré, no obstante, quiero vuestra palabra de que no me presionaréis. Necesito tiempo para asimilar los cambios que se han producido en mi vida.

Lo que ella pedía era muy poco.

—Tienes mi palabra —John estaba aliviado—. Pero deberás pensar en Justin, quizás él tenga algo que decir al respecto, si no de ti, por lo menos de su futuro hijo.

Aurora tenía un deseo que era más un milagro.

—Estoy convencida que tendré una hija —murmuró como si hablara para sí misma—, y las hijas no heredan los títulos.

John meneó la cabeza como negando las palabras de ella. Aunque se negase a aceptar que su vida había cambiado, no podría darle la espalda definitivamente a un esposo por más que ella se empecinase. Las cosas no funcionaban así en Inglaterra ni en ningún otro lugar.

—Dawn, es del todo necesario que hables con Justin y juntos toméis decisiones —insistió el

padre.

Aurora volvió la cabeza hacia su John y lo miró con sorpresa.

—He prometido que lo haré, pero no antes de que esté preparada. Lord Penword deberá ser paciente, o temo que entonces me importará poco.

—Tienes una responsabilidad, hija mía, y uno no le da la espalda a sus responsabilidades. — Aurora lo miró con dolor y le increpó.

—Padre, no enmascare la avaricia por una tierra con la responsabilidad. Yo era muy feliz en mi hogar y pretendo seguir siéndolo.

Un segundo después abandonó la estancia.

Eulalia la miraba sin pestañear, había corrido veloz a la llamada de su niña. Casi estaba muerta por la preocupación. Los sentimientos los tenía a flor de piel.

—Siéntate aya, tienes mucho que explicar, y no pienso dejarte ir hasta que hayas aclarado todo.

Eulalia se resignó ante las palabras de ella.

Le explicó de los años que sabía que su abuela era un correo, le habló del profundo amor que le tenía Diego desde niña, pero que ese amor no podía fructificar porque ella terminaría entregándole su corazón a otro, Aurora resopló cuando Eulalia pronunció esto último. Había decidido ayudar al inglés porque creía que necesitaba solo un empujoncito por su parte, y Aurora la miró como si hubiese perdido el juicio. Le explicó que realmente el marqués había estado a punto de morir debido a la fiebre, y que se había salvado de milagro. Le contó una superstición milenaria en su raza: si una mujer intentaba causar la muerte de un hombre, si éste no moría, debía reparar el daño casándose con él. Eulalia le contó su propia historia. Eulalia había sido una gitana comprometida en matrimonio desde que nació, pero ella amaba a otro hombre que no era su prometido, sentía por él un amor desmedido, apasionado. Despreciaba tanto a su prometido que lo envenenó, y casi estuvo a punto de matarlo. Para su desgracia no murió, y él quiso casarse con ella de todas formas. Eulalia se negó una y otra vez, ni la amenaza de expulsarla de su raza le hizo mella, y por eso recibió una paliza que casi la mata. Por esa razón hizo lo que hizo, para que ella no sufriera la misma maldición que ella había purgado toda su vida.

—Aya, ¡mi familia jamás me haría eso! —exclamó turbada.

La mujer la miró sin un pestañeo.

—No te matarían a golpes, cierto, pero vivirías en la ignominia toda tu vida. Tu tío estaría cubierto de vergüenza. Serías madre soltera, y la asesina del padre de tu hijo...

—¡Hija! —corrigió molesta sin poder tragar.

—Habrías destrozado a tres familias: los Velasco, los Beresford y los Penword, yo trataba de evitarte una deshonra de tal magnitud.

—Pero no me dejaste elegir, y eso es lo que me atormenta, la manipulación, tu falta de confianza en mi capacidad de razonar y de actuar.

—No podía confiar en tu raciocinio. Estabas dispuesta a matar a un hombre cuyo único pecado había sido amarte.

—Forzarme... obvias la diferencia. —Estaba empezando a enfadarse.

Eulalia la miró tan intensamente que Aurora se ruborizó.

—Dudo mucho que te hubiese forzado si tú no se lo hubieses permitido —Aurora tuvo el atino de sonrojarse.

—Creí erróneamente que después de hacerme suya, podría manejarlo para romper el acuerdo,



pero no fue así. Siguió terco y decidido, arrogante y prepotente. Alenté su decisión con mis pullas de forma inconsciente. Yo misma participé en mi propio ultraje. Mi castigo ha sido perder a Diego, y eso fue más de lo que pude soportar.

Eulalia entrecerró los ojos.

—Los hombres no controlan sus pasiones como nosotras. Erraste en tu juicio pensando que podrías manipularlo, pues no tienes la edad ni la experiencia para ello. Has pagado un alto precio. Tu naturaleza optimista no ha permitido que te doblegues ante la calamidad, eso es admirable. — Aurora se tragó un sollozo amargo y del que no se compadeció Eulalia.

—¿Y de qué me sirve ahora?

—¿Lo habías perdonado, *Jahivé*? —preguntó la mujer con un hilo de voz.

—Sí... —admitió al fin—, porque comprendí que no me lastimó de forma consciente. Que me deseaba, aunque no fuese correspondido. No obstante, cuando descubrí que en efecto me había dejado encinta, deseaba matarlo, no una sino mil veces.

—Él pretendía reparar el daño.

—¡Yo quería casarme con otro! —respondió dolida.

—¿Habrías engañado a Diego haciéndole creer que era el padre del hijo que esperas?

—¡Por supuesto que no! —Aurora entrecerró los ojos ofendida por la pregunta—. Le habría confesado antes de la boda que estaba encinta de... de otro.

—¿Habrías privado a un padre de su hijo? —la mujer estaba escandalizada—. Yo no te eduqué así. Tener valor es asumir las consecuencias de los actos sean o no voluntarios.

Aurora se dejó caer en la alfombra abatida. Su aya tenía parte de razón. Había enfocado todo el asunto mal, y, comprender lo lejos que había llegado en su venganza, la hizo ruborizarse profundamente.

—Yo solo quería volver a casa aya —dijo lastimosamente.

—Mi niña, todavía no puedes volver a casa, debes aceptarlo de una vez.

Y, diciendo estás palabras, Eulalia la abrazó con infinita ternura.

## CAPÍTULO 15

La primavera florecía igual que ella. Si Aurora no lo hubiese visto, no lo había creído. Su vientre comenzaba a ensancharse, y su tío seguía ausente, aunque ahora las cartas llegaban con asiduidad, y eso la llenaba de esperanza. Sabía que vendría, ignoraba cuándo, pero tener la certeza de que vendría, aligeraba su ánimo. Su esposo inglés pretendía verla, pero ella no estaba preparada. Le había pedido tiempo, pero él ignoraba sus ruegos, cada vez que se presentaba en Whitam Hall, ella se escondía.

Sabía que se mostraba como una cobarde.

Había tomado la costumbre de dar largos paseos con sus hermanos, y así la espera no se le hacía tan pesada. Le enseñaban cada rincón de la propiedad. Un día la llevaron a Redtower, su legado, y se había quedado impresionada. La Torre Roja era en realidad un castillo medieval, con sus almenas y su foso con agua. Estaba muy bien conservado, y Aurora se enamoró al instante de la torre. Su padre le había aclarado que era suya por derecho propio desde su nacimiento, y que pasaría a su primera hija cuando la tuviese. Aurora se entusiasmó, habló de amueblarla para poder habitarla, quería hacer los cambios necesarios para ello. A todos les gustaba su entusiasmo porque la veían llena de vida de nuevo. Se encontraba pensando en la torre, sentada cerca de la laguna donde había salvado a sus cachorros, ahora grandes y juguetones. Comenzó a lanzar pequeñas piedras en la laguna para ver las ondas que dejaba a su paso antes de hundirse y escuchaba a Canela ladrarle al viento, Nuez moscada estaba haciendo un hoyo intentando atrapar un conejo.

—¡Con las bombas que tiran los fanfarrones...! —Aurora escuchó la voz de su amigo, y sonrió sin volverse.

Era una canción típica que cantaban las mujeres andaluzas tras la invasión de Napoleón. Se había quedado como una coplilla que ella cantaba a menudo.

—...hacen las gaditanas tirabuzones! —cantó ella.

Se dio la vuelta deprisa, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Manuel! ¿Eres tú?

Con un salto ágil se echó a los brazos de su amigo tan querido. Él, la alzó fuerte, y le dio varias vueltas hasta casi marearla, ella reía llena de júbilo. Su boca le lanzaba tantos besos como podía, en las mejillas, en la frente. Ver de nuevo esos ojos tan queridos la llenaron de una alegría inmensa.

—¡Te he extrañado tanto!

Los ojos se le llenaron de lágrimas, lágrimas que no pudo dejar caer cuando oyó una voz airada en su espalda.

—¡Suelte a mi esposa ahora mismo!

Ninguno de los dos supo quién se quedó más sorprendido, si Manuel o Aurora. Justin tenía los ojos brillantes de ira, además de los puños apretados, y la boca curvada en una línea dura. En el mismo momento que Manuel la dejó en el suelo, Aurora se le plantó con las manos en jarras. Con una agilidad asombrosa la redujo en segundos y la acercó entre sus brazos hasta dejar su boca a un centímetro de la de ella, se tragó sus insultos con un beso.

Aurora le susurró llena de furia.

—¡Manuel es mi amigo! —Justin la miró con ojos llenos de pasión.

—¡Ya basta Aurora! —estaba atónito por el estallido de ella—. Alguna vez has de dejar que libre mis propias batallas. Acabas de herir mi orgullo y me costará perdonarte.

Manuel intentaba comprender la situación. Le resultaba cuanto menos interesante, ver a su

amiga mirar con ojos asesinos a ese individuo desconocido. Vio la mirada intensa que él le dirigía, y supo enseguida que ese inglés bebía los vientos por ella. ¿Había dicho su esposa? Se moría de ganas porque alguien le explicara.

—¿Comenzamos de nuevo? —preguntó mientras alzaba la mano en franco saludo.

Justin la acepto sin dejar de mirarla.

—Emmanuel La Housaye y Sánchez.

Antes de que Justin pudiese presentarse, lo hizo Aurora rápida.

—Y este belicoso inglés, es lord Penword.

Justin no se amedrentó, con una sonrisa, hizo trizas las esperanzas de ella de mantenerlo en el anonimato.

—Marqués de Greenthorn, y esposo de lady Penword.

Aurora se encrespó violentamente tras su declaración.

—Tenía que decírselo, ¿verdad? ¡Me correspondía a mí!

—Quería ahorrarte la molestia...

—Quería remover candela como siempre —le contestó seca.

Aurora lo miró con una súplica en sus ojos ambarinos. Justin entendió que Aurora deseaba que su amigo no conociese los avatares del matrimonio entre ambos. Con una inclinación de cabeza apenas perceptible, asintió, y dejó en ella una sensación de gratitud.

—¿Desposada? —la sorpresa casi hizo que Manuel la mirase estupefacto—. ¡No sabía que te habías casado! —el hombre no daba crédito a sus oídos, no habían pasado ni seis meses desde su partida, y le resultó increíble. Miró a Aurora con sus ojos empañados de decepción.

—Hace poco que nos casamos.

Fue la lacónica respuesta de ella. Los ojos de Manuel bajaron hasta su cintura, y una increíble vergüenza asomó a las pupilas de Aurora, Justin vio el azoramiento de ella, y decidió acudir en su ayuda.

—Nada más posar mis ojos sobre ella me enamoré locamente, y, desde entonces, no he podido separar mis manos de su cuerpo. No he dejado de acosarla hasta que por fin decidió concederme su mano. —Manuel estaba dolido, y Aurora no pudo reprochárselo—. Poco puedo decirle sobre la fogosidad española, abrasa todo lo que toca, yo mismo estoy carbonizado.

Ella se atragantó por la insinuación pecaminosa.

—Las apariencias en ocasiones engañan —Aurora bajó los ojos a su vientre—. No está tan adelantado.

Justin soltó un suspiro de alivio, veía la oportunidad que se le presentaba, y no pensaba desaprovecharla. John le había informado de la visita inesperada de los amigos de su hija en Whitam, y él se había apresurado a buscarla.

—¿El conde de Ayllón lo sabe? ¿Cómo es que vives todavía con tu padre? —preguntó dudoso, Aurora sabía de lo suspicaz que era su amigo, y decidió irse por la tangente. Omitió la respuesta a la primera pregunta de forma deliberada.

—Nuestra casa, Redtower, no está terminada todavía, y tanto mi esposo como yo vamos de la casa de su padre a la mía, ya sabes cómo me divierte sacudir las alfombras.

El joven amigo rio con ganas. Y Justin se mostró encantado porque la visita le permitiría acercarse a Aurora más de lo que se imaginaba. Ella, por nada del mundo, mostraría a su amigo lo que sucedía realmente entre ambos, y él aprovecharía la ocasión.

—Estás bellísima amiga mía. El embarazo te sienta muy bien, aunque podrías haber esperado un poco, eres demasiado joven y esto cortará tus alas, lo sabes, ¿verdad?

Justin se ahogó con la saliva que tragaba. Menudo atizador de lumbre estaba hecho el polluelo.

Vio compungido la expresión dolida de ella, y se enterneció.

—En ocasiones no se puede elegir Manuel, y una nueva vida es una nueva esperanza, eso es lo que me han enseñado.

Si ella seguía perdiendo su ánimo por culpa del francés, él le haría beber sangre al muchacho.

—¿Eres feliz? —la pregunta dejó a Justin en suspenso.

—Mi familia paterna son ingleses y me he casado con un cangrejo arrogante, mis actos me pasan ya factura porque si existe el purgatorio, está en Inglaterra. —Manuel siguió mirándola dudoso, y Aurora decidió atajar por la calle de en medio—. ¿A qué tanta suspicacia? Deseaba mostrarles nuestra superioridad, querido amigo. Ver doblegada la altanería inglesa, es incluso mejor que doblegar al mismo Napoleón, créeme.

Manuel se tranquilizó en parte, si su amiga era capaz de hablar así, seguramente debía de estar bien. Ella le extendió la mano mientras el desconocido inglés la asía por la cintura en un gesto de posesión absoluta. Juntos emprendieron la marcha hacia Whitam Hall.

Aurora se sentía acorralada. Tener que representar una farsa ante su amigo Manuel, la dejaba con un mal sabor de boca, pero, le tenía tanto afecto que no deseaba que sufriese al ver su infortunio. Se dijo que debía dejar de sentir lástima de sí misma de una vez. Manuel había llegado de visita con su padre Jean Pierre, e iban a quedarse hasta que completara la inscripción de él en la universidad de Oxford.

John invitó al duque de Arun, ahora consuegro, a compartir la visita del amigo de su hija. Invitación que aceptó Devlin con sumo placer porque así le daría tiempo a su hijo para meter a su mujer en cintura, o eso al menos pensó él. Justin hizo de perfecto esposo todo el tiempo, llenándola de una sensación incómoda. Se pasaba el rato rozándola, abrazándola. Mirándola como si fuese un pastel que se comería al terminar la cena... ella estaba en suspense, sin atreverse a conjurar ningún pensamiento por si se materializaba. Se sentía tan tensa como la cuerda de una guitarra. Su padre la miraba interrogante ante el cambio de actitud para con Justin, si bien ella no estaba dispuesta a contarle lo mucho que le importaba la opinión de su amigo. Se había programado un pequeño baile para amenizar la velada. Aunque con la cantidad de gente que estaba sentada en la mesa, bien podría calificarse de banquete.

Justin veía a su esposa mirar de hito en hito a su padre y a su aya. El embarazo la hacía florecer, y, aunque le llenaba de orgullo su próxima paternidad, un remordimiento profundo le impedía disfrutar su estado con plenitud. Los ramalazos de culpa por la forma tan degradante de haberla hecho madre lo inquietaban. Vio su sello en el anular derecho de la mano de ella, y entrecerró los ojos: debía llevarlo en la mano izquierda, se recordó a sí mismo cambiárselo más tarde.

—Siempre creí que acabarías aceptando a mi muchacho —le dijo Jean Pierre—. Al menos mi hijo me hizo creerlo con sus ilusiones.

Aurora se atragantó por la observación del francés, la contemplaba curioso mientras la hacía dar vueltas en el vals.

—Creía que me detestaba, a menudo sus palabras lo decían, algunas, todavía escuecen.

—Mis palabras eran el resultado de tu osadía al azuzarme continuamente por mi origen francés, y si mis palabras te escocían, las tuyas me quitaron jirones.

Aurora se sintió sofocada porque era verdad.

—Cierto es que me gané su odio con creces y no le culpo por ello.

—Jamás te he odiado muchacha —confesó el hombre sin dejar de mirarla—. Eres demasiado pasional para mi ingenuo hijo, y me alegro de haber secundado la idea de venir a Inglaterra. Verte casada ha sido lo mejor que podía ocurrirle.

Aurora bajó los párpados y se puso tensa. La pulla la había molestado más de lo que quería admitir.

—De haberle correspondido, habría hecho a Manuel inmensamente feliz —le contestó con humildad.

—Mi hijo no es la clase de hombre que necesita una muchacha voluntariosa como tú. — Aurora alzó el mentón, cuadró los hombros, y lo miró con ojos llenos de fuego.

—Ya nunca lo sabremos, ¿no es cierto señor La Housaye?

El conde le hizo una reverencia, y la cedió a su esposo Justin para la siguiente pieza musical. Aurora no creía estar preparada para hablar con él todavía, aunque no pudo escurrirse con la suficiente rapidez. Antes de darse cuenta, se encontró con su musculoso brazo en sus hombros, y sus ojos le prometían... no se atrevía ni a pensarlo siquiera. La hacía caminar ¿hacia dónde? ¿No iban a bailar?, se preguntó.

—Alguna vez tendremos que hablar sobre nuestro matrimonio —la sintió ponerse tiesa como una lanza en sus brazos.

La falta de prudencia le hizo ofrecerle una respuesta del todo inapropiada.

—Si la memoria no me engaña di mis votos sagrados a su hermano —contestó, aunque al momento se arrepintió.

Tenía que aprender a controlar la lengua. Justin la miró seriamente porque la broma no le había hecho gracia.

—¿Es eso lo que realmente piensas? ¿No te sientes casada conmigo?

—¡No me siento casada de ninguna manera! —le respondió cabizbaja incapaz de sostenerle la mirada.

La actitud de ella lo hería, pero Justin no había llegado a sus veintiocho años sin raspones. Iba a mostrarle de lo que era capaz. Cogió entre las suyas la mano femenina, y la acercó a su pecho. La miró tan intensamente, que Aurora se puso nerviosa.

—Yo, Justin Clayton Penword, te tomo a ti, Aurora de Velasco y Duero o de Beresford y Velasco, como legítima esposa. Para amarte, honrarte, y respetarte, en la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida, hasta que la muerte me reclame.

Aurora estaba paralizada, intentó soltar su mano, no obstante, él no se lo permitió. Una vez que hubo terminado su juramento, se inclinó y la besó sin darle siquiera tiempo a rechazarlo, aunque el beso terminó tan rápido como había comenzado.

—Y ahora, querida esposa, sube a tu alcoba, hoy vas a tener tu noche de bodas. Me despediré de todos en tu nombre.

Justin se dio la vuelta y la dejó sola. Aurora miró a su alrededor, y se percató que estaban en el vestíbulo, no se había dado cuenta que habían dejado el salón. Se preguntó qué tipo de hechizo ejercía Justin sobre ella que le hablaba y dejaba de pensar. Su padre fue en su busca y la encontró plantada en el vestíbulo mirando hacia la puerta exterior, le preguntó si se encontraba bien, y ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, John le extendió la mano para que regresara con él de nuevo al salón con los invitados. Aurora regresó, y como había terminado el baile, su hermano Andrew obsequió a los invitados con un recital de piano. Ella se sentó al lado de su padre, se reclinó sobre su hombro, cerró los ojos pensando en su tío y en su abuela, y sin poder evitarlo, se durmió.

Justin había estado muy ocupado. Debía dar las órdenes pertinentes para la llegada de Aurora a Crimson Hill. Durante las semanas que había durado el aislamiento de ella, temió que la brecha

en la relación que iniciaban fuese del todo insalvable. Afortunadamente, se había equivocado, la astucia de Eulalia al aconsejarle que le diera tiempo, había dado fruto, y ahora pensaba recoger la cosecha. Ella estaría por fin donde pertenecía: a su lado, en su casa, y en su lecho.

Debía de estar soñando porque se sentía blanda como la mantequilla. Flotaba en el aire con una sensación deliciosa. Sus músculos estaban relajados. Unos ojos grises, tan cálidos como el acero templado, no se perdían detalle del rostro femenino a pesar de la oscuridad, pero ella no tenía modo de saberlo porque seguía sumida en el sueño de los justos. Sentía su respiración cálida y cimbreante cerca de sus labios sin comprender del todo si era su boca quien los exhalaba o la de él. Cuando percibió la tibieza de la piel de los labios rozar con una caricia leve los suyos, abrió el corazón a las sensaciones, y siguió sumida en el abandono. Aurora entreabrió los labios apenas una rendija, pero fue suficiente invitación a la invasión de su alma. Apenas había comenzado el roce suave cuando lo sintió alejarse de ella, con una exclamación ahogada volvió a reclamar la boca de él, que regresó a su encuentro más firme y decisiva. Cuando el contacto se produjo de nuevo, sintió que su labio inferior quedaba atrapado dentro de la boca de él, que le dio pequeños mordiscos juguetones a la vez que movía su lengua en su interior con un ritmo suave y pausado, le acariciaba el interior de las mejillas de forma lenta, pero con determinación, invadiendo y retirándose al mismo tiempo. El aleteo de mariposa comenzó en la cara interior de sus muslos y subió en espiral hasta su vientre para encogerle el estómago de placer inusitado. El beso se hacía más profundo y ávido, le reclamaba una rendición completa: ella estaba más que dispuesta a dársela. Los botones de su camisón comenzaron a abrirse al reclamo de él. Sintió que la mano tomaba uno de sus pechos y comenzaba a acariciarlo con mimo, con suavidad, pasando la palma por encima y por debajo de su pezón que se endureció con sorprendida brutalidad. Jugó con él usando la punta de los dedos para, finalmente, tomarlo entre el índice y el pulgar. Lo frotó dulcemente haciendo que se despertase a su requerimiento, y cuando pensó que no podría soportarlo más, él, tiró con un poco más de firmeza, el gemido le salió estrangulado. La boca abandonó sus labios y se dirigió a su pecho para darle el tributo ansiado, las aureolas estaban sensibles debido a las caricias que le había prodigado un momento antes, pero no fue nada comparado a las sensaciones que la desbordaron cuando los labios húmedos se posaron en él. Apenas sin tocarlo, tan solo con la punta de la lengua, la llevó al borde del éxtasis. Gemía descontroladamente, la respiración se le había vuelto entrecortada. Sin previo aviso, la boca de él lo tomó por completo y lo engulló como si se tratara del manjar más exquisito, presionó con la lengua hasta que el pezón quedó atrapado contra el paladar y succionó suavemente para apretarlo y sacudirlo con suavidad, Aurora gritó lascivamente a la vez que con sus manos sujetaba la cabeza de él y lo animaba a continuar con su tormento.

La consciencia iba regresando a ella paulatinamente.

—Por favor.... por favor no. —Su súplica fue ignorada.

Estaba desnuda bajo el camisón de seda, y la mano juguetona se deslizó por la cara interna de sus muslos hasta llegar, en lenta caricia, hasta su mismo centro. Sintió cómo se tumbaba encima de ella, y, de una sola embestida, la llenó por completo. Aurora despertó de inmediato, pero ya era tarde para pararlo, estaba terriblemente excitada y deseaba llegar al final de lo que Justin le había mostrado. Él, aceleró el ritmo midiendo el tiempo, al momento, lo bajaba con un completo control. La cadencia y la profundidad la desconcertaron, no se decidía entre el movimiento lento y profundo, o el rápido y fuerte. Comenzó a respirar con dificultad cuando la lengua de él volvió a reclamar el interior de su boca en un beso largo y profundo. El dulce tormento la devoraba, el

nudo en su vientre había alcanzado el tamaño necesario para estallar dentro de ella en un orgasmo intenso.

Para su sorpresa, gritó de forma aguda mientras se convulsionaba, y, entonces él rugió y se desplomó saciado porque ambos habían llegado a la cúspide del placer.

No veía el rostro, pero sentía su fuerza. Los gemidos en su oído entrelazados con suspiros calientes, la devolvieron a la realidad. Aurora se mordió el labio inferior, Justin había conseguido excitarla demasiado, y su cuerpo había despertado como si tuviese vida propia. Le había respondido con ardor, él se había aprovechado de su sopor para inducirla a responderle, ¡maldita sea que lo había conseguido! Se sentía avergonzada, también desleal, como si con la respuesta que le había arrancado Justin echase por tierra sus más arraigados principios. Mientras decidía qué hacer o cómo actuar ahora que su cuerpo se había rendido a él, su instinto vengativo la dominó.

Antes de que él se apartase de encima de ella, se agarró al cuello masculino, lo abrazó con fuerza, y le susurró desoyendo a la razón y a la lógica:

—¡Creía que era Diego quien me hacía el amor!

Fue escucharla, y sentir que descendía a los infiernos.

La mano del diablo acababa de agarrar su corazón y se lo había estrujado hasta dejarlo como una pasa. No podía tragar la bilis que le había subido a la garganta pues acababa de recibir un golpe mortal no solo a su orgullo, también a su hombría. Cuando comenzó de nuevo a sentir que su corazón latía otra vez, se levantó silencioso de la cama, recogió su ropa, y alcanzó la puerta. Justo antes de salir, volvió la mirada hacia ella, suspiró, y se marchó arrastrando su alma como un condenado a muerte. Justin volvió a la biblioteca, y prácticamente se dejó caer en el sofá. Miró hacia el techo sin ver nada. Se sentía peor que si un carruaje le hubiese pasado por encima. La respuesta de ella lo había dejado sorprendido. Haber probado la desinhibición de ella lo cautivó. Pero ella era tan vengativa, que no iba a vender su entrega tan fácil. Intentó acomodarse en el estrecho sofá, aunque dudó que pudiese pegar ojo.

Arriba, en la alcoba que había dejado, una mujer se debatía en sentimientos encontrados por la venganza que había consumado. Justin no podía oír los sollozos, de haberlos escuchado, ambos se habrían ahorrado un sufrimiento extremo.

## CAPÍTULO 16

La culpa le había impedido conciliar el sueño, pero ya no podía hacer nada por desandar lo andado, ni reparar el daño que le había causado a su esposo. Finalmente se armó de valor para enfrentarse de nuevo a él. Se bañó y se vistió con calma, eligiendo cada prenda con sumo cuidado. Cuando bajó al comedor, había demasiados invitados en Whitam Hall, el único que no había bajado todavía era Jamie. Aurora se sentó al lado de su esposo como mandaba el protocolo. Lo miró durante un breve instante con pesar, y le sonrió, como si con ello pudiera disculpar su acción vengativa de la noche anterior. Observó las ojeras debajo de sus ojos grises, y se preocupó.

Justin la veía tan serena, que sintió auténtica envidia.

Había pasado la peor noche de su vida, y ella ni se percataba de ello, era terriblemente doloroso.

—¿Cuándo se espera la llegada de Rodrigo? —Jean Pierre hizo la pregunta, y rompió el silencio de la estancia.

—Creemos que ya debería estar aquí, pero asuntos urgentes lo retienen en el reino todavía.

La respuesta de Christopher logro que Aurora lanzase un suspiro.

—La situación en es algo difícil pues muchos españoles se están marchando a Francia, curioso ¿no?, cuando tanto lucharon contra nosotros. —El comentario del francés había sido desafortunado, no obstante, Aurora tenía la mente y la atención puesta en Justin, aunque éste lo ignorara—. Me gustaría saber la opinión que se han formado ustedes los ingleses de los inconstantes españoles ya que han tenido que acudir en su ayuda para derrotarnos.

Aurora dejó la mano medio suspendida en el aire por la incredulidad. Justin tenía una expresión atónita en la boca mirándola a ella.

—Puesto que se casó con una española, señor La Housaye, debería mostrar un mínimo de respeto por aquéllos que acogieron en su familia a un gabacho derrotado.

Aurora no pudo reprimir la réplica.

—¡Jovencita, no faltes el respeto a un invitado! —el duque la miró con censura en sus ojos azules, y un brillo extraño en su profundidad que no supo interpretar ella.

—El respeto no se hereda como un título, hay que ganárselo, Su Excelencia, y de los que están sentados en esta mesa, presumo que, salvando a mi padre, al resto no les sirve ni para limpiarse la suela de los zapatos.

El insulto fue desproporcionado. Aurora sabía que su tío Rodrigo había estado al borde de la muerte por esa guerra entre españoles y franceses, y que su padre casi pierde la vida, ¿cómo podía el conde frivolar sobre ese tema espinoso?

Justin la miró con franca admiración. Ni él mismo osaría hablarle así a un duque, y, menos si era su padre.

—Todavía tenéis mucho que aprender —respondió el conde francés—, cualquier francés os enseñaría con mucho gusto —la provocó La Housaye.

Aurora asimiló las palabras de Jean Pierre, y se las devolvió doble.

—Eso sería tan ridículo como ver a un mulo encima de su amo.

No podía callarse.

Christopher se ahogó con el té. John estaba perplejo ante la falta de moderación de su hija, no entendía el por qué se acicateaban sin piedad tanto el duque, el conde, y ella. Justin seguía silencioso, no pensaba intervenir todavía. Imaginaba que el francés no se mostraría tan irrespetuoso si no tramase algo, aunque ignoraba el qué. Aurora desvió los ojos hacia su arrogante



marido, y lo vio alzar el ceño burlón. La falta de apoyo marital le resultó desconcertante, si hubiese sido a la inversa, ella se mostraría de parte de él.

—Es obvio que todos en la mesa pensamos igual. —El duque seguía atizando las brasas sin inmutarse—. Los españoles no saben resolver sus conflictos, y, ante la ayuda recibida, deberían mostrarse agradecidos. Señor La Housaye, usted como parte implicada, ¿qué opinión le merece este asunto?

Aurora resopló queda. El conde francés se tomó un tiempo en responder, y lo hizo sin mirar a nadie en particular.

—Opino que Napoleón confundió la debilidad de la monarquía con la actitud del pueblo que no estuvo dispuesto a aceptar nuestra presencia. El emperador mostró un tremendo error de cálculo, y ello significó la derrota y la vergüenza para Francia. Los mismos españoles saben lo que hay que cambiar, pero son tan orgullosos que pretenden hacerlo ellos mismos, aunque se dirijan al precipicio.

—¡Siempre el tan sobrevalorado orgullo español! —se mofó Justin intentando vengarse un poco por la mala noche que había pasado por culpa de ella.

Aurora lo miró con ojos brillantes.

—¡Siempre la petulancia inglesa! —respondió ella con una falsa dulzura que no engañó a nadie.

—Yo serví junto a Sir Harry Smith del primer Batallón, el 95 Rifles. —John intentó calmar los nervios—. Teníamos diez españoles en una compañía de nuestro regimiento: muchos de ellos eran los mejores tiradores de nuestra unidad. Tenían la distinción que siempre acompañó al buen nombre de la infantería española de Carlos V. —siguió diciendo el marques—. Nunca contemplé soldados mejores ni más disciplinados en toda mi vida de militar, y, como exploradores, nadie los superaba.

Aurora sentía una opresión en su garganta. Miró con verdadero cariño a su padre, el respeto que le mostraba superaba cualquier comentario que dijese el conde.

—Nunca he puesto en duda el valor español —continuó Devlin—, pero es un hecho indiscutible que los españoles tiene un carácter endemoniado. —El duque soltó la pulla sin inmutarse.

Justin intentó hacerle un gesto a su esposa para que se controlara, pero ella estaba mirando al duque con la boca apretada.

—¡Será por el robo del Peñón! —siseó Aurora.

El duque volvió los ojos hacia ella perplejo.

—Sepa jovencita que la he oído, y es de pésimo gusto murmurar entre dientes delante de personas que la aventajan en inteligencia, género, y experiencia.

Aurora se atragantó violentamente. Se levantó de un golpe, tiró la servilleta encima de la mesa, y fulminó al duque con una mirada llena ira. ¿Acaso olvidaban los comensales que estaban sentados junto a una súbdita que amaba a su reino? ¿Qué acababan de salir de una cruenta guerra?

—El mal gusto es tener que aguantar una pedantería tan grotesca a esta hora de la mañana, y de usureros que solo entienden de pillaje, piratería, y perfidia —bramó colérica.

El duque la miró sin un parpadeo.

—De eso los españoles pueden enseñar mucho —dijo Justin como de pasada.

Aurora ahogó una exclamación, aunque no la sorprendía un comentario así de Justin, no pudo evitar mirarlo con dolor. Que la atacase a ella y a su pueblo con esa flema británica la superaba. ¡Miles de españoles habían muerto por la codicia francesa!

—¡Habéis robado, saqueado, destruido nuestras posesiones durante siglos! Os habéis

apropiado de una tierra que no os pertenece, y, si habéis puesto un pie en el reino de España para luchar contra Napoleón, ha sido por vuestros propios intereses, nada más —tomó aire antes de continuar—. Qué se puede esperar de personas que tiran la piedra y esconden la mano, culpando siempre de sus errores a los demás, mostrando una cobardía vil y absoluta... ¡cobardía inglesa! —el insulto fue demoledor, pero ella estaba lejos de cualquier prudencia política.

—¡Discúlpate, Aurora! —la voz de su padre era enérgica, y no atendía a negativas, ella lo miró ofendida y con el corazón subiéndole por la garganta.

—¡Jamás! —exclamó vehemente—, nunca me disculparé ante facinerosos y supercheros! —Aurora dio media vuelta, y salió con paso airado del comedor: se le había quitado el apetito por completo

Ella se dijo que hacía mucho tiempo que no se sentía tan ultrajada. El comedor se quedó en un silencio sepulcral. Todos miraron la salida intempestiva de ella. John iba a ofrecer una disculpa en nombre de su hija cuando el conde La Housaye comenzó a reír de forma espontánea, le siguió Jamie, y después Andrew, las carcajadas dejaron tanto al duque como a Justin perplejos.

—Qué hembra hemos perdido los franceses. —Jean Pierre le sonreía a Justin con cierta envidia en sus ojos. Los volvió a su hijo—. Muchacho, no creo que haya sido acertado seguir tu consejo pues ahora esa niña deseará esparcir mis entrañas a sus perros —el tono del conde era de enfado cuando miró a su hijo que se había mantenido en un sospechoso silencio durante el altercado.

—¿Esta reyerta estaba preparada? —la pregunta de Justin era de incredulidad, y miró con ojos acusadores al muchacho que le sonreía con superioridad.

—Solo pretendía comprobar hasta qué punto un abnegado esposo inglés estaría dispuesto a transigir para proteger y apoyar a su esposa cuando atacasen sus raíces. —La intención había sido tan clara, que Justin se ruborizó—. Pero ha resultado muy revelador, ¿verdad lord Penword? —Manuel se levantó, y con una disculpa se fue a buscar a su amiga.

Había tenido un presentimiento, y no había dudado en ponerlo a prueba, ahora tendría que disculparse con ella por haber jugado sucio.

—Discúlpeme, lord Beresford, no ha sido mi intención ofender su casa con mis comentarios. A mi muchacho le encanta ver discutir a Aurora conmigo, y suele atizarme a menudo tan solo por el placer de oírla ponerme en mi lugar, cosa que suele ocurrir bastante a menudo. No puede olvidar que soy francés, y que luché en su tierra contra sus paisanos.

John miró al conde sorprendido.

—Disculpe usted la impetuosidad de Dawn, en demasiadas ocasiones olvida controlar su naturaleza apasionada. —John estaba un tanto avergonzado.

Justin se mantenía en silencio mirando al conde ofrecer sus disculpas, y se preocupó. Debía haber apoyado a su esposa porque Inglaterra había luchado codo con codo con los españoles para derrotar a Napoleón. Un muchacho poco mayor que ella tenía más previsión que él.

—Mi hija le ofrecerá sus disculpas conde —Jean Pierre alzó sus cejas sorprendido.

—Del todo innecesario lord Beresford, ésta es una de tantas conversaciones instructivas que he tenido el placer de tener con Aurora. —Justin se tensó al escuchar la forma tan familiar con la que el francés se refería a su esposa—. En Ronda he tenido gratas conversaciones con la señorita Velasco y...

—¡Lady Penword! —apostilló Justin excesivamente serio, el conde hizo una ligera inclinación con la cabeza a modo de disculpa.

—Cierto, me cuesta asimilar que esa jovencita tan extraordinaria ya está casada. Durante un tiempo albergué la esperanza de que se prometiera en matrimonio con mi hijo. Una alianza con los

Velasco hubiese sido altamente satisfactoria para mí. —Justin comenzó a mostrarse intranquilo—. Yo mismo la hubiese pedido en matrimonio a Rodrigo, pero mi hijo todavía era demasiado joven.

John no entendía a su invitado, tal parecía que trataba de molestar a su yerno.

—Si me disculpan —Justin se levantó de la mesa presuroso—. Tengo asuntos que atender y que no pueden esperar.

Si todos se quedaron sorprendidos por la abrupta marcha de Justin, no dieron muestras de haberse percatado, tan solo el conde esbozó una sonrisa que escapaba a los ojos de los demás. Le había parecido muy significativa toda la diatriba de esa mañana. Aunque renuente, había consentido con su hijo en remover escollos, y por cierto que había disfrutado muchísimo. Se moría de ganas por verle la cara a su vecino Rodrigo cuando contemplara al inglés y a su sobrina lanzarse dardos venenosos con certera puntería.

Su amigo la encontró en el embarcadero de la laguna con los pies metidos en el agua, había seguido las instrucciones del mayordomo para encontrarla, la vio tirando piedras, y le pareció tan sola que un nudo se enroscó en su pecho oprimiéndolo sin compasión.

—Lamento de veras lo que ha ocurrido.

La disculpa era sincera.

—No tenías que haber utilizado a tu padre para comprobar la lealtad de Justin —el joven se ruborizó—. Solo tenías que preguntarme, yo te hubiese explicado.

—¡Eso es una mentira! —la cortó—. Se ve a la legua que no eres feliz.

Aurora rio sin ganas.

—Mi tío ha estado detenido con la horca pendiendo de su cabeza. Mi abuela se encuentra desterrada de su patria, de su familia, y te preguntas por qué me veo infeliz, es increíble.

—Estás llena de amargura, y con una desconfianza en los ojos que nunca he visto. —Manuel era muy observador y sabía que ella no era del todo sincera porque la conocía muy bien. La ayudó a reincorporarse—. ¿Regresamos? —le preguntó. Ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Aurora se encontró con una sorpresa más al llegar a Whitam Hall. Su marido había estado muy ocupado en su ausencia. Había empacado todo su equipaje y puesto en el carruaje ducal de los Penword. Elena se había preparado para marchar con su señora, pero Eulalia se quedaba en Whitam Hall. Esto escapaba a la comprensión de ella. No entendía nada, pero Justin no le dejó alternativa, no, cuando los ojos de Manuel no se perdían detalle de su actitud. Sumisa, se despidió de su padre y de sus hermanos. Sus hermanos le habían prometido que irían todos los días a verla, y ella, y en el último momento y siguiendo un impulso, comenzó a besarlos y abrazarlos.

—Una mujer de su posición, marquesa, no besa ni abraza a la gente delante de otras personas, y, menos en la calle.

Aurora se volvió hacia su suegro y le estampó un beso en la mejilla, y lo abrazó al tiempo que le daba las gracias por su instrucción. Justin pensaba que ese derroche de besos y abrazos tendrían que ser solo para él, pero, se tragó el reproche y continuó callado.

Aurora pensó que había pasado de un mausoleo a otro. Si la casa de su padre era grande, Crimson Hill le pareció colosal. Le habían adjudicado la habitación de las margaritas, y le encantó, ella desconocía que Justin había ordenado decorarla en las semanas posteriores a su boda. Su estancia estaba comunicada con dos alcobas: la de Justin, y la del bebé. Disponía de un enorme baño propio. Elena la ayudó a vestirse, y decidió ponerse el vestido violeta que tanto

había gustado a Christopher y Andrew cuando visitaron Ronda. Al ser de corte imperio podía ponérselo en su estado. Elena le sujetó el pelo en la nuca, y trenzó algunos cabellos con unas cintas del mismo color: el resultado resultó muy favorecedor.

Durante la cena estaba sentada a la izquierda de Justin, su cuñado Jamie enfrente, y el duque presidía la larga mesa. Esperó impaciente el primer plato sin haber abierto la boca, pero ésta se abrió por propia voluntad cuando comenzaron a traerle sus platos favoritos, ¿cómo sabía Justin...? claro, Eulalia, pensó ella, pero estaba realmente contenta. La tortilla de patatas era la mejor que había probado en su vida: dorada, esponjosa. La sorpresa no le permitía objetar nada.

—¡Adoro nuestro sol español! —exclamó hambrienta. Miró a Justin con verdadero agradecimiento en sus ojos.

—¿Así se llama esa variante de *omelette*? —preguntó Jamie que sentía curiosidad.

—¡Sin lugar a dudas parece un sol pintado por un niño pequeño! —respondió el duque que la miraba ceñudo.

—Yo me animo a probarla. —medió Justin.

Se sentía satisfecho.

—No sabía que vuestro cocinero supiese elaborar recetas de mi tierra malagueña.

—Y no las conoce —fue la seca respuesta del duque—, pero Justin se empeñó en encontrar una cocinera española, con lo cual nuestro Cook Harry ha montado en cólera, y amenaza con quemar todo lo que salga de la cocina que no sea creación suya.

Aurora sonrió al imaginar el agravio sufrido por el cocinero inglés, pero a ella no le quitó el apetito en absoluto.

—Creo que también ha preparado algo que llama escabeche, y empanada rellena de codorniz.

Justin estaba muy contento, Aurora estaba feliz, y era mérito suyo.

—Lo que encuentro sorprendente es la cantidad de ingleses que hablan mi lengua. Nunca lo hubiera imaginado. —Justin se apresuró a contestarle.

—Ante la opinión que tiene Gran Bretaña de Napoleón y sus invasiones, es normal que hayan sustituido una lengua por otra, antes lo francés era culto, refinado, ahora nadie desea aprenderlo, y, en sustitución de la lengua gala, el español es más apetecible que el alemán o el ruso, y si contamos la cantidad de soldados ingleses que se han casado con mujeres españolas...

—¿De veras existen tantos matrimonios entre ingleses y españoles? —preguntó atónita.

Justin hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Muchas de ellas conviven entre nosotros, aprendiendo y transmitiendo a sus hijos las dos culturas. Es normal que tu lengua sea tan conocida en nuestra isla.

Aurora valoraba la información. Ella podría muy bien ser una de esos vástagos hijos de la guerra, si su madre se hubiese casado con su padre he ido a vivir a Inglaterra. Devoraba la comida con auténtico apetito y se servía de todo aquello que le entusiasmaba. El duque la contemplaba atónito, y no pudo reprimir una amonestación.

—Marquesa, una dama educada solo debe llevarse a la boca trocitos pequeños de alimento, y debe masticarlos de forma suave. Apenas debe notarse que los traga.

Aurora intentó tragar con dificultad el alimento que se le había atragantado, y bebió un trago de su vino aguado para bajarlo.

—Una dama jamás debe beber vino o cerveza —continuó el duque—. Las normas dictan que debe beber solamente agua o sidra, y en su estado marquesa... —el duque no terminó la frase. Aurora pegó su espalda a la silla, y miró a su suegro entre pasmada e incrédula.

—¿Esa regla es aplicable a todos los que estamos sentados en esta mesa? ¿O solamente me incluye a mí? —la pregunta hizo reír a Jamie, no así a Justin, ella continuó—. Y si una dama se

queda con hambre, ¿qué debe hacer, Su Excelencia? —debido al embarazo, Aurora estaba siempre hambrienta.

—Una dama nunca tiene demasiado apetito pues la glotonería, marquesa, es un pecado, y una dama educada jamás mostraría una debilidad pecaminosa como esa.

Aurora no sabía si su suegro estaba bromeando o no. Le parecía imposible que tuviese que pasar hambre por unas normas aplicables solo al género femenino. Demasiadas veces había visto a los hombres devorar alimentos de forma poco honorable, y no entendió la réplica contra ella. Una mujer debía matarse de hambre para que se la considerase una dama, absurdo, maléfico. ¿Qué haría ella con su enorme apetito? Siguió en silenciosa meditación el resto de la cena.

## CAPÍTULO 17

¡Le encantaba su bañera!

Elena había traído sus jabones, y Eulalia le había dado todas las instrucciones. El agua estaba deliciosa, la espuma de jabón relajaba sus músculos y los distendía produciéndole una sensación maravillosa. El fuego que seguía ardiendo en el hogar le calentaba la cara y le sonrojaba los pómulos, el pelo lo tenía caído en una cascada de rizos rebeldes que acariciaban el suelo, mientras los ojos soñolientos comenzaban a cerrarse. Una lánguida dejadez la fue introduciendo en el sueño feliz de los justos, y así la encontró Justin cuando abrió la puerta que separaba las dos alcobas. Le dio instrucciones silenciosas a Elena para que se marchara, él ayudaría a su señora. Dejó la ropa que Elena había preparado para ella en la cama, se sentó en la gran mecedora que ella había escogido del jardín trasero, cruzó las piernas, y, tomando su copa de oporto, se dispuso a contemplarla en silencio.

Ella tenía la cara vuelta hacia él. Gotitas de agua se habían formado en sus mejillas debido al vapor, y las burbujas de espuma comenzaban a desaparecer a medida que el agua perdía parte de su calor, aunque no se atrevió a despertarla. Mirarla, era como contemplar un ángel durmiendo encima de una nube. Su vientre redondeado era visible a través del agua, los pechos se habían hinchado, y las aureolas que los coronaban asomaban a través de la espuma que flotaba en el agua tibia. Era la mujer más perfecta, y él era el hombre afortunado de tenerla. Nunca la dejaría marchar, cuando ella comprendiese, aceptaría su destino como él aceptó el suyo en el mismo instante que sus ojos la descubrieron. Dejó la copa en el suelo, se levantó, y se acercó a la bañera, tocó el agua y comprobó que todavía estaba templada. Se remangó las mangas de la camisa hasta el codo, tomó el jabón, la esponja y comenzó a masajearla suavemente.

—Elena podías haberme dejado dormir un poco más —los labios de Aurora sonrieron, pero sus ojos seguían cerrados ante el placer que obtenían sus tensos músculos debido a los suaves masajes—. No recordaba tus manos tan grandes... —abrió los ojos de inmediato, y lo primero que vio fue una sonrisa lasciva. Entrecerró sus ojos y, con mirada pícaro, se inclinó hacia delante y le ofreció la espalda: si Justin quería jugar, jugarían, pero con sus normas. Aurora le permitió el avance de sus caricias mientras la enjabonaba, quiso castigarlo con lo único que poseía y que él ansiaba, su cuerpo.

—Y ahora puede mirar cuanto le plazca mientras termino.

Justin no supo si la sonrisa era diabólica o... se sentó de nuevo en la mecedora y la contempló como un hombre contempla un pozo de agua fresca cuando ha cruzado el desierto, sin atreverse a moverse por temor a que desaparezca. Su mujer estaba hecha para el amor. Sus movimientos sensuales, lentos al secarse, lo dejaban atónito, no podía dejar de mirarla arrobado. Le complacía su falta de pudor, le hacía sudar por la expectación, si ella se lo proponía, podría reducirlo al polvo. Aurora no lo miraba, sin embargo, era consciente que cada movimiento suyo era espiado por él.

Justin se saciaba de su imagen y no tenía suficiente, estaba tan duro como una piedra. Por su espalda resbalaban gotas de sudor debido al esfuerzo que hacía para contenerse y no arrojarle sobre ella, de recorrer con su lengua cada centímetro de piel dorada expuesta a sus ojos, extasiarse con esos pechos sublimes. Justin gimió, y se retorció sin encontrar una postura cómoda en el balancín, cerró un momento los ojos.

—¿Me ayuda con los botones de la espalda? —la pregunta le sonó contenciosa, pero no le importó. Se levantó como pudo, se acercó a seductora espalda, y antes de abotonar el primer

botón inclinó la cabeza y comenzó a darle suaves besos en los hombros, cuello. Olfía delicioso. La abrazó en un acto de posesión total, le dio la vuelta y la devoró con un beso.

Aurora intentaba parar los avances de Justin, parecía que tenía demasiadas manos, y no las podía controlar todas. Lo mismo estaban en sus pechos que en sus nalgas, y ese juego se había vuelto peligroso.

—Debemos hablar... —no la dejó terminar, y casi se ahoga en sus protestas.

Estaba perdiendo terreno, y tenía que recuperarlo enseguida. Lo empujó, pero era lo mismo que empujar una torre. No lo movió ni un milímetro, ni había obtenido su atención. ¿Se estaban cayendo? Increíble, iban a terminar en el suelo, pero no, cayeron justo a los pies del lecho. El suave golpe la pilló tan desprevenida que comenzó a reír, y ya no pudo parar. Las lágrimas le caían por las mejillas por el esfuerzo. Justin la miró perplejo. En su ardor había escuchado las súplicas de ella, pero las había ignorado: hablar era lo último que tenía en mente en esos momentos.

—¿Qué te parece tan gracioso? —un nuevo estallido de risa le hizo retorcerse de nuevo.

—Lo siento, no me reía de usted, ¡lo juro!, pero, esta caída en la cama ha sido de lo más inesperada, aunque bienvenida —Justin le limpió con el dedo pulgar una lágrima que no había terminado de resbalar por la mejilla femenina. La acercó a su boca y se la bebió, Aurora lo miró fijamente—. ¿Es una forma de comprobar si pertenezco a la nobleza? ¿Algo así como la sangre azul? Pues tengo que decepcionarle porque la mía tiene el color del pecado —un nuevo estallido de risa la convulsionó.

Justin la miró sin comprender, el humor español escapaba a su comprensión, no terminaba de entender qué diablos le causaba tanta hilaridad, aunque no logró ocultar una sonrisa viéndola descoyuntarse de esa forma tan adorable.

—Quiero un poco de eso que estaba bebiendo —soltó ella medio jadeando.

—La mujer encinta no bebe alcohol —le explicó él.

—Ni abrazar, ni ¡comer! —protestó, pero divertida.

Justin rio por su queja.

—Prometo darte un trago, pero, ¡calla esa lengua de una vez!

—Prometido —se apresuró ella. —Justin la miró largamente, y, antes de levantarse, le dio un beso en la punta de la nariz, otro en los ojos, y otro...

—Pare, pare, o comenzaré de nuevo a reír.

Justin no necesitó más aliciente. Cruzó la distancia que lo separaba de su alcoba, y regresó poco después con dos copas de oporto, una con bastante menos líquido, lo que la hizo suspirar resignada.

—¿Yo puedo tener en mi alcoba una licorera? —inquirió pensativa.

—¡Por supuesto que no! —la negación masculina era rotunda.

—¡Siempre los privilegios varoniles! —refunfuñó crítica.

Olió su copa, y tragó de un golpe lo que había dentro que era demasiado poco. Se relamió y buscó la copa de Justin, pero éste la alejó de su mano con una mueca divertida.

—Estás cogiéndole demasiado gusto al alcohol.

—En Ronda tenemos unos vinos de jerez estupendos, dulces o secos, son una delicia. Mi tío me dejaba beberlos en ocasiones, y no me ha pasado nada como ve.

—Pero ahora estás embarazada, debes pensar en el niño.

Aurora soltó un suspiro largo.

—¿Por qué todos se empeñan en hablar de mi bebé como si fuera un niño? ¿No le gustan las niñas? Pues estoy convencida que traeré al mundo una preciosa muchachita, y será impetuosa y

atrevida como la madre —la vehemencia de ella le arrancó una sonrisa.

—Te dije que infravalorabas tu fertilidad —le recordó él.

Aurora ahogó una exclamación y lo miró rabiosa.

—¡Tenía que restregármelo! ¿Verdad? ¡Tenía que meter cizaña! —Justin sonrió, porque acababa de descubrir que le gustaba acicatearla: sus ojos adquirían un matiz ámbar precioso.

Aurora lo miró con ojos como puñales, y él comenzó a reír, ¡menudo temperamento belicoso! Pero la adoraba.

—Discúlpame Dawn, ha sido una broma de mal gusto. No te la merecías cuando yo solo fui el culpable de tu situación.

Aurora abrió la boca con sorpresa. Jamás imaginó que Justin le ofrecería una disculpa tan sincera.

—Acepto la disculpa —ella continuó—. Debemos hablar seriamente.

Justin vio cómo Aurora subía los pies a la cama, se acomodaba, y lo miraba directamente a los ojos sin pestañear, lo cual comenzó a ponerlo alerta. Él, también se acomodó, pues presentía que iba a necesitar estar bien sentado.

—Mi padre me ha informado que este matrimonio es válido por las circunstancias en las que se produjo, y que no es posible una anulación porque estoy encinta —Justin asintió sin entender todavía a dónde quería ir ella—. Así que quiero proponerle un divorcio amistoso.

Justin entrecerró los ojos, de todas las posibles soluciones, ésta era la más inesperada, e imposible.

—En mi familia nunca ha habido un divorcio, Dawn.

—¿Y qué solución aporta a esta situación?

Justin soltó un suspiro largo.

—Estás casada conmigo, y, aunque suene reiterativo, casada seguirás —sentenció pragmático.

—Pero yo deseo volver a hogar, con mi familia. Este contrato matrimonial era necesario para que recuperara Redtower, mi padre está dispuesto a cederle los derechos de la propiedad al duque para siempre.

Justin se levantó y le dio la espalda. Las palabras de ella lo herían como cuchilladas, pero no podía ceder. Lamentaba el cambio sufrido entre ellos en apenas unos momentos. Antes reían con bromas, cómplices de una intimidad que no tenían muchos matrimonios, y, ahora, ella intentaba distanciarse poniendo un atlántico de por medio.

—Estás casada no por tu herencia —le explicó él—, sino porque estás preñada de mi hijo.

—Hija —repitió cabezota.

Justin la miró con una sonrisa.

—Lo que me des será bienvenido, y no se separará jamás de su padre.

Aurora se exasperó.

—Pero ha de haber una forma de llegar a un acuerdo que nos satisfaga a ambos —casi suplicó.

—Ninguna, eres mía, y nada puede cambiar eso.

Aurora entendía por qué perdían tantas batallas con los ingleses, ¡eran todavía más tercos que los españoles! Comenzó a enfadarse en serio, y quiso molestarlo con sus palabras.

—¿Quizás una conducta licenciosa por mi parte le haría cambiar de opinión?

Justin se acercó a ella muy despacio. La miró con ojos cargados de deseo, y rio, pero la risa no la preparó para las palabras que le soltó a continuación.

—Vas a estar tan pegada a mi nariz, y vas a parir tantos niños míos, que volver a tu patria será el último de tus pensamientos, créeme —le anunció socarrón.

—Pero esa no es forma de solucionar nuestras desavenencias —defendió ella soliviantada.



—¿Quién te ha dicho que quiero solucionarlas? Me encanta tener desavenencias contigo.

Justin sonrió en su cara, y ella se puso incluso más irritante.

—¡No quiero intimidad con usted! —rezongó tiesa como una estaca.

—Tan claro como el agua *sorceress*, pero esta vez pienso asegurarme de que entiendas que ya no tienes elección.

Las palabras la clavaron a la cama dejándola inmóvil.

En las siguientes horas, Aurora conoció la pasión que desbordaba a Justin. Y la compartió, aunque se sentía avergonzada. No controlaba su cuerpo traidor, y él sabía exactamente qué sitios acariciar para aumentar su deseo. Mucho tiempo más tarde, intentó moverse, pero no pudo, y esa circunstancia la despertó. Justin estaba encima de su pelo y no le permitía mover la cabeza. Su pierna estaba por encima de sus muslos lo cual la aplastaba contra el colchón de plumas. Una de sus enormes manos descansaba en su pecho de forma posesiva. Maldijo por lo bajo porque aun en sueños la tenía bien sujeta, resignada, suspiró. Intentó moverse despacio para no despertarlo.

Tenía muy fresco en la memoria todas las cosas que le hizo durante la noche, no tenía un centímetro de su piel que él no hubiese saboreado, mordido. Justin era un amante extraordinario, y ese pensamiento la hizo mascullar, le molestaba profundamente que supiese tanto sobre su cuerpo y despertara su deseo incluso a pesar de su rechazo.

Debía tomar decisiones. Intentó moverse, pero no lo consiguió, así que probó algo diferente. Apartó la mano de él con cuidado, pero esta tenía voluntad propia y volvió a recoger su pecho. Suspiró. Se dio la vuelta despacio, mientras su mano comenzó a hacerle cosquillas mediante suaves caricias en los muslos de él. Justin se removió inquieto, siguió subiendo por su vientre, obviando la zona peligrosa entre sus duros muslos. Subió por el ombligo, el estómago, hasta llegar a las tetillas que pellizcó. Él, se pegó más a ella, y ahora la mano derecha de Justin se había desplazado hasta su trasero, y ella maldijo en silencio. No lo pensó más, y, con un fuerte empujón intentó apartarlo: la risa de él le demostró que no estaba dormido, ¡había estado jugando con ella!

—¡Tengo que levantarme! —exclamó.

—Solo tenías que pedirlo.

La jocosidad en la voz masculina la inflamó.

—¿Y cuándo Su Excelencia ha cumplido el más mínimo de mis deseos? —le preguntó desabrida.

Él, la miró con una advertencia.

—No me llames así pues mi padre sigue vivo todavía.

—Pero no se lo digo como un cumplido —respondió sincera.

Justin lanzó un suspiro acerbo.

—El día que te oiga un elogio hacia mi persona, moriré de la impresión, y te recuerdo que tú serás la próxima excelencia femenina.

Esa posibilidad le provocaba escalofríos.

—Pero yo no deseo ser duquesa —el solo hecho de pensarlo, la mortificaba.

Aurora logró desasirse de sus brazos y salir del lecho.

—¿Dónde vas mi dama belicosa?

La risa de Justin la siguió hasta la otra alcoba.

Jamie la evitaba, y esa circunstancia le provocaba malestar. Añoraba sus palabras amables. Su suegro la miraba censurable, y sus hermanos no aparecían todavía por Crimson Hill. Siguió buscando a Jamie, y lo encontró en la biblioteca, carraspeó para no darle un susto de lo abstraído

que lo encontró, y Jamie la miró con un atisbo de sorpresa.

—¡Te encontré! —ella le sonreía de oreja a oreja.

—¿Me buscabas? —logró preguntar incómodo.

—¿Por qué me evitas? —quiso saber.

«Tan directa como siempre», pensó Jamie.

—Soy un hombre ocupado. Hago parte del trabajo de mi recién casado hermano, y creo que lo único que no necesitáis es un estorbo.

Ella hundió los hombros decepcionada.

—¿Y no sientes azoro por una mentira tan descarada? —Jamie se sonrojó—. Necesito un hermano en esta casa, y creía que podía tenerlo en ti —Jamie la miró alarmado.

—Dawn, ya tienes tres hermanos, yo solo soy tu cuñado.

—Pero mis hermanos no viven aquí, y tú sí.

«No por mucho tiempo», pensó él.

—Ahora tienes un marido del que ocuparte. Justin es demasiado absorbente.

Aurora bajó los ojos pensativa. Jamie, al ver su tristeza, no pudo reprimir colocarle un rizo detrás de la oreja con cariño.

—Comprendo que te he incomodado —le dijo ella finalmente.

Aurora se dio la vuelta, y se marchó tan silenciosa como cuando entró. Jamie soltó el suspiro que había estado conteniendo, y se llevó la mano a la frente como si quisiera aliviar un dolor molesto. Se dio la vuelta, y vio que su hermano lo estaba mirando seriamente desde el estudio. Tenía un libro de cuentas abierto en la mano, y una mirada indescifrable, ¡maldita su costumbre de dejarse las puertas abiertas! Había sido testigo del mal rato que había pasado.

—Necesito hablarte —le dijo. Cubrió los pasos que lo separaba del gran escritorio brillante de caoba, desde donde lo miraba su hermano con semblante taciturno—. Quiero comprar un grado de oficial en el ejército —lo soltó de golpe, y se sentó frente a Justin. Su hermano mayor lo seguía mirando en silencio. Tras un momento que resultó bastante embarazoso, le preguntó:

—¿Por qué quieres alistarte en el ejército? —Jamie lo miró tan profundamente que logró perturbarlo.

—¿Necesitas preguntarlo? —le preguntó—. ¿De verdad quieres saberlo?

Justin temía lo que vendría a continuación, pero resistió el impulso de negarlo.

—¿Desde cuándo? —ambos sabían a lo que se refería el primogénito.

Jamie estaba nervioso, pero no podía dejar la pregunta de su hermano sin responder.

—Desde que la vi mojada y enlodada hasta la raíz del cabello. Su altanería y falta de vanidad me subyugaron por completo, y nada pude hacer al respecto. —Justin suspiró violentamente. No podría soportar el interés de Jamie en su mujer, no podría soportarlo porque era su hermano pequeño y lo amaba—. Sé que no la sedujiste —Justin lo miró absolutamente azorado—. Y, sin embargo, ella se atribuyó toda la culpa delante de su padre y del nuestro. Mintió de forma abrumadora para ahorrarte la vergüenza de tus actos —Jamie calló un momento antes de continuar—. ¿Sabes lo peor? ¿Lo más terrible? Que me siento casado con ella. Di los votos en tu nombre, sí, pero al fin y al cabo fui yo el que los dio. Y no puedo desprenderme de esa sensación desde entonces. Una sensación humillante, para que lo sepas.

—No puedo permitir que te marches, nuestro padre no me lo perdonaría —le dijo el primogénito.

—¿Eres consciente? —le preguntó incrédulo—. Quiero marcharme, y no me detendrás.

—Tu lugar está en esta casa.

—No eres razonable —Jamie comenzaba a enfadarse.

—No, no te marcharás —sentenció Justin.

—¿Quién se marcha? —Aurora lanzó la pregunta desde la puerta, y no podría ser más inoportuna.

—Jamie desea alistarse en el ejército —fue la simple respuesta de Justin.

Aurora se acercó al escritorio donde estaban ambos hermanos, y acarició el mentón de Jamie cariñosamente. Justin carraspeó molesto por el gesto.

—Pero no puedes marcharte porque te extrañaríamos mucho —Justin contuvo el aliento al ver el gesto cariñoso de su esposa—. Eres un buen amigo y cuñado, y siento que si te marchas es por mi llegada a Crimson Hill, y me siento terriblemente culpable —Aurora tomó aire—. Soy yo la que tendría que marcharse...

Justin ya sabía a dónde quería volar ella, y le sujetó las alas de inmediato.

—Jamie no se marchará a ningún lugar —afirmó de forma imperativa—. Crimson Hill es su hogar, y el de mi esposa, la futura duquesa de Arun.

Justin insistía en recordarle ese detalle.

—Nunca quise ser duquesa —reiteró pensativa.

—Jovencita ¿qué tiene de malo ser duquesa? —la voz del duque sonó incrédula, y Aurora lamentó las palabras, ¿cuánto habría oído? Pero, respondió con sinceridad.

—No es que lo desdigne, pero me parece que ser duquesa lleva acompañada demasiada responsabilidad.

El duque frunció el ceño porque tanta sinceridad le resultaba refrescante. Miró a su nuera, y se sintió agradecido en parte. Su sangre temperamental daría nuevos bríos a la casa Penword.

—Pues vaticino que serás una duquesa excelente, siempre con mi asesoramiento, por supuesto —el duque quiso elogiarla, pero con una advertencia en sus palabras—. Justin acabo de recibir noticias que temo no te van a gustar. Brandon viene con toda su familia. Hay que preparar Crimson Hill.

Aurora miró a su suegro, y contuvo un gemido. No deseaba ver a la mujer de Diego por nada del mundo. Jamie vio la ira asomar a las pupilas de ella e hizo algo impulsivo, le cogió una mano para infundirle ánimo. Nada de este intercambio pasó inadvertido para Justin que tenía un montón de problemas en su cabeza para necesitar otro más.

—¿La familia de Brandon? —se atrevió a preguntar ella.

—Unas tías y unos primos.

Aurora pensó que, si ya de por sí era malo encontrarse con la mujer de Diego y luchar contra las ganas de sacarle los ojos, ver a Brandon la haría ponerse histérica por su implicación en la boda del hombre que amaba.

—Justin, ¿puedo hacer una pregunta? —la voz era apenas un susurro. Justin asintió con la cabeza—. ¿Está... está la esposa de Diego encinta?

Justin negó con la cabeza. Ofreció una disculpa, y se retiró rápida. Necesitaba serenarse y asimilar la sorprendente noticia, Diego sería libre, pero ella estaba más atada que nunca, sintió lástima de sí misma, de su vida, y de su desgracia.

—¿Por qué le has mentado? —Jamie no comprendía a su hermano en absoluto.

—Es mejor que deje de compadecerse —Justin no alegó nada más.

—Estás cavando tu propia fosa hermano —la advertencia quedó en el aire.

—Estoy enterrado en ella desde el mismo día que la vi en el estudio de Whitam Hall azotando verbalmente a su hermano.

—¿Qué hay de mi grado? —insistió Jamie.

—¿Puedes esperar unos días hasta que haya preparado el terreno con padre? Será un trago

muy duro, y por eso te pido un poco de paciencia.

A Jamie le parecía justo, y esos días le darían el tiempo suficiente para arreglar sus asuntos, porque se negaba a dejarlos pendientes. Suspiró resignado, se levantó, y se marchó, le apetecía cabalgar un rato, y se dirigió hacia las caballerizas.

## CAPÍTULO 18

Aurora le daba una manzana a Olé pues su hermoso caballo había resultado muy goloso, y aunque no se le permitía montarlo debido a su estado, le encantaba mimarlo, como a sus perros Canela y Nuez. Los perros daban saltos y cabriolas intentado que su ama les diese alguna golosina, con lo cual el vuelo de su falda color azul quedó manchado de polvo. Tenía diminutas patas dibujadas en todo el ruedo, pero a ella no le importaba.

Jamie no esperaba encontrarla, aunque no le sorprendió, siempre se preguntaba dónde pasaría ella tantas horas al día fuera de la casa. Los perros intentaban subírsele encima, el hocico del purasangre le daba empujones en el cuello para llamar su atención, y ella reprendía a los animales como si éstos pudiesen entenderle. Sonrió ampliamente y se acercó a ella.

—Estás malcriando a ese bello purasangre.

—¡Jamie! No te había oído llegar —el purasangre se estaba comiendo la redecilla azul de su cabello—. Basta Olé, esto no es comida —no conseguía sacarlo de la boca del caballo por más empeño que ponía—. Creo que necesito ayuda —Jamie sacó un terrón de azúcar de su bolsillo, y se lo ofreció al animal que soltó la redecilla al oler la golosina.

—Es un hermoso caballo, debes de estar muy orgullosa.

La admiración era verdadera.

—Los caballos de mi reino son una raza única.

—¿Me permitirías montarlo? —preguntó vacilante.

—Por supuesto, yo no puedo hasta después que nazca la criatura —tanta lástima hizo reír a Jamie.

—Es incomprensible que Justin no te haya pedido permiso para que lo dejes montar a sus yeguas bayas —Jamie seguía acariciando la grupa del animal.

—Está demasiado ocupado intentando domar él mismo una yegua española —al momento se tapó la boca horrorizada por haber expresado en voz alta sus pensamientos. Había enrojecido hasta la raíz del cabello.

Jamie sonrió su turbación. Realmente esa lengua iba a traerle más de un problema en el futuro si no conseguía dominarla.

—Lo siento Jamie, no pretendía ser grosera —había verdadero arrepentimiento en sus palabras.

—Me gusta tu sinceridad, pero tienes que controlar esa naturaleza impetuosa.

Aurora estaba mortificada hasta lo indecible.

—Mi tío me reprendía constantemente por ello, sin embargo, debo tener una vena diabólica que me mete en líos cada vez que me descuido.

Jamie volvió a reír, las palabras de ella le habían dado una imagen de su hermano nada halagüeña pero cierta, y esa aplastante honestidad lo dejaba aturdido.

—Todavía estoy sorprendido por tus respuestas al padre de tu amigo Manuel —Aurora se mordió el labio en un ademán quisquilloso.

—El conde es un viejo amigo, no suele ofenderse por mis palabras porque está acostumbrado a ellas desde que aprendí a hablar. Manuel disfruta mucho cuando nos oye discutir, y ya me he acostumbrado a sus pullas. El duque es harina de otro costal. Confío que perdone mi insolencia cuando no puedo controlar mi réplica.

—Has sido educada de forma diferente, y eso resulta refrescante. Tienes tus ideas bien arraigadas y las defiendes, no se te puede censurar por ello —Jamie le obsequió una sonrisa.

—Te juro, Jamie, que intento ser aplicada en todo lo que el duque me instruye, pero es agotador: las reglas, las normas. Todo es tan rígido que me descorazona, me siento una niña aprendiendo a caminar sobre un precipicio que se desmorona a mis pies.

Jamie podía entenderla.

—Solo has de tener un poco de paciencia, tu naturaleza femenina lo condiciona porque solo ha educado varones.

Aurora asintió comprendiendo.

—Sigue siendo una sorpresa para mí que me haya acogido bajo su ala para instruirme de forma personal. Es halagador, exasperante, me desquicia, si bien se lo agradezco.

—Supones un reto para él, y mi padre nunca le ha vuelto la cabeza a un reto —Aurora asintió complacida—. ¿Qué haces todos los días cuando no estás en la casa? —preguntó curioso en un intento de cambiar de tema.

—Estoy rehabilitando Redtower, cuando esté terminada os la mostraré, y podréis aplaudir mi capacidad creativa —Aurora lo miró sonriente—. ¿Me explicas algo sobre vuestra familia escocesa?

—Ven, daremos un paseo, y te explicaré todo lo que quieras saber sobre la otra mitad vergonzosa de mi familia.

Aurora aceptó el brazo que le tendía su cuñado, y le sonrió por la amabilidad que expresaban sus ojos.

Justin tenía una amplia visión de las caballerizas desde donde se encontraba. No tenía ni idea del significado de la conversación que su hermano sostenía con su esposa, y, aunque confiaba plenamente en Jamie, no pudo evitar sentirse un poco descorazonado. No le había sorprendido la confesión. Él, había jugado sucio, no le había dado oportunidad a ella de elegir. Y temía la llegada del tío de ella pues sería un hueso más difícil de roer, pero había tomado su decisión y seguiría adelante con ella a pesar de las consecuencias. Jamás imaginó lo duro que le resultaría enamorarse de Aurora, y Justin no sabía cómo lograr llegar al corazón femenino. Siempre había tenido una vida tranquila, las mujeres utilizaban todos los trucos para conseguir que él se metiera en sus camas, pero la única mujer que lo conmovía profundamente, se mantenía tan inalcanzable. Justin suspiró ante la enormidad de lo que le esperaba. Se giró hacia la puerta, y se dispuso a hacer los preparativos necesarios para acoger a la familia de Brandon.

Aurora bajó corriendo las escaleras, lo que le valió una regañina de su suegro, pero estaba tan contenta que no le importó, aunque se moderó cuando estuvo delante de sus hermanos porque no quería avergonzarlos, sin embargo, no pudo evitar besarlos y abrazarlos. El duque carraspeaba ceñudo, pensaba que tanto besuqueo no era decoroso, no obstante, ella hacía oídos sordos a sus comentarios sobre el saber estar de una mujer de su rango. El duque no se amilanó por la indiferencia que ella mostraba a sus consejos, y con gran rigurosidad la amonestó.

—Jovencita, ha de comenzar a comportarse con corrección, tanta muestra de afecto en público no es aceptable, no ha de olvidar su condición, marquesa.

Aurora odiaba el título, así que decidió castigarlo de la forma que más detestaba él, o eso pensó ella. Se dio la vuelta y lo abrazó y besó cándidamente.

—Gracias *daddy*, es un honor para mí que se preocupe en corregirme. Eso muestra que me tiene afecto, y se lo agradezco sinceramente —ella seguía abrazando al duque, y Justin pudo ver

un brillo de complacencia en los ojos su padre.

Se quedó asombrado, así que el estirado duque la acicateaba para recibir él mismo un poco de afectuosidad. ¡Quién lo hubiera dicho! Tanto quejarse por la actitud excesivamente cariñosa, y solo pretendía que lo hiciese partícipe de su zalamería, ¿lo habría adivinado ella? La vio sentarse en medio de sus hermanos y acribillarlos a preguntas. La había decepcionado que su padre no hubiese venido a verla, ni su aya. Ellos le habían explicado que ambos se encontraban en Londres, estaban acondicionado la casa que tenían en Hyde Park, y esa explicación la tranquilizó. Hacían un cuadro raro los cuatro, pero él veía muchos de los rasgos del marqués en ella: el color cobrizo de su cabello, la sonrisa deslumbrante, y un hoyuelo que se le formaba en la mejilla izquierda cuando reía, el mismo que el de su hermano Andrew. Lo estaban excluyendo de la conversación, y eso le molestaba porque quería formar parte de todo lo que le interesaba a ella. No había vuelto a hacerla suya, la reticencia de ella lo frenaba. Quería darle tiempo a que aceptase su condición de casada, aunque eso le estaba haciendo una mella muy profunda. Siempre se encontraba loco de deseo. Y las noches las pasaba en vela oyendo su respiración, velando su sueño en silencio. Se había quedado dormida una vez casi encima del duque, cuando éste la instruía sobre el arte de servir el té correctamente, como si a ella le importase la forma de colocar la muñeca para que no cayese ni una gota fuera de la taza. Rio por este último pensamiento, y al momento se quedó consternado porque todos lo miraban fijamente, le habían preguntado algo, y él no sabía qué.

—Perdonadme, estaba distraído.

Aurora alzó sus dibujadas cejas en actitud interrogante.

—Christopher quiere aparear mi semental con las yeguas que hay en las caballerizas de Whitam Hall, le he dado mi permiso, pero dice que necesito el de mi esposo, y yo me he reído por lo absurdo de su comentario.

—Todo lo que es tuyo es mío por derecho de esponsales —la acicateó sabiendo que de un momento a otro afloraría el carácter belicoso de ella.

Aurora meditó esas palabras un largo instante, las asimiló, y sonrió de oreja a oreja, desconcertándolos a todos por lo imprevisible que se mostraba la mayoría de las ocasiones.

—¿Se me permite hacer regalos personales? ¿Algo que yo posea? —preguntó directamente a Justin.

—Por supuesto, lo único que no puedes regalar son las joyas de la familia que habrán de pasar a nuestro primogénito.

Aurora se miró el dedo anular derecho donde descansaba el sello que le había puesto Jamie la tarde de su boda, y todos vieron cómo entrecerraba los ojos y especulaba, Justin sintió un escalofrío. No hizo falta que fuesen muy perspicaces para comprender lo que pasaba por la cabeza de ella en ese momento.

—¡Christopher voy a regalarte mi caballo Olé!

Todos exclamaron sorprendidos, y Justin chasqueó la lengua. Si no la sujetaba a ella...

—No te está permitido regalar tu caballo, puedes regalar esos chuchos pulgosos que tienes, pero no tu semental.

La superioridad en el tono de Justin la sacó de sus casillas.

—Es la cosa más absurda que he oído en mi vida, si puedo regalar mis perros, bien puedo regalar mi caballo.

Justin negó de forma enérgica, ella miró a su hermano mayor.

—Creo que necesito los consejos de un abogado.

—Pero si tienes abogado —le informó Christopher—, nuestro padre se encargó de ello. Te asignaron a Harold del bufete de Fraser&Morrison.

Justin gimió por lo bajo, era el mejor bufete de toda Inglaterra, John sabía hacer las cosas bien.

—¡Tengo abogado! —Aurora no le quitaba la vista a su esposo—. Justin... prepárate, y no me refiero a la infusión que tanto os gusta.

Solamente el duque supo apreciar las bromas de ella. Estaba intentado arrancarle a su primogénito la capa de complacencia que tenía pintada en la cara, y decidió seguirle la corriente porque se estaba divirtiendo mucho.

—Prepárate, no es lo mismo que prepara té... muy ingenioso, marquesa —le hizo una inclinación de cabeza y le sonrió.

Justin no daba crédito a sus ojos, todos se habían vuelto locos, y la seriedad volvió a instalarse en su rostro.

—No puedes regalar nada, recuerda, querida, que todo lo tuyo es mío —le sonrió con autosuficiencia.

—¿Es recíproco? —hizo la pregunta mirando a su suegro que le hizo un encogimiento de hombros que le arrancó una maldición apenas audible.

Aurora se despertó desorientada por el griterío que escuchaba en la casa, se reincorporó como un resorte en el lecho. Estaba en la alcoba de Justin, y no en el salón donde se había recostado un momento. Su esposo dormía plácidamente junto a ella, apartó la mano de su vientre, y se levantó a espiar lo que ocurría. No entendía el lenguaje tan extraño que se hablaba, y, de pronto, sintió miedo porque sabía lo que ese lenguaje significaba para ella.

Justin la vio espiar por entre la hoja entreabierta de su alcoba, había abierto una pequeña rendija, y miraba con curiosidad el bullicio del pasillo. Se levantó, y, con mucho cuidado, se acercó a ella, posó sus manos en sus hombros y terminó por darle un susto de muerte. Ella se volvió como un gato y le pegó un manotazo en plena cara. Al momento se quedó horrorizada porque no había sido consciente de lo que había hecho.

—¿Cuándo dejarás de maltratarme? —el tono burlón le indicó que no se había enojado a pesar de la bofetada.

—Ha sido un acto reflejo, es que me ha dado un susto tremendo.

Justin espió con ella por encima de su cabeza, y vio cómo su familia escocesa tomaba posesión de su casa, cerró la puerta de inmediato.

—¿Te apetece quedarte en la habitación conmigo y no salir hasta que se marchen?

Ella asintió de inmediato

—No te creía tan cobarde, Dawn.

—Mi aya siempre dice, «más vale un cobarde vivo que un valiente muerto».

Justin la miró negando, era más difícil ganarle una discusión a ella que cambiar una ley en el parlamento.



## CAPÍTULO 19

Era la hora de la cena y Aurora no había dado señales de vida. Se había encargado de dar las pertinentes instrucciones al servicio para que todo estuviese en orden. Justin nunca pensó que ella estaría capacitada para ocuparse de todo con la eficiencia y aptitud necesarias en alguien de más edad. La abuela y la aya de Aurora habían hecho un trabajo formidable. Las comidas en los días sucesivos estaban supervisadas. Los dormitorios distribuidos y equipados con todas las comodidades posibles, además de detalles personales como flores, jabones perfumados, y fuentes con frutas variadas, nunca se le habría pasado por la cabeza agasajar a su familia escocesa de esa forma. Faltaban diez minutos para la cena, y ella seguía sin aparecer, oyó la puerta del dormitorio cerrarse suavemente y supo que había llegado. Cruzó la puerta que separaba las dos alcobas, y la vio muy cansada, estaba comenzando a desvestirse, el agua del baño estaba casi fría, pero a ella no le importó.

—He estado preocupado pues no sabía dónde te encontrabas. —Elena miró a lord Penword dudando entre dejarlos solos o seguir ayudando a su señora.

—Las obras de Redtower se han complicado un poco, he tenido que variar algunos cambios que tenía en mente —ella soltó un suspiro largo.

—Ya sabes que tengo interés en ver las remodelaciones que estás haciendo, me gustaría ayudarte y asesorarte.

Aurora lo miró, sabía que él no la creía con la capacidad suficiente como para ocuparse de algo que tuviese que ver con la arquitectura, si bien no se molestó porque la actitud de Justin era lógica.

—Y se lo agradezco, sin embargo, es algo que deseo hacer sola.

Él, no tenía intenciones de marcharse todavía, se acomodó en el sillón, y esperó a que ella terminara de vestirse. Miró el vestido de color tierra que estaba encima de la cama, y frunció el ceño.

—Hoy me gustaría verte con otro color.

Aurora pensó que no había nada como un hombre ocioso, no obstante, como no tenía ganas de una lid conyugal, accedió.

—Elena, hoy me pondré el de seda azul marino —Aurora miró a su marido de forma adusta—. Como puede apreciar, no puedo escoger mucho entre la ropa porque esta enorme barriga me lo impide, y es poco caballeroso por su parte sugerir lo contrario.

La regañina surtió el efecto deseado. Justin se sonrojó porque no había tenido en cuenta ese detalle que ella le había mostrado tan célebremente. La vio secarse y desenredarse el cabello con la ayuda de su doncella. Una vez que estuvo vestida, la admiró. El vestido estaba ceñido hasta los pechos, y, por debajo de ellos, la amplia falda disimulaba a la perfección su estado. Las mangas en forma de campana, y de una finísima gasa, terminaban en los puños dándole un aire medieval. El escote redondo estaba ribeteado con un encaje color plata que le gustó mucho, miró su esbelto cuello, y le sonrió.

—Tengo un regalo para ti —le alcanzó un estuche alargado de color rubí intenso, ella lo abrió, y vio los hermosos prendedores en forma de estrella, se quedó sin aliento. Había un total de seis, le sonrió agradecida, y se los dio a Elena para que se los prendiese en el pelo.

—¿No piensas llevar ninguna joya? —Justin la miró incrédulo.

—Los prendedores son suficiente adorno. —Él, miró sus muñecas ausentes de pulseras, sus encantadoras orejas vacías, y arrugó el ceño.

—Pues creo que necesitas algo más, una mujer de tu posición...

Ella alzó la mano y lo hizo callar con un gesto negativo de su cabeza.

—Sigo el sabio consejo de mi abuela: «En la veintena solo perlas, en la treintena, solo diamantes, en la cuarentena, zafiros, y, a partir de los cincuenta, todo está permitido».

Justin rio.

—Pues tus prendedores son de diamantes y no de perlas para que lo sepas.

Justin casi la iba arrastrando por el hall de la casa. Los pies de ella parecía que se negaban a cooperar. Antes de cruzar las dobles puertas que daban al salón, se paró, inspiró profundamente, cerró los ojos, alzó el mentón, y sonrió en el mismo momento que ambos hacían su entrada triunfal. Las enormes arañas la deslumbraron. Había tantos invitados que se cohibió, pero Justin la izo avanzar junto con él hasta el sitio donde estaba el duque. Solo hubo un breve tiempo para las presentaciones pues la cena estaba a punto. Aurora miró inquisitivamente a las dos escocesas que la miraban con tanto descaro que rayaba en la impertinencia. Ambas eran rubias, y con los ojos más verdes que hubiese visto nunca.

Miró a la esposa de Diego un breve instante, el suficiente para notar su vientre, menos abultado que el de ella, pero prominente también. Su estado no la sorprendió, Jamie se lo había dicho, y ella lo había aceptado, aunque no pudo esconder un instante de envidia por lo que eso significaría para su vida y la del hombre que amaba. Habló muy poco durante la cena que fue un éxito. Después que la cena hubo concluido, sintió la necesidad de respirar un poco de aire fresco. Cuando todos en el salón hablaban animadamente, aprovechó un momento para escabullirse a los jardines en silencio. Había sido muy duro evitar los continuos acercamientos de la esposa de Diego, y por ello necesitaba recomponer su control. La oscuridad del jardín la atraía, pero no se atrevía a alejarse demasiado porque la echarían en falta. Tras unos momentos de quietud, se dio la vuelta para entrar de nuevo en el amplio salón. Subió los cuatro peldaños, y, entonces, una voz que detestaba con toda su alma, la sorprendió en el último escalón.

—Mi primo debe cuidarte bien porque estás más bella que nunca. —Ella se volvió y miró al gigante escocés que estaba sentado en la balaustrada de mármol en actitud desafiante. No lo había visto durante la cena. Lo ignoró, y comenzó a avanzar hacia el salón—. Espero que me des una hija. —Esa frase sí logró su atención y consiguió detenerla.

Se giró, y lo miró con tanto encono que, si las miradas fuesen puñales, Brandon hubiese servido de colador en la cocina de Crimson Hill.

—¿Y por qué supone maldito bastardo que tendrá algo que ver con mi hija? —ni la boca de una serpiente mordería de esa manera.

—Justin no te ha hablado del acuerdo. —Esto la envaró, pero, siguió callada—. Tu hija, en el caso de que tengas una hija, se casará con mi primogénito Ian que tiene ahora ocho años.

Aurora desconocía que el escocés tuviese un hijo.

—¡Ni estando muerta conseguirá emparentar con mi familia! No, después de lo que hizo.

Ella recordaba perfectamente lo que ese hombre le había hecho a su futuro y al de Diego. Mirarlo era un insulto.

—Pronto aprenderás que las mujeres en Inglaterra no tienen capacidad de decisión.

—Ciertamente, pero yo no soy inglesa, y jamás permitiré una unión de esa índole.

—No tienes decisión en esto.

La rabia la había acercado tanto a él, que casi lo podía tocar con el aliento. Aurora lo miró tan fieramente que a Brandon se le erizaron los pelos de la nuca. Observó los ojos femeninos que relucían como ascuas ardientes, y, tan enardecidos, que él pensó si no habría atizado demasiado su genio para su perjuicio.

Aurora lo observó, de la misma forma que observaría a un escorpión que se pica así mismo para no ser mordido por el fuego. Todo en él la molestaba. La reducía a una rendija rencorosa, y ello la mortificaba hasta lo indecible. Él, alargó la mano para coger la suya, y, en un acto reflejo, con la derecha le propinó tal puñetazo en la nariz, que le hizo perder el equilibrio. Brandon era muy grande, pero el puñetazo lo pilló desprevenido y lo desequilibró, se caía hacia atrás, y solo atinó a intentar sujetarse de ella para evitar la caída. La arrastró consigo. Demasiado tarde comprendió que, aunque la balaustrada apenas tenía un metro y medio de altura, ella podría hacerse mucho daño. Intentó protegerla con su cuerpo evitando que se golpease el vientre con demasiada fuerza. Aurora gritó mientras caía al vacío con el escocés, pero él en la caída, había conseguido ponerla de lado para evitar que su barriga impactase con su estómago causándole un daño que podría resultar fatal para el bebé. Cayeron entre los rosales, y las ramas y pinchos les rasgaron la piel y los inmovilizaron. Aurora tenía el pelo enredado entre los espinos y no podía mover la cabeza, aunque tenía que agradecer el haber caído en blando. El duro cuerpo masculino había amortiguado el golpe, y aunque sus brazos la protegían, no había podido evitar que las ramas espinosas le desgarraran el vestido y le arañaran las piernas y los brazos.

—¡Cabrón, desgraciado! —el cuerpo de ella parecía aceite hirviendo, lo quemaba.

—Si me muevo haré que las espinas se te claven más, y tengo mi trasero y piernas llenas de ellas. el Kilt no ha evitado que las espinas se ensañen a mordiscos con mi trasero.

Ella intentó moverse, pero las ramas enredadas en el pelo le tiraban como demonios, sentía las piernas escocidas, y se quedó nuevamente quieta llena de frustración.

—Juro que te mataré por esto —era tal el enfado que consiguió no darle el gusto a ese diablo de ver lo magullado que había dejado su orgullo.

—Vas a ser una consuegra peleon, y me gusta mucho. Y te ofrezco mi palabra, que tu hija en mi familia será respetada y amada.

Ella no lo creyó ni por un instante.

—¿Por eso tramaste y urdiste mi desdicha? ¿No hay suficientes mujeres en Inglaterra para tu hijo? —le preguntó sarcástica.

Brandon sopesó decirle la verdad.

—Las runas me dijeron que el español sería bueno para mi hermana, y me mostraron la alianza que establecería con tu familia. Ante todo, soy un laird responsable con mi pueblo, y su necesidad está por encima de la mía.

Brandon confió que la explicación la apaciguase, pero ella no quería seguir escuchando.

—Intenta soltarme el cabello, y me levantaré.

Oyeron a Justin llamarla desde las amplias cristaleras, y ambos gritaron al unísono. Ninguno de los dos pudo evitar una mueca ante la cara de estupefacción de Justin cuando los divisó a través de la blanca balaustrada. Bajó con rapidez los cuatro escalones que lo separaban de la rosaleda, pero antes de llegar a ellos, casi toda la familia salió al oír los fuertes gritos, y nadie supo quién de todos se había quedado más sorprendido ante el espectáculo que daban los dos tirados y enredados entre los arbustos, en una maraña de piernas y ropa.

Justin hervía de furia mientras rompía las ramas enredadas en el pelo de su mujer. Vio los arañazos en sus piernas y brazos, y juró que su primo tenía los días contados. Entre Jamie y Justin lograron levantarla con cuidado, soltaron todas las ramas y espinas que la habían lastimado, y cuando al fin la dejaron libre, Justin agarró a su primo Brandon de la pechera y le soltó un puñetazo que lo volvió a lanzar de nuevo contra los rosales, le dio otro y otro hasta que sus primos Ian y Stephen consiguieron detenerlo. Parecía un toro embravecido.

—Tu mujer pega más fuerte —se burló Brandon que no se defendió porque había sido el

causante de la caída de su esposa, y era consciente de que le podía haber provocado un daño serio.

Justin se volvió para atacarlo de nuevo, pero Jamie y el duque lo tenían bien sujeto, y solo pudo mirarlo furioso.

—¡Márchate inmediatamente!

—¿Ni siquiera una explicación Brandon? Esto no es propio de ti —le pidió el tío con voz suave y apaciguadora.

Aurora decidió intervenir para calmar los ánimos.

—La culpa es mía. Necesitaba un poco de aire, y salí a los jardines a respirar cuando me sorprendió la voz de Brandon. Me encontraba en ese preciso momento sentada en la balaustrada, me asusté al oírlo, y me giré con tanto ímpetu que perdí el equilibrio. En mi caída lo arrastré conmigo —ella los sorprendió a todos con la breve explicación, aunque nadie la creyó en absoluto, pero no importó, no deseaba que el escocés se fuese porque había despertado su curiosidad y quería que le explicase muchas cosas. Brandon se quedó asombrado, ¿lo protegía?

Una mujer culpándose por sus acciones era nuevo para él.

Tiempo después, Aurora repasó palabra por palabra la explicación de Brandon sobre su implicación en la boda de su hermana y de Diego. A ella le dolía todavía la simple mención de ello, pero se recompuso. Él creía que tenía motivos que justificaban la poca ética de su actuación. Nada justificaba la traición, la alevosía que ambos habían mostrado para pergeñar su trampa. Le había hablado de las runas, unas piedras mágicas que predecían el futuro, ¡con lo escéptica que era ella para esas cosas!, aunque las respetaba. Su aya portaba una baraja donde leía el futuro cada vez que sentía una sombra de inquietud en su alma. Brandon necesitaba un hombre íntegro con conocimientos. El norte era un lugar duro, lejos de todo y donde los hombres debían ser cabales y firmes. Diego cumplía todas y cada una de esas expectativas.

Aurora miró los feos morados que se le habían formado en las heridas de los brazos a causa del incidente de la rosaeda. Justin seguía hecho una furia. En la casa reinaba un ambiente tenso, y ella se escapaba casi todos los días a Whitam Hall. Justin se enfadaba con ella por la cantidad de horas que pasaba en la propiedad de su padre, pero John y Eulalia no habían regresado todavía de Londres, y ese detalle la desconcertaba. Nunca había pasado tantas semanas sin la compañía de su aya, y un cierto descorazonamiento la abatía al pensar que quizás ya nunca estaría con ella como antaño. Y su tío seguía sin llegar a Inglaterra. Su enorme barriga la hacía pesada y lenta, y las largas noches sin apenas descansar le estaban pasando factura. Subió los cuatro peldaños que la separaban de la enorme puerta de entrada, y, antes de golpear con la aldaba, el mayordomo de Whitam Hall, Marcus, le abrió la pesada hoja de madera. Cómo sabía él la hora en que ella llegaría a la casa cada día, la llenaba de perplejidad.

—Hoy está muy atractivo, Marcus, cada día se le ve más joven y ágil.

El hombre asintió con la cabeza, y ella sonrió. Sabía que el mayordomo no hablaba su lengua materna, y le gustaba adularlo sabiendo que luego sus hermanos le traducirían sus palabras causándole un sonrojo más intenso que las amapolas.

La precedió hasta el comedor circular, nombre con el que sus hermanos habían bautizado la habitación que ella había escogido para las comidas informales. El enorme comedor de la casa se mantenía para las ocasiones. Vio a sus tres hermanos, y al primo Guy, devorando un típico desayuno inglés. Se acercó al enorme aparador y se sirvió un gran plato de macedonia de frutas con crema agria, siempre había una fuente de fruta troceada y macerada con miel y canela para

ella en la casa, y una vez que se hubo sentado, le quitó a su hermano Andrew unos deliciosos cruasanes rellenos de mantequilla y mermelada de moras. En sus paseos las había descubierto por casualidad: enormes zarzas repletas de moras negras, y el cocinero le solía preparar mermeladas y tartas con ellas. Andrew no se molestó porque su hermana le robase de su plato los cruasanes, hoy había cogido bastantes de la fuente porque sabía que ella se los quitaría en cuanto se sentara, era ya como un ritual entre ellos.

—¿No te dan de comer en Crimson Hill? —inquirió Christopher.

La pregunta burlona de su hermano mayor no la preocupó en absoluto. Lo miró, y le sonrió. Si su hermano supiese que casi pasaba hambre para complacer al duque, sonreiría con petulancia, pero ella solía escaparse a la cocina y llenaba su estómago con comidas que le preparaba Luisa a escondidas. Había tomado la costumbre de bajar a la cocina a media noche, y se comía todo lo que Luisa le dejaba preparado.

Con el embarazo siempre estaba famélica.

—Está llena de escoceses, como bien sabes —todos mascullaron por lo bajo salvo Christopher—. Y me niego a mirar como devoran vísceras de animal por las mañanas, hace que se me quite el apetito durante todo el día —recordaba las náuseas que le provocaron el olor de los *Haggis* escoceses.

—Dawn, deberás controlar lo que ingieres porque creo que vas a estallar un día de estos. Estás enorme —Guy miraba sorprendido el enorme vientre de ella que le impedía acercarse a la mesa—. ¿Estás segura que te faltan tres meses para dar a luz?

Los hermanos se sentían incómodos con este tipo de conversación tan femenino, pero estaban preocupados por ella.

—Dos y una semana, pero creo que esta niña pesará casi tanto como yo cuando nazca, porque es enorme —Aurora miró el plato de su hermano mayor, y arrugó la nariz—. No sé cómo puedes comerte eso a esta hora de la mañana. —El plato de salchichas, huevos, bacón, y riñones le parecía demasiado.

—Estoy levantado desde el alba, y, como sabes, tengo que trabajar duro por eso estoy muerto de hambre.

Casi había devorado su desayuno, pero seguía teniendo más apetito, volvió a levantarse y miró nuevamente las grandes fuentes del aparador. Divisó una que tenía sándwiches de pollo frío con queso, y se decidió por uno de estos, volvió a sentarse y cuando vio que sus hermanos tenían la boca llena les espetó.

—Esta noche hay una fiesta en Crimson Hill, y vais a venir todos —informó

Los cuatro se atragantaron a la vez. Tosieron de tal forma que se les escaparon las lágrimas, ella sonreía de oreja a oreja por el resultado obtenido.

—Eres una hermana cruel y vengativa —Arthur la miró con censura.

—No pienso pasar por este trago yo sola. Puesto que padre y Eulalia no están, es vuestra obligación procurar mi comodidad, y mi comodidad pasa porque esta noche estéis conmigo frente a esa legión de escoceses bárbaros, bueno, no tan bárbaros.

—Deberíamos enfadarnos por tu manera de referirte a los escoceses, pero la verdad es que no podemos porque pensamos igual que tú —dijo Andrew guiñándole un ojo.

—Vosotros los españoles también tenéis vuestros salvajes particulares, así que yo no alardearía tanto —le espetó Christopher—. ¿O un bandolero no es un salvaje?

Ahora fue Aurora la que se atragantó con el té, sabía a lo que se refería su hermano Christopher.

—Sé de guerrilleros que han luchado contra soldados de Napoleón tan solo con piedras, y eso,

estimada hermana, es de ser salvaje por naturaleza —Apuntó Andrew.

Ella estaba en total desacuerdo.

—Salvajes es ir en faldas y con el culo al aire en esta fría isla manejada por la mano del diablo.

—No es una falda sino un Kilt, se llama Kilt, un escocés te desollaría viva por esa observación —Arthur la corrigió paciente.

—Ya lo hizo Brandon, pero me sigue pareciendo una falda.

—¿Has terminado las obras en Redtower? —Christopher hizo la pregunta intentando cambiar de conversación.

Aurora meditó un momento la respuesta.

—Estoy teniendo muchos problemas con Justin y el duque impidiéndoles la entrada. Ambos creen que una mujer no entiende de reformas de esa magnitud.

Los cuatro le sonrieron con complacencia, como si entendieran la postura de Justin y el duque.

—¿Le has cambiado el nombre a la torre? —preguntó Andrew.

—Por supuesto que no —respondió veloz—. Se llama: La Torre Roja de los Velasco, solo he alargado un poco el nombre original.

—Pues yo estoy deseando ver los cambios —Andrew era sincero en sus palabras, Aurora se levantó.

—Me marchó, pero regresaré a tiempo y espero verlos a todos esta noche en Crimson Hill —no les dio tiempo a responder, recogió su falda turquesa y se marchó dejándolos pensativos. Andrew la alcanzó antes de llegar a la puerta.

—¿Me dejas que te acompañe? Me encantaría ver las obras.

Aurora le sonrió, recogió la cesta que le había preparado el cocinero para el almuerzo, y se la pasó a su hermano.

## CAPÍTULO 20

Justin hervía de cólera cuando cruzó la puerta que comunicaba las dos alcobas. Nunca sabía con seguridad dónde solía pasar su esposa tantas horas al día. Tendría una conversación seria con ella, pero se había vuelto a quedar dormida en el baño, esto consiguió apaciguar en parte su furia.

Ignoraba dónde estaba Elena, pero se olvidó de la sirvienta al momento de mirarla. La deseaba con desesperación. La abstinencia no le sentaba bien, y tendría que hacer algo drástico al respecto. Se desabrochó el chaleco y se remangó las mangas de su blanca camisa de hilo hasta el codo. Se inclinó y comenzó a enjabonarla suavemente, ella despertó de inmediato.

—¡Puedo hacerlo sola! —la voz sonó realmente molesta porque últimamente se dormía en cualquier lugar.

El pesado vientre la molestaba y le consumía todas las energías.

—Como no está tu doncella, he decidido ayudarte.

—La envié a la cocina para que me trajera unas flores de manzanilla. —Los ojos de Aurora recorrieron la estancia, pero no vieron a Elena.

—Te hemos extrañado en el almuerzo.

A ella le preocupó el tono conciliador de Justin.

—He estado en Redtower y he almorzado con mi hermano Andrew. —Aurora se relajó ante las suaves fricciones que él le daba—. Casi han terminado las reformas y me siento muy orgullosa del resultado. Espero los muebles que encargué.

Justin se relajó al ver el entusiasmo con el que hablaba.

—Espero que hoy te pongas el vestido que te regalé, la modista se dio mucha prisa para terminarlo a tiempo.

Aurora contempló el bello vestido de seda color aguamarina que descansaba bien alisado en la enorme cama. El corte estaba pensado especialmente para una embarazada, ya que conseguía ocultar bastante bien la amplitud del vientre.

Siguieron conversando sobre las reformas, y después sobre la cena, cuando se dio cuenta, Aurora estaba vestida, Justin la había ayudado a vestirse mejor que su doncella, solo quedaba el pelo, pero él le pidió que se lo dejase suelto, Aurora accedió. Justin sacó un estuche que contenía una hermosa tiara de perlas diminutas. Ella solo pudo aceptar con una sonrisa. Justin era muy posesivo, pero la trataba con ternura a pesar de las circunstancias, y ella confiaba que esa actitud no cambiase porque la hacía sentir segura.

Los salones de Crimson Hill resplandecían, Aurora ignoraba de dónde salía tantos invitados porque seguían estando en el campo, aunque no olvidaba que su suegro era un duque muy importante e influyente, no solo entre la nobleza sino en el parlamento. Miró con afecto genuino a sus tres hermanos que eran en verdad apuestos: Altos, rubios, de complexión musculosa. Una sonrisa fraternal asomó a sus labios cuando divisó a su cuñado, había encontrado en él a un verdadero amigo, y, aunque en ocasiones lo notaba nervioso por su tendencia a acercarse a él excesivamente, hacía todo lo posible para que ella se sintiera cómoda. Era la única persona que no le había dicho ningún comentario hiriente o burlón. Jamie, sin proponérselo, se había ganado su gratitud. Se soltó del brazo de Justin y anduvo los pasos hasta llegar a sus hermanos.

—No debes desairar a tu esposo —la recriminó Christopher cuando llegó hasta donde estaban ellos de pie.

—Solo pretendía daros la bienvenida —se justificó ella.

—Has de esperar a que él te escolte, y debes darle la bienvenida en primer lugar a la familia

de tu esposo.

Esto escapaba a la comprensión de Aurora.

—Mi familia sois vosotros, que al fin y al cabo nos unen lazos de sangre, no los escoceses —respondió en voz baja.

—En Inglaterra las costumbres son diferentes —Andrew le colocó un rizo detrás de la oreja de forma cariñosa—. Debes cumplir el protocolo como marquesa y futura duquesa.

Ella suspiró. Escuchaba esas palabras y se le encogía el corazón. Nadie la había preparado para representar un papel tan encorsetado.

—Estas normas me parecen tontas —la determinación en la voz le arrancó a Christopher un improperio.

Arthur la sujetó de forma cariñosa por el codo.

—Pero hoy las cumplirás —Arthur la condujo de nuevo hacia Justin, y ella vencida se dejó guiar por su hermano.

Jamie se apiadó de ella y le susurró al oído que su desliz había sido perdonado por su condición de extranjera. Justin seguía mirándola ceñudo, pero la fue guiando en las presentaciones, Aurora aceptaba con gracia todas las reverencias que le hacían, minutos después se sintió muy acalorada, miró su enorme barriga, y sintió deseos de refrescarse. Se disculpó un momento con su hermano Andrew que no se había separado de ella, y se marchó a su alcoba para mojarse el rostro. Cuando se encontraba bajando las escaleras, escuchó gritos furiosos, y una voz que amaba muchísimo, logró que un escalofrío de dicha la recorriera de pies a cabeza. Bajó todo lo deprisa que le permitía su pesada barriga, pero todavía no había alcanzado la puerta del salón, cuando vio a Justin aterrizar sobre el suelo. Había una pelea en los grandes salones. Los ingleses hicieron una piña alrededor de Justin. Brandon, Jamie, y los dos primos escoceses intentaban frenar los puñetazos del noble español, pero era un soldado acostumbrado a luchar. Aunque la desventaja numérica era mucha, el hombre arremetía con una furia ciega. El resto de invitados estaban escandalizados. Cuando el filo de una espada amenazó la nuca del conde, Rodrigo paró en seco. Inmediatamente lo apresaron y lo inmovilizaron, Aurora ya no pudo contenerse más. Cruzó corriendo los pasos que la separaban de él, y se lanzó a besarlo.

—¡Soltadlo! —nadie la escuchó—. ¡Soltadlo ya! —pidió mirando a Justin, pero su esposo negó con la cabeza.

—Ha invadido una propiedad privada, y ha amenazado y golpeado a un noble inglés —explicó Devlin que no entendía quién era ese hombre, y por qué motivo había golpeado a su primogénito.

—¡Es mi tío! —exclamó atónita.

¿Acaso no veían el parecido entre ambos?, se preguntó.

—Nos marchamos ahora mismo —Rodrigo logró zafarse de las manos que lo mantenían sujeto, y vio como uno de los ingleses agarraba a su sobrina y la retenía.

—Ella no puede marcharse —las palabras de Justin le hicieron entrecerrar los ojos a Rodrigo—. Este es su hogar, y ahora nosotros somos su familia.

Aurora intervino.

—¡Por Dios, soltadlo! —ella intentaba liberarse de las manos de Justin sin conseguirlo.

Él seguía sujetándola por los hombros. Rodrigo entrecerró los ojos.

—Suéltala inglés, y es posible que vivas hasta mañana.

La voz del español tenía la candencia de la muerte silenciosa.

—No abandonará Crimson Hill —ante la negativa de Justin, Aurora lo miró llena de impotencia.

Observó a su tío con una ternura tan profunda, que verlo amenazado con una espada hiriéndole



el cuello, la llenó de una furia ciega

—Justin, solo quiero hablar con mi tío, prometo que no me marcharé.

—¿Tengo tu promesa de no abandonarás Crimson Hill?

Justin veía en los ojos del español que Aurora se marcharía con él. Cuando el conde llegó de improviso a la fiesta, no se presentó, se dirigió directamente hacia él, y lo golpeó. Como no se esperaba ese ataque, no pudo evitar caer al suelo. Lo que había sucedido después seguía confuso en su cerebro. Había temido la llegada del tío de ella, y había resultado tal y como había esperado.

—Ni mi tío ni yo abandonaremos la casa —con esas palabras había conseguido aplacar los ánimos de los dos.

La entrada abrupta de John Beresford junto con su aya, Diego, y varios hombres armados de su tío, hizo inclinarse la balanza hacia el otro lado. Al momento, el ruido de espadas que se entrecrocaban resultó ensordecedor. ¡Espadas en una fiesta! ¿De dónde habían salido los soldados ingleses que se batían con los españoles? El enorme salón había quedado dividido en dos bandas claramente diferenciadas en número, y miró desafiante hacia sus hermanos que no participaban, habían elegido la neutralidad. Su padre la sujetó por los hombros y la apartó de Justin que daba órdenes para que dejaran de luchar, pero con el ruido de las espadas, los insultos y los gritos que proferían los hombres, no se le escuchaba. Aurora lo miraba todo con horror, y, de pronto, divisó a su abuela justo enfrente donde tenía lugar la pelea. Su abuela la miraba con unos ojos llenos de un profundo arrepentimiento. Ella, no pensó ni por un instante que intentar alcanzarla podría resultar mortal entre los hombres que batían sus espadas con una fuerza implacable. Ya no escuchaba, solo tenía ojos para ella, y, antes de que la cordura hiciese mella en su cerebro, comenzó a recorrer los pasos que las separaban. Casi había llegado, casi podía rozarla, pero de pronto sintió el acero frío atravesarle la tierna carne, y, aun así, no se detuvo, solo quería alcanzarla para poder encerrarse entre sus brazos. Ya estaba junto a ella, pero antes de alzar la mano para acariciarla, la herida recibida le provocó un gemido, cayó de rodillas al suelo.

Justin la miró: el vestido aguamarina de Aurora lucía una flor de sangre a la altura del pecho que no presagiaba nada bueno.

El doctor acababa de llegar. Eulalia había limpiado la herida que tenía una profundidad alarmante, rogaba para que ningún trozo de tela se hubiese quedado dentro, pero solo podía rezar, y rezar era lo único que había hecho desde que había puesto un pie en esa maldita isla. La casa había quedado en silencio salvo por los sollozos de una abuela inconsolable. Lo que había comenzado como una fiesta familiar, se había tornado en un duelo.

La habitación de Aurora era un trasiego de pies corriendo de un lugar a otro sin pararse en ningún sitio. El doctor daba órdenes que eran cumplidas de inmediato, pero ello no aliviaba la enorme carga de culpa que pesaba sobre todos.

Rodrigo, de pie a un lado de la enorme chimenea, miraba a Justin con una frialdad que provocaba escalofríos, y Justin le devolvía la mirada con la superioridad propia de su rango. No se dirigían la palabra, las miradas bastaban y decían todo aquello que callaban. Rodrigo necesitaba mantener las manos ocupadas o haría algo de lo que después se arrepentiría sin duda. Jamie se había encargado de apaciguar al resto de la familia, y les había pedido que dejaran la casa, él les mantendría informados de todo. Mandó a la servidumbre que recogieran todo con el máximo silencio posible, y mientras esperaban, sirvió a la mayoría de los hombres copas de coñac bien cargadas.

Justin vació la suya de un trago. Rodrigo no cogió la suya, seguía con la mirada clavada en el inglés decidiendo si valdría la pena matarlo ahora, o esperar a que Aurora se lo pidiese. Sentía una rabia incontenible. La entrada del doctor a la sala los había dejado expectantes. Miró todos los rostros decidiendo a quién debía informar del estado de la dama.

—Lord Penword, la herida está limpia y suturada, aunque me temo que se ha adelantado el parto. Preveo que faltarán todavía algunas horas, y me he tomado la libertad de hacer llamar a una comadrona, también a una niñera.

—¿Se encuentra bien la señora? —no había sido Rodrigo quien había hecho la pregunta sino Diego.

—La marquesa trae mellizos, y temo que surgirán complicaciones —el doctor se giró hacia Justin—. Milord, ¿si hubiese que elegir?... —dejó la pregunta inconclusa, y Rodrigo no fue capaz de asimilarla.

—¿A qué se refiere con elegir? —inquirió, y el doctor lo miró extrañado.

—En partos múltiples se puede dar la circunstancia de que haya dos sexos diferentes, solo pretendía constatar con lord Penword la necesidad de elección por el varón debido a la herencia en caso de que no fuese posible salvar a los dos niños.

Rodrigo lanzó un ronco bramido de furia, agarró al doctor por el cuello. Diego y Christopher lograron soltar sus manos antes de que se lo partiese.

—Suba allí arriba, haga su trabajo, y si deja morir a alguno de mis sobrinos, juro que le cortaré el cuello.

—Diego —el mencionado miró a Rodrigo—, Jared se hospeda conmigo en la posada Hartley, deseo que vayas por él, con caballos frescos puedes estar allí en una hora, y en poco más de otra aquí —Diego hizo una inclinación de cabeza y se dio la vuelta para marcharse cuando Christopher y Andrew le pidieron permiso para acompañarlo.

Violet Cassandra, la esposa de Diego, lloraba su infortunio pues él no la había mirado ni un instante. Comprendía su desprecio, pero no por ello se conformaba. Había visto el dolor en los ojos de él mientras veía caer a su prima. La lucha sería dura, pero ella no se daría por vencida, le demostraría sus profundos sentimientos, y, gracias al hijo que venía en camino, esperaba ablandar su corazón hasta conseguir su perdón. Sufría por Aurora, confiaba que en un futuro no muy lejano olvidase su traición, y la volviese a mirar con ojos de bondad. Rezaría por su recuperación cada día mientras purgaba su desolación interna, y rogaría por su vida y la de su hijo.

A Justin el alma se le había vuelto árida. Por dos veces la vida de su esposa corría peligro, y su inminente paternidad lo cubría de incertidumbre. No había visto quién la había herido porque John la había apartado de su lado, pero cuando escuchó el grito de la anciana, y la había visto caer, se le atenazó el corazón.

—Es hora de mantener una conversación.

María, la abuela de Aurora, los miró a todos con ojos helados. Como no hablaba inglés, decidió hacerlo en francés, lengua que dominaba.

—¡Madre!... no.

Rodrigo miró a su madre con ira contenida, pero la mujer no lo escuchó.

—Es hora de tomar decisiones, de pactar acuerdos, así que no vuelvas a decirme que no es el momento —lo censuró en español.

La anciana se veía soberbia, y mostraba un temple fuera de lo normal en una persona de su edad.

—Cuando mandé a mi nieta a esta isla, esperaba que la parte de su familia que no la conocía, llegase a valorarla y cuidarla con el mismo esmero y afán como lo hubiésemos hecho nosotros si

hubiese sido a la inversa. —María miró duramente a John Beresford que se sentía lleno de culpa por sus palabras—. A mi llegada, la encuentro casada sin nuestro conocimiento, también a punto de ser madre, lord Beresford, ¿cómo ha sido posible algo así? —John mantuvo silencio, María se enfrentó cara a cara con Justin.

—Comprendo su lengua —le dijo él.

María tomó aire.

—¿Se dejó seducir mi nieta? —Justin pensó que había llegado el momento de rendir cuentas, cuando iba a comenzar su explicación, su padre Devlin se lo impidió.

—Mi hijo casi pagó con su vida el compromiso adquirido con lady Beresford.

Devlin sabía utilizar la ventaja en su favor. Mencionando el apellido paterno de su nuera, desviaba la atención sobre su hijo y lo depositaba sobre el padre.

María insistió.

—¿Se dejó seducir mi nieta, lord Penword?

—Aurora siempre se opuso al compromiso —admitió Justin sin un parpadeo.

La voz del duque los volvió a interrumpir.

—Créanme si les digo que lady Penword, marquesa de Greenthorn, nunca proclamó ninguna ofensa contra su esposo. Mi deber es mencionarlo para ser justos.

Rodrigo se atragantó con la mención del título de su sobrina.

—¿Es válido el matrimonio? —Rodrigo hizo la pregunta directamente a John, que asintió levemente con la cabeza.

—Mi padre ya había reconocido legalmente a Aurora como hija legítima —Christopher, que hasta entonces se había mantenido callado, habló en defensa de su padre—. Creímos que era lo mejor para ella.

—¿Lo mejor para ella? —vociferó Rodrigo cada vez más colérico—. Aquí nadie la ha tratado con respeto ni ha valorado su opinión. Mi sobrina estaba enamorada de Diego. Ambos tenían mi beneplácito para la boda entre ambos. Ninguno de ustedes tenía autoridad para decidir lo contrario.

El gemido involuntario de la esposa de Diego les hizo volver la cabeza a todos.

—Queremos un divorcio amistoso —María intentó que su voz sonara lo más imparcial posible.

—¡No! —exclamó Justin—. Ningún Penword se ha divorciado jamás —María lo taladró con la mirada—, y presumo que un católico español tampoco.

—Doy por hecho, lord Penword, que mi sobrina no se ha casado por la iglesia católica, ¿cierto? Una ceremonia civil puede ser disuelta. Aurora volverá a Ronda.

Eulalia no pudo contener su lengua un momento más. Ella sabía que Aurora tardaría mucho tiempo en volver al reino de España.

—Aquí ya no necesitamos hablar de un hombre y sus pecados, ni de una mujer y sus deseos. Hay dos niños que vienen al mundo, y la obligación de todos es pensar en lo que es mejor para ellos.

—Lo mejor para esos niños es criarse en el reino de su madre —argumento María con voz pausada.

—Esos hijos tienen padre todavía, son hijos de Gran Bretaña, y aquí se quedarán, con su madre o sin ella —dijo Justin con los dientes tan apretados, que María pensó que se los partiría.

—Aquí solo se habla de los deseos de cada uno. ¿Quién habla de los deseos de Dawn? —Arthur parecía el único con un atisbo de sentido común—. Es de necios suponer, esperemos que ella exprese lo que siente, lo que desea su corazón, y entonces podréis hacer planes.

—¿Has dejado sola a mi nieta? —María estaba espantada mirando a Eulalia.

—*Jahivé* está inconsciente, solo pretendía informaros, pero no me he podido contener al ver la sarta de tonterías que se discutían en nombre de ella.

Eulalia les asestó con sus palabras una bofetada a todos.

La entrada apresurada de Diego, Christopher, y Andrew, seguidos por Jared los silenció. Justin escudriñó al doctor extranjero con cierto recelo. Las breves presentaciones no dieron lugar a una valoración más amplia porque el hombre no deseaba perder más tiempo del necesario con ellos. María lo acompañó a la alcoba de su nieta, y le dio un resumen de lo acontecido.

Mientras, Rodrigo explicaba a los presentes que su amigo Jared había tenido que abandonar el reino de España por las sospechas de traición a la corona que sobre él recaían. John ya lo había imaginado. También explicó su tardanza en llegar por culpa de la política, de las falsas pruebas que terminaban en arrestos.

María seguía en la planta superior hablando con el doctor.

—Cuánto me alegro de que estés aquí —le dijo María.

El doctor la miró sin un parpadeo.

—Tuve que elegir entre el exilio o la vida, y tu hijo me brindó la oportunidad de acompañarlo a Inglaterra.

—Me muero de preocupación por ella —María miró al amigo de su hijo, y que también conocía a su nieta.

El hombre apartó un poco los lienzos que la cubrían y apreció que el médico inglés había hecho un buen trabajo con la herida del hombro. Puso sus manos sobre el hinchado vientre de ella y notó las contracciones que indicaban que se había puesto de parto.

—Es demasiado pronto para que nazcan los niños, faltan más de dos meses, según me ha explicado Eulalia —María apenas podía hablar.

Había sido un error mandarla a Inglaterra, pero ella había tenido que huir de la ira de la corona.

—Suele ocurrir con los embarazos múltiples, sería muy difícil para la madre traer a dos hijos con su peso correspondiente.

—¿No estás preocupado? —María estaba incrédula.

—No.

Jared miró con afecto, a la joven muchacha que había traído al mundo.

—Eulalia —el médico se giró hacia la mujer—, ya sabe lo que necesito. ¿Dónde está mi colega inglés? —preguntó el doctor—. Cuatro manos siempre son mejor que dos.

—Va a traer a una matrona y una niñera. Cree que con dos bebés prematuros van a hacer falta mucho trabajo, y creo, por una vez, que un inglés tiene razón.

Jared sonrió la ocurrencia de Eulalia.

—Te extrañamos mucho en Ronda. Dejaste muchos pacientes huérfanos.

Eulalia se ruborizó.

—Los dejé en buenas manos, las suyas.

—También extrañan a tu ayudante —le dijo señalándole a la paciente que estaba en la cama.

—Todas las desgracias que nos suceden, son culpa de la corona —contestó la mujer morena.

—María, te necesito fuera, tus nervios solo entorpecen mi trabajo, y ya sabes que te mantendré informada de todo a su debido tiempo.

María aceptó, y salió de la habitación sin rechistar, Jared, con su voz tranquila y su carácter sereno, conseguía apaciguar todos sus temores.

El silencio en la casa resultaba desquiciante, cada uno en su sitio sin ceder ni un milímetro.

Rodrigo no le quitaba ojo a Justin. John miraba al duque con pesar pues la herencia de Clare solo traía desgracias a los Beresford. Pensaba en su hija, y en la ilusión que le hacía poseer Redtower, y, si no hubiese dado su palabra, se la devolvería a los Penword inmediatamente borrando cualquier acuerdo existente.

La esposa de Diego, sentada en una silla, miraba de hito en hito a su marido que la ignoraba de una forma tan descarada que las ilusiones se le estaban marchitando de forma alarmante. Brandon miraba a su cuñado, y, aunque comprendía su frialdad, su actitud lo llenaba de furia. Desde que había puesto un pie en Crimson Hill no le había dirigido ni una mirada a su hermana pequeña. Aunque fuese lo último que hiciese en su vida, le haría reconocer la obligación que había contraído con ella.

Unos gritos dolorosos provenientes de la habitación de arriba, hicieron saltar a Justin como un resorte. A grandes zancadas se dispuso a subir de inmediato a la segunda planta, pero unas manos lo detuvieron.

—Allí no puedes hacer nada, inglés, solo entorpecer, así que aguanta los nervios.

Justin miró los ojos de Rodrigo, del mismo matiz dorado que los de Aurora, y, aunque se moría de impaciencia y preocupación, asintió con la cabeza en un breve gesto de entendimiento. Escucharon discutir a los dos doctores, y María subió las escaleras a una velocidad impensable para una persona de su edad, Rodrigo y Justin podrían competir por ver quién de los dos se había quedado más sorprendido al emprender la misma carrera escaleras arriba que ella.

Eulalia los echó con cajas destempladas, salvo a María. Les informó que el doctor hablaría con ellos de inmediato, y los instó a que volviesen al gran salón y esperasen. Las horas pasaban con una lentitud desquiciante. El «inmediatamente» de Eulalia se había convertido en cuatro horas de amargo sufrimiento.

Ambos doctores hicieron su entrada en la sala, y todos se giraron impacientes.

—El parto se ha complicado, uno de los niños viene de pie, y mi colega de profesión no comparte mi opinión sobre el método a emplear.

El médico inglés se dirigió directamente a Justin como esposo y padre de los niños.

—Me siento insultado —se quejó—. Se pone en duda mi profesionalidad.

—¿Qué opinas, Jared? —Rodrigo no se dignó mirar al otro doctor.

—No se puede dar la vuelta al bebé, es muy peligroso. En demasiadas ocasiones el bebé muere por aplastamiento del cráneo o por rotura del cuello, y eso viniendo solo, imagina con dos, no hay espacio para darle la vuelta —la mirada del médico judío era seca cuando sus ojos se posaron en su colega inglés.

—Ya sabes que confío en ti —Rodrigo se fiaba del juicio y capacidad de Jared pues le había salvado la vida a su sobrina. Aurora fue un bebé muy grande, y su hermana Inés muy pequeña.

—Si no se le da la vuelta al bebé no solo va a poner la vida de la madre en peligro sino la del mellizo —el doctor inglés no daba su brazo a torcer—. Lo que viene de pies parece...

Rodrigo volvió a avanzar con cara de pocos amigos hacía el doctor, pero la mano de Jared lo detuvo.

—Siempre hay riesgos, amigo mío, pero yo deseo salvar a los tres, no me conformo con dos, ya me conoces. —Rodrigo asintió con la cabeza.

Jared miró a los presentes intentado averiguar quién sería el padre de los niños. Justin avanzó un paso, y le habló directamente sin pestañear.

—Estoy de acuerdo con usted, no me conformo con dos.

Jared Quenan no necesitó más aliciente, con un gesto apenas perceptible instó a su colega a que aceptara que ambos debían aunar conocimientos y ponerlos en práctica por el bien de sus

pacientes, y de la medicina.

La mañana llegó con un alba reluciente, pero los miembros de la casa no habían variado su postura desde la noche anterior. Todo seguía en silencio. Un ambiente de impaciencia cubría los rostros sombríos de los que esperaban. Los gritos cesaron cuando durmieron a la futura madre con belladona, y el desconocimiento de lo que ocurría en las dependencias superiores los llenaba de incertidumbre.

El llanto apenas perceptible de un recién nacido, hizo levantar la cabeza tanto de Justin como de Rodrigo, ambos se miraron larga y pausadamente. Se entendían con la mirada sin decir una palabra, pero el fuego de los ojos del español no se había apagado ni un ápice.

Diego se había pasado parte de la noche mirando a su esposa escocesa. El semblante de ella mostraba los signos del cansancio. Deseaba odiarla porque él debía ser el padre de los hijos de Aurora, tenía ese derecho más que nadie, pero y lo habían sesgado con una indiferencia brutal. Sentía el corazón desgarrado y dividido entre el amor y el honor. Un suspiro de resignación lo hizo levantarse y acercarse a ella, le tendió la mano, y la ayudó a incorporarse. Mostrando el amago de una sonrisa, le pasó el brazo por los hombros, y la sacó fuera de la sala. Tenían mucho que hablar, decisiones que tomar, y él era un hombre que no posponía sus batallas.

Brandon miró al oficial que sujetaba galantemente a su hermana, y la garra que le estrujaba el corazón lo soltó al fin para liberarlo de la duda que lo consumía. Había temido y rogado por ella, y al fin veía una luz en el túnel oscuro en el que se encontraba.

Justin miró a sus dos hijos sin creer lo afortunado que era. Ambos eran demasiado pequeños para él, pero el doctor lo había tranquilizado, le aseguró que había traído al mundo a niños más pequeños que los suyos. Ambos eran perfectos, hermosos como la madre. Se sintió encantado, la niña lo había cautivado desde el mismo momento que la vio. Jared le había explicado a grandes rasgos en qué había consistido el alumbramiento. Le había dado instrucciones precisas para que no permitiesen a la madre levantarse antes de diez días, y le mostró al heredero. El niño había nacido en segundo lugar así que su hermana le ganaba en diez minutos de vida. Según la bisabuela María, eran los dos niños más hermosos del mundo, y Justin estaba deseoso de que despertase la madre para darle las gracias.

## CAPÍTULO 21

Aurora sintió al fin la tierra firme bajo sus pies.

Durante días había creído que no podría ponerse firme jamás, y la recompensa había sido sus dos hermosos niños. Niños que a las cuatro semanas y media seguían sin nombre porque sus padres no se ponían de acuerdo. El duque era un hueso duro de roer pues se negaba en rotundo a que sus nietos llevaran nombres en español, y ella deseaba que no llevaran nombres ingleses. Miró de nuevo los rostros perfectos de sus hijos, y se asombraba del apetito insaciable que tenían. Habían contratado dos amas de cría porque ella no había sido capaz de alimentarlos a los dos, y se sentía satisfecha porque crecían de una forma sana y muy rápida. Acarició con suavidad la cabeza dorada de su primogénito. Ya se apreciaban en él los rasgos de su tío materno, opinión que discutía Justin de forma vehemente, los dorados ojos ambarinos eran los mismos de ella, para deleite de su abuela María. Pero la niña de pelo castaño cobrizo, y ojos de color plata líquida, era la debilidad tanto de los Penword como de los Beresford. Los cuatro tíos la custodiaban y la mimaban constantemente, hecho que ponía a Eulalia fuera de sí al tener que echarlos continuamente de la alcoba infantil. Solía regañarlos severamente por sus continuas peleas por cogerla, y Aurora los defendía porque creía sinceramente que los mimos y caricias no podrían perjudicarla.

La entrada de Justin en la alcoba la sacó de sus pensamientos.

—¿Están despiertos? —ella negó con la cabeza—. Hoy pienso ser el primero en abrazarlos, esa jauría Beresford me saca de quicio. —Justin se acercó silencioso hasta las cunas cercanas a los altos ventanales.

María insistía en la necesidad de que a los niños le diese la claridad del día, y el sol de la mañana, ambos habían optado por cumplir la mayoría de sus deseos sin rechistar. Era una mujer a la cual no se le podía discutir una orden sin salir perjudicado. Justin se inclinó sobre los bebés, y, sin mediar palabra con la madre, alzó a la niña y la acunó junto a su corazón. La meció con suavidad y una ternura inusitada. Aurora entrecerró los ojos al verlo, la preferencia tan clara sobre la niña le parecía inadecuada, debería regañarlo para que no desplazara al varón. Observó la amplia sonrisa que le prodigaba a la niña, las suaves palabras que le decía, mientras con el dedo índice le acariciaba la sonrosada mejilla, y se ablandó, le regañaría más tarde.

—¿Ha cambiado de opinión el duque? —le hizo la misma pregunta y a la misma hora.

—Mi padre no termina de aceptar que soy yo el que tiene la última palabra.

Aurora no pudo evitar sonreír.

—Disculpa Justin, pero los avatares que sorteé para traerlos al mundo, me dan el derecho sobre la decisión de sus nombres.

—Es hora de ponernos de acuerdo *sorceress*, han de ser bautizados.

—¿Cómo católicos? —preguntó con tiento.

—Como anglicanos —respondió seriamente.

—¿Y por qué no dejamos que crezcan y elijan ellos a qué iglesia desean pertenecer?

—Son ingleses, y han de ser bautizados como tal —Justin sonrió, y Aurora se cruzó de brazos.

—Tendrán las dos creencias —esas palabras sí consiguieron que Justin la tomara en serio—.

No comprendo por qué motivo le resulta tan desagradable que sean tanto españoles como ingleses, le recuerdo que está casado con una española.

Justin tenía sus motivos personales, y no capituló.

—Te di mi palabra de que serías libre si lo deseabas, pero mis hijos serán criados en

Inglaterra, y me gustaría que fuese con su madre. —Aurora se mordió el labio pensativa, en ese punto Justin era inamovible—. Y he de mencionarte que las mezclas de nombre no suenan apropiadas.

Así había descartado de un plumazo las sugerencias de ella.

—¿Qué tiene de malo llamarse Juan Rodrigo de Penword y Velasco? —Justin soltó un suspiro, volvió a dejar a su hija en la cuna, y la miró con sus ojos grises burlones.

—Te olvidas, querida esposa, que ahora eres una Beresford, con lo cual tu primogénito se llamaría John Roderick Penword Beresford. ¿No te parece algo pomposo? —Aurora arrugó la nariz de inmediato porque Justin tenía razón—. Creo que un Justin Roderick Penword es suficiente.

La atizó sabiendo que saltaría de inmediato.

—¿Por qué insiste en lo mismo? —había comenzado a cepillarse el pelo con demasiada fuerza, Justin le arrancó el cepillo y con suaves pasadas la peinó mientras contemplaba su ira.

—¿Porque soy el padre del heredero?

—Bien —aceptó ella—, entonces se llamará Roderick Clayton Penword. —Justin asintió de inmediato—. Y la niña se llamará... —no la dejó terminar.

Justin le tiró del pelo hacia atrás para silenciarle la boca.

—Mary Dawn Eleanor Penword.

Ella repitió sus mismas palabras de hacía un momento.

—Es un nombre demasiado pomposo y largo para una niña tan pequeña.

Justin no dio su brazo a torcer.

—Por deferencia a ti, te dejé elegir el nombre de uno de ellos, aceptaste elegir el nombre de nuestro hijo, es de justicia que yo elija el de nuestra hija —Aurora terminó aceptando—. Cuando estén en Inglaterra se llamarán con su nombre inglés, y cuando visiten tu reino se llamarán por su nombre español.

Diego se había marchado a Escocia con su familia política. Aurora lamentaba no haberse despedido de él, pero tras una conversación larga con su tío había aceptado muchos cambios, y todos decisivos. Se encontraba en una situación difícil porque, aunque deseaba abandonar Inglaterra, no podía dejar a sus pequeños, y Justin era implacable en ese asunto. Tanto Rodrigo como su abuela se alojaban en Whitam Hall, aunque pronto se mudarían a Redtower por petición de ella. Su abuela no podía pisar el reino de España, y Rodrigo había aceptado un permiso indefinido voluntario del ejército español donde había servido durante tantos años. Su tío le había explicado los arreglos titánicos que había efectuado John Beresford para traerlo a Inglaterra. Así quedaban explicadas las semanas de ausencia de su padre y de su aya: ausencia que ella no había entendido hasta el último momento. Aurora siguió mirando los jardines, el verano en Inglaterra resultó muy agradable para sorpresa suya. Olía la mezcla de fragancias de las diferentes rosas que había plantadas en los jardines traseros de la mansión, y la melancolía volvió a instalarse en ella nuevamente.

Justin la vio sentada en un banco comiendo unos frutos. Siempre estaba comiendo algo, y ese hecho le arrancó una sonrisa. Estaba de espaldas a él, y ella no lo vio acercarse.

—¿Permites que te acompañe, Dawn?

Aurora casi extrañaba que ya no la llamase de forma burlona. Se volvió y contempló a su marido que le ofrecía una margarita salvaje nacida entre las sofisticadas rosas, entendió el mensaje.



—Son sus jardines —le respondió todavía con la boca llena, tragó lo que tenía y lo miró con suspicacia.

—¡Nuestros jardines! —corrigió él.

—Los jardines del duque —la vio sonreír, y supo que le gustaba acicatearlo—. Creo que Crimson Hill un nombre muy apropiado.

—Presumo que te gustan los jardines del duque, como tú los llamas.

Aurora sonrió con placer anticipado.

—No entendía por qué la casa se llama *Colina Carmesí* hasta que contemplé con mis propios ojos la variedad de flores de ese color que hay a su alrededor. Alzo mis ojos y se pierden en el horizonte carmesí, realmente es un nombre que me encanta.

Justin se sintió orgulloso de que Crimson Hill le gustase tanto como a él.

—¿Te sientes cansada? —la pregunta era sincera.

—No, he deseado tanto poder mover mis pies, que un poco de molestia me resulta insignificante.

La recuperación había sido asombrosamente fácil y rápida. La juventud de ella y la extraordinaria salud que había tenido desde niña habían obrado el milagro. La miró de nuevo y vio en las profundidades ambarinas una melancolía que lo sacudió.

—¿Me odias todavía? —ella alzó la cabeza y lo miró, con sorpresa primero, y con cautela después.

—Nunca lo he odiado —le respondió franca.

Él, seguía suspirando porque ella seguía sin tutearle, cosa que le molestaba porque tuteaba incluso al duque, todos eran dignos de ser nombrados con familiaridad salvo él, y seguía sin comprender cuál era la razón.

—Tenías todo el derecho del mundo por la forma tan censurable en la que te traté.

—Pero yo lo he olvidado y no deseo recordarlo.

Le confesó. Justin la miró atónito y le replicó.

—Cualquier muchacha inglesa hubiese reaccionado de forma muy diferente a ti si hubiese recibido el mismo trato.

Aurora se encrespó porque pensó que la estaba insultando.

—Puedo imaginarlo... —dijo pensativa—. Usted ya había decidido que me poseería en todos los sentidos —Justin carraspeó ante el recuerdo de sus palabras, ella continuó—. Yo solo podía retrasar el desenlace, aunque no tuve mucho éxito, ¿verdad?

Justin la miró muy serio.

—Podías haberme acusado ante tu familia. —Aurora lo miró directamente.

—Eso es lo que usted pretendía para atraparme, y yo no pensaba seguirle el juego.

—Te arrebaté la inocencia Dawn, y me cuesta creer lo poco que significó para ti cuando para cualquier muchacha inglesa la virginidad es lo más valioso de su persona.

Aurora lo miró incrédula.

—Pues que poco valor tienen las inglesas, milord, si la virginidad es lo más meritorio de su persona. —Justin la miró con sorpresa—. El valor de una mujer no es su virginidad, ni su dote ni su linaje. —Justin la miraba serio, y ella continuó—. Lo más valioso de mi persona son los sentimientos profundos que albergo por la vida. El carácter que me define, y mi grado de lealtad para mi familia y amigos —Justin seguía escéptico—. Cualquier hombre español apreciaría todas esas cualidades en una mujer mucho más que la virginidad.

—Estás presuponiendo demasiado de los hombres —Si deseaba molestarla no lo consiguió—. ¿O hablas por el señor Vílchez?

—He citado textualmente las palabras de mi tío el conde de Ayllón, y él se merece mi mayor respeto y credibilidad.

Justin se mantuvo callado, no deseaba ningún altercado más con ella. Tenían asuntos que resolver.

—Hemos formado una bonita familia, y tenemos que tomar decisiones para el futuro.

Aurora lo miró sin un pestañeo.

—Mi futuro no incluye más niños —le dijo ella muy rápido.

Él, se quedó sin habla durante un momento.

—Hay formas de evitar el embarazo.

Ella lo miró confusa durante un segundo, e iracunda dos segundos después.

—¿Por qué en la cabaña no evitó mi embarazo? —Justin se sentía bastante incómodo.

—Lo que ocurrió en la cabaña no fue premeditado, lo juro. Deseaba atraparte y lo conseguí.

Tuve una suerte endemoniada.

—¿Pero no me dio oportunidad de elección! —carraspeó violenta.

—Ya habías elegido, solo traté de variar tus prioridades.

—¿Jugó sucio! —ella seguía dolida y no lo ocultó.

—En la guerra y en el amor todo vale.

—¿Pero no lo amo! ¿Acaso no tiene orgullo? —ella seguía machacando su corazón sin piedad.

—En una conversación que mantuve con Eulalia mientras me recuperaba, me confesó que Diego no sería para ti. Eso inclinó la balanza a mi favor y aplacó mis dudas sepultando la indecisión que me producía el intentar seducirte.

—Yo tenía una opinión bastante diferenciada entre seducir y forzar.

A Justin le avergonzó más la ausencia de reproche que la palabra misma.

—Nunca podré perdonarme el dolor que te causé. Me sentí rechazado, dolido, y te habías metido en mi sangre sin que yo pudiese hacer nada al respecto.

Aurora apretó los labios ofendida por sus palabras.

—¿Jamás hice nada que lo alentase! —Justin asintió pesaroso.

—Había un acuerdo y yo estaba enamorado. Son dos razones válidas para perder la razón, y tu sola presencia hace que la pierda constantemente.

Aurora negó con la cabeza.

—Yo le dije que estaba enamorada. Despreció mis valores, y me obligó a aceptar sus atenciones a pesar de mis protestas.

—El acuerdo te convertía prácticamente en mi esposa, y nadie podía cambiar eso —afirmó.

Ella agradecía la sinceridad.

—Necesito tiempo y distancia lord Penword.

—Tiempo sí, distancia no. —Ella entrecerró los ojos cansada—. Pienso darte todo el tiempo que necesites, pero no pienso mantenerme alejado de ti.

—¿Por qué? —no entendía los motivos, y eso la exasperaba.

—Porque no pienso mantenerme separado de mis hijos.

Aurora se quedó callada durante unos momentos. Pensaba en los acuerdos nupciales que tanto perjudicaban a las mujeres.

—Deseo que anule el acuerdo nupcial entre el hijo de Brandon y mi hija.

—Nuestra hija —la corrigió—. No puedo anular el acuerdo, créeme —esa circunstancia le pesaba muchísimo.

—Entiendo, es por la Redtower, ¿verdad? Es mi herencia, pasará a Mary, y un enlace con Brandon asegura la permanencia en la familia Penword —Justin asintió—. Anule el acuerdo, es la

única merced que le solicito.

Justin la miró pensativo.

—Mi primo Brandon no aceptará. —Aurora rio sin ganas. Justin la miró largamente—. Tienes mi palabra: no romperé el acuerdo —ella iba a protestar, pero él continuó—. Sin embargo, dejaré que sea nuestra hija quien tenga la última palabra —Con esa promesa podía sentirse satisfecha—. Ahora yo quiero una promesa en retribución. —Aurora lo miró con desconfianza, si bien aceptó. Lo que era justo, era justo para ambos—. Te quiero en mi lecho —ella comenzaba a negar con la cabeza de forma enérgica—. Tienes mi palabra de que no te forzaré a que me respondas.

—Los ingleses no duermen con sus esposas.

Justin sonrió con secretismo porque sabía la realidad de esa afirmación. Los matrimonios pactados nunca eran por amor, por eso las relaciones físicas entre ambos cónyuges se limitaban a la procreación de vástagos.

—Estar casado con una española hace que se me pegue alguna de sus malas costumbres.

El tono de Justin era ligero.

—Yo no tengo malas costumbres —la había picado con su comentario.

Era tan fácil provocarla.

—Los españoles abrazan absolutamente todo lo que se mueve, si eso no es una mala costumbre...

Aurora lo miró, y tardó una eternidad en apartar la mirada. Justin tenía el estómago hecho un nudo. Finalmente ella aceptó, y Justin creyó por un momento que iba a desmayarse de alivio.

## CAPÍTULO 22

Tanto el duque como Justin estaban asombrados al ver con sus propios ojos la enormidad de la reforma que Aurora había efectuado en Redtower. El castillo estaba protegido por una alta muralla de unos tres metros de altura, y, desde la puerta, accedieron al recinto amurallado. Aurora había mandado reparar las caballerizas, las cisternas que también se podían utilizar como almacenes de grano, y el pozo. Había destinado el cuartel de los soldados para los mozos de cuadra y criados, serían sus habitaciones particulares. Cuando Justin vio el patio interior cubierto desde el que se accedía desde la escalera, se quedó sin habla, ella le había explicado que con tanta lluvia como había en Inglaterra, había ideado un sistema inventado por el arquitecto para evitar que el patio siempre estuviese mojado, y con ello ensuciar el resto de las dependencias. Las cocinas habían sido restauradas por completo, así como el almacén de comida. Desde el inmenso patio ahora cubierto, se accedía al primer piso, donde un gran comedor, que hacía en ocasiones de sala de audiencia, había sido restaurado con enormes paneles de madera de fresno. Las grandes ventanas estaban cerradas con cristales emplomados con colores cálidos, de esta forma se impedía la entrada de lluvia, de frío, y polvo. El suelo de barro cocido de todas las dependencias, exceptuando la enorme cocina, había sido sustituido por tablones gruesos de madera de cerezo rojo. Pero la zona más comentada de la reforma, fue la alcoba principal, totalmente blanca, y con ligeros toques azules. Las bellas plantas verdes le daban una apariencia original. La cama baja y ancha tenía una colcha nívea, Aurora había mandado confeccionar almohadones que cubrían la mayor parte de la cama. Transparentes gasas blancas de seda colgaban del techo al suelo rodeándola de intimidad. Cruzó los pasos hacia un rincón donde unos peldaños de mármol blanco llevaban hacia un recinto inferior donde se encontraba una alberca rectangular. El cuarto tenía una abertura lateral a través de la cual la piscina fluía hacia fuera, hacia un pequeño jardín privado y comunicado con el patio interior.

El aclamado arquitecto explicó de forma breve, que se había construido la alberca encima de las cocinas porque las enormes chimeneas mantendrían el agua caliente en invierno. El sistema de evacuación de la piscina había sido ideado expresamente por él. El castillo tenía un total de quince alcobas, y cada una había sido decorada con un estilo diferente pero elegante. La alcoba que había asignado para su suegro la había decorado en tonos dorados y la llamaba «Alcoba Ducal». Devlin Charles Penword, duque de Arun, estaba realmente emocionado por los honores con los que le honraba su nuera. Grandes alfombras cubrían la mayoría de los suelos, y tapices ricamente bordados, cubrían las paredes del enorme salón. Aurora estaba realmente satisfecha con el resultado. Un castillo viejo y abandonado se había convertido en una mansión digna de un rey.

—Has hecho un trabajo formidable.

Aurora no esperaba las palabras de Jamie, y, con una sonrisa, abrazó a su cuñado con un afecto nacido del corazón, gesto de cariño que él aceptó sin replicar.

—Debes de haber arruinado a mi hermano —ella lo miró con sorpresa.

—He de sacarte de un error: todo lo que ves ha salido de mi dinero, tu hermano no ha puesto ni una libra.

—Una cosa más, Dawn. —Jamie se paró en la entrada de la gran sala, y la detuvo un momento junto a él—. No debería ser yo el que te informara de esto, pero en vista de que mi hermano piensa callar... —Aurora estaba intrigada, y lo miró con ojos inquisitivos—. Casey ha tenido un varoncito. —Ella suspiro de forma larga—. Lleva el nombre de Miguel por el padre de Diego. Es un hermoso bebé —Jamie la observó un instante—. Creí que te gustaría saberlo.

Aurora lo miró con afecto.

—Eres el mejor cuñado del mundo, y un gran amigo para mí, siempre agradeceré tu apoyo, gracias, Jamie.

Justin no perdía detalle de la camaradería que existía entre su esposa y su hermano. La desconfianza crecía dentro de él sin poder evitarlo. Deseaba la misma complicidad que compartían, que ella le hiciera partícipe de sus secretos, de sus miradas, y de sus sonrisas, pero, aunque lo intentaba, no llegaba hasta el corazón de ella, Aurora no se lo permitía, y ese desaire constante lo consumía.

Aurora subió los peldaños de la casa de dos en dos en una loca carrera. Le faltaba el resuello, aunque las dos mansiones no estaba lejos, la carrera entre la casa de su padre y la de su suegro la había dejado exhausta. Había prescindido de la calesa una vez más, y sabía que el duque la amonestaría por ello. El mayordomo de los Penword le abrió la puerta antes de que ella llamase, pasó junto a él como una exhalación. No permitió que la escoltara hasta la biblioteca, ni se percató que llevaba los zapatos en la mano, el pelo alborotado, y las mejillas sonrojadas debido al esfuerzo. Abrió la puerta con ímpetu, soltó los zapatos que cayeron al suelo con un ruido seco, y se lanzó a los brazos de su amigo Manuel. La rodeó, la alzó, y la hizo girar en círculos mientras ella gritaba de alegría a la vez que le daba besos continuamente por toda la cabeza, como hacía desde que era una niña.

Oyeron una voz carraspeando, y ambos pararon en seco sus demostraciones de afecto. Aurora no se había percatado de que no estaban solos en la biblioteca. Justin tenía el ceño fruncido, últimamente Justin se enfadaba demasiado con ella. El duque estaba demasiado serio. Jamie le sonreía, afortunadamente, alguien creía que seguía teniendo posibilidades de convertirse en una dama digna.

—Lo lamento, no pretendía ofenderles, pero hacía tantos meses que no veía a mi amigo, que me he olvidado por un momento que no me encontraba en Ronda.

Aurora se separó de Manuel, recogió sus zapatos, y salió por la puerta dejándolos a todos serios. Unos instantes después, el mayordomo abrió la puerta, y de nuevo la anunció. Ella entró con pasos suaves y cortos, se plantó delante de su invitado, le hizo una ligera inclinación con la cabeza, le extendió la mano para que se la besase, e inmediatamente después se dirigió hacia su marido, y, ofreciéndole la mejilla, permitió que la besara. Saludó con la cabeza a su suegro, a su cuñado, y, volviéndose de nuevo a Manuel, lo agarró de la mano y lo medio arrastró hacia las escaleras para conducirlo a los aposentos de los bebés. Se moría de ganas de enseñarle a sus preciosidades.

—Esto es inaudito, Justin. Has de controlarla y vigilar su comportamiento. Es indigno de una dama de su posición esas muestras afectuosas en público, y, ¡por San Jorge!, no llevaba los zapatos puestos.

El duque apenas salía de su asombro, y los dos oyeron reír a Jamie con auténtico buen humor, la risa de su hermano lo descolocó.

—¿Qué te parece tan gracioso? —con el hielo de la voz de Justin se podría congelar la laguna, pensó Jamie.

—En mi opinión, Dawn es perfectamente capaz de comportarse como se espera en una dama de su rango, ¡por favor, dejadla respirar un poco! Cuánto más la controléis, tanto más aflorará su carácter espontáneo.

—¿Y desde cuándo conoces tan bien a mi esposa?

Jamie miró a su hermano incrédulo.

—Esa pregunta está de más Justin, pero salta a la vista de todos los que no estamos ciegos, que es una encantadora muchacha de dieciocho años. Está llena de vida, de energía, y los dos solo veis sus defectos, y lo más gracioso es que no tiene ninguno, por si deseáis mi opinión.

—¡Nadie te ha pedido tu opinión! —Justin estaba celoso.

—Pues yo en tu lugar no estaría aquí discutiendo la opinión no deseada de mi hermano menor. Estaría arriba con mi esposa, y disfrutando de mostrar esos dos bellísimos hijos que tienes. Nada me haría más feliz que ver la envidia tinter la cara de ese, ¿cómo dice nuestra, Dawn? Sí, gabacho licencioso.

Jamie reía cuando cerró la puerta de la sala.

Justin maldijo por lo bajo porque su hermano tenía razón. Se pasaba los días organizándole la vida, controlando lo que hacía y decía. Aunque le molestaba profundamente que se pasara los días en casa de su padre o en la Torre Roja, debía reconocer, que, para una muchacha de su edad, tantas normas rígidas debían resultar descorazonadoras, y comprendía hasta cierto punto sus escapadas hacia algo de libertad.

—Regreso en un momento, padre, mande preparar el té para nuestro invitado.

Justin abrió la puerta de la alcoba de los mellizos, y los encontró sentados en la gran alfombra delante de la chimenea. Ambos les hablaban a los bebés, que reían y hacían gorgoritos muy graciosos. Ella lo miró, y extendió su mano para invitarlo a sentarse junto a ellos, aceptó la invitación sin titubear.

—Manuel dice que son unos niños muy guapos.

Justin pensó en el orgullo maternal que se advertía en las palabras de ella.

—No hay unos niños más bellos en toda Inglaterra que los nuestros —respondió ufano.

—La preciosa niña que tienes en brazos se llama Aurora María, y, este bribón con ojos de bandido se llama Rodrigo.

Justin hizo una mueca porque vio que su mujercita cambiaba los nombres según le parecía.

—Lo que mi adorable esposa en realidad quiere decir es que el nombre de la niña es Mary Dawn Eleanor Penword, y el del niño es Roderick Clayton Penword.

Aurora le dio un codazo, pero él ni se inmutó.

—Los dos se parecen a ti Aurora. —Justin pensó que el francés deliraba, su niñita era el vivo retrato de él, si hasta tenían el mismo color de ojos—. Y no hay duda que esos ojos dorados son del tío Rodrigo. —El francés no llegaría a los treinta años, pensó Justin.

—Deja de acicatear a Justin. —Ahora el codazo se lo llevo el galo—. Ambos tienen cosas de los dos, físicamente se parecen a mí, y en el carácter también, eso es innegable, pero por supuesto, de su padre tienen... tienen el apellido.

Manuel no pudo contener la carcajada, y ahora fue ella la que recibió un codazo de Justin.

—Solo bromeaba, querido.

A Justin le gustaba la intimidad que compartían los dos sentados en la alfombra.

—Roderick tiene un hoyuelo muy simpático. —El dedo índice de Manuel acariciaba la mejilla del bebé.

—Es el mismo que tiene mi hermano Andrew. Ese hoyuelo será la perdición de las chicas, te lo aseguro.

—¿Todavía sigues negando el color de tu pelo? Tu hija demuestra lo contrario

—Va a ser la pelirroja más peligrosa de todas las islas británicas —afirmo Justin.

Aurora miró a su marido con atención.

—¿Te quedarás a cenar Manuel? Tenemos mucho que conversar.

—Hoy no, le he prometido a tu tío que me quedaré en Redtower, le traigo varias cartas de mi padre. Sabes que tienen negocios juntos.

—¿Y cuándo te marchas? —había pena en la voz de ella.

—Las clases no empiezan hasta el miércoles, todavía tenemos el fin de semana.

## CAPÍTULO 23

Rodrigo oía discutir a su sobrina con el duque, y un suspiro de resignación escapó de su garganta. Debía mantener una conversación con ella. Miró al abogado que lo acompañaba sentado en el gran despacho de Crimson Hill, y vio lo azorado que se encontraba ante la situación. Le sonrió amablemente para que relajara sus músculos tensos por la espera. Volvió la cabeza hacia Justin intentando escrutar su rostro ante lo que oía, pero él se mantenía impassible. Sus ojos no dejaban traslucir nada. La puerta se abrió de repente, y Aurora miró a los tres hombres que la esperaban silenciosos. Estaba acalorada, varias guedejas se habían escapado de la redecilla que le sujetaba el pelo, y Justin comprobó con fascinación lo hermosa que se volvía con cada día que pasaba.

—¿Sigue vivo mi padre? —preguntó el esposo.

Rodrigo no pudo reprimir la sonrisa ante la pregunta de Justin. Antaño él tenía que batallar con una joven demasiado fogosa, ahora le había pasado el relevo a su sobrino político, y no le envidiaba en absoluto. Los tres hombres se levantaron cuando ella llegó hasta ellos, y tomó asiento en el único sillón que quedaba libre.

—Disculpe mi tardanza, señor Patterson, hemos tenido un problema de índole doméstica, afortunadamente, ya está solucionado.

Harold Patterson miró a su clienta, y le sonrió levemente.

—¿Qué ha sucedido esta vez *mochuelina*? —Aurora miró a su tío con adoración, y le sonrió con candor.

—Harry, nuestro cocinero, amenaza con abandonar la casa si Luisa no se marcha de inmediato de lo que él considera sus dominios, pero no ha hecho falta que se vaya, lo he despedido yo.

Aurora mostró en la mirada lo decidida que se sentía.

Justin comprendía ahora el enojo de su padre. Harry llevaba con ellos dos décadas, tendría que hablar con Aurora sobre ello y tratar de hacerle cambiar de opinión.

—Mi padre aprecia de veras a Harry, creo que no será fácil despedirlo.

Aurora miró a Justin con una mueca.

—¿Ha llegado ya mi padre? —la pregunta la dirigió a su tío.

—Me temo que sigue en Londres con tu aya Eulalia y con tu abuela.

Aurora suspiró con pena.

—He de tener una conversación larga con ellos.

—Lady Penword, su hermano Christopher me anunció que deseaba verme para que le diese una relación de sus propiedades, y el total de su efectivo.

Aurora asintió con la cabeza.

—Pero esta conversación deseaba tenerla en privado.

El abogado abrió los ojos desmesuradamente.

—Pero sería algo insólito. Su esposo querrá saber a cuánto asciende el total de su fortuna.

—Eso se lo podría haber dicho yo —le contestó con rigidez—, pero, ya que estamos aquí, no le haré perder el tiempo.

El abogado pasó a hacer un listado de propiedades que ya estaban a su nombre. Nunca habría creído que una mujer pudiese poseer tanto. Además de Redtower, poseía una cantera, una mansión arrendada en el condado de Cornualles, y una casa solariega en Escocia. El total de su fortuna en metálico ascendía a cincuenta mil libras esterlinas. Aurora estaba estupefacta, era una mujer muy rica.



—Y si contamos la dote que su padre había destinado para usted y que su marido no ha reclamado todavía, el total asciende a... —ella no le dejó terminar.

—¿Qué parte de mis propiedades seguirán en mis manos? Aurora hizo la pregunta sin pestañear.

—En caso de que usted falleciera, Redtower pasaría directamente a su hija, su esposo no puede heredarla ni venderla.

—Y si la heredera muriese sin descendencia, ¿qué pasaría con la torre?

—Es una propiedad que solo pasa de madre a hija, o a nieta.

Aurora meditó en esas palabras durante un momento.

—¿Y si nos ocurriera algo a mí y a mis hijos?

Justin no sabía a dónde quería ir a parar ella.

—La propiedad volvería de nuevo a los Beresford como ha ocurrido desde hace más de dos siglos.

Aurora meditó profundamente en las palabras del abogado.

—¿Puedo dejar la mitad del dinero a mi hija y otra propiedad a parte de Redtower? —el abogado negó con la cabeza.

—Su marido es el que dispone de su dinero, y del resto de sus propiedades, pero si llegan a un acuerdo se podría redactar un documento, y hacer efectivo el traspaso de propiedad.

—Veamos si lo he entendido... soy una mujer rica, pero no puedo disponer de mi dinero sin el consentimiento de mi marido.

—Es una forma de proteger a las herederas.

Respondió el abogado. ¡Ja! Pensó Aurora.

—Es una forma de control, y de asegurarse que ninguna mujer pueda disfrutar de su herencia sin que sea controlada por un hombre.

Rodrigo tosió. Su sobrina seguía sin controlar la lengua por muy ciertas que fueran sus palabras. Ella se sentía impotente, tenía mucho dinero, pero seguía sin poder controlarlo. Volvió a suspirar, por lo menos su hija poseería la Torre Roja y la dote que le destinase su padre.

—Justin, ¿piensa reclamar mi dote? —Rodrigo lo miró curioso por ver la respuesta que daba él.

—Pienso destinar las cincuenta mil libras para la dote de Mary Dawn, más otras cincuenta mil que pondré de mi bolsillo.

Aurora abrió los ojos con verdadero pánico. El total de la dote de su hija ascendería a cien mil libras, era una cantidad demasiado elevada. Los cazafortunas harían cola en la puerta de su casa para seducirla. Seguía especulando, debía proteger a su hija, y si prometían a Mary Dawn al heredero Vílchez, su hija estaría protegida por un suegro íntegro, y, conociendo a Diego, educaría a su hijo con el mismo valor y honor que tanto la habían cautivado a ella. Tendría que hablar con Justin sobre ello. Una alianza con la familia Vílchez era lo que más deseaba, porque era una forma de tender lazos con el amor de su vida. Despidieron al abogado, y los tres se quedaron silenciosos en el despacho, pero ella no pudo contenerse más.

—Deberíamos prometer a María con Miguel. Los Vílchez son una de las mejores familias que hay en Andalucía.

Justin negó con la cabeza, y la miró tan profundamente, que la hizo sentir incómoda.

—No deseo hablar sobre ello. —Justin miró a Rodrigo con cautela.

—¡Tío, yo también te quiero! —eran las palabras que indicaban que su tío no le estaba prestando ayuda manteniendo su silencio.

—Tu tío no tiene opinión sobre este asunto —apuntó Justin.

Rodrigo miró con ojos de acero a su sobrino político.

—Posiblemente tengas razón, pero te aseguro que pienso vigilarte muy de cerca, y me aseguraré de que no prometas a mi sobrina nieta con un inglés. —Justin carraspeó nervioso—. Por si no lo has notado —continuó con voz marcial—, será hija de un duque, nieta de un marqués, y sobrina de un conde español. Podrá ponerse una corona si así lo desea.

Aurora deseaba aplaudir con fervor a su tío, ni ella lo hubiese expresado mejor.

—Eso es lo que pretendo que entienda —casi balbuceaba nerviosa—. Mi más sincero deseo es que María elija su destino.

—En Inglaterra los matrimonios se conciertan desde la cuna, y el suyo ya está concertado.

Explicó Justin con voz neutra. Rodrigo comenzó a mostrar una cierta impaciencia.

—¿Y quién es el afortunado? —la pregunta era contenciosa, y Justin lo supo.

—El hijo de mi primo Brandon, Ian. —Justin deseaba concluir la conversación que se estaba volviendo cada vez más tirante.

—María debería tener otras opciones —afirmó sin dejar de mirar a Justin—. Y me encargaré de que así sea.

Rodrigo dio por terminada la reunión. Se levantó, y le dio un beso a su sobrina en la coronilla, le sonrió cariñoso y se marchó dejándolos solos. Aurora miró a su esposo, pensaba recordarle la promesa que le había arrancado cuando ella accedió a dormir todas las noches con él en su lecho.

—¡Me había prometido!... —no la dejó terminar.

—Te prometí que permitiría que nuestra hija eligiese llegado el momento, pero, ¿cómo sabes que no elegiré a Ian a su debido tiempo?

Ella no podía contestarle porque no adivinaba el futuro.

—Solo tiene tres meses, no pienso especular más sobre ello, aunque tiene mi palabra de que cada día le recordaré la promesa que me hizo.

Ella se levantó, pero Justin era más rápido. Logró alcanzarla antes de que llegara al umbral de la puerta, y, dándole la vuelta, le increpó.

—No he terminado todavía. Debes dejar esa costumbre de dejarme con la palabra en la boca.

Aurora estaba dolida porque Justin se mantenía impasible a sus demandas sobre el futuro de la hija de ambos.

—Su boca solo pronuncia insensateces, además de ser el hombre más terco, irrazonable, y testarudo que he conocido en mi vida.

Justin se estaba enfadando peligrosamente.

—Y tú eres la más impulsiva, temeraria y descarada de todas las mujeres que he conocido.

Aurora dejó caer los brazos indefensa.

—Aquí no estamos presumiendo de defectos, ¿verdad? Es por mi ocurrencia al sugerir una alianza con la casa Vílchez.

Justin estaba desfavorido por la perspicacia de ella. Deseaba a Diego lo más lejos de ellos, y una alianza con él significaría dejarlo para siempre dentro de sus vidas. Ni loco aceptaría algo así, además, su primogénita estaba prometida al hijo de Brandon desde antes de su nacimiento para proteger la herencia de Redtower.

—Debes olvidarte de Diego.

Le ordenó. Ella tragó con dificultad, y dolida como estaba, deseaba ser lo más hiriente con él.

—¡Antes dejaría de respirar! —ese había sido un golpe bajo, pero ella había traspasado la línea de la prudencia.

—Es un hombre casado, y feliz padre de un niño.

Aurora creyó por un momento que esta conversación no tenía lugar.

—Noticia que no estaba dispuesto a darme, ¿cierto?

Él, la había agarrado de la mano y le impedía irse. Justin había perdido la capacidad de razonar y de pensar. La deseaba demasiado como para dejarla ir. Sentía la sangre hirviendo en sus venas, y, una vez más, perdió la batalla antes de comenzarla.

El beso la pilló tan de sorpresa que se hubiese caído si él no la hubiese tenido sujeta. Intentó desasirse furiosa, pero no lo consiguió. La iba arrastrando hacia el sofá, y logró tumbarla sin esfuerzo. Se dejó caer encima de ella para sujetarla. Aunque no le devolvía el beso, no se le resistía, y ello avivó su deseo más que cualquier droga.

—¡Me tienes loco de deseo! —con un ronco gruñido se apoderó de la boca femenina. No la soltó, la devoró con unas ansias nacidas de la desesperación. Aurora comenzó a debatirse, pero él no la soltaba. Había metido una de sus musculosas piernas entre las de ella para inmovilizarla, y le había sujetado las manos por encima de la cabeza. Con su boca la devoraba y con su mano izquierda comenzó un ataque a sus sentidos que la paralizaba. Ella deseaba que la entrada del duque o de su cuñado parasen los avances de Justin, pero al tener la boca cautiva por sus besos, no podía advertirle que la puerta no estaba cerrada. Le mordió el labio con fuerza, y él lanzó una maldición por lo bajo.

—¡La puerta está abierta!

Estaba escandalizada.

—La única puerta que deseo abierta en estos momentos es la de tu boca.

Aurora se cruzó con su suegro nada más salir de la biblioteca. Devlin la miró con cautela, y comprobó horrorizado que estaba completamente despeinada. Tenía el vestido arrugado, y una mirada fulminante en sus bellos ojos dorados.

—¿Te ocurre algo, Dawn?

—¡Ingleses y gatos, animales ingratos! —Devlin no entendía su estallido, aunque había entendido el refrán español.

Ella pasó de largo con un ímpetu que lo dejó desconcertado. Cerró la puerta que su nuera había dejado abierta de par en par.

—Tu esposa está realmente enfadada.

Devlin contempló la sonrisa relajada de su hijo. Estaba sentado en el enorme sillón con los pies subidos encima del gran escritorio de caoba, las manos cruzadas detrás de la nuca, y una expresión satisfecha en el rostro.

—Mi esposa servirá mis entrañas en la cena, pero hasta entonces, pienso disfrutar completamente de mi estado marital, un estado que me encanta.

El duque seguía sin comprender nada.

—Has de hablar con ella de inmediato. Ha despedido a Harry y yo no he podido convencerla de lo contrario.

La voz del duque sonó lastimosa.

—Hablaré con Harry al respecto, no debe preocuparse.

Las palabras de Justin lograron tranquilizarlo, Harry no abandonaría Crimson Hill.

Había terminado de empaquetar sus pertenencias, aprovecharía la ausencia de Justin para irse de la mansión. Sus emociones eran un caos, los sentimientos encontrados pugnaban por imponerse, y la lucha la dejaba extenuada. Se sentía traicionada. Había confiado en él y no había respetado el

acuerdo. La casa estaba sola. Bajó con cuidado las escaleras llevando a uno de sus tesoros. Elena llevaba el otro. El enorme carruaje ducal estaba repleto de las pertenencias de los bebés, y ella había tenido que dejar parte de las suyas en sus aposentos, más tarde mandaría por ellas. El camino hacia Redtower fue bastante lento, pero, la ausencia de su tío le facilitó mucho las cosas. Se instaló en el castillo. Como la alcoba principal era la más grande, puso la cuna de los bebés a un lado de la enorme cama. Llenó el inmenso armario con su ropa y la de los niños. Elena y el ama de cría ocuparon la habitación que había destinado para su familia paterna. Sabía que su tío se iba a enfadar con ella, pero no le importó, había tomado una decisión e iba a ser consecuente. Miró el rostro de sus hijos dormidos y una paz comenzó a llenarla. No se iría de Inglaterra, pero necesitaba poner distancia entre Justin y ella.

Justin se sentía nuevo. La cabalgata lo había dejado exhausto, pero había merecido la pena. Dejó al caballo en los establos después de cepillarlo, y corrió hacia sus aposentos para darse un baño antes del ritual de ver a sus hijos. Nada más entrar en el vestíbulo, el mayordomo le informó con gran pesar que lady Penword se había marchado de forma muy rápida. Justin se quedó boquiabierto debido a la sorpresa, y subió los peldaños de la imperial escalera de dos en dos. Las dependencias de su esposa estaban vacías, así como las de los niños, y un frío gélido comenzó a instalarse en su pecho. Sabía dónde había ido ella, y no esperó ni un minuto más. Bajó de nuevo las escaleras tan rápido que el mayordomo temió que se cayera y se desnucase. Volvió a ensillar al caballo, y salió de los establos como alma que lleva el diablo. Le costó cerca de treinta minutos llegar a Redtower. Desmontó sin ninguna ceremonia y entró en el castillo con una fuerza que presagiaba una batalla de voluntades.

Ella lo estaba esperando en el gran salón, de pie al lado de la chimenea. Se acercó con paso firme y decidido. La mandíbula tan apretada, que la boca se había reducido a una línea dura.

—¡Vuelve a recoger tus cosas ahora mismo! —el control sobre su voz la descorazonó.

—No pienso vivir con una persona que carece de honor y de palabra. —Él se esperaba algo así.

—Sé, que te debo una disculpa. —Los ojos de Justin parecían negros debido a la intensidad con que la miraba.

—¿Una? ¡Faltan números para contarlas! —ella hablaba con la voz elevada.

—No vas a separarme de mis hijos.

—Irme de Crimson Hill no ha sido con ese propósito.

—Estás mintiendo porque ha sido precisamente por eso.

La severa mirada de ella lo taladró.

—Mi capacidad de comprensión tenía un límite.

—No permitiré que me abandones.

—¿Por qué cuando comienzo a confiar en usted lo estropea con ese sentido de la posesión que me provoca agobio y rechazo?

Justin la miró largo rato intentado descubrir un resquicio por dónde pudiese entrar con su persuasión, pero al no encontrarlo, decidió entrar a saco.

—Si estás decidida, aceptaré que te quedes en Redtower, pero los niños se vienen conmigo.

La amenaza no la inmutó.

—Podemos resolver esto de forma civilizada.

Él, comprobó que ella le sostenía el pulso, y la quiso todavía más.

—Estamos unidos en matrimonio, y así seguiremos, debes aceptarlo de una vez.

—Me hizo una promesa sobre las relaciones físicas, necesito tiempo... —Justin la interrumpió.

—Tu cuerpo disfruta con mis atenciones —cada vez que le hacía el amor la llevaba al límite del placer.

—Mi cuerpo puede estar preparado para recibirlas, pero mi mente todavía no —ella seguía teniendo muy claro el amor que sentía hacia Diego—. Hizo una promesa que rompió sin pensarlo siquiera un segundo. Tanta inconstancia y volubilidad me hace sentir insegura.

—Te amo, te deseo, eres mi esposa, ¿no lo comprendes?

Aurora alzó los brazos con irritación, y se apartó de él con paso brusco.

—Solo necesitaba tiempo para que el afecto que comenzaba a sentir por usted fuese menos frágil.

—¿Deseas castigarme? ¿No me has perdonado aquello que pasó en la cabaña? —ella se volvió sorprendida.

¿Otra vez volvía con lo mismo?

—¿Castigarle? ¡Olé y olé! —aplaudió colérica—. Yo me he forzado a mí misma, me he arrancado sin una explicación de la casa de mi padre. He mentido, burlado, y manejado mis emociones a placer. He engañado, acosado y seducido al prometido de otra. ¿Sigo con los olés? —Justin bajó los ojos. Ella dejó caer las manos cansada—. Antes, no deseaba este matrimonio, pero pienso en los niños, y comienzo a tenerle afecto. —Reiteró ella. Justin sentía renacer sus esperanzas con cada palabra que le escuchaba—. Puede quedarse con nosotros, ocupará la habitación ducal, así no estará separado de los niños, pero yo decidiré cuándo, cómo, y dónde, deseo que me haga el amor.

Justin quería abrazarla por la sinceridad de sus palabras, pero controló el impulso con un gran esfuerzo.

—Vuelve a Crimson Hill.

Ella negó con la cabeza, y lo miró con una sonrisa tímida. Justin trató de recuperarse del mareo que sintió cuando ella le obsequió esa sonrisa, sintió flaquear su entereza por completo.

—Aquí en mi terreno podré detener sus embates —Justin sonrió de oreja a oreja. El enfado femenino se había evaporado por completo—. ¿Por qué sonrío con tanta presunción? —le preguntó encrespada.

—Porque intentarás detener mis embates, si bien no lo conseguirás.

—¿Y por qué todo se reduce a lo mismo? ¿A hacerme el amor?

—Porque soy un hombre sano y de grades apetitos, y, tú, bella mía, eres la más seductora de todas las mujeres. —Ella había comenzado a ponerse seria—. Y, porque estoy irremediamente enamorado de ti. Me duelen los huesos de la necesidad de abrazarte. Las entrañas se me hacen nudos cuando tus ojos miran a otro hombre que no sea yo...

—¡Basta! —exclamó seria—. Me agobian esa obsesión que puede transformarse en celos injustificados.

Él, la había arrinconado contra la pared, y había apoyado ambas manos en el muro, ella quedó presa entre ellos.

—¡Conseguiré que me ames, aunque sea lo último que haga en esta vida!

Ella ahogó una exclamación.

—Hay que pelar la naranja antes de comerla.

Justin se quedó perplejo porque no veía la similitud.

—Lo que mi sobrina intenta decir con esas enigmáticas palabras, es que forzar las situaciones no nos lleva a conseguir siempre lo que queremos.

Los dos se quedaron mirando a Rodrigo sin pestañear. No lo habían oído entrar, y Aurora se sintió mortificada, ¿cuánto habría escuchado?

—Tío, espero que no te sorprenda nuestra visita. Hemos decidido concedernos unos días de meditación. Nuestras almas necesitan analizar sus prioridades.

Menuda perorata acababa de soltarle a su tío para justificar la presencia de ambos en la torre.

—¿Tan malo es meterte en su cama?

Ella enrojeció hasta la raíz del cabello. Su tío había oído la conversación.

—No está llena de escorpiones si es eso lo que imaginas.

—Y, ¿qué piensas criatura que imagino? —No le dejaba tregua, y Justin creyó que por una vez el tío de ella estaba ayudándolo—. Ahora tienes responsabilidades, tus hijos y tu marido. Haz las paces, y llega a un acuerdo con él, será lo mejor para todos.

Rodrigo la encerró entre sus brazos, y la abrazó.

Justin se sentía azorado, todavía le costaba apreciar la afectuosidad que los españoles se mostraban en público, pero añoró con una intensidad abrumadora que su padre, el duque, lo hubiese abrazado y consolado cuando de niño lo necesitaba. Ser el primogénito de un ducado había resultado muy duro.

—Nos quedaremos unos días contigo. Luego volveremos a Crimson Hill.

Justin se sintió desfallecer de alivio.

Esa misma noche, Aurora conversó largamente con su tío, como hacía cuando estaban en Ronda, ambos sentados en la amplia cocina, y bebiendo una enorme taza de chocolate caliente, Rodrigo le dio valiosos consejos que podía utilizar con Justin, y Aurora los asimiló uno a uno. Supo hacerle ver que uno debía poner al mal tiempo buena cara, y, aunque ella siempre veía el mal tiempo en su situación, consiguió hacerle crecer nuevas esperanzas. Le recordó la gran diferencia que existía entre españoles e ingleses, pero que con buena voluntad se podían salvar escollos y superar obstáculos. Aurora asimiló los consejos que le dio Rodrigo con verdadera ansia, pero sobre todo aquél en el que le dijo que él siempre estaría a su lado queriéndola, y respetando cualquier decisión que tomase.

Aurora se dispuso a retomar su vida de casada con una nueva perspectiva.

## CAPÍTULO 24

Si Justin quería su cuerpo, ella tenía un arma para negociar, al momento se rio de su propia estupidez. Había comenzado a evaluar las ventajas y desventajas de su matrimonio. Tenía un marido inglés, y dos hijos nacidos en Inglaterra. Un padre inglés, y tres hermanos ingleses. La balanza estaba muy inclinada para su desasosiego. Su tío volvería pues su aislamiento voluntario terminaría alguna vez. Su abuela había decidido quedarse el resto de sus días en Francia, antaño el reino enemigo, así que sus opciones eran limitadas. Si analizaba con frialdad su situación debía que su esposo era un hombre muy apuesto, y demasiado fogoso pues los constantes revolcones que había sufrido en las últimas dos semanas daban fe de ello. Sin embargo, ella todavía no lo amaba, no podía sacarse a Diego del corazón. Habían emprendido caminos opuestos, pero seguían unidos por parentesco, ahora se había convertido en primo: la ironía era espeluznante.

El duque criticaba sus modales constantemente: la tiranía a la que la sometía para hacer de ella una futura duquesa ejemplar, la exasperaba. Además, Jamie se había marchado a Londres, y el amigo que la escuchaba, ya no estaba para consolarla. Sus hermanos también se habían marchado pues había comenzado la temporada social... ella, no había tenido la suya.

Comenzó a golpear la tierra con la pequeña herramienta de jardinería. Intentaba arrancar unas malas hierbas en la parte más apartada del invernadero: un hermoso y enorme invernadero lleno con las más exóticas flores que había visto en su vida. Todos creían que adoraba la floricultura, pero el constante esfuerzo la ayuda a controlar ese exceso de adrenalina a la que no podía dar salida como en Ronda.

Seguía mascullando por lo bajo.

Gotas de sudor le resbalaban por entre los pechos, y el pelo se le había soltado en una maraña imposible de ordenar, eso la envalentonó. Recordó la libertad de movimiento que solía tener en su propiedad en Andalucía, y, sin pensarlo un momento, comenzó a quitarse todas las prendas superfluas que la molestaban, para dejarse solo la camisola y la falda. Libre de todas las enaguas y corsé se sentía de maravilla, fresca, y, lo más importante, ella misma. Se descalzó, se quitó las medias, y, acto seguido, comenzó a saltar en la tierra removida hundiendo los dedos de los pies en ella.

La sensación era la misma de su niñez.

—Mi linda muchachita con ojos de gata de pueblo.

Aurora se volvió de inmediato, no había oído entrar a Diego, una sensación de desconcierto se adueñó de ella. Lo miró tan precavida como sedienta. Debía ser pecado ser tan apuesto, y un ramalazo de rebeldía se encendió en sus venas calientes como si fuese pólvora en el suelo seco.

—Me alegro mucho de verte.

Le correspondió, aunque con voz trémula. Ambos se miraban con anhelo, y ninguno de los dos se movió.

—Estás tan hermosa que duele mirarte —dijo Diego apenas en un susurro.

Aurora lo miró con tanta intensidad, que la desesperación de él aumentó casi hasta enloquecerlo. En los ojos femeninos había un brillo de ira mezclado con afecto.

—¿Eres feliz, *Jahivé*? —con la pregunta se acercó un paso, y ella lo miró con un profundo dolor.

—Mi felicidad dependía de ti, y le diste la espalda por un honor mal entendido.

Diego sintió todo el peso de la culpa recaer sobre sus hombros.

—Si tan solo me hubieses dicho lo que ocurría.

Ella se estremeció compungida.

—Ahora es tarde para lamentaciones, y más para remedios.

Él, siguió contemplándola ávido. Sus ojos recorrieron el juvenil cuerpo apenas tapado con la camisola y la falda. Le recordó a la niña que andaba y jugaba como una gitana, descalza, y desaliñada, salvo que ahora, era una mujer en todo el sentido de la palabra. El sudor hacía que la fina tela de la camisola se pegase a sus pechos libres de la atadura del corsé, y él se creyó morir por la necesidad de ella.

—Me gustaría que fueses la madrina de mi hijo Miguel.

A ella se le contrajo el rostro por la conmoción que sus palabras le provocaron.

—¡No me conformo con ser la madrina! ¡Lo sabes! —los ojos de ella se anegaron en lágrimas, lágrimas que contenía a duras penas.

—Tus hijos llevarían mi nombre... serían míos, si tan solo me hubieses dicho...

Ella alzó una mano para callarlo. Las palabras se le clavaban en el corazón como dardos afilados.

—Cada día desde entonces me levanto con el alma desgarrada. La agonía que sufro, apenas me deja respirar, y el dolor de tu rechazo me sigue hiriendo como el filo de una navaja envenenada.

—Nunca te rechacé, ojos de gata. Mi honor me impidió tomarte sin la bendición de tu familia, y mi honor me llevó a la esclavitud de otro lecho que no deseo compartir.

—¡Maldito seas entonces! —exclamó Aurora entre dientes, Diego alzó los hombros en un gesto de impotencia—. Nunca te perdonaré por ello, y confío que no disfrutes nunca de ese lecho que elegiste.

Diego dio un respingo ante la intensidad de sus palabras. Si la maldición la hubiese pronunciado Eulalia, él se habría persignado.

—¿Por qué no me lo dijiste? —la acusó—. Yo te hubiese protegido.

De nuevo lo miró con un brillo peligroso que no aventuraba nada bueno.

—La trampa estaba tendida, no pudiste ni ayudarte a ti mismo. —Le reprochó con voz fría.

Diego la miró largamente. Con suma lentitud, sus dedos enredaron unos rizos de ella que atrapó y besó con una ternura.

Aurora no se movió, siguió contemplando el rostro que amaba desde niña, y entonces la soledad hizo presa en ella desbordándola. No pensó en lo que hacía, pero de pronto se lanzó a los brazos seguros de él. Su boca reclamó la suya y en unos instantes, se olvidaron de todo y de todos. Ninguno de los dos escuchó los pasos, solo la fuerte exclamación y el juramento que los hizo separarse de inmediato. Él, jadeante, ella, ruborizada. Aurora miró a Justin y vio con horror que la furia lo dominaba. Sin pensar en las consecuencias, se interpuso entre los dos rivales. Diego no hablaba, y Justin la miraba como si fuese el mismo diablo salido del infierno. Sus ojos contemplaban atónitos la casi desnudez de ella, los labios hinchados por el beso del oficial, y la ira lo cegó sin dejarlo razonar.

—Sabía de la promiscuidad española, si bien hasta ahora no me había dado por enterado.

Diego avanzó un paso en actitud amenazante, sin embargo, Aurora no le permitió el avance. Justin estaba cegado por los celos, y no medía las palabras.

—Sabía que esto podía ocurrir pues mis sentimientos por Diego no han disminuido lo más mínimo. —Las palabras de ella eran frías como el hielo, y Justin encerró sus manos en los bolsillos de sus pantalones para no enterrarlas en su cuello.

—¡Eres una perra! —explotó él, casi no podía mirarla, sentía deseos de estrangularla.

—¡Pero una perra enamorada de otro perro! —ella no midió las palabras.



Justin creía que se ahogaría con su declaración, pero no hizo ademán de avanzar. Miró con verdadero odio al hombre que sí tenía el afecto de ella.

—Tu hermano Christopher ha llegado de Londres y desea verte —Justin suspiró profundamente, dio media vuelta, y se marchó dejándolos solos.

—Debería darle una explicación.

Diego se había mantenido callado para no aumentar el problema entre ambos esposos.

Aurora clavó sus dorados ojos en él, y creyó por un instante que había perdido la cabeza.

—¿Y qué le ibas a explicar? ¿Qué estábamos plantando coles? —Diego sintió una vergüenza abrumadora—. Responde a mi pregunta, por favor, de no habernos interrumpido Justin, ¿me habrías hecho el amor? —Diego no contestó.

Se tomó un tiempo en analizar la pregunta de ella. Aurora entendió en ese silencio demasiado. El nudo que sentía en su garganta se iba haciendo más y más grande. Diego por fin habló.

—Le debes votos de fidelidad a tu marido, como yo a mi esposa.

—¿Y ya está todo dicho entre los dos? ¿Qué hacemos con este sentimiento que nos consume?

—Resignación —respondió él.

Aurora lo miró con pesar, con ansia, y con un brillo de desesperación en sus ojos ambarinos.

Diego era un hombre cabal, y el rostro de un bebé de cabello oscuro y de ojos verdes, era la mayor razón para decidirlo. Sujetó la mano de Aurora y la besó en la palma, con un beso suave y caliente. Ella pensó que moriría allí mismo, porque sabía lo que ese beso significaba para ella y el resto de su vida: un adiós definitivo.

—Lograrás ser feliz, Aurora, está en tu naturaleza.

En ese momento ella lo odió con toda su alma.

—¡Maldito tú, y maldito tu honor una vez más! —el hombre no se esperaba esa reacción por parte de ella—. Si piensas que vas a ser feliz con esa mujer, te equivocas, te auguro un sufrimiento extremo, y será merecido.

La escuchó, e hizo un gesto con los hombros de indiferencia. Se alejó de ella, y, sin mirar atrás, salió dejándola sumida en un abismo negro.

Justin deseaba odiarla, pero no podía, no, cuando sabía que ella siempre había sido sincera con él y sus sentimientos. Dolía demasiado quererla y no sentirse dueño de su cariño. Su infidelidad en el invernadero merecía un castigo ejemplar como el divorcio y la humillación pública, pero la amaba. Y durante horas había valorado la forma de castigarla, y solo encontró una. Tras mucho meditarlo, había tomado una decisión, y nada le haría cambiar de opinión. La boca se le curvó en una mueca amarga y decidió comenzar su castigo de inmediato.

Aurora acababa de darse un baño, Elena la ayudaba a secarse.

—Márchate Elena, Justin me ayudará.

La doncella acató la orden sin rechistar. Los ojos de lord Penword abrasaban. Aurora lo miró sin temor aun sabiendo que él deseaba que purgase todos los pecados del mundo. Ella tenía el corazón seco debido a los rechazos de Diego, y la única persona que tenía a mano para calmar su furia era su arrogante marido inglés.

—En el invernadero no ocurrió nada —trató de justificarse.

—¿Y si yo no hubiese llegado para comunicarte que tu hermano Christopher había llegado de Londres?

—Diego es un hombre de honor.

Justin apretó los dientes hasta el punto de crujiros.

—¿Y tú? —ella decidió mostrarse sincera.

—Yo le habría permitido que me hiciera el amor...

Él, ya no dijo nada más, las palabras de ella se le habían clavado en el corazón, se lanzó sobre ella, y sin ninguna contemplación, le arrancó el gran lienzo que usaba para secarse. Miró con lascivia el cuerpo húmedo, y la alzó en brazos para llevarla hasta el lecho.

¡Estaba lleno de cólera! Ella había admitido su deseo de serle infiel, y él no podía pensar con lógica. Los besos que le daba eran duros, pero su esposa se los devolvía con la misma intensidad. Un frenesí desmedido hizo presa de ella, y Aurora comenzó a devorarlo con las mismas ansias que él. Devolvió beso por beso, caricia por caricia, y el castigo que Justin tenía previsto darle se convirtió en una necesidad de afecto que no conocía límites.

La boca de él atrapó la lengua femenina y ya no la soltó. Aurora se retorció como una serpiente impaciente, pero Justin calmaba su ímpetu con promesas en su oído de satisfacción plena. Memorizó cada parte de su cuerpo, cada centímetro de piel satinada, se emborrachó con su sabor, y complaciente en el abismo del deseo insatisfecho, la penetró con fuerza y se hundió en el vientre de ella que lo acogió como una vaina a su espada. Justin creía que podía morir del placer que le producía el solo hecho de sentirse en su cálido interior, pero Aurora tenía otros planes a seguir. Comenzó un suave balanceo que se tornó en una galopada furiosa, cruzó las piernas sobre la cintura de él para impedirle la retirada de su centro. Bailó, se contoneó, mientras con su boca seguía hurgando, buscando. Las embestidas de Justin la hacían gemir con placer anticipado, elevándola una y otra vez a la cúspide de la pequeña muerte deseada, un empuje más, solo uno para liberarse de la tensión que atenazaba su vientre con una espiral dolorosa, librarse de la impotencia y la amargura de los sentimientos no correspondidos. Aurora sintió el cambio de Justin, sus besos se habían vuelto tiernos, suaves. Sus manos la acariciaban, no para castigarla, sino para rendirse ante ella, y ambos perdieron la lucha aun antes de haberla comenzado. Ella, dolida, él, despechado, pero los dos sufriendo por un amor no correspondido. Aurora gritó cuando el orgasmo la llenó por completo, y, Justin, al oírla, no pudo contener su culminación. Con un rugido gutural se desplomó sobre el cuerpo de su mujer completamente saciado.

Cuando Aurora despertó horas más tarde, Justin se había ido, le había dejado una nota exenta de emoción con unas breves palabras que le decían: «Estaré en Escocia unas semanas, cuando vuelva, hablaremos». ¡Se había llevado a los niños sin decirle una palabra y sin consultarle! El duque tampoco estaba. ¡Podría volverse loca! ¿Qué estaría pensando Justin para hacer algo así?

Preguntó al leal mayordomo a qué parte de Escocia se habían marchado el duque y su marido, pero Adam solo pudo responderle que el duque poseía una mansión en Edimburgo, así como una casa solariega en Invernen, y que podría estar en cualquiera de las dos, e incluso haber subido a las tierras altas con la familia de Brandon. Aurora pensó en sus dos niños pequeños lejos de ella, de su cariño, y una cólera amarga comenzó a anidar en su pecho, a llenarla de una calma negra. Utilizar a sus hijos para castigarla era la más cruel de las perfidias, y, ella, que le había perdonado todo, no pensaba olvidar, estaba más allá de cualquier razonamiento y lógica. Se tragó su orgullo y fue en busca de su tío. En breves palabras le contó lo que Justin había hecho, y Rodrigo, por primera vez en dieciocho años, no pudo hallar las palabras para consolarla.

—Tengo que ir a Londres, Diego debe saber dónde vive la familia de su esposa en Escocia.

Rodrigo miró atentamente a su sobrina. Sus idas y venidas le mostraban la gran desesperación que la consumía.

—Te acompañaré.

John se negó a quedarse en Whitam Hall pues deseaba ir con ellos a Londres, Eulalia no discutió, simplemente hizo fuerza con su padre para acompañarlos. Empaquetó sus pertenencias, y los cuatro partieron hacia Londres justo después del almuerzo. La casa de Londres era algo más pequeña que la del campo, aunque era más suntuosa. La fachada daba directamente a Hyde Park, y poseía en la parte trasera un hermoso y amplio jardín, también caballerizas. Sus hermanos prometieron ayudarla, y lo primero que hicieron fue visitar a Jamie. Su cuñado desconocía los planes de su hermano, y se quedó atónito cuando le contaron su marcha con los niños. Finalmente la acompañaron a Edimburgo dos de sus hermanos, su tío, y su cuñado. La casa de Edimburgo estaba vacía. Solo los sirvientes seguían manteniendo la propiedad. Hacía mucho que el duque no visitaba la casa. Rodrigo deseaba hacer un alto en el apresurado viaje, Aurora no pretendía parar hasta llegar a Invernes, pero perdió: ninguno estaba dispuesto a viajar de noche pues los caminos no eran seguros.

La llegada a Invernes la llenó todavía más de furia pues ninguno de los sirvientes sabía nada del duque, Justin, o los niños. Aurora gemía interiormente y su templanza amenazaba con quebrarse. Jamie le propuso cabalgar hasta las tierras del clan McGregor acompañado de Rodrigo y de Christopher. Ella, aceptó esperarlos en Edimburgo junto con Arthur, porque su tío le había explicado que los entorpecería, y los retardaría en la marcha. Los días pasaban, y ella seguía esperando la llegada de sus hermanos y de su tío, cuando oyó el relincho de los caballos entrando en la caballeriza, bajó los peldaños de casa tan rápido, que Arthur pensó que se desbocaría escaleras abajo. Pero el rostro de su hermano, de su tío, y cuñado, lo decía todo. Rodrigo hizo un gesto con la cabeza negando tener buenas noticias, y ella creyó que dejaría de respirar y moriría debido a la angustia que le producía la ausencia de sus hijos.

Regresaron a Londres. John tenía peores noticias. Había hecho indagaciones mientras ellos recorrían Escocia buscando en vano porque Justin había partido con los niños y el duque hacia Italia. Había sido fácil descubrir el barco que habían tomado porque dos niños pequeños viajando con dos amas de cría, resultaba curioso. Aurora creyó que el alma se le partiría en mil pedazos. Lloró su desgracia sin que nadie pudiese consolarla. Su aya Eulalia no abría la boca ni de día ni de noche, se sentía mortificada por su implicación en la desgracia de su niña. No comprendía cómo se había equivocado tanto con lord Penword.

Jamie consoló a su cuñada como ninguno de sus parientes supo hacer. La acompañó hasta que pasaron las semanas, los meses, y el rostro de Aurora volvió a adquirir el color humano que había perdido con la marcha forzosa de sus hijos. Aurora, no quiso regresar a Crimson Hill, había decidido quedarse en Londres. El campo le traía recuerdos muy amargos, y decidió ser la madrina de Miguel Vílchez, el hijo de Diego y heredero de Bidasoa. Acunar a ese bebé adorable mitigaba un poco su desazón, y le obligaba a no desistir en sus esperanzas de volver a verlos algún día.

## CAPÍTULO 25

La mansión del duque se encontraba cerca de St. James Park, en la misma calle de Victoria Street, y a solo unas manzanas de la de su padre en Hyde Park en Kensington Road. Jamie solía visitarla a menudo desde que ambos habían sido los padrinos del sobrino de Brandon. Aurora se había sentido protegida por su cuñado, y la relación afectuosa entre ellos se había estrechado. Estaba muy agradecida por el apoyo que Jamie le brindaba, y, aunque seguía sin tener noticias de Justin y de sus hijos, la amargura cedía poco a poco. Había comprendido que Justin no podía ausentarse de forma indefinida de sus obligaciones, obligaciones que cumplía Jamie en su ausencia, solo esperaba con ansiedad su regreso para tener noticias de sus hijos.

Subió los peldaños que le faltaban para entrar en la casa, había quedado con Jamie en visitar el orfanato que había apadrinado recientemente. Volcándose en niños abandonados logró encontrar el consuelo para erguir la cabeza ante su desgracia.

Jamie la miró sonriente, y le abrió la puerta invitándola a entrar.

—Todavía no me explico cómo se puede mantener una casa tan grande con tan poco personal.

Le dijo ella.

—Es posible porque solamente hay un visitante en la casa: yo. No necesito más que un mayordomo, un cocinero, un lacayo y dos doncellas. Cuando estamos toda la familia aquí en Londres parte del personal de Crimson Hill se traslada con nosotros.

Aurora le sonrió.

—Llegaremos tarde Jamie.

Él, ni se inmutó.

—Has llegado veinte minutos antes. Liberty House no se inaugurará sin ti, lo sabes bien.

—No me gusta hacer esperar a nadie.

Aurora siguió apremiándolo.

—¿Y nadie te ha informado que no es correcto que una dama sea demasiado puntual? — Aurora bufó incrédula.

—Es la estupidez más grande que he oído nunca... por cierto, estás muy atractivo: ese pañuelo hace juego con tus ojos.

Cambió de conversación como quien cambia el pañuelo de mano.

—Eso es porque me miras con cariño.

Le respondió abrumado. Aurora miró el chaqué que llevaba puesto su cuñado, y le pareció que le sentaba muy bien.

—Vas a conseguir que alguna matrona se desmaye con solo contemplarte.

Jamie rio por la ocurrencia.

—Tu sí que deberías quitarte ese velo que solo consigue matar de curiosidad al elenco masculino que se agolpa a tu alrededor preguntándose, una y otra vez, cómo será el rostro que oculta tan seductor velo.

Jamie, al momento, se arrepintió de sus palabras.

—¿Estás flirteando conmigo? —la pregunta sonó bromista, pero él lo entendió así.

—Por supuesto, querida cuñada, eres la dama más bella de toda Inglaterra —la aduló.

Hacía tan poco que ella había vuelto a sonreír, por eso todos sus allegados caminaban con pies de plomo, pero una vez más la capacidad de superación que tenía Aurora, los había dejado asombrados.

—He oído que lady Moore está tejiendo sus redes alrededor de Andrew —inquirió Jamie.

Aurora lo miró sonriente.

—Mi hermano dice que no piensa dejarse atrapar. Hasta pasados los cuarenta años, no piensa tomarse el asunto del matrimonio en serio. Christopher es el que lo tiene más difícil pues debe dar un heredero pronto, o mi padre lo alistaré en el ejército —Aurora miró a su cuñado con verdadero afecto—. El día que te cases te extrañaré muchísimo, eres el mejor amigo que tengo. —Los ojos de ella le mostraban la profundidad de su afecto, y él lamentó el lazo de parentesco que los unía—. ¿Te he molestado de nuevo? Siempre olvido la seriedad inglesa.

Jamie le colocó un rizo que se había desprendido del moño, y lo colocó detrás de la oreja. Nunca había visto una mujer con un pelo más indomable y rebelde, no importaba las horquillas que se prendiese, el pelo de Aurora tenía vida propia.

—Sabes que siempre podrás confiar en mí.

Era tan sincero que resultaba conmovedor.

—Gracias, Jamie, confío que algún día tu esposa piense lo mismo que tú. —Jamie la miró tan intensamente que la hizo ruborizarse—. Disculpa mi impetuosidad.

Aurora recordó el día en el que su cuñado le había confesado a su hermano Arthur, conversación que ella había escuchado sin proponérselo, que estaba profundamente enamorado de una mujer que no le correspondía, y ella no entendía cómo una mujer en sus cabales podía no enamorarse de un hombre tan maravilloso como él. Arthur quiso saber quién era ella, pero Jamie solo le confesó que estaba casada, y que estaba muy lejos de Inglaterra, con lo cual, una unión entre ellos era algo más que imposible.

Aurora alzó su mano y acarició la mejilla de su cuñado suavemente.

—Prometo a cambio presentarte a lady Phoebe, el otro día me dijiste que te parecía una mujer muy interesante.

Jamie sonrió, y, tendiéndole la mano, la ayudó a subir al carruaje.

Aurora en cada niño veía a los suyos. Aunque exteriormente parecía que había aceptado su destino, nada estaba más lejos de la verdad. Las ansias de abrazarlos, de arrullarlos junto a su corazón, la dejaba por las noches exhausta, agotada, y llena de desesperanza. Habían pasado siete meses desde la desaparición de Justin, y solo sabía que se encontraban en algún lugar de Suiza. Hacía muy poco que Jamie le había entregado un paquete que contenía un camafeo, y, al abrirlo, había descubierto que tenía dos pinturas en miniatura de sus hijos. Lloró toda la tarde, y, aunque hizo indagaciones, no había conseguido la dirección del remitente, solo que había sido enviado desde algún lugar de Suiza.

Su tío había vuelto a la Redtower, y, aunque su padre se negaba a dejarla en Londres con sus hermanos, su cercanía no aliviaba la tristeza de su corazón. Suspiró cansadamente, y se quitó las horquillas que sujetaban el sombrero con el amplio velo. Al principio decidió usar grandes sombreros con velo para ocultar el dolor, ahora se había acostumbrado. Arrojó el sombrero al sillón de brocado azul, y se dejó caer en el amplio sillón de raso blanco con flores de color melocotón. Eulalia entró sigilosamente y la contempló con un profundo cariño. Su niña estaba demostrando una madurez extraordinaria. Lamentó de veras tener que interrumpirla, pero la esposa de Diego y su hijo estaban a punto de llegar.

—Pienso prepararte un café tan cargado que los ojos te harán chiribitas de alegría.

—Aya, creo que eso es una idea excelente pues no tengo ganas ni de quitarme los zapatos, y eso sí que es todo un evento.

Eulalia masculló de forma ostentosa.

—No le quites mérito a esta vieja diciendo eso tan mezquino: que no te quites los zapatos es mérito mío.

Aurora la miró con una sonrisa.

—Sabes que no he vuelto a caminar descalza desde que estoy en esta ciudad inmensa...

Eulalia lamentó que su niña sintiese ese dolor lacerante. Se sentó a su lado y cogiéndole ambas manos la miró.

—Necesito que me perdones, *Jahivé*.

Ella la miró con calor a pesar del frío de su alma.

—Nada tengo que perdonarte, aya, mi desprecio lo reservo para una persona.

—He jurado vengarte, y lo haré.

Aurora abrió los ojos sorprendida al escucharla.

—Aya, tus juramentos solo me traen problemas.

Eulalia chasqueó los dedos quisquillosa.

—Desagradecida hasta la última de tus pecas.

—¡Yo también te quiero! —la exclamación era de cariño.

Un golpe en la puerta las silenció. El mayordomo acababa de anunciar a lady Vílchez. Aurora se levantó de prisa y corrió a besar y abrazar a su ahijado: la sonrisa que el niño le prodigaba la llenaba de una ternura infinita. Un poco tarde, Aurora advirtió que detrás de la falda de Casey se escondía un muchacho de apenas unos ocho o nueve años. Le pidió un refrigerio a Eulalia, y se sentó en el amplio sofá con el niño en brazos intentando que este soltara un mechón de pelo que había asido con su puño regordete.

—¿Quién te escolta Casey?... no sabía que tenías un protector tan guapo.

El niño la miraba con curiosidad en sus brillantes ojos verdes, pero no decía nada.

—Ven —Aurora extendió su mano derecha—. ¿Te sientas conmigo?

El niño negó con la cabeza, y Aurora miró a Casey con curiosidad esperando la explicación.

—Ian, saluda a lady Penword.

El niño avanzó despacio, y, una vez que hubo quedado frente a ella, hizo una profunda inclinación con la cabeza y se presentó

—Ian Douglas McGregor, milady, es un gran honor conocerla.

El acento tan marcado del niño la llenó de curiosidad, se esforzaba por hablar su lengua, y la enterneció.

—Es un placer conocerte, Ian. —El niño miró a la dama con franca curiosidad—. Y hablas mi lengua, ¿cómo la has aprendido?

—Mi padre dice que, puesto que mi prometida hablará esta lengua, es de lo más apropiado que yo me exprese en la suya propia, así, cuando tenga que ir a buscarla, a ella le encantará que le diga lo hermosa que es en palabras que ella entienda.

Aurora se quedó boquiabierta escuchando al niño, que se expresaba de un modo tan poco apropiado para su edad.

—¡Tu padre sigue siendo un bocazas! —contestó. El niño abrió los ojos horrorizado, aunque no entendió el insulto, el tono de la dama lo había atemorizado—. Discúlpame, Ian, solo pretendía decir que tu padre es un hombre muy persistente.

La esposa de Diego rio por la corrección.

—Mi hermano Brandon se sentirá encantado con tu forma de describirlo —la burla la sonrojó.

Aurora miró con detenimiento al muchacho que lo miraba todo gran interés. Era muy alto para su edad, pero muy delgado, tenía el cabello rubio y leonado como el padre, al momento, su naturaleza cariñosa se impuso a los agravios que había recibido en el pasado del escocés, porque su hijo era realmente adorable.

—¿Y tu mamá? ¿No ha venido contigo? —el niño negó con la cabeza.

—Mi madre murió al nacer yo. —Aurora se quedó atónita por la revelación.

Nunca se habría imaginado que Brandon fuese viudo. Siempre había pensado que el muchacho sería ilegítimo, algo muy común entre la nobleza.

—¿Y cómo es que te llamas McGregor y no Penword?

Eso sí que le parecía interesante.

—Mi abuelo se casó con la dama de un gran clan, y adoptó su apellido en honor a ella.

Cada vez estaba más sorprendida. La mujer de Diego intervino.

—En Escocia las mujeres pueden ser jefas de un clan, incluso existiendo hijos varones. No es la norma más extendida, pero es legítima si sucede. Mi padre, el hermano del duque, se casó con una heredera de las tierras altas, y jefa del clan McGregor. Mi padre decidió que sus hijos adoptasen el apellido del clan.

Aurora no pudo responderle pues Eulalia acababa de entrar con el refrigerio. Ian miraba los pasteles y las empanadillas dulces con verdadera ansia. Cada vez que Eulalia hacía empanadillas dulces de boniato, su hermano Christopher acudía al refrigerio, y, lo más sorprendente es que a su padre y a Andrew también les había llegado el aroma.

—Eulalia has de pasarme la receta de estas empanadillas, son realmente deliciosas —le dijo la escocesa.

Eulalia sonrió a la mujer que devoraba los dulces con un gran apetito. Aurora luchaba con un diablillo moreno que intentaba agarrar un dulce también, cosa que ella no estaba dispuesta a permitir. Andrew había sentado a Ian en su regazo, y los dos competían por quien comía más rápido los pasteles.

—Y este jovencito tan hambriento... —Eulalia esperó a que alguien le revelase quién era el muchacho.

—Es el hijo de Brandon. —Aurora sonrió al niño que la miraba con ojos brillantes.

Eulalia soltó un suspiro de alivio.

—Pardiez, por un momento creí que era hijo del señorito Andrew. —El aludido se ahogó con un trozo de pastel, y miró a Eulalia horrorizado.

—¿Qué le hizo pensar tal cosa? —había espanto en su voz.

—Las cartas me lo han comunicado, la única diferencia es que no podía saber con seguridad si lo tenía ya o no.

Christopher se moría de la risa pues jamás había visto a su hermano menor tan abochornado.

—¿Y qué te han dicho de Christopher? —el aludido miró a su hermana con una advertencia en los ojos.

Eulalia lo pensó un momento, momento que resultó demasiado largo para los que esperaban la respuesta.

—Que el título de marqués pasará a su hermano Arthur.

Ahora le tocó el turno a Andrew de descoyuntarse de la risa, pero el citado no le encontró la gracia en absoluto.

—Estaba bromeando —aclaró Eulalia—, pero lo cierto es que les darán todos un montón de nietos a lord Beresford.

Aurora se había puesto pálida de repente, la mención de los nietos de su padre la había llenado de tristeza, y, los puñales que tenía clavados en el corazón, se hundieron en la carne herida un poco más.

Todos la miraron en silencio, ella les correspondió con una sonrisa penosa, pero cálida.

—¿Y qué te han dicho las cartas sobre mí? —Aurora quería restarle importancia al asunto, y, como no se creía del todo la *baji* de Eulalia, no temió preguntar.

—Que le darás pronto un nieto más a tu padre —Aurora contuvo las lágrimas al escuchar a su aya—. Tendrá los ojos del color de las violetas, y el pelo oscuro como la noche —el silencio que siguió a la revelación de Eulalia la hizo sentir realmente incómoda—. También vas a salvar a alguien de un destino bastante aciago —siguió implacable—, y volverás a tu reino antes de lo que esperas.

Eulalia decía la revelación con un brillo extraño en los ojos: como si lo hiciera con segundas intenciones. Aurora no pudo contener la lengua ante la pregunta que pugnaba por salir de sus labios.

—¿Y qué te han dicho las cartas sobre mis hijos?

Todos aguardaban expectantes.

—Que, aunque no estés con ellos, pronto estarán protegidos en tu reino, con tu familia, que vengarás tu oprobio, y culminarás tu venganza.

Aurora la miró tan profundamente que creyó que se perdería en el negro de las pupilas de su aya. No la creía capaz de una mentira así, y, desde el fondo de su corazón, rogó porque esta vez su aya no se hubiese equivocado al leer las cartas.

—¿Qué te han dicho sobre Arthur? —Andrew tenía que hacer la pregunta.

—Que hará el matrimonio más ventajoso de todos los Beresford.

Tanto Christopher como Andrew se miraron con un interrogante.

—¿Y yo tendré algún hijo más? —Eulalia volvió su cara hacia la escocesa.

Miró sus grandes ojos verdes, y vio el tormento interior que estremecía su alma. Sabía que con su respuesta acabaría con su sufrimiento, y, fiel a su naturaleza sincera, le respondió.

—Chiquilla, vas a pasar por el mismo tormento tres veces más, y solo en el último empujón, le darás a Diego la niña que desea con toda su alma.

En los ojos de la mujer brillaron las lágrimas porque las palabras de la gitana le habían dado alas a su corazón.

—¿Yo también puedo conocer mi futuro? —todas las cabezas se volvieron a Jamie.

No lo habían oído entrar al salón, y la sonrisa que exhibía de oreja a oreja les mostró el ánimo alegre que siempre poseía. Eulalia le pidió que se sentara a su lado, y, tomándolo de la mano, la observo atentamente. Todos estaban silenciosos, expectantes, miraban a Eulalia leer las líneas que se entrecruzaban de la mano de Jamie, y el silencio no consiguió borrar la sonrisa de su atractivo rostro. Siguió esperando paciente mientras devoraba un pastelillo relleno de crema. Eulalia alzó sus ojos, y comprendió muchas cosas que nadie le había dicho. Tan solo por un instante sus ojos se desviaron a su pupila que la miró con un interrogante.

—Un grave peligro se cierne sobre su persona, pero un alma caritativa arriesgará su integridad por la suya. Está enamorado de una mujer que no le corresponde, aunque ella está más cerca de usted de lo que imagina. —Eulalia calló durante un largo instante—. Y se casará con una española que le dará un hijo hermoso de ojos color violeta, y pelo oscuro como la noche.

Aurora soltó una exclamación ahogada, pero nadie se percató de ello. Miró inquisitivamente a Eulalia, sin embargo, no la miraba a ella sino a su cuñado con una intensidad que producía escalofríos, pero como todos estaban meditando en lo que les había dicho, nadie prestó atención a sus últimas palabras, ni el mismo Jamie analizó lo que Eulalia le había contado.

La entrada intempestiva de Diego les hizo olvidar de inmediato las predicciones de Eulalia excepto a Aurora. El niño reconoció al instante el rostro de su padre, y comenzó a mover sus bracitos de forma enérgica para que lo cargara. Diego le sonrió a su hijo con ternura, lo vio sentado en el regazo de Aurora, y una leve chispa encendió sus ojos oscuros, chispa que escondió tan pronto como se percató de la mirada crítica de Eulalia. Cargó a su hijo con cuidado y le



cosquilleó la panza.

A menos que cambiaran los asuntos en el reino de España, ni Diego ni María podrían regresar porque estaban considerados por la corona como traidores. Diego miró las bandejas vacías de la merienda, y frunció el ceño mirando a Eulalia.

—Antaño solías alegrar mi estómago. Debes estar terriblemente enfadada conmigo si me privas de tus manjares.

Eulalia sonrió.

—Ahora mismo traigo una bandeja más.

Todos aplaudieron entusiasmados.

—Madame Florence espera que pases por su tienda el próximo jueves. —Aurora agradeció a su cuñado que hubiese pospuesto su cita con la modista francesa.

—Me muero de ganas de asistir al baile de los duques de Wilson.

El entusiasmo de la esposa de Diego era contagioso.

—Aurora solo pensará en recaudar fondos para sus orfanatos.

Andrew le sonrió a su hermana con afecto.

—Cierto. Esos estirados nobles deben proteger a los más indefensos con obras y con dinero. —Christopher la miró con admiración. Su hermana estaba logrando mucho. Esa misma mañana se había abierto, gracias a ella, el tercer orfanato en la ciudad. Sabía que se mantenía ocupada para que las horas no la devorasen en la autocompasión.

—Te agradezco Eulalia que te ocupes esa noche de Miguel.

Eulalia le sonreía a la escocesa al mismo tiempo que dejaba una bandeja repleta de empanadillas en la mesita auxiliar.

—Sabes que adoro a ese diablillo desde que nació.

Sonrió al niño que intentaba alcanzar una empanadilla.

Ian volvió a coger otro dulce, y su tía lo miró reprobadoramente, pero Aurora le sonrió, y el niño se lo metió de golpe en la boca.

John no había dicho ni una palabra durante el rato que estuvieron juntos. Tan solo miraba a sus hijos extrañando a Arthur. Se había marchado a Whitam Hall durante unos días pues debía resolver unos asuntos con Rodrigo y esperaba que volviese por la mañana. Suspiró cansado mirando a su hija. Hasta que no la había visto sonreír de nuevo, no había dormido en paz, y sentía su dolor como propio.

Justin tendría que responder ante él, e iba a ser implacable.

## CAPÍTULO 26

La mansión de los duques Wilson era impresionante.

Los enormes salones decorados con hermosos ramos de flores hacían que el ambiente fuese festivo y muy colorido. Aurora asistió acompañada por su cuñado y sus tres hermanos. Diego acompañaba a su esposa. No se sorprendió cuando divisó al gigante escocés sonreírle desde los escalones del salón de baile. Lo que Brandon desconocía era que ella ya no bailaba, solo asistía a los bailes para recaudar fondos para los orfanatos. Como solía ocurrir en los círculos de la aristocracia, se murmuraba que había sido repudiada por lord Penword, pero la compañía protectora de su cuñado silenciaba las malas lenguas, aunque ello no impedía los intentos de los posibles pretendientes a amantes, que estaban deseosos de meterse en su lecho ahora que Justin estaba lejos.

Esa noche Aurora brillaba más hermosa que nunca. Madam Florence le había diseñado un vestuario digno de una reina, vestuario que había pagado su padre, pues ella se moriría antes de tocar una libra de su fugado marido. El vestido de seda color plata, y con estrellas bordadas de brillantes, la hacía deslumbrar. El ajustado corpiño acentuaba la estrechez de su cintura y realzaba su hermoso busto. Los rizos, a medio sujetar en su cabeza, iban coronados por una tiara de perlas que le había regalado su padre.

Nada más aparecer por la amplia escalinata, el hijo de sus anfitriones, Roger Eden Wilson, salió a su encuentro. Detuvo el beso en su mano un instante más de lo permitido, y Aurora retiró la mano de inmediato, era el pretendiente a su lecho más persistente de todos.

—Como siempre, lady Penword, es un placer volver a verla.

Aurora hizo una leve inclinación con la cabeza, y continuó su descenso hasta llegar a la pista. Volvió la cabeza hacia un lado y hacia otro buscando con sus ojos a su hermano mayor, pero Christopher se encontraba desaparecido. Contempló con una sonrisa como Lady Moore acorralaba a su hermano Andrew, y, ese detalle, le arrancó una mueca divertida, de pronto, alguien la arrastró hacia la pista de baile, y ella trató de frenar el avance porque comenzarían las murmuraciones si ella consentía en bailar con algún caballero.

—¡Me lo estás poniendo difícil! —exclamó Brandon al percibir la resistencia de ella

—Si deseas que todo Londres murmure mañana sobre mi falta de moralidad, ¡continúa arrastrándome al ostracismo!

Brandon rio el catastrofismo de ella.

—Soy tu primo: guardián de tu buen nombre, y nadie osará levantar un murmullo sobre ti porque tendrá que vérselas conmigo.

Ella sonrió después de todo.

—De todos los hombres que hay en este salón, sin duda eres el de menos fiar —le respondió con chanza.

Brandon masculló una maldición, pero siguió arrastrándola hacia la pista de baile.

—Tienes mi palabra de que me comportaré.

Comenzó un vals, y ella comenzó a danzar con él.

—Debes vigilar a lord Wilson —le aconsejó Brandon al mismo tiempo que miraba al heredero que no cejaba de mirar como danzaban.

Ella volvió a suspirar resignada.

—Es el más persistente para meterse entre mis faldas, a pesar de conocer que estoy casada.

Ella no miraba a Brandon mientras le explicaba, seguía buscando con los ojos por la atestada

sala.

—Jamie vendrá. —Ella volvió la cabeza hacia Brandon inmediato—. Eres transparente como el cristal, y yo me pregunto cada día, cómo demonios no lo elegiste a él. —Aurora no respondió a la provocación—. Justin es un tonto de remate, y Jamie es un caramelo. ¿Verdad?

Aurora sonrió de oreja a oreja.

—Justin es prepotente, arrogante, traidor y porfiado. No un tonto como has mencionado. — Brandon asintió—. Y efectivamente Jamie es un caramelo.

—Cuando aparezca tu marido pienso partirle la crisma.

Ella agradeció sus palabras. De pronto, Brandon se inclinó para decirle algo al oído, y ella dejó de bailar de inmediato. Se llevó la mano al cuello porque le costaba respirar, y miró a su alrededor esperando encontrar al causante de su desdicha. Brandon maldijo su falta de tacto. Cuando la vio ponerse pálida, la sujetó por el codo, y la llevó hacia los jardines, confiando que la brisa nocturna ayudase a aliviar la palidez de sus mejillas.

Aurora seguía respirando con dificultad. Las náuseas le impedían fijar la vista en los jardines, y, ante el temblor de sus piernas, se sujetó firmemente al brazo de Brandon para no caerse al suelo.

—No debiste decírselo.

La voz de Jamie sonó preocupada. Jamie había llegado justo en el momento que había visto palidecer a su cuñada. Los siguió a ambos hacia los jardines.

—¿Dónde está? —Preguntó Aurora.

No controló el sollozo que se quedó trabado en su garganta.

—En Londres —respondió Jamie quedo.

—¿Y los niños? —había tanta angustia en la pregunta, que Jamie no supo qué responder.

—Los niños están con mi padre, en Crimson Hill.

Los tres volvieron la cabeza al oír la voz de Justin. Aurora se tambaleó confusa y llena de pánico. No quería soltarse de Brandon porque temía desmayarse de un momento a otro. Estaban tan cerca, a solo unas horas de viaje. El alivio que sintió la dejó paralizada.

Jamie miró a su hermano con tanta ira que Brandon frunció el ceño preocupado.

—¡Eres un maldito cabrón! —Bramó Jamie con la voz alzada—. Si no fueses mi hermano te mataría aquí mismo.

Brandon los miró a ambos con recelo. Justin contempló la defensa de su hermano para Aurora, y los celos lo atizaron sin piedad.

—¿Qué has estado haciendo abejita? ¿Cuidando mis pertenencias? ¿Impidiendo que otros se metan en su lecho, pero metiéndote tú?

Jamie no esperó más provocación, le asestó un puñetazo a su hermano mayor que lo lanzó de espaldas al suelo.

—Vas a tener que dar muchas explicaciones hermano, porque no soy el único que las reclama.

Como por invocación de las palabras de Jamie, aparecieron dos de los hermanos de Aurora que lo agarraron por la pechera, y lo zarandearon brutalmente.

—¡No! —la exclamación de Aurora los sorprendió a todos—. Somos invitados y no vamos ofrecer un espectáculo que manche la reputación de mi padre. Marchémonos a casa, y resolvamos esta cuestión allí. Brandon. —Aurora lo miró suplicante—, discúlpanos ante nuestros anfitriones, explica que un asunto urgente ha requerido nuestra presencia, y da las gracias en nuestro nombre.

Ninguno cuestionó las palabras de ella. Sujetaron con fuerza a Justin, y, bajando las escalinatas, lo metieron de un empujón en el carruaje que habían traído hasta la parte trasera de la casa para no llamar la atención. Aurora sintió un frío mortal recorrerle la espina dorsal. Miró a su

esposo, y la furia que alimentaba tantos meses atrás, estalló dentro de ella. Sentía tantos deseos de golpearlo que se sintió asustada. Lo veía más delgado y demacrado. Sintió de nuevo unas nauseas tremendas ante la falta de respeto que había demostrado él ante la santidad de su maternidad, y juró, una vez más, que aplastaría su orgullo como él había aplastado el suyo.

Justin la miró controlando las emociones que se habían desbocado al verla tan hermosa. Los meses pasados lejos de ella solo habían avivado su deseo, y una frustración alarmante comenzó a estrujarle las entrañas por las repercusiones que su impulso alocado le traerían. Llena de furia, estaba magnífica, y el dolor en el pecho por su rechazo volvió a aguijonearlo de nuevo. La llegada a la casa de ella no consiguió perturbarlo, debía ofrecer muchas explicaciones, y pensaba hacerlo en el momento que se lo permitieran. Esperaron silenciosos la llegada del marqués, que hizo su aparición tan abruptamente que los sorprendió a todos. John miró a su yerno con un desprecio apabullante en sus claros ojos azules, y, sin mediar una palabra, lo abofeteó fieramente.

Justin no se movió. Aceptó las bofetadas con la arrogancia propia en él.

—Confío que se me permitirá explicar mi ausencia.

—No hay justificación posible que justifique semejante atrocidad —la voz de John era seca—. Separar a unos bebés de su madre es el peor crimen que puede cometer un hombre, más incluso un padre —Aurora no podía contener las lágrimas escuchando a su padre—. De todos los agravios cometidos, este ha sido el más vil y despreciable.

John miró a su hijo mayor durante un breve instante, Christopher entendió de inmediato, y, cogiendo unos papeles del cajón de su escritorio, se los tendió.

—¡Fírmalos! —John se los lanzó a Justin, y las hojas le dieron en la cara.

Justin los agarró antes de que cayeran al suelo. Tardó solo un minuto en leerlos. Los dejó en la mesita auxiliar negando con la cabeza.

—No.

El monosílabo los dejó perplejos.

—Actúa con sensatez por una vez en tu vida —le dio Jamie.

Justin miró con sorpresa a su hermano, pero siguió negando.

—Ningún Penword se ha divorciado jamás, y yo no pienso ser el primero.

Aurora seguía estrujándose las manos porque no sabía cómo controlar lo que sentía.

—¿Por qué no pensaste en esa consecuencia cuando arrastraste a unos niños por media Europa lejos de su madre?

Christopher apenas reprimía el impulso de golpear a su cuñado, pero se contenía a duras penas porque sabía que su hermana deseaba su firma en el documento, y para eso necesitaba que estuviese consciente.

—Fírmalos por las buenas.

Justin miró a Andrew al decir esto, pero siguió sin moverse. Si ellos pensaban que lo intimidaban con sus gestos y palabras, se equivocaban.

—No habrá divorcio, y es mi última palabra.

—Firme lord Penword.

La voz de Aurora sonó suplicante, pero él se mantuvo firme.

—Los niños volverán con su madre, no obstante, no habrá divorcio.

Sus secas palabras resultaron inesperadas.

—No está siendo razonable.

Ella no se daba por vencida.

Justin la miró con tanta intensidad que ella sintió un estremecimiento por todo su cuerpo. Volvió la cara porque se creía incapaz de seguir mirándolo, no, cuando le había provocado tal

desventura.

—El duque sufrió un infarto a las dos semanas de estar en Italia. Su gravedad impidió que pudiésemos viajar de nuevo. Ese ha sido el motivo para nuestra tardanza. Tuvimos que esperar a que mejorase.

John lo miró como si lo creyese estúpido.

—¿Y por qué diantres no escribiste diciendo dónde te encontrabas, y el motivo que te lo impedía? Debiste pedirle a mi hija que fuese hasta sus hijos, pero actuaste como un cabrón despechado. Un hombre sin escrúpulos y vengativo.

Justin se tragó un improperio, el marqués estaba siendo despiadado con él, pero tenía razón: los celos lo habían inducido a dar pasos equivocados.

—¿Os ha contado ella el porqué de mi marcha tan repentina? —Justin la miraba dolido.

Aurora clavó sus pupilas en él, sin embargo, la compasión no asomó por ellas.

—Ninguna acción justifica las represalias —Jamie miró duramente a su hermano mientras le decía esas palabras.

—Si encontrar a mi mujer haciendo el amor con otro hombre en mi casa no os parece motivo suficiente, no tengo nada más que decir.

Justin la vio ponerse rígida. Aurora dio un paso al frente, y lo miró sin ambages.

—Besé a Diego, y deseé que me hiciera el amor, estaba dispuesta a ello...—Justin entornó los párpados al escucharla.

—¡Hija! —exclamó el padre.

Aurora nunca les había explicado el motivo.

—Pero no cometí adulterio —dijo finalmente.

Justin soltó un profundo suspiro.

—La intención estuvo en tu mente, qué importa que no lo consumaras —le espetó amargamente.

Aurora pensó que los celos de Justin la habían conducido al infierno.

—Si tanto le importaba que me convirtiera en adúltera, ¿por qué continúa casado conmigo? Firme el documento, y se verá libre de mí.

Él, no contempló esa posibilidad.

—Te casaste conmigo por tu propia decisión, y la mía pasa por no concederte la libertad.

Ella pensó que estaba poseído por el diablo.

—Esta unión solo nos hará desdichados, y por eso he decidido finalizarla. Mis hijos se vendrán conmigo, y usted se irá al diablo.

—Ningún tribunal de Inglaterra te concederá su custodia, lo sabes bien.

Aurora sabía que tenía razón. Ningún juez le concedería la custodia a una madre y extranjera. Para desgracia suya, su marido tenía demasiada influencia pues era hijo de un duque, y miembro del Parlamento inglés.

—Entonces, pienso agotar todas las vías legales para mandarte al infierno.

La advirtió John. Justin miró a su suegro azorado.

—Reitero que los niños volverán con su madre, pero no estoy dispuesto a ninguna concesión más.

Aurora detestaba seguir unida a ese hombre que tanto infortunio le había causado, pero si ello significaba recuperar a sus hijos estaba dispuesta a todo, además, tenía en mente sacarlos de Inglaterra y regresar a Ronda, sabía cómo podía hacerlo.

—Acepto las condiciones, lord Penword —todos la miraron sorprendidos—. No habrá divorcio, pero no viviré con usted.

El silencio reinó en la estancia.

—Podrás ver a tus hijos siempre que lo desees —le dijo John a su yerno—, pero bajo mi supervisión.

—También son hijos míos —le reprochó Justin.

Ella pensó cómo podía afirmar así cuando los había mantenido durante meses alejados de ella.

—Y esa será siempre la mayor desgracia de mi vida —afirmó con amargura.

—Lamento profundamente que pienses así, no obstante, los niños vivirán en mi casa.

Ella negó con la cabeza. Ni loca pretendía irse a vivir con él.

—Lo que pide es imposible, la convivencia entre usted y yo se ha vuelto intolerable.

—Vivirás en mi casa, aquí en Londres, yo volveré a Crimson Hill —ella seguía negando con la cabeza—. Los niños no saldrán de mi propiedad. Te doy a elegir, o vas a vivir con ellos a Victoria Street, o se quedan en el campo.

Ella lo miró con desconfianza, pero para llevar a cabo su plan debía estar cerca de sus hijos.

—Si no cumple su palabra, juro que iré hasta el mismo Papa si fuese necesario. Como hija de un reino católico me asiste el derecho de solicitar la disolución de un matrimonio mixto, y si todavía no consiguiera lo que pretendo, iré al mismo rey de España para recuperar a mis hijos.

Aurora lo miró un instante más, pero ya no había odio en sus ojos dorados, solo una absoluta determinación. Se dio la vuelta y se marchó.

No había podido pegar ojo en toda la noche. Las ansias por abrazar a sus hijos le impedían conciliar el sueño. Dio vueltas en el enorme lecho intranquila y temerosa de que Justin no cumpliera la parte del acuerdo que habían pactado. Analizó su situación una vez más. Debía actuar con mucha cautela, Justin no podía sospechar nada. Todavía no había amanecido, pero ya no podía esperar más. Llamó a Elena para que la ayudase con el baño y la ropa. No habían dado las siete de la mañana cuando enfiló el camino de la casa londinense del duque. Había decidido caminar para despejarse, apenas distaban cinco manzanas desde la calle de su padre a la de Justin. Y le pareció una ironía de la vida que ambas residencias estuviesen tan cerca la una de la otra. Era una mañana muy fría, y como su capa apenas la protegía, unos leves estremecimientos le hicieron castañear los dientes.

En la casa del duque la recibieron los sirvientes. Ella dio muchas instrucciones que todos se apresuraron a cumplir. Dieron las nueve de la mañana, y ella había pulido con sus pasos el firme suelo de madera. Había ordenado que acondicionasen la habitación contigua a la suya para destinarla a los bebés. Ya no serían tan bebés, se había perdido siete meses de su vida, y, en unos niños tan pequeños, equivalía a mucho tiempo.

Su cuñado Jamie se había marchado con Christopher a Crimson Hill pues deseaba ayudarlo con sus sobrinos, además pretendía asegurarse de que Justin cumpliera su palabra. Estaba sola en la enorme mansión, y la soledad la sepultó en un silencio abrumador. La impaciencia hacía mella en ella cuando un carruaje se detuvo y el chirrido de la verja hizo reír a un bebé. Sus pies se movieron con voluntad propia. Alcanzaron la puerta de la calle, y en una loca carrera, descendió los tres escalones que la separaban del camino de entrada y de sus niños. El frío que había sentido apenas dos horas antes, se había convertido en un fuego abrasador. Miró a Christopher que cargaba a Roderick, su tío Rodrigo llevaba en sus brazos a Mary que estaba dormida. Sentía deseos de abrazarlos muy fuerte, pero temía asustarlos, y por eso se contuvo. Extendió los brazos hacia su hijo que estaba despierto, y, aunque la miraba curioso, no la extrañó. El alivio que sintió le derritió el corazón en una sensación cálida.

La casa estaba cálida, había un gran fuego en el hogar y Aurora se sentó en la gran alfombra con su hijo sentado en su regazo.

—Son unos niños muy tranquilos —le explicó Christopher—. No han llorado en todo el recorrido a pesar de que Rodrigo ha insistido en despedir a la institutriz nada más verla.

Aurora miró a su tío y una sonrisa de entendimiento se extendió a los ojos de él. La conocía demasiado bien, y por eso no había permitido que los acompañase la mujer elegida por Justin para hacerse cargo de ellos.

—Gracias, tío. ¡Pero qué guapos son! —la exclamación de deleite les hizo sonreír a los dos. Miró con verdadera ternura a su primogénito. Sus ojos dorados eran los mismos de ella y de su tío, el pelo rubio oscuro y con rizos en la nuca, le recordaba a un querubín pintado por el mismísimo Miguel Ángel, y era muy alto para tener solo diez meses—. ¿Sabes quién soy tesoro? —la mano de ella no cesaba de acariciarle la cabeza —el niño la miró con sus grandes y solemnes ojos durante un momento que a ella le pareció eterno. Alzó su regordeta manita hacia su mejilla.

—Mummy...

Aurora soltó el aliento que había estado conteniendo, y, en un gemido doloroso lo abrazó y besó. Justin no había permitido que ellos la olvidaran, y, por ese solo gesto de misericordia, se sintió agradecida. El tío Rodrigo soltó el aire de su garganta en un suspiro largo y profundo: el niño reconocía a la madre, sintió un alivio profundo. El pequeño se bajó de la falda de su madre e intentó coger los dibujos de la gruesa alfombra, momento que aprovechó Rodrigo para pasarle a su hija dormida. La niña era una aparición. Su hermoso pelo cobrizo enmarcaba un rostro angelical, y unas pecas apenas perceptibles, surcaban el puente de su nariz para perderse en sus mejillas. Aurora sonrió porque la cabeza de su hija era una maraña de rizos indomables como los suyos.

—¿Cómo está mi suegro? —preguntó en voz baja.

Christopher la miró admirado. Incluso en medio de su naufragio personal, tenía un momento para preocuparse por los demás.

—El duque no parece el mismo: es como si lo hubiese atropellado un carruaje desbocado. Ha perdido parte de su porte.

—Lo lamento sinceramente —respondió ella—. ¿Jamie se ha quedado en Crimson Hill? —su hermano le hizo un gesto afirmativo—. Ha de poner al corriente a Justin, ya sabes que poseen muchas propiedades, así como arrendatarios de quien ocuparse y asuntos familiares que requieren mucho tiempo y atención

Ella asintió pensativa, si bien sus labios comenzaron a sonreír cuando contempló a su hija abrir los ojos y obsequiarla con una risa espléndida.

—Mummy, mummy.

Aurora volvió a estallar en sollozos.

—Si mi amor, soy mamá.

## CAPÍTULO 27

La alegría había vuelto a los ojos de Aurora. Los niños se habían adaptado perfectamente a la nueva situación. Estaban encantados con el cambio pues su madre los mimaba hasta lo indecible. El abuelo de los niños estaba exultante, porque les permitía sus demostraciones de cariño.

Eulalia no había visto unos niños con un apetito semejante, salvo a su madre. Entre las dos cuidaban a los bebés, y Aurora exclamó alborozada la mañana que los vio de pie sin sostenerse salvo con sus piernecitas. Solamente había un momento que enturbiaba el reencuentro, y era cuando los niños preguntaban por su padre, y miraban en derredor buscándolo. Aurora rumió su mala suerte porque comprendía que los niños extrañaban a Justin, y, en su afán por tenerlos consigo, no lo había sopesado. Se encontraba sentada en la amplia mesa del despacho del duque, lacrando una carta con el sello ducal, cuando Jamie entró en el despacho a petición de ella, su cuñado la saludó con cortesía.

—Mis sobrinos te vuelven resplandeciente.

Ella le sonrió afectuosa.

—Es el mejor cumplido que me han dicho nunca, gracias Jamie.

—¿Y dónde están mis dos tesoros? —preguntó con curiosidad —ella se levantó y lo saludó con un beso en la mejilla.

—Aunque te parezca increíble, están dormidos —Aurora miró con afecto los bonitos ojos violeta de su cuñado—. Te hemos extrañado mucho. Hace dos semanas que no sabíamos nada de ti —sus ojos lo regañaron—. ¿Está mi suegro mejor?

La preocupación en su voz era innegable.

—Se recupera muy lentamente, pero el aire del campo le está sentando muy bien.

Aurora sintió alivio al escuchar la explicación de Jamie. Ella quería de verdad a su suegro.

—¿Te quedarás con nosotros? —le preguntó—. Tu habitación siempre está preparada.

—Justin está en Londres —le soltó de sopetón.

Ella lo miró callada y pensativa.

—¿En algún hotel? —Jamie negó con la cabeza.

—Posee una bonita casa de soltero.

Aurora no ignoraba que muchos nobles poseían casas propias para las temporadas sociales, cuando la residencia familiar estaba lejos de Londres.

—¿Le darías esta carta? —ella le extendió la misiva, si Jamie sintió sorpresa no lo demostró—. No sabría dónde enviarla.

—Se la haré llegar en seguida, pero, ¿estás segura? —Aurora meditó su respuesta un breve instante.

—Sigue siendo el padre de mis hijos, y lo extrañan mucho. Por el bien de ellos deseo que los visite... —se quedó un momento callada—. Háblame sobre tu padre y su enfermedad

Justin leía la misiva que le había dado Jamie, y la sorpresa lo tenía azorado.

«Mis hijos le necesitan, si viene, hablaremos como padres civilizados».

—¿Le dijiste que estaba en Londres? —Jamie asintió mirando a su hermano fijamente.

—Todavía no me explico que desee verte después de todo el perjuicio que le has ocasionado.

El tono acusador de su hermano era esperado.

—Su bondad y altruismo siempre han sido una ventaja para mí.



Ambos hermanos se miraron serios.

—Deberías dejarla libre. No comprendo tu empecinamiento en tenerla sujeta a tu vida.

Justin lo miró sorprendido, pero siguió callado unos instantes más.

—Su libertad significaría mi esclavitud, y, a pesar de todo lo sucedido entre ambos, la amo demasiado para contemplar esa posibilidad.

Jamie lo miró sin creer lo que oía.

—Presumo que la perdiste hace mucho tiempo —le soltó como una sentencia.

Justin miró a su hermano menor, y soltó un suspiro.

—Cualquier otro hombre en una misma situación —comenzó a decir sin dejar de mirarlo—, habría tenido una reacción mucho más extrema que alejarse para no cobrarse su vida —Jamie le sostenía la mirada—. Si me divorciara de ella por adulterio, perdería a los niños pues la ley está de mi parte, pero ahora confío demasiado en las predicciones de una gitana española.

Jamieladeó la cabeza y entrecerró los ojos con incredulidad al escucharlo.

—¡Es imposible que su aya esté a tu favor! No, después de tu comportamiento.

—Mi comportamiento... —repitió Justin pensativo—. Y nadie piensa en el suyo que me obligó a posicionarme.

—Separaste a una madre de sus hijos, Justin —le recordó.

El hermano mayor suspiró largamente.

—Su provocación se merecía una respuesta mucho más contundente, pero aquí estoy, entregándole a mis hijos a pesar de sus acciones, soportando vuestros insultos y desprecios cuando la falta la cometió ella, no yo.

Jamie podía entender la postura arrogante de su hermano.

—Posiblemente te perdonó que la obligaras a aceptar tus atenciones —le recordó de forma insultante—, quizás también que te implicaras en un duelo con su hermano, y que nuestra prima conspirara para comprometer al amor de su vida. —Jamie siguió implacable en sus acusaciones.

—¡Suficiente! —exclamó Justin—. Soy perfectamente capaz de entender mis errores, no necesito que los enumeres —la voz de Justin se había convertido en hielo porque comprendía la desazón de su hermano con respecto a Aurora—. Nunca la tendrás Jamie, ¡resígnate de una vez! — Jamie lo miró como si no lo conociera.

El otro lo miró asombrado.

—Tus palabras me ofenden porque nunca te he faltado el respeto ni con el pensamiento. Ni cuando la dejaste abandonada sin el consuelo de sus hijos. Estaba vulnerable, habría sido tan fácil sustituirte, que todavía no me explico qué me detuvo.

Justin miró a su hermano con ojos heridos.

—Pero he decidido no repudiarla. Tú pierdes... yo gano.

Jamie lo miró y una espiral de enfado comenzó a subirle por la garganta.

—Nunca he sido tu rival, pero aquí no hablamos de perder o ganar, hablamos de una mujer y su futuro. Futuro que te empeñas en sujetar sin que mi mente entienda la razón.

—Déjalo ya Jamie, tus diatribas no me harán cambiar de opinión. No me divorciaré le pese a quien le pese —los ojos de Justin se habían convertido en humo gris.

Jamie suspiró, y, sin despedirse, abandonó la residencia de soltero de su hermano mayor. No volvió ni un momento la cabeza, y Justin supo que había perdido la admiración que Jamie siempre había sentido por él. Un suspiro de resignación escapó de su garganta.

Apenas se atrevía a entrar en su propia casa. Extrañaba a sus pequeños, y, esas tres semanas

de ausencia le habían mostrado lo cruel que se había mostrado con ella. Ahora comprendía la gran necesidad de abrazarlos, sentirlos y arroparlos que habría experimentado Dawn.

Fue la misma Aurora quien acompañaba al mayordomo cuando le abrió la puerta de entrada al enorme vestíbulo, y, aunque no le sonrió, sus ojos no mostraban odio. Se hizo a un lado para dejarle entrar, seguidamente lo escoltó hacia la biblioteca, donde ya estaba servido el té, mientras Justin tomaba asiento, ella le sirvió una taza.

—Los niños están dormidos, cuando se despierten, Elena los traerá —Aurora le extendió la taza con el té, sin leche, y sin azúcar, como le gustaba a él.

Lo había sorprendido gratamente que ella lo recordase. Aurora se levantó del pequeño sillón de terciopelo rojo y se acercó a Justin que abrió los ojos con cautela porque desconocía las intenciones de ella. Aurora le dio un breve beso en la mejilla, y le sonrió cauta.

—Gracias Justin —él estaba atónito porque no comprendía nada—. No ha permitido que mis hijos me olviden, y por ese gesto, le doy las gracias de corazón.

Justin notó sorprendido que ella no mostraba rencor alguno, y la sorpresa iba en aumento.

—Me sorprende que te sorprenda —le dijo sin apartar las pupilas de las de ella—. No soy el monstruo que todos piensan, incluso tú. Hice pintar un retrato de ti, y lo colgué en sus estancias privadas.

Ella estaba contrita al escuchar la explicación.

—¿Cómo hiciste para que pintaran un retrato de mí sin estar presente? —de verdad que estaba sorprendida.

—Te llevo aprendida de memoria —respondió franco.

Aurora se ruborizó.

—Las gracias también son por cuidarlos. Han sido criados con amor, dedicación, y eso no lo consigue una institutriz.

El temblor de las manos de Justin hizo peligrar la taza. La soltó de inmediato, y la miró con cautela.

—¿Qué significan esas palabras? —preguntó con ansia.

—No sé si alguna vez podré olvidar su perfidia, pero al menos ya no le odio con la intensidad de hace algunas semanas.

Justin se tensó con arrogancia.

—¿Mi perfidia? ¿Qué hay de la tuya? Porque el dolor que sentí por tu traición fue muy real, créeme.

Ella tenía que mostrarse sincera, y admitir que tenía parte de culpa.

—Diego siempre ha sido un hombre de honor.

—¿Y tú? —le preguntó a bocajarro.

—El castigo por algo que no sucedió, resultó innecesario.

Justin tomó aire y lo soltó poco a poco.

—Me sentí traicionado. Verte en los brazos de otro me enloqueció, y tus palabras posteriores no hicieron sino aumentar mi despecho, pero no tengo remedio porque te amo —confesó en un susurro.

—Un amor que lo conduce por caminos por caminos equivocados... como a mí.

Su sinceridad no lo conmovió.

—¿Me estás diciendo que lo amas? —la pregunta hecha en un susurro la desconcertó.

Aurora meditó larga y profundamente.

—He aprendido a vivir sin la esperanza de tenerlo conmigo. He aceptado que su lugar está con otra, y será a ella a quien protegerá y cuidará cada día de su vida.

Cada palabra de ella las sentía Justin como heridas de plomo.

—¿Lo has olvidado? —ella lo miró intensamente.

—Diego fue el primer hombre que me hizo desear los besos, aunque haya sido usted el primero que me los dio.

Aurora suspiró, y se quedó callada durante unos momentos.

—Ningún hombre, sea correspondido o no, está preparado para el adulterio de su esposa, ya sea con el cuerpo o con la mente.

Ella había deseado a Diego, sí, le había sido infiel con el pensamiento, y a punto estuvo de serlo físicamente también con su cuerpo. Si no hubiera sido por los escrúpulos de Diego, ella le habría sido infiel a Justin.

—¿Me amas, Justin?

—Nunca he dejado de hacerlo —contestó sincero—. Te has metido en mi sangre, me consumes el alma, y por ese motivo decidí perdonarte.

Ella lo miró tristemente.

—Si realmente me amase, renunciaría.

—¿Renunciarías a respirar? ¿A alimentarte? Formamos parte el uno del otro, parece que lo has olvidado.

Ella se quedó callada, contemplándolo con una seriedad aplastante.

—Deseaba tanto quererle —le confesó—. Pero cuando empiezo a sentir algo bueno, lo estropea con sus celos.

—Si me hubiese quedado aquí, te habría matado —confesó sin dejar de mirarla—. Pero es una realidad que, si me divorcio de ti, perderías para siempre a nuestros hijos, y te amo lo suficiente para no querer infringirte un castigo semejante —Justin quiso coger la mano femenina, no obstante, contuvo su anhelo—. Mi padre casi se muere, Dawn, por eso tarde tanto en regresar, y ese peso lo llevaré siempre sobre mi conciencia.

Aurora, todavía dudosa de la decisión que había tomado, habló antes de arrepentirse.

—Nuestros hijos necesitan a sus padres, a los dos. Necesitan verle cada día, y por ese motivo he decidido que se quede con nosotros. —Justin soltó el aire que estaba conteniendo porque nunca había esperado esas palabras—. Pero ha de jurar por la vida de nuestros hijos, que no volverá a poseerme, a menos que yo lo decida. Que controlará sus celos y se comportará como el padre abnegado y cariñoso que estoy convencida que es.

Justin meditó profundamente lo que Aurora le pedía. El sacrificio era enorme. Estar cerca de ella, y no poder abrazarla ni besarla, quebraría su orgullo, pero se decidió porque creyó que podría hacerle cambiar de opinión.

—Seré el marido perfecto en las situaciones perfectas, y, dentro de estas paredes, mis manos se mantendrán apartadas de ti.

El duque paseaba orgulloso a Roderick. Le mostraba los cuadros que colgaban de la enorme galería, y le explicaba uno por uno quienes eran. Aurora los divisó y se preguntó dónde estaría la niña, los gritos de alegría que salían del estudio le indicaron dónde se encontraba. Justin estaba sentado en el sofá y la sostenía entre sus piernas. Con sus trotes la hacía reír a carcajadas, y, ella sintió renacer un brote de cariño por el padre, aunque no por el marido. Aurora miró con afecto a su suegro. Se había empeñado en cuidarlo ella personalmente, y se había alegrado sinceramente de que el duque hubiese escuchado su ruego de volver a Londres con sus hijos y sus nietos. Jamie se había mudado a la residencia de soltero de Justin, aunque las visitas a sus sobrinos eran

frecuentes. Ella lo extrañaba muchísimo, y no comprendía la lejanía de su cuñado, aunque aceptaba su decisión. Eulalia seguía con ella en la mansión ducal, y su padre la visitaba a diario. Le causaba gracia la enorme competencia entre los dos abuelos por ganarse el afecto de los nietos. Justin la trataba con la mayor de las cortesías, y, solamente en público, mostraba una actitud de marido atento. Su abuela le escribía cartas, en ellas le contaba los múltiples cotilleos parisinos. María había decidido hacerles una visita en verano, pero faltaban varios meses para la época estival, y como no soportaba la humedad ni la niebla de Inglaterra, posponía su viaje cada vez que le dolían los huesos. Aurora no había olvidado su decisión, y por eso había citado a Diego. Necesitaba pedirle un gran favor, y esperaba de todo corazón que no se negase. Habían quedado en el vestíbulo del hotel St. Ermons en la zona de Westminster, y ya llegaba tarde. Se colocó la capa oscura y se terminó de recoger unos rizos que metió en el sombrero con velo que solía ponerse cuando salía a la calle. Se puso los guantes negros y abrió la gruesa puerta, pero antes de salir al exterior de la casa, Justin, con Mary todavía en brazos, la llamó. La niñera lo seguía de cerca.

—Espera, Dawn, ¿deseas que te acompañe? —ella negó con la cabeza presurosa.

—He quedado con la esposa de Diego para visitar la tienda de Madam Florence en Bond Street. Seguro que se aburriría viéndonos comprar paraguas, pañuelos y sombreros. —Aurora cruzó los dedos por detrás de la espalda por la mentira.

Justin le sonrió, y le pidió que no llegase demasiado tarde. Ella asintió con la cabeza, y se marchó seguida del lacayo que la acompañaba en todas las salidas.

Diego la esperaba sentado en el lujoso vestíbulo del hotel, se levantó nada más verla entrar. La vio nerviosa, con duda en los ojos, y se sorprendió. A ella le pareció feliz, y se sintió inexplicablemente enfadada. Diego no podía regresar mientras la investigación sobre su implicación en proteger a su abuela, se continuase su curso, y parecía que se había adaptado muy bien a la vida en Inglaterra. Su esposa y él vivían en una modesta casita a las afueras de Londres. A Diego no le hacía falta su sueldo como oficial militar pues poseía fortuna propia, y según le había dicho su tío, estaba pensando comprar una extensa propiedad en Escocia.

—¿Los niños están bien? —preguntó alarmado.

Ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza al mismo tiempo que miraba a su alrededor contemplando la fastuosidad del hotel. Las suntuosas paredes pintadas de claro. Los cómodos sillones venecianos, y los brillantes suelos de mármol. Atisbó un lugar apartado de las miradas curiosas.

—Ven, sentémonos allí, hablaremos con más intimidad.

El lacayo que la acompañaba, se quedó a una distancia prudente. Diego comenzaba a preocuparse, aunque la siguió dócil.

—¿Qué es eso tan urgente? —le preguntó entre preocupado y curioso.

—Necesito que les mandes esta carta a José Jiménez y Antonio Vargas. —Ella le tendió un sobre lacrado.

Diego se quedó sorprendido tras escuchar la petición femenina.

—¿Estás bromeando? —inquirió con duda.

Aurora lo miró confundida por su tono áspero.

—Necesito la ayuda de ellos, y son los únicos en los que confío.

—Por Dios, Aurora, si les mandas una carta es que tramas algo peligroso o muy difícil, ¿qué pretendes hacer? —le preguntó inquisidor.

—Quiero sacar a mis hijos de Inglaterra, y necesito que los secuestren.

Diego pensó que podría caerse al suelo de la impresión que había recibido al escucharla.

Entrecerró los ojos, y creyó que se había vuelto loca.

—Todavía no sabes qué hacer con tu vida.

Le dijo de forma seca, y ella lo miró ofendida por sus palabras.

—Justin no desea el divorcio.

—Eres católica —le recordó.

—Me ahogan las reglas, detesto el frío... quiero volver a casa, y no lo haré sin mis niños.

—Sé, que estás en una situación difícil, pero apartar a unos niños de su padre.

La mirada que le dirigió Aurora le hizo bajar el estómago hasta los talones.

—Qué tú me recrimines eso... —Aurora lo miró con tanta pena que Diego carraspeó.

—Los dos fuimos culpables de la reacción de tu esposo.

Aurora empujó la saliva garganta abajo.

—No le fui infiel... —Diego la cortó.

—Sí, lo fuimos —la corrigió—. Yo te deseaba, y te besé, tú me lo permitiste, y habríamos llegado a más si él no nos hubiera interrumpido.

Aurora apretó los labios.

—¿Te arrepientes de aquello? —le preguntó.

Diego soltó un suspiro largo y pesado.

—Cada día de mi vida —respondió—, porque mi debilidad te apartó de tus hijos, porque no fuimos la parte inocente. Ni tu esposo ni mi esposa se merecían que los traicionáramos.

Aurora no quería pensar en esos detalles.

—¿Has perdonado a tu esposa que se aprovechara de ti?

Diego tardó una eternidad en responder.

—Para una mujer enamorada, toda acción está justificada. Y Violet me ha explicado la promesa que hizo a su tío Devlin, y la falta de firmeza que la llevó a completar su engaño.

Aurora chasqueó la lengua porque no quería seguir escuchando.

—Necesito que envíes esta carta —insistió.

—¿Cómo piensas sacarlos de Inglaterra? —la pregunta sonó cauta.

Ella no tardó ni un minuto en responder.

—En una caravana de gitanos.

Él, abrió los ojos con atónito.

—Tengo que convencerte de que desistas.

Aurora apretó los labios, e ignoró sus palabras.

—Cuando José y Antonio se pongan en contacto conmigo, arrastraré a Justin hasta Bath convenciéndole de que deseo conocer la ciudad de los baños. Dejaremos a los niños con el duque y Eulalia —Diego la escuchaba sin interrumpirla detalle que ella agradeció porque temía que se le quebrara la voz—. Para cuando regresemos, los niños estarán lejos.

Diego la miraba muy serio.

—¿Quién los cuidará allí si tú estás en Inglaterra?

—Mis padrinos hasta mi regreso.

—¡No puedes implicar a una casa tan importante en un secuestro!

Exclamó Diego azorado.

—Ya está implicada. Hace unos días recibí su respuesta, y es afirmativa.

Durante el tiempo que Justin había estado lejos con los niños, ella había ideado mil y una formas de regresar al reino. No quería vivir en Inglaterra, y no podía marcharse sin sus niños. No quería hacerle daño a Justin, pero tampoco iba a evitar hacérselo.

—Te expones a la ira de tu esposo.

Ella se estremeció.

—Es un precio ínfimo por mi libertad.

La determinación de ella era peligrosa, y Diego la miró escéptico.

—Podrías esperar a que la corona resuelva mi situación.

Aurora lo había pensado, pero rechazó esa opción.

—Puede pasar mucho tiempo.

Diego no lo creía probable. Tanto Rodrigo como María ignoraban que él había actuado como agente doble para la corona. Poseía mucha información sobre los carlistas, también sobre la casa Velasco, información que él había destruido porque Rodrigo era su amigo e inocente en las diversas acciones de su madre María. Su intención al implicarse con los carlistas, era limpiar el nombre de su amigo, pero María era harina de otro costal. Esperaba en Inglaterra la llamada de la corona para entregar toda la información que tenía a buen resguardo. Él regresaría primero, su esposa y el pequeño Miguel lo harían después.

—La caravana de José Jiménez y Antonio Vargas pueden tardar en llegar, las caravanas de gitanos caminan muy lentas, lo sabes bien.

Aurora asintió con la cabeza, pero ese era el menor de sus males.

—Esa circunstancia me dará el tiempo que necesito para ganarme la confianza de Justin, y evitar que sospeche.

—Vas a pagar un precio muy alto. Deberás estar plenamente convencida de que eso es precisamente lo que quieres.

Diego intentaba hacerle cambiar de opinión.

—Créeme si te digo que nada puede detener mi retorno a casa, y no pienso hacerlo sin mis hijos.

—Justin sabrá dónde buscarte.

—Seré fuerte, y capearé el temporal cuando llegue.

—Con esta decisión puedes hacer tu vida insoportable.

—¿Y cómo crees que ha sido mi vida hasta ahora? —Diego la miró sin un parpadeo—. Es un riesgo que debo correr, mi escapada también está prevista. Por favor —suplicó con intensidad—, no intentes hacerme cambiar de opinión pues ya está todo decidido. Solo te pido que entregues mi carta lo antes posible, y, —Aurora lo miró con ojos suplicantes—, ni una palabra a tu esposa.

—¡Me ofendes! —Diego se molestó—, y mi esposa no es la mujer desalmada que crees.

Aurora lo miró con hastío. Esa mujer había actuado mal, y jamás la perdonaría que le hubiese robado el amor de su vida.

—Sé de tu integridad, pero tu mujer es prima de Justin, no deseo comprobar hacia dónde se inclina su lealtad.

Diego seguía intentado convencerla de que depusiera sus planes.

—Deberías hablar con tu tío.

Le aconsejó.

—Rodrigo no puede regresar todavía. Diego, si nadie sabe de mis intenciones, y tú no estás en Inglaterra, ¿de quién obtendrá Justin información?

Diego se dio por vencido, le hizo un gesto afirmativo, y ella supo que la ayudaría.

—Cuando tus hijos lleguen allí, yo los estaré esperando. Los mantendré sanos y salvos en Bidasoa hasta tu llegada, tienes mi palabra de honor.

## CAPÍTULO 28

Aurora entró sin previo aviso en el invernadero donde encontró a Justin sentado sobre un banco y con una pierna cruzada en triángulo sobre la otra. Estaba tan concentrado limpiando una escopeta de caza que no la oyó. Se quedó durante un momento observándolo, y se asombró del efecto que le producía contemplarlo. Paseó su mirada por encima de sus botas brillantes, llevaba unos pantalones negros que se le ceñían a las estrechas caderas. Tenía el chaleco desabrochado, y llevaba la camisa de lino color crema abierta casi hasta la cintura. Solo un caballero podía permitirse tanto descuido en su vestimenta y seguir siendo tan atractivo. Por un momento recordó de qué forma esas manos que ahora sacaban brillo al arma, habían hecho brillar su piel con sus caricias. Tragó saliva con dificultad e intentó desechar esos recuerdos de su mente, pero siguió observando a Justin con una nueva y diferente expresión en los ojos. Continuó contemplando su figura sentada descuidadamente, y comprobó algunos detalles de la persona de su marido que siempre le habían pasado desapercibidos: la forma en la que su abundante pelo rubio se rizaba a la altura del cuello, nunca se había percatado de lo espeso que lo tenía. Sintió un breve escalofrío cuando vio la forma en la que se le tensaban los músculos de los brazos al frotar enérgicamente el trapo sobre el metal brillante. Sin lugar a dudas su esposo era un hombre muy apuesto. Recordó la transformación del color de sus ojos cuando bromeaba, convirtiéndose el humo gris en plata líquida. ¿Por qué de repente sentía deseos de besarlo? ¿Se estaría volviendo loca? Ciertamente, porque una espiral de deseo comenzó a enroscarse en su vientre e iba subiendo hasta su estómago.

Debió jadear consternada porque Justin alzó los ojos y la miró sorprendido.

Se levantó, y dejó el arma en el banco de madera. Siguió mirándola mientras se limpiaba las manos con un trapo que había conocido tiempos mejores, como algunos de sus vestidos. Este último pensamiento la hizo reír, y Justin creyó que se le iban a doblar las rodillas cuando ella lo obsequió con una sonrisa deslumbrante.

—Me ofrecí a buscarlo porque tenemos visita.

—Discúlpame, Dawn, no te había oído llegar. —Justin la miró detenidamente.

Su mujer seguía con su amoral costumbre de no llevar corsé, y la blanca y fina tela de la blusa le moldeaba los pechos que asomaban por encima del sencillo corpiño, dándole la apariencia de una campesina. La falda de color azul le llegaba hasta los tobillos, y comprobó resignado que solo llevaba la enagua debajo. El duque la miraría horrorizado por su falta de atuendo, pero él se sentía excitado. Llevaba el cabello recogido en una gruesa trenza que le caía hasta la cintura, y le daba la apariencia de una niña traviesa, aunque no logró dominar con unas peinetas prendidas cerca de sus orejas unos rizos rebeldes que le enmarcaban el rostro de forma seductora.

Aurora entendió por primera vez el deseo que sentía Justin porque ella estaba sintiendo lo mismo. Se le reseca la garganta. Su pecho se agitaba como si hubiese corrido una legua, y deseó... ¡maldita sea!, deseó que la tumbara entre las exóticas flores y le hiciera el amor de forma apasionada. ¿Cómo podía extrañar su contacto? Porque en esas semanas que llevaban juntos se había portado como un auténtico caballero.

—Tenemos visita —Aurora necesitaba poner palabras en su alocado pensamiento para ordenar el caos que había sufrido su mente.

El pecho de Justin saltaba de alegría porque había advertido cada una de las emociones femeninas.

—Si no es importante, dejaremos que se marchen.

Ella abrió la boca, pero la cerró sin saber qué responder a sus palabras.

Él, se acercó muy despacio. Enroscó en sus manos un rizo que caía por su hombro y lo besó. Aurora miraba fascinada los movimientos lentos y sensuales de Justin. Algo dentro de ella se agitaba nerviosamente, y suspiró contrariada. Justin comenzó a deshacer su trenza con dedos diestros, ella contenía la respiración porque algo diabólico se había apoderado de su ser dejándola inmobilizada. Cuando su pelo quedó suelto sobre sus hombros, él recorrió con el dedo índice el mentón femenino, bajó sobre la curva de su cuello, y lo deslizó hasta el nacimiento entre sus pechos. Detuvo su recorrido y volvió a ascender hasta llegar a su ceja, la delineó, contorneó, y bajó por el puente de su nariz hasta llegar a la curvatura de sus generosos labios. Ella los entreabrió como por arte de magia, y él deslizó el dedo hasta su cálido interior.

Aurora estaba atónita, cohibida, excitada.

Cientos de sensaciones recorrían su columna vertebral terminando con suaves estremecimientos en su vientre. Se sentía clavada al suelo sin poder moverse, pero no le importó, deseaba más, y parecía que Justin sabía cómo saciar su curiosidad. El contacto de su mano hacía estragos en sus sentidos, de modo que casi no recordaba por qué estaba allí de pie en el sofocante invernadero. Cuando él inclinó la cabeza, ella tembló. Iba a besarla, y, antes de que pudiese replicar, él posó la boca en la de ella. Su determinación solo duró hasta que la ardiente dulzura de la lengua de él se introdujo entre sus labios. El tierno movimiento de su lengua contra la de ella era irresistible, exploró los tiernos rincones de la boca femenina hasta que Aurora se aferró a él de forma impaciente. Cuando ella le tocó la punta de la lengua con la suya, a él le salió un ronco gemido de la garganta, la rodeó de la cintura, y la estrechó contra su cuerpo. La llevó caminando hacia atrás, hasta que tocaron el banco de madera, Aurora ignoraba que la falta de corsé permitiría a Justin meter la mano por debajo de la blusa con mucha facilidad y ahuecar la palma en un pecho. Cuando Justin hizo precisamente eso, se quedó paralizada, desgarrada entre la cordura y el placer, por un breve instante supo lo que significaba la palabra lascivia. Se apartaron a la vez, ambos jadeantes.

Ella lo miró culpable, él le devolvió la mirada preocupada. Antes de decir una palabra, se dio la vuelta y se marchó. Justin se quedó con una sensación de vacío. Su mano mesó su pelo revuelto y suspiró tan resignado como impaciente. No pretendía llegar tan lejos, pero el deseo que sentía por ella lo quemaba. Sabía que por un instante lo había deseado con intensidad, y pensaba aprovechar ese incipiente deseo para conseguir su completa rendición ante él.

Desde el incidente en el invernadero, Justin aprovechaba cualquier ocasión para tocarla, sonreírle, y dejarla siempre como a medias. Ella caía en su magnetismo una y otra vez. Le susurraba palabras al oído. Su cálido aliento le rozaba el cuello y la crispaba, y esa sonrisa socarrona la exasperaba hasta lo indecible.

—Me gusta el vestido dorado. No has vuelto a ponértelo desde el día que descubriste que era el hombre de tu vida.

Aurora recordaba perfectamente ese día. Ambos se preparaban para asistir a una fiesta.

—El hombre de mi vida está dormido como un Ángel.

Le sonrió de forma inocente y provocativa.

—Me haces sentir celos de mi propio hijo.

Aurora respiró intranquila. El brillo en los ojos de Justin era peligroso, y últimamente le hacía estragos en la mente y en el corazón.

Justin le posó las manos sobre los hombros, y la volvió hacia él.

—No hay ninguna mujer en toda Inglaterra que te supere ni en belleza ni en inteligencia. —



Aurora lo observó de forma ardiente. Justin sufrió una revelación—. ¡Me deseas!

Aurora le dio un codazo, pero él la atrajo hacia sí, y, sin previo aviso, posó su boca en la de ella. Siempre se asombraba de lo deliciosa que sabía. Ella lo empujó y lo miró con ojos de leona, pero él ya estaba preparado y se dio la vuelta riendo.

—¡No me dé la espalda cuando hace una travesura! —le ordenó con voz vacilante.

Justin meneó la cabeza, si bien la complació, se giró hacia ella, y la miró de forma divertida.

—No he hecho ninguna travesura pues no soy un niño pequeño.

—Me prometió que no me obligaría a aceptar sus besos y caricias de nuevo —le recordó.

Justin se quedó mortalmente serio.

—Eres demasiado dura. ¿Acaso ignoras que necesito alimentarme de ti tanto como el aire que respiro?

Ella no se dejó embaucar. Cada vez que la tocaba, su determinación se iba al traste.

—Confío que haga honor a su promesa.

Ella no cedía ni un centímetro.

—Soy un caballero. Me arrancaste la promesa de que no te poseería de nuevo —reconoció Justin—, pero unos besos y unas caricias no puedes negármelos, sobre todo porque son miserias amorosas...

Ella se quedó petrificada.

—Me descentra, me confunde.

Justin no sabía si reír o zarandearla.

—Así estoy yo desde el día que te conocí.

¡Se estaba riendo de ella!

—¡No me toma en serio! —estaba atónita—. Le recuerdo que hicimos un trato.

Justin puso los brazos en jarras y la miró con ojos apasionados, ardientes, provocadores.

—¿Hasta cuándo piensas castigarme?

Justin interpretó demasiado bien la mirada femenina. Aurora intentó darse la vuelta y salir de la alcoba, pero Justin ya la había sujetado por los hombros, y la obligaba a mirarlo a la cara.

— Toda la eternidad... —respondió sin pensar.

Aurora lo miró a los ojos, y la expresión tan dolorida que observó, le hizo sentir remordimientos. Le debía una disculpa, y se la dio del mejor modo que entendía: con un beso ardiente, de esos que tanto le gustaba darle él.

Justin no podía controlar sus emociones. El beso tan apasionado que le estaba dando su mujer lo estaba reduciendo al polvo, era una alumna extraordinaria, o poseía un talento natural para subyugarlo. Ella sentía las manos de él en su cuerpo, y, por primera vez, no le importó en absoluto. Le gustaba su lengua cálida, sabía a vino dulce, y siguió bebiendo de él como si estuviese sedienta. Sus manos cobraron vida propia cuando una se enredó en el cabello de su nuca, y la otra descendió en una caricia lenta por el cuello abierto de su camisa. Lo sintió tensarse, y gemir, solo entonces comprendió el poder tan antiguo que tenían las mujeres sobre los hombres. Se pegó más a él, y su mente comenzó a valorar otras sensaciones. Ahora sus duras caderas buscaban el hueco entre sus piernas, los musculosos brazos la sostenían. Una de ellas presionaba su nuca para que no despegase su boca de la de él, y la otra había comenzado un ascenso lento y premeditado hasta la curva de su seno.

Consiguió desasirse a duras penas. Jadeaba con el rostro ruborizado y los ojos brillantes de confusión.

—¿Qué me hace? —logro balbucear.

—Lo mismo que tú a mí: hacerte perder el juicio. —Volvió a sujetarle la mandíbula y le alzó

el rostro para seguir deleitándose en su boca, esa boca que había significado su rendición desde el primer momento que la besó en el jardín de la casa de su padre.

Justin estaba llegando a la línea que separaba la razón de la locura, si la traspasaba, corría el riesgo de perder lo que hasta ese momento había logrado, y, con un gran pesar, separó su cuerpo del de ella. Contempló sus labios hinchados por sus besos, y sus ojos oscurecidos por las sensaciones.

—Si seguimos corres el peligro de terminar en mi cama, desnuda, y a mi merced.

Ella rio y lo desarmó.

—Es la primera vez que he disfrutado con sus besos.

—No tengo control Dawn, soy una presa a punto de desbordarse, tendrás que contenerme tú.

Ella asimiló las palabras, y se sintió poderosa, con un sentimiento de la cabeza aceptó.

## CAPÍTULO 29

Ya en la fiesta, Justin no le quitaba ojo a su mujer. La miraba pestañear mientras bebía una copa de champaña, no escuchaba lo que le decía su anfitrión porque toda su atención estaba puesta en ella. La veía dar vueltas riendo alegremente, y frunció el ceño sin darse cuenta. Todo en ella era una provocación constante. Observó su precario moño a punto de caerse debido a los incesantes giros que daba con la cabeza. No se había puesto el vestido dorado, en un arranque de impertinencia se había colocado el de seda blanca con estrellas plateadas, el mismo que se había puesto para su cumpleaños y la llegada de Diego. Estaba hermosísima. Sonrió complacido, la tiara de brillantes en el pelo la hacía relucir como una reina, y por fin había conseguido que aceptara ponerse los pendientes de brillantes a juego con el brazalete que había pertenecido a su madre. Le gustaba mucho verla ataviada con las joyas familiares así demostraba a todos que le pertenecía. Ese sentimiento de posesión, aplacaba sus celos irracionales.

La vio abanicarse con la mano, nuevamente había perdido el abanico. Se la veía acalorada, con las mejillas arreboladas por el esfuerzo. Miraba a su alrededor buscando con los ojos, esperaba que, a él, pero su mirada lo alcanzó solo un segundo, y siguió observando la sala con lo cual él ya sabía que buscaba a Jamie. Había terminado por aceptar la gran amistad que existía entre ambos. Ella lo consideraba más que un hermano, un amigo, y él confiaba que Jamie supiese estar a la altura del significado de esa palabra. Supo el mismo instante en que los ojos dorados lo descubrieron pues su amplia sonrisa no dejaba lugar a dudas. Jamie venía hacia ella trayéndole una copa de champaña, ese privilegio era exclusivamente suyo, si bien aceptó las atenciones de su hermano sin molestarse. Aurora apuró la copa de un trago y la de Jamie también, a pesar de que él intentó alejar su copa del alcance de ella. No pudo evitar una mueca al ver que la regañaba, su mujer era única saltándose las normas de etiqueta. Al momento Jamie le dio un vaso de limonada que alcanzó de uno de los lacayos que pasaba con una enorme bandeja de refrescos, y ella lo volvió a dejar en la mano de él sin inmutarse, intuyó que le diría que podía meterse la limonada donde le cupiese, y Jamie le soltaría un sermón sobre el alcohol y las damas de alta alcurnia como ella, efectivamente, Aurora comenzó a entrecerrar los ojos cada vez más seria, pero volvió a coger el vaso de limonada que Jamie le ofrecía, lo olió, le dijo unas palabras a Jamie, y apuró el refresco de un trago. Una pequeña gota se había deslizado por la comisura de su boca y descendía por su barbilla. Su hermano se mostraba horrorizado, ella tenía la boca llena y parecía que le costaba tragar el líquido amarillo que debía de resultarle bastante desagradable.

Justin vio el desastre.

Brandon, creyendo que Aurora se había atragantado, le dio una palmada para ayudarla. Aurora escupió el líquido justo delante de Jamie. Los tres se quedaron petrificados. La limonada se escurría desde la barbilla de Jamie hasta su perfecta camisa de lino blanca, y, él, decidió acudir en su ayuda. Aurora corrió avergonzada hacia la salita acondicionada para que las damas se acicalaran entre baile y baile.

Se sentía muerta de vergüenza. Se paseó por la salita sin atreverse a volver al salón de baile: sería la comidilla de la fiesta toda la noche, tanto era su pesar pensando en su suegro, que decidió tomarse un respiro en su angustia. Abrió la pesada puerta acristalada que daba a un pequeño jardín en un lateral de la magnífica mansión, pertenecía al conde Kevingthon, yerno de los duques de Wilson. La noche era espléndida. La suave brisa fresca logró revivificarla, y hacerle olvidar durante unos minutos el sofoco que había sentido en el salón de baile. Inspiró varias veces llenándose los pulmones de aire fresco, al momento escuchó el sollozo de un niño, y decidió salir

atraída por él y olvidándose de la limonada: el incidente en la fiesta había pasado a un segundo lugar. Lo encontró sentado con la cabeza enterrada entre las rodillas, se acercó silenciosamente, y le habló en susurros. El niño la miró con ojos empañados en lágrimas, no tendría más de cinco o seis años, y ella siguió hablándole con ternura sin dejar de mirarlo para que el niño no desconfiara de ella. Se acuclilló a su lado, y le acarició el suave pelo. El niño terminó por explicarle el motivo de su llanto: había perdido a su gatito. Siempre dormía junto a él, y como le gustaba oír la música de la fiesta, había dejado la puerta de la alcoba abierta. No creía que *Colyne*, el nombre del gato, se escapase, y ahora no sabía dónde buscarlo. Ella le prometió que lo encontrarían juntos, y, sujetando la pequeña manita del niño, lo cargó y bajó los escalones con él.

Justin buscaba a Aurora por todos los rincones imaginables de la elegante mansión, pero su esposa se había esfumado como por arte de magia. Nunca hubiese sospechado que el incidente de la limonada la hubiese turbado, hasta el punto de desaparecer sin dejar rastro. Salió a los jardines intentando averiguar si se encontraba allí. Se adentró un poco más entre los árboles frutales, y entonces escuchó una voz inconfundible maldecir en español, y se quedó pasmado ante lo que veían sus ojos: Aurora estaba encaramada entre las altas ramas de un manzano. Un niño que vestía ropas de dormir, la miraba desde el tronco chupándose un dedo, y también observó que cómo Roger Eden Wilson la miraba desde abajo. Se quedó paralizado por la sorpresa, y no pudo avanzar ni un paso más. La vio descender ágilmente llevando en una de sus manos a un gatito, lo mostró orgullosa al niño que la miraba con adoración, y otros detalles hicieron que sus ojos se llenasen de furia. Vio los bonitos zapatos plateados y las medias de seda blancas, dejadas en el suelo junto al tronco del manzano. Roger tenía una visión perfecta de las piernas desnudas de su señora. No había dado ni dos pasos más cuando contempló azorado que ella ya descendía por la última rama, y que Roger alzaba las manos para sujetarla. Una de ellas se deslizó por la parte posterior de sus muslos hasta llegar a la curva de su trasero. Justin vio con verdadero alivio el puñetazo que ella le propinó a Roger nada más tocar el suelo, y la forma poco elegante en la que él se dobló hacia atrás perdiendo el equilibrio y cayendo despatarrado a sus pies. No sabía si reír o darle él también un golpe que lo dejase inconsciente. Superó la distancia que lo separaba de ella, y vio con deleite el azoramiento que le causó su inesperada aparición. Ayudó a su amigo a levantarse, acto seguido le dio otro puñetazo que esta vez sí le hizo sangrar la boca.

—Nunca más vuelvas a ponerle una mano encima a mi esposa.

Aurora pensó que los afiladores sentirían envidia ante la voz cortante de Justin, pero no dijo nada porque se sentía incómoda.

—Solo trataba de ayudarla.

Se excusó Roger mientras comenzaba a levantarse otra vez del suelo para mirarlos con suspicacia.

—Y este incidente ha de quedar aquí, o te meteré una bola de plomo entre las cejas —la voz de Justin era cada vez más afilada—. Te agradeceré que llesves a tu sobrino a sus aposentos mientras yo me ocupo de que mi señora se ponga decente otra vez.

Aurora no discutió. Le entregó el pequeño felino al niño, y le dio un beso de despedida. Observó al noble coger en brazos al niño. ¿Sobrino? No lo había sospechado, el chiquitín hablaba muy poco. Ambos se marcharon por donde había venido Justin. Un segundo después miró a su marido con cautela, vio enfado en sus ojos grises, y supo que le esperaba una buena reprimenda, pero no se le podía reprochar nada, había intentado ayudar a un gato miedoso, y no era culpa suya que lord Wilson hubiese aparecido tan inoportunamente. Ella no le había pedido ayuda alguna

porque era perfectamente capaz de bajar sola del árbol, pero Roger no tenía forma de saberlo.

—No puede volver al baile con esa cara de limón escurrido —le dijo ella.

Él, se acercó peligrosamente. Aurora retrocedió hasta que sintió el tronco del manzano en su espalda.

—¡Esta cara de vinagre es solo culpa tuya!

Aurora hizo lo único que se le ocurrió, se sentó en el suelo, y, levantándose la amplia falda del vestido hasta las rodillas, comenzó a ponerse una media, la sujetó con liga. Sus movimientos cuidadosos para no rasgar el tejido fino hicieron que Justin sintiese un nudo en la garganta, nudo que se iba transformando en nuez a medida que la contemplaba. Se arrodilló para ayudarla pensando que así terminaría antes, pero cuando sus manos se deslizaron por la suavidad de su pierna, el enfado con Roger se había convertido en una necesidad urgente de posesión de su mujer. El beso fue tan inesperado que Aurora no fue capaz de rechazarlo. Justin la cercó en el tronco y comenzó a devorarla como una fiera hambrienta, no la dejaba respirar, Aurora sintió desgarrarse la fina tela del vestido por el escote, y la razón hizo su presencia de nuevo.

—¡Basta, basta, Justin! Acaba de romper mi mejor vestido.

Justin estaba sordo a su negativa, su mano se deleitaba en su pecho mientras con la lengua seguía saboreándola.

—¡Estáis dando un espectáculo formidable!

La voz de Brandon hizo parar a Justin en seco, alzó la cabeza, y contempló que había varias personas mirándolos con rechazo desde la terraza del jardín. La oscuridad de la noche apenas conseguía ocultarlos de las miradas ávidas por parte de los hombres, y curiosas por parte de las mujeres. Aurora ahogó un gemido de humillación e intentó levantarse, Justin se lo impidió, necesitaba unos instantes para controlarse. Ella miró su escote desgarrado, su vestido manchado de polvo y hierba, y miró a su marido con ojos fulminantes. Sentía tanta vergüenza, que quiso fundirse con la corteza del árbol. Inspiró profundamente varias veces para serenarse, y comprobó aliviada que él había quedado peor parado que ella: la enorme erección entre sus pantalones le arrancó una sonrisa vengativa porque se lo tenía bien merecido. Se arregló el cabello intentando ordenar su melena. Se reajustó el escote y se recompuso lo mejor que pudo. Se levantó, y, cruzando por delante de su marido, subió hasta la terraza donde varios pares de ojos la miraban con desaprobación. Ella alzó todavía más el mentón, sonrió con fría altanería, y le espetó a todo:

—Hace una noche perfecta para un revolcón en el jardín bajo las estrellas, les recomiendo señoras que lo prueben.

Los dejó a todos con la boca abierta.

Justin, consternado, comprobó que Aurora se había marchado con una media puesta. No pudo reprimir una sonrisa. Se inclinó, recogió las prendas olvidada, y se dispuso a buscarla convencido que ella regresaría a la casa sin echarlas de menos.

Aurora estaba furibunda, no porque la hubiesen pillado in fraganti en pleno desvarío amoroso, no, se sentía mortificada porque no le importaba en absoluto que Justin le hiciese el amor, es más, lo deseaba, y este encuentro de emociones la dejaba confusa, también perpleja. Miró a Justin y comprobó acongojada que la miraba de forma intensa, con algo más que un brillo de deseo en los ojos. La escasa luz del carruaje impidió que él viese sus mejillas sonrojadas. Cruzó una pierna sobre la otra y comenzó a golpear el suelo del carruaje en un tac-tac que tanto detestaba su tío cuando lo hacía en su presencia. Haberse olvidado de la media y la liga la superaba, y todo gracias a la intervención de su marido y de lord Wilson. Volvió a mirar a Justin que le sonrió. Con un movimiento ágil se pasó de asiento, le pasó el brazo por los hombros, le alzó la cabeza y la besó. Ella estaba tan abatida que le permitió el consuelo.

—Pronto tendrán otro chisme del que ocuparse, además, no ha sido tan terrible como imaginas.

Ella intentó separarse, pero él no se lo permitió.

—Que la gente me haya visto con un pecho en su mano y la falda subida hasta las pantorrillas, supera con creces mi vergüenza, y no pienso tolerar ese tipo de revolcones —Justin no se ofendió porque comprendía el malestar de ella.

—Pero la mano era la de tu esposo, y el revolcón estaba plenamente justificado por permitirle a Roger contemplar tus esbeltas piernas.

De nuevo afloraban los celos de Justin.

—¡Estaba ayudando a un niño! No pedí en ningún momento su ayuda, así que estoy libre de culpa.

Justin la acicateó sin piedad.

—Mañana todo Londres hablará de la impúdica extranjera que he alzado a la condición de marquesa, y ya no podré salir de la casa sin que me señalen con el dedo. No podré resistirlo.

Si pretendía avivar el fuego de su enfado lo había conseguido con creces.

—Quizás y solo quizás se merece ser el hazmerreír de todos por su lujuria.

Ella trataba de vengarse.

—Algún día, Dawn, comprobarás en carne propia el significado de la palabra lujuria. Desearás desahogar tu anhelo y no podrás, y la frustración te azotará sin piedad como me ocurre a mí cuando me rechazas.

—¡Mi nombre es Aurora! —le recordó.

Devlin miró a su nuera cuando traspasó la puerta hacia el comedor. Observó el sencillo vestido lila sin volantes y sin encajes, tanta sencillez le parecía perfecta. Le hizo una inclinación de cabeza en el mismo momento que Justin hacia su aparición tras su cabalgata matutina, ella no lo miró, pero él le estampó un beso en la boca sin mediar palabra. Justin observó a Aurora dirigirse hacia su padre, antes de que se levantase, lo abrazó y besó en la mejilla, vio a su padre sonreírle con ternura, y, acto seguido apartar la silla de su izquierda para que se sentase a su lado: su mujer acababa de despojarlo de su trono. ¿Desde cuándo existía esa afectuosidad entre su padre y su esposa? Siguió mirándolos en silencio. El lacayo le llenó el plato de huevos, salchichas, tostadas y bacón, y Justin miró fugazmente el liviano plato de su mujer. Ella solo comía un trozo de queso fresco, fruta troceada, y un par de cruasanes rellenos de mermelada de moras.

—No comprendo cómo puedes mantenerte en pie con ese inexistente desayuno.

Ella le respondió sin mirarlo. Le resultaba extraño el buen humor de Justin.

—Por lo menos yo tengo sangre y no grasa de salchichas circulando por mi cuerpo.

Devlin miraba a uno y a otro sin decir palabra. Veía las chispas saltar en las palabras que se dirigían, y se sorprendió gratamente.

—Yo no presumiría tanto —a Justin le encantaba acicatearla—. Apostaría contigo a que en vez de sangre tienes limonada, y tanta, que sueles escupirla por doquier.

Le estaba recordando claramente su torpeza de la noche pasada, y ella mordió el anzuelo.

—¿Será la limonada de mi cuerpo lo que mantiene una parte de su cuerpo ten erecta cada día? —contestó, pero inmediatamente se tapó la boca horrorizada: se había olvidado por completo de la presencia de su suegro.

Un intenso rubor le tiñó las mejillas. Justin se había quedado con el tenedor a medio camino de la boca. Lo soltó estupefacto, y la miró con tanta sorpresa que a ella le escocieron los dedos de

los pies por la vergüenza. El duque escondió el rostro tras el Times, apenas podía ocultar el temblor de sus manos sosteniendo el periódico. Se moría de la risa.

—Lo lamento —la disculpa la estaba ahogando—. Mi lengua, en ocasiones, va más rápida que mi cerebro.

Afortunadamente la entrada del mayordomo restó tensión al momento.

—Marquesa, ¿disfrutó del baile anoche?

Aurora miró a su suegro y entrecerró los ojos ante la pregunta. ¿Por qué el tono de su suegro parecía burlón?

—¿Dice algo interesante el Times, padre? —Justin intentaba cambiar de tema.

—Aquí hay una noticia muy curiosa en la sección de sociedad, pero han debido equivocarse en el título: «El marqués de Greenthorn y su señora la marquesa impusieron ayer por la noche una nueva moda en los jardines londinenses: los escarceos amorosos a la luz de la luna. Algo realmente romántico, aunque completamente pasado de moda».

Aurora creyó que se iba a derretir allí mismo. Justin siguió tomando su té como si fuese la cosa más natural del mundo que hablasen de las intimidades de uno en un periódico, pero a ella se le quitó el apetito de inmediato. Apartó su plato e hizo un amago de levantarse, si bien el duque, que la había estado observando, se apiadó de ella.

—Acabo de recordar que Justin fue concebido en un escarceo parecido.

Justin se atragantó con el té, y Aurora miró a su suegro realmente agradecida.

—Estoy deseosa de conocer todos los detalles.

Justin miró a su padre con verdadero interés, pero el duque le sonrió a su nuera, y comenzó el relato sin inmutarse.

Justin sentía las orejas ardiendo. Miraba a su padre entre escandalizado y estupefacto. No estaba omitiendo ningún detalle, y le estaba describiendo un cuadro de él bastante increíble. Aurora sonreía con verdadero alivio, y, de tanto en tanto, miraba a Justin. El hoyuelo de su mejilla izquierda asomaba burlón, y él juró que esa noche la haría arder igual que su padre lo estaba haciendo arder a él.

## CAPÍTULO 30

—Dawn está terriblemente enfadada contigo.

Justin miró a su hermano sin sorprenderle la noticia. Acababa de llevarle unos correos a su residencia de soltero.

—Tenemos una opinión diferente sobre el concepto de la posesión.

Jamie miró a su hermano mayor y no lo comprendió. La rabieta de su cuñada había sido monumental. Él, paciente, había soportado la diatriba de ella.

—Piensa que disfrutas dejándola en evidencia delante de todos.

Justin lo miró atónito.

—Ella aprenderá a aceptarme sin reservas.

Jamie alzó el ceño.

—Lady Dawn Penword es una dama, Justin. Merece un respeto por parte de todos, pero mucho más por parte de su marido. —Justin comprendió que su hermano tenía buenas intenciones.

—Sabes que beso el suelo que pisa. Jamás la pondría en evidencia delante de nadie, al menos conscientemente.

—Tus celos la agobian. Deberías tratar de controlarlos.

Esas palabras no se las esperaba.

—Es una mujer muy hermosa, es normal que sienta cierta inseguridad con respecto a ella.

—Dawn no es nuestra madre.

El golpe que recibió ante la recriminación le mordió el corazón por los recuerdos.

—Me juzgas duramente, Jamie —pensó que su hermano debía tener sobrados motivos para hablarle así—. Los sentimientos que me inspira me nublan el juicio y la razón. Sentir su perfume, me vuelve simplemente loco.

Jamie estaba comenzando a sentirse incómodo.

—Siempre has juzgado a las mujeres en base a la actuación de nuestra madre, y eso no es justo por tu parte, lo sabes.

Justin lo miró aturdido.

—Es demasiado hermosa —admitió pensativo.

—Es una mujer honorable —le recordó su hermano pequeño.

Justin se quedó meditando un largo instante.

—Me siento inseguro, pues no soy dueño de su afecto.

Le confesó aturdido.

—Solo tú eres el culpable —Jamie era impecable.

Justin vaciló.

—Te agradezco el interés, pero lo que pretendo, y lo que hago cuando mis manos la tocan, son dos cosas diferentes.

—¡Ahórrame los detalles! —exclamó Jamie violento.

Justin contempló a su hermano menor, y sintió una ligera vergüenza.

—Lo lamento Jamie, había olvidado...

—Cuando dejes la sombra de nuestra madre fuera de tu vida, comenzarás a comportarte como un hombre maduro. —El reproche se lo tenía bien merecido.

Jamie siguió mirando a su hermano interrogante.

—No deseo hablar más sobre esto.

—Nunca te creí cobarde.



Justin lo miró con ojos desabridos.

—Esa observación ha sido desafortunada —respondió con voz dura.

Jamie asintió con la cabeza.

—Es mi manera de ayudarte.

Se justificó.

—Nadie puede ayudarme salvo ella.

—¡Justin!

Él no pensaba darle tregua. Cuánto más la acosase, tanto más pronto la tendría en su cama.

—Me cuesta entender que seas el paño de sus lágrimas —Jamie le hizo un gesto de impotencia.

—Los amigos están precisamente para eso —Jamie volvió a mostrarse serio por un momento —. Ella quiere ir a Bath, podéis dejar los niños y marcharos un par de días. —Justin se volvió de repente.

—¿Por qué Dawn no me lo ha pedido?

—Según palabras de ella «tu lengua no la dejaría hablar, estaría demasiado ocupada en su boca».

Justin sonrió porque le gustaba devorarla a besos.

—Haré los arreglos necesarios para llevarla a Bath.

Justin dejó la pequeña casa que hasta no hacía mucho había sido su residencia de soltero. Estaba realmente feliz. Su mujer estaba empezando a aceptar su condición de casada. Por fin las cosas volvían a su cauce. El tío de ella había comenzado unos negocios con su naviera, así podía seguir estrechando el lazo que la mantendría unida a él de por vida. El viaje a Bath podría ser el comienzo de una nueva relación íntima entre ellos. ¿Por qué no se le habría ocurrido antes? Comenzó a silbar mientras conducía su faetón por las calles de Londres en dirección a su residencia. Estaba realmente alegre.

## CAPÍTULO 31

Aurora contemplaba a sus dos hijos que jugaban en el jardín trasero de la mansión con Jamie, los perros Canela y Nuez hacían piruetas en torno a ellos. Estaban llenos de hierba, de briznas secas, y manchas de polvo, pero parecía no importarle a ninguno. Se sorprendía del gran cariño que existía entre ellos. Jamie jugaba con sus sobrinos más como un padre que como un tío, pero Aurora desechó este pensamiento de inmediato porque le resultaba desleal, también perturbador.

Recordaba la fiesta que había organizado Justin por el primer cumpleaños de sus niños, y se ruborizó, había sido fastuosa, pomposa y terriblemente cara. Viendo lo que disfrutaban jugando, no pudo resistirlo más y se lanzó a jugar con sus pequeños derribando de un salto a su cuñado. Los niños festejaron la intervención de la madre, y, entre los tres, enterraron a Jamie bajo sus cuerpos. Él pedía clemencia y juraba venganza por la humillación de no permitirle que se levantara del suelo.

Justin contemplaba desde la ventana el bonito cuadro que proyectaban su familia jugando en el jardín trasero de la mansión. Aurora había conseguido quitarle los zapatos a Jamie que, con un niño en cada brazo pretendía hacer un intercambio: un niño por cada zapato. Sentía un peso abrumador sobre sus hombros pues ser el heredero de un ducado resultaba muy duro. El duque había relegado toda la responsabilidad en él desde el mismo día que cumplió los veinticinco años, y, aunque manejaba los asuntos a la perfección, esa misma responsabilidad lo ataba esa tarde en su despacho impidiéndole participar en los juegos que veía en el jardín.

Eulalia se acercó hasta Justin para ver lo que estaba contemplando tan silencioso, no la había escuchado entrar, por ese motivo se sorprendió un poco al oírla respirar a su lado. Eulalia observó que el joven Jamie, antes de darle un niño a su madre, lo besaba y abrazaba con mucha ternura, primero le pasó a Roderick, luego a Mary, y sonrió.

—Besa a los niños con las mismas ansias que besaría a la madre.

Dijo de forma calculada. Ella habría prometido vengar la perfidia de Justin, y una gitana no olvidaba su promesa.

El marqués entendió las palabras enigmáticas de Eulalia, y entrecerró los ojos de forma atormentada.

—Algún día Jamie tendrá que aceptar... —pero no terminó la frase.

Eulalia sabía de los celos que devoraban a Justin, y que trataba de dominar a fuerza de voluntad. Sentir celos de un hombre era muy duro, pero si este hombre era además su hermano, el sentimiento se volvía demoledor. Eulalia no quiso aliviar la carga del heredero, ella había prometido venganza.

Los niños estaban encantados y exhaustos, los cuatro se quedaron sentados en la hierba recuperando el aliento.

—¡Tienes los ojos más bonitos que he visto nunca, Jamie!

Jamie la miró sonriente.

—Son los ojos de mi abuelo materno. Justin los tiene del mismo color que los tenía mi madre, y mi padre rumia por la broma del destino: ninguno de sus hijos se parece a él.

—Los míos son un rasgo distintivo de mi familia. Son los ojos de mi madre, de mi tío, y de mi abuelo paterno.

Jamie le colocó un rizo detrás de la oreja, y las palabras que le iba a decir a continuación,

quedaron sepultadas en su garganta porque Eulalia los había llamado para el té. Los cuatro subieron las escalinatas hasta cruzar la terraza y entrar a la casa. El sol de la tarde daba de lleno en los cristales y le arrancaba destellos brillantes, eso les impidió ver a través de ellos a un Justin pensativo y melancólico.

Elena esperaba para llevarse a los niños y bañarlos antes de la cena.

Aurora soltó un suspiro de dicha cuando vio que parte de su familia estaba esperándolos en la enorme biblioteca que daba directamente al jardín. John contempló el desaliño de su hija, y no lo sorprendió, aunque sí lo sorprendió el de Jamie pues su camisa había quedado inservible. Volvió a mirar a su hija, nuevamente el vestido le arrastraba unos centímetros más de lo normal, el pelo le caía en rebeldes rizos hasta la cintura, y tenía las mejillas sonrosadas debido a los juegos. Ella los iba besando uno a uno, y, cuando llegó a la altura de su tío se quedó quieta.

Rodrigo esperaba su beso. Con una mirada burlona en sus dorados ojos la instó.

—¿No te alegras de ver a tu tío preferido? —ella sonrió y alzó el mentón, altiva.

—Puesto que soy superior a ti en rango, espero mi reverencia, conde Ayllón.

El duque no pudo contener un gemido de espanto. Rodrigo accedió a la petición de su sobrina. Le hizo una reverencia tan profunda, que los dedos de su mano derecha casi rozaron el suelo al inclinarse. Aurora aceptó la venia con una leve inclinación de cabeza, y, acto seguido, se lanzó a los brazos de su tío.

—Has de saber, *mochuelina* —comenzó Rodrigo—, que aquí en Inglaterra y en el resto del mundo, el título de conde es el que sigue en orden de importancia al título de duque, salvo en el reino de España, que se intercala por el medio el título de marqués.

Aurora lo miró sorprendida.

—¿Entonces eres superior en rango a mi padre y a mí?

—Fuera del reino de España sí —el tono era tan neutral que Aurora lo quiso todavía más.

Justin cerró el libro de cuentas y se dirigió hacia la visita.

Aurora miró a Justin, y se descorazonó porque su marido últimamente estaba muy serio, y, aunque entendía el motivo, no pensaba ceder. Él la quería en su cama y ella se resistía. Necesitaba que enfriase un poco su ardor pues sus constantes revolcones habían hecho saltar chispas entre la aristocracia londinense, y ella no pensaba servir de chisme en ninguna reunión matinal más. Tenía que controlar su deseo hacia ella.

Rodrigo fue consciente de los sentimientos contradictorios que sentía su sobrina.

—Confío que no hayas vuelto a escandalizar a tu suegro.

Ella lo miró con dulzura en la voz.

—Mi suegro es el hombre más compresivo de todas las islas británicas.

Rodrigo le hizo un gesto galante.

—Aurora ya se comporta como una auténtica dama inglesa—. Justin quiso hacerle un cumplido, pero no lo consiguió—. La irrespetuosidad tan característica en ella, solo aflora cuando se encuentra en compañía de españoles.

Ella lo miró largamente.

—Nunca le he faltado el respeto a mi tío.

Los ojos de Aurora llameaban.

—Y me alegra comprobar que es así. Una dama de tu posición ha de saber guardar las formas y no ponerse en ridículo con sus acciones.

Ella no comprendía su humor sombrío, e ignoraba que parte de la tensión de Justin, y de sus salidas de tono, tenían mucho que ver con Eulalia que lo emponzoñaba contra todos.

—El sentido del ridículo no le importa ni a un rey cuando se siente acuciado por una

necesidad imperiosa de alivio, y se baja los pantalones donde sea. —Aurora no entendía el por qué Justin siempre la aguijoneaba en presencia de su familia.

—Una dama educada jamás utilizaría un vocabulario tan vulgar, Dawn.

La voz de Justin se estaba tornando acerada.

—Nunca he pretendido ser una dama —había un brillo malicioso en sus ojos cuando habló.

—Con solo mirarte basta para comprender lo ciertas que son tus palabras.

Aurora dejó de contestar, y consiguió meterse un pastelillo en la boca como lo haría una muerta de hambre. Justin estaba serio por la actitud de su hermano, y la actitud de ella en el jardín. Todos miraban a uno y a otro en silencio, afortunadamente, los Beresford se habían acostumbrado al lenguaje sincero que utilizaban los españoles, y ya no se escandalizaban tanto. Rodrigo terminó su café sin inmutarse. Veía saltar chispas entre su sobrina y Justin, y eso le dijo mucho sobre los sentimientos de ambos, aunque su sobrina no fuese consciente de ellos todavía.

—Tengo entendido que os vais a Bath unos días.

Dijo Rodrigo.

—Sí —Respondió Aurora.

—No —la negativa de Justin tomó por sorpresa a John que miró a su hija con seriedad—. Tengo que resolver unos asuntos urgentes en Londres. Hasta después del verano no podremos marcharnos a ningún sitio.

Aurora se puso seria de inmediato. Le dolía que Justin no la informase del cambio de planes.

—Deberíais venir los niños y tú al campo unos días, Whitam Hall está vacía sin vosotros.

Aurora sonrió a su padre con cariño.

—Es posible que lo hagamos.

Ella siguió comiendo pastelillos.

—Una dama educada no se atiborra a dulces, Dawn —la recriminó Justin.

Aurora soltó la empanadilla de inmediato, y miró a su marido como quien mira un mosquito después de que pique, con ganas de aplastarlo de un manotazo.

—Justin, un hombre ha de saber cuándo va a traspasar la línea de la prudencia.

Las palabras de Rodrigo no le hicieron mella en absoluto al esposo de su sobrina.

—Dawn necesita lecciones de comportamiento, y, puesto que las ha obviado tan claramente en su educación... es mi deber recordárselo.

—Pero hoy no es el momento de hacerlo.

La defendió Christopher. Aurora miró con calidez a su hermano mayor. Ser defendida era algo glorioso.

—No se puede culpar completamente a su aya Eulalia por su falta de moderación, ¿cierto? —Criticó Justin con voz grave.

Los Beresford se estaban poniendo nerviosos por momentos.

—Mi falta de moderación no es lo que se está discutiendo aquí, ¿verdad lord Penword?

Él, la miró fríamente, pero no le contestó, ella utilizaba su título cuando estaba ofendida. Aurora se levantó altiva, alisó las arrugas de su vestido, y caminó hacia la puerta, se volvió un momento, y le sonrió a su familia.

—Los niños estarán ya preparados, no tardaré.

Cuando Aurora cerró la puerta tras de sí, un montón de ojos acusadores se volvieron a hacia él. Justin tragó saliva con dificultad.

—La habéis mimando y consentido en exceso. Debe madurar de una vez, como duquesa tendrá que responder mucho. Así no la estáis ayudando.

Eulalia miró a Justin con auténtico rencor gitano y no pudo contener la lengua un minuto más.

—Nadie osará criticarla en absoluto ni en su cara ni en la mía, pues una sola gota de su sangre contiene más ralea que toda esta familia junta. —Justin la miró con una admonición en sus ojos, pero a ella le dio exactamente igual.

—Mi sangre descende de los Tudor, por si tiene alguna duda sobre mi herencia. Eulalia lo miró con más desdén todavía.

—El comportamiento de mi hija delante de extraños es impecable, Justin, su naturalidad con su familia es espontánea. Nada se le puede reprochar. —John defendió a su hija con ahínco—. Olvidas que su cultura y educación la han formado tal y como es.

—Es terca e impulsiva. Marisabidilla, temeraria, y obcecada. Mi obligación es dirigirla e instruirla.

Había un deje de socarronería en la voz de Justin, y Rodrigo entrecerró los ojos.

—En ocasiones tu comportamiento raya el ridículo —Jamie lo atacó con ferocidad—. Si contamos las ocasiones en las que Dawn no se ha comportado, deberíamos alegar que la mayoría ha sido con tu exclusiva intervención. Me sorprende tu actitud.

La entrada de Aurora con los niños hizo olvidar de inmediato el altercado. Ella le dirigió a su marido una mirada condescendiente, y le hizo un alzamiento de barbilla altanero, gesto que no pasó desapercibido para nadie. Rodrigo comprobó complacido que su sobrina se había cambiado el arrugado vestido y se había trenzado el cabello alrededor de la cabeza. Los comentarios maliciosos de su marido no le habían hecho mella.

## CAPÍTULO 32

Aurora paseaba por Hyde Park. Hacía muchos meses que esperaba noticias de los gitanos José y de Antonio. Quería irse de Inglaterra, pero no quería separar a Justin de sus hijos. Ya había olvidado los agravios que le había infringido Justin porque, siendo sincera consigo misma, quizás ella hubiese actuado de la misma forma en una situación similar. La tarde ya concluía, y comprendió que tenía que volver, si Justin se enteraba que había salido sola a pasear, se iba a enfadar muchísimo. En Ronda ella disfrutaba de completa libertad, podía ir a cualquier lugar sin preocuparse de llevar acompañante, pero en Londres era impensable.

Aurora observó a la gente que paseaba, veía a mujeres acompañadas por sus doncellas en silenciosa peregrinación hacia ningún lado, o eso al menos le pareció, era como si la alegría fuese pecado en Inglaterra, y volvió a suspirar de nuevo. Una brisa traicionera le arrancó el sombrero que llevaba suelto, y Aurora lo vio alejarse impávida. Ondeó en un zigzag libre, sin orden, y sin destino. Lo vio aterrizar cerca de un banco, y, sin prisa, pero sin pausa, se dispuso a recogerlo. No fue consciente del blanco corcel que galopaba desbocado, ni la angustia que se reflejó en los ojos de la amazona al contemplar el inminente desastre: iba a arroyarla. En el mismo instante que Aurora se alzaba de recoger el sombrero oyó unos gritos angustiosos, no supo que corría verdadero peligro. Algunos paseantes le hacían gestos para que se apartara, ella entonces se giró, y vio el caballo desbocado. Le pasaría por encima. Comenzó a correr hacia la izquierda, pero había calculado mal, la fuerte pendiente la desestabilizó, y la hizo resbalar: cayó rodando hacia el estanque. El animal pateó el aire y se precipitó al suelo vacío. Aurora sintió un dolor agudo en el tobillo izquierdo, y, con sus brazos, trató de protegerse el cuerpo todo lo que pudo.

Habían parado de dar vueltas, y Aurora esperó a que se le pasara tanto el mareo como el susto porque estaba ilesa. Miró su aspecto y gimió espantada: el bello vestido color lavanda había quedado roto por el corpiño y la falda, el pelo se le había soltado del moño. La gente se había congregado a su alrededor, algunos por curiosidad, otros preocupados.

Aurora no podía reincorporarse. El tobillo izquierdo le dolía muchísimo, y temió habérselo fracturado. La amazona que había estado a punto de arrollarla se acercó a ella muy asustada. Cuando Aurora vio a los dos caballeros que desmontaban de sus monturas al unísono, sonrió con verdadero alivio.

Justin se disponía a salir de la casa en busca de su esposa. Había montado en cólera cuando supo que se había marchado de paseo sin el carruaje, y sin acompañante. Estaba decidido a despedir al lacayo que tenía la obligación de protegerla. Las calles de Londres estaban llenas de rateros y delincuentes, los campos de bandidos. Difícilmente una mujer podía caminar sola sin que peligrase su integridad física. Justin todavía rumiaba su enfado cuando la vio llegar montada a caballo y sujeta por el mismo Roger Eden Wilson. Se quedó serio cuando contempló que ella llevaba puesta la chaqueta verde de terciopelo de él, nuevamente el desaliño femenino lo preocupó. Roger se bajó del enorme semental con la agilidad y la confianza que solo poseen los jinetes que han pasado la mayoría de su vida a caballo. La sostuvo entre sus brazos más tiempo del necesario. Justin no se percató del resto de monturas que los acompañaban, solo tenía ojos para las manos de su rival que abrazaban a su mujer, y del íntimo contacto que compartían. Roger subió los peldaños de la casa, y con un breve saludo a Justin, le cedió el testigo de sujetar a su mujer. Aurora pasó de los brazos de un noble a otro. Justin caminó con paso firme, y depositó a

Aurora en el amplio sofá, la acomodó lo mejor que pudo, y pidió al servicio que le pusieran un cojín en la pierna pues Aurora le había explicado brevemente que se había lastimado en el parque.

Aurora se quitó la chaqueta y se la devolvió a lord Wilson. La prenda había evitado que ella enseñara más de lo que permitía el decoro, sin embargo, antes de ponerse encima el chal que Eulalia le había traído apresurada, Justin pudo comprobar que llevaba el corpiño destrozado, dejando ver sus cremosos pechos casi por completo. Se abrió paso entre el gentío que llenaba el salón, y, con ojos interrogantes miró a Roger esperando una explicación que no lo iba a satisfacer en absoluto. Una muchacha no mayor que la misma Aurora, intentó explicarle entre sollozos lo que había sucedido.

—Permite que te presente a la hermana de mi cuñado, lady Sara Kevington —la mujer hizo una breve reverencia—. Nos encontrábamos paseando a caballo cuando una ardilla ha conseguido asustar a su yegua, algo insólito porque es muy dócil, se le desbocó, y se precipitó hacia el lugar donde estaba lady Penword, que no se había percatado del enorme peligro que representaba el animal asustado, sin embargo, ha quedado bastante mal parada como puedes apreciar —Roger calló durante unos instantes—. Confiemos que no se haya roto el tobillo.

La entrada rápida del doctor de los duques de Wilson le hizo arrugar el entrecejo. Era el colmo del descaro que Roger hubiese mandado llamar a su propio médico, aunque calló porque el tobillo de Aurora le preocupaba más. Afortunadamente, solo se trataba de una torcedura que ya comenzaba a hincharse, el doctor había le daba las instrucciones para los próximos días. Había tenido mucha suerte, y Justin lo agradeció en silencio. Eulalia, como una perfecta anfitriona, preparó un breve refrigerio para la inesperada visita, el salón parecía brillar por la reunión informal que se había organizado.

Aurora reía por las bromas que le gastaban, pero cada vez que veía el gesto adusto de Justin, su estómago se encogía de aprensión. Ella seguía en silencio y escuchaba, inesperadamente había conseguido un montón de amigos nuevos, pues además de lord Roger y lady Sara, había conocido al conde Blair y al vizconde Seymour. El duque de Arun hizo su aparición, y todos les dispensaron los honores que merecía.

Todo estaba en silencio, Aurora leía tranquilamente en su enorme cama con dosel. Debía guardar reposo para que bajase la hinchazón del tobillo. Esperaba la visita de Justin con algo de inquietud pues sabía que le esperaba una buena regañina por haberlo desobedecido. Intentó concentrarse en la lectura, pero el libro escogido había sido un error porque la aburría mortalmente. Había cenado en su alcoba pues las escaleras representaban una gran dificultad, extrañaba cenar con el resto de la familia, y como los niños ya estaban dormidos en sus respectivas alcobas, ella se dispuso a esperar el juicio y la sentencia que Justin le daría de forma implacable e inmediata. Se rio de su ocurrencia, y Justin, tan oportuno como siempre, aprovechó ese preciso momento para cruzar la puerta que separaba ambas alcobas. Llevaba puesta su bata de terciopelo azul marino, y el pelo todavía lo tenía húmedo por el baño. El cinturón de la bata lo tenía anudado de forma holgada que se había abierto casi hasta la cintura. Aurora miró con ansia la uve de piel que mostraba Justin tan descuidadamente, y, de forma irracional, deseó pasar la mano por el ensortijado pelo dorado de su pecho. Miró las dos copas que llevaba en las manos, y sonrió de nuevo, no le vendría mal un trago. Justin le dejó la copa en la mesita, acercó a la cama el sillón, y, justo en el momento de sentarse, la bata caprichosa se abrió hasta la mitad del muslo, y Aurora pensó que a ese juego podían jugar dos, porque estaba convencida de que su marido actuaba a propósito para incomodarla. Tomó la copa de la mesita, e hizo que un tirante del

finísimo camisón de satén color champaña se deslizara por su hombro, dejando la mitad del pecho descubierto. Los ojos de Justin brillaron de expectación, pero ella todavía fue más lejos. Bebió un gran trago de coñac, sabiendo que el líquido le quemaría la garganta y la haría toser, momento que ella aprovechó para que el camisón se le subiera hasta más arriba de las rodillas cuando se movió. Una vez que hubo cesado los estertores convulsivos, se reclinó hacia atrás en una pose muy seductora, masajeándose la zona de la garganta que había sufrido el acceso.

Justin, cuando vio el brillo travieso en los ojos de ella, se dio cuenta de que estaba jugando con él.

—¡Tus artimañas hoy no funcionan, no te van a librar de mi sermón! —Justin no pudo darle la seriedad que pretendía a sus palabras.

—Mis artimañas suelen encandilarle —le respondió ella.

—Tengo motivos más que suficientes para estar enfadado con tu actitud —Justin bebió un trago de su copa sin dejar de mirarla.

Ella dejó la suya en la mesita, y le obsequió con la visión de su espléndido busto al hacerlo. Justin sintió que su cuerpo se endurecía por completo, y cambió de postura para aliviarse.

—Has de obedecerme, Dawn. Si te ordeno que no salgas sola, espero que me obedezcas —ella no quería enfadarse,

—Justin, mi nombre es Aurora, llámame así, por favor, y te recuerdo que no soy una prisionera —su voz sonaba contenida, y Justin sonrió, ella le decía lo mismo cada vez que le recriminaba algo.

—Londres es una ciudad peligrosa —continuó.

—¡Estaba a dos manzanas de casa! —respondió con acritud.

—Si deseas salir, Elena puede acompañarte, e incluso yo si dispongo de tiempo.

Aurora no pudo contener la réplica.

—Aquí no se discute mi temeridad ante un simple paseo por el parque por la tarde —no se dio cuenta, pero había subido el tono de la voz—, lo que realmente le molesta es que puedo conversar, reír, e incluso bromear con todo lo que lleve pantalones, y que supere la edad de diez años.

Justin se quedó mudo ante el estallido de ella.

—A ese tema, querida mía, iremos después, no te quepa la menor duda —apuntó crítico.

Ella lo miró exasperada.

—Ha sido un incidente desafortunado del que no hay culpables ni consecuencias adversas.

Justin estaba realmente preocupado.

—Eres voluble, impetuosa, impulsiva... —Justin no quiso continuar—. Si yo te digo que no caminarás sola por Londres, tendrás que obedecerme —Justin no quería mostrarse tan duro, pero ella debía comprender.

Aurora lo miraba atónita, Justin la miraba con deseo, y, esa fue la chispa que le hizo lanzarle el libro que había estado leyendo unos momentos antes. Justin no lo esperaba, así que no pudo evitar el impacto que le dio en plena cara, y el dolor lo pilló de improviso. Aurora se arrepintió de inmediato, aunque había logrado enfriarle el ardor.

—¡Eres una arpía venenosa! —Justin se secaba las lágrimas que le corrían por el ojo lastimado, y ella se envaró furiosa porque estaba harta de sus celos irrazonables.

—No pienso ser una prisionera en mi propia casa. No tiene nada que temer.

Justin terminó riendo por su conclusión.

—No volverás a ver a lord Wilson.

Ella abrió la boca sorprendida.

—Hemos llegado al quid de la cuestión —dijo con desesperanza—. Lord Wilson se ha



portado siempre como un caballero.

—¡Es un libertino! —le advirtió él con mirada sombría y gesto desabrido—. Existe entre ambos una rivalidad desde la universidad.

—Lo considero un amigo.

Replicó molesta.

—Pretende seducirte —la voz de Justin se tornó fría.

Aurora no podía creérselo. Roger se había mostrado como un caballero en cada ocasión que habían coincidido.

—Quizás, y solo quizás, no hará falta que lo pretenda.

Justin se atragantó con su respuesta.

—No puedo comprender que me estés replicando de forma tan humillante.

Aurora trató de contenerse.

—Estoy cansada de este encierro, de sus celos...

Justin guardó silencio durante un instante.

—Mis celos son el resultado de tu frialdad al alejarme de tu lecho.

Ella lo miró sorprendida, y azorada.

—Eso no ha sido justo, y lo sabe.

Estaba tan dolida que Justin casi se arrepintió de su arrebató.

—La injusticia la impones tú al negarme tus deberes conyugales —con esas palabras consiguió herirla profundamente, aunque siguió implacable—. Te veo tan cariñosa con todos, que me enferma la necesidad de poseerte. No te importa bromear con mi primo Brandon, ni mostrar cariño a mi hermano Jamie. Ahora Roger se convierte en tu paladín, admite que tengo motivos más que suficientes para estar molesto contigo.

Aurora se quedó tan callada y quieta, que Justin pensó en irse. Cuando al fin pudo articular palabra, lo hizo tan queda que Justin apenas la oyó.

—Un matrimonio debe compartir, respetar, y, ante todo, confiar el uno en el otro.

—No me das motivos para confiar en ti.

—Esa es una acusación muy grave, ¿y es válido para los dos? ¿O la fidelidad solo debo respetarla yo?

Justin la miró con seriedad.

—Ninguna mujer me tienta como tú, y me resulta inaudito que no te percares de ello —había sinceridad en su voz—. Cada vez que me doy la vuelta tienes a un hombre rendido a tus pies. ¿Cuántos harán faltan para que te des cuenta de que temo perderte?

Aurora lo miró llena de suspicacia. Justin se veía de verdad herido.

—¿Por qué desconfía tanto de las mujeres? —le preguntó a bocajarro.

Justin se mantuvo callado durante un momento antes de contestarle.

—Mi padre adoraba a mi madre, pero la lista de amantes que tuvo fue interminable, y ella no era ni la mitad de hermosa que tú.

Esto último lo dijo tan lastimosamente que Aurora se compadeció.

—Lamento de veras lo que le sucedió a su padre, pero no puede medirnos a todas las damas con la misma vara —Justin la miró duramente.

—¡Qué fácil has olvidado el desliz que nos separó!

Aurora lanzó un gemido ahogado.

—Eso ha sido un golpe bajo, pues bien que he olvidado yo su perfidia —la mirada de Aurora se dulcificó—. Hemos llegado a un punto sin retorno. —Justin la miraba sin un parpadeo—. Yo deseo confianza, y usted no está dispuesto a ello.

Justin meditó sus palabras, y creyó que sus noches de vigilia habían llegado a su fin.

—Si prometo esforzarme por confiar en ti, ¿me das tu palabra de que no mirarás a otro hombre que no sea yo?

Ella lo pensó concienzudamente.

—Nunca he mirado a otro hombre —susurró.

Justin suspiró.

—Nunca vuelvas a jugar con mis sentimientos, Dawn.

—Nunca lo he hecho, y me llamo...

Justin alzó su mano callándola.

—Sé cómo te llamas, y deseo que me tutees como tuteas incluso a mi padre.

—¿No se cansa de sermonearme? —le preguntó cansada.

El brillo en los ojos de Justin resultó muy elocuente.

—Tienes la llave para silenciarme cada vez que lo desees.

—¿Y cómo es que no he visto esa llave que menciona?

Justin miró su cuerpo con lascivia, y entonces ella entendió.

—¿Sellamos nuestro acuerdo con un beso?

No le dio opción a responderle, de un salto llegó hasta ella y con sumo cuidado de no lastimarle el pie, la atrajo hacia su cuerpo y comenzó a devorarla.

Justin alargó el brazo buscando a su esposa, pero el lecho estaba vacío, por eso se despertó de inmediato. El lado de la cama que había ocupado por la noche se encontraba frío. Alcanzó su bata que se colocó rápidamente, y salió al pasillo en busca de ella pues apenas eran las siete de la mañana. Entró en el cuarto de los niños, ambos dormían como angelitos, y una sonrisa tierna asomó a su boca. Estaba deseando tener más, quizás seis o siete. Bajó los blancos peldaños de las escaleras de mármol italiano, pero solo se oía el jaleo de los sirvientes despertando la casa. Recorrió la biblioteca, el despacho, el salón, y seguía sin haber rastro de Aurora. Oyó una risa cantarina en las dependencias de la cocina, y se dirigió hacia allí. Se quedó en el umbral de la puerta observando lo que sucedía: su mujer estaba masajeando el pie del mayordomo con un ungüento que olía realmente mal. Su padre, el duque, estaba al lado de ella vestido con ropa de montar, y una taza de humeante café en la mano. De tanto en tanto, volvía a ponerle el ungüento en la mano de ella que friccionaba los huesos del mayordomo como si amasase harina. Soltó un carraspeo, y las tres cabezas se giraron hacia él.

La sonrisa que le dedicó ella lo derritió.

—Ya veo que la señora marquesa no para un instante.

Aurora alzó las cejas con interrogación, esa forma de llamarla la hizo sentir rara.

—Nuestro Adam ha tropezado en las escaleras —era tan natural en ella hablar así del mayordomo como la forma de insultar que tenía—. Solo estoy dándole un poco de este bálsamo milagroso, el mismo que Eulalia ha utilizado conmigo.

El mayordomo quiso levantarse pues estaba muy avergonzado, pero Aurora se lo impidió.

—Deberías guardar reposo como te aconsejó el doctor ayer, y no pasearte medio desnuda por la casa.

Aurora se contempló y supo que su marido se refería a la bata celeste y al camisón que todavía llevaba.

—Como buen inglés, siempre mirando el lado negativo de las cosas —Justin chasqueó la lengua, ella devolvía los golpes dobles, pero le encantaba esa camaradería que comenzaban a

tener.

—¿No se te pasó por la cabeza esperar al diagnóstico del doctor? —le dijo crítico.

—Pero es que sé muy bien lo que hay que hacer en situaciones así —la mirada de Justin le resultó muy clara, no estaba muy de acuerdo en que ella abandonara el lecho tan pronto—. No va a poder manipularme las veinticuatro horas del día querido. Tengo mucho trabajo que hacer en la casa.

El duque volvió a beber de su taza que ya estaba vacía en un intento de que ninguno viese la sonrisa que asomaba a su boca. Estar en presencia de su primogénito y de su nuera en la misma habitación, suponía un riesgo de sufrir quemaduras de primer grado. Sin embargo, le parecía muy estimulante. Justin se acercó y miró el pie del mayordomo. A parte de un moratón no tenía nada, quizás fuese por el ungüento. Alcanzó una taza, se sirvió café, y al primer trago tosió con aspavientos.

—¡Esto no parece café! —tanto el duque como Aurora suspiraron a la vez.

—Es café español —respondió ella—, y ya debería saber cómo nos gusta tomarlo, «negro como el diablo, caliente como el infierno...»

—«Dulce como el amor» —apostillo el duque—. Yo me he acostumbrado a él y lo encuentro muy estimulante.

Justin no se sorprendió por la declaración de su padre. Devoraba las empanadillas dulces de Eulalia con absoluta falta de decoro. La gitana se lo había metido en el bolsillo como al resto de la familia.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —Justin curioseó por la cocina sin encontrar el dulce.

—Eulalia está cocinando un bizcocho de almendras, miel y canela para los niños. Les encanta comerse un trozo por la mañana.

—Pues espero que sea lo suficientemente grande porque estoy deseando probarlo —Aurora le sonrió.

Justin tenía el pelo revuelto, y la bata lo hacía parecer muy atractivo, lástima que la crítica de ir medio desnuda solo contase para ella, porque él mismo estaba muy seductor con esa tela que delineaba palmo a palmo su cuerpo musculoso y ausente de pijama.

—¿Ya no te duele el tobillo? —inquirió Justin.

—Este ungüento hace milagros, y solo Eulalia sabe prepararlo.

Justin vio que Aurora se lavaba las manos y se las secaba, a continuación, se sirvió para ella misma una taza del fuerte café, también le llenó la taza al duque, y se sentó en el banco de madera junto a él. Que su padre estuviese sentado en la cocina con su nuera le resultó toda una sorpresa. En sus todos sus años de vida, no había visto a su padre pisar las dependencias del servicio excepto desde la llegada de ella.

El mayordomo con una disculpa se marchó presuroso a continuar sus tareas. Justin se sentó frente a ella, y los tres se quedaron callados esperando a ver quién comenzaba primero la charla.

—Dawn, he conseguido la yegua que querías. Lord Kevington ha sido un negociador extraordinario, pero al fin es nuestra. Le he prometido un potrillo, aunque pienso pedirle un precio desorbitado.

Justin los miraba uno a uno sin pestañear.

—Me parece justo —Aurora sabía que su marido saltaría de un momento a otro y, aunque le hubiese gustado mantener esa conversación en privado con su suegro, comprendió que él no pensaba de la misma manera.

—¿Qué pensáis hacer con la yegua? —se detectaba una cierta desconfianza en la pregunta de Justin.

—¡Vamos a criar caballos! —la voz del duque denotaba orgullo.

—Y la idea ha sido... —Aurora contestó antes de que lo hiciera él.

—Del duque de Arun, ¡por supuesto! Tiene un ojo excelente para la cría, y yo estoy dispuesta a conseguirle sementales españoles con la ayuda de mi tío. Las caballerizas de Crimson Hill serán conocidas y envidiadas en toda Gran Bretaña.

Devlin sonrió a su nuera con verdadero afecto, y Justin entrecerró los ojos calculador.

—Es inaudito que la aliente padre, Dawn no necesita ánimos para las complicaciones, se basta ella sola.

Las palabras de Justin consiguieron poner serio al duque.

—Mi nuera tiene una mente brillante, antes de sacar conclusiones precipitadas, deberías escuchar nuestras razones.

Hacía tiempo que Justin no probaba la acidez del duque, si bien esa forma de referirse a ella lo complació.

—Soy todo oídos, Dawn.

Ella miró a su suegro y vio orgullo en sus cálidos ojos azules.

—El duque y yo pretendemos ganar un prestigio que redundará en una fortuna criando caballos únicos, y esa fortuna irá a parar a manos de sus nietos, mis hijos: criaremos caballos dignos de reyes.

Justin suspiró con los ojos cerrados. Lo sospechaba.

—Nuestros hijos —corrigió— no tendrán necesidad de más prestigio y dinero —Justin calibraba cada sílaba para que ella no se molestase—. Soy lo suficientemente capaz de proveerles todo lo que necesitan. Deberías confiar más en mi criterio y juicio patriarcal.

Aurora saltó como un resorte, Justin lo estaba esperando.

—¿Cómo puede afirmar algo así cuando Roderick lo heredará todo, absolutamente todo? —preguntó incrédula.

El duque pensó en levantarse y dejarlos a solas, aunque sentía curiosidad por saber hasta dónde llegaría ella.

—Es la ley —respondió Justin, pero ella no lo escuchó.

—Poseerá el título de duque, además de ostentar el de marques, y no sé cuántos más —Justin sonrió porque no estaba muy desencaminada—. Y, por cierto, que no me parece justo que Jamie no ostente ninguno. Si yo estuviese en su lugar le daría al menos uno de sus títulos.

Devlin la admiró.

—No se pueden cambiar las leyes, Dawn.

El tono pragmático de su marido la enfureció.

—¡Claro que se pueden cambiar! Porque si yo tuviese cinco hijos —Justin agrandó los ojos con complacencia—, que no sucederá —barrió sus ilusiones de un manotazo—, permitiría que cada uno de ellos ostentara un título —la cara de Aurora se dirigió a su suegro—. *Daddy*, ¿qué títulos poseerá Justin?

El duque le sonrió amoroso, le encantaba la forma cariñosa de dirigirse a él, le daba a esa palabra un acento soberbio.

—Conde por dos veces, de Redmond y Roswell. El de Marqués de Greenthorn, Vizconde de Grant, Barón de Knightley, y futuro duque de Arun.

Aurora estaba perpleja.

—A Justin le sobrarán por lo menos tres.

Devlin la miró atónito porque ella tenía razón. Siempre lo había pensado, pero le había faltado valor para ir contra corriente.

—El título de duque y el de marqués son vinculantes a la primogenitura, así como las propiedades más importantes.

Le señaló el duque. Aurora hizo un gesto mohíno.

—Jamie sería un perfecto conde de... de... —Justin alzó las cejas—, es que no me acuerdo de los nombres.

La miró tan sorprendido como admirado. Creció tan convencido de lo que era, que no se había parado a pensar en los hijos segundos de las familias nobles.

—Es posible que Jamie no deseé ningún título —Aclaró.

Aurora tragó saliva, y golpeó a Justin por debajo de la mesa con el pie bueno, que alzó las cejas por lo inesperado.

—Es lo mismo que decir que un pobre no tiene necesidad de comer —ahora le tocó al duque sonrojarse—. Pero la culpa no la tiene Justin —Devlin volvió a ponerse serio—. Es su deber, *daddy* —Aurora apuntaba con un dedo acusador al duque—, hacer algo al respecto. Un par del reino tiene esa prerrogativa, ¿verdad?

—Y pienso hacerlo de inmediato.

Devlin se levantó y besó la coronilla de su nuera, segundos después salió de la cocina con pose tan orgullosa, que Justin apenas lo reconocía. Tras unos minutos de reflexión, Justin le habló con dulzura.

—Imagino que la crianza de caballos y el título a Jamie tiene una segunda razón de ser ¿verdad *sorceress*? —Aurora se quedó seria.

—El duque necesita estar ocupado. Andar todo el día ocioso no es bueno —Aurora bebió un trago de café—. Tiene un ojo extraordinario para los caballos. He visto su admiración hacia *Olé*, y estoy segura de que hará un trabajo excelente —Aurora calló un momento—. Sigue teniendo mucha capacidad. Necesita sentirse útil, yo solo lo he animado.

—Eres extraordinaria. —El cumplido la tomó por sorpresa—. Solo tu inteligencia vería lo que el resto de nosotros no. Mi padre no parece el mismo desde que has entrado en nuestras vidas, y te estaré eternamente agradecido por ello.

Justin le cogió las manos, se las besó, y ese simple hecho le hizo recordar los momentos en la intimidad que habían compartido. Se ruborizó violentamente, y Justin supo de inmediato lo que cruzaba por su mente. La entrada abrupta de Eulalia selló la invitación que estaba a punto de hacerle. El rostro de la mujer se demudó, y sus ojos mostraron un despecho hacia el heredero que preocupó a Aurora de verdad.

—Me daré un baño, y saldré a cabalgar —le dijo el esposo.

Eulalia vio la partida del noble, y miró después a su pupila. Aurora tenía en los ojos un brillo que no había visto nunca.

—Pareces una gata cuando le quitan el plato de la leche templada.

Ella parpadeó.

—¿Qué dices, Eulalia? —preguntó y suspiró al mismo tiempo.

—No me gusta lo que estoy viendo.

Aurora se cansaba de sus diatribas.

—¿Y qué estás viendo?

Eulalia apretó los labios antes de responderle.

—Una capitulación absoluta, pero yo lo impediré, lo juro.

## CAPÍTULO 33

A Aurora le gustaba lady Sara Kevingthon. Era una florecilla tímida, y, viéndola bailar con Jamie, le pareció una muchacha de un gusto impecable y modales exquisitos, sería una cuñada idónea. Buscó con la mirada a su marido, pero no lo veía por ningún lugar. Escuchaba la cháchara de Brandon sin prestarle la menor atención. Para no gustarle Inglaterra, no salía del reino. El escocés, impaciente, le dio un codazo en las costillas justo en el momento que se llevaba la copa a los labios, el champán le salpicó la cara, y ella miró furibunda a su primo político.

Brandon le ofreció su pañuelo y ella lo cogió.

—Tengo verdadero terror a asistir a cualquier fiesta con vosotros.

—¡No me estabas prestando atención! —Brandon se quejaba como un niño pequeño.

—¿Bailas? —Brandon extendió un brazo hacia ella, pero Justin tenía otros planes en mente.

Aurora no supo de dónde había salido porque un segundo antes ella estaba sola con Brandon.

—Creo que es mi turno de bailar con la marquesa.

Aurora levantó las cejas curiosa. Se dejó acompañar, y comenzaron los primeros pasos de un vals. Aurora estaba callada mientras con los ojos seguía el movimiento de lady Sara, Justin la notó ausente, y no tuvo más remedio que acicatearla.

—Estoy asombrado de que mantengas el vestido todavía intacto. —Sus ardientes ojos recorrieron el bonito vestido de color ciruela, y el amplio escote, el nacimiento de sus pechos lo tentaba demasiado. Suspiró. Ella no le prestaba atención—. Yo diría que ese vestido te favorece demasiado, te hace los pechos incluso más grandes —Aurora no supo a qué se refería, no se había percatado de su escrutinio, y siguió mirando por la sala buscando—. Si me dices a quien buscas, posiblemente pueda ayudarte —pero ella estaba concentrada en los invitados de la sala.

Justin ciñó su cintura, y tanto la acercó a su cuerpo, que apenas si la dejaba respirar, ella protestó e intentó separarse, pero él no se lo permitió, Justin comprobó complacido que ahora sí tenía todo su interés, inclinó la cabeza y posó sus labios en los de ella. A Justin no le importaba que los vieron todos los invitados.

—¡No me gusta que me ignores! —le reclamó ávido.

—¡Estaba buscando a lady Phoebe! —respondió Aurora sofocada.

—La conquista de mi hermano no debe preocuparte.

Aurora entrecerró los ojos.

—Jamie no tiene interés en ella.

Ese comentario molestó a Justin.

—No debes controlar lo que hace, Jamie es mayorcito para resolver sus problemas amorosos, y alguna vez tendrás que dejar de perseguirlo como una gallina clueca —sus palabras consiguieron hacerla reír, pero no había sido esa la intención de Justin—. Es indecoroso reír en voz alta, te lo he mostrado muchas veces.

—¿Por qué me provocas? —le preguntó ella—. Porque si lo haces obtendrás una respuesta contundente —respondió relajada.

Justin entrecerró los ojos por sus palabras.

—¡Estás buscando una reyerta, Dawn!

Quería la atención femenina, pero no la obtenía.

—¡Estoy buscando a lady Phoebe! —ahora fue él quien rio.

—Si me buscaras a mí con el mismo interés, te regalaría las joyas de la corona.

Ella seguía con su atención puesta en otro lado, y él suspiró resignado. Pensó aprovecharse de

su distraimiento en su propio beneficio.

—Pienso que ha llegado el momento de que aumentemos la familia —apenas podía ocultar la sonrisa que pugnaba por salir de su boca, seguían dando vueltas sin parar, y ella ni se percataba de lo que le decía—. Es mejor aumentar la familia cuando nuestros hijos son pequeños todavía ¿no te parece? —ella continuaba ausente—. Se acabó la retirada rápida, voy a continuar la cabalgata hasta el final —Aurora seguía mirando a su alrededor buscando a alguien en particular—. Comenzaré con un paso suave, continuaré con un trote enérgico para acabar en un galope furioso —Aurora no estaba pendiente de la conversación de Justin, creyó, erróneamente, que le estaba hablando de caballos y carreras, lo miró durante un momento y le sonrió.

—Puede cabalgar como desee, pero deje de darme vueltas porque me estoy sofocando.

Justin paró en seco la danza y la sacó a los jardines, tenía un remedio eficaz que haría aumentar su sofoco. Aurora al fin divisó en el fondo de la sala a lady Phoebe, que hablaba con lady Esther, ambas se dirigían a la habitación preparada para las señoras. Rápidamente se desasió de los brazos de su marido.

—Discúlpeme, necesito ir un momento a acicalarme.

Justin se quedó solo y rumiando su incapacidad de poder llevar a su mujer al rincón oscuro donde pretendía darse un festín con su boca. La vio desaparecer, y suspiró resignado, era la primera vez que Aurora se preocupaba por acicalarse, algo estaba tramando, se dio la vuelta, y buscó a su primo.

Aurora se escondió en la salita amarilla que los condes de Moore habían habilitado para las damas. Escuchó atónita los planes de lady Phoebe. Eulalia tenía razón, la muy malvada pensaba tenderle una trampa a Jamie. ¡Iba a comprometerlo para cazarlo! Sintió cólera. Regresó a la sala de baile, y buscó con los ojos a Jamie, lo encontró charlando con Brandon, y, sujetándolo de la mano, lo arrastró a la pista de baile. Su cuñado la miró sorprendido, pero no dijo nada. Aurora tenía el ceño arrugado, se la veía preocupada, y se alarmó. No consiguió quitarle los ojos de encima mientras una sensación de inquietud se extendía por sus huesos.

—Jamie, espero que seas sincero, porque tengo una pregunta que hacerte —su cuñado la miró risueño—. ¿Piensas solicitar la mano de lady Phoebe? —Jamie alzó las cejas con sorpresa.

—Nunca he tenido esa clase de interés en lady Phoebe.

Aurora suspiró aliviada.

—Desea tenderte una trampa, acabo de enterarme. Ven, salgamos al jardín, y te contare todos los detalles.

Jamie estaba atónito. Lo arrastró por toda la sala hasta llegar a los amplios jardines de la mansión Moore, mientras el resto de la gente los miraba con desaprobación. A ella le tenía sin cuidado lo que pensarán. Nunca más un hombre o mujer que ella conociese sería atrapado por un matrimonio indeseado. Con la experiencia de Diego y de ella había sido suficiente.

Poco después, y resguardados de miradas curiosas bajo los árboles del jardín, Jamie iba quedándose horrorizado por momentos a medida que la escuchaba. La astucia y alevosía de la dama en cuestión, lo dejaba atónito. Desde que su padre el duque le había obsequiado con el título de conde Redmond, las herederas hacían turno para meterse entre sus sábanas.

—Deberías intentar convencer a la dama de tu corazón para que te rescate.

Jamie la miró precavido.

—Es un amor no correspondido —le explicó—, y he aprendido a aceptarlo.

Las palabras de él le pesaban a ella como plomo.

—¿Se lo has preguntado? —ella seguía insistiendo arduamente.

—¡Ni me atrevería! —respondió mientras la miraba tan largamente que la hizo sentir

incómoda.

—Quizás tu silencio no sea adecuado —Jamie negó con la cabeza, e intentó brindarle una sonrisa que le había salido titubeante.

—Algunas cosas es mejor dejarlas como están. Créeme, Dawn, si te digo que la aceptación en ocasiones es la mejor medicina.

—Pues sigo pensando que cometes un error.

Entonces él decidió atajar por en medio.

—Esos consejos podrías haberlos aplicado a ti misma con respecto a Diego.

Ella intentaba aconsejarlo cuando ella misma era un desastre emocional.

—Yo estaba encinta, y tu hermano es muy terco. Mis objeciones las fue derribando una a una de un manotazo.

—La mujer de mi vida también es madre —confesó Jamie. Aurora lo miró entonces desolada.

—Pues entonces lo lamento de veras —Jamie le sonrió, y agarró un rizo que le colocó detrás de la oreja—. ¿Por qué siempre haces eso? —había tanta ternura en su voz, que Jamie se sintió pillado en falta.

—Tienes el pelo más rebelde que he visto en mi vida.

Aurora tomó la mano de su cuñado, y la presionó en un acto de cariño inconfundible.

—Prométeme que tendrás cuidado —los ojos dorados lo miraban directamente.

Jamie se llevó la mano al corazón, y, con una gran sonrisa, se lo prometió. Ambos volvieron a la sala de baile, y Justin la asió de los hombros para que no se le escapara de nuevo. La fue llevando hacia los jardines a medida que daban giros en el vals. Justin miró el femenino rostro encendido, los brillantes y resplandecientes ojos. Se le había deshecho completamente el moño y los rizos campeaban a sus anchas, a pesar del desaliño, seguía siendo la mujer más hermosa que había visto nunca, y era solamente suya, a pesar de lo que protestara ella.

Habían vuelto a la casa en carruajes separados porque Aurora estaba terriblemente cansada, y Justin tenía que arreglar todavía unos asuntos con el anfitrión. Despidió al cochero, y subió las escaleras hacia su alcoba. La casa dormía en silencio, y no se oía ningún ruido. Despidió a su ayuda de cámara una vez lo ayudó a desvestirse. Se colocó la bata de terciopelo azul, y cruzó la puerta que lo separaba de la alcoba de su esposa. La encontró acostada y dormida. ¡No se lo podía creer! Apenas habían pasado dos horas desde el baile, y ella estaba dormida, sin embargo, él tenía planes para esa noche, y una promesa que no estaba dispuesto a olvidar. Se quitó la bata sigilosamente, y se metió entre las sábanas de seda. Comenzó un suave ataque a sus sentidos, y ella, fiel a su naturaleza apasionada, comenzó a responderle casi de inmediato, incluso dormida. A pesar de las diferencias que tenían, ella no se le negaba, y siempre respondía con entusiasmo a sus requerimientos. Se sentía muy afortunado, su mujer era una diosa en la cama, y siempre estaba dispuesta a experimentar, aprender, dar lo mejor de sí misma. Esa vez Justin no se retiró cuando alcanzó el clímax unos segundos después de ella. Cuando la mente femenina fue capaz de asimilar la osadía de Justin abrió los ojos sorprendida, y se enfrentó a su marido.

—¿Pretende embarazarme otra vez? —apenas le salían las palabras de la boca de lo incrédula que se sentía.

Justin no lo negó.

—Deseo aumentar la familia, es algo normal en un hombre sano y de mi posición.

Ella creía que no había escuchado bien.

—No es decisión suya solamente.



—Me diste tu palabra esta noche en el baile, de que podría continuar hasta el final, y así lo he hecho.

—¿Mi palabra? —entonces recordó la conversación que trataba de mantener con ella mientras bailaban.

Se sentía mortificada porque no podía creer que le hubiese prometido algo así, y que Justin se hubiese aprovechado de su distracción.

Justin la miró tan seguro de sí mismo que ella temió lo peor.

—Deseo tener muchos hijos —le confesó.

Ella no quería pensar en ello todavía.

—Nuestros hijos son pequeños, Justin.

—Con dos embarazos más me conformo.

Aurora entrecerró los ojos intentado contener la réplica, aunque no lo consiguió.

—¿Y cuántos hijos desea? —él, le mostró cuántos con los dedos de las manos.

—¿Seis? Debe de estar loco.

Ni muerta pensaba pasar por lo mismo cuatro veces. Saltó de la cama como alma que lleva el diablo. Justin reía divertido porque siempre terminaba saliéndose con la suya, le agarró las manos a su señora, y volteándola consiguió ponerse encima de ella.

—Te dije que te mantendría pegada a mi nariz y llena de niños. ¡Soy hombre de cumplir sus promesas! —Justin imitó el tono del tío Rodrigo, y Aurora creyó que se ahogaría con el beso que recibió, y lo que vino a continuación.

Justin alargó la mano hacia su esposa, pero nuevamente su lado del lecho estaba vacío. Se levantó, recogió la bata azul que descansaba en el suelo, y fue a buscarla. Sabía dónde encontrarla exactamente. Las escapadas a medianoche iban a terminar de una vez. Asomó la cabeza por la hoja entreabierto de la puerta de la cocina, y no se sorprendió al ver a su padre y a su esposa sentados frente a frente ante la enorme mesa, y devorando un soufflé de queso como si no hubiesen comido en todo el día. Ambos tenían una taza de chocolate en la mano, y Aurora reía por las cosas que le contaba el duque al oído. Devlin llevaba su bata color Burdeos, y cuchara en mano, competía por devorar más trozos de dulce que su nuera. Justin recordó la charla que le dio en el pasado sobre el atiborrarse a comida, y, mirando a su padre, meneó la cabeza atónito.

—Imagino que puedo unirme a la fiesta.

—Dawn y yo estamos comiendo un dulce que ha preparado Eulalia para mañana. Verás su sorpresa cuando descubra que ha desaparecido.

—Lástima de Eulalia, vosotros conspirando para hacerle perder la razón. ¿Queda algo para mí?

Aurora masculló. Los regañaba, y ahora pretendía unirse al banquete.

—Me temo que no, Su Excelencia y yo tenemos un gran apetito

Justin no se amedrentó por la negativa de ella. Le cogió la cuchara de la misma mano, y se terminó la parte que le correspondía a ella. Su padre lo miró sonriente.

—¿Hacéis esto muy a menudo? —quiso saber Justin.

El duque respondió sin vacilar.

—Desde hace bastante tiempo me temo. Nos gustan los postres que deja preparados Eulalia por las noches —Justin los miró y el duque continuó—. Es el momento del día que me siento realmente relajado. Tanto Jamie como tú estáis demasiado ocupados para entretenerme, y mi nuera me dedica toda su atención. Me escucha, y me encanta compartir con ella lo que ha sucedido

durante el día —la mano del duque sujetó la de Aurora, y le besó los nudillos con verdadero cariño.

Justin miró a su padre como si no lo conociera. Que admitiese que necesitaba compañía, resultaba asombroso, y que ninguno de sus dos hijos se hubiese dado cuenta, lo mortificaba. Su mirada se dirigió a su esposa, y sintió todo el amor del mundo por ella.

—Soy el abuelo más insoportable de toda Gran Bretaña, y creo que podré con dos o tres Penword más. —El duque seguía agarrando la mano de su nuera, y ella no lo contradijo, pero ante la cara de placer que se dibujó en Justin, no pudo contener la réplica.

—Justin me ha prometido otorgarle a cada uno de mis hijos un título, *daddy* ¿a qué es maravilloso?

Él, ya se esperaba algo así, y le sonrió complacido porque le llevaba cierta ventaja.

—Creo que no poseeré tantos títulos para los hijos que has prometido darme.

El pie de Aurora comenzó un tac-tac conocido en el suelo.

—A mí me hubiese gustado tener cuatro hijos, pero los nietos serán un buen bálsamo.

El duque no ayudaba mucho.

—Puesto que el título de conde de Redmond ya no será posible por tenerlo Jamie, tendré que conformarme con tener solo tres varones —Justin seguía hostigándola—. Pero deseo un montón de hembras pelirrojas, descaradas y salvajes.

Aurora sonrió a pesar suyo.

—Cuidado con lo que pide lord Penword, un montón de hembras descaradas pueden hacerle la vida muy difícil pues apenas puede con el botón de muestra.

Ni con esas conseguía desmoralizarlo.

—Pero no podremos darle al duque todos los nietos que desea si te escondes en la cocina por las noches para atiborrarte a comida.

Aurora ahogó una exclamación indignada, y le soltó una patada por debajo de la mesa.

—No vuelva a llamarme glotona nunca más.

Justin rio porque la había molestado como pretendía.

—Vamos, *sorceress*, deja de comer de una vez, y vuelve a la cama conmigo.

Ella aborrecía el apodo inglés, pero antes tragaría brea caliente que hacérselo saber.

—Veremos si su inventiva está a la altura de que le espere en la cama.

Esto último lo dijo con una picardía impertinente. Devlin carraspeó, y Justin creyó que se abrasaría con la insinuación tan descarada.

—¿Inventiva? —preguntó el duque interesado, y Justin gimió negando.

Aurora decidió dejarlos a solas.

—Buenas noches, *daddy* —besó a su suegro en la mejilla, y lo abrazó con cariño.

Los dos la miraron irse, y contemplaron el lugar vacío que había dejado. El duque miró a su hijo con suspicacia por la expresión indescifrable que tenía Justin en sus ojos grises, y medio se disculpó.

—Ya sabes... abraza todo lo que se mueve, y yo me muevo bastante.

Justin soltó un suspiro por el comentario de su padre, que intentaba justificar lo mucho que le gustaba que su mujer lo arrullase. El duque, tras un momento de silencio, cabeceó pensativo.

—Eres demasiado intransigente con ella.

Justin alzó las cejas sorprendido. Que su padre le recriminara algo así era inaudito. El mismo no la había dejado respirar con sus normas, reglas, y protocolo.

—Hay que controlar su temperamento español.

—A mí me gusta su temperamento, y estoy convencido que a ti te gusta todavía más.

Justin asintió porque su padre había acertado de lleno.

—Estoy irremediablemente enamorado de ella. Beso el suelo que pisa, pero tengo que domarla antes de que se dé cuenta, o ya no tendré remedio.

El duque lo miró serio.

—Aurora no es tu madre, Justin.

El aludido alzó la cabeza de golpe, y aturdido por la declaración.

—Está claro como el agua que ella no es mi madre.

Devlin sintió en sus palabras secas las heridas que ocultaba su alma, y decidió no atormentarlo más.

—Cuida la forma de tratarla, porque si la lastimas, tendrás que vértelas conmigo.

Justin se quedó con la boca abierta, pero el duque no le dejó objetar nada, se levantó, y, sin darle un «buenas noches», lo dejó tan solo como Aurora lo había dejado en el dormitorio.

## CAPÍTULO 34

Aurora analizó su vida en ese reino extranjero, y, al hacer balance, supo que no podía alejarse de Justin. Le importaba demasiado, y su vida transcurría más tranquila de lo que había imaginado. Los actos a los que como marquesa tenía que acudir, no suponían una carga pesada, y estaba disfrutando por primera vez de su estancia en Inglaterra. Ayudar a los más desfavorecidos le calmaba el alma. Aurora pensó en su suegro. El afecto sincero que sentía por él aumentaba día a día. Realmente no parecía el mismo anciano que ella había conocido casi tres años atrás.

Eulalia la sacó de sus pensamientos con una de sus entradas impetuosas en la sala donde se encontraba ella.

—*Jahivé*, deberías estar acostada.

No fue una sugerencia, más bien una orden.

—Solo es un resfriado, y una nariz colorada no es motivo para guardar cama —contestó con una sonrisa.

—Extraño a los pequeños —estaba quejándose como una gallina clueca.

John se los había llevado a Whitam Hall un par de días.

—No deseaba contagiarles mi resfriado, y sabes que ellos disfrutaban mucho en el campo.

—Pero los extraño muchísimo, apenas sé qué hacer si ellos no están aquí —el tono lastimoso de su aya la hizo reír.

—Justin sigue devorando tus dulces. El duque siempre te acompaña en tus lamentaciones. No entiendo tanta extrañeza, además, solo será un par de días —le dijo para consolarla, aunque sin éxito.

—Tómate la infusión de una vez.

Eulalia estaba molesta con ella, y lo demostró.

—Aya, no pretendía herirte, de veras.

Eulalia desvió la mirada. Aurora se dijo que debía sucederle algo importante porque durante días, su aya se había mostrado inquieta, distante, y con pocas ganas de conversar. Se preguntó qué le sucedería, pero cuando trataba de indagarla, la mujer se retraía.

—Adoro a esos chiquitines —afirmó—. ¿Ha venido tu cuñado Jamie? —la pregunta sonó ansiosa.

—Tenía decidido acompañar a mi suegro al club, imagino que ya no debe de tardar.

Eulalia la miró de forma penetrante. Aurora se intranquilizó.

—¿Eres feliz, *Jahivé*?

Ella no podía ocultar la añoranza que sentía.

—La mayor parte del tiempo sí —afirmó, y el brillo de la resignación apareció por un instante en sus ojos—. Extraño el color, el olor, y la risa de mi tierra, pero me siento feliz aquí.

—Sabes que volverás —la afirmación la hizo sonreír.

—Si regreso, tendría que pagar un precio muy alto, y ya no estoy segura de ello —el brillo de sus ojos se apagó—. He decidido quedarme aquí en Inglaterra.

A Eulalia no le gustó nada el conformismo de Aurora.

—Podrías, pero te engañas. Tu tío volverá, y la distancia que habrá entre vosotros te llenará de amargura —Aurora se retorció las manos mientras escuchaba—. Yo también pienso regresar, y te quedarás sola.

Aurora agradeció la sinceridad de su aya, pero sus ojos se empañaron ante la franqueza expresada.

—¿Y por qué me dices eso ahora? ¿Para descorazonarme?

—Para que no te desvíes del rumbo que te marcaste.

Se quedó pensativa durante unos momentos.

—Mi rumbo ahora es otro porque Justin será duque, y su lugar está aquí, Crimson Hill es el hogar de mis hijos —la afirmación sonó triste, aunque ausente de amargura—. Y lo amo, aya —reconoció humilde—. Amo al hombre que prometí no amar nunca.

—No puedes amar a un hombre como él —contestó la mujer sin dejar de mirarla.

Aurora le mostró una sonrisa sincera.

—Detesto sus celos, su sentido de la posesión, pero ha logrado que sienta por él algo muy profundo.

Eulalia entrecerró los ojos.

—Hice una promesa, *Jahivé*...

La mujer no pudo continuar porque Jamie acababa de entrar al salón.

—¿Jamie! —exclamó Aurora mirando a su cuñado.

Eulalia la miró con una profundidad estremecedora. Había llegado el momento de ejecutar su venganza. Lo tenía todo preparado, y lo llevaría a cabo, ¿acaso no había prometido vengar la perfidia de lord Penword en el pasado? Quizás su niña, en su bondad infinita, había olvidado, pero ella, gitana hasta la médula, no olvidaba una ofensa, y menos una promesa de sangre.

—Lamento tu resfriado —Jamie sonrió a su cuñada mientras con la cabeza le hacía un saludo a Eulalia—. Es un placer volver a saludarla Eulalia.

La gitana lo miró, y una sonrisa se le escapó al contemplar la sinceridad del hombre. Era tan diferente a su hermano mayor. Y por un momento lamentó el daño que iba a causarle, pero sería un daño colateral para ayudar a su niña. Jamie era el arma perfecta para la venganza.

—Gracias, lord Penword —Eulalia aceptó encantada la cortesía de besarle la mano, solo se lo permitía a Jamie y a John, con el resto mantenía las distancias.

—¿Las has traído? —la impaciencia en la voz de Aurora era notable.

—Justin me sesgará la yugular si se entera.

—¡Yo te defenderé del fuego de su intolerancia! —contestó sonriente.

Jamie se llevó una mano a la garganta expresivamente.

—Todavía no me explico cómo has convencido a mi padre para que te acompañe.

Aurora entrecerró los ojos.

—Mi querido suegro entiende la necesidad de conseguir a Tristana.

Era una yegua briosa que ella estaba empeñada en comprar.

—Deberías decírselo a mi hermano —Aurora no entendía a los hombres—. Le dará una apoplejía cuando se entere.

Ella soltó un suspiro largo.

—Justin es el colmo del aburrimiento. La corrección llevada a la tiranía, y, aunque calla en el afán del duque y mío de conseguir las cuadras más espléndidas de Inglaterra, no querrá verme en el hipódromo gritando a pleno pulmón en unas carreras de caballos.

—Igual te sorprendería —le dijo—, lo has domesticado bastante —ella lo miró incrédula—. Nunca hubiese imaginado que te permitiría dedicarte a la compra y venta de purasangres.

—Solo lo permite porque me mantengo en la sombra y es el duque quien hace todas las gestiones necesarias —Aurora alzó la mano en un gesto de impotencia—. ¿Estás seguro de que podrás entretenerlo en el club hasta que mi suegro y yo hayamos regresado?

La ansiedad que traslucía a sus palabras lo llenó de regocijo.

—¿Acaso no te lo he prometido? ¡Soy hombre de cumplir sus promesas!

Aurora sonrió porque Jamie había usado una expresión idéntica a la de su tío, incluso con el mismo tono. Ambos miraron a Eulalia, que les traía una bandeja con el té y unas deliciosas empanadillas rellenas de cabello de ángel, Jamie suspiró complacido.

Aurora lo miraba todo con unas ansias tremendas. Devlin estaba encantado presentándola a todos los amigos que se iban encontrando en el recorrido. El hipódromo le pareció impresionante, por supuesto, ella no tenía modo de comparar porque no había estado en ningún otro, pero estaba impresionada con todo lo que descubrían sus ojos. El duque la había complacido al dejarla participar en una apuesta, aunque se mostraba escéptico con el caballo que había elegido. El joven potro se mostraba demasiado nervioso e impaciente, si bien ella se había prendado de él nada más posar su mirada en su negro pelaje, y esa mirada de «correré si me da la gana».

—Mi querida Dawn, creo que ese caballo que has elegido te hará perder las quinientas libras que has apostado.

El duque seguía preocupado, ella le sonrió.

—He tenido una corazonada, y soy mujer de no darle la espalda a un presentimiento tan intenso.

El duque acarició la mano que ella tenía apoyada en su brazo.

—El rasgo que mejor define a las mujeres son los intensos impulsos que sienten a lo largo de su vida —Aurora hizo un gesto con la boca, y le dio un ligero codazo en protesta.

—Eso ha sido poco halagador, *daddy*, pero sé que detrás de sus palabras hay un mensaje bueno.

¡Estaba eufórica! Blackdog había ganado contra todo pronóstico. En las primeras vueltas se había mostrado impetuoso y difícil de controlar, aunque el extraordinario jinete había encauzado sus fuerzas y lo había llevado a la meta un palmo y medio antes que el favorito Atila. Aurora, en su alegría, había abrazado a su suegro y al mismo Roger Eden Wilson que se había unido a ellos en el hipódromo, sin embargo, la fortuna la abandonó en el preciso momento en el que Roger le devolvió el saludo efusivo porque Justin aprovechó ese mismo momento para hacer su aparición estelar en el hipódromo.

Devlin carraspeó nervioso, ella se dio la vuelta intranquila porque sabía lo que significaba la mirada culpable de su suegro: Justin la miraba de forma indescifrable, y ella temió por la seguridad de su cuñado.

—Has llegado a tiempo Justin. Lady Penword acaba de ganar una apuesta del todo improbable.

La voz de Roger era apaciguadora.

—La marquesa suele hacer las cosas más inverosímiles e improbables.

Aurora tembló ligeramente al escucharlo.

—Pero la mejor jugada la hemos hecho con Tristana. Acaba de ingresar en las caballerizas de Crimson Hill, nos dará unos potrillos extraordinarios —Aurora hablaba en un intento de que Justin no la fulminase delante de todo el hipódromo—. ¿Dónde está Jamie? —la preocupación de su voz se lo tomó Justin bastante mal.

—El traidor de mi hermano no ha sabido estar a la altura. Por casualidad me he encontrado con el barón Grayssor, quien amablemente me ha preguntado el por qué no se encontraba en las carreras puesto que él mismo le había cedido sus entradas esta misma mañana.

Aurora se estremeció sin querer.

—Pretendíamos darle una sorpresa —le dijo.

Era la excusa más tonta que había dado en su vida.

—Y me la has dado querida, me la has dado.

Aurora se mordió el labio inferior porque parecía que Justin estaba más enfadado de lo que había previsto.

—Deberías traer más a menudo a lady Penword a las carreras, con la suerte extraordinaria que tiene, puede incrementar tu fortuna en unos miles de libras más.

La intervención de Roger no ayudaba mucho.

—Esto es una reunión familiar, Roger, seguro que tienes algo más importante que hacer — Aurora y el duque gimieron ante la grosería de Justin.

—Lord Wilson esperamos verlo pronto, y no tenga en cuenta las palabras de mi hijo, en ocasiones olvida la cortesía más elemental.

Roger les hizo una profunda reverencia, y se despidió.

—Padre, le ruego nos disculpe delante de nuestros amigos, mi esposa y yo tenemos que resolver una cuestión que no podemos demorar.

El duque abrió la boca para protestar, pero la gélida mirada de su hijo mayor consiguió cerrársela de inmediato. Los vio marcharse con el ceño fruncido. Justin medio la iba arrastrando entre el gentío, aunque de vez en cuando debían pararse porque un conocido los interceptaba para intercambiar saludos.

—Por lo menos me dejará cobrar mi apuesta.

Le dijo con voz controlada. Él, no se dignó a responderle, seguía arrastrándola hacia el carruaje, y a ella se le desató la lengua como un vendaval.

—¡Suélteme! —Justin la sujetaba firme—. Justin, estamos dando un espectáculo —Justin seguía tirando de su brazo de forma impecable—. Puedo caminar sola.

Justin no la soltó ni por esas, pero Aurora fingió un tropezón que lo hizo detenerse bruscamente, y cuando consiguió soltarse de su brazo de hierro, se plantó delante de él con las manos en jarras, y con la mirada ardiente.

—Nada justifica esto.

Justin la analizó centímetro a centímetro haciéndola sentir incómoda.

—Eres el colmo de la desobediencia, pero tus días de correrías han terminado por fin.

Las enigmáticas palabras no le dijeron nada.

—Si asistir a una carrera es un pecado capital... —no terminó la frase, Justin la agarró por los hombros, y le dio un beso para callarla. Ella se envaró ante el descaro—. Ni el duque ni yo hemos hecho nada malo —él la obsequió con una sonrisa cínica, y siguió arrastrándola.

—Más tarde tendré unas palabras con mi padre.

Aurora lo lamentó por el duque.

—Justin, no comprendo su enojo, la asistencia al hipódromo no justifica su mal humor.

Justin se paró en seco, ella tropezó con su ancha espalda, se dio la vuelta, y la miró con ironía.

—¿Acaso no presencié un abrazo de lo más tierno entre lord Wilson y mi fiel esposa?

Ella abrió la boca sorprendida.

—A eso se reduce todo, a los celos. Soy una esclava en mi propia casa solo porque mi marido es el hombre más celoso de toda Inglaterra, y ... —no pudo continuar porque la boca de Justin cayó sobre la de ella con una fuerza increíble. Cuando el beso se tornó más profundo y sensual, ella se deslizó de su abrazo para increparle colérica—. Si le permito continuar terminaré tumbada en la hierba, con la falda subida hasta la cintura, y que me aspen si colaboro en una humillación semejante.

Justin terminó por sonreír ante el descorazonamiento de ella, y porque tenía toda la razón.

—Con solo tocarte pierdo el juicio —reconoció resignado.

—¡Cómo va a perder lo que no tiene! —le espetó dolida.

Intentaba recomponer su maltrecho peinado sin conseguirlo.

—Cada vez que veo un hombre tocarte, siento que se abren las puertas del infierno, y no puedo controlarme.

Ella no lo miraba, y por eso no pudo ver el brillo tan peligroso que asomó a los ojos masculinos.

—El control es un rasgo de caballero, y presumo que no posee ni un pelo de caballero en esa hueca cabeza.

Justin no hizo caso del insulto.

—Tendremos que llegar a un acuerdo sobre tus escapadas, tu desobediencia, y tu manipulación.

—No he manipulado a nadie en mi vida.

Protestó con energía. Justin soltó una carcajada.

—¿Y qué me dices del duque? Lo llevas de aquí para allá como una marioneta, pero eso se terminó.

Aurora cerró la boca molesta. Que la acusara de desobediente era una cosa, pero acusarla de manipular a su suegro, la ofendió hasta la médula. Optó por seguir en silencio.

—Al fin demuestras algo de juicio al mantener la boca cerrada —seguía acicateándola sin piedad, pero ella tenía demasiado orgullo para callar la réplica.

—Mi juicio se ha mantenido intacto desde el mismo día que nací. Silencio es lo que tendrá de mí a partir de este momento.

No permitió que la arrastrara más. Tomó la delantera, y cuando llegó al carruaje, no permitió que la ayudara. Comenzaron el trayecto en un incómodo silencio. Aurora miraba por la ventanilla, y Justin a su vez la miraba entre el ardor y el enfado sin saber todavía cuál de ellos ganaría. La observó durante largo rato, pero ella se obstinaba en ignorarlo mirando hacia el exterior del carruaje.

—Y yo que creía que el amor de mi vida se encontraba bastante mal con su resfriado, y por eso pensaba compensarte con una cena en el mejor restaurante de Londres, y con una visita al teatro. Pero me alegra que te hayas recuperado tan bien porque eso significa que ya no me mantendrás apartado de tu cama ni una noche más —Aurora volvió sus ojos hacia él llenos de enojo. Se mordía los labios ante las ganas de contestarle, pero había prometido silencio—. Es una verdadera pena que la única forma de controlarte sea teniendo tu vientre satisfecho y lleno de mi esencia.

Ni una brasa al rojo vivo la hubiese hecho saltar de la misma forma que el comentario desvergonzado de él, Justin se levantó de su asiento, y se sentó a su lado. Aurora se pegó todo lo que pudo al lateral acolchado del carruaje, pero ello no impidió que Justin se pegase todavía más a su cadera, le alzase la mano, y se la besase. Ella se volvió incrédula ante su osadía. Primero la acusaba, y ahora pretendía un encuentro amoroso.

—Cuando decidí ir buscarte a las carreras, tenía un humor excelente, pero fue verte abrazada a Roger, y el mundo se me cayó encima. Eres la *sorceress* más cautivadora del mundo, y no puedo evitar sentir celos hasta del aire que respiras. —Justin ya se inclinaba para besarla, pero calculó mal el carácter español porque Aurora no iba a olvidar tan fácilmente el agravio.

—¿Estoy perdonado, Dawn?

Aurora miró a su cuñado con el ceño fruncido.



—¡Por supuesto que te he perdonado! Es al intolerante de tu hermano al que no pienso perdonar en la vida —Aurora seguía enfadada con Justin a pesar de que había pasado casi una semana desde el incidente del hipódromo.

—En el club no supe que el barón Grayssor informó a Justin de mis planes. Fue un desacierto.

Aurora abrazó a su cuñado para mostrarle que no estaba enfadada con él, y Jamie se permitió tenerla abrazada unos instantes más de lo acostumbrado. Inspiró la fragancia de su pelo, cerró los ojos un segundo ante el placer de sentirla en sus brazos. Renuente la soltó, y bajó sus ojos para que ella no viese el calor que desprendían.

—Me exaspera, me desquicia, y nada de lo que haga parece agradarle —la queja era del todo justificada—. Un día voy a matar a tu hermano.

—Eres muy importante para él, y teme perderte.

Lo justificó el hermano.

—¿Y así será mi vida? ¿Esperando encontrarme con su furia cada vez que decida dar un paso sin su consentimiento? —Jamie la miró resignado—. No hay comunicación entre los dos. Si yo digo blanco, él dice negro. Si yo digo hoy, él dice mañana. Me descorazona lo belicoso que es.

Jamie lanzó una carcajada que la dejó atónita.

—¡No tiene gracia! —Aurora lo miró iracunda.

—Créeme que la tiene, él está convencido de que la belicosa eres tú.

—Eso es una necedad. —Aurora echó la cabeza hacia atrás sorprendida—. Siempre discutimos por sus celos absurdos.

—Desconfía de ti.

Esa afirmación la desconcertó.

—¡Desde su regreso, no le he dado motivos para ello! —Jamie no pudo menos que darle la razón a su cuñada ante lo acertado de sus palabras—. Pienso darle una lección que no olvidará en su vida.

—¿Lo enfadarás mucho? —Jamie estaba realmente preocupado.

—Uf, ni te lo imaginas —Aurora sonrió—. Ahora cuéntame cuándo llegará mi tío a Londres.

Jamie esperaba a Justin sentado en el sillón preferido del duque.

—Algún día ganarás el premio al rostro más serio de Inglaterra —le dijo a su hermano mayor.

Justin no aceptó la broma.

—Veo que mi mujer te ha contagiado su innata falta de respeto —Jamie no se esperaba una crítica así.

—Eres demasiado severo con ella —su hermano mayor apretó los labios—. El mundo no va a dejar de existir por el simple hecho de que te relajes un poco.

—Tengo tu grado de teniente para el ejército.

Jamie miró a su hermano atónito, se lo había soltado de sopetón y lo había sorprendido.

—Tu tiempo te has tomado para conseguirlo —ambos se quedaron serios.

—Es lo que me pediste, y ya lo tienes.

Si Jamie esperaba alguna explicación, se quedó con las ganas, porque Justin simplemente lo despidió.

—No soy un extraño, Justin. Espero una explicación detallada de tu antagonismo y desconfianza, después te dejaré en paz.

Justin miró a su hermano largamente, y, con un suspiro, se sentó detrás del enorme escritorio.

—Aurora está demasiado pendiente de ti, y ha llegado el momento de que empiece a depender

solamente de mí.

No podía creer tales palabras.

—Eso es muy egoísta por tu parte —le dijo Jamie. Justin entrecerró los ojos molesto porque su hermano no se anduvo por las ramas—. Pretendes apartarla de todos los que hacemos su vida más placentera, incluso restringes las visitas de su familia. Si ella llega a sospechar que estás detrás de las largas ausencias de su padre y de su tío... —Jamie dejó las palabras en el aire.

Tenía conocimiento de las inseguridades de su hermano mayor, y, aunque no las comprendía, las respetaba, pero sus actos estaban yendo demasiado lejos.

—Tengo que doblegar su carácter voluntarioso, y, eso es una tarea imposible cuando estáis a su alrededor consintiéndola constantemente.

—¿Y qué vas a hacer con padre entonces? Seguramente mandarlo a Escocia, pues imagino que también representa una amenaza para ti.

Justin conoció el sabor de la amargura en la boca de su hermano menor.

—Deseo que te marches, Jamie. Tu presencia en esta casa se ha vuelto demasiado molesta —Jamie se quedó estupefacto.

—Mi comportamiento siempre ha sido ejemplar, y Dawn solo me ve como a un hermano a quien contarle inseguridades.

—Nunca he creído en ese tipo de amistad, y pienso que con mi decisión estoy haciendo lo mejor para todos —Jamie soltó una carcajada cínica—. Es mi última palabra Jamie.

## CAPÍTULO 35

A Aurora se le caía la casa encima, y la culpa de su reclusión la tenía ese mentecato que tenía por marido. No tenía permitido salir a la calle sino iba acompañada por él. El duque se encontraba en Edimburgo, con lo cual ella solo podía entretenerse con la servidumbre. Su padre y sus hermanos se encontraban en el campo, por eso su soledad era absoluta. Extrañaba a su aya Eulalia, pero Rodrigo la necesitaba en Redtower. Cuando escuchó la campanilla de la Puerta de la calle, pudo llegar antes que el mayordomo para abrirla. Los ojos sonrieron con deleite cuando contempló extasiada la entrada de Eulalia. Se echó a sus brazos como cuando era una niña pequeña.

—¿Sabías que venía? —Aurora sonrió de oreja a oreja por haberla sorprendido, si bien negó reiteradas veces—. ¿No está el flamante marido? —sobraba la pregunta ante lo obvio.

—El flamante marido es un hombre de negocios, y yo un botijo español que adorna este mausoleo.

La voz de Aurora sonó realmente compungida.

—Pues tienes un problema que resolver —Aurora abrió inquieta, un cosquilleo de aprensión comenzó a subirle desde el vientre hasta el pecho.

—¡Rodrigo! —la exclamación sonó aguda.

—¡Jamie! —Aurora ladeó la cabeza con incredulidad ante la aclaración de Eulalia.

—Mi cuñado esta con mi suegro en Edimburgo.

—Hace dos días que regresó, y Lady Phoebe le ha tendido una trampa, pero sentémonos, y te lo contaré todo —Eulalia la arrastró hacia la biblioteca, no sin antes pedir un refrigerio al mayordomo.

Tenía muchas cosas que hacer antes de la llegada de Justin, afortunadamente, no volvería hasta la mañana siguiente, con lo cual tenía varias horas para actuar sin que se enterase. Una de las doncellas que servían en la Torre Roja, era la novia de uno de los lacayos de lady Phoebe, y el mismo había presumido delante de ella con la noticia de los próximos esponsales de su señora con el segundo hijo del duque de Arun. A los sirvientes les gustaba hacer circular todo tipo de noticias rocambolescas, pero este último chisme había llegado hasta los oídos de Eulalia, y, con un interrogatorio digno de un inspector de Scotland Yard, había conseguido sonsacarle a la muchacha toda la información al respecto.

Lady Phoebe pensaba drogarlo, y había pagado a un periodista para que escribiese un artículo justo cuando él llegase a su casa, y otro cuando saliese. Lady Phoebe contaba con que Jamie pasase toda la noche con ella comprometiendo su reputación, por eso el conde de Redmond no tendría más salida que ofrecerle matrimonio. Aurora esperaba poder ayudarlo antes de que fuese demasiado tarde, y, una vez que hizo todos los preparativos con Eulalia, alquiló un carruaje con dos mozos de cuadra que había traído Eulalia desde Redtower, ella se marchó a desbaratar los planes de la pérfida lady Phoebe.

Cuando el carruaje se detuvo en el número quince de la calle Victoria, Aurora se cubrió la cabeza con la capucha negra de su capa para que nadie la reconociese, temía más la furia de Justin si llegaba a enterarse que había salido de la casa sin su consentimiento, que las habladurías. Nadie acudió a la llamada de la puerta que se encontraba abierta. Aurora temió lo peor, entró sigilosamente, caminó pegada a la pared intentando hacer el menor ruido posible. La casa estaba silenciosa, no se escuchaba ningún ruido. Volvió tras sus pasos, y llamó a uno de los mozos contratados por Eulalia. Imaginó dónde estaría su cuñado. Los dos, el lacayo y ella, entraron de

forma sigilosa en la biblioteca, afortunadamente, en todas las casas inglesas la biblioteca siempre se encontraba cerca del vestíbulo de entrada, por ese motivo no le costó nada dar con su cuñado que estaba dormido. Jamie se encontraba recostado en los cojines de un horrible sofá. Todavía quedaban restos del té con el que seguramente lady Phoebe lo había drogado, alzó una de las tazas, y olió el poco contenido que quedaba. No consiguió distinguir ningún aroma conocido.

Aurora le hizo señas al mozo para que alzase a Jamie sobre su hombro y lo transportase, imaginó que las quinientas libras que le había prometido, le harían hacer el trabajo sin una pregunta. No se había equivocado, el joven alzó sobre su hombro a Jamie y lo sacó con mucho sigilo de la casa. Atravesaron el vestíbulo, y salieron los tres por la puerta. Aurora la cerró con cautela y rogó por que el periodista se hubiese marchado. Odiaría ver un artículo sobre ella, un sirviente, y un bulto parecido a un saco de avena saliendo de la casa de lady Phoebe.

Llegaron sin contratiempos a la casa.

Eulalia la ayudó a desvestirlo y acostarlo, su aya le preguntó si conocía el nombre de la droga que le habían dado, Aurora no supo decirle, pero había tenido la precaución de traerse el cuerpo del delito. Había robado una taza con restos del narcótico. Aurora creía que lo habían drogado con semillas de amapola, belladona, y, algo más que no supo distinguir. Eulalia sabía que la droga contenía un potente afrodisíaco, y, aunque Aurora la interrogó sobre ello, no le dijo nada más. Cuando Eulalia salió con la ropa de Jamie, Aurora aprovechó para mirar con detenimiento a su cuñado. Dormido parecía más joven, y la dejadez de su cabeza en la almohada, le arrancó un suspiro de alivio. Confiaba que no se enfadase excesivamente con ella por intervenir en el asunto, pero había sido por una buena causa, lady Phoebe seguiría con su reputación intacta, y su cuñado libre de una arpía como esposa. Se volvió hacia los ventanales, corrió las espesas cortinas de terciopelo color borgoña, y al momento Jamie se convulsionó de forma violenta. Aurora se volvió asustada. Intentó sujetarlo, pero Jamie la tiró de la cama en dos ocasiones, la entrada de Eulalia la tranquilizó de inmediato.

—Abusar de la belladona es peligroso —Aurora solo afirmó con la cabeza—. He de prepararle un purgante —le dijo Eulalia.

—¿Se le pasará? —Eulalia asintió.

—Tendré que quedarme con él y vigilarlo. Aunque la belladona no suele ser mortal, al mezclarla con semillas de amapola puede resultar peligroso.

Una vez que a Jamie se le pasaron las convulsiones, Eulalia lo dejó un momento para prepararle la poción que intentaron darle a cucharaditas. Fue una empresa de titanes, Jamie estaba demasiado drogado para tragar, pero con paciencia y voluntad, consiguieron que se tomase una parte de la taza. Aurora estaba sudando, y Eulalia la convenció para que se diese un baño y se tomase una infusión que ella misma iba a prepararle para calmarle los nervios, y para que la ayudase a dormir sin problemas. Aurora confiaba que nadie del servicio hubiese observado la actividad que existía en la antigua habitación de Jamie.

Eulalia la convenció para mantener el asunto en secreto, si la noticia de que el conde había sido rescatado de casa de lady Phoebe transcendía, podría surgir un gran escándalo y un problema para él, Aurora asintió convencida de que su aya tenía razón.

El baño la había dejado nueva. Por fin el olor cargante a perfume viejo había desaparecido de su piel. Su cuñado lo llevaba impregnado en la ropa, lady Phoebe tenía un gusto horrible para los perfumes. Volvió a la habitación de su cuñado, aunque solo llevaba puesto un ligero camisón y su bata de seda color lavanda, no se preocupó, pensaba estar solo un instante: quería cerciorarse de que todo estaba bien. Eulalia estaba sentada junto a la ventana, bebía una taza de algo que olía delicioso, y Aurora quiso probarlo.

—¿Has traído un poco para mí? —Eulalia le sonrió amorosa, y con un brillo extraño en sus profundos ojos castaños que no supo descifrar ella.

—Por supuesto —antes de terminar de decirlo, Eulalia ya había llenado una taza para Aurora que se extasió con el sabor a canela de la infusión. Se la terminó en un instante y repitió, además de devorar varios pastelillos de hojaldre que había incluido Eulalia en la bandeja.

—Jamie dormirá bastantes horas —le dijo—, debo salir un momento—, pero no quiero dejarlo solo.

—Yo me quedaré con él, aunque espero que no le vuelvan las convulsiones.

Eulalia le sonrió para tranquilizarla.

—No debes preocuparte, el purgante que le hemos dado lo impedirá, pero me quedo más tranquila si no se queda solo hasta que regrese.

Eulalia salió con sigilo de la habitación, y Aurora caminó hacia el escritorio de caoba pulcramente encerado y brillante. Miró los diferentes libros que contenía, y escogió uno escrito en francés que no había visto nunca. Se instaló cómodamente en el sillón, y comenzó a leer hasta que Eulalia volviese y la remplazase.

La boca de Justin sabía diferente. Los besos eran más dulces, y menos posesivos. De forma vaga acudió a su mente extrañas sensaciones, una sonrisa de complacencia curvó sus labios todavía apesados por la boca de él. Imágenes todavía borrosas la llenaron de felicidad y nostalgia. Justin sabía ser un hombre tierno cuando se lo proponía, aunque poco podía ella recordar todos los detalles. Sentía los miembros todavía laxos, y una languidez ebria comenzaba a desaparecer de sus músculos. Intentó incorporarse, pero el cuerpo de Justin pesaba demasiado, y él estaba muy ocupado acariciando cada parte de su anatomía. Quiso hablar, aunque tenía la garganta reseca, también tenía la lengua rasposa. Intentó abrir los ojos, pero le pesaban como ruedas de molino, apenas si consiguió esbozar una sonrisa, e intentó darse la vuelta. Con el movimiento, sus fosas nasales se llenaron de un aroma que conocía muy bien, y que en modo alguno pertenecía a Justin. Otros detalles alarmantes acudieron a su mente confusa y torpe: las manos que la acariciaban eran más suaves, y esos besos tiernos no se parecían en nada a los besos hambrientos y devoradores que le daba Justin. Detuvo la mano que acariciaba su busto, y consiguió abrir los ojos. Miró la oscura cabellera de su acompañante, y con un gemido estrangulado se percató que era su cuñado quien estaba con ella en el lecho. Él debió notar el cambio de ella porque abrió sus cálidos ojos color violeta. La confusión hizo estragos en su mente, que se convulsionó con horror. Se apartó espantado, la miró con sorpresa, confuso, y desorientado. La colcha cayó hasta las caderas, y ambos fueron conscientes de que estaban desnudos bajo las sábanas. Aurora se tapó la boca para ahogar un grito, Jamie la abrazó para intentar calmarla y evitar que despertase a toda la casa creando un caos tremendo.

La puerta se abrió con un fuerte estrépito, unos ojos inyectados en sangre no se perdieron detalle de la escena. Justin quedó paralizado de horror y repugnancia cuando contempló los cuerpos abrazados. La hiel le subió por la garganta dejándole un regusto amargo.

No podía moverse, una ira ciega, abrasadora, le estrujaba las entrañas hasta un punto peligroso. Miró a la adúltera, y fue consciente que, si no abandonaba la casa, podría matarla con sus propias manos. Sus pies se negaban a moverse, sus ojos seguían contemplando los cuerpos desnudos que ambos taparon al unísono. Los rostros tan culpables como Judas. Justin no miró a su hermano, no podía, tal era su dolor que no creía poder volver a respirar con normalidad. Cuando al fin su corazón comenzó a latir de nuevo, se dio la vuelta, y, como alma que lleva el diablo,

abandonó la habitación sin emitir sonido alguno.

Aurora contempló su camisión y su bata en el suelo, ambas habían sido dejadas con descuido, y las lagunas de las horas pasadas, la asfixiaba. No podía mirar a Jamie, que no se atrevía a decir nada. Aunque no recordaba con exactitud lo que había sucedido, la evidencia era aplastante. Aurora estaba tapada hasta la barbilla, y se sentía incapaz de mover un músculo. Jamie tuvo el acierto de volverse para ofrecerle algo de intimidad mientras ella se colocaba el camisión de forma apresurada. Se mesó los cabellos revueltos, y suspiró angustiada por la tragedia que acababa de cernirse sobre ellos.

Huyó a su dormitorio buscando consuelo y el valor para explicarle a Justin lo que creía ella que había ocurrido, aunque lo último que recordaba era el libro que estaba leyendo sentada a los pies de su cuñado. Cómo había terminado en la cama con él, no podía entenderlo, era incapaz de pensar con lógica. ¿En qué momento de la noche se había acostado? No recordaba haberse desnudado, y... si Justin había sido implacable cuando la pilló besándose con Diego en el invernadero, no quería ni imaginar en la venganza aplastante que abatiría sobre ella de forma implacable. Se vistió y se peinó como si fuese el alma se le fuera en ello, con paso indeciso bajó hasta la biblioteca en busca de su verdugo, pero Justin no estaba en la casa, tampoco Jamie, Aurora se mostró desolada.

¿Cómo razonar lo irrazonable, explicar lo inexplicable?

Estaba con el corazón en suspense, también asqueada consigo misma, humillada hasta lo más profundo de su feminidad. Sentía tanto cariño por su cuñado, que quizás en su subconsciente siempre había deseado con él algo más que amistad, y por eso la noche pasada, todavía en sueños, podía haberlo deseado, y ese mismo deseo pudo impulsarla a meterse en su cama. Negó con la cabeza sus razonamientos, estaba convencida de que lo que le unía a su cuñado era un sentimiento sincero de cariño, y de amistad. Su enmarañada mente seguía bullendo de especulaciones. ¿Dónde estaba Eulalia? ¿Por qué seguía la casa tan silenciosa? Era la hora del almuerzo, y ella vagaba como un fantasma por los largos pasillos de la planta alta. Miraba por las ventanas esperando ver a alguien, sin embargo, la absoluta soledad y el silencio se habían apoderado de su alma como un sello lacrado. Estaba resentida, furiosa. Intentaba preparar una defensa que apenas se sostenía y confiaba en la caballerosidad de Jamie para llenarle los vacíos que había en su mente. Pasaban los días, y Aurora seguía sin noticias de nadie, aunque agradecía que Justin no se hubiese llevado a los niños en esta ocasión porque no podría pasar por lo mismo de nuevo. Su mirada vagaba a través de los cristales de la biblioteca, y contemplaba silenciosa el jardín trasero de la mansión, algunas rosas comenzaban a deshojarse de forma lenta e inexorable, de la misma forma que ella iba deshojando imágenes perturbadoras en su mente. Solo después de un examen concienzudo de su corazón, pudo reunir las piezas del puzzle que faltaban: la ausencia de su aya era una respuesta aclaratoria en el asunto. Ella también había sido drogada, aunque ignoraba la finalidad que perseguía Eulalia con ello. Demasiadas veces había intervenido en su vida.

Oyó la puerta de la calle cerrarse, y la última mota de paz se escurrió de su corazón al comprender que llegaba su hora. Justin llegó hasta la puerta de la biblioteca con pasos rápidos. La contempló, la taladró con su mirada gélida que se convirtió en un segundo en despreciativa, pero ella estaba de espaldas. Justin miró el vestido de terciopelo verde, el pelo recogido en una redecilla negra. Las manos las tenía unidas delante, y la mirada perdida en el infinito.

No habló, siguió contemplándola en silencio, ella continuó sin darse la vuelta. No podía mirarlo a la cara, sentía demasiados remordimientos, y pesar. Deseó que el tiempo se hubiese detenido en... pero era tarde para lamentaciones. Con un suspiro cansado se volvió, y miró los pozos negros e insondables en los que se habían convertido los ojos de Justin.

—¡Vete de mi casa y de mi vida! —el odio en los ojos de él la marcó con fuego.

—No, antes debemos hablar.

—No hay nada que decir salvo que te marches ahora mismo.

—No sin los niños —ella sabía cuál sería su castigo, pero no pensaba permitirlo.

—Mis hijos están fuera de esta discusión —ella se tragó la réplica.

—Nuestros hijos —corrigió—, me necesitan.

—Ciertamente no necesitan a una adúltera.

Ella comprendía su despecho, y no se defendió. Justin estaba en su derecho de sentirse ofendido pues lo que había visto no se podía explicar.

—Aun adúltera, sigo siendo su madre, y no me iré sin ellos.

Aurora logró controlar el temblor de su voz.

—Puedes tener otros con tu amante, ya no me importa. —Esas palabras sí consiguieron hierirla profundamente.

—Jamie, no es mi amante.

Ella lo defendió, y él bufó asqueado. La contempló con tanto dolor que ella se estremeció.

—Ya no importan tus excusas, he decidido que te irás, y no me convencerás de lo contrario — la voz de Justin sonó tan amenazadora como su persona.

Ella solo podía darle tiempo, hasta que estuviese preparado para escucharla.

—Necesito unos días para arreglar mis asuntos, después, tiene mi palabra de que me marcharé.

Justin no cuestionó la rapidez con la que Aurora había aceptado su marcha. De haberlo meditado un momento, tendría que haberse alarmado, pero dolido como estaba, solo dio media vuelta, y se marchó dejándola con una sensación de vacío.

Aurora seguía en la misma posición derrotada. Nada había cambiado desde que la dejara Justin hacía solo dos horas. Continuaba con una profunda pena mirando el vacío, y haciendo planes urgentes a pesar de las circunstancias. Jamie carraspeó nervioso desde el marco de la puerta sin atreverse a entrar, y ella se dio la vuelta sin la sonrisa que siempre le brindaba cuando lo veía. Él, notó las profundas ojeras en sus ojos, y un sentimiento oscuro lo sacudió desde dentro.

—Nunca creí que fueras cobarde —fue lo primero que le dijo—. Esperaba tu presencia para ayudarme a convencer a Justin de lo equivocado de su juicio.

Él, la miró entre incrédulo y culpable.

—¿Acaso lo podíamos convencer de que estábamos haciendo la cama?

—No merezco tu sarcasmo, Jamie, de ti no. —Estaba exhausta, y cerró los ojos para ocultarlo.

—Lo lamento, Dawn. Estoy desquiciado porque no he podido convencerlo de lo contrario. No debería pagar mi frustración contigo —ella tomó asiento.

—Tengo que irme y dejar la casa —Jamie la miró culpable.

—No deberías... —ella no le dejó terminar.

—Aquí no tengo ningún derecho. Si tu hermano desea echarme a la calle, nadie puede impedir que lo haga, si bien no me quejo. Es su decisión, y lo acepto.

Tanta resignación lo sorprendió.

—Tú no tienes la culpa, Dawn.

Aurora contempló cómo su cuñado dejaba caer la cabeza con duda.

—Era yo la que estaba contigo en tu cama, por si lo has olvidado, sobra cualquier otra explicación. Justin sabía lo que buscaba y dónde encontrarlo, eso es lo que tengo que esclarecer, y

no pararé hasta conseguirlo. —Jamie no comprendió sus palabras, y se quedó mirándola serio. Ella volvió a suspirar, y continuó queda—. Lady Phoebe te había drogado y pensaba utilizarte para que la comprometieras. Había contratado a un periodista para ello. Eulalia lo supo por una de las doncellas que trabaja para mi tío en la Torre Roja. Mi aya me lo dijo, y yo decidí intervenir sin tu consentimiento. Eulalia contrató un carruaje con dos mozos y les ofrecí quinientas libras si me ayudaban a traerte a casa. —Jamie tomó una gran bocanada de aire—. Te dimos un purgante y me quedé contigo cuidándote. Lo siguiente que recuerdo es estar contigo en la cama aceptando tus caricias.

Jamie hizo una negación con la cabeza todavía sin creérselo.

—Tengo vagos recuerdos —Aurora bajó la cabeza avergonzada—. Pero yo no estaba en casa de lady Phoebe.

Aurora parpadeó incrédula.

—¿Qué dices, Jamie?

—Que estaba en el piso de soltero de Justin cuando Eulalia me visitó para hablarme sobre tu tío Rodrigo, tomamos un té que preparó ella, y lo siguiente que recuerdo, es estar contigo en la cama.

Aurora cerró los ojos ante la magnitud de lo que descubriría. Por eso no había nadie en la casa, o sí, y estaba escondido viendo como ella caía en la trampa. Eulalia tenía que explicar muchas cosas.

—No hay duda de que pasamos la noche juntos —esas palabras las dijo con una vergüenza estremecedora.

—Ninguno de los dos era consciente de lo que ocurría. Mi hermano tendrá que aceptarlo.

Aurora soltó una carcajada ausente de humor.

—Tu hermano es un experto en creer solo aquello que le interesa —la crítica era del todo justificada.

—Lo lamento de veras, Dawn —percibió tanta culpa en su cuñado, que la situación la enfureció por primera vez.

—¡No éramos conscientes de lo que ocurría!

—Eso no es del todo cierto —admitió el otro.

Ella lo miró sin comprender, Jamie seguía con la cabeza baja.

—Sabía que eras tú, creía que estaba soñando, pero al fin y al cabo sabía que eras tú. Me emborraché con tu olor, sentí tu boca, y me volví loco.

Aurora se quedó callada con la mirada llena de miedo.

—Jamie, no... por favor... —suplicó.

Él, la miró azorado.

—Estoy enamorado de ti, y Justin lo sabe desde hace mucho, mucho tiempo.

Aurora se tapó la boca para ahogar un grito de espanto. Un estremecimiento de culpa la sacudió por entero. Se levantó angustiada, y se dirigió hacia la ventana incapaz de mirar a su cuñado a la cara. Durante unos momentos que parecieron eternos, el silencio entre los dos decía mucho más que las palabras. Tras unos momentos largos, Aurora habló apenas con un susurro.

—Entonces, soy más culpable de lo que creía —la desolación en la voz hizo que Jamie se levantara de un salto. Ella continuó—. Mi comportamiento ha sido imperdonable, vergonzoso. Nunca debí ser tan ligera en mi afecto contigo —los ojos de él se empañaron con pesar al escucharla. Aurora comprendió todo en un segundo, y los remordimientos le mordían el alma con



bocados fieros—. Rehuías mi compañía, deseabas marcharte, y en mi egoísmo, no vi más allá de mis sentimientos de soledad —tragó con fuerza, y se volvió a mirarlo con una intensidad abrumadora—. Tienes mucho que perdonarme Jamie —Aurora se tapó la cara intentando parar los sollozos violentos que habían comenzado a sacudirla.

Se quedó paralizado ante la enormidad de lo que ella decía. Con sus palabras, se retribuía toda la culpa, y la vergüenza le impedía respirar.

—Si vamos a lavar trapos sucios, deja que lave los míos también.

Ella seguía sollozando sin poder controlarse. Jamie se acercó y la abrazó para consolarla. Aurora lo permitió, porque el desconuelo en su alma era demasiado grande, y en ese momento necesitaba cualquier muestra de afecto sin importar quien se la brindase.

—Podría haberme marchado cuando quisiera, pero deseaba estar cerca de ti, ofrecerte mi ayuda, un hombro en el que apoyarte. Conozco demasiado bien la vena intransigente que domina a mi hermano, y temía por ti —Aurora se separó, lo miró con los ojos llenos de lágrimas, Jamie siguió sin permitirle apartarse de su lado—. Tu afecto y simpatía han significado para mí, mucho más de lo que puedas imaginar. Siempre conservé la esperanza de dominar mis sentimientos. Creí estúpidamente que lo había conseguido... hasta la noche pasada —ella no sabía hacia dónde mirar de lo perturbada que se sentía—. Mi verdadera culpa reside en no sentir remordimientos por amar a la mujer de mi hermano —Aurora le puso un dedo en los labios en un intento de hacerlo callar, pero no lo consiguió—. Eres tú la que tiene mucho que perdonarme...

Ella volvió a negar con la cabeza de forma imperceptible.

—Ya nada importa quién de los dos es más culpable. Son los resultados lo que cuenta en estos momentos. Tengo que marcharme, y necesito tu ayuda —Jamie abrió los ojos con un interrogante en ellos—. Justin pretende que me marche sin los niños, pero no estoy dispuesta a ello. Soy consciente que Roderick es su heredero, pero su niñez ha de pasarla junto a su madre. Cuando tenga la edad suficiente para ocuparse de su herencia, regresará.

—Justin removerá cielo y tierra —la afirmación logró estremecerla, pero no desistió en su empeño.

—Es curioso, había planeado todo esto cuando tu hermano regresó de Italia, pero había decidido quedarme con él, vivir a su lado en lo bueno y en lo malo —Aurora tomó aire antes de continuar—. Ahora no puedo hacerlo, por esos tienes que ayudarme —los bellos ojos de Aurora le suplicaron.

—Por lo menos te debo eso, es lo mínimo que puedo hacer por ti. ¿Qué deseas que haga?

Aurora le explicó el plan que había ideado hacía tantos meses atrás. Jamie escuchaba absorto, y asentía de vez en cuando.

—Es imprescindible que yo siga aquí para que Justin no pueda seguir la pista de ellos.

—Las represalias pueden ser tremendas —Aurora tragó con dificultad.

—Lo sé, y soy consciente de los riesgos.

—¿Cuál es mi papel en este plan? —le hizo la pregunta, indeciso.

—Debes sacar a los niños de Inglaterra. Los llevarás a Francia, y desde allí hasta San Sebastián. Diego los estará esperando para llevarlos junto a mi madrina.

—Justin los buscará hasta debajo de las piedras —le informó.

Aurora lo sabía, pero estaba decidida.

—Sería mucho más fácil para él seguir la pista si yo me marchara con ellos, y créeme que es lo que más deseo, pero me quedaré aquí hasta que mi presencia le resulte intolerable, entonces me marcharé.

—Te seguirá, lo sabes —ella suspiró.

—Pero yo pienso estar en Francia con mi abuela durante una larga temporada. Puedo ser muy esquiva si el fin justifica los medios.

Jamie hizo una mueca ante su presunción.

—¿Estás segura de que los gitanos me aceptaran entre ellos hasta que llegemos a San Sebastián?

—Eres el tío de los niños, te aceptarán, no me cabe la menor duda.

Jamie no estaba del todo convencido, si bien no pensaba quitarle ni un gramo de esperanza. Confiaba que Justin entrase en razón incluso en el último momento, y estaba dispuesto a intentarlo, aunque fuese a golpes de sus puños.

—Sabes que Justin jamás te perdonará que me ayudes —le dijo ella.

Aurora miró a su cuñado con verdadera pena. Sabía lo vengativo que podía ser su marido, y crear una brecha entre los hermanos era del todo despreciable. Maldijo ante su estupidez, la brecha estaba abierta de forma implacable e irreparable hacía mucho tiempo.

—La relación con mi hermano ha sido, desde tu aparición, un frágil hilo que amenazaba con romperse ante el más mínimo suspiro. Tengo los pies y las manos atadas. Hasta que él por sí mismo no se dé cuenta de su error, nada podemos hacer el resto del mundo. —Jamie miraba los bellos tomos encuadernados de piel, los acariciaba con cada sílaba que pronunciaba—. Dime de nuevo tus planes.

## CAPÍTULO 36

La larga ausencia de Justin había facilitado los preparativos de Aurora. Hacía tres semanas que los niños habían embarcado junto con Jamie en la ciudad portuaria de Devon rumbo a Francia. Confiaba que la suerte siguiese sonriéndole, aunque temía la vuelta de Justin más de lo que se permitía reconocer. Lo único que mitigaba su dolor era saber que en su hogar estarían sus niños a salvo. Su suegro, ignorante de todo, seguía en Edimburgo. Justin había conseguido mantenerlo muy ocupado, y Aurora no quería ni pensar en las explicaciones que le daría su hijo sobre ella llegado el momento. Su aya, la causante de esta infamia, seguía esperándola en Redtower, y ella temía el enfrentamiento porque las consecuencias del mismo podían ser demoledoras. Aurora desconocía dónde se mantenía Justin apartado pues nadie lo había visto en Londres en las últimas cinco semanas, y ella contaba los días como si fuese una condenada a muerte en espera de la horca. Nunca en su vida se había mantenido más nerviosa. Los días se sucedían gemelos entre sí, y eran un cruel recordatorio de lo vacía que estaba su vida en esa isla. Salvo los preparativos frenéticos para que sus niños abandonasen el reino, nada había conseguido conmoverla: mover en ella algún sentimiento a parte del temor. Un temor que iba en aumento a medida que los días pasaban.

Suspiró de nuevo cansada. Necesitaba actividad, pero no podía marcharse hasta que hubiese hablado con Justin. Si existía justicia en el mundo, se debía encontrar en el infierno, porque ella no había visto ni un asomo de ella en los últimos tiempos. La voz de su doncella anunciándole el baño, la sacó de sus pensamientos. Se levantó como un autómatas de la silla que ocupaba cerca de la ventana, y se bañó, cenó, y esperó, como hacía tantos días. De nuevo el agotamiento se cebó con ella llevándola a un sueño donde el alma se quedaba presa en emociones incontrolables. Se despertó al amanecer, cuando el ruido de los cascos de un caballo quebró el silencio con un presagio de tormentas.

Aurora se colocó la bata más rápida de lo que le permitían sus torpes manos. Oyó las fuertes pisadas subiendo las escaleras, una puerta que se abría y se cerraba antes de que muriese un segundo en el tiempo. Seguía de pie con el corazón en un puño. El momento fue tan largo, que Aurora llegó a preguntarse si todavía respiraba porque los latidos de su corazón habían dejado de martillearle la cabeza.

Justin abrió la puerta de la alcoba tan fuerte que las bisagras chirriaron con un sonido maléfico, como recordándole que seguía en una casa llena de espectros que devorarían su alma en un momento de descuido. No avanzó, se quedó quieto en el umbral como si en dos segundos tuviese que decidir si matarla o dejarla viva.

—¿Dónde están? —afortunadamente el veneno de las palabras de Justin no podía quitarle el resuello de su cuerpo, al menos, no todavía.

El ama de llaves y la doncella asomaron por el pasillo, Justin con un bramido cerró la puerta matando las esperanzas que albergaba Aurora de que pudiesen brindarle ayuda con su presencia. Justin las dejó fuera sin contemplaciones, y dándoles entender que no agradecería su intervención en una disputa familiar.

Aurora volvió a suspirar de forma entrecortada.

Justin se golpeaba el muslo con la fusta de piel que no había dejado en la caballeriza, pero ella no le temía a los golpes físicos, su temor era mucho más profundo. Contempló, sin poder tragar la bilis, la forma lenta e inexorable en la que Justin la desmenuzaba con una mirada llena de rencor.

—¿Dónde están mis hijos? —inquirió de nuevo.

Justin avanzaba con pasos lentos y seguros hacia donde se encontraba ella. Aurora se ciñó la bata todavía más a su cintura, y se pegó al poste de la cama dando un paso atrás inconsciente, como intentando que la madera sostuviese sus temblorosas piernas.

—A salvo —respondió finalmente.

Él, avanzó un paso más en actitud amenazadora.

—¿A salvo de su padre? —la boca de Justin tenía una mueca peligrosa.

—A salvo de su cólera —la miró incrédulo.

—Mi cólera solo tiene un destinatario ¡tú! —ella se encogió, y bajó la mirada al suelo.

—Una vez me apartó de ellos sin un asomo de remordimiento. No volverá a suceder.

Justin tragó violentamente, avanzó un paso más. Su cuerpo temblaba intentando controlar la ira ciega que lo dominaba.

—¿Dónde están! —Aurora alzó la mirada y lo contempló.

La furia de él se palpaba en el aire, pero ella cruzó la línea de la prudencia cuando dio un paso, y se quedó parada a menos de un centímetro de él: altiva y arrogante.

—¡A salvo! —siseó las palabras mientras sus ojos le mostraron el dolor que la desbordaba.

Ambos se quedaron frente a frente sin pestañear, bebiendo el aliento que soltaban sus bocas con los jadeos furiosos que contenían. Los músculos de Justin temblaban intentando controlar la cólera que sentía. Cerró las manos en puños que pegó a sus caderas en un intento de no golpearla.

—Juro que me dirás dónde están si deseas conservar tu cuello intacto —la amenaza no la amedrentó, siguió sosteniéndole la mirada decidida.

—Mi cuello es lo último que me preocupa en estos momentos. Mis hijos están y seguirán fuera de su alcance hasta que lleguemos a un acuerdo, o hasta que me perdones.

La boca de Justin se apretó en una línea dura y fiera.

—Jamás pienso perdonarte —le espetó—. Estoy a punto de cometer un asesinato, y juro por Dios que no lo lamentaré.

Aurora se mostró impulsiva y temeraria, le ofreció la espalda, y, recogiendo el cabello, le ofreció su cuello.

—Sea pues, acabemos con esto de una maldita vez.

Justin abrió la boca sorprendido, y más furioso todavía porque no se esperaba esa reacción por parte de ella. La valentía de Aurora era una maldición para él. Aurora esperó durante un momento que le pareció eterno. Sus senos subían y bajaban frenéticos ante el horror de su osadía, pero quería mostrarle que su vida le importaba poco. Tenía que explicarle muchas cosas, aunque no podría hacerlo estando él dominado por la ira.

Justin logró controlarse lo suficiente como para poder mirarla sin el odio asesino que lo había alimentado durante semanas. Se dio la vuelta y comenzó a marcharse, pero Aurora no se lo permitió.

—¡No, espere! —él se volvió de nuevo, y la miró con ojos como yescas. Justin avanzó un paso, y Aurora se obligó a no retroceder—. Lamento mucho lo que ha pasado, pero no fue premeditado —comenzó de carrerilla—. Nunca he pretendido herirle.

Justin creyó que ella se burlaba de él. Todavía tenía en la mente, y grabado al rojo vivo, la escena de su hermano y ella abrazados, besándose. ¿Creía acaso que era estúpido?

—No saldrás de esta habitación hasta que me digas dónde están mis hijos —Justin seguía apretando la fusta en un intento de calmar su rabia, pero ésta crecía con cada mirada que le devolvía ella.

—Soy inocente Justin. Nunca he pretendido ofenderlo. Aunque no puedo explicar qué sucedió, juro que soy inocente.

Él creyó que se burlaba.

—Me importa muy poco que proclames tu inocencia cuando te he visto con mis propios ojos. Te repito, ¿dónde están mis hijos? —inquirió con voz seca.

Aurora supo que no podría convencerlo, y decidió rendirse a lo inevitable.

—Los niños vivirán conmigo hasta que Roderick tenga la edad necesaria para ocuparse de sus obligaciones como heredero, siempre y cuando desee volver, pues jamás le obligaré a abandonar su casa si no lo desea.

Justin creyó que no había oído bien, y sonrió de forma cínica.

—No hay lugar en la tierra donde puedas ocultarlos de mí, y lo sabes. Cuando los encuentre, reza porque mi furia haya disminuido lo suficiente como para que no me importe lo que hagas con tu vida.... cuando los encuentre —reiteró—, no volverá a verlos.

Eso era lo que más temía ella. Justin era tan vengativo, que pagaría en los hijos de ambos su pecado. Aurora sabía que no podía retroceder. Había llegado a un punto de no retorno, y por ese motivo siguió mirando hacia delante.

—No me apartará de ellos. Y esta vez pienso solicitar el divorcio —Justin no la dejó terminar, volvió a acercarse a ella con un brillo peligroso en los ojos, Aurora temió haber ido demasiado lejos.

—¡No te casarás con mi hermano! —bramo.

Ella se atragantó con las palabras de él.

Aurora lo miró como si no lo conociese, y deseó hacerle tragar sus palabras porque la habían herido en lo más profundo, por ese motivo le respondió con mordacidad.

—¡Jamie siempre ha sido el mejor de los dos! —al momento se arrepintió de sus palabras, aunque no las retiró.

Justin la agarró por el cuello, y comenzó a apretárselo con furia. Aurora creyó que se lo partiría en dos, y luchó para que el aire pasara a través de su garganta. Justin estaba lívido, ya no controlaba su ira, era un despojo emocional. Pero deseaba borrar esas palabras de la boca femenina, palabras que lo habían herido profunda e irremediamente. La mano de Justin seguía sujetando el cuello de Aurora en clara amenaza mientras se bebía con avidez los jadeos entrecortados que emitía la boca de ella por el miedo. Aurora estaba a punto de desmayarse. Sabía que lo había llevado a un punto donde una mujer jamás debía llevar a un hombre, y lamentó la soltura de su lengua. Con palabras estranguladas le rogó que la soltase, no obstante, Justin estaba demasiado fuera de sí, aunque logró disminuir la presión cuando oyó su súplica.

—Por favor, por favor, Justin, ¡estoy encinta!

Justin la soltó tan rápido como hubiese soltado una brasa ardiendo, y, con absoluto horror, se miró las manos. Aurora se masajeaba el cuello e intentaba que el aire llegase hasta sus pulmones. Apenas podía pensar, le costaba trabajo recuperar la serenidad, notó con recelo que el color había desaparecido del rostro de Justin. Vio su confusión, y, a pesar de su desdicha, lo compadeció. Diferentes emociones cruzaron el rostro de él, Aurora no supo calibrar cuál sería su siguiente movimiento. Aguardó paciente a que Justin dijera algo, pero él seguía en absoluto silencio mirándola con odio negro. Cuando Aurora comenzó a moverse, Justin le preguntó con una voz atronadora.

—¿Quién? —Justin comprobó atónito que ella no contestaba, la furia hizo mella en su cuerpo. Aguardó una respuesta que no llegaba, y negando con la cabeza, se acercó a ella de nuevo—. ¡Quién!

El grito la pilló tan de sorpresa que Aurora solo pudo responder con la verdad.

—Tuyo.

—¡Mientes!

Los ojos de Aurora eran dos pozos insondables.

—Es cierto, he mentido...

El bramido fue tan ensordecedor que Aurora se encogió más por la sorpresa que por el temor. Justin estaba ido. Golpeaba todo lo que se encontraba a su paso en la habitación. Arrojó con furia los hermosos jarrones y figuras que había en las diferentes repisas y aparadores. Arrancó las cortinas, los cuadros y objetos que Aurora había colocado con cariño en sus dependencias. Ella no podía moverse, estaba paralizada, nunca había visto en primera persona tanta rabia aniquiladora. Nada quedó a salvo de la furia de Justin, y, cuando se volvió hacia ella, Aurora rogó para que su muerte fuese rápida.

Adam abrió la puerta de la calle, y Jamie supo por la expresión preocupada del rostro del mayordomo que algo muy serio ocurría. Justo en el momento que le entregaba el sombrero y los guantes, oyó un grito atronador en la planta alta y pensó que Aurora corría verdadero peligro. Escuchaba gritos enloquecidos, jarrones que se rompían, y telas que se desgarraban. Corrió veloz el vestíbulo. Subió los escalones de tres en tres, y, justo cuando alcanzaba el corredor de la segunda planta, vio al ama de llaves y a la doncella que se abrazaban llorando. Intentó abrir la puerta de la alcoba, pero estaba cerrada por dentro. La golpeó con sus puños, pero el estruendo del interior apagaba sus golpes, decidido tomó impulso, y, con el hombro derecho, golpeó con furia la madera. La puerta se estrelló contra la pared. Una vez dentro, Jamie tragó la hiel que le subía por su garganta, Justin sujetaba por la cintura a Aurora, y con la otra mano agarraba su cuello, en dos pasos alcanzó a su hermano, y, con un golpe certero en la mandíbula, logró que la soltara.

Aurora yacía inconsciente a los pies de ambos.

Justin volvió en sí, y espasmos de horror lo sacudieron cuando fue consciente de los destrozos que había ocasionado en la alcoba. Miró a su hermano que levantaba a Aurora y la acostaba en la revuelta cama, hizo una honda inspiración, y se marchó. Nada justificaba su furia desmedida. Necesitaba serenarse para ordenar sus pensamientos: volver de la locura ciega que lo había poseído.

Jamie le permitió la entrada al ama de llaves y a la doncella. Comprobó con un suspiro de alivio que su cuñada respiraba todavía. Observó los feos moratones del cuello, testigo implacable de las intenciones de Justin, y maldijo a su hermano por sus celos obsesivos y su brutalidad. Aurora volvía en sí, y, cuando abrió sus ojos ambarinos, un destello de terror la encogió como un golpe. Jamie la abrazó, y, al consolarla, fue como si las compuertas cerradas de una presa se abrieron para dar paso a un torrencial desbordamiento de sentimientos contenidos.

Aurora supo que no existían los milagros.

Cuando Jamie comprobó que su cuñada se encontraba bien, bajó las escaleras con una resolución inamovible. Buscó a su hermano mayor y lo encontró apurando una botella de coñac en el despacho. Avanzó con decisión hasta él, y de nuevo le estrelló el puño en la mandíbula. Justin no pudo agarrarse a nada y cayó al suelo de espaldas. Jamie lo volvió a alzar, y de nuevo estrelló el puño en su cara. Justin no se defendió, tan solo acertó a mirarlo con tanto descorazonamiento, que Jamie bajó el puño que tenía de nuevo alzado. No se comportaría como él. La violencia solo engendraba violencia, y, por esa noche, ya se había derramado demasiada.

—Nunca te creí tan vengativo y lleno de irracionalidad. De niño admiraba tu aplomo, tu control, y hoy siento una vergüenza extrema. Tu comportamiento no tiene justificación, y te

desprecio por ello —Justin aceptó las palabras, se las merecía, pero no consiguió apaciguar su enojo—. Tu comportamiento es cruel y ruin. Eres el peor marido que he visto jamás, y por mi vida que no volverás a ponerle un dedo encima, ¡ni ahora, ni nunca! —le espetó salvajemente.

La mirada de Justin destilaba veneno cuando lo escuchó hablar así de su mujer. Se levantó altanero, se arregló las solapas de la chaqueta como si se encontrase ante un altercado callejero. Miró directamente los ojos de su hermano, vio la resolución que se había afianzado en ellos. Casi había estado a punto de cometer una locura, afortunadamente, la intervención divina estaba de parte de su esposa adúltera, Justin sentía demasiada rabia como para quedarse callado.

—Mis felicitaciones hermano, ¡vas a ser padre! —Jamie se quedó descolocado y se tambaleó momentáneamente, la revelación lo había pillado por sorpresa. Abrió la boca en un intento de hablar, pero, las palabras se negaban a salir de su garganta. Tras asimilar la información, con un rugido fiero se abalanzó hacia su hermano en un intento de aplastarle el cráneo. ¡Tanta era su furia! Esta vez Justin no estaba desprevenido, le devolvió los golpes uno a uno. Ambos rodaron por el suelo y destrozaron varias sillas en la trifulca. Cayó el botellero con un fuerte estrépito, y ninguno le hizo caso a los cristales rotos. Justin sabía que su hermano estaba furioso con él, y él estaba furioso consigo mismo. Pero la rabia, la impotencia, y el despecho, lo impulsaban a devolver los golpes sin importarle las consecuencias finales.

Jamie rugía por dentro. Que su hermano hubiese golpeado a Aurora estando encinta era incomprensible para él, no había justificación en el mundo para tanta brutalidad.

Cuando sonó un disparo, ambos hermanos pararon de inmediato la pelea. Volvieron sus ojos a la puerta, y contemplaron sorprendidos que Aurora sostenía una pistola que apuntaba hacia el techo, y que todavía humeaba debido a la detonación. Varios trozos de escayola y pintura habían caído sobre la pulida tarima de madera. Los dos se levantaron presurosos, aunque ninguno de los dos se movió de su sitio.

Aurora carraspeó varias veces pues sentía la garganta reseca y dolorida. Tenía la voz ronca y el alma aniquilada. Dio dos pasos, enfiló el cañón del revólver al mismo centro del pecho de Justin. Lo miró con tanta decepción, que Justin sintió un escalofrío recorrerle desde la punta de los pies hasta la cabeza.

—Nada justifica semejante violencia porque, ¡soy inocente! Lo que ocurrió fue un desastre provocado por mi aya Eulalia en un intento de vengar su perfidia al quitarme a mis hijos tiempo atrás. Perfidia que ha olvidado convenientemente —le costaba decir las palabras, tomó aire y continuó—. No deseo continuar aquí, y recurriré al mismo papa de Roma para que invalide este desastroso matrimonio. Matrimonio que no debía de haberse celebrado nunca —Justin la miró entre lívido e incrédulo, pero siguió en silencio esperando—. ¡Había comenzado a quererte Justin! —ella suavizó la voz, y él tembló porque por primera vez lo tuteaba, y saboreó el momento que le supo amargo como la retama—. Nada me causó más dolor que comprender que te había herido, pero no fue conscientemente, ¡lo juro!... aunque ya nada importan los motivos ni la causa. No puedo vivir contigo ni lo deseo, desde ya te digo adiós para siempre.

Aurora se volvió a su cuñado con una mueca de dolor en el rostro. Había esperado hablar civilizadamente con Justin, sin embargo, había resultado imposible. Comprendía en parte su enfado, aunque no podía justificar su deseo de venganza. Que no aceptase escuchar sus razones, que se mantuviera ciego a cualquier explicación, la resentía. Miró a su cuñado, y la mueca se volvió desesperanza. Alzó la mano, y, con los nudillos, le acarició la mejilla. La valiente defensa que había hecho de su honor la llenaba de gratitud. Ambos tan ingleses, y tan diferentes. Aurora bajó el arma hasta descansarla junto a su muslo derecho, un segundo después inclinó la cabeza en una completa derrota.

Justin se debatía entre la ira y la culpa, no obstante, continuó callado. Jamie inspiró profundamente, y, avanzando un paso, le quitó el arma a su cuñada. Le pasó el brazo por los hombros y la acompañó hacia la puerta. Antes de salir por ella, se volvió a mirar a su hermano tan fríamente, que Justin dudó de su propia cordura. Jamie le espetó con voz cargada con todo el reproche de la sensatez.

—Lo tenías todo, y ahora no tienes nada. Disfruta tu triunfo, te lo mereces, hermano.

Aurora no quiso recoger sus pertenencias. Jamie la acompañó hasta la residencia de su padre John Beresford en Victoria Street, por la mañana partirían hacia Redtower, ella le suplicó que guardase silencio pues no quería preocupar a su familia. No deseaba angustiarlos con detalles sobre su infortunio, él, no estaba de acuerdo, pero consintió en su ruego.

El trayecto lo hicieron en silencio. Aurora no era capaz de pronunciar palabra. Su angustia era demasiado grande. El carruaje paró con un brusco movimiento, Jamie sacó la llave de su bolsillo sin soltarle el brazo. La sentía temblar, y volvió a maldecir a su hermano. La casa estaba oscura y silenciosa. El servicio estaba dormido, y ella le pidió que no lo despertara pues era capaz de prepararse un té, Jamie aceptó acompañarla. Aurora preparó la infusión de forma mecánica. Se sentó en la mesa vacía, y sorbió el té caliente en un intento de que le calentase la sangre helada por los acontecimientos. Jamie seguía silencioso, aunque su boca pugnaba por hacerle la pregunta que le corroía. Ella comprendió que le debía una explicación.

—Gracias, te debo mucho —él, soltó su taza, y le sujetó las manos en un intento de calmar los temblores de ella. Siguió mirándola de forma interrogativa—. Estoy encinta —esperó resignado su explicación—. Y el padre es Justin, aunque el infame crea que es tuyo.

Aurora bajó la cabeza avergonzada.

—Mi hermano es un cabrón descerebrado —ella rompió a llorar de forma descontrolada—. ¿No deseas tenerlo? —la pregunta susurrada en voz baja le hizo llorar más fuerte. Cuando al fin se calmó. Inspiró varias veces antes de sentenciar.

—Los niños nunca tienen la culpa de los errores de los padres.

Jamie le hizo una promesa.

—¡Justin jamás os hará daño, te lo prometo!

Aurora miró largamente a su cuñado, necesitaba ordenar sus ideas y no lo conseguía.

—Justin tiene el carácter fuerte y los celos lo consumen. Estaba tan furioso que no medía sus acciones, pero no es una mala persona.

Jamie no pudo contener la lengua.

—Tu lealtad es admirable pero errada —Aurora no contestó y él continuó—. De no haberlo evitado te habría partido el cuello.

Ella se llevó una mano a la garganta, y volvió a negar con la cabeza de forma vehemente.

—Nunca tuvo la intención de hacerme un daño físico —Jamie iba a protestar, pero ella se lo impidió—, lo sé. Había dado salida a su furia con el mobiliario, yo me desmayé antes de que me alcanzara. Él, solo me tenía sujeta sin creerse mi cobardía, y sin saber qué hacer, estaba realmente desconcertado.

—Las marcas en tu cuello dicen otra cosa —le espetó Jamie.

—Lo llevé, con mis pullas, al extremo donde una mujer jamás debe llevar a un hombre.

—¿Lo estás justificando? —Jamie la miró como si se hubiese vuelto loca de repente.

—No, está herido en lo más profundo de su ser. Se siente traicionado por los dos. Somos culpables de su decepción, solo podemos esperar que con el tiempo atienda a razones.

—¡Pides un imposible! —Jamie estaba molesto por la defensa que hacía ella.

—Pido que nos pongamos en su lugar. Justin no merece nuestro odio sino nuestra compasión.



El tiempo cura y hace olvidar.

Jamie abrió la boca estupefacto.

—¡No hablas en serio! —ella lo miró enternecida.

—Jamás en mi vida he hablado tan en serio —le dijo ella sin dejar de mirarlo—. Créeme, yo me comportaría de igual modo que él en una circunstancia parecida. Casi acabé con su vida en aquel duelo, él nunca tuvo esa intención —Jamie pensó un momento en las palabras de ella, y asintió—. Su amor es una obsesión, y por eso es merecedor de nuestra piedad, prométemelo Jamie, dejemos que el tiempo le haga olvidar.

—No estoy de acuerdo contigo —ella iba a protestar, pero él se lo impidió—. Aunque acepto tu decisión de no hacer nada.

—Gracias, y ahora me muero por tumbarme un rato. Estoy agotada. Mañana idearemos un plan que convenza a mi tío Rodrigo —Jamie la miró sin estar convencido—. Mañana, cuando estemos en Redtower, le diremos a mi tío que Justin sigue de viaje y que me encontraba demasiado sola.

—¿Qué le dirás a tu padre con respecto a los niños?

Aurora temía la pregunta.

—Que Justin por fin ha consentido que conozcan mi hogar en Ronda, y que yo no he podido acompañarlos por encontrarme encinta —Jamie asintió.

—Parece convincente.

—Es convincente porque la mitad es cierta. Una vez que pasen los días, y que los humores se calmen, convenceré a mi tío y a mi padre de que deseo una separación permanente de Justin.

Aurora se levantó y se dirigió a una de las habitaciones de invitados. Conocía la casa bien, y no necesitó que Jamie la acompañase. Él se quedó silencioso, tenía demasiado tiempo para pensar y actuar en consecuencia. Una vez en la cama, Aurora se durmió al instante.

## CAPÍTULO 37

—El conde de Ayllón —anunció el mayordomo—. ¿Lo hago pasar a la biblioteca?

Justin alzó la vista, y vio a Rodrigo justo detrás del mayordomo, antes de terminar de anunciarlo, él, ya había cruzado el umbral, y sin ninguna invitación por parte del marqués, pasó al despacho y se paró frente a él.

—No será necesario, como puedes apreciar, el conde acaba de invitarse. Adam, prepara un café para nuestro invitado.

Rodrigo se sentó obviando toda norma de etiqueta. Cruzó una pierna sobre la otra, y miró a Justin con una insolencia aplastante.

—Veo que la vida te trata mejor de lo que mereces —Justin alzó una ceja interrogante.

—Presumo que mi bienestar no es lo que lo ha traído hasta aquí —Rodrigo sonrió sardónicamente.

—Presumes bien —el silencio que siguió se hizo incómodo, y Justin comenzó a sudar ante el análisis devastador al que lo sometió Rodrigo—. Estoy esperando.

Justin brincó involuntariamente. El poder que emanaba del español lograba alterarlo siempre que se encontraba en su presencia.

—¿Esperando? —Justin parecía abrumado.

—Sabía que los ingleses eran cortos de entendederas, pero no me había dado por enterado hasta el día de hoy —el sarcasmo lo dejó anonadado—. Todavía sigo esperando una explicación por tu parte —Rodrigo no se daba por vencido.

—Nada hay que explicar. Mi esposa me ha abandonado, y ha secuestrado a mis hijos.

Rodrigo no pudo responder a la acusación debido a la entrada del mayordomo. Adam sirvió el café en un silencio sepulcral, cuando hubo atendido sus obligaciones, se marchó presuroso a seguir con sus quehaceres. Rodrigo esperó hasta que se cerró la puerta.

—Grave acusación viniendo de un manipulador déspota e intolerante.

Justin apretó los puños ante el insulto deliberado.

—Palabras ligeras si tenemos en cuenta que se encuentra en mi casa, conde.

Rodrigo soltó una carcajada ausente de humor, y lo miró con ojos fríos como el hielo.

—Mi sobrina no ha sido ducha en explicaciones, y la respeto todavía más por su hazaña de intentar protegerlo —Justin alzó las cejas sorprendido ante la revelación inesperada—. Pero es del todo indudable lo infeliz que ha sido a tu lado —Justin tragó saliva bruscamente—. Mi equivocación fue pensar más en unos niños que en su madre, y estoy pagando mi error con creces te lo aseguro —Rodrigo hizo una pausa para darle tiempo a Justin de asimilar sus palabras—. Debí matarte entonces, aunque todavía estoy tentado de hacerlo.

Rodrigo sacó un sobre que llevaba en el bolsillo de su levita y, mirando el escritorio, se lo lanzó, dio justo en las manos de él. Justin abrió el sobre y miró el documento firmado por Aurora. Lo rompió y lo tiró a la papelera sin el menor titubeo.

—¡No habrá divorcio! —respondió Justin.

El tío apretó los labios en una línea fina y dura.

—Es una mera formalidad —Rodrigo enseñó sus blancos dientes parejos cuando le sonrió irónicamente—. Según las leyes españolas el matrimonio es inválido. Los hijos de mi sobrina son ilegítimos, y yo deseo que lleven un apellido digno.

Justin se envaró.

—¿Y qué apellido digno sería ese? Porque el de Vílchez es del todo imposible.

Rodrigo no mordió el anzuelo. Tenía más experiencia en estrategias que el inglés, y pensaba hacerle morder el polvo por su insolencia.

—No voy a abrumarte con una lista, sabes que no es necesario —Justin se tragó las palabras por completo.

—Mis hijos son nacidos en Inglaterra, de padre inglés, es un hecho que no se puede alterar por muy diferente que sea la ley en otro reino.

Si Justin creía que tenía los ases con él se equivocaba.

—Los hijos de Aurora están registrados en el reino de España con el apellido de Velasco y Duero: hijos de madre soltera —Justin tragó la bilis que le subió al cielo de la boca—. Una libertad que me tomé cuando los apartaste de mi sobrina, querido sobrino político.

Justin notó que le faltaba el aire.

—Entonces, su visita no tiene razón de ser, conde.

El noble español volvió a sonreír satisfecho. La jugada había salido redonda, tal y como había esperado.

—Vengo a ofrecerte un acuerdo.

Justin lo miró por primera vez con auténtico respeto.

—El marqués de Greenthorn milady.

Aurora dio un respingo pues no esperaba la visita de Justin, hacía muchos meses que había abandonado la mansión de Londres, y la visita sorpresa de él le retorció el estómago por la incertidumbre. El mayordomo seguía esperando, pero a ella no le salía la voz.

—Hazle pasar a la biblioteca, y dile que lo recibiré en quince minutos.

Treinta minutos fueron los que tuvo que esperar Justin hasta que Aurora apareció. La miró parada en el umbral de la puerta, y observó que seguía tan hermosa como siempre. Su belleza siempre conseguía conmovederlo, y ese momento no era diferente a los demás. El hermoso vestido azul hacía resaltar más que nunca el dorado de sus ojos. Se fijó en su estrecha cintura, y, un ramalazo de remordimiento se apoderó de él al preguntarse si... Justin se acercó un paso hacia ella, y Aurora lo detuvo alzando su mano derecha.

—Siéntate, por favor, pediré un refrigerio para ambos.

Justin asintió con la cabeza, y esperó a que Aurora diese las órdenes pertinentes. Justin miró la estancia como si no la reconociese. Vio un retrato de sus hijos en la pared opuesta de la librería, y un sentimiento de melancolía comenzó a atormentarlo.

—Bonito retrato, Dawn. El pintor ha sabido captar la esencia de los niños a la perfección.

Aurora no esperaba ninguna amabilidad por parte de él, así que se sorprendió gratamente con sus palabras.

—Lo ha pintado nuestro querido amigo Goya desde su asilo en Francia. Es una de mis posesiones más preciadas.

Justin la miró largamente.

—¿Nuestros hijos están en Francia? —Aurora volvió a sorprenderse con el «nuestro» utilizado por él, y se dijo que la vida estaba llena de sorpresas.

—Intuyo que su paradero es el motivo de tu visita, pero aun así no puedo decirte dónde se encuentran.

Justin volvió a fijar sus ojos grises en su cintura, y Aurora comprendió al instante lo que pasaba por su mente. Se le soltó la vena diabólica sin pretenderlo, y lo atizó vengativa como antaño. ¡Había llorado tanto por su culpa!

—¡Nunca lo sabrás! —ella vio el dolor que mostraron las pupilas de Justin por un breve segundo, pero, para desdicha de ella, la institutriz eligió ese mismo momento para entrar con un bebé que apenas si sostenía la cabeza y clamaba por atención. Aurora rumió su mala suerte, y miró con ojos duros a la impertinente criada.

—Milady, el señorito no consiente en tomarse su leche.

Justin saltó de su asiento a la velocidad del rayo, pero Aurora ya estaba preparada. En una décima de segundo, interpuso su cuerpo entre Justin y el bebé impidiéndole una visión del mismo.

—Clare, lleva al niño a su habitación, me reuniré con él en diez minutos —la institutriz se marchó sin un titubeo. Justin la miró sopesando sus posibilidades y Aurora las barrió de inmediato—. Es demasiado tarde para ti, demasiado —reiteró.

Justin apretó la boca y controló su voz cuando preguntó tembloroso.

—¿Quién? —ella no lo dejó terminar, con un dedo silencio su boca de nuevo.

—¡Nunca lo sabrás! Es lo que decidiste, ¿no? —ella saboreó su triunfo completo cuando contempló la cabeza caída de su esposo inglés, al momento, los remordimientos la agobiaron porque ella se mostraba vengativa—. ¿Y bien? —esperó por parte de él las palabras que le había prometido su tío, las esperaba desde hacía tanto tiempo.

—He venido a ofrecerte un acuerdo —Aurora soltó el suspiro que había estado conteniendo—. Firmaré los papeles del divorcio con la única condición de que permitas que mis hijos conserven mi nombre. Podrán criarse en tu reino si ese es tú deseo, y solo cuando esté preparado para ejercer su primogenitura, Roderick regresará.

Aurora deseó llorar de felicidad, aunque se contuvo. Había deseado tanto escuchar esas palabras, que ahora tras oírlas no podía creérselas.

¡El consentimiento voluntario de él!

—¿Ves qué fácil, Justin?

Él, sentía que se desgarraba por dentro, y pensó que se rompería en mil pedazos cuando observó el alivio de ella. Había hecho una promesa, y debía cumplirla.

—No se puede reparar el daño. Sabes que siempre he sido un hombre celoso con respecto a ti. Esos celos me impulsaron a lastimarte y a perderte —ella volvió a sellar su boca con un dedo—. Lo que vi... te hacía parecer culpable, y ahora es tarde para lamentaciones.

El duque de Arun había sido implacable con su primogénito. Había insistido durante días para hacerlo razonar, y lo había llevado con paciencia y firmeza a la única razón de todo ese embrollo: Eulalia. Jamie también había hecho su parte al relatarle todo lo sucedido, tanto la visita de Eulalia a su apartamento de soltero para hablarle del tío Rodrigo. El té preparado... la llegada de Aurora para salvarlo de una trampa que no era tal. Justin había meditado durante muchos meses en la actuación de la aya de su esposa, y llegó a la única conclusión de que era la culpable de todo.

—Seamos amigos Justin, por el bien de nuestros hijos. Olvidemos el pasado, y el hecho de que nunca debimos casarnos. Tratémonos con el respeto que nos merecemos.

Justin asintió afligido, e iba a decirle algo cuando la entrada de su hermano menor con el bebé volvió a hundirlo en un pozo negro. Ver la sonrisa de Jamie le diseccionó el corazón centímetro a centímetro.

—Dawn, ¿qué te entretiene que tienes desatendido a mi...? —Jamie cerró su boca cuando vio el motivo de la tardanza de ella, y maldijo su falta de tacto. ¿Por qué nadie en la casa le había advertido de la presencia de Justin en el salón de Redtower? Lo sintió ponerse rígido, y vio de qué forma crispaba los puños a sus caderas, en ese momento sintió verdadera lástima por su hermano mayor.

Justin sintió que caía al vacío sin que pudiera agarrarse a nada, y, en esa caída vertical, perdió

cada una de sus emociones fuertemente arraigadas desde su niñez. Le costaba respirar, las arcadas de su estómago amenazaban con avergonzarlo soltando el almuerzo que había ingerido. Miró a su hermano, y deseó... recuperó el aplomo a duras penas, y consiguió levantarse aturdido.

—¿Permites que te felicite, hermano? —Aurora se mordió el labio inferior ante la situación inesperada—. Me gustaría mucho conocer a... ¡por favor! —Justin raramente suplicaba, y el tono vencido de su voz logró que Jamie se decidiera.

Con paso ligero se acercó a él, y le pasó el bulto que se movía enérgicamente pidiendo una atención que los adultos le negaban. Justin miró al pequeño que lo observaba con curiosidad desde sus ojos color violeta. Justin ahogó un gemido porque había conservado una pequeña esperanza, y, ante la evidencia aplastante, se desmoronó. Desde su tormento interior, logró dedicarle una tierna sonrisa al bebé.

—Es un niño muy hermoso, y tiene tus ojos.

Aurora carraspeó incómoda, pero Justin estaba absorto mirando al pequeño que le sonreía dedicándole un gorgojeo infantil.

Justin le devolvió el niño a su madre, y Aurora pudo comprobar el inmenso dolor que lo atenazaba. Justin estaba reducido a nada. Con un suspiro de resignación, dejó la biblioteca y se marchó con el bebé. Jamie no sabía de qué forma actuar. Siguió mirando a su hermano mayor en silencio. Justin le dio la espalda en un intento de serenar sus pensamientos que los sentía desbocados, por fin se dio la vuelta y lo miró largamente.

—¿Vives aquí? —Jamie negó con la cabeza.

—Vivo en Crimson Hill con padre.

Justin suspiró de forma cansada. Tras semanas de pelea, el duque de Arun había abandonado la mansión de Londres y regresado al campo.

—¿Padre, lo sabe? —Jamie asintió de forma casi imperceptible—. Ahora entiendo su largo silencio, y su alejamiento.

—Estos resultados son exclusivamente obra tuya.

Justin cerró los ojos ante la aplastante verdad, y tensó ligeramente los hombros.

—¿Y qué me dices de tu intervención en el asunto?

Jamie hizo una mueca por la broma del destino.

—Intervención involuntaria puedo decir. Tú eres el único culpable de esta situación.

—He cometido muchos errores, pero nunca imaginé el inmenso odio que me tenía Eulalia.

Jamie decidió salvar un poco el orgullo herido de su hermano.

—Dawn no le ha perdonado hasta hoy su maléfica intervención. La embarcó a España de inmediato, aunque antes tuvo que explicarle a padre, y, a todos, cada una de sus manipulaciones —Justin no se sintió mejor por eso.

—Me cegaron los celos, y mi temperamento irascible me ha separado de la mujer que amo —Jamie se compadeció de él.

—Vive con tus demonios pues ha sido tu elección.

Justin asintió con la cabeza.

—¿Puedo pedirte un favor? —suplicó con voz entrecortada. Jamie lo miró interrogante—. No conviertas a tu cuñada en la mía. Te lo suplico desde lo más profundo de mi corazón. Vive con ella, hazla feliz, pero no la conviertas en mi cuñada.

Jamie se quedó pasmado, paralizado por sus palabras. ¿Su hermano creía...? ¿Pensaba...? No podía hablar, y cuando lo intentó, no pudo. Justin miró a su hermano menor con un profundo dolor en sus pupilas. Hizo una inclinación de cabeza, y se marchó. Arrastraba el alma como si la salida de Redtower fuese la entrada en el mismísimo infierno.

—Tienes mi palabra que no sé distinguirlos —Aurora sonrió a su tío con humor.

—Este guapo moreno de ojos violeta es Devlin Alexander, y este guapo moreno de ojos azules es Michael Hayden.

—Me estás tomando el pelo —Rodrigo acarició con ternura la cabeza de sus sobrinos—. Alejandro y Miguel.

—Alex tiene una marca de nacimiento en el muslo derecho, y el color de sus ojos es un poco más claro que el de su tío Jamie.

Rodrigo entornó los ojos con escrutinio intentando ver la marca que le había dicho su sobrina.

—Juro que estos niños van a causarme un tremendo dolor de cabeza —Aurora le dio un codazo tierno—. Estoy muy dolido contigo porque todos mis sobrinos tienen más brío que yo. Será muy difícil poder llamarlos al orden.

Aurora rio con voz cantarina.

—Usarás tus dotes de militar, no tengo la menor duda, y te obedecerán sin rechistar.

—Lo dudo sinceramente. Yo, que he comandado a miles de soldados, no he podido conseguir que una terca española obedezca una sola orden mía.

Aurora suspiró.

—He sido siempre un dechado de virtudes.

Rodrigo siguió mirándola sin perderse detalle de la labor que ella estaba realizando. Había bañado y alimentado a los niños mientras él intentaba sonsacarle toda la información sobre la visita de Justin. Su sobrina no soltaba prenda, pero él seguiría paciente apretando los tornillos hasta pasarlos de rosca si fuese necesario. Aurora lo miró con calidez.

—Sabes que solo hablaré cuando esté preparada para ello, ni un segundo antes.

Ahora fue Rodrigo quién suspiró por su perspicacia. Su sobrina había pasado momentos muy duros, y él estaba sorprendido de su naturaleza optimista.

—Debiste decirselo —Aurora se puso seria—. Fue una crueldad por tu parte hacerle creer que eran hijos de Jamie.

—Estaba tan lleno de veneno que llegó a esa conclusión solo, no necesitó de mi asistencia —le informó ella—. Ignora que he tenido gemelos, y así deseo que siga.

—Me sorprendes —le dijo Rodrigo—. Te muestras vengativa, y me cuesta reconocerte.

Las palabras de su tío la azotaron porque estaban preñadas de razón.

—Las cosas están mejor así —Aurora lanzó un suspiro, complacida. Ambos bebés estaban medio dormidos—. No puedo tolerar sus celos, su posesividad. Nunca podría volver con Justin, y si él supiera que es el padre de Alex y Michael, volveríamos al mismo punto de partida, y no puedo permitirlo, otra vez no, y es mi decisión —Rodrigo no estaba de acuerdo—. ¿Está lista mi casa? —preguntó tratando de cambiar de conversación.

Rodrigo asintió con la cabeza.

—Tu *Carmen* te está esperando en Granada. Tienes un palacio a los mismos pies de la Alhambra —Aurora suspiró nostálgica—. ¿Cuándo te marchas? —le preguntó él.

—El próximo miércoles —Aurora no pudo ocultar el regocijo que sentía por volver de nuevo.

—No deberías llevarte al duque —Aurora iba a protestar, pero Rodrigo la silenció con la mirada—. Sabes que tengo razón, mochuelina, tu suegro está resentido con Justin, pero no está bien que le robes a su padre.

¿La acusaba de robar un padre?

—Mi suegro desea estar con sus nietos, y eso solo lo puede conseguir viniendo a Granada

conmigo. El mismo Justin se ha alejado de su familia, yo no puedo hacer nada al respecto —le informé—. Además, mi suegro tiene razones que no desea explicarme, y ya me cansado de tratar de convencerlo —Aurora tomó aire—. Estoy convencida que pronto regresará.

Rodrigo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Debes decirselo, Aurora. Ata tus asuntos bien antes de irte, o puede que te arrepientas después y compruebes que ya es demasiado tarde. Dile a Justin que es padre de estos dos preciosos bebés —Aurora lo miró un segundo, y bajó la cabeza al siguiente.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Pero lo amas —Aurora no pudo negarlo.

—Qué ironía ¿verdad? Lo amo con toda mi alma, y ya no sirve de nada —de nuevo guardó silencio—. Desearía tanto que cambiara —confesó triste—, que no me ahogara con sus constantes celos. Hizo de mi vida un infierno, y no puedo volver a lo mismo.

—Puedo comprender tu ansiedad de volver a nuestro reino porque a mí me sucede lo mismo, pero deberías decirselo, no deberías huir como una cobarde. Justin debe saber que es padre de cuatro niños.

Aurora miró a su tío, y volvió a negó con la cabeza.

—Nunca imaginé que amaría a otro hombre que no fuese Diego. Me costó lo increíble aceptarlo, pero no he sido feliz a su lado. Sus celos lo devoran y yo no puedo vivir con esa locura.

—Podría cambiar...

Aurora miró a su tío con ojos abrasadores.

—En todos estos meses no ha hecho ni un intento de acercarse, ni cuando le explicaste la implicación de Eulalia en esta desgracia. No puedo vivir con un hombre como Justin.

Rodrigo optó por no contrariarla. Su sobrina había decidido.

—Siempre respetaré tu decisión sea cual sea, pero te equivocas.

Aurora abrazó con cariño la cintura de su tío. A pesar de sus duras palabras, sabía que tenía parte de razón.

—Y yo siempre aceptaré tu consejo, aunque no lo siga.

## CAPÍTULO 38

Justin estaba consumido por la añoranza y los recuerdos.

Se había volcado en el ducado, intentando caer agotado para que sus demonios interiores lo dejaran respirar tranquilo. Hacía demasiados meses que bebía su soledad, y el absoluto silencio que reinaba en la casa lo dejaba entumecido. Tenía lo que se merecía, pero no encontraba el consuelo necesario para aceptar su derrota. Su carácter se había hecho jirones hacía demasiado tiempo. ¿Cuántos meses habían pasado desde la partida de Aurora? Dos años y cuatro meses, dos semanas y tres días, ocho horas y diez minutos. Tan solo el silencio era su asiduo compañero. Había rehusado las invitaciones a todos los eventos.

La extrañaba tanto. La necesitaba tanto.

Desconocía el paradero de Jamie. Sabía que se había embarcado junto con el padre de ambos rumbo al reino de España, y él había tenido que ahogar sus impulsos para no ir tras ellos y suplicarles que le diesen de nuevo una oportunidad. Deseaba tanto abrazar a sus hijos, que la distancia que los separaba se tornaba más insoportable cada día. Tenía que comenzar de nuevo, pero le resultaba tanto imposible como insoportable.

Una vez que supo la trampa de Eulalia, fue demasiado tarde para rectificar, y ahora no podía hacer nada. Siempre se había mostrado obtuso, y cuando ya no había remedio a su castigo, comprendía con verdadero horror la brutalidad de su intransigencia. Había tenido el paraíso en las manos, y había dejado que se deshiciese como arena de la playa entre los dedos abiertos.

Su padre le escribía de tanto en tanto, pero qué poco consuelo le ofrecían sus breves líneas ausentes de información importante. ¿Cómo estaba Aurora? ¿Sus hijos lo recordaban? ¿Lo perdonaría alguna vez? Justin se masajeó las sienes intentado calmar el dolor que lo laceraba sin piedad. Miró de nuevo la estancia vacía de risas, de luz, y supo que tenía que hacer algo al respecto si no quería volverse loco. Pero, ¿qué podía hacer? Aunque obtuviese el perdón de ella, no podía obtener el perdón de sí mismo, y esa circunstancia lo torturaba por completo.

Volvió a masajearse las sienes.

No oyó la voz de Adam anunciando a su prima, que lo miraba con auténtica sorpresa en el rostro, y Justin pensó que debía verse peor de lo que se sentía.

—¡Justin!

—¡Casey, me alegro mucho de verte!

La mujer contempló a su primo con verdadero horror en la mirada, y supo que las noticias que traía posiblemente lo aliviaban de su cetrino futuro.

—Acabo de llegar de Córdoba, y traigo un encargo para ti.

—¿Qué haces en Inglaterra? —le preguntó—. ¿Cómo te ha permitido Diego que viajes sola?

—Diego me ha acompañado, se ha quedado en Redtower con Rodrigo mientras hablo contigo. Tenía que traerle unos informes urgentes al conde Ayllón, asuntos de la corona, y me ha permitido que lo acompañara.

Justin encajó la cabeza en los hombros, pero fue incapaz de levantarse y coger el sobre que le tendía su prima. Ella se acercó al escritorio, y se sentó. Le alcanzó el sobre, cruzó una pierna sobre la otra, y esperó.

—Se está gestando una nueva guerra en el reino de España —le informó ella—. Y deberías traerte a tus hijos a Inglaterra.

Justin la miró asombrado.

—¿Qué dices? ¡Casey, por Dios!



Justin agarró el sobre y leyó el encabezamiento escrito con letra infantil, y una ola de calor lo recorrió desde las entrañas hasta el corazón. No abrió la carta, deseaba alargar el momento todo lo que pudiese.

Lord Justin Clayton Penword (padre)

Justin le dio la vuelta al sobre, y leyó el nombre del remitente.

Rodrigo de Penword y Beresford

Justin sonrió. Su hijo mayor había escrito su nombre inglés a la forma española. Rasgó el sobre y leyó con avidez. Se bebió las palabras sediento. A pesar de la letra infantil, su primogénito escribía con una corrección absoluta.

Querido father, el abuelo está enfermo, y hace días que no se levanta de la cama. Mamá está muy preocupada, pero dice que solo es un resfrío pasajero. El tío Jamie discutió con el abuelo, y desde aquél día no se hablan. Mamá lo regañó severamente, y ahora él está ofendido con mamá. Le prometí al tío Rodrigo que le mantendría informado de la locura de nuestra casa y sus habitantes cuando supiese escribir correctamente, como ya sé, he comenzado mi labor y promesa. Todos estamos bien. Este invierno ha sido templado, o eso dice el abuelo. Le mando recuerdos de todos. Lady Vilchez le llevará esta carta cuando visite Inglaterra, y espero que se la entregue sin falta.

Su hijo, Rodrigo de Penword y Beresford.

Justin la leyó hasta un total de cinco veces antes de volver a alzar la mirada y clavarla en ella.

—Es el mejor regalo que podías hacerme, gracias.

Casey negó con la cabeza.

—El mérito es de Aurora, y de tu padre Devlin —Justin asintió—. Trata a esos niños con un amor increíble.

Justin masculló porque en su infancia el duque lo había tratado de forma muy severa.

—Estoy sediento de noticias, y tú eres la única que puede calmar mi sed.

Ella sonrió por la prosa de su primo. Nunca habría sospechado que poseía una vena poética.

—Córdoba no está muy lejos de Granada, y a menudo visito la casa de Aurora. Ella también viene de visita a Bidasoa.

—¿Eres feliz, Casey? —ella asintió—. Cuéntame, por favor.

—Mi río es testarudo como nadie —comenzó—. Se empeñó en subir con los niños a lo alto de una montaña que los españoles llaman sierra, y ya sabes que su salud no es lo bastante fuerte desde el infarto en Italia —la mujer calló un momento—. Pero no debes preocuparte, lo trató un amigo de la familia, y el duque ya está como nuevo —Justin seguía en un profundo silencio esperando—. ¡Mary es una verdadera belleza! —Justin alzó las cejas ante el nombre de su hija—, y mantiene a raya a los gemelos con el aplomo digno de un general, rasgo que ha heredado sin lugar a dudas del tío abuelo Rodrigo.

—¿Gemelos? —preguntó con ojos entrecerrados.

Casey lamentó el desliz porque había hecho una promesa de silencio a Aurora antes de emprender el viaje. Podía contar lo justo.

—¿No sabías que Aurora había tenido gemelos? —Justin negó con la cabeza desolado—. Pues son un torbellino, te lo aseguro. Aurora en ocasiones cree que se volverá loca, pero no he visto nunca una madre tan dedicada y amorosa como ella. Se subió a un cerezo para bajar a Pulgas.

—¿Pulgas?

—El perro más feo que te puedas imaginar, es la mascota de Michael.

—¿Michael?

—Uno de los gemelos.

Justin se mareaba ante la imagen que describía su prima. Se llenó de envidia al comprender todo lo que se perdía por su testarudez, por su orgullo, y por celos corrosivos por la única mujer que había amado en su vida.

—Jamie debe sentirse orgulloso.

Casey le respondió con dureza.

—Tú deberías estar ocupándote de tus hijos, no tu hermano Jamie —Justin se encogió de dolor ante semejante verdad, ella siguió contándole—. Tendrías que haber visto al duque ir de un lugar a otro intentando coger al chucho que nadie sabe cómo terminó encima del cerezo. Los gemelos culparon a Mary, Mary culpó a Roderick, y Aurora castigó a los cuatro sin empanadillas rellenas durante una semana, semana que rebajó a dos días y luego a una tarde.

Casey observaba atentamente los diferentes cambios de emociones que cruzaban el rostro de su primo. Calló un momento, y después tiró a matar. Ella le había prometido a Aurora que informaría a Justin de que todos estaban bien, pero no cumplió su palabra. Su primo se merecía conocer la verdad.

—¡Vete a por ellos, Justin! ¡Trae a tu familia contigo!

—Ella, no lo permitirá —dijo derrotado.

Casey estaba realmente preocupada. Diego estaba haciendo arreglos para regresar a Escocia con los niños porque temía la nueva contienda que se estaba gestando en el reino. Los carlistas no aceptaban a una mujer como reina. Querían al hermano del rey Fernando.

—Desde que te conozco, siempre has tomado lo que has querido sin medir las consecuencias. Nunca has ofrecido nada a cambio: ofrécele pasar la mitad del año en su reino, y la otra mitad en el tuyo.

—Juro que iría a nado hasta allí si eso fuese posible.

—Ella... te ama.

Casey había revelado demasiado. Justin negó convencido.

—No se puede amar al diablo, y el diablo se ha reencarnado en mí.

—Pero ella es un ángel del cielo, y un ángel es capaz de amar a un demonio —Justin sintió que la esperanza comenzaba a germinar dentro de él, y pensó que tal vez sí podría intentarlo.

Violet Cassandra comprobó que Justin comenzaba a recapacitar, y esperó que sus palabras hubiesen dado en el blanco.

Justin lanzó un suspiro de pesar, y Casey se levantó de la silla para irse. Casi había alcanzado la puerta cuando de repente le soltó.

—Tus hijos van a estar en medio de una guerra, y si no vas por ellos, es porque no los mereces. Porque no los amas lo suficiente como para arriesgarte —Justin gimió por la injusticia de sus palabras—. ¿Qué te detiene? Mírate, aquí solo y rumiando tu mala suerte —Justin la miró con duda—. ¡Diego me perdonó! ¿Qué te hace creer que ella no lo hará?

—He sido demasiado visceral y cabrón —admitió en voz baja.

—Vete a por ellos, o vete con ellos, pero hazlo de una vez.

Justin se sintió azorado porque su prima tenía razón. Había pasado demasiado tiempo sin ver a sus hijos, y esperaba tener la excusa perfecta para poder hablar con ella. Justin sentía que podía comenzar de nuevo a sentirse como un hombre completo. Dejó a su prima boquiabierto cuando de un salto se lanzó a la puerta que daba al vestíbulo.

—¿Dónde vas? —le preguntó ella.

—A buscar a mi familia prima. Reza para que no me ahogue en el intento.

Casey soltó una carcajada y se alegró de verás. Ya era hora de que Justin retomase las riendas de su vida, y esa vida incluía a su mujer y a sus hijos.

—¡Justin! —consiguió pararlo en el umbral de la puerta. Él, se giró curioso. Lo miró un largo instante y alzó sus hombros en muda interrogación—. Debes hacer una promesa antes de emprender el viaje.

—Lo prometo —ella sonrió por su impaciencia.

—Antes debes saber qué prometes —Justin se impacientaba por momentos.

—Bien, ¿qué he prometido?

—Que nunca vas a volver a perder el control sobre tus sentimientos, y que tratarás a Aurora como una esposa se merece: con respeto, consideración, y tolerancia —Justin la miró sin comprender—. Primo, te esperan muchas sorpresas.

Justin no entendió las enigmáticas palabras.

La travesía en esa época del año había resultado buena. La primavera siempre conseguía ponerlo de buen humor, y en Andalucía la primavera era espectacular. Lo había deslumbrado la inmensa luz que despedían las viviendas, y aunque la ciudad de Cádiz no le había gustado particularmente, sí que estaba encantado con la ciudad sureña de Granada. Era de una belleza excepcional, y él estaba deseando explorarla. Justin buscaba el Carmen la Esperanza. La casa, si es que se la podía llamar casa, estaba situada en el Campo de los Mártires, junto a los bosques de la Alhambra. No le había resultado difícil ubicarse gracias a las señas que le había facilitado su prima, y al toscó dibujo que le había hecho del emplazamiento.

Justin accedió a la zona desde la Plaza, subiendo por una cuesta hasta llegar a la Puerta de las Granadas, y decidió hacer el recorrido a pie para disfrutar del entorno. Tomó el acceso por el paseo lateral derecho de los bosques de la Alhambra, y al final del paseo se encontró con la magnífica casa. El Carmen estaba rodeado de bellos jardines de diferentes estilos, incluso vio uno con lago, isla, torreón y escondidas fuentes. Divisó otro jardín con cultivos de plantas aromáticas y medicinales. Vio una gran fuente rodeada de palmeras: Justin nunca había visto palmeras, también divisó una acequia y una gruta. Los hermosos jardines lo sorprendieron gratamente por su variada belleza, la gran frondosidad de sus parterres, y las hermosas fuentes llenas de musgo. No perdió detalle de la excelente ubicación del palacete. Las vistas sobre la ciudad, la vega, y Sierra Nevada eran excepcionales. Llegó a la casa extasiado, y tras golpear la aldaba de hierro negro con forma de león, esperó. Le extrañó que nadie acudiese a su llamada, y se sorprendió al encontrar la puerta abierta, dudó durante un instante, si bien la curiosidad le pudo. Abriendo el enorme portón, cruzó el umbral que lo separaba de la tranquila calle arbolada y fresca. Justin abrió la boca sorprendido cuando divisó el magnífico patio con columnas góticas y mudéjares que se asomaban a un jardín con arrayanes, fuentes, y árboles frutales. Cruzó el inmenso patio sin perder detalle de la construcción, y fue incapaz de calcular su antigüedad porque había sido remodelado recientemente. La gran variedad de geranios le arrancó una sonrisa. Andalucía estaba repleto de ellos: blancos, rojos, incluso los colgaban de la pared en bonitos maceteros de terracota pintados con alegres dibujos de colores.

Todo lo que lo rodeaba era un éxtasis para los sentidos.

El hermoso patio tenía diversos niveles y se accedía a ellos por cuatro escalones cada vez. Justo al llegar al segundo nivel, escuchó risas de niños, y paró sus pasos en seco. Era un sonido celestial, y Justin sintió una agonía en el pecho. El corazón dejó de latir cuando observó el cuadro que se extendía ante sus ojos: cuatro niños de diferentes edades jugaban a la gallina ciega con su padre. El duque tenía los ojos vendados con un pañuelo azul celeste, y tenía en sus brazos el chuchó más feo que había visto en su vida.

Canela ladraba sin cesar, metía sus patas delanteras en una fuente rectangular llena de peces de colores, y dando lametones en el agua, intentaba atrapar alguno con su boca. Nuez notó su presencia, y comenzó una danza canina imposible de detener. En una veloz carrera llegó hasta sus pantalones, y, sin que al chuchó le importase su pulcro atuendo, se plantó sobre sus patas traseras y consiguió mojarle los pantalones en sus manifestaciones de cariño. El perro lo había reconocido y se lo demostraba. Canela hizo otro tanto de lo mismo.

Los niños se pararon al instante, y se volvieron a observar al extraño que los miraba intensamente. El duque se arrancó la venda de los ojos ante el repentino silencio de los pequeños. Devlin ahogó una exclamación al ver a su hijo mayor junto a un jazminero de flores olorosas. No supo calibrar la expresión del rostro de él, y, tras titubear un instante, soltó al perro y extendió los brazos en cálida acogida. Los niños, viendo al abuelo darle la bienvenida al extraño, comprendieron de inmediato que no tenían nada que temer y se lanzaron a examinarlo de la misma forma que examinarían un pez con las tripas fuera: entre la curiosidad y la aprensión.

—¡Justin!, cuánto me alegro de verte —el duque golpeaba la espalda de su hijo en un afecto desconocido hasta entonces para él. Su niñez había estado ausente de cualquier muestra de afecto en público, y tanta afectuosidad lo desconcertó y alegró al mismo tiempo.

—Siento interrumpir vuestra diversión, padre —estaba nervioso, y no se molestó en disimularlo.

—Déjame presentarte a mis nietos. Están ansiosos por saludarte.

Justin lo dudaba seriamente, pero se dejó arrastrar por su padre, aunque el temor lo paralizaba por dentro. El duque no había dicho tus hijos, sino mis nietos, y esa simple afirmación consiguió helarle el corazón por lo incierto. Los niños formaron una fila de mayor a menor como soldados en el ejército, y ese detalle logró arrancarle una gran sonrisa. Parecía que estaban bien entrenados, intuyó que el tío abuelo Rodrigo tenía mucho que ver en ello.

—Este es mi nieto mayor, Roderick Clayton de Penword y Beresford. Es costumbre española ponerles a los hijos el apellido de ambos padres, como ya sabes.

El muchacho le hizo una reverencia solemne, pero no le sonrió. Lo miró con sus grandes ojos dorados tan parecidos a los de Aurora.

—Esta hermosura es su hermana melliza.

La niña era una aparición. Justin contempló lleno de ternura sus hermosos rizos que se habían soltado del pañuelo mientras jugaba, y supo que tendría con su melena el mismo problema que su madre. La adoró al instante porque le recordaba a ella. Contempló fascinado la plata líquida de sus ojos, un tono muy parecido al suyo. Era muy alta para su edad. De miembros largos, y una arrogancia que ya se apreciaba en su postura erguida, y que le iba a traer demasiados problemas.

—Aquí está Devlin Alexander, mi nuera me honró poniéndole mi nombre, y ese otro diablillo es su gemelo Michael Hayden.

Justin miró a los pequeños que no debían tener los tres años todavía. Uno de ellos se chupaba el pulgar con insolencia, y Justin no supo distinguirlos, el duque debió adivinarlo porque le confesó.

—Yo todavía no consigo saber quién es quién.

El mayor adelantó un paso, y le tendió la mano con una bienvenida, pero mantuvo silencio.

—Hola papá, tenía muchas ganas de verlo.

Justin llevó los ojos de inmediato a la niña que le había hablado con tanta familiaridad, y sus palabras le supieron a gloria.

—¿Me recuerdas? —preguntó con un hilo de voz.

La niña hizo una inclinación con la cabeza, y rompiendo la fila, se acercó, le agarró la mano

que él tenía cerrada en un puño. Justin estaba tan tieso, que pensó que se quebraría en mil pedazos de un momento a otro, a duras penas consiguió abrir el puño y encerrar en él la tierna y suave mano de su hija.

—¡Hola!

—¡Hola!

Los dos pequeños le soltaron la bienvenida con tal gracia y desparpajo, que Justin se sobresaltó. Los contempló con un descorazonamiento febril y las entrañas se le hicieron nudos debido a la duda. Ambos niños eran de pelo oscuro y profundos ojos, uno con el iris azul, el otro con el iris violeta. Los escudriñó con más detenimiento.

Miró al duque con una interrogación en los ojos. El duque hizo un encogimiento de hombros, y se dio la vuelta mirando una mariposa con una curiosidad inusitada y conveniente.

—¡Bienvenido, padre!

Justin volvió sus ojos a su hijo mayor, y, con un nudo todavía en la garganta, lo acercó a sí y lo abrazó fuertemente.

—¿Dónde está vuestra madre? —casi temía hacer la pregunta.

—Hoy es jueves, es el día que la marquesa dedica a los orfelinatos, y llegará tarde.

Justin no pudo reprimir la sonrisa ante la formalidad que usaba su hijo primogénito al hablar.

—Veo que tu abuelo se está encargando de educar tu flema aristocrática —Roderick no lo comprendió, pero sonrió de forma educada—. He traído un montón de regalos para vosotros.

Los gritos de los niños lo dejaron sordo por un momento, y se contagió de su entusiasmo.

Justin miraba a su padre sopesando las diferentes emociones que surcaban su rostro. Había pasado de la incredulidad al estupor, de la ternura al enfado, y seguía esquivando su mirada de forma directa. Observó a los niños divertirse con parte de los regalos que les había traído, los más livianos, porque el resto estaban junto a su equipaje, todavía en el interior del carruaje que esperaba su orden. Admiró la bella estancia de gran colorido mientras bebía un sorbo de algo que llamaban vino de limonada, estaba hecho con vino y fruta. Le resultó muy refrescante. Tenía un sabor agradable y dulce. Justin apuró su copa de un trago y repitió. La sala estaba adornada en su mitad inferior por mosaicos pintados en bellos colores, contribuía a dar una apariencia fresca y ligera al entorno. Miró los altos techos decorados con molduras de madera pintada, todo lo que veía le entusiasmaba.

Bajó los ojos de nuevo a su padre, y cuando los niños abandonaron la sala, le espetó ya sin poder soportar el silencio.

—¿Por qué padre? —el duque cabeceó nervioso, aunque no le respondió—. Puedo entender el abandono de mi esposa, pero no así el de mi progenitor.

Devlin siguió silencioso bebiendo de su copa, y durante unos instantes se mantuvo callado.

—Jamie me contó de qué forma te aprovechaste de la inocencia de Aurora —el duque calló un momento antes de continuar—. Cuando te aconsejé que la sedujeras... nunca imaginé —calló un momento azorado—. Y lo más sorprendente de todo es que ella te defendió. Arrastró su honor por el suelo para no deshonrar a los Penword. Si la hubieses visto delante de su padre y de sus hermanos defendiéndote aquel día. Creo que la adoré en aquél mismo instante — Justin miró a su padre con cierta vergüenza—. Arrastraste a dos niños por media Europa lejos de su madre por celos, y me arrastraste a mí contigo porque sabías que la quería y la hubiese defendido a capa y espada —el duque calló un momento al ver la confusión de Justin—. Es una expresión española —le aclaró—. Cuando Eulalia me explicó sus argucias, y los motivos que la llevaron a pergeñarlas, sentí tanto enfado por ella como por ti, y tuve que poner distancia de por medio. Nunca he disculpado la forma de venganza que usó Eulalia, pero desde el principio mostraste falta

de juicio. Te mostrabas iracundo, déspota, y una cosa llevó a la otra —Justin miró a su padre con verdadero dolor, pero el duque siguió firme y contundente—. Te portaste como un despreciable canalla, y yo no soportaba perder a mis nietos por tu inseguridad. Pensé que cuando recapacitaras verías la inocencia de Aurora en todo este embrollo, y que darías los pasos pertinentes para solucionar vuestras desavenencias. Pero no fue así, ¿verdad? —Devlin calló para coger resuello —, creí estúpidamente que vendrías a buscar a tus hijos de inmediato, pero no. Has dejado que pase demasiado tiempo.

La entrada de Eulalia detuvo las críticas del duque, miró a Justin con verdadero encono.

—¿Le gusta vivir en Andalucía, padre?

Devlin alzó sus cejas plateadas ante la pregunta inesperada de Justin. Meditó un momento antes de contestar.

—Es una tierra increíble. Sus gentes son amables y cariñosas por naturaleza. A pesar de mis prejuicios, aquí se me ha tratado con respeto, y soy muy feliz. Adoro a esos cuatro chiquillos que se han convertido en parte de mi vida, y no estoy dispuesto a renunciar a ellos.

A los ojos de Justin asomó algo parecido al abatimiento, pero se repuso enseguida, Devlin continuó.

—En Inglaterra sentía que ya no era necesario. Cuando dejé la responsabilidad del ducado en tus manos, no imaginaba lo duro que resultaría sentirse un estorbo, sin nada que hacer salvo molestar.

Justin miró a su padre azorado.

—Nunca imaginé que lo vería hacer de niñera —Devlin silbó de forma grosera, y Justin entrecerró los ojos porque le recordó la forma de silbar de Eulalia—. Discúlpeme, no pretendía ofenderlo, sin embargo, resulta sorprendente verlo abrazar a los niños cuando Jamie y yo hemos añorado tanto una palabra afectuosa o un gesto suyo de reconocimiento sin obtenerlo.

—Hasta que no vives en el reino de España no te das cuenta de lo vacía de emociones que está nuestra vida. Aquí todo es tan alegre, bullicioso. Lorenzo te calienta la sangre en las venas, y ya nada vuelve a ser como antes.

—¿Lorenzo? —preguntó Justin perplejo.

—Así llaman al sol aquí, y, una vez que te acostumbras... los días aquí son soleados, templados en invierno, y la comida es magnífica.

Justin terminó por reír ante la exclamación de placer de su padre.

—¿Fijará su residencia aquí de forma definitiva?

Devlin meneó los hombros con indiferencia.

—He comprado un cortijo al norte de la provincia de Huelva con una gran dehesa. Voy a criar cerdos —Justin abrió la boca incrédulo—. Mi sobrino político Diego, dice que hay que tener visión de futuro, y cuando pruebes el jamón, terminarás por darme la razón. Al principio me sentía un poco escéptico, pero lo cierto es que me divierte mucho. Diego hace prácticamente todo el trabajo. Yo me limito a pasear con mi caballo por la hermosa hacienda, y disfrutar cada día en este suelo tan cálido.

Justin miró de forma intensa a su padre, y creyó que un rayo lo había alcanzado y le había dividido el cerebro en dos. Por más que lo intentaba, no podía imaginar al estirado duque montando a caballo y guiando una piara de cerdos. Si diesen un premio al desconcierto, Justin sería el ganador, sin duda.

—Cuando conozcas a pimienta comprenderás.

¿Había orgullo en la voz de Devlin? «Inaudito», pensó Justin. No recordaba el tiempo que hacía que su padre no se sentía orgulloso por algo.

—¿Pimienta? —Justinladeó la cabeza.

—Es mi hermoso purasangre. Mi nieta le puso ese nombre porque solía estornudar a menudo con el polen de la primavera, bueno, el de tu heredero se llama Cayena, así que no me mires con esa cara de circunstancia.

Justin no sabía hasta qué punto su padre estaba cambiado. Pero todo lo que veía en él le gustaba mucho. Miró el tono de su piel bronceado. Su cabello había adquirido un tono más pálido que el que tenía en Inglaterra dándole un aspecto más distinguido, pero el brillo de sus ojos azules era lo que demostraba el gran cambio operado en él: eran ojos de felicidad, y sintió un ramalazo de envidia.

—Pero no podrás apreciar nada de lo que te he dicho si antes no te desprendes de tu capa de superioridad inglesa, y dejas todos los prejuicios que te he inculcado desde la cuna.

Justin cuadró sus hombros e irguió el mentón, y Eulalia sonrió por ello, su pequeña María hacía exactamente lo mismo cuando se la amonestaba. Era como las agujas de acero, podías romperlas, pero no doblarlas, y Justin estaba recibiendo la mayor lección de su vida. Eulalia decidió intervenir, y darle un pequeño respiro al heredero.

—Los niños están bañándose antes de que llegue su madre. Desean darle una sorpresa, y mostrarse limpios por una vez.

Devlin hizo una mueca divertida. Eulalia le respondía siempre antes de que él preguntara, y parecía que siempre sabía lo que tenía que decir.

—Veo, Eulalia, que la vida es generosa contigo.

Eulalia aceptó el amago de cumplido sin alterarse.

—Y su señoría sigue tan cínico como siempre —el duque no se sorprendió por el gran antagonismo que había entre su hijo y el aya de su nuera.

—Todos los pecados han sido purgados, Eulalia.

La mujer lo miró tan intensamente, que Justin se estremeció, pero soportó su escrutinio con verdadera valentía.

—Eso solo lo puede afirmar mi niña, nadie más.

Justin dejó la copa en la mesita auxiliar, temiendo romperla si no la soltaba.

—¿Jamie está bien, padre? —el duque alzó las cejas con interrogación, pero no le respondió, Justin comenzaba a enfadarse por los silencios tan prolongados a los que se veía sometido cuando preguntaba algo.

—Todo quedará explicado a su debido tiempo. Nada alimenta más al diablo que la impaciencia —dijo Eulalia con una sonrisa enigmática en los labios.

Justin se moriría antes de darle la razón a la gitana.

—Creo que esperaré a Dawn en el patio, me gustaría darle una sorpresa.

Ni el duque ni Eulalia protestaron. Ambos miraron a Justin salir por la puerta con paso decidido.

Aurora estaba agotada. Justo al abrir el portón se descalzó, pensaba en meter los pies en agua fresca, y relajarse tomando un vaso de limonada. Las calles empinadas del Albaicín agotarían incluso al atleta más emprendedor, pero ella tenía la moral baja desde hacía días: perder a otro niño había resultado un duro golpe. Esos seres indefensos no se merecían venir a un mundo donde se les maltrataba ... Aurora suspiró, si ella pudiese cambiar algunas cosas, empezaría por esa. Arrastró el ruedo de su vestido al andar, y cuando divisó la fuente circular en el centro del patio, le pudo la vena traviesa. Soltó los zapatos, se alzó el vestido hasta las rodillas, y se metió en la fuente. Afortunadamente los niños estaban dentro de la casa y no podían verla, ¡con la de veces

que ella les había regañado por hacer lo mismo! Soltó un suspiro de placer, se sentó en el borde redondeado de la piedra pulida, y meció los pies dentro del agua con un suave balanceo. Levantó la vista hacia el cielo. Escuchó el silencio, y saboreó el momento de intimidad. Con cuatro niños a su cargo, la intimidad resultaba esquiva. Su mente voló un momento a otra intimidad, a otro silencio, y de repente, la imagen de Justin acudió a su evocación como por arte de magia. No extrañaba Inglaterra en absoluto pues ella necesitaba el sol para sobrevivir, y ver a sus hijos tan felices mitigaba los remordimientos que la asolaban en ocasiones. Resultaba tan duro mantenerlos lejos de su padre, que en dos ocasiones había estado a punto de embarcar de nuevo hacia Inglaterra para buscarlo, pero tanto el duque como Eulalia se habían posicionado en su contra, y para que mantuviera los pies firmes en tierra si pretendía ganarlo para siempre. Lo extrañaba tanto, intentaba no pensar que seguía lejos de ella por propia voluntad, y ese sentimiento de abatimiento no la abandonaba ni de día ni de noche. Devlin le había asegurado que Justin recapacitaría y que entraría en razones, pero el tiempo pasaba y él seguía lejos, bañándose en su desconfianza hacia ella, y ya no quería esperar más. Había conseguido un pasaje en el buque Santa Teresa que partía hacia Inglaterra el próximo jueves, iría a buscarlo, y trataría de hacerle comprender que necesitaba que estuviese a su lado en lo bueno y en lo malo, ya no resistía más, le había dado el tiempo suficiente para que comprendiera que ella solo pretendía que aceptase que no podría renunciar a su vida en el reino de España como pretendía él, y que necesitaba que confiase en su persona de una vez por todas. Afortunadamente, su suegro era de una ayuda valiosa, sentirse querida por él la llenaba de paz, y por él había seguido esperando. Miró sus pies mojados y una sonrisa apareció en sus labios sin poder controlarla. En Inglaterra la mayoría de sus zapatos habían quedado inservibles.

—Sigues siendo la *sorceress* más seductora del mundo.

Aurora se volvió estupefacta hacia la voz. Justin se había materializado de su pensamiento, y ella no daba crédito a sus ojos.

—Por una vez he conseguido dejarte sin palabras.

Ella seguía sorprendida.

—¡Justin! —logró decir apenas en un susurro—. ¡Qué sorpresa!

Él, la miró de arriba abajo con un hambre que no conseguía disimular a pesar de su esfuerzo. Contemplarla de nuevo era demasiado para su estabilidad emocional. Estaba más hermosa todavía. Sentía calambres en los dedos debido a las ganas de enterrarlos en su gloriosa melena, y sentía la boca arenosa y sedienta de beber del dulzor de sus labios. Ella seguía quieta, callada, con la sorpresa pintada en el rostro, y él aprovechó el silencio para acercarse lentamente a su figura. La sintió temblar ligeramente. Cuando estuvo a menos de un centímetro de su cuerpo, ambos se miraron sin creer del todo que estuviesen tan cerca, casi rozándose, Justin alzó su mano y le colocó un rizo rebelde detrás de la oreja, la sonrisa de Aurora se amplió por completo.

—Jamie suele hacer eso a menudo.

Justin se tensó por un instante, la miró, tan afectadamente, que ella deseó haberse callado, ¡maldita impulsividad! No había querido que sonara como había sonado.

—¿Y dónde se encuentra que no lo he visto todavía?

Aurora suspiró nuevamente cansada y con el corazón en un puño.

—Está de regreso en Inglaterra, ¿no lo sabías?

Justin no había separado sus dedos del mechón de pelo, seguía acariciándolo con un brillo de impaciencia en sus ojos grises.

—Te he extrañado mucho, *sorceress*.

Aurora alzó el rostro, y, tras mirarlo un segundo, sacó sus pies mojados de la hermosa fuente.



Volvió a calzarse apoyándose en el brazo de Justin para no perder el equilibrio, y tratando de controlar el impulso de lanzarse a sus brazos.

—Veo que algunas costumbres siguen intactas —le dijo él.

Ella supo a qué se refería exactamente, y un ligero rubor cubrió sus mejillas. En el pasado había tenido un incidente en la casa de los Talbot con Roger y una fuente.

—Imagino que nuestro amigo lord Wilson está bien.

Justin no detectó ni un asomo de curiosidad al preguntar, tan solo mera formalidad.

—Acaba de ser padre de un varón, y le ha puesto por nombre Hugh.

Ella sonrió nostálgica.

—Deduzco que has visto a los niños. Ni te imaginas cuánto lo deseaba.

Justin apreció un matiz tembloroso en la voz de ella, y no supo cómo tomárselo, su inesperada vacilación le dio alas a su corazón, estaba todavía más nerviosa que él.

—Hay muchas cosas que deseo yo —Aurora lo miró suspicaz—. Mis hijos no me han olvidado, y por ese gesto de misericordia, deseo darte las gracias.

Ella recordó otro momento, otro lugar, y las mismas palabras. Aurora siguió callada y pensativa. Justin se lo tomó como un incentivo para que continuase y así lo hizo.

—Deseo pedirte que me des una nueva oportunidad —ella no pudo mirarlo, si lo hacía, se rompería en mil pedazos, había llorado tanto esperando escuchar esas palabras—. Deseo ser el padre de tus hijos, de los cuatro. Amarlos, protegerlos, y que me conozcan.

Aurora lo miró directamente a los ojos intentando ver cuanta sinceridad traslucían sus palabras, había tanto en juego, ella quería la total confianza de Justin, y para ello debía pelear duro.

—No te has casado —Aurora no comprendía la intención de la afirmación.

—¿Y por qué tendría que haberme casado? —ahora fue Justin quien no entendió su pregunta.

—He sido un imbécil y un inepto al no comprender lo que tratabas de decirme —las palabras dichas de forma rápida, consiguieron arrancarle una sonrisa—. Un déspota, y manipulador por querer controlar tu vida por completo.

Tras escucharlo, ella continuó los insultos con su humor habitual.

—Arrogante, tirano, y terriblemente celoso.

Justin apretó los labios asintiendo.

—Pero no te has divorciado de mí, y es algo que no llego a entender ni me atrevo a conjurar —ella se mordió los labios para no responderle, aunque finalmente lo hizo.

—Convertiste mi vida a tu lado en un infierno.

Justin bajó la cabeza.

—Lo sé, y no puedes imaginarte cuánto lo he lamentado desde entonces.

Aurora lo miró con ojos bondadosos. El aspecto de su todavía marido distaba mucho de ser el de años atrás. Estaba más delgado y demacrado. Tenía profundas ojeras que entristecían sus ojos grises, y un aire de derrota inusual en un hombre de su talante.

—Me heriste profundamente con tu continua desconfianza, Justin. La convivencia contigo se convirtió en una pesadilla.

Él, no pudo negar las acusaciones: todas eran ciertas.

—Juro que soy un hombre nuevo. No me apartes nuevamente de mis hijos, Dawn.

—¡Me llamo Aurora! —le recordó.

Justin sonrió, porque sintió el abrazo del pasado con esas palabras, y que renacía la esperanza de nuevo en él. Ella le dio un codazo, y Justin volvió a ponerse serio.

—Juro que no te arrepentirás si me das una nueva oportunidad... Aurora.

Ella sopesó en un segundo las palabras de Justin. Las tasó, valoró, y decidió que tendrían que hablar largo y tendido. Había muchas decisiones que tomar, posturas que ceder, y ella iba a transigir en las suyas si él hacía lo mismo con las propias.

—Los niños son felices en mi reino, Justin, yo no podría privarlos de la libertad de la que gozan aquí —ella esperaba una réplica, pero no fue así.

Justin comprobó por segunda vez que ella omitía la palabra «nuestros» al referirse a los niños, y supo la razón de inmediato.

—¿Jamie es un buen padre?

Aurora alzó las cejas sorprendida por la pregunta, y respondió casi sin querer.

—El mejor del mundo.

La respuesta lo golpeó con brutalidad, y ella se mordió el labio inferior por el error involuntario.

—¿Querrá confiarme los suyos?

Aurora ahogó una exclamación no de sorpresa sino de dolor. Se llevó la mano a la garganta y cerró los ojos. Justin tendría sobrados motivos para estar dolido con ella, pero, decidida comprobar hasta qué punto había cambiado él, lo arrastró hasta el extremo de sus sentimientos, llevándolo a un precipicio emocional sin retorno, y donde no había escapatoria posible para ninguno de los dos.

—Podían haber sido tuyos —Justin sintió que el corazón se le escapaba del pecho—. Viví noches de intensa pasión contigo, y una sola de venganza con él...

Era cierto. Junto a Justin había disfrutado de cientos de noches únicas.

—Fui un necio despreciable. Nada en este mundo puede justificar mi deslealtad.

—Renegaste de ellos antes de considerar... —calló un momento—, tus posibilidades eran mayores que las de Jamie, pero eso no te importó —Aurora tomó aire—. Querías que fuera culpable, lo necesitabas, y nada te importó todo lo demás.

Justin tragó violentamente. Cuando supo que estaba nuevamente en estado había decidido en su orgullo herido que se mantendría al margen.

—Te amo tanto que duele. No soy capaz de cerrar mis ojos porque tu imagen me persigue y acosa hasta en sueños —Justin la miraba mientras le confesaba sus sentimientos profundos—. Eres la única mujer que me ha llegado al corazón. Vivo para ti y por ti. Si no estás a mi lado me siento mutilado y vacío de sentimientos puros —Justin hizo una pausa, y siguió inmoldándose a sí mismo sin piedad. Aurora negó con la cabeza, pero él siguió en su declaración—. Soy un hombre lleno de defectos que llega a tu presencia pidiendo una nueva oportunidad. Los errores del pasado no puedo cambiarlos, lo sé, pero tienes mi palabra, que pasaré mi vida intentado haceros feliz... ¡lo juro!

Ella creyó todas y cada una de las palabras que le decía. Su sinceridad era innegable, y estaba deseando lanzarle los brazos al cuello, si lo hacía, todo su esfuerzo habría sido en vano.

—No quiero vivir en Inglaterra Justin, no deseo una vida llena de reglas y normas para los niños.

Él, volvió a asentir, algo más esperanzado.

—Viviremos aquí la mayor parte del año, e iremos allí en vacaciones, lo justo para poder dedicarme a mis obligaciones y resolver las dificultades que vayan surgiendo.

Aurora creía que se iba a desmayar de alivio, tenía la meta tan cerca, que sintió el corazón en vilo.

—¿Harías eso? —ella esperaba en suspenso su respuesta.

—Renunciaré al ducado si tenerlo significa vivir separado de ti y de nuestros hijos —admitió

franco—. Sería un justo castigo para Jamie.

Ella no iba a permitir tal despropósito. Podrían disfrutar de los mejor de ambos reinos, y sin descuidar nada.

Aurora soltó el aire que había estado conteniendo, abrió la boca para replicar, y él se la apresó con un beso. Aurora ya no recordaba lo que era ser besada con esa adoración. Al instante, sus manos rodearon su cuello, y se colgó de él como si su vida dependiese de ello. Cuando el contacto de sus bocas se produjo de nuevo, sintió una descarga en el mismo momento que Justin atrapaba su labio inferior, que quedó dentro de la boca de él, y al que le daba pequeños mordiscos juguetones a la vez que movía su lengua en su interior con un ritmo frenético e insistente. Le acariciaba el interior de las mejillas con determinación, invadiendo y retirándose al mismo tiempo. El beso se hacía más profundo y ávido, le reclamaba una rendición completa que ella estaba más que dispuesta a ofrecerle. La mano de él subía por su espalda hasta encontrar la nuca, y la aferró para atraerla más hacia sí. Aurora estaba suspendida entre los brazos de él que no la soltaban ni para coger resuello. Justin separó su boca para mirarla, y perderse en sus ojos dorados.

—Necesito escucharlo amor mío. En todos estos años nunca has pronunciado las palabras que deseo oír de tus labios, y las necesito para seguir respirando, créeme.

Aurora sonrió porque sabía la certeza de esa queja. Él siempre le había dicho que la amaba, tanto con palabras como con gestos, y aunque ella durante mucho tiempo no pudo corresponderle, ahora no podía negarle el placer de oírsele decir, pero fiel a su naturaleza le obsequió con las palabras que más podían significar para él, las que le devolverían la confianza en ella.

—Llegaste a mi vida como un vendaval, y te has ganado mi corazón por tu tesón al tratar de conseguir que te ame por completo, y sin rendirte nunca. Te amo Justin, con toda mi alma.

Justin la miró con tanta intensidad que Aurora pensó si no se habría vuelto transparente.

—¿Desde cuándo? —inquirió con voz estrangulada, y con ojos brillantes—. Necesito saber el momento exacto.

Ella sabía lo que le preguntaba, y complaciente le respondió.

—No sabría decirte con certeza el preciso momento, solo sé que fuiste apoderándote de mis pensamientos y mis deseos con una tenacidad que llegó a conmoverme.

—¿De no haber sido por la trampa de Eulalia, me hubieses abandonado?

Aurora negó con la cabeza varias veces.

—Te amaba desde mucho antes de eso —Justin cerró los ojos ante la revelación demoledora—. Había aceptado mi lugar en tu vida, tan solo pretendía que te dieras cuenta de que podías confiar en mí, y que el deseo de regresar a mi reino, no representaba una amenaza para ti.

—Hemos perdido tanto tiempo, ¡podías haberme informado al respecto!

Aurora negó con la cabeza.

—Hice una promesa a tu padre —Justin iba a protestar, pero ella no se lo permitió—. Pensaba romperla el próximo jueves, estaba decidida a embarcarme para Inglaterra, llegar hasta ti, y volverte loco hasta hacerte entrar en razón.

—¿Hubieses venido a buscarme? —preguntó estupefacto.

Aurora asintió con la cabeza. Una sonrisa de orgullo comenzó a gestarse en la boca de él, y apresándole los labios de nuevo, intentó fundirse con ella. La chispa prendió y los quemó a ambos como yesca reseca por el sol. Justin no podía soltarla. Había pasado tanta sed de sus besos, que ahora pretendía ahogarse en ellos. Aurora le respondía a cada incentivo de él, y ese abandono lo enloquecía. Ella sabía tan dulce y tan suave que pensó que iba a desmayarse de placer. Pero no la soltaría, aunque le fuese la vida en ello, y, ahogando un gemido que no supo si era de él o de ella,

la abrazó todavía más fuerte. Parecía que habían pasado siglos besándose, y cuando al fin Justin la soltó, Aurora alzó los ojos y vio azorada que cinco pares de ojos los miraban desde la ventana abierta, sonrió a pesar de la turbación que sentía.

—Como diría el primo Brandon, «estamos dando un espectáculo formidable» —Justin se dio la vuelta presuroso, y contempló las bocas abiertas tanto de los niños como de su padre.

—Eulalia tiene que hablar contigo —le dijo ella.

Justin saboreó sus palabras porque le hablaban con afecto.

—Eulalia arrancará mi yugular, pero yo no haré nada por evitarlo.

Aurora le acarició el mentón con cariño.

—Tiene muchas cosas que explicar. Después tenemos que tomar decisiones, y borrar cualquier rencilla que exista todavía, solo así podremos construir una base firme para nuestro futuro juntos.

Justin se quedó pensativo un momento. Le había gustado enormemente la palabra nuestro futuro porque él estaba incluido.

—Tengo un regalo para ti —Aurora se volvió sonriente.

—Tú, eres el mejor regalo que podía recibir.

Justin tropezó ante semejante cumplido. Metió su mano en el bolsillo interior de su levita, y sacó el prendedor que tanto quería ella.

—¡Mi peineta de nácar! —Justin colocó un rizo y se lo prendió.

—Siempre la he tenido junto a mi corazón.

Aurora besó la punta de su nariz con afecto genuino.

—Cuando hables con Eulalia, ten presente una cosa muy importante: recuerda que, para un gitano, un juramento es sagrado.

—Lo recordaré.

Justin había ayudado a acostar a los niños. El terremoto que se había creado tras la cena agotaría a un titán, pero él estaba tan necesitado de ellos, que había participado encantado, también conmovido. Se encontraba en ese momento sentado en un sofá con mullidos cojines verdes, mientras saboreaba una copa de excelente brandy. El duque lo acompañaba en silencio, y, de vez en cuando, lo miraba de forma subrepticia. Justin se alegraba de que se hubiesen cambiado las tornas, ahora era su padre quien especulaba, y se lo merecía. Devlin salió presuroso a la llamada de Aurora al mismo tiempo que Eulalia hacía su aparición con una bandeja de café. La dejó en la pequeña mesita auxiliar, y se sentó a poca distancia de Justin que la miró en silencio mientras ella se servía una taza, Justin daría lo que fuese por saber que no le removería los sesos con el mismo cuidado y determinación con los que removía el café con la cucharilla.

—Te debo una disculpa, Eulalia.

—Y yo más de una, lord Penword.

Justin sonrió ante la formalidad de ella.

—Me comporté como un necio, y doy gracias porque Aurora me haya perdonado por completo.

—Mi niña no tiene un gramo de rencor en su cuerpo.

Justin asintió.

—Lamento sinceramente el daño que le causé, y he prometido dedicar mi vida a hacerla feliz —Eulalia carraspeó.

—Mi niña se conforma con poco —Justin aceptó la pulla con caballerosidad.

—Una vez me dijiste que Aurora me entregaría su corazón, pero he sido yo el que se lo he

entregado a ella desde el mismo instante en que la vi. En esta relación yo he perdido más que ella, pero no es un lamento, más bien, una aceptación de la verdad.

—Juré que vengaría su perfidia, lord Penword, y una gitana cumple siempre sus promesas.

Justin recordó las palabras de Aurora unos momentos antes.

—Lo sé, y, aunque no lo comprendo, he decidido aceptarlo. He tenido que purgar mis pecados, y quizás has sido el instrumento necesario para ello —Eulalia silbó de forma poco elegante, pero Justin había comenzado a sincerarse, y no paró ni quiso hacerlo—. Tú amas a mi esposa, pero yo la amo mucho más. Ambos debemos hacer todo lo posible para hacerla feliz, y para eso necesito que me perdone de corazón.

Eulalia estaba realmente conmovida. Justin le estaba abriendo su corazón, y ella pudo ver más allá de sus palabras, y lo que vio la alegró inmensamente. El inglés seguía altivo y arrogante. Sabía el enorme esfuerzo que hacía rebajándose ante ella, y supo que al fin había llegado su hora: su hora de la verdad. Se armó de valor, cuadró el mentón, y le confesó.

—Aurora no le fue infiel con Jamie —Justin la miró con tanta intensidad que Eulalia dejó de tragar. Era tanto su dolor que se encogió arrepentida, aunque siguió con su verdad devastadora—. Yo los había drogado a los dos, a su hermano y a su esposa. Preparé la escena tan solo para usted. Me quedé velándolos toda la noche, y, juro por mi vida, que no ocurrió nada entre ellos —Justin se mareó ante la revelación. Pensó en los dos pequeños—. Jamie lo sabe desde siempre —continuó ella implacable—, pero es tan terco como ella. Ante su deslealtad y olvido, decidí asumir el papel de padre para sus sobrinos —Justin no podía articular palabra. El corazón se le iba a parar de un momento a otro—. El duque también lo sabía. Su silencio sigue siendo una incógnita para mí.

Justin se levantó presuroso del sillón y se acercó a la ventana. Estaba a punto de quebrarse, se sentía incapaz de controlar sus emociones que habían sido rasgadas en jirones por la última revelación.

—Creí que los pequeños eran de... —apenas pudo continuar, habló en un susurro, pero Eulalia lo oyó perfectamente.

—Cada uno ve lo que quiere, lord Penword.

Justin se llevó la mano al pecho. La revelación era demasiado para él, y, sujetándose la cabeza con ambas manos, intentó detener el martilleo.

—Usted vio lo que quiso, y actuó en consecuencia. No puede culpar a nadie por ello.

—La venganza fue demasiado onerosa Eulalia —la gitana alzó la barbilla con soberbia.

—Usted apartó a una madre de sus hijos. Solo lo movieron los celos y el despecho, difícilmente puede acusarme de vengarme en exceso.

Justin se frotó las sienes, se le había revuelto el estómago.

—Cuando vi a mi hermano abrazar a mi esposa, creí que moriría asfixiado por el dolor. Sentí la traición golpearme las entrañas, y el corazón dejó de latirme por el peso de la angustia.

—Difícilmente pudo ver mucho porque yo me marché dos segundos antes de su entrada. Los velé durante toda la noche, y recé para que usted apareciera tal y como esperaba.

—La nota fue demasiado explícita —la acusó.

Eulalia sonrió petulante.

—Si haces una cosa, hazla bien. Sus celos fueron el detonante perfecto para mi plan, y funcionó. Mi niña está en su reino con sus hijos, es lo único que perseguía con mi venganza.

—De no haber venido, ¿me hubiese enterado que soy padre de los otros dos?

—Eso nunca lo sabremos —Justin terminó maldiciendo ante la broma cruel del destino.

—Esos dos diablillos son iguales a mi hermano pequeño.

No era una queja sino una afirmación.

—Rasgos de familia, supongo —Eulalia lo miró con cautela—. Su heredero es exactamente igual a su tío abuelo, y María es un calco de usted —Justin se mesó el pelo todavía asombrado—. No quiero ni pensar a quien se parecerán los próximos que vengan.

Justin la miró entre el horror y la esperanza.

—Aurora pediría mi cabeza si fuese así —Eulalia soltó una risotada.

—¿Me guardará un secreto, lord Penword? —Justin alzó las cejas con interrogación.

—Sabes que lo haré —aguardó a que Eulalia hablara, pero tras un largo silencio nada.

—Creo que no se lo diré...

Justin rio a pesar suyo. Esa gitana conseguía descolocarlo casi siempre.

—Le he prometido a Aurora que viviremos la mayor parte del tiempo aquí —Eulalia asintió pensativa—. Me pregunto, si cuando pasemos parte del año en Inglaterra, querrás acompañarnos —Eulalia se sorprendió—. Necesitaremos tu ayuda con esos cuatro pilluelos... y los que vendrán.

Eulalia volvió a asentir, y tanto Aurora como el duque, que escuchaban en el patio sin un asomo de vergüenza, suspiraron con alivio.

Todo había resultado más fácil de lo planeado.

—Mi sobrina Casey hizo bien su trabajo.

El duque estaba muy satisfecho.

—¡Yo también te quiero, *daddy*! —Devlin rio por las palabras de su nuera.

—He de reconocer que la astucia española supera con creces a la inglesa. Tienes todo mi respeto por ello.

—Lástima que no haya más Napoleones para derrotar.

Tanto orgullo era peligroso, y Devlin decidió bajarle los humos de inmediato.

—¿Qué decías sobre un Peñón, marquesa? —el duque sonrió perverso.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Ambos oyeron a Justin salir al patio en busca de ella y el duque se retiró dejándole el camino libre a su primogénito.

## EPÍLOGO

*Crimson Hill, Inglaterra*

Roger seguía parado en el enorme vestíbulo en espera de que Justin aceptara recibirlo. Sabía que la hora era inapropiada para una visita, pero él tenía que resolver unos asuntos en Escocia, y deseaba formalizar un acuerdo con Justin antes de su partida. Miró los bellos cuadros que colgaban de las paredes, y, uno en particular, consiguió arrancarle una sonrisa de asombro. Uno de los cuadros contenía la figura de Justin vestido con gran elegancia, sobre el fondo se veía a varios niños jugando, y lo que traslucían sus ojos, consiguió arrancarle un suspiro de envidia. El revuelo de una falda de seda color coral que volaba por el corredor superior, logró desviar sus ojos del impactante cuadro. Curioso, dio dos pasos más hasta situarse justo a los pies de la bella escalera imperial, pero nada lo preparó para ver deslizarse por la brillante balaustrada de madera, a una muchacha bellísima. Bajaba de espaldas a él, y en su deslizamiento, soltó varias risas contagiosas. Un poco antes de llegar al final de la barandilla donde terminaba con un hermoso pomo de plata, deslizó una pierna sobre la otra, y la colocó como una experta amazona, dio una pirueta en el aire, y aterrizó justo delante de él con un ¡voilà!

Roger estaba estupefacto.

La muchacha podía haberse roto la cabeza, y ella sonreía como si deslizarse por una barandilla en picado fuese la cosa más natural del mundo. Miró su espléndida cabellera rojiza, sus almendrados ojos color plata coronados por espesas pestañas, y tan largas que se rizaban en las puntas. Vio la línea de pecas que surcaban el puente de su nariz, y, al deslizar los ojos por su boca voluptuosa, supo que la muchacha traería muchos problemas a su padre. Era bastante alta, y aunque le estaba haciendo una mueca casi infantil, Roger simpatizó con ella de inmediato. Era la mujer menor de veinte años más hermosa que había visto en su vida.

—Mary, si vuelves a hacer algo así regalaré tu purasangre a los gitanos —la muchacha ahogó una exclamación porque no esperaba que su padre hubiese visto su bajada por la barandilla.

—No lo había visto —Mary intentaba arreglarse una arruga del vestido para evitar la mirada cargada de reproche de su progenitor.

—No me cabe la menor duda de ello, pero si vuelves a arriesgar tu cuello en otra bajada como esa... —la amenaza velada era bastante intimidante.

Mary hizo una breve reverencia a la visita inesperada, y con un gesto mohíno en la boca, se volvió presurosa hacia las dependencias de la cocina, y dejando en el aire un fresco olor a flores.

—Disculpa mi tardanza, Roger, pero Adam no me dio tu aviso hasta hace un momento.

Roger miró el atuendo de su amigo y sonrió.

—Una hora un poco inusual para cabalgar —Justin se miró las botas.

—Cierto, pero he descubierto que cabalgar por la tarde es tan agradable como hacerlo por la mañana.

Ambos habían cruzado la puerta de la biblioteca, y Justin invitó a Roger a sentarse.

—Parto en unos momentos a Escocia —le informó Roger.

Justin asintió mientras le servía una copa de sangría a su invitado. Roger olió su copa y probó, al momento, alzó sus cejas interrogante.

—Es limonada de vino, cuando te acostumbras, resulta muy refrescante.

Roger hizo una mueca.

—Quería hacerte una petición de mano en nombre de mi hijo Hugh.

Justin se sorprendió por un momento ante la inesperada proposición.

—Mary ya está prometida —Roger asintió.

—Te pido la mano de Beatrice —Justin se atragantó y tosió, Roger lo miró ciertamente preocupado—. Sé que es mucha presunción por mi parte, pero deseo una alianza con tu casa.

Justin miró a su amigo de la universidad con curiosidad. Antaño habían sido rivales, pero el tiempo había limado las asperezas.

—Hugh es heredero de un ducado, podrá elegir a la muchacha que desee.

Roger suspiró cansado, y se sentó.

—Elisa me fue infiel nada más tener a Hugh —la revelación dejó a Justin sin palabras—. Y deseo para mi hijo lo que tú tienes.

Justin lo miró largamente, y lo compadeció. Elisa había muerto dos años después de tener a Hugh, aunque la lista de amantes había sido interminable. Roger había pagado muy alto su elección.

—Beatrice solo tiene tres meses, y ya tengo seis peticiones de mano encima de mi escritorio.

—Ese hecho es lo que me ha decidido. Sé por el marqués de Leeds, que estás pensando seriamente en su petición.

Justin alzó las cejas sorprendido.

—Nada más lejos de mi intención. Cometí un error al prometer a mi primogénita antes de tenerla, y no deseo cometer el mismo error con Beatrice.

Roger se sorprendió ante ese último comentario.

—¿Ian no ha venido a reclamarla?

—Mary solo tiene dieciséis años. Todavía faltan dos para su presentación en sociedad, hasta entonces, el hijo de mi primo no puede reclamar nada —Roger ahogó una exclamación por el tono de la voz de Justin—. Le prometí a su madre que la dejaría elegir, y auguro que el muchacho lo tiene bastante difícil. Ya la has visto hace un momento. Tiene un carácter indómito, salvaje, y unas ansias de aventuras que me estremecen.

Roger pudo apreciar el orgullo en las palabras de Justin, y suspiró de nuevo.

—Beatrice no necesitará aportar dote —Justin abrió la boca asombrado.

—Eso es muy generoso de tu parte cuando tu hijo será uno de los mejores partidos de Inglaterra. ¿Cuántos años tiene ahora?

—Diez, pero deseo establecer la alianza antes de que cambies de opinión.

Justin sonrió ante la audacia de su amigo.

—Me lo estás poniendo bastante difícil.

Roger consiguió suspirar aliviado. Estaba echando un pulso, y creyó que lo tenía vencido.

—Sé que las peticiones que tienes son de dos ducados más, pero no son tan prósperos como el mío, y no puedes aceptar un marquesado ni dos condados en detrimento de un ducado, y eso sin contar las tres baronías que se han atrevido a aspirar a poner sus ojos en la hija menor de un futuro duque —Justin se quedó estupefacto.

—Veo que estás bien informado.

Roger asintió complacido.

—Las casas nobles españolas no cuentan. Imagino que deseas tener a tus hijas en Inglaterra.

Justin cabeceó porque Roger se le había adelantado nuevamente.

—Aurora pondrá precio a mi cabeza si consiento en ello.

Justin todavía recordaba el colosal enfado de ella cuando volvió a dejarla nuevamente encinta, pero tras cinco varones y la promesa de Eulalia de que esta vez sí sería una hija, se dejó arrastrar



por su anhelo. No se conformaba solo con Mary, y aunque los dos mellizos Victor y Andrew lo llenaban de orgullo, su pequeña Beatrice era la culminación de sus expectativas. Ninguno de sus cinco varones se le parecían tanto como sus dos niñas, y la última era la única que había venido sola. Hecho que la hacía especial y valiosa, además de su pelo rubio, y sus ojos del color de la plata bruñida.

—Debes dejar que lo piense.

—¡No! —la negativa logró sorprenderlo de nuevo—. No me iré de esta casa sin que firmes los papeles del acuerdo —Roger sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta, y se lo tendió a su amigo.

Justin leyó con sumo cuidado lo que Roger estaba dispuesto a hacer con tal de conseguir a Beatrice.

—Podría ser un acuerdo verbal entre ambos —el duque negó con la cabeza.

—Sabes que mi casa es una de las mejores de Inglaterra. Mi linaje asciende hasta Guillermo Plantagenet, y una unión entre los dos ducados sería altamente satisfactoria, lo sabes.

Justin sonrió de nuevo, y estampó su firma en los documentos. Antes de terminar, la voz cantarina de Aurora logró arrancarle un suspiro de dicha hasta que alzó los ojos del papel y contempló atónito el atuendo de ella.

—¡Ni harta de limonada de vino vas a cabalgar así!

Aurora se miró la ropa. Los pantalones de su hijo mayor le quedaban bastante bien, aunque ajustados. La camisa blanca con volantes en los puños le daba un aire de bandolera que le encantaba. Le había quitado a su hijo menor Alejandro el chaleco azul de terciopelo, y se había recogido el pelo en dos trenzas bastante seductoras. Las botas negras de caña alta le llegaban hasta la rodilla, no se las había devuelto a su padre desde el duelo que mantuvo con Justin, y no pensaba hacerlo. ¡Las adoraba!

—Por supuesto que voy a cabalgar así, y encantada de poder saludarte de nuevo, lord Wilson.

Justin entrecerró los ojos peligrosamente cuando contempló a su mujer acercarse a Roger y darle un beso con bastante efusividad. ¡Maldita la costumbre española de abrazarlo todo!

—No vas a cabalgar así, antes tendrás que pasar por encima de mi cadáver —Aurora hizo un gesto cómico con la boca, el mismo que había hecho María unos momentos antes.

—Eso es fácil —volvió sus ojos a la visita—. Roger, necesito un padrino.

Justin terminó por reírse: esas palabras se las soltaba demasiado a menudo cuando discrepaban.

—Justin, es más difícil bajar unos pantalones que subir una falda, y no pienso ponértelo fácil nunca más.

Justin se ruborizó intensamente por la observación. Roger no podía aguantar la sonrisa incómoda por la implicación de las palabras de ella.

—Es un atuendo de lo más inapropiado para una mujer de tu posición, y tus curvas solo puedo verlas yo.

Aurora masculló ofuscada porque los celos de Justin no habían menguado ni un ápice en todos esos años.

—Pues es una lástima que pienses así porque no pienso ponerme una falda nunca más cuando cabalgue contigo, ni cuando pasee contigo —le espetó.

Justin estaba mortificado.

—No vas a cabalgar así, y es mi última palabra.

Aurora miró a Justin, y valoró las posibles consecuencias. Hizo un encogimiento de hombros, y le sonrió zalamera.

—¡Mira y aprende! —Aurora se dio media vuelta, y lo dejó rumiando furibundo.

Justin comprobó horrorizado que Aurora lo dejaba plantado con la boca abierta. Miró a Roger que no podía ocultar la sonrisa de su boca ante tamaña provocación. Suspiró resignado.

—¡Me vuelve loco!

Lord Wilson soltó un suspiro largo.

—Pues espero de todo corazón que Beatrice vuelva así de loco a mi hijo Hugh.

# **Lady Penword**

**FAMILIA PENWORD 2**

**ARTETTE GENEVE**

## PRÓLOGO

*Crimson Hill, Inglaterra*

Justin Clayton Penword, marqués de Greenthorn, miró a su primo, laird de Ruthvencastle, y soltó un profundo suspiro. Entendía su enfado, pero no lo compartía. Tampoco comprendía sus prisas por celebrar el matrimonio entre los hijos de ambos, porque Mary era todavía una muchacha joven. No quería que se atara tan pronto a un destino que no deseaba, pues su hija se había sincerado tiempo atrás con él, y le había explicado sus reservas para contraer nupcias en el tiempo acordado por las dos familias. La muchacha apeló a su propia juventud, a su deseo de estar más preparada ya que el primogénito de su primo escocés era un completo desconocido para ella.

—El matrimonio tenía que haberse celebrado dos años atrás —le recriminó el laird sin un parpadeo.

El marqués volvió a suspirar. Su primo escocés evitaba visitar Inglaterra siempre que podía, que lo hubiera hecho en ese preciso momento, mostraba claramente que no iba a regresar a Escocia con las manos vacías.

—Mary solo tiene veinte años —le recordó.

El laird entrecerró los ojos en actitud defensiva.

—Su madre la tuvo a ella con dieciocho —le recordó.

El marqués se levantó del sillón, y caminó hacia su primo escocés.

—No quiero lo mismo para Mary —se sinceró.

El otro, entrecerró los ojos suspicaz.

—En este matrimonio no caben tus preferencias ni las mías.

Ese era un escollo duro para Justin, pues el matrimonio entre su hija y el primogénito de su primo, había sido pactado por los antepasados de ambos antes de que los muchachos nacieran.

—Espera al menos a que regrese de viaje antes de exigir el cumplimiento del contrato matrimonial.

—¿Mary, está de viaje? —preguntó el otro incrédulo.

—Todavía no, pero está previsto que acompañe a mi cuñado Andrew en su visita diplomática a la corte de Madrid.

—¿Permitirás que se lleve a Mary? —seguía sorprendido.

—Acompañará a su prima Blanca... Mary lo desea, y no tengo corazón para negarme.

Brandon McGregor no podía creérselo.

—¿Andrew se llevará a su hija en un viaje diplomático?

El hermano de su esposa, Andrew Beresford, pertenecía a la delegación inglesa en la embajada, y la misma solía desplazarse con asiduidad en viajes diplomáticos a diferentes cortes europeas. Además de ser el ayudante personal del embajador inglés, Andrew era el traductor oficial cada vez que el propio embajador era invitado por otras delegaciones, como la española en Londres.

—Andrew ha creído conveniente que su hija visite a su tío, ya conoces al duque de Alcázar —le recordó.

Brandon silbó sarcástico.

—Imagino que la madre de la muchacha las acompañará —apuntó con crítica.

Justin hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Rosa de Lara está encinta de nuevo, y su salud es muy delicada —el escocés parpadeó sorprendido—. Por ese motivo he creído conveniente que mi hija acompañe a su prima en este viaje.

—Tu cuñado es demasiado confiado con sus mujeres —afirmó el laird sin dejar de mirar a su primo inglés—. Algún crápula va a seducir a su hija, y se la arrebatará de las manos.

El marqués terminó sonriendo ante la imagen que le provocaron las palabras de su primo.

—¿Piensas que el arrogante duque de Alcázar lo permitiría? —le preguntó con sorna—. Su sobrina Blanca es más intocable que la propia reina de España.

El escocés se quedó pensativo. La actual reina de España, Isabel, tenía solo dieciséis años, y valoró que su primo no iba desencaminado al afirmar algo así sobre el duque español.

—Son muchachas influenciables y demasiado románticas —se refería tanto a la hija de uno como a la del otro.

—Son jóvenes bien educadas e hijas de buena familia —replicó Justin.

—¿Piensas que algo así detendría los intentos amorales de timoratos jovenzuelos?

Justin miró a su primo sin comprenderlo. Él mismo se había casado con una española, su hija Serena era española, ¿por qué motivo hablaba siempre de forma tan despectiva sobre los españoles?

—No sufras por mi cuñado —replicó Justin—, pues acompañará a la delegación inglesa el capitán Ronan Kelly, y dos de sus mejores hombres. Como puedes comprobar nada se escapa al control de un Beresford.

Brandon parpadeó.

—Y ya está todo arreglado —se burló.

Justin terminó enarcando una ceja, porque si un hombre se lo proponía, no existía muchacha inglesa que pudiera resistirse, pero deseó poner a su primo en su sitio.

—Más debieras preocuparte por tu propia hija que por la sobrina de mi esposa.

Brandon se puso serio de inmediato.

—Por ese motivo Serena jamás pisará otra tierra que no sea escocesa.

Justin sintió un profundo pesar por la hija de su primo. Las peleas de Brandon con Marina habían llegado a oídos de su padre Devlin, duque de Arun, que no veía con buenos ojos la actitud de su sobrino escocés. El duque pensaba que Brandon se mostraba demasiado irascible. La noble española casada con él, llevaba muy mal el dominio que Brandon ejercía sobre su única hija. El padre la mantenía bien sujeta y no le permitía un respiro. Era tanto el control sobre ella, que la muchacha no podía ni visitar a su familia materna. Tenía prohibido salir de Ruthvencastle a pesar de que pronto cumpliría los diecisiete años y sería presentada en sociedad, aunque conociendo a Brandon, mucho se temía que iba a mantenerla escondida y vigilada hasta su ancianidad.

—Envía un mensaje urgente a tu cuñado, y dile que Mary no los acompañará en el viaje —demandó seco.

Justin se plantó. Nadie llegaba a su casa a impartirle órdenes.

—Mary hará este viaje te guste o no.

El laird entrecerró los ojos con una advertencia. Un momento después, hurgó en el interior de una carpeta de piel. Sacó un documento oficial y se lo tendió.

—Las amonestaciones han sido enviadas —contestó muy serio—. La boda se celebrará el tercer domingo de junio.

Justin parpadeó porque apenas quedaban tres meses.

—¡Estás loco! —exclamó atónito.

—Se acabó la espera.

—¿Qué dice Ian sobre esto?

Brandon hizo un encogimiento de hombros.

—Mi hijo es un hombre de palabra —respondió al fin—, y lleva dos años sin poder hacer honor a ella.

—¡Brandon! —exclamó Justin cuando vio que su primo se marchaba.

—El tercer domingo de Junio —le recordó antes de quedarse un momento pensativo.

Tras unos segundos, el laird miró de nuevo a su primo inglés. Su rostro se había endurecido por completo.

—Que no vuelva a ver a tu primogénito cerca de mi hija —la voz del escocés era tan dura como el granito.

—Vamos, Brandon —le dijo el primo para apaciguarlo—, que aquello no significó nada —los justificó.

Los labios de Brandon se redujeron a una línea.

—Que Roderick se mantenga apartado de Serena...

Cuando Brandon salió del despacho, Justin maldijo por lo bajo.

## CAPÍTULO 1

Justin, miró a sus cuatro hijos mayores con rostro severo. Roderick tenía los párpados entornados, y una actitud sumisa en su postura que demostraba de forma clara el arrepentimiento que sentía. Los gemelos, Devlin y Hayden, miraban de forma subrepticia a su hermano mayor tratando de imitarlo, pero, sin conseguirlo. Por el contrario, su primogénita Mary le sostenía la mirada con altivez: con la barbilla alzada en un gesto que lo puso alerta, y que le recordó al amor de su vida.

Resultaba en verdad agotador lidiar con cuatro adolescentes llenos de energías e iniciativas propias, pero la última travesura había colmado el vaso de su paciencia. Mary debía aceptar su boda con el heredero McGregor de una vez, pero su hija se resistía de una forma que lograba desquiciarlo. En el pasado, había eludido los intentos de acercamiento del muchacho con una habilidad sorprendente, y por eso había llegado el momento de una intervención por su parte. Su primo Brandon estaba tremendamente decepcionado con el resultado, y había tomado cartas en el asunto publicando las amonestaciones nupciales. A Mary le quedaba menos de tres meses para convertirse en lady McGregor. Su hija se aprovechaba del cariño que sentía su hermano mellizo hacia ella para cubrirla en sus andanzas, pero eso se había terminado.

El marqués la miró de forma penetrante, y con una mota de decepción en sus ojos grises que no pasó desapercibida para ella, y que la hizo posicionarse todavía más en su postura rebelde.

—¿No tienes nada que decir? —le preguntó con voz gélida.

Mary descansó el peso de su cuerpo en el pie derecho mientras cruzaba las manos sobre el regazo.

—Padre... —comenzó Roderick, pero la mano alzada de Justin silenció las palabras de su heredero.

Seguía con las pupilas clavadas en su hija.

—Me siento profundamente decepcionado —mencionó con voz controlada, como era habitual en él—, y he decidido suspender tu viaje —el gemido general de sus hermanos le hizo a ella enarcar una ceja.

La corrección era más de la esperada, y por eso no pudo evitar que el mundo se le cayera sobre la cabeza porque ansiaba ese viaje. Su tío Andrew acompañaba a la delegación inglesa en una visita diplomática a España, y como había decidido llevarse a su prima Blanca, Justin había accedido a que ella los acompañara. Su padre no podía prohibirle el viaje. ¡Se moriría!

Los rostros de los gemelos mostraban de forma clara la consternación que sentían, pero Justin había decidido atajar por la calle de en medio. Seguía con los ojos los movimientos de Mary, que trataba de aguantar el resultado de su actuación de la mejor forma que sabía: con silencio. Sin embargo, él conocía una forma de doblegarla, y pensaba hacerlo de inmediato.

—Padre —comenzó al fin ella—, Devlin y Hayden no son culpables de lo sucedido, de verdad —continuó tratando de apaciguarlo, pero Justin tenía en las pupilas una determinación que iba a cambiar el rumbo de la vida de los cuatro, pero sobre todo de su hija: su preciado tesoro.

Mary había asistido al teatro Drury Lane para ver al actor William Macready, famoso en Londres por sus dramatizaciones de la tragedia de Hamlet, príncipe de Dinamarca, de la que Mary era una fiel entusiasta. Pero él no había autorizado el viaje de ella, ni la asistencia al teatro, y, para más inri, se había llevado a sus hermanos gemelos que habían desatado en el intermedio de la actuación un altercado con dos lores que pretendían a la única hija de su cuñado.

La pelea había corrido como la pólvora entre la nobleza londinense pues Andrew Beresford

era conocido en los círculos más selectos por su trabajo en la delegación diplomática. Su hija había calculado mal la jugada porque había creído que llevándose a Devlin y a Hayden su padre pasaría por alto su escapada a Londres, pero se había equivocado.

—Partirás mañana por la tarde a Ruthvencastle —Mary perdió la compostura al escuchar la sentencia del padre.

¡No podía hablar en serio! ¿Ruthvencastle? Eso estaba en medio de la nada. En una tierra salvaje e inhóspita.

—No me marcharé de Crimson Hill —respondió con una tenacidad que ya comenzaba a cansar al padre—. Mis hermanos no tienen la culpa de mi decisión de viajar a Londres para visitar a la tía Rosa, ni la de asistir al teatro. Asumiré el castigo que me corresponde.

Roderick, Devlin y Hayden, la miraron con sorpresa.

Que ella admitiera toda la culpa los llenaba de cierto alivio, también de honda preocupación. Mary era la mejor hermana del mundo: ingeniosa, alegre, y no se merecía cargar con todas las culpas. Eran ellos los que habían provocado el altercado, y los que habían retado a duelo a los dos jóvenes lores.

—Por supuesto que asumirás el castigo que te corresponde —le dijo Justin sin un asomo de duda—, y, tus hermanos, el suyo.

Mary se mordió el labio inferior preocupada. Viajar a España era la mayor alegría que recibían a lo largo del año, y que su padre decidiera suspenderlo era el peor castigo que podían obtener. Pensó en sus hermanos, en la libertad que disfrutaban allí, y el pesar le mordió el corazón.

—Lamento profundamente no haberle informado que pensaba visitar a la tía Rosa —le dijo a su padre con ojos arrepentidos—, y le suplico que me perdone.

Pero Justin deseaba algo más de ella que esa disculpa ofrecida a destiempo: quería su consentimiento para la boda con Ian Douglas McGregor de una vez, y sin una protesta más por su parte.

—¿Deseas negociar el resultado de tus acciones? —Mary cerró los ojos por el tono acusador que percibió en su voz—, porque desde ya te digo que no tienes opción.

Adoraba a su padre con toda su alma, pero estaba ciego a sus sentimientos de muchacha que no deseaba un compromiso impuesto con el hombre más aburrido e insulso de toda Escocia. Le había abierto su corazón, le había explicado sus sentimientos. Ella no quería casarse con Ian, pero su padre le había dejado muy claro que no tenía opción.

—Aceptaré mi destino sea cual fuere —admitió con voz vacilante, como si le hubiese costado un esfuerzo sobrehumano pronunciar la admisión—, pero desde ya le digo que...

Su padre la cortó.

—No eres una mártir. Eres una muchacha comprometida que debe asumir su responsabilidad por mucho que te cueste aceptarlo —la voz de su padre era afilada como el cuchillo de un carnicero—. Tu boda se tendría que haber celebrado hace dos años, sin embargo, tu madre y yo decidimos darte un poco más de tiempo, pero ayer tu futuro suegro me dio un ultimátum.

—¿El laird de Ruthvencastle estuvo en Crimson Hill? —preguntó Roderick con un tono de voz esperanzado.

Nada la gustaría más que ver de nuevo a su prima Serena.

Mary alzó los ojos y los clavó en su padre, vio su dolor, y sintió una herida profunda en su amor propio. ¡Él tampoco quería su marchara!, entonces, ¿por qué lo permitía?

—Aceptaré mi marcha a Escocia, pero después de regresar de mi último viaje a España —le ofreció sumisa.



Justin la miró sorprendido al escucharla.

¿Intuía ella que cuando estuviera casada ya no podría disfrutar de más viajes? ¿Se convertiría en un problema que él cediera en este último? Mary debía marchar a Escocia en breve, pero consideró retrasar su marcha un poco más. Cuando su hija lo miraba así, lo desarmaba.

—Desconfío de ti y de tu forma de comportarte —Mary apretó los labios al oír a su padre, y su enojo creció todavía más—. Olvidas convenientemente que estás prometida, y que no puedes actuar a tu antojo, ya sea en fiestas o en escapadas como la de Londres. Le debes respeto a tu prometido.

—Hace varios años que no he visto a lord McGregor. Había imaginado que su ausencia daba por roto el compromiso entre ambos —trató de justificarse.

Justin suspiró cansado.

Roderick, Devlin y Hayden, seguían en la misma postura expectante sin decidirse a intervenir para defender a su hermana, o seguir callados para no enojarlo, aunque él tenía que decirles algunas palabras, pero lo haría cuando hubiese terminado con ella.

—¿Pensaste alguna vez en los sentimientos de Ian cada vez que lo ridiculizabas? —Mary tuvo el atino de sonrojarse—. Nunca he contemplado a un muchacho soportar tus desaires y desplantes con más dignidad. Y te recuerdo que su comportamiento siempre ha sido ejemplar: a pesar de tus defectos, decidió continuar con el compromiso.

Que su padre aludiera a sus defectos la enervó.

—Su ausencia prolongada me indujo a pensar algo muy diferente.

Justin entrecerró los ojos.

—Hace dos años, cuando debías desposarte con él, tu madre y yo le pedimos un poco más de tiempo para ti —confesó decepcionado—. Entonces, Ian decidió utilizar ese tiempo que tu madre y yo le suplicamos para hacer un viaje a las colonias y ver mundo —ahí estaba la explicación para su ausencia y silencio, se dijo ella. Mary dio un paso al frente como para preparar su defensa, aunque lo pensó mejor—. Es el hombre más templado que conozco. Controla su carácter de una forma admirable, y eso que recuerdo la cantidad de ocasiones en las que trataste de ofenderlo de todas las formas posibles —Justin calló un momento para tomar aire—. Siempre que venía de visita, lo tratabas fatal, y jamás te lo tomó en cuenta.

—Nunca quise herir sus sentimientos —se defendió sin un asomo de humildad. Justin lo dudaba seriamente porque en el pasado le había hecho la vida imposible en cada visita a Crimson Hill—, pero es bien cierto que he llegado a detestar el compromiso con él.

Justin decidió terminar de una vez con las trabas de ella.

—Tu compromiso se realizó mucho antes de que nacieras, y conoces el valor de la palabra dada y el honor de mantenerla, eres una Penword.

Mary odiaba el sentido de lealtad que la esposaba a un futuro incierto y descorazonador. Ella detestaba Escocia, sus rudas costumbres, su frío extremo. Y debía enterrarse en vida por una promesa que no había ofrecido.

—Puedes marcharte y comenzar a preparar tu equipaje —le dijo Justin.

Mary abrió la boca atónita porque la despedía, entonces, hizo algo impulsivo, corrió hacia su padre y lo abrazó por la cintura.

—¡Por favor, por favor, quiero ir a España una última vez! Deseo acompañar a la prima Blanca. Por favor...

—¡No! —fue la seca respuesta de su padre—. Mi postura es inamovible.

Mary no detuvo las lágrimas. Sus hermanos habían sido testigos del mal rato que había pasado, y ahora tenía que marcharse sin poder convencerlo de que la dejara hacer ese último

viaje, pero el orgullo le hizo levantar la barbilla y sostenerle la mirada a su padre unos segundos más de lo acostumbrado. Finalmente, dio media vuelta y salió de la biblioteca tan tiesa como la vara de una lanza.

Justin suspiró profundamente antes de observar detenidamente a los gemelos.

—Tenéis la esgrima prohibida hasta nueva orden, también la asistencia a fiestas, y las carreras de caballos.

Los gemidos de horror no lo ablandaron lo más mínimo.

—¡Solo defendíamos a nuestra prima!

—Vuestro tío materno ha tenido que intervenir para suspender dos retos de duelo propiciados por vosotros en vuestra visita a Londres... —Justin calló un momento antes de continuar—. ¿Sois conscientes de lo humillante que ha sido para él? Vuestro tío es un diplomático con una reputación intachable, y sus dos sobrinos díscolos no hacen más que colocarlo en situaciones comprometidas.

Hayden y Devlin bajaron la cabeza avergonzados.

—Solo protegíamos a nuestra prima de dos indeseables.

Justin pensó que sus hijos tenían parte de razón. Si su sobrina no fuera tan guapa, esa situación no tendría lugar. Pero los crápulas y calaveras hacían cola para captar la atención de la muchacha y tener con ella algo más que palabras. Andrew sabía cómo capear el temporal, pero, desde que los dos muchachos habían decidido declararse paladines de sus primas, lo habían empeorado todo. Los duelos estaban prohibidos en Inglaterra, pero esos dos tunantes parecían no darse cuenta de ello porque habían participado al menos en una docena, afortunadamente sin consecuencias mayores.

—Vuestro tío materno os espera en el salón. Ha viajado desde Londres porque desea hablar con vosotros dos, y presumo que no serán solo palabras lo que recibiréis. —Los gemelos miraron a su padre con el horror pintado en el rostro—. ¿Pensabais acaso que os iríais de rositas?

—Preferimos su corrección a la del tío —aventuró Devlin.

Justin lo imaginaba, pero la última travesura le había costado a su hermano parte de la salud, y tirar de buenas relaciones para preservar su buen nombre. Devlin y Hayden no podían pasarse los días retando a los jóvenes de media Inglaterra, ni liarse a puñetazos con cualquiera que les dijera una lisonja a sus primas.

—Ya os he dicho que vuestro tío os espera...

Los gemelos se marcharon cabizbajos. Roderick comenzó a seguir a sus hermanos hasta que su padre lo detuvo.

—No he terminado contigo. —El heredero se giró, y lo miró con los ojos reducidos a una línea—. ¿Pensabas que no traería consecuencias?

—Ignoro a qué se refiere —contestó evasivo.

Justin se apoyó en el borde del amplio escritorio. Cruzó los brazos al pecho y miró a su hijo con atención. Brandon había sido muy claro.

—Hablo de tu prima Serena.

El color desapareció del rostro del joven. El marqués hizo un gesto negativo con la cabeza porque entendía perfectamente lo que su heredero sentía, pero era un imposible.

—¿Qué sucede con Serena? —el otro se puso a la defensiva.

—Brandon no lo permitirá, y debo anunciarte que yo tampoco.

El muchacho de veinte años se irguió en toda su altura que ya superaba la de su padre, y decidió mostrarse franco. Nunca le había mentado, y no pensaba hacerlo en ese momento.

—La amo —contestó al fin con ojos brillantes—, y ella me corresponde.

Justin soltó un suspiro largo y pesado.

—Serena no es para ti —las palabras de su padre se le clavaron como dardos venenosos en medio de su corazón enamorado—, porque está prometida a otro.

Esa era una espina clavada directamente en su corazón.

—Lo sé —admitió en voz baja.

—Eres el heredero de un ducado, y tendrás que escoger a tu futura esposa acorde a ello.

Roderick miró a su padre con un brillo de ira.

—¿Y qué hay del amor?

Justin masculló porque todo se complicaba.

—No puede ser, Roderick, debes aceptarlo —el muchacho tragó con fuerza. Seguía plantado frente a él con los hombros tensos—. Serena está prometida a Ewan Alisdair Duncan.

Era un compromiso formalizado antes del nacimiento de Serena por su abuelo materno el conde de Zambra, pero Roderick había conservado la esperanza de que el padre de ella cambiara de opinión porque se había opuesto al mismo desde el principio, pero entonces los pilló a ambos besándose en los jardines de Crimson Hill. Desde entonces, había prohibido que Serena viajara a Inglaterra, y que mantuviera contacto con él, también con el resto de familiares ingleses.

Era un castigo desmerecido por un beso dado con cariño y recibido con inocencia.

—El laird McGregor nunca aceptó el compromiso de Serena —le recordó Roderick—, y yo tampoco.

Justin no sabía cómo explicarle a su heredero que Brandon no podría negarse porque el compromiso se había acordado antes de que hubiese tenido conocimiento del nacimiento de su única hija. El poder y la decisión del abuelo de la muchacha era un escollo que su primo no podría solventar. Además, Serena solo tenía dieciséis años y Roderick veinte, ¡eran muy jóvenes!

—Brandon ha dejado muy clara su postura.

Roderick apretó los puños.

—Serena sería futura duquesa de Arun —insistió el muchacho.

Justin calló un momento tratando de encontrar las palabras adecuadas para no lastimar de forma innecesaria a su hijo.

—No es posible —afirmó Justin—. Debes olvidarte de ella.

—¿Cómo usted se olvidó de madre?

Ese había sido un golpe bajo. El marqués ignoraba el momento en el que su primogénito se había sentido atraído por su prima. Roderick era un muchacho tranquilo, nada impulsivo, todo lo contrario de Serena que se bebía cada segundo de vida como si fuese el último. Era una muchacha muy hermosa, pero con un carácter difícil, además, Justin se negaba a tener a sus dos primogénitos casados con los hijos de su primo escocés, bastante tenía con el compromiso de Ian y de Mary.

Roderick, como heredero de un ducado, debía escoger a una muchacha acorde a su rango, se repitió como si necesitara convencerse.

—La amo —repitió el hijo sin mostrar vergüenza.

—Se te pasará —con cada palabra que decía Justin, más se reafirmaba el muchacho—. Cuando la veas paseando del brazo de otro, se te pasará —afirmó sin dejar de mirarlo atentamente.

Roderick inspiró profundamente, y después expulsó el aire poco a poco. Justin admiró su serena actitud pues nunca se enojaba. Nunca se prestaba a estallidos de ira. Sabía controlarse, y cómo utilizar las palabras para convencer, pero en esta ocasión iba a ser diferente porque él no podía permitírselo.

—La amo —reiteró el otro.

—El de Serena es un compromiso serio que terminará en boda, en futuros hijos, y en una vida

en la que no estás incluido —Roderick apretó el mentón mientras lo escuchaba—. Créeme, se te pasará cualquier encaprichamiento que sientes ahora por tu prima.

—No se me pasará porque no es un capricho y porque soy como usted —le recordó—. ¡Nunca me conformaré!

Justin entrecerró los ojos al escucharlo.

—¿Qué tratas de advertirme? —quiso saber.

El joven tenía en el rostro una determinación que lo preocupó.

—Le recuerdo, con todo el respeto del mundo, que mi madre estaba enamorada de otro hombre —Justin soltó el aire de forma abrupta—, pero eso a usted no le detuvo, como a mí no me detendrá que Serena esté prometida a otro.

La mirada de Justin se fue endureciendo a medida que escuchaba a su hijo.

—Yo amaba a tu madre —le explicó.

—Y yo amo a Serena —replicó a su vez.

Los labios de Justin se apretaron hasta reducirse a una línea blanca.

—Como heredero... —Justin no quería continuar por ese camino espinoso, pero no le quedaba más remedio—. Serena no puede ser, acéptalo.

Creyó que su padre hacía referencia a la falta de título nobiliario del padre de Serena.

—Es nieta de un conde español —le recordó su hijo—. Su rango es incuestionable.

—Ya conoces mi postura que es inamovible —le advirtió—. Así que comienza a cambiar la tuya.

Él, no pensaba hacerlo, no iba a rendirse como su padre no se rindió en el pasado. Conocía toda la historia, aunque no por boca de sus progenitores sino por la de su abuelo Devlin, que le había contado con detalles cada paso y error que había cometido su padre para lograr que su madre se enamorara de él. Recordaba perfectamente los años que había pasado alejado de Crimson Hill. El sufrimiento de su madre, de su abuelo. Los celos obsesivos, y la inseguridad de su padre, pero había logrado lo imposible: su madre había terminado amándolo con todas sus fuerzas.

—Renunciaré al ducado si el mismo me impide tener a Serena —afirmó sin un parpadeo.

Justin blasfemó por lo bajo.

—¡Maldita sea, Roderick! —exclamó fuera de control.

—Me fugaré con ella a Escocia y nos casaremos en Gretna Green.

Padre e hijo se miraron sin pestañear.

—¿Es una amenaza?

—Una advertencia —moduló—, una sencilla advertencia.

Justin decidió utilizar toda la artillería contra su propio hijo, aunque le doliera en el alma tener que hacerlo.

—Bien —dijo de pronto—. Prepárate para tu ingreso en el Ejército de Su Majestad. Harás uso del grado de oficial que compré hace años para tu tío Jamie y que nunca utilizó.

—¡Padre! —gritó atónito el joven, y sin esperarse el revés.

—Partirás la próxima semana en el Revenge.

El Revenge era un navío de 74 cañones que se había construido en Chatham Dockyard.

—No habla en serio.

—Pasarás los próximos diez años en el mar.

—¡Padre! —volvió a exclamar atónito.

Pero Justin se mostraba implacable en su decisión.

—Cuando regreses, Serena estará felizmente casada, y confío que será madre de varios

niños... —Justin calló durante unos segundos—. Cuando regreses —reiteró firme y sin apartar la vista del primogénito—, te habrá olvidado.

El rostro de Roderick se contrajo por el dolor que la decisión de su padre le causaba. El marqués se mostraba implacable con sus sentimientos. Él, nunca había tonteado con chicas. Había sido un hijo ejemplar, obediente hasta la sumisión. Enamorarse de su prima no había sido intencionado, simplemente había surgido porque ella representaba todo aquello que él jamás había disfrutado: absoluta libertad.

Serena estaba llena de vida. Era la muchacha más hermosa del mundo, y siempre se había mostrado dulce y atenta con él, ¿cómo no iba a enamorarse locamente? Adoraba sus ojos verdes, su pelo dorado, y esa risa especial que la hacía única en el mundo.

¡Maldita fuera que no podría dejar de amarla!

Justin lamento esa vena en los Penword que los hacía sufrir de forma desmesurada. Su padre Devlin había sufrido por su madre hasta el mismo día de su accidente. Su hermano Jamie había sufrido lo indecible por Isabel, su primo Brandon por Marina, y él, él había sufrido más que ninguno porque se había enamorado como un loco de una mujer que no le correspondía. Había penado por ella durante años porque no lograba que lo amara, y por ese motivo no quería lo mismo para su hijo y heredero. Serena no era para él porque tenía en su carácter el mismo fuego salvaje que tanto daño le había causado el amor de su vida. Justin sabía que Roderick no tenía su capacidad de aguante. Serena le podría causar un daño irreparable, y el muy insensato no se daba cuenta de ello. ¡Sería arcilla en sus manos! Su hijo se merecía una muchacha más sencilla. Menos fogosa, y más inglesa.

—¿Es su última palabra? —le preguntó el hijo sin perder el orgullo.

Justin suspiró agotado.

—Es la tuya Roderick, es la tuya...

Padre e hijo ya no se dijeron nada más.

## CAPÍTULO 2

*Villa de Madrid, marzo de 1846*

Andrew Robert Beresford no le quitaba ojo ni a su hija ni a su sobrina. Las dos muchachas reían las gracias de la esposa del conde de Agres, que se había declarado niñera de ambas. Siempre que las invitaban a un evento, se las ingeniaba para asistir y actuaba como protectora. Era una mujer viuda que no debía de tener los cincuenta años todavía. Alrededor de Mary revoloteaban varios polluelos, pero la mujer se mostraba implacable, y los ahuyentaba de una forma que lo dejaba admirado.

—Lord Beresford —lo llamó el embajador inglés—. ¿Tendría algún inconveniente en que la delegación se desplace en breve a la ciudad de Barcelona? Conozco que tiene previsto un viaje a Sevilla.

Andrew había estado tan absorto mirando a las dos muchachas, que se había perdido parte de la conversación que mantenían el embajador y el conde de Besaya.

—¿Barcelona? —preguntó.

Él, había quedado en llevar a las chicas a Sevilla donde las esperaba su cuñado Alonso.

—Hay una reunión prevista con don Jaime Balmes y Juan Donoso.

Andrew conocía que ambos hombres, moderados, pertenecían al círculo de la reina española Isabel, y que aprobaban a Carlos Luis de Borbón como el futuro marido de la reina, sobre todo porque era un pretendiente carlista.

—¿Existe algún inconveniente para que deje a mi hija y a mi sobrina con mi cuñado? —informó Andrew sin dejar de mirar a su sobrina Mary que lanzaba miradas subrepticias hacia un rincón apartado del salón.

Un grupo de invitados le impedía ver qué era lo que despertaba su interés.

—La delegación podría partir hacia Barcelona en un par de días.

Andrew pensó que tendría tiempo suficiente para llevar a Rosa y a Mary a Sevilla.

—¿Cuánto tiempo se espera que esté la delegación en Barcelona?

—Una semana como mucho.

El diplomático inglés se quedó pensativo. Apenas un mes antes el carlista Mosén Benito Tristany había entrado en la ciudad de Cervera y había recaudado la suculenta cifra de noventa mil reales, con ellos había logrado liberar a treinta presos políticos. Mucho se temía que pretendía armar una partida con ellos. Se preguntó si el embajador inglés tenía conocimientos que él ignoraba.

—Partiré a primera hora de la mañana a Sevilla, y regresaré lo más pronto posible a Madrid.

El embajador le hizo un gesto complacido, y se alejó del grupo de hombres que se habían mantenido en silencio. La mayoría pertenecían a la delegación inglesa.

Cuando Andrew se giró para buscar a su hija y a su sobrina, no las encontró en el salón.

—Les ruego me disculpen —les dijo a los hombres antes de girarse en dirección a la condesa de Besaya.

—Condesa... —la llamó con cortesía.

La mujer se giró hacia él.

—Si busca a las muchachas, están en el jardín —Andrew parpadeó—. He prometido ir con ellas en cinco minutos. He tenido que saludar a alguien.

El inglés no se había dado cuenta del hombre moreno que conversaba con la condesa. Nunca lo había visto, y le sorprendió el brillo de desdén en sus ojos oscuros. Con la diplomacia que lo caracterizaba se presentó.

—Andrew Beresford —dejó la mano extendida.

El hombre, que no debía de tener más de treinta años, ignoró el saludo, pero solo unos segundos.

—Lope de Moreno y Camacho —correspondió al mismo tiempo que aceptaba el saludo del extranjero.

—Capitán Lope Moreno —lo rectificó la mujer—. Es uno de los más valerosos oficiales del reino —Lo aduló.

Andrew ya creía saber quién era.

—Presumo que su padre es don Joaquín Moreno —intentó sonsacarle Andrew.

Los ojos del hombre se oscurecieron todavía más.

—Lo fue —al hablar en pasado Andrew supuso que estaba muerto.

—Lamento entonces su pérdida.

El otro ya no respondió. Comenzó una conversación con la condesa que lo excluía, y Andrew decidió ir hasta los jardines para comprobar si las muchachas estaban bien.

Una vez en el jardín no las vio.

—¡Blanca, Mary! —las llamó.

Pero solo recibió silencio. Ojeó con atención cada rincón y banco del amplio jardín, pero no estaban. Decidido bajó los cuatro peldaños, y recorrió la arboleda, y el cenador. Entonces escuchó unas risas cerca del invernadero. El capitán Ronan Kelly hacía guardia en la puerta.

—Lord Beresford —lo saludó el oficial.

—Capitán Kelly —correspondió.

—Las muchachas están bien —le informó el hombre—. Lady Penword ha tenido un pequeño percance con la falda de su vestido, y lady Beresford está tratando de ayudarla.

—¿Os encontráis bien? —les gritó Andrew desde la puerta.

—Sí padre, ya salimos —salvo con los españoles, Andrew se comunicaba siempre en su lengua materna.

Las dos muchachas salieron unos minutos después.

—Perdone si lo habíamos preocupado —le dijo Blanca con una enorme sonrisa.

El corazón de Andrew se aceleró. Su hija era la más hermosa de todas las muchachas. La más dulce y obediente.

—Discúlpenos, tío Andrew —le dijo Mary—. Le hice sin querer un pequeño desgarró a la falda del vestido, y Blanca me ha ayudado a que no se note.

El rostro de su sobrina se veía atribulado.

—Yo las cuido, lord Beresford —le recordó el oficial inglés.

No era inusual que militares custodiaran a la delegación inglesa en los diferentes viajes diplomáticos que realizaba, pero él había insistido para que el capitán los acompañara. Le había pedido de forma personal que lo ayudara en el cuidado de su hija y de sobrina durante el viaje.

—Regresemos a la fiesta —Andrew le ofreció un brazo a cada una de las chicas, pero el capitán se le adelantó.

Le ofreció el propio a la sobrina que lo aceptó con una gran sonrisa.

—¡Casi había olvidado lo bien que huelen las flores de España! —exclamó Mary de pronto.

Andrew la miró con una ceja alzada.

—Has pasado más tiempo en Andalucía que en Portsmouth —la corrigió el tío, pero con voz

suave—. Dudo que hayas olvidado nada.

Mary se quedó pensativa. Sus veranos habían sido deliciosos en ese lugar que adoraba: Ronda. Todo había sido mágico e increíble hasta que cumplió los quince años y su padre decidió que ya había tenido suficiente. Desde entonces, las visitas a Andalucía se habían reducido al mínimo. Por eso, cuando su tío le ofreció viajar con él y con su prima Blanca a Sevilla, ni se lo pensó. Había estado a punto de no hacerlo por culpa de su viaje a Escocia, pero su madre había mantenido una larga conversación con su padre para que cediera en ese punto. El apoyo incondicional de sus tíos maternos había sido decisivo.

Renuente, Justin aceptó que su hija hiciera el último viaje antes de desposarse.

—Te gustará Silencios, prima —le dijo Blanca al verla pensativa.

—¿Se llama Silencios porque allí está prohibido hablar?

Habían llegado de nuevo al salón. La condesa de Agres fue directamente al encuentro de ambos.

—Mis beldades inglesas —les dijo sonriente—. Os quiero presentar a unas señoritas encantadoras.

Andrew pudo relajarse cuando vio con sus propios ojos que tanto Mary como Blanca se divertían, y que hablaban con naturalidad la lengua de las invitadas.

—Mañana a primera hora partiremos hacia Andalucía —le informó al capitán Kelly—. Después marcharemos a Barcelona —el hombre hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Que Taylor se prepare para quedarse en Sevilla.

Taylor y Bean eran dos jóvenes oficiales que acompañaban al capitán Kelly, y que protegían a la delegación inglesa en su viaje diplomático.

—¿Prefiere dejarlo en Sevilla a que nos acompañen a Barcelona?

—Quiero a las muchachas vigiladas —respondió Andrew.

Algo lo había inquietado, aunque no supo lo que era. El capitán hizo un gesto afirmativo y se marchó para informar al oficial. Andrew comenzó entonces una conversación con dos delegados de la embajada sin percatarse de unos ojos oscuros seguían cada uno de sus pasos. Mucho tiempo después, Andrew dejó de interesarle, y entonces clavó la ardiente mirada en su hija: el blanco perfecto para llegar al duque de Alcázar y vengar la muerte de su padre.

—Me pone nerviosa —susurró Blanca al oído de su prima.

Mary trató de ver quién la inquietaba, y entonces lo vio. Nunca había contemplado unos ojos que llameaban, y los de ese español lo hacían.

—Parece enfadado, o quizás interesado.

Las mejillas de Blanca se pusieron encarnadas.

—¿Qué murmuráis? —preguntó la condesa.

Ambas primas conversaban entre ellas en inglés.

—Le decía a mi prima lo guapa que está —y Mary lo decía en serio.

No había en el mundo una muchacha más bella que su prima Blanca.

—Será una mujer muy hermosa, pero a su debido tiempo.

Con esas palabras la condesa mostraba que Blanca era muy joven todavía, y que no era tiempo para frivolidades.

—¿Quién es ese señor de allí? —le preguntó Mary señalando un lugar en el salón.

—Muchacha, es una gran descortesía señalar con el dedo —la amonestó la condesa—. ¿Te refieres al capitán Moreno?



Mary sonrió. El apellido le quedaba como un guante porque era en verdad moreno: pelo negro, ojos del color del café, y la tez tan brillante como la piel de una aceituna. Le había escuchado decir esa palabra a su madre Aurora, y le gustaba especialmente.

El mencionado les daba la espalda a las mujeres que conversaban sobre él.

—Alguna vez me he imaginado el aspecto que tendría un apuesto bandolero, y compruebo satisfecha que el hombre de mi imaginación acaba de materializarse frente a mis ojos.

—¡Prima! —exclamó Blanca escandalizada.

Era más joven que su prima, pero no era tonta. Mary parecía que había visto una aparición.

—Me encantaría que me lo presentaran —dijo en voz muy baja.

—¿Qué murmuráis? —insistió la mujer que no comprendía nada de la conversación que mantenían ambas muchachas.

—Os recuerdo que es una grosería hablar en un idioma que nuestros anfitriones desconocen —dijo una voz masculina.

El capitán Kelly se posicionó al lado de las herederas como el guardián vigilante que era. Había terminado de dar el aviso a los dos oficiales para que se prepararan.

Cuando Mary giró el rostro para seguir observando al capitán español, ya se había ido. Soltó un suspiro melancólico. Era el hombre más apuesto que había visto nunca, el más interesante, y solo conocía de él su nombre y su rango.

## CAPÍTULO 3

Alonso de Lara, duque de Alcázar, miró a su cuñado inglés con el cejo fruncido. ¿Había mencionado a Lope Moreno? ¿Qué hacía el individuo en Madrid? ¿Y por qué su cuñado siempre veía conspiraciones cada vez que visitaba el reino?

—No creo que sea un asunto para preocuparnos —dijo el duque.

Andrew no lo veía de la misma forma: cualquier simpatizante carlista despertaba sus sospechas.

—Solo te pido que te mantengas alerta —terminó Andrew.

—¿Cuándo regresas? —le preguntó.

—Cinco días como máximo.

Alonso se quedó pensativo.

—Tenemos una cena en el palacio de Marinaleda el próximo viernes —le adelantó el cuñado.

Andrew soltó un suspiro largo.

—Declina la invitación extendida hacia Blanca.

El duque hizo un gesto negativo.

—Conocías el motivo del viaje de mi única sobrina.

Esa palabra “única” pesaba sobre su cabeza más que si sostuviera una rueda de molino. Blanca era una noble española con un rango demasiado importante, y unas obligaciones difíciles de ignorar.

—Quiero estar presente cuando lo inevitable suceda.

—Entonces suspende tu viaje a Barcelona.

—Ello no es posible.

—La cena tampoco.

Andrew miró a su cuñado con ojos entrecerrados.

—Estás disfrutando con todo esto, ¿verdad?

Alonso se giró un tercio.

—En el reino tenemos un dicho: se cree el ladrón que todos son de su condición.

Andrew tensó la espalda. El tiempo transcurrido no había mejorado la negativa opinión que tenían el uno sobre el otro.

—Prefiero estar presente cuando mi hija conozca a su futuro posible prometido.

A Alonso le hizo gracia esa definición.

—Solo tienes que anteponer tus deberes paternales sobre tus ambiciones políticas, y entonces podrás estar aquí para la cena.

Andrew sintió la necesidad de soltar una blasfemia, pero se contuvo, aunque la contención le duró un par de segundos.

—Eres un cabrón —le espetó de pronto.

Alonso ni se inmutó. A diferencia de su cuñado inglés, ninguna ambición política personal le haría perderse un momento tan decisivo para el futuro de uno de sus descendientes, como la unión de dos casas tan importantes para el reino como la de Lara y Marinaleda. Esa era la mayor diferencia que creía tener entre su cuñado y él, la familia, pero Alonso estaba muy equivocado.

—¿Cómo se encuentra mi hermana? —le preguntó mirándolo de tal forma que Andrew se sintió incómodo.

¿Pensaba su cuñado que él no era capaz de cuidar lo que más quería en el mundo después de su hija Blanca?

—Extrañándote, seguro que no —le espetó burlón.

Alonso cruzó las manos en la espalda.

—Si algo le ocurre, te haré responsable.

Andrew bufó al escucharlo.

—Está encinta, no al borde de la muerte —le soltó agrio—. Y por cierto que la animaría mucho ver a sus tres sobrinos.

Ahí estaba de nuevo la recriminación. Alonso no podía abandonar el reino cuando en el horizonte se gestaba una segunda contienda, sobre todo si la joven reina rechazaba el pretendiente que los carlistas deseaban para el reino.

—Estaré encantado de recibirla en Silencios.

Andrew terminó por soltar un suspiro largo. Su cuñado era el hombre más irascible de cuantos había conocido. Tenía una facultad especial para que la culpabilidad siempre recayera sobre el otro.

—Tu hermana es muy feliz en Inglaterra.

—Una afirmación que no tengo forma de corroborar.

Andrew se estaba cansando de su belicosidad, pero no pudo decir nada porque sus dos sobrinos pequeños hicieron su entrada triunfal en la biblioteca.

—¡Tío, tío! —exclamaron al unísono.

Andrew se arrodilló para abrazarlos. Eran dos muchachos encantadores. Alegres, extrovertidos, y tremendamente cariñosos, todo lo contrario del primogénito.

—Pero si estáis enormes —les dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

El hijo mayor de Alonso, entró a la estancia precediendo a su madre que se veía apresurada.

—Esperaba ver cuchillos clavados en las paredes —dijo el chico de diecinueve años con mirada sarcástica.

Alonso miró a su primogénito que hablaba con su tío inglés en ese idioma que tanto detestaba.

—En las paredes no, en mi espalda —apuntó Andrew que abrazó al muchacho con verdadero afecto—. Tu tía Rosa te envía su cariño.

Después le tocó el turno a Aracena que estaba más guapa todavía.

—¡Bienvenido a Silencios! —le soltó con ese brío que tanto le gustaba.

Andrew le besó la mano, pero ella hizo algo impulsivo, se lanzó hacia él, lo abrazó y beso en la mejilla de forma genuina.

—¡Cuánto nos alegramos de verte aquí!

—Merece la pena venir a Silencios solo para obtener este recibimiento.

Aracena se alegraba de verdad de tener a su cuñado y a su sobrina en el hogar de los Lara.

—Las chicas vendrán enseguida —le informó apurada—. Blanca sigue pidiendo a nuestro cocinero que prepare lo que más le gusta para que lo incluya en la cena —le explicó—. Dice que adora el olor a especias que desprende las cocinas de palacio.

Andrew soltó una carcajada.

—Estoy convencido de que vuestro jamón será el protagonista absoluto esta noche en la cena.

Aracena le hizo un guiño.

—Pues la tortilla, el escabeche y fritura, andan a la par.

Andrew se negaba a soltar las manos de su cuñada.

—Blanca adora vuestra forma de cocinar los alimentos —la excusó.

—Como buena cordobesa —apuntó Alonso para molestarlo.

—Tendrías que verla comer rosbif —trató de picarlo Andrew.

Pero Alonso no pudo responderle porque Blanca hizo su entrada en la biblioteca seguida de su

prima Mary.

—Padre —Blanca le sonrió y lo abrazó como si hiciera meses que no lo veía y no solo unas horas.

—Imagino lo duro que debe resultarte lidiar con eso —Alonso se refería a la costumbre de los españoles de mostrar cariño en público.

—No creas —admitió feliz—. Es la costumbre que más admiro de ustedes.

—Que un témpano de hielo diga algo así es en verdad sorprendente —replicó el joven Rodrigo en gaélico tras escuchar a su padre.

Andrew lo miró con censura.

—No hables un idioma diferente al de tu padre estando él presente.

—Lo hago para molestarlo —afirmó el joven—, y porque me divierte.

—Soy consciente, pero no es correcto, y, como tu tío, no puedo permitirte.

Rodrigo se abstuvo de seguir utilizándolo. Aceptó la corrección de su tío inglés. Durante la siguiente hora, Alonso continuó acicateando a su cuñado mientras Aracena miraba de forma censurable a su marido. Rodrigo se enfrascó en una conversación en inglés con sus dos primas, y prometió acompañarlas a la excursión que había programado la condesa de Besaya a la Alameda de Hércules.

Las muchachas se mostraron emocionadas a su llegada al palacio de Marinaleda porque era espectacular. Parecía que era de día por las farolas de gas que iluminaban cada estancia y rincón. Aracena les había explicado anteriormente que solo los más pudientes nobles sevillanos podían permitirse tantos faroles. Con su habitual ironía, Rodrigo les mencionó que, si su padre no fuera tan rácano, Silencios también podría presumir de esa tendencia. Aracena lo miró seria, pero el muchacho siguió en su actitud despreocupada.

Alonso de Lara se encontraba conversando con el duque de Marinaleda que tenía frente a él una actitud cordial. Se notaba que ambos nobles compartían una amistad de años atrás.

Aracena vigiló a sus hijos pequeños. Finalmente, no los habían dejado en Silencios porque la cena se consideraba un evento familiar. Cuando vio que Daniel cogía una copa de vino para llevársela a los labios, se disculpó con Blanca y con Mary, y caminó directamente hacia ellos.

Cuando las muchachas se quedaron a solas, Blanca mostró lo nerviosa que se sentía. Solo delante de su prima Mary podía relajarse.

—Es de una grosería imperdonable que el heredero de Marinaleda no haya llegado todavía —la voz de Mary resultó crítica.

—Lo prefiero —confesó Blanca—. Creía que estaba preparada para esto, pero me he dado cuenta de que no es así.

Mary podía imaginarlo. Era la primera vez en dieciséis años que Blanca iba a contemplar el rostro del hombre al que la habían prometido. Lo único que sabía de él era que era cinco años mayor que ella, del resto, nada de nada.

—Le llevas cierta ventaja —le dijo Mary muy pensativa—. Conoces su lengua, pero él no conoce la tuya.

—¿Y qué ventaja es esa?

—Nunca podrá hablar mal de ti sin que te enteres —Blanca parpadeó sin comprenderla—. Cada vez que le hablaba a Ian, mi prometido, me respondía en gaélico, ignoraba si me insultaba o halagaba —le explicó—. Hasta que mi padre me obligó a aprender su lengua.

—¡Ahhh! ¿Pero hablabas con él? —se burló la prima.

Mary entonces sonrió, y soltó una pequeña carcajada que atrajo la atención del capitán español.

A pesar de la distancia, observaba con enorme cautela y de forma cuidadosa a la extranjera que había llamado poderosamente su atención en Madrid. Si la sobrina del duque era guapa, la prima lo era a rabiar. Lope nunca había conocido a una mujer con el cabello de fuego y los ojos de plata. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para centrarse en su misión, de lo contrario, la tendría ya en el jardín recibiendo todo lo que le gustaría darle: comenzando por esa boca que deseaba devorar.

La llegada de León Hidalgo acompañado de un séquito, logró un revuelo entre los invitados. El joven llevaba más compañía que la propia reina.

Blanca se encontraba de espaldas, y se obligó a no volverse. No iba a darle la satisfacción al cretino de que viera su sorpresa por su pomposa llegada: era su forma de pagarle el desplante de su ausencia cuando ella llegó a Marinaleda.

—De verdad que admiro tu control —le dijo Mary.

Ella se moriría de la impaciencia, pero Blanca estaba hecha de hierro forjado. El heredero caminó directamente hacia su padre y el duque de Alcázar, les presentó sus respetos a ambos, y Alonso le hizo un gesto hacia el lugar donde estaban las dos primas. Vio que caminaban directamente hacia ellas.

—¿Estás preparada? —le susurró Mary a su prima.

Blanca tomó aire profundamente.

—No, pero lo estaré.

Mary se preguntó cómo hacia ella para controlarse tan bien. La vio cerrar los ojos, tensar la espalda, y limpiarse las manos en la tela de su vestido de forma tan sutil, que nadie se dio cuenta salvo ella que estaba justo a su lado.

—Blanca —la llamó su tío—, deseo presentarte a alguien.

Mary se dedicó a observar al individuo con atención. Era bastante más bajo que el duque, y tenía el cejo fruncido en un gesto que le desagradó. La nariz aguileña y los labios finos dotaban a su expresión de una cierta crueldad. Blanca entonces comenzó a girarse muy lentamente, pero la miró a ella durante un segundo, y Mary vio que sus ojos eran tan fríos como los gélidos inviernos de Inglaterra. Casi le provocaron un escalofrío.

Ninguno se esperaba que ella comenzara a hablar con su tío en inglés. Alonso se quedó parado y sin capacidad de reacción. Rodrigo, su hijo mayor, acudió en ayuda de la prima. Sabía que a su hijo le divertía que Blanca hubiera decidido desairar al heredero de Marinaleda hablando en su idioma paterno, y se preguntó el motivo.

—Yo haré de traductor para mi prima —se ofreció el joven.

Alonso de Lara era un hombre curtido en batallas y experiencia. Que su sobrina, la correcta y dócil Blanca, hubiera decidido hablar en inglés, lo descolocó, pero supo valorar que sucedía algo que escapaba a su control. Hablaría después con ella y le pediría explicaciones, pero en ese momento supo que tenía que mostrar condescendencia, aunque le costaba un verdadero esfuerzo.

Hizo las oportunas presentaciones en español sin atender el ofrecimiento de su primogénito.

Mary estaba admirada. La postura de Blanca, su mirada impasible y su rostro adusto, provocaban turbación. Si León de Hidalgo pretendía con su premeditada tardanza molestar a su futura prometida, lo había logrado con creces. Blanca se limitó a hacer gestos casi imperceptibles con la cabeza, pero no le dirigió al hombre ni una sola mirada directa. Rodrigo comenzó a hablar con su prima Blanca en inglés mientras el duque apretaba los labios enfadado. Tras las presentaciones, ambos duques dejaron a los muchachos un margen de espacio para que hablaran

entre ellos.

Mary se encontró mirando el rostro de Rodrigo y el de León de forma alternativa, porque Blanca se mantenía en un completo mutismo. Después de transcurridos unos minutos, el heredero de Marinaleda se disculpó, y se giró rápido para marcharse. No había caminado ni cuatro pasos cuando Rodrigo soltó una carcajada contenida.

—Esto va a costarte una corrección en toda regla —le advirtió Blanca al muchacho que no dejaba de reír.

A Rodrigo no le importaba lo más mínimo.

—Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto de una velada.

Blanca optó por mantenerse callada. Aracena llegó hasta ellos que se había perdido las presentaciones.

—Rodrigo —le dijo a su hijo mayor—. Ve a controlar a tus hermanos porque ya no tengo paciencia. Los he dejado en el jardín. Al menos allí no molestan tanto.

—Solo a mi padre se le puede ocurrir traer a dos críos a una cena formal.

—Precisamente por eso —respondió la madre—. Obedece —lo instó.

—Está bien, ya voy —se quejó el joven—: pedirle al zorro que vigile a las gallinas, ¡ja!

Aracena parpadeó al escuchar a su primogénito.

—Tu padre no puede llamarlos al orden porque se encuentra atendiendo asuntos de suma importancia —le explicó la madre, pero Rodrigo ya se había dado la vuelta hacia el jardín.

—¡Blanca! —la llamó Mary.

A la chica le preocupaba enormemente su silencio.

—Disculpadme —dijo entonces la muchacha y corrió para alcanzar a Rodrigo.

Necesitaba respirar aire porque dentro de la estancia se ahogaba.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Aracena alarmada al ver la huida de su sobrina hacia el jardín.

—Que el flamante prometido es un pomposo cretino maleducado —fraseó Mary yendo tras su prima con paso rápido.

Aracena se quedó sola y preguntándose qué diantres había sucedido en las correspondientes presentaciones que se había perdido.

—Perdóneme —le dijo una voz de hombre.

Mary iba tan ensimismada pensando en su prima, que no se había dado cuenta del hombre con el que había tropezado.

¡Era el bandolero! Capitán, rectificó mentalmente.

—Iba distraída —se disculpó ella a su vez.

El militar seguía sosteniéndola por los brazos.

—¿Se encuentra bien?

No, Mary no se encontraba bien en absoluto, pues al contacto del extranjero todo su cuerpo se puso alerta: se le secó la garganta, se le aceleró el corazón.

—Sí, de verdad...

Y no se dijeron nada más. Simplemente se miraron como si no hubiera nadie más en el salón. El bandolero... capitán, era un poco más alto que ella, pero tan apuesto que le quitaba el aliento. El traje militar le sentaba como un guante porque remarcaba cada movimiento de sus brazos y piernas. Mary no supo el tiempo que se quedaron mirándose el uno al otro, pero, de repente, Alonso de Lara estaba situado junto a ella. Un paso por detrás estaba Aracena que conversaba con

una señora que ella no había visto nunca: la mujer la había interceptado antes de llegar hasta ellos.

—¿Has visto a Blanca? —le preguntó el duque, pero sin mirarla.

Sus ojos no se apartaban del rostro del capitán. Mary no se percató, pero Alonso había tomado su mano y la colocó sobre su brazo en un gesto protector que resultó indiscutible para el militar. La obligó a dar un paso hacia atrás, y el oficial tuvo que soltarla, seguidamente se disculpó. Ni se había dado cuenta que seguía manteniendo contacto con ella. Había sido mirarla y quedarse clavado al suelo sin poder reaccionar.

—Blanca, sí —pudo contestar ella que seguía en una nube—. Iba tras ella cuando he tropezado.

—Capitán —escuchó decir al duque—. Es una sorpresa verlo en Sevilla.

Si Mary no hubiera estado tan impactada, se habría percatado de la mirada de odio que le ofreció el militar el noble.

—Ya me he disculpado por el tropiezo —no dijo nada más.

Continuó adelante sin despedirse.

Aracena lo había observado todo desde una distancia prudente. Estaba claro que Mary se había quedado prendada del oficial pues se había quedado paralizada, lo mismo le había sucedido a él. Ella reconocía los síntomas de una atracción inmediata porque los había sufrido en carne propia con Alonso. Y su esposo había reaccionado de una forma demasiado protectora, y se preguntó el motivo. ¿Había sido solo un tropiezo, o había sido intencionado por parte del capitán?

—Vamos a buscar a Blanca pues necesito hablar con ella —le dijo el duque.

Aracena se quedó en la sala viendo la partida de su marido y de Mary.

## CAPÍTULO 4

### *Rutvencastle, Escocia*

Serena McGregor miraba a su padre con ojos furiosos. La última discusión entre ambos hacía temblar los muros del castillo, pero ninguno de los dos reculaba en su postura. Ella le había pedido permiso para visitar Inglaterra, y el laird se lo había negado, además de forma tajante, lo que había alimentado su animosidad. Desde hacía meses, las discusiones entre padre e hija eran el pan nuestro de cada día, pero al laird no lo conmovía los gritos de su hija, ni las miradas reprobadoras de la madre.

Brandon se dijo que Serena no iba a salir de Escocia, y ambas tenían que aceptarlo de una vez.  
—Me escaparé —le gritó la muchacha en español.

—Y regresarás con un azote en cada paso —la amenazó el padre en gaélico.

—¿Por qué no puedo visitar a mis primos, a mis tíos? ¿Por qué tengo que consumirme aquí en vida? ¡Odio este lugar! ¡Lo odio a usted! —vociferó.

Brandon apretó los labios con cólera. La última visita que había hecho Serena a Crimson Hill le había supuesto el mayor disgusto de su vida pues la había pillado besándose con su primo Roderick. ¡Era una insensata! ¡Una desvergonzada! Y él tenía que arrancar de raíz esa rebeldía.

—Brandon... —la voz de Marina logró que el hombre desviara la mirada de la hija a la esposa.

Hizo un gesto para que guardara silencio.

—Todo esto es culpa tuya —la acusó.

Marina bajó los párpados herida. Ella no era culpable del acoso y control que Brandon ejercía sobre Serena. Todo lo que evocara a España, estaba prohibido en Rutvencastle para ellas.

—Eres tremendamente injusto con las dos —le espetó Marina con los ojos llenos de lágrimas. Últimamente lloraba por todo.

—La has consentido tanto que la has echado a perder —le recriminó seco.

—Sabes que eso no es cierto —se defendió la mujer.

—Pero ha llegado el momento de que aprenda a comportarse y actuar como una escocesa.

Serena lo escuchó y comenzó a gritar.

—¡No soy escocesa! ¡Soy cordobesa!

Brandon comenzó a dar un paso hacia ella con el rostro demudado por la ira. En otra muchacha, ese gesto intimidante habría bastado para silenciarla, pero Serena era igual de terca, irrazonable, y belicosa que su padre.

—Brandon, no —lo llamó Marina creyendo que iba a golpearla.

Pero él no lo hizo a pesar de los deseos que sentía de hacerlo. Sujetó a su hija por el brazo y medio la arrastró fuera del salón.

—Vas a pasarte los próximos días encerrada en tu habitación —la amenazó.

—¡Saltaré por la ventana!

—Tapiaré la ventana!

—Quemaré la puerta!

—Construiré diez...

Marina cerró los ojos y se dejó vencer por el desaliento. No había paz en Rutvencastle, y se sintió culpable por ello. Seguía escuchando a Serena que gritaba cada vez más fuerte. Oyó el



portazo, y la blasfemia de Brandon al cerrarle ella la puerta en las narices. Serena era así de temperamental. Su padre la recluía en su dormitorio, y ella actuaba como si esa idea fuera de ella y no de él. El golpazo de la puerta había sido muy elocuente.

—¿Qué sucede aquí?

Marina se giró al escuchar la voz, y soltó un pequeño grito al ver a Ian. Había estado tan centrada escuchando la discusión de su hija con Brandon, que no lo había oído entrar en el salón.

—¡Mi niño, has regresado! —la mujer ni se atrevió a moverse.

Se llevó la mano a la boca, y comenzó a llorar con desconsuelo.

—¡Madre! —Ian soltó la valija que sostenía en la mano, y corrió hacia ella para abrazarla y ofrecerle consuelo.

¡Llevaba dos años sin verla!

Los dos escucharon perfectamente las órdenes de Brandon en las cuerdas para que le ensillaran una montura, minutos después, oyeron su marcha furiosa desde el patio a un destino desconocido. Siempre que Brandon se encontraba furioso salía a cabalgar.

—¡Ian! ¡Pero qué guapo estás! —exclamó la madre emocionada.

Marina se separó un poco para mirarlo mejor. Tenía un bonito color dorado en la piel. El cabello rubio casi blanco le llegaba por los hombros. Parecía más curtido y había ganado peso. Era el hijo más apuesto del mundo, el más obediente, el más cariñoso...

—¡Cómo me alegro de verte!

Ian la abrazó con tanta fuerza que casi le parte las costillas. La había extrañado tanto. La quería con toda su alma, y su madre lloraba. Sabía quién era el culpable, y se enfureció. Su padre no había cambiado nada en esos dos años que él había estado fuera.

—¿Por qué se gritaban mi hermana y mi padre?

Marina lloró todavía más fuerte. Hasta la marcha de Ian, no se había dado cuenta de cuánto lo necesitaban en Ruthvencastle.

—Serena quiere visitar Inglaterra, pero tu padre no se lo permite —pudo responder al fin.

Ian llevó a su madre al sillón y la obligó a tomar asiento. Marina se resistió porque no quería parecer débil, pero estaba muy cansada de lidiar con un escocés terco, y con una hija más terca todavía.

Ian tocó la campana del servicio, pero nadie acudió a la llamada.

—Tu padre despidió a Ralph y a Emy hace seis meses.

Ian no podía creérselo.

—¿Por qué? —casi gritó.

Marina necesitaba un pañuelo para secarse el rostro, y su hijo se lo facilitó. Se pasó el suave tejido por los ojos, y se limpió la nariz.

—Como un castigo a Serena.

El hombre tuvo que tomar asiento para digerir la noticia. Ruthvencastle no era un castillo excesivamente grande, y por eso no necesitaban la asistencia de muchos sirvientes, pero despedir a la cocinera y al mayordomo era de una estupidez supina.

—Solo somos tres... —trató de justificarlo ella.

—Siento haberme ido —se lamentó el hijo.

La mujer lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—¡No! ¡Por Dios, Ian! ¿Cómo dices algo así? Era el viaje de tu vida —le recordó ella—. Y me alegro de corazón de que lo realizaras.

—Pero os dejé solas —Marina volvió a estallar en llanto. El aire en el interior del castillo se había vuelto irrespirable—. ¿Por qué mi padre se niega a que Serena visite Inglaterra?

Y después de unos momentos, Marina comenzó a relatarle la difícil relación que existía entre padre e hija. Le habló de la decisión de Serena de marcharse de Escocia y de vivir en Zambra con el tío Lorenzo. Le habló de su enamoramiento del primo Roderick Penword. De la necesidad de su hermana de ver mundo, de disfrutar la vida lejos de los muros de Ruthvencastle, y de la decisión de Brandon de cortarles las alas e impedirselo.

—Son tan iguales —dijo Marina—, que es imposible la convivencia natural entre ellos.

—¿Serena está enamorada del primo Roderick?

Ian estaba estupefacto.

—Tu padre los encontró besándose en Crimson Hill —Ian tomó aire de forma profunda y lo soltó después poco a poco—. Le aconsejé que lo dejara estar, que era solo un encaprichamiento pasajero, pero se lo tomó de la peor forma posible, y desde entonces no la deja salir de Ruthvencastle.

—¿Cuándo ocurrió eso?

Marina hipó.

—Cuando te despedimos en Portsmouth y decidimos pasar unos días en Crimson Hill con tus tíos y primos.

De eso hacía dos años, pensó Ian. Sus padres lo habían acompañado a Inglaterra cuando él decidió aceptar la invitación de Arthur Beresford para visitar las colonias. El tiempo que había pasado en esa tierra tan diferente había sido el mejor de su vida.

—¿Serena ha estado aquí encerrada dos años? —preguntó atónito.

—He tratado de convencerlo de que nos mudemos a Edimburgo, pero tu padre no quiere ni oír hablar del tema.

Eso era algo que no podía comprender Ian. La familia McGregor poseía una casa increíble en la ciudad de Edimburgo con todas las comodidades, pero su padre se empeñaba en vivir en Ruthvencastle, un decrepito castillo que adolecía de la mínima confortabilidad.

Era la mejor prisión para un adolescente.

—Hablaré con él.

Marina volvió a estallar en llanto. Estaba cansada, enfadada y deprimida. Vivir en Ruthvencastle le agotaba las energías y la llenaba de pesadumbre. Los inviernos eran eternos. ¿Acaso no se daba cuenta Brandon de lo que significaba para Serena ese encierro obligado?

—Tu hermana se alegrará mucho de verte —pudo decir la mujer.

—Le prepararé un té —se ofreció Ian.

—Mi niño, qué dices —soltó Marina con una gran sonrisa—. Yo lo haré, y mientras tanto, ve a ver a tu hermana. Ni te imaginas cuánto te ha extrañado.

Ian tomó las manos de su madre entre las suyas y se las besó. Si Marina no hubiera llegado a su vida, él habría preferido estar muerto. Tenía casi veintiocho años, pero ella seguía llamándolo su niño.

—Iré a ver a Serena.

—Yo os subiré el té.

Ian crujió los dientes. Le molestaba ver a su madre de criada. Muchas cosas iban a cambiar en Ruthvencastle desde ese momento, se lo juró así mismo, y pensaba cumplirlo.

Serena trató de calcular la altura desde la ventana hasta las piedras del suelo del patio. Si fallaba, la caída le podría costar la vida, pero estaba decidida. Iba a abandonar ese lugar horrible y que tanto detestaba. Si su padre creía que podría mantenerla encerrada de por vida, se

equivocaba. Escuchó el cerrojo y se giró con el rostro contraído por la furia creyendo que el que abría la puerta era el culpable de su encierro. Si su padre creía que su ánimo había mejorado, iba a llevarse una sorpresa, se dijo la joven. La puerta se abrió, pero no fue su padre quien cruzó por ella sino su hermano Ian. Se quedó pasmada y sin habla. Habían pasado dos largos y angustiosos años desde la última vez que lo vio. Estaba más guapo que nunca, y todas las miserias pasadas durante esos largos meses en los que había estado ausente, la golpearon con inesperada furia.

—Hola, hermanita.

Ella no se movió ni respondió. Necesitaba un tiempo para asimilar que Ian estaba de regreso. Su hermano había sido el muro que contenía a su padre: el refugio que las protegía y defendía de su mal carácter, pero se había ido. Las había dejado solas a merced de un amargado, y toda la ira acumulada salió por su boca con un ronco grito de furia.

Caminó hacia él, pero no para darle la bienvenida que el otro esperaba, sino para cobrarse justicia. Cuando llegó hasta donde estaba su hermano parado esperando un abrazo, le soltó un bofetón. Ian le sujetó la mano porque su hermana estaba ciega de venganza, de profundo dolor, y de un sentimiento auténtico de abandono que le golpeó el corazón con brutalidad inesperada.

—¡Desgraciado! —lo insultó.

—¡Serena, cariño, he regresado! —fue escuchar su nombre en labios de su hermano, y estallar en llanto.

Ian la abrazó fuerte como momento antes había abrazado a la madre, pero la hermana era mucho más difícil de contentar. Serena lo empujó, y él pudo ver desesperación en su mirada verde.

—¡Te detesto casi tanto como a él!

—Puedo imaginarlo —trató de calmarla—, pero no soy culpable.

Serena lo miró atónita. Si él no se hubiera marchado, si no las hubiera dejado solas y a merced de un irascible, huraño e intratable laird, ellas no habrían sufrido tanto.

—Claro que eres culpable —le espetó amargada—. Conocías su mal carácter, su arrogancia innata, y su ansia malsana por mantenernos recluidas, y nos abandonaste —le recriminó—. Claro que eres culpable —reiteró.

—No hables así de nuestro padre —al intento masculino de sujetarle las manos, Serena se las apartó ofendida. ¿Creía su hermano que con un gesto de cariño podría borrar meses de injusticias?

Ian jamás podría imaginarse lo destructivo que era el laird de Ruthvencastle.

—Se ha portado horrible con nosotras —le espetó—. Ni te imaginas el tormento que nos hace padecer a diario a madre y a mí.

—Padre tiene un carácter difícil —admitió el hermano—, pero le debemos respeto.

Serena puso las manos en jarras y lo miró tan sorprendida que apenas podía pronunciar palabra. ¿Respeto? El respeto no se exigía, sino que se ganaba.

—Hoy hace tres meses que murió el abuelo Álvaro, y no le ha permitido a madre asistir a su entierro, ni que pueda encontrar consuelo junto al tío Lorenzo. Madre pena su pérdida en silencio, yo deseo consolarla como se merece, y no me lo permite —Ian escuchó a su hermana y el corazón le bajó a los pies porque su padre era capaz de todo eso y más—. Quiero acompañar a madre a España para que le dé un último adiós a su padre, pero el nuestro no permite que honremos su pérdida como se merecía el conde de Zambra.

Ian tomó aire porque no se esperaba la noticia de la muerte del abuelo Álvaro. Había sido una noticia demoledora. El corazón se le encogió de pena.

—Lo ignoraba —respondió afectado.

—Claro que lo ignorabas, bien lejos que estabas de toda esta miseria en la que nos dejaste

cuando te fuiste.

Ian optó por darle la espalda a su hermana porque necesitaba recomponerse. Quería a su abuelo, al tío Lorenzo. ¿Por qué motivo su padre actuaba de forma tan irrazonable?

—De verdad que no creía que os tratara tan mal pues tengo muy claro que os adora. ¡Me cuesta creer que se muestre tan extremista!

Serena bufó con mal humor.

—¿Qué nos adora? —casi gritó la muchacha—. Desde tu marcha, madre dejó de cantar, ¿sabes lo que eso significa?

Ian la miró atónito.

—¿Nuestra madre ya no canta?

Ruthvencastle florecía al sonido de su aterciopelada voz. A los dos les encantaba que los despertara por las mañanas con una canción. Marina del Valle tenía una voz prodigiosa. Oírla cantar era lo más bonito del mundo.

—Ni canta, ni habla en su lengua materna —siguió informándole—. Se consume en este infierno escocés.

Ian terminó por soltar un suspiro. En verdad Ruthvencastle podía asemejarse al infierno para una chica de la edad de su hermana.

—¿Por qué has regresado? Seguro que no es por nosotras —le recriminó la hermana.

—He regresado para casarme —respondió conciso—: para cumplir con el terrible castigo de mis esponsales.

—Ya me parecía a mí que madre y yo no estábamos en las prioridades de tu vuelta.

Serena soltó un improperio más acorde a un marinero borracho que de una muchacha educada.

—No me extraña que padre se enoje contigo con esa lengua de verdulera que muestras.

Serena no se enojó por la crítica. Se alegraba de ver a su hermano, pero seguía muy dolida por su marcha.

—Ahora que has regresado, tienes que convencer a padre para que nos deje marchar a Andalucía.

Las cejas de Ian se alzaron en un arco perfecto.

—Como si fuera a hacerme caso —la hermana masculló fuerte. Si ella fuera su hermano, su padre tendría que entrar en razón. ¡Lo obligaría!—. Pero hablaré con él porque su actitud muestra una completa falta de consideración hacia la pena de madre.

Ahora soltó un suspiro largo, pero no pudo decir nada porque la madre llegó con una bandeja que contenía té y pastas. Ian la alcanzó en dos zancadas y la ayudó sujetando la bandeja con las manos. La llevó hasta la mesa y la dejó allí. Cuando se giró, Marina le sonreía de oreja a oreja. Estaba encantada de tenerlo de vuelta. ¡Tenía tanto que decirle!

—Quiero que nos cuentes todo sin dejarte nada.

Serena seguía enfadada, pero tenía que admitir que se moría por escuchar las aventuras de su hermano en esas tierras tan lejanas. Y pasaron el resto de la tarde escuchando cada detalle de la narración que Ian les facilitó.

## CAPÍTULO 5

La madre lo había recibido con un abrazo y lágrimas, la hermana con una bofetada e insultos, y el padre con un mutismo que le resultó hiriente. Le estrechó la mano con fría indiferencia, y que le dejó un mal sabor de boca. El laird de Ruthvencastle se había opuesto a que su primogénito se marchara, y que pospusiera el enlace con lady Penword, pero él había aceptado la súplica de los padres de ella para darle a su prometida un poco más de tiempo. Mary solo tenía dieciocho años, y él podía comprender el desasosiego de los padres, entonces Arthur Beresford, el tío de Mary, le ofreció la oportunidad de marchar a otro mundo y conocer nuevas culturas, Ian no se lo pensó, y cuando comunicó su decisión en Ruthvencastle, su padre se opuso con todas sus fuerzas, pero el laird olvidó que era mayor de edad, y su hijo se mantuvo firme en su decisión de marcharse. Entonces Brandon le negó el dinero que necesitaba para hacer el viaje creyendo que así lo disuadía, sin embargo, su amada madre se lo dio de su propia herencia, algo que jamás iba a olvidar. Si Marina no dispusiera de su propio dinero, se habría quedado con las ganas de visitar las colonias.

La primera cena de su vuelta a casa había sido larga, fría, llena de reproches silenciosos, y de miradas censurables.

Cuando su madre y su hermana se marcharon a la cocina para recoger la vajilla de la cena, Ian clavó los ojos en su padre de una forma dura. Lo respetaba muchísimo, jamás le hablaría mal, pero muchas cosas tenían que cambiar en Ruthvencastle ahora que había regresado.

—¿Podemos hablar a solas? —le preguntó.

Brandon hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y ambos hombres se levantaron de la mesa. Ian siguió a su padre por el oscuro pasillo hasta la biblioteca. Tomó asiento cuando se lo ofreció. Durante varios minutos estuvieron en silencio observándose mutuamente.

Ian tomó aire, y finalmente habló.

—Serena me ha contado la muerte del abuelo.

—No era tu abuelo.

La sequedad en la respuesta la esperaba.

—Álvaro del valle ha sido más familia para mí de lo que fue usted en mi niñez y juventud —le soltó sin un parpadeo.

Brandon no varió su postura rígida tras el escritorio. La biblioteca del castillo hacía las veces de despacho, zona de costura, y lectura.

—Mal empezamos —le advirtió Brandon.

—¿Pero a usted le parece bien que madre haga de criada? ¡Es vergonzoso!

—Ella es la única culpable de que despidiera a Ralph y a Emy.

—¿Cómo puede madre tener la culpa de que tomara una decisión tan injusta?

—Ralph y Emy tapaban cada escapada de Serena —le explicó—. Cada travesura y picaresca, y eso terminó en el despido de ambos.

—Pues entonces madre no tuvo nada que ver —contestó seco.

—Conspiraba con ellos para actuar a mis espaldas.

El hijo miró al padre con atención. ¿A qué conspiración se refería? Pero lo dejó estar de momento. Ian no sabía muy bien cómo abordar el tema de Serena.

—Mi hermana es una muchacha joven que necesita amigos, diversión, y no estar encerrada en estas frías paredes.

—Tu hermana necesita vigilancia constante y corrección continua —le replicó seco—. Tiene

un carácter irascible, indecente en una señorita de su edad.

—Pero no es justo para ella que la mantenga encerrada aquí —siguió Ian.

Brandon apartó un papel de la mesa con ademán despectivo. Él, era un hombre que cumplía las normas, que se regía por ellas, y su hijo había descuidado la más principal para él: el honor de cumplir una promesa. Había decidido hacer un viaje que desaprobaba, y Marina lo había apoyado. Incluso le había facilitado el dinero para que se marchara, y él no pensaba perdonar esa injerencia en su responsabilidad como cabeza de familia. Afortunadamente, había descubierto a tiempo que Serena iba a seguir los pasos de su hermano mayor marchándose a España, y que su madre no iba a hacer nada por corregir esa conducta impropia.

Brandon había decidido actuar al margen de lo que pensarán la una y la otra.

—Tu hermana aprenderá a comportarse como una auténtica escocesa —afirmó Brandon sin pestañear—. Aprenderá a amar su herencia.

Ian disparó a matar.

—Serena no es escocesa —le recordó muy despacio—, y no puede amar algo que le ha enseñado a odiar —Brandon entrecerró los ojos al escuchar a su hijo.

—¿A qué te refieres?

—A esto —Ian hizo un gesto con la mano señalando el castillo—. ¿Cómo puede mi hermana amar lo que yo tanto desprecio? Y he nacido aquí.

—¡Ian! —exclamó Brandon levantándose de golpe.

Se había extralimitado, pero no reculó.

—Mi hermana adora el sol español. Las tardes cálidas en Andalucía. Ama la alegría de los cordobeses. Su forma de ver la vida y de disfrutarla. ¿Cómo puede pretender que ame esto y deteste aquello?

—Porque es una McGregor —respondió el padre muy serio.

—Su corazón está muy lejos de serlo —afirmó rotundo—, y me duele que lo ignore porque así solo conseguirá separarla de nosotros.

—Por eso jamás volverá a pisar tierras extranjeras.

—Se equivoca en la forma de tratarla, padre.

Entre los dos hombres se suscitó un silencio largo y pesado.

—No te permito que me des lecciones —le advirtió—. Como vuestro padre, tengo la responsabilidad de velar por vosotros. Merezco respeto y obediencia.

—Tiene nuestro respeto —le dijo Ian—, pero la obediencia es cuestionable cuando no hace nada para mejorar nuestra calidad de vida —Brandon apretó los labios. Era consciente que su hijo se refería a obligarlos a vivir en Ruthvencastle, una propiedad en el norte alejada de todo—. Tenemos una casa con todas las comodidades en Edimburgo, pero obliga a madre y a Serena a vivir aquí, en este castillo horrible.

—Este es el hogar de los McGregor —respondió con voz dura—. Aquí Serena aprenderá a no ser frívola ni coqueta. Aprenderá a valorar el trabajo duro, a respetar su herencia. Si le permitiera vivir en Edimburgo, se convertiría en una de esas muchachas despreciables que solo viven para la moda y los eventos sociales.

—Mi madre y hermana son damas que se merecen vivir con todas las comodidades posibles. Es nuestra obligación proporcionárselas.

Brandon seguía de pie.

—Pues esto es lo que he decidido, y lo que seguiré manteniendo.

Ian decidió levantarse, mirar de frente a su padre, y no dar un paso atrás.

—No voy a permitirselo.

Brandon se quedó pasmado. ¿Su hijo no iba a...?

—¿Y cómo piensas impedirlo?

Ian había pensado mucho sobre su futuro, sobre todo porque él no disponía de herencia ni propiedades, tenía estudios gracias a su madre que le había pagado la universidad con su propio dinero. Brandon se había opuesto a que él estudiara en Inglaterra, pero Marina había sido su hada madrina en todo. Gracias a su preparación universitaria podría trabajar, y así mantener a la que iba a ser su futura esposa. Había hablado con los padres de ella antes de embarcar a América y de concederle a la muchacha los dos años de gracia.

—Viviré un tiempo con lady Penword en Crimson Hill, y cuando disponga de algo de dinero, me llevaré a madre y a Serena conmigo.

Brandon soltó una potente carcajada.

—¿Crees que voy a permitirte?

Ian tensó el mentón.

—¿Piensa que puede impedírmelo?

—¡Por supuesto!

Ian miró a su padre como si lo viera por primera vez. Su infancia había sido muy desgraciada hasta la llegada de Marina a Ruthvencastle. Había sido maltratado por su propia abuela. Despreciado por su padre. ¿De verdad pensaba que se iba a quedar de brazos cruzados viendo cómo las maltrataba? Marina y Serena eran su luz en el horizonte. Lo único bueno que le había dado ese arrogante al que tenía por padre.

—Mi madre no se merece vivir como una criada ni mi hermana como una esclava.

Brandon entrecerró los ojos.

—Dudo mucho que puedas vivir en Crimson Hill cuando no tienes esposa ni vas a tenerla — Ian miró a su padre con sorpresa—. Tu prometida no se encuentra en Inglaterra sino en la corte de Madrid. Dudo mucho que cuando vuelvas a verla sea la doncella prometida que esperas.

Esa era una información que no se esperaba.

—¿Lady Penword se encuentra en España?

—Su padre es un pusilánime que le consiente todos los caprichos, como este último viaje antes de tu regreso, quizás con la intención de no volver a verte.

Su padre lo hería a propósito.

—Comprendería que Mary no quisiera casarse.

—Aun así, esperas vivir a costa de su fortuna, de ser su mantenido.

Ese había sido un golpe bajo.

—De verdad que no le reconozco —Ian le dio la espalda a su padre.

Tomó y descartó opciones. Tenía que sacar a su madre y a su hermana de Ruthvencastle, pero para ello necesitaba dinero. La boda con Mary le podría dar un respiro económico, pero él no quería ser un mantenido como había afirmado su padre.

—Tengo que viajar a España —susurró Ian, pero Brandon lo había escuchado.

—Desde ya te informo que no vas a obtener una libra mía para hacerlo.

A la vista estaba que Brandon no le había perdonado a su hijo que se marchara a América, y que hubiera estado ausente dos largos años. Ian se giró muy despacio. Cuando clavó sus ojos verdes en los de su padre, lo miró con hondo desprecio.

—Mi tío abuelo es duque de Arun, mi primo es marqués de Greenthorn, además tengo un tío materno que es el actual conde de Zambra, ¿de verdad piensa que aceptaría sus miserables libras?

Brandon rechinó los dientes al escuchar a su hijo. Él, despreciaba el apellido Penword. Odiaba Inglaterra, pero mucho más el reino de España. Si su hijo aceptaba la ayuda de alguno de

ellos, podría despedirse de ser un McGregor porque pensaba desheredarlo.

—Si sales de Ruthvencastle, no regreses jamás.

Ian lo miró estupefacto. ¿Qué le había sucedido a su padre para ese cambio tan brutal con respecto a él? ¿Con respecto a todo?

—Saldré de Ruthvencastle, pero con madre y con Serena.

—Me tendrás enfrente como un adversario implacable —le advirtió el otro sin un parpadeo.

Ian tragó la saliva espesa que se le había acumulado en el cielo de la boca por el mal momento que estaba pasando.

—Siempre lo he tenido enfrente —le recordó—. Siempre un enemigo alerta, en lugar de un padre cariñoso.

—Si sales de Ruthvencastle, no regreses jamás —reiteró.

Brandon dio la conversación por concluida.



## CAPÍTULO 6

Justin se sorprendió de ver al prometido de Mary en la biblioteca de Crimson Hill a primera hora de la mañana. ¿Cuándo había llegado a Inglaterra? Estaba demacrado, pero tenía en el rostro una determinación que no le había visto nunca.

—¿Qué sorpresa! —le dijo Justin sincero—. Y bienvenido.

Le estrechó la mano, y después tiró de él para abrazarlo. En dos años había cambiado mucho. Estaba más musculoso, más alto, y con la piel mucho más morena. El sol de las colonias le había sentado genial.

—¿Cómo se encuentran mi cuñado Arthur y su esposa Clara Luna?

Antes de que el muchacho respondiera, Justin lo invitó a sentarse y pidió un té para los dos. Cuando el mayordomo se marchó, Ian comenzó a relatarle las experiencias vividas al otro lado del mar.

—Por tus palabras deduzco que no querías regresar —apuntó Justin.

Ian bajó los ojos. Si él no tuviera responsabilidades, se habría quedado allí sin dudarlo, pero estaba Serena, su madre Marina, y su prometida Mary.

—Tengo que viajar al reino de España —dijo de pronto.

Justin lo miró con sorpresa.

—Pero no es necesario, Mary regresará a tiempo para su propia boda.

—Tengo que llevar a mi madre a Córdoba —dijo muy serio—. Tiene que darle un último adiós a su padre.

Justin conocía la muerte del conde de Zambra.

—Entiendo —dijo el marqués.

Justin había pospuesto su cabalgata matutina ante la llegada inesperada del hijo de su primo Brandon. Lo veía nervioso, angustiado, y se preguntó el motivo.

—Una vez en Córdoba, y, tras despedirnos del conde, podemos encontrarnos en Sevilla con Mary y con Blanca, y regresar todos juntos a Inglaterra —explicó Ian.

—Es una buena idea —por alguno motivo, Justin supo que tenía que apoyar al muchacho, bueno, ya no tan muchacho.

Ian era un hombre de la cabeza a los pies.

—Necesito un préstamo para poder viajar —dijo tan avergonzado, que el marqués lo compadeció—. Se lo pediría a mi madre, pero creo que agotó su herencia con las reformas en Ruthvencastle, con mis estudios, y con mi viaje a las colonias, aunque las reformas sirvieron de muy poco porque el castillo sigue tan ruinoso como siempre.

—Sabes que desapruebo lo que tu padre está haciendo con Marina y con Serena —lo animó el marqués—, pero tu padre no atiende a razones.

Ian miró lo miró de frente, y tragó con fuerza.

—¿Qué ha pasado en mi ausencia? Porque el laird está intratable, y tan necio, que ni lo reconozco.

Justin soltó un suspiro largo.

—El conde de Zambra cayó enfermo, y Marina hizo arreglos para viajar a Córdoba, pero tu padre se lo impidió. Hizo oídos sordos a los ruegos de sus dos cuñados, Lorenzo y Diego —el marqués calló un momento—. Se mostró tan irrazonable, que ha roto toda relación con ellos. No permite que visiten Ruthvencastle, e impide que su esposa e hija tengan tratos con su familia materna. Sobre todo, después de la fuerte discusión que mantuvo con Marina. Tu padre rechazó la

dote de treinta mil reales que el conde de Zambra le había dejado en herencia a su nieta.

Ian lo miró atónito. Su padre no podía rechazar la herencia de su hermana.

—¿Por qué la rechazó? ¡Es el dinero de Serena! —exclamó atónito.

—Porque para aceptarla tiene que viajar a Córdoba —Ian se quedó pensativo durante un momento—. Además del dinero, tu hermana Serena tiene en herencia una preciosa hacienda con olivares, y un palacete.

—Ahora comprendo el rechazo de mi padre —murmuró Ian.

Si Serena tenía en propiedad una casa en Córdoba, jamás querría regresar a Ruthvencastle. Con la herencia dejada por su abuelo, podría vivir independiente cuando alcanzara la mayoría de edad.

—Brandon no olvida la maniobra de su suegro Álvaro del Valle para ligar a Serena a Andalucía, no solo con la herencia que le ha dejado, sino con el compromiso del niño que educó: Ewan Alisdair Duncan.

—Los Duncan son los enemigos acérrimos de los McGregor desde hace siglos.

—Cuando veas a Ewan, comprenderás que no queda nada de escocés en él.

Dijo Justin. Ian seguía pensativo.

—Me cuesta entender que obligue a mi madre y a mi hermana a vivir en Ruthvencastle teniendo una casa espaciosa y llena de comodidades en Edimburgo.

Justin pensó que su primo Brandon no le había explicado nada a su primogénito.

—Esa casa fue un regalo de mi padre. Cuando nació el tuyo se la obsequió pues era su único sobrino varón. El duque de Arun quiso honrarlo con un regalo que había pertenecido a la familia Penword desde generaciones.

Ian cerró los ojos. Ahora comprendía la animadversión que sentía su padre por la casa de Edimburgo.

—Es injusto para mi madre y para Serena que las obligue a vivir en el norte alejadas de todo —Ian calló un momento—. No pienso llevar a mi esposa allí...

Ian miró Justin solemne.

—Ya sabes que Dawn y yo estaremos encantados de que viváis un tiempo en Crimson Hill con nosotros. Mary y tú tendréis todo nuestro apoyo.

El duque de Arun acababa de entrar por la puerta.

—¡Ian Douglas McGregor, pero qué sorpresa! ¿Cuándo has llegado de las colonias?

Ian se levantó y caminó hacia su tío abuelo. El anciano no andaba tan erguido como antes, pero estaba igual de animoso. Permitió que lo abrazara, y le devolvió el gesto con sumo cariño.

—Hace dos días, pero me fui directamente a Ruthvencastle.

Devlin supo que algo ocurría. Si dos días después de llegar, el primogénito de su sobrino Brandon estaba en Crimson Hill, era porque sucedía algo en Ruthvencastle, y creyó que era por Mary.

—Esa muchacha no tenía que haber viajado tan lejos estando su boda tan cerca, pero al parecer nadie me hace caso en esta casa.

Justin trató de apaciguar a su padre.

—Ian quiere llevar a su madre a España, y regresará después con Mary.

El rostro de Devlin se ensombreció. Cuando llegó a sus oídos que el padre de Marina había muerto, y que su sobrino le impedía el viaje, montó en cólera y marchó directamente a Ruthvencastle para ayudarlo a entrar en razón, pero no había servido de nada. Su sobrino era el hombre más irascible de todos.

—Necesito libras para poder viajar —admitió Ian tan avergonzado que inclinó el rostro—,

por eso estoy en Crimson Hill, Justin ha prometido ayudarme.

Devlin lo miró estupefacto.

—¿Y tu padre?

Ahora se avergonzó todavía más. Él, no quería hablar mal de su padre, pero tenía que explicar su negativa a ayudarlo.

—Me ha dejado bien claro que, si salgo de Ruthvencastle hacia España, no debo regresar nunca más.

—¡Será desgraciado! —exclamó el duque.

—De todas formas, no quiero regresar —confesó Ian—, deseo sacar de allí a mi madre y a mi hermana.

—Brandon no lo permitirá —afirmó Justin.

—No le va a quedar más opción porque me va a tener enfrente.

Justin se quedó pensativo. Brandon debía pasar por un mal momento porque de otro modo no se explicaba ese comportamiento tan visceral.

—Voy a adelantarte el regalo por tu boda —le dijo Devlin.

—Tío, no hace falta, si Justin me presta un poco de dinero para el viaje...

Devlin no lo dejó terminar.

—Mi sobrino no tendrá vergüenza, pero ya la tengo yo por él —dijo el anciano, que salió de la estancia como alma que lleva el diablo.

Justin se quedó pensativo. Ian ignoraba que el duque de Arun había pensado como regalo de boda para su primer sobrino nieto, una hermosa propiedad cerca de Hyde Park que podría servir para las temporadas sociales, aunque mucho se temía que, si Brandon seguía tan obcecado con respecto a todo, sería la principal vivienda de Mary y de Ian cuando se casaran. No era excesivamente grande, pero en principio los dos jóvenes tampoco necesitaban mucho más.

—¿Tendrás suficiente con dos mil libras? —le preguntó Justin—. No deseo incomodarte ofreciéndote más.

Ian bajó los ojos agradecido. Con ese dinero podría llevar a su madre y a su hermana a España, y podría regresar después acompañado de su prometida.

—Más que suficiente.

La entrada de Dawn en el despacho impidió que Justin dijera nada más.

—¡Ian! —exclamó feliz—. Pero cómo me alegro de verte, y qué guapo estás.

Eran las mismas palabras que le había dicho su madre. Un momento después, Justin le reveló a su esposa el motivo de la visita de Ian a esa hora tan intempestiva de la mañana. A medida que escuchaba, más furiosa se ponía la mujer, que pensó que Brandon no había cambiado en absoluto, y se alegró de veras de que su primogénito no se pareciera en nada a él. Ian tenía un carácter tranquilo, y era muy respetuoso con todos. Mostraba empatía, y un trato inusualmente afable en un hombre de su tamaño. No le molestaban las muestras de afecto en público, y no era dado a cobrarse agravios personales. Ella recordaba perfectamente algunos que le había infringido su hija Mary en el pasado. Estaba muy contenta por su primogénita, porque al lado de Ian podría ser muy feliz.

Devlin regresó poco después.

—Hasta que no me tome un café no seré persona —dijo el anciano.

Aurora besó a su suegro sonriente.

—El desayuno ya está listo daddy, salvo que Ian nos ha entretenido un poco más de la cuenta esta mañana.

El escocés se disculpó de todas las formas posibles. Devlin sacó una billetera bastante

abultada y se la dio a su sobrino nieto. Su interior contenía cinco mil libras.

—Parte de tu regalo, y que te adelanto por tu boda con mi nieta.

Ian se sentía eufórico, ya no hacía falta que Justin le prestara dinero.

—¿Vamos a desayunar? —preguntó la marquesa a los tres hombres, pero ninguno pudo responder por la entrada de Roderick que corrió a saludar a Ian de forma efusiva.

Lo seguían de cerca los gemelos.

El resto de la mañana la pasó Ian relatando a sus primos las vicisitudes de su viaje, de su estancia, y de su regreso, y de lo mucho que iba a extrañar la libertad que había respirado en América. Los gemelos lo miraban embobados, Roderick con mucho respeto. Se llevaban ocho años de diferencia, aunque no lo parecía.

Cuando Ian emprendió el regreso a Ruthven castle lo hizo con semblante sombrío y el corazón lleno de dudas. Había comprado los tres billetes de barco que los llevaría desde Portsmouth a Santander, y que zarpaba en tres días. Una vez allí, continuarían el viaje en tren hasta Madrid, y, el último tramo hasta Sevilla, lo harían en un carruaje de alquiler.

Pensó en su madre, en lo mucho que debía de sufrir por no haberle podido dar un último adiós y un último beso a su progenitor. Ian recordó sus estancias en el palacio de Zambra cuando su padre no se negaba a que viajaran al reino de España. Habían sido los momentos más felices de su vida. Quería al tío Lorenzo, y recordaba con mucho cariño todo lo que le había enseñado sobre olivares, y lo que había aprendido sobre la vida en Córdoba. Evocó las diferentes fiestas, la alegría y el disfrute de los cordobeses en general. ¿Cómo pretendía su padre cercenar todo eso del corazón de su hermana pequeña? ¿Cómo podía impedirle que visitara a todos los tíos y primos que la adoraban? El laird de Ruthven castle cometía un grave error, y él estaba dispuesto a mostrárselo todas las veces que hicieran falta.

Cerró los ojos y se trató de dormir con la ayuda del balanceo del carruaje, salvo que el nerviosismo que sentía no se lo permitió.

Tenía mucho que perder, aunque estaba decidido a que su madre y hermana viajaran a España con él, pero Ian no tenía modo de saber que, efectivamente, iba a viajar con Marina a España, pero Serena iba a quedarse en Escocia.

Cuando llegó a Ruthven castle encontró a su madre deshecha en llanto y rota por el dolor, el laird, en un arranque de mal genio provocado por la postura belicosa de su hermana, había encerrado a Serena en un lugar desconocido. Marina ignoraba el lugar donde estaba recluida su hija. Nunca padre e hijo habían mantenido una discusión tan fuerte, y eso que habían librado unas cuentas en el pasado. Pero Serena era menor de edad, y Brandon podía disponer de su vida a su antojo. Ian casi había llegado a las manos con su padre para que le revelara dónde la había encerrado, pero solo obtuvo de él un ominoso silencio.

Marina no quería marcharse de Ruthven castle sin saber el paradero de Serena, pero sus lágrimas y ruegos no conmovieron en absoluto al laird.

El hijo le juró a la madre que encontraría a su hermana y la sacaría de Escocia, pero apenas quedaba tiempo porque Ian había comprado los pasajes del barco para ir al reino de España, billetes que le habían costado una pequeña fortuna.

Finalmente, y con todo el dolor de su corazón, Marina emprendió el viaje con Ian, pero se prometió volver tan rápido como se lo permitieran las circunstancias. Por nada del mundo iba a dejar sola a Serena con ese engendro maligno en el que se había convertido su esposo. Iba a remover Roma con Santiago para arrancarla de su lado, y para ofrecerle a su pequeña la vida que se merecía lejos de él y de sus demonios interiores.

Desde su encierro, Serena se juró hacerle pagar a su padre que la hubiera separado de su madre y de su hermano. No había una hija en toda la cristiandad que detestara tanto a su progenitor como ella odiaba al suyo. Renegaba de él, y se prometió huir del convento y prenderle fuego a Ruthvencastle hasta verlo reducido a cenizas. Serena ardía en deseos de venganza, y por su vida que no pararía hasta llevarla a cabo.

## CAPÍTULO 7

### *Ciudad de Sevilla*

Mary se sentía sobre la superficie de una nube. Le había bastado una semana para enamorarse por completo del capitán Lope Moreno de Camacho. Habían coincidido en varios eventos, y en el último, la había besado al fin. Nunca había sentido algo tan extraordinario, maravilloso, romántico y sensual. Si su prima Blanca no los hubiera interrumpido, ella ignoraba hasta dónde habrían llegado porque no le habría importado entregarse a él.

Así de prendada estaba. Se pasaba el día evocando sus ojos, en los besos prohibidos que le daba, en las caricias que anhelaba que le diera. La expectativa de verlo cada día le encogía el corazón. Le aceleraba el pulso en las venas. Se pasaba el día suspirando... soñando. Estaba enamorada, pero tenía que regresar a Inglaterra porque el viaje concluía. Llega a su fin, y ella pensaba la forma o el modo de continuar en Sevilla. Adoraba el clima, la comida. Las gentes risueñas que devoraban cada día como si fuera el último.

—No pensarás en escabullirte, ¿verdad?

Blanca miraba a su prima con ojos entrecerrados. Su comportamiento rayaba la inmoralidad, conducta que ella censuraba.

—Te necesito de nuevo —le suplicó Mary.

Blanca hizo un gesto negativo. Detestaba que su prima la utilizara como comodín para que ella pudiera encontrarse a escondidas con su bandolero romántico, que así lo llamaba.

—No es correcto lo que haces —le recriminó—. Eres una muchacha comprometida —le recordó.

—¿Te imaginas cómo será mi vida en las Tierras Altas? ¿Has visitado alguna vez Ruthvencastle? Porque es un lugar feo, ruinoso, y el más frío del mundo.

Las dos muchachas se encontraban en el rincón más apartado del salón del Palacio de Cristal, donde el duque de Lara era el invitado estrella.

—Cada vez que desapareces entro en pánico —le confesó la prima.

Mary suponía el nerviosismo que debía sentir Blanca cada vez que ella se escapaba. Pero lo hacía por amor, porque se moriría si Lope no la besaba. Si no la encerraba entre sus brazos y le decía todas esas cosas tan lindas, y que la dejaban tan blanda como la mantequilla templada.

—No puedo regresar a Inglaterra —murmuró en voz baja, pero Blanca la había escuchado—. Me fugaré con Lope.

—¿Qué dices, Mary, por Dios! —Blanca estaba realmente escandalizada.

—¿Te imaginas tu vida al lado de ese snob? —Mary se refería al prometido de Blanca.

La muchacha miró el suelo del jardín avergonzada. El rechazo que sentía por el heredero de Marinaleda le provocaba un malestar infinito, porque se esperaba de ella que aceptara el compromiso, cosa que no había hecho todavía. Era pensar en él, y estremecerse entera de asco. Blanca era muy joven, muy callada, pero tremendamente observadora. Todos lo ignoraban, pero ella se había dado cuenta de que el heredero de Marinaleda la había espiado en varios eventos a los que había asistido. No era cuidadoso en los pasos, ni en los gestos. Ella, desde muy niña, había aprendido a ver más allá de la apariencia exterior. Cuando miraba fijamente a los ojos, casi podía ver el alma de las personas. Y lo que había visto en León de Hidalgo la asustaba muchísimo porque había percibido extrema crueldad.

—¿Te imaginas que te toque con esas manos sudorosas, y que te bese con ese aliento a ajo tan desagradable? —Blanca apretó los labios e hizo un gesto negativo con la cabeza bastante elocuente—. Pues es lo mismo que siento yo por Ian McGregor, y tengo que casarme con él.

—Lord McGregor no es ni mucho menos tan desagradable como León de Hidalgo —respondió seria.

Blanca podía comprenderla, pero actuando de esa forma desinhibida, Mary lo empeoraría todo.

—Ian no es feo físicamente —admitió Mary—, al menos lo que recuerdo de él, pero es tan soso como la peladura de una patata.

Blanca sonrió. El hombre que ella recordaba de sus visitas a Crimson Hill no era ni feo ni soso. Era un hombre tan callado y observador como ella.

—Habla con tus padres —le dijo Blanca—, exprésales lo que sientes. No pueden obligarte a casarte si no lo deseas.

Mary soltó un suspiro largo.

—¿Y piensas que no lo he hecho ya en numerosas ocasiones? —contestó seca y con mirada dura—. Estoy atada a una herencia que me llevará a la tumba.

Eso que había dicho le pareció horrible.

—¡Mary! —exclamó la prima—. No digas algo tan terrible.

No era terrible sino la verdad.

—Por eso he decidido aprovechar estos días y disfrutarlos al máximo. Quizás sea lo único que voy a llevarme a mi destierro forzoso.

—No eres una prisionera, tus padres te aman, todos te queremos —dijo Blanca vehemente—. Nadie va a perjudicarte.

—Mi boda con Ian McGregor es lo peor que puede ocurrirme en la vida.

Mary estaba muy negativa y desanimada, y ella no sabía qué decirle para conformarla salvo la verdad.

—Pero no puedes comportarte tan veleidosamente —le recordó—, aunque estés convencida de que tu futuro será miserable.

Mary giró el rostro porque su prima tenía razón, y no quería que viera cuánto le molestaban sus recordatorios. Había crecido toda la vida bajo unas normas extremas. Tenía las manos y los pies atados desde su mismo nacimiento, pero esos días en Sevilla había podido vislumbrar que había algo más que las obligaciones y la herencia. Ella renunciaría a todo por Lope. Viviría debajo de un puente siempre que estuviera con él.

—No podré escaparme de mi destino, pero al menos pienso llevarme un recuerdo inolvidable.

—No sabes lo que dices, prima —la cortó Blanca porque sabía perfectamente a lo que se refería ella.

La muchacha se giró para marcharse, pero Mary la detuvo con la mano.

—Por favor, ayúdame una última vez —Blanca la miró con ojos entrecerrados y en silencio—. Sabes cuánto confío en ti.

Mary se aprovechaba del cariño y admiración que Blanca sentía por ella.

—Cada vez que haces una locura me expones al escarnio —le reveló—. Mi tío Alonso es un hombre con una reputación intachable, no puedo decepcionarlo por cubrirte.

Cada vez que Blanca mencionaba a su tío el duque, ella temblaba. Si descubría que se veía con un capitán del reino, ni su padre podría protegerla.

—Solo una vez más —insistió la otra—. He quedado con Lope en el invernadero dentro de una hora.

—¿Y sabes lo que me obligas a hacer durante el tiempo que estás con tu enamorado? Me fuerzas a que esté sentada en un banco hastiada y rogando para que nadie me encuentre sola.

Mary tuvo el atino de sonrojarse.

—Te prometo que no será más de una hora.

Blanca suspiró cansada. No le gustaba engañar a su padre ni a su tío. Cada vez que Mary se encontraba con el capitán Lope, ella tenía que mentir, y nada la avergonzaba más.

—Estoy cansada de tus escapadas.

—Solo esta noche, te lo prometo. Me moriré si no me despido de Lope.

Ella no tenía la suficiente madurez para negarse. Quería a su prima, podía comprender su enamoramiento por un hombre que siempre le decía cosas bonitas, que la trataba como si fuera la más preciosa de las joyas. Si Mary sentía por Ian lo mismo que ella por León de Hidalgo...

—Está bien —admitió—, pero solo esta noche.



## CAPÍTULO 8

Ian McGregor había llegado a Sevilla demasiado tarde, afortunadamente, Andrew había tenido que regresar a Silencios desde el Palacio de Cristal para recoger unos informes que debía entregar al duque de Lara sin falta. Acababa de llegar de Barcelona pues la visita diplomática había durado casi tres semanas, pero ese despiste le había permitido encontrarse con él, y conversar. Ian le había explicado brevemente que había dejado a su madre en Córdoba con su hermano Lorenzo puesto que el conde de Zambra había fallecido, también, que regresaría a buscarla en un par de días, y que tenía pensado regresar junto a Mary y Blanca a Inglaterra. Andrew se alegró de verlo, y le confesó que llevaba varias semanas fuera de Sevilla, que había llegado apenas dos horas antes, y que, de camino a la residencia del marqués de Viar, se había percatado de que había olvidado los informes que traía para el duque de Lara. Ian extrañado le preguntó por qué motivo no se los entregaba después de la recepción, pero Andrew le respondió que eran demasiado importantes, y que el duque tenía que verlos con urgencia.

Ian ya no dijo nada más. Acompañó a Andrew Beresford a la recepción que se ofrecía con honores al duque de Lara. Al evento estaban invitados grandes personalidades políticas de la ciudad de Sevilla, también grandes empresarios y ganaderos. Durante el camino, y ya sentados en el interior del carruaje, Andrew le preguntó sobre su visita a América, sobre su hermano Arthur y su cuñada Clara Luna. Durante los siguientes cuarenta minutos, Ian se encontró narrándole sus aventuras con los Monterrey.

Cuando llegaron al Palacio de Cristal, el duque se sorprendió de ver al escocés, pero su esposa no, y lo saludó de forma efusiva. Ian preguntó por su prometida, pero la mujer no supo responderle. Últimamente su sobrina estaba un poco distraída porque se le olvidaba comunicarle los eventos a los que aceptaba asistir.

Andrew se extrañó de que su hija Blanca no estuviera en el salón de recepciones, pero el joven Rodrigo le comunicó que, al no estar acostumbradas al calor sofocante de Sevilla, ambas muchachas solían salir a menudo a los jardines para respirar un poco de aire fresco. Ian aceptó salir a buscarlas para darle una sorpresa a su prometida, prometida que no veía desde hacía mucho tiempo. Andrew se quedó conversando con su cuñado Alonso porque tenía urgentes noticias que comunicarle. Alonso se disculpó con su esposa, y le dijo a su cuñado que lo siguiera. Lo condujo a una sala apartada, y en la que no serían molestados por el resto de invitados.

Aracena se quedó con su hijo mayor que estaba tan aburrido como siempre. Ningún evento al que asistía lograba animarlo, y ella se descorazonaba. Comenzó una conversación con él de la que participó muy poco, así que Aracena se limitó a observar a las mujeres nobles más importantes de Sevilla.

Ian no conocía la vivienda, pero todos los jardines eran iguales. Bajó las escalinatas de dos en dos y llegó con paso rápido al cenador. Había esperado verlas allí. Después caminó hacia el estanque, pero el banco de piedra estaba vacío. Regresó sobre sus pasos hasta el huerto de manzanos, pero tampoco las encontró. Se preguntó si había regresado al interior de la vivienda, pero entonces se percató de la puerta abierta justo en la otra esquina del muro. Pensó que daría a la calle arbolada, pero cuando cruzó por ella, se percató de que había entrado a otro jardín que tenía un gran invernadero de cristal. Ahora comprendía por qué motivo el palacio se llamaba así. En la pequeña glorieta vio a una muchacha que estaba acostada de espaldas sobre un banco de piedra. Caminó hacia ella. Se fijó en su pelo negro y su vestido de seda rosa. No debía de tener más de catorce o quince años, y en modo alguno era su prometida Mary.

—Hola —dijo un par de pasos antes de llegar hasta ella.

La muchacha se sobresaltó y se sentó de golpe. Lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—Estoy buscando a una persona —le dijo parado frente a ella.

Blanca contempló al hombre de cabellos de oro, de estatura elevada, y de rasgos varoniles. Supo de inmediato quién era pues no había cambiado mucho desde la última vez que lo vio en Crimson Hill, aunque de aquello hacía algunos años.

¡Era el hombre al que su prima ridiculizaba!

—¿Eres lord McGregor? —preguntó tímida aun conociendo la respuesta.

Ian observó el nerviosismo creciente de la muchacha y se preguntó el motivo. Desviaba los ojos una y otra vez hacía el invernadero. No tuvo que sumar mucho para saber que estaba esperando a que una persona saliera de allí.

—Estoy buscando a lady Penword —le dijo con voz muy baja.

Blanca se mordió el labio inferior porque tenía que mentir de nuevo.

—Creo que ha... regresado a... la fiesta —dijo balbuceante.

Ella seguía mirando hacia el invernadero. Ian sabía que mentía. Indudablemente estaba protegiendo a su prima Mary. ¿Qué podía hacer una muchacha sola en el interior de un invernadero? Sabía perfectamente que era el mejor lugar para encuentros clandestinos entre parejas que deseaban intimidad.

—Regresemos —le ofreció Blanca.

Él, no le contestó, comenzó a caminar hacia la puerta de cristal, y Blanca entró en pánico.

—¡No, espere! ¿Qué hace?

Ian se giró hacia ella y se puso el dedo en los labios para indicarle silencio. El rostro de la muchacha mostraba el miedo que sentía. Impulsivamente lo sujetó por el brazo, y le hizo un gesto negativo con la cabeza, pero él no desistió.

—¡Mary, Mary! —gritó de pronto con todas sus fuerzas—. ¿A qué no sabes quién ha llegado?

Pero Ian ya había abierto la puerta y ojeado el interior. Su prometida estaba recolocándose el vestido, y el hombre desconocido, abrochándose la camisa.

No hacía falta ser muy inteligente para saber que había pillado a su prometida en un encuentro ilícito con otro hombre. Le bajó el ánimo a los pies. Si él no hubiera llegado a Sevilla... y le dolió en los más profundo del alma que su padre Brandon tuviera razón con respecto a ella.

Mary se sentía mortificada. Había escuchado el grito de su prima, pero no le había dado tiempo a arreglarse del todo porque Lope era un experto en mantenerla sujeta. Tenía los labios hinchados por sus besos, y el cabello revuelto. No podía ocultar lo que había estado haciendo, aunque no lo lamentó. Ian rompería el compromiso y ella quedaría libre. Aunque supo que le esperaba una buena en Crimson Hill.

—¡Qué sorpresa, Ian!

El escocés seguía plantado en medio de la puerta, y mirándola de una forma que quemaba. Lope acababa de ajustarse el cinturón con el sable a la cinturilla del pantalón militar.

—Lo siento, Mary —se disculpó la prima al borde del llanto.

El daño estaba hecho, se dijo Mary, ahora tenía que capear el temporal.

—¿Qué haces en Sevilla? —le preguntó a su prometido.

Blanca estaba a punto de sufrir un desmayo pues creía que ambos hombres se enzarzarían en una pelea a muerte. Mary estaba demasiado tranquila, todo lo contrario de ella que no se había dado cuenta que seguía sujetando el brazo del escocés con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

—Y, usted, ¿quién es? —preguntó osado el español.

Ian quería golpearlo para limpiar con su sangre el oprobio vertido sobre su persona, pero acababa de descubrir que Mary no se merecía que él se manchara las manos, que no merecía la pena. Decidido, se giró sin ofrecerle al hombre una respuesta. Blanca había comenzado a llorar consciente del escándalo que había estallado, y se sintió terriblemente culpable por haber consentido en cubrir a su prima.

—Es Ian McGregor —contestó Mary—, ya te hablé sobre él.

Lope la miró con ojos entrecerrados. Ella le había contado, pero él no había escuchado nada porque no estaba interesado. Ahora, la mujer le explicaba que estaba prometida desde niña, pero que no amaba ni sentía nada por el hombre con el que tenía que desposarse. Cuando la escuchó decir que estaba feliz porque ahora ya no tendría que casarse con su primo escocés, porque lo iba a hacer con él, Lope la miró hastiado, además de muy incómodo, él tenía venganzas personales que tratar con el duque de Alcázar, y la inglesa había sido una mera distracción que se había cruzado en su camino. Una distracción muy guapa, lo admitía, pero distracción al fin y al cabo.

—Imagino que ahora tendrás que batirte en duelo con él —dijo apesadumbrada.

Lope no podía creérselo. ¿Batirse en duelo? ¿Por una cualquiera? ¡Ni loco! Él sabía que ella regresaría a su hogar y que no tardaría en olvidarlo. Además, solamente le había ofrecido besos y algunas caricias. Era cierto que no habían llegado a más por la interrupción de su prometido, pero en modo alguno pensaba batirse en duelo con nadie, y menos por ella.

—¡Lope! —Mary estaba preocupada, pero no por la partida de Ian, sino por el silencio del capitán—. Hablaré con él, con mi familia, será difícil, pero te aceptarán.

—Me trae sin cuidado que lo hables con él, y no tengo ningún interés en conocer a tu familia, mucho menos que me acepten.

Mary contuvo un gemido al escucharlo. Durante unos segundos, no pudo procesar el tono ni las palabras.

—Pero yo creí... creí que sentías algo profundo por mí —Lope la miró y se rio de ella.

—Siento algo profundo por lo que guardas entre las piernas, pero nada más.

Mary se puso rígida. Le hablaba de forma tan ordinaria y sucia, que no supo cómo encarar la situación.

—Entiendo —dijo apenas en un susurro.

—Los dos queríamos pasar el rato sin compromisos de por medio.

—Soy una dama —trató de que su voz sonara firme—, no suelo pasar ratos sin compromisos de por medio —respondió dolida.

—¿Una dama, decís? ¿Una dama que persigue y acosa a un hombre para que se acueste con ella? Aquí en Sevilla tenemos una palabra para una dama como usted.

Esa verdad la golpeó en el rostro de una forma brutal.

Ella lo había perseguido en cada ocasión, era cierto, había deseado un encuentro íntimo con él. Ahora veía claro que él no tenía ningún interés por ella salvo el sexual. ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Tan ciega?

Estaba tan desolada por tener que casarse con Ian, que se había echado en brazos del primero que le había sonreído.

—Es usted un indeseable. Un hombre despreciable que se aprovecha de las ilusiones de las mujeres —le dijo en voz baja—. ¡Márchese!

Pudo decirle con cierta dignidad.

—Claro que me marchó —contestó él—, y desde ya, si te he visto, ni me acuerdo.

Blanca contempló el intercambio de palabras entre lo que ella había creído enamorados, y lloró más fuerte todavía. Mary parecía un cadáver de lo pálida que estaba. El hombre le había

dicho cosas horribles.

El capitán salió por la puerta del invernadero, y Blanca estuvo segura de que no lo verían nunca más.

Ian regresó esa misma noche a Córdoba. Se había despedido solamente de Andrew que se quedó tan atónito por su marcha que no supo decir nada. El otro no quiso ofrecerle ninguna explicación, y, antes de que pudiera impedirselo, se marchó. El escocés le pidió que lo disculpara con la familia del duque. Cuando su sobrina Mary apareció minutos después con el vestido arrugado y el cabello despeinado, se temió lo peor. Andrew trataba de entender qué había sucedido en el jardín entre los dos prometidos. ¿Una discusión que había ido a mayores? Se preguntó.

Su hija Blanca seguía cabizbaja y llorosa, pero se negaba a decir nada. Su tío Alonso la presionó para que hablara, pero la muchacha seguía en sus trece. Si Blanca poseía algún rasgo de su tío Alonso, era sin duda la tenacidad.

Esa noche, en el amplio dormitorio que compartían ambas primas en Silencios, y un día después de lo ocurrido en el invernadero, Blanca animó a su prima para que revelara lo que había sucedido con Ian.

—No puedo confesar que me estaba entregando a un desgraciado —dijo llorosa—. Que no pensé en el nombre de mi familia, en nada.

—Es mejor que reveles tú la verdad a que lo haga él.

—Ian no dirá nada —Mary tenía esa esperanza.

—¿Piensas que va a seguir adelante con la boda después de ver que retozabas con otro?

Mary no podía pensar.

—Daré el compromiso por roto —era lo que esperaba—. No dañará mi reputación.

Blanca puso los brazos en jarras, y miró a su prima con asombro absoluto.

—Eres tú la que has mancillado tu buen nombre —respondió solemne y con voz inusualmente dura—. Lord McGregor explicará los motivos por los que rompe el compromiso. ¡Tendrá que hacerlo!

Mary miró a su prima con ojos suplicantes.

—Tendrás que ayudarme tú para que no lo crean.

Blanca la miró estupefacta.

—¿Me estás pidiendo que mienta por ti y lo deje a él por mentiroso? ¿Te estás escuchando? —estaba tan avergonzada por lo que su prima decía, que la miró con desdén—. No cuentes con ello, no pienso cubrir tus andanzas ni una vez más.

—Eres mi prima y me quieres —susurró Mary tratando de conmovérla.

—Te dije que no actuabas bien —le recordó la otra.

Mary terminó por estallar en un amargo llanto. Estaba metida en un lío espantoso y no sabía cómo salir.

—Ahora lo sé —admitió realmente atribulada.

—Tu reputación está rota —dijo la prima—. Tendrán que recluirte hasta que la gente olvide tu desliz, y pasarán años hasta que eso suceda.

—¿Recluirme? —preguntó Mary espantada.

Blanca la observó atentamente.

—¿Tu madre no te ha explicado lo que les sucede a las señoritas de buena familia que se dejan perder? —no, pensó Mary. Su madre siempre la había animado a ser ella misma sin importarle la

opinión de los demás—. Porque la mía me lo explicó todo muy detalladamente cuando tenía diez años. Nos guste o no, nuestra reputación debe de ser intachable, o seremos rechazadas por la sociedad. Los conventos están llenos de muchachas alocadas que no pensaron antes de actuar.

—Mi madre jamás permitiría que mi padre me encerrara en un convento porque he tenido un desliz.

Rosa y Aurora, las madres de ambas, eran completamente antagónicas. Una era todo corrección, nunca se saltaba el protocolo, ni se permitía un respiro en sus gestos y atuendo. Era la personificación de la pulcritud y el saber estar. La otra, era una mujer que detestaba la tiranía de las normas patriarcales, reglas que sujetaban a las muchachas con ingente cantidad de cánones y normas de las que no podían escapar, ni cuando estaban bajo la autoridad de los padres, de sus maridos, y por último de los hijos.

—Ha sido algo más que un desliz —apuntó Blanca—, lo sabes.

Mary hizo un gesto con la cabeza.

—Pues aceptaré entonces mi destino.

Blanca pensaba a toda velocidad.

—¿Y por qué no hablas con tu prometido, te sinceras con él, y le pides su ayuda para salvar tu reputación?

Mary pensó que su prima había perdido la razón. ¿Hablar con Ian? Debía de haberse vuelto loca porque lo estaba considerando.

—¿Y qué lograría con ello?

—Aunar una explicación conjunta que satisfaga a ambas familias —Mary se preguntó cómo podía su prima menor que ella mostrar tanta madurez en pensamientos—. Pídele perdón, discúlpate, y suplícale que te ayude. Utiliza vuestro amor común por vuestras familias, y no podrá negarse.

—Ian no me ayudará —Mary pensaba a toda velocidad—. Además, llegará a Inglaterra mucho antes que yo.

—Lord McGregor no se ha marchado a Inglaterra —respondió Blanca sin dejar de mirarla—. Me lo ha dicho mi padre.

—¿Dónde se ha marchado?

—A Zambra...

Mary parecía un fantasma. Apenas hablaba ni decía nada. Todos se preguntaban qué diantres había sucedido la noche de la recepción en el Palacio de Cristal, pero al marcharse Ian de esa forma tan intempestiva, no podían aclarar nada, y para aumentar el sentimiento de culpa, en Silencios se recibió un telegrama anunciando que el duque de Arun había sido ingresado en el hospital con pronóstico reservado.

Cuando Mary lo supo por su tío Andrew, deseo que la tierra se la tragase. Su abuelo estaba enfermo, y con la noticia del rompimiento de su compromiso por su culpa, podría empeorar hasta el punto de morir.

Sentía un peso en el corazón. La garganta cerrada de forma opresiva. Amaba a su abuelo. Se moriría si le sucedía algo cuando supiera de su comportamiento en Sevilla. Pensó en Ian, en el tremendo problema que tenían que resolver, y tomó una resolución inamovible. Una mañana antes de partir hacia Inglaterra, Mary desapareció. En Silencios se armó un revuelo porque ignoraban donde podía estar la muchacha, pero cuando Rodrigo, el heredero del duque de Alcázar, explicó que Mary había hecho indagaciones sobre la mejor forma para viajar a Córdoba, todos supusieron

que se había dirigido hacia allí para encontrarse con Ian y hablar con él. Blanca finalmente habló y admitió que Mary se había marchado a Córdoba, y todos llegaron a la conclusión que los dos prometidos se habían disgustado, peleado, y que Mary quería arreglar los asuntos.

Andrew lamentó tener que retrasar el regreso a Inglaterra, pero no podían irse sin ella. Optó por enviarle un telegrama al conde de Zambra para anunciarle la visita obligada de él y de su hija Blanca para encontrarse con Mary allí.

## CAPÍTULO 9

Lo último que esperaba Ian era que el mayordomo de Zambra anunciara la visita de lady Penword. ¿Qué hacía ella en Córdoba? ¿Venía a reírse de él? ¿A cubrirlo de más oprobio? Y lamentó no haber acompañado a su madre y a su tío Lorenzo, de haberse marchado con ellos, ella no lo habría encontrado en Zambra.

—Dígale a lady Penword que no deseo recibirla.

El austero mayordomo hizo una inclinación de cabeza y se marchó. Entonces se permitió un respiro. Su intención al llegar a Córdoba era recoger a su madre, comprar un par de billetes de barco, y partir rumbo a Inglaterra, pero su madre debía quedarse a la lectura del testamento de su padre Álvaro. No sabía qué iba a hacer una vez que regresaran, porque tenía que devolver el dinero que le había anticipado su tío abuelo por sus esponsales, y ya se había gastado una buena parte en el viaje.

Ian sufría verdaderos problemas. Tenía que regresar a Escocia y buscar a su hermana, además debía proteger a su madre. Al mismo tiempo anunciar la ruptura del compromiso con Mary... se sentía furioso consigo mismo, con ella, con todos, y recordó los dos maravillosos años que había pasado en las colonias. La libertad de la que había disfrutado, las cosas que había aprendido. Si no tuviera ninguna responsabilidad lo dejaría todo y se marcharía para comenzar allí de nuevo.

De repente, oyó que Mary discutía con el mayordomo. Escuchó sus pasos sobre el suelo de mármol, y se preparó para lo inevitable: enfrentarla.

Mary no había hecho un viaje tan incómodo para marcharse sin ver a su prometido. Durante las horas que había durado el trayecto, había pensado en todas las cosas que iba a decirle. Le debía una larga explicación y pensaba dársela. Estaba muerta por la vergüenza. Desesperada y humillada, pero tenía que hablar con él para que la ayudara. Por ese motivo, cuando el mayordomo le anunció que no podía recibirla, entró en pánico, a punto estuvo de darse la vuelta, pero había llegado a Córdoba con un propósito, y debía cumplirlo. Empujó la puerta y caminó por el pasillo, dudó porque había varias puertas e ignoraba en cuál de esas estancias se encontraría él, pero el mayordomo la ayudó porque la precedió al ver su determinación.

Abrió la segunda de la derecha.

—Lord McGregor, lamento comunicarle...

Ella se adelantó al sirviente. Cruzó el umbral, y clavó sus ojos grises en el hombre corpulento que estaba plantado en medio del salón. Iba vestido con unos pantalones negros y una camisa blanca, llevaba las mangas vueltas hasta los codos y ella pudo apreciar el vello rubio de sus antebrazos. No parecía un caballero, y Mary se dijo que ella tampoco parecía una dama. No había dormido desde el incidente del invernadero, y el viaje desde Sevilla a Córdoba le había resultado oneroso por el clima, y por la estrechez del interior del carruaje de alquiler. Los terciopelos en España eran innecesarios, y ella se preguntó por qué motivo todos los carruajes iban revestidos con esa tela.

—Ian... —de repente no supo qué decir.

Cuando él le devolvió la mirada, no había en sus ojos ni un solo rastro de furia ni de venganza, solo absoluta indiferencia.

—¿Qué pasa, Mary? —le preguntó.

Entre ellos no cabían formalismos pues además de ser primos segundos, habían jugado juntos

desde la niñez, bueno, ella había jugado, él se había limitado a cuidarla.

—Tenía que hablar contigo.

Lo escuchó suspirar, mirar al mayordomo, y ordenarle que se marchara.

—Di lo que hayas venido a decir, y vete.

Mary no se había quitado la capa de viaje. Seguía dándole vueltas a su bolsito de mano.

—Vengo a pedirte perdón —dijo de pronto, y tratando de aparentar una serenidad que no tenía.

Ian puso las manos en las caderas y la observó atento. En esa postura indolente, Mary pensó que su primo parecía un pirata. Llevaba el cabello demasiado largo para la moda actual, y tan claro que parecía blanco. Llevaba el rostro bien rasurado y las patillas cortas. La amplitud de sus hombros y los músculos de sus brazos le indicaban que no le temía al ejercicio diario.

—Tengo que aclararte que mi negativa a casarme contigo nunca ha sido provocada por ti, sino por el lugar hacia donde tendría que acompañarte.

Para nada esperaba él una confesión así.

—¿Eso es todo?

Ahora se mordió el labio inferior porque llegaba la parte más complicada de todo ese asunto.

—Necesito que me ayudes.

Ella ni se podía imaginar el tremendo esfuerzo que hacía él para no hacerle un desplante. Estaba de pie en el salón de Zambra como si no hubiera cometido una falta imperdonable para un prometido: inmoralidad con otro hombre.

—¿Qué te ayude?

—A elaborar una explicación creíble para nuestras familias —Ian la miró atónito.

¿Ella era una desvergonzada y pretendía que la ayudara? Un minuto después estalló en carcajadas, pero ausentes de humor.

—¿Cómo de creíble?

—Que los dos estamos de acuerdo en romper el compromiso.

La mujer debía de estar loca.

—Tú has roto el compromiso al entregarte a otro —le recordó.

—No me he entregado a otro —confesó con el rostro rojo.

—No es eso lo que vieron mis ojos en el invernadero cuando lady Beresford te protegía.

Mary ardía por la vergüenza, pero tenía que conmoerlo para que la ayudara.

—Debo admitir que me aterraba nuestro compromiso —lo vio entrecerrar los ojos con suspicacia—, e inconscientemente me dejé envolver en una telaraña romántica para la que no estaba preparada. No calculé bien las consecuencias.

—¿Por supuesto! —exclamó sarcástico.

Ian estaba abrumado por problemas familiares y financieros, y la cabeza hueca de su ex prometida le explicaba que había calculado mal su desvergüenza.

—Ian... necesito que me ayudes —ahora se ríe mientras la miraba con desprecio—. Piensa en el abuelo Devlin —fue pronunciar el nombre de su abuelo, y descomponerse—. Piensa en tu madre y en la mía. En el escándalo que azotará a la familia si decides revelar por qué motivo rompes el compromiso.

La miraba y no podía creerla.

—Se te olvida, lady Penword, que has sido tú la que ha roto nuestro compromiso —le dijo con acritud.

Ella se acercaba a él de forma sigilosa.

—Ian... por favor... ayúdame.

La muy insensata le pedía que la ayudara, ¿y quién lo ayudaba a él?



—No cuentes con ello...

Mary se giró un tercio para que él no viera sus lágrimas. Era la culpable de lo que ocurría: de haberse fijado en un espejismo que la había hundido en la más completa humillación, pero Ian tenía que ayudarla. No temía su posible encierro, sino el escarnio que caería sobre la familia, sobre su abuelo, cuando trascendiera su desliz

—¿No sientes nada por mí? —le preguntó en un susurro.

—Desprecio —contestó muy rápido.

Mary inspiró hondo. Le quedaba un camino para lograr que la ayudara, y era seduciéndolo. Se quitó la capa y la dejó junto al bolsito sobre un sillón. Se desabrochó los dos primeros botones del vestido y se giró hacia él. Ian ignoraba las intenciones de ella, pero la culpa había desaparecido del rostro femenino, y, en su lugar, había una completa determinación.

—Te obligaré a casarte conmigo —admitió al fin.

Ian ya no estaba enfadado porque la muy ilusa le divertía. ¿Iba a obligarlo a casarse con ella?

—¿Cómo piensas lograrlo?

—Voy a seducirte —Ian la miró sorprendido, y estalló de nuevo en carcajadas.

Después de un par de minutos, se controló.

—Y lo más inaudito es que te lo crees —Ian inclinó la cabeza sobre su hombro derecho, tratando de no estallar de nuevo en risas—. Vienes a la casa de mi tío a media mañana diciendo que vas a seducirme. Estás completamente loca.

—Sigo siendo virgen —le espetó de pronto.

Ella escuchó perfectamente el suspiro largo.

—Lo importante no es que lo seas o hayas dejado de serlo, sino que no respetas la integridad y desprecias la palabra entregada.

Ese había sido un golpe merecido. Mary se desabrochó otro botón. Ahora Ian podía ver la puntilla de encaje de su camisola transparente.

—Necesito que me ayudes —le suplicó de nuevo.

—No lo haría, ni aunque mi vida dependiera de ello.

Mary dejó de desabrocharse el vestido. El plan que había urdido de seducirlo si finalmente no cooperaba, era una completa y auténtica locura, pero estaba tan desesperada, que pactaría con el mismo diablo con tal de conseguir su ayuda.

Ian la observó detenidamente. Por primera vez en todos los años que la conocía, Mary no sabía qué hacer ni cómo actuar. Había hecho, de cada visita suya a Crimson Hill, un infierno, pero a él le gustaba su actitud desenfadada, y su forma teatral de tomarse los asuntos. Además, se había obligado a que le gustara porque pretendía que el matrimonio entre ambos funcionara, pero había dos cosas que Ian no podía permitir, la deslealtad, y faltar a la palabra.

—Bueno, la familia se recuperará del escándalo —se dijo ella para convencerse, aunque en un tono que desmentía su seguridad—, y yo también.

—Desde luego que eres buena montando gresca —admitió él.

—¿Sabes? Te arrepentirás de rechazarme.

Ian pasaba de la diversión al enfado a la velocidad del rayo.

—A fe mía que no lo haré —respondió serio—, porque estar casado contigo equivaldría a estarlo con una Hidra de nueve cabezas, y con la particularidad de que ninguna piensa, sino que embisten.

Mary se ofendió por compararla con un monstruo.

—En el fondo te alegras de mi desliz porque de ese modo no tienes que casarte conmigo —le reprochó ofendida.

Ian se dijo que su prima era única dándole la vuelta a las situaciones para que le favorecieran. Ella se había portado como una casquivana, pero sería él el que se arrepentiría de no casarse. Ella tonteaba con otro, pero era él quien se alegraba de que el compromiso entre ambos se rompiera. Cuando iba a responderle, la llegada de su madre y de su tío Lorenzo lo silenció.

Ahora tenía que explicar qué hacía lady Penword en Zambra, y no le apetecía en absoluto. Como caballero que era, tenía que hablar en primer lugar con el padre de Mary para anunciarle el motivo porque el que daba por roto el compromiso. Ella no merecía su esfuerzo, pero tenía que ahorrarse a la desvergonzada una humillación familiar. No diría nada hasta llegar a Inglaterra, después que el diablo se la llevase.

La cena en Zambra había sido larga y tensa. Como él no había revelado lo que sucedía entre ambos, tanto su madre Marina como el tío Lorenzo se portaron con la inesperada invitada son suma delicadeza. La agasajaron como si fuera una reina, y a Ian le rechinaron los dientes.

Se recordaba continuamente que era un caballero, que llegaría el tiempo de quitársela de encima, y aguantó cada broma de su tío Lorenzo y las miradas suplicantes de ella, con un tesón que ignoraba que poseía.

Mary había explicado su presencia en Zambra de una forma que hasta a él le admiró. Había mentido como una bellaca, pero él no la descubrió. Con su silencio la había ayudado, pero se dijo que sería solo hasta que pudiera hablar con el padre de ella.

Llevaba días tan tenso que no podía dormir. Daba vueltas en el lecho pensando en la mejor forma de salir de los apuros emocionales y económicos que lo tenían sumido en una profunda angustia. Tenía que encontrar un trabajo, buscar un hogar para su madre y hermana. Iba a dejar Ruthvencastle de forma definitiva, y a su padre también. Cerró los ojos esperando el sueño que se le resistía. Contó ovejas, lechuzas, y maldijo a su ex prometida por complicarle la existencia. Tenía que devolver un dinero que se había gastado, romper un compromiso largamente esperado, y tenía que proteger lo que más quería en la vida: a su madre y a su hermana.

Cerró los ojos, y cuando el sueño al fin lo alcanzó, le duró muy poco. Percibió el peso en el colchón, y algo que lo rozaba. Se giró con cuidado, abrió los ojos, y soltó una blasfemia, Mary estaba acostada con él completamente desnuda.

—¿Qué diantres haces aquí?

Ella abrió los ojos y lo miró sin un parpadeo.

—Comprometerte.

Él, saltó de la cama como un resorte, ella se quedó sentada, aunque subió la sábana para cubrir sus pechos. Sin la ropa, Brandon era puro músculo. Dormía sin camisón salvo unos pantalones claros de lino.

—¡Eres una desgraciada! —el hombre comenzaba a estar fuera de sí.

—Ahora no lo entiendes, pero hago esto por nuestra familia —era la explicación más estúpida de cuantas había recibido.

—¡Lárgate! —trató de empujarla para obligarla.

—¡No! —exclamó Mary decidida.

—¿Crees que vas a comprometerme?

Mary se lamió el labio inferior de la boca. Sufría enormemente por lo que estaba haciendo, pero era la única solución. Obligando a Ian a casarse con ella, evitaba el escándalo que planeaba sobre su familia. Su abuelo no recibiría una noticia que podría llevarlo a la tumba, y donde la única culpable sería ella.

—Si hubieras aceptado ayudarme no me habrías obligado a esto.

Estaba pasmado.

—¿Qué yo te he obligado...! —respondió con voz estrangulada.

Mary se arrodilló en la cama y se enrolló la sábana por la cintura, entonces se abrazó a él que seguía de pie en el lateral. Aplastó sus senos en su recio pecho, y lo miró de frente. Ian trató de soltarle los brazos de su cuello, pero ella no se lo permitió.

—¿Perdóname, pero lo hago por mi abuelo! —le dijo antes de lanzar un grito y besarlo a continuación.

El gesto sorpresivo lo dejó sin capacidad de reacción. Se quedó quieto porque sentía cientos de agujas que le traspasaban las entrañas. Le sujetó los brazos para apartarla, segundos después la puerta de la habitación se abrió, y Lorenzo fue el primero en ver la espalda desnuda de la prometida de su sobrino. Los dos se abrazaban y se besaban, y el grito que había escuchado quedó olvidado en el fondo de su memoria.

—¿Qué sucede? —preguntó Marina poco después, pero no obtuvo respuesta.

Ian había cogido la colcha para tapar la desnudez de Mary. Quería evitarle a su madre un disgusto mayor. Mary seguía abrazada a su cuello, y él rodeándola por la cintura.

—¡Pagarás por esto! —le susurró al oído.

—¡Ian! —Marina no podía creer lo que veía—. ¡Oh Dios mío! ¡En la casa de mi padre! ¿Cómo has podido? —la mujer estaba muy afectada.

Lorenzo tuvo el atino de cerrar la puerta, y de llevarse a su hermana del dormitorio que ocupaba su hijo.

—Vamos —le dijo Lorenzo.

—¿Qué escándalo... qué escándalo! —gritó la mujer angustiada.

—Marina —le dijo de pronto—. Recuerda que es ella la que está en la alcoba de él y no a la inversa...

A Lorenzo le parecía un detalle muy importante a tener en cuenta.

## CAPÍTULO 10

La acción de Mary había provocado que nadie en Zambra durmiera esa noche. Cuando la puerta de la alcoba se cerró, ella lo soltó del cuello y se tapó los senos que había dejado al descubierto. Nunca en su vida había sentido tanta vergüenza, pero estaba desesperada.

Ian la miró larga y profundamente, pero no hizo ni dijo nada.

La muchacha seguía mortificada, pero tenía un objetivo en mente, y todo lo que tuviera que hacer para alcanzarlo, le parecía justificable. Lo había planeado todo durante el viaje de Sevilla a Córdoba. Mary había barajado tres opciones: pedirle ayuda y que Ian se la diera, la segunda opción si se negaba, era tratar de animarlo a que la sedujera, pero había fracasado. La tercera y última era la más descabellada y ruin, la que había esperado no tener que utilizar, pero él no le había dejado más opción: comprometerlo delante de su madre y de su tío.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —Ian no podía dejar de mirarla a los ojos, de tratar de comprender qué demonios le había pasado por la cabeza.

Mary veía en el rostro masculino profunda decepción.

—Sí —contestó en voz baja—, pero tenía que hacerlo.

—¡No quiero casarme contigo!

Ella tuvo el atino de bajar la cabeza.

—Pero es que no te voy a dar opción a que te niegues.

—¿Todo esto para salvar tu reputación? ¿Una reputación que te importó bien poco comprometer?

Si él tenía todo el derecho del mundo a estar enfadado, ella tenía el derecho de no querer provocar la muerte de su abuelo con semejante escándalo.

—Ya te he demostrado que mi reputación es en lo que menos he pensado en estos días. Después de lo del invernadero, fui consciente de que iba a hacer sufrir muchísimo a mi abuelo al que adoro, a decepcionar a mi padre, a quién amo con toda mi alma, y no podía permitirlo. Llevo tanto tiempo escuchando sobre nuestro compromiso, que llegué a detestar todo lo que tenía que ver con nuestra boda, y quizás por eso me dejé deslumbrar por un desgraciado al que solo le interesaba pasar un rato con una muchacha de cabeza hueca. Ahí me di cuenta de lo ciega que he estado. Soy una Penword, y tenía que hacer honor a la palabra que mi padre entregó por mí.

—¿Y no te importa lo que yo piense o lo que sienta?

Mary alzó la cabeza y clavó sus bonitos ojos grises en los verdes.

—Solo ha cambiado en nuestro compromiso el beso que le di a Lope Moreno.

—No hablamos de un beso sino de tus actos.

—Ahora te he besado a ti...

Ian cerró los ojos. Ella no comprendía nada, pero cuando iba a decir algo, unos golpes en la puerta lo silenciaron. Era Lorenzo que los urgía a salir.

—Vístete acorde al momento pues tenemos que ofrecer una larga explicación al conde de Zambra —la apremió él.

Cuando una hora después Mary se personó en el salón principal de Zambra vestida para recibir la mayor regañina de su vida, se encontró con la figura de un sacerdote que esperaba junto a Ian. Mary percibió la mirada reprobadora de Marina, y que su hermano no se atrevía a mirarla.

—Ya les he explicado lo que ha sucedido —dijo Ian. Ella no tenía modo de saber qué versión sobre los hechos habría ofrecido él—. Acepto que he comprometido tu reputación, y estoy dispuesto a reparar el daño.

Mary no esperaba ese resultado. Ella había creído que se casarían, cierto, pero en Inglaterra. Lo había comprometido para que no pudiera negarse, no para desposarse de madrugada en Zambra.

—Podemos casarnos en Inglaterra —sugirió ella de forma muy suave.

Ian hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No es lo apropiado, lady Penword —respondió Lorenzo por él, pero con la voz tan dura como el granito—. Somos una familia decente.

—Es esto lo que queríamos, ¿verdad? —respondió su prometido.

Que Ian se incluyera en sus maquinaciones, la sorprendió, y, salvo ella, nadie percibió el tono irónico de su voz.

—No esperaba un comportamiento así de ninguno de los dos, pero de ti menos, Ian —susurró Marina con voz triste—. ¡Qué vergüenza por Dios!

Mary vio perfectamente el brillo herido del hombre que estaba dispuesto a cargar con toda la culpa.

—Lo lamento madre, no sé qué rayo me alcanzó —trató de justificarse, aunque se le enredó la voz—. Mi prometida es tan hermosa, que simplemente perdí la cabeza.

Mary no sabía hacia dónde mirar. ¿La consideraba de verdad bonita?

—¿Por esa razón estaba ella en tu habitación, sobrino?

Ese era un escollo difícil de explicar, pero, afortunadamente, el sacerdote intervino para que la breve ceremonia se celebrase cuanto antes pues él quería regresar a su lecho. Si el sacerdote estaba en Zambra para officiar una boda apresurada, era por la amistad que lo unía a Lorenzo del Valle, y deseoso estaba el religioso de concluir la.

Y así fue como Mary Dawn Eleanor Penword se convirtió en lady McGregor, en una ceremonia fría celebrada de madrugada. No hubo brindis ni tarta nupcial, pero ella se había salido con la suya. Ian no había podido negarse a hacerla su esposa. Su abuelo no se vería envuelto en un escándalo familiar. Sabía que había actuado mal, pero no le importó. Y por no importarle se llevó la sorpresa de su vida, también un inmenso alivio pues Ian no quiso consumar el matrimonio. Le explicó brevemente que antes tenía que hablar con su padre, y ofrecerle las disculpas que se merecía por privarlo de llevar a su primogénita al altar. Que fuera tan caballeroso le desencajó todos los esquemas porque su apariencia no concordaba en nada con sus actos. Mary durmió esa noche en Zambra en la cama de Ian, y él en la alfombra junto a la chimenea apagada.

Cuando Andrew y Blanca llegaron a Zambra a mitad de la mañana, se encontraron con la nueva. Lorenzo del Valle le explicó brevemente que Ian había comprometido a Mary, pero que había respondido con el honor de un caballero.

En una estancia se encontraba Marina hablando con su hijo. En otra se encontraba Andrew hablando con su sobrina.

—¿Cómo voy a explicarle a tu padre todo esto? —en la voz del inglés se advertía preocupación—. ¡Estabas bajo mi cuidado!

Mary respiró hondo varias veces. Tenía preparada una explicación, y fue la que le ofreció.

—Ian y yo discutimos en Sevilla —comenzó, y se alegraba porque no era del todo una mentira—. Me quedé destrozada, y por eso decidí venir a Zambra para tratar de arreglar el malentendido entre ambos —ahora calló un momento antes de continuar—. ¿Nunca ha hecho las paces con su esposa Isabel?

Sí, admitió Andrew, él había hecho muchas veces las paces con su esposa, y habían terminado en la cama. Y eso era justo lo que Mary pretendía que todos creyesen: que una disputa de enamorados había terminado en algo más íntimo y comprometedor.

Para Andrew había algo que no encajaba.

—Mi prometido... —rectificó la mujer—, esposo, es un hombre muy apuesto, además, lo conozco desde siempre, y por eso me pareció natural conversar con él, aunque las circunstancias fueran un tanto inusuales —estaba claro que su tío Andrew no la creía del todo—. ¡Nos íbamos a casar en breve!

—Pero las cosas no se hacen así —la reprendió el tío.

—Todos se olvidan que tengo sangre española —se defendió ella—, y que estamos en Córdoba.

Mary conocía la historia de amor de su tío Andrew y de su esposa Isabel, de la hija que habían engendrado antes de estar casados, era el menos indicado para reprocharle nada.

—Tu padre Justin me va a sacar los hígados —admitió Andrew con pesar.

Si había algo que Ian no soportaba, eran las lágrimas de su madre. Marina había aguantado con templanza todo lo que había ocurrido, ahora tenía que aceptar que él había cumplido con su parte del trato: Mary Penword era ahora lady McGregor.

—Quería la mejor boda para ti —sollozó al mismo tiempo que se limpiaba las lágrimas con un pañuelo.

Ian podía entenderla. Ni el laird de Ruthvencastle ni Marina habían tenido la boda soñada. Su primo Justin y su esposa Dawn tampoco, pues él se había casado inconsciente porque ella le había disparado.

—Al menos lady McGregor no será madre antes que esposa —le dijo para tranquilizarla.

Marina se secó los ojos y medio sonrió.

—¡Es que llevo preparando esta boda dos años! —exclamó a punto de llorar de nuevo.

Ian abrazó a su madre y la besó en la coronilla. Era tan alto que ella le llegaba al pecho.

—Le prometo que Serena tendrá la boda más espectacular e impresionante de todos los McGregors de la historia.

Marina lo abrazó fuerte. Había algo que Ian no le contaba. Siempre había sido sincero con ella, pero desde que regresó de Sevilla, no parecía el mismo.

—No te veo feliz —dijo de pronto.

Ian no se había resistido todo lo que le hubiera gustado a la boda porque tenía muchos frentes abiertos. Había decidido en Sevilla no casarse con Mary, pero ella había manipulado los acontecimientos para no dejarle más opción. Seguía pensando igual sobre ella, pero con la boda de ambos no tenía que devolver el dinero adelantado, y Redtower quedaba de nuevo en manos de los Penword. Todo eso había pesado en su ánimo mucho más que sus reticencias.

—Me cuesta acostumbrarme a mi nuevo estado —le dijo—. Sigo viendo a Mary igual que en el pasado.

Ian trataba de borrar del rostro de su madre la preocupación.

—Imagino que es por eso —aceptó ella—. Sabías que sería tu esposa desde que la viste nacer, y te cuesta acostumbrarte a que sea por fin lo sea.

—Me gustaría pedirle un favor —Marina lo miró atentamente—. Que se quede aquí en Zambra un tiempo.

Marina parpadeó asombrada.

—Pero eso es imposible, tengo que cuidar de Serena.

Ian la tomó de los hombros y la miró fijamente.

—Yo traeré a Serena a Zambra, ¡lo juro!

La madre se resistía.

—¡Pero mi lugar está en Ruthvencastle!

Ian soltó un suspiro largo y profundo.

—No deseo que regrese con mi padre.

—¡Ian! —exclamó Marina—. Soy católica, no puedo abandonar a mi esposo.

—¿A pesar de lo que la hace sufrir? ¿De cómo trata a mi hermana?

Marina inclinó la cabeza porque le costaba sostenerle la mirada a su hijo.

—Brandon es un hombre complicado —aceptó ella—, pero nos ama. Tenía conocimiento de la herencia que mi padre le ha dejado a Serena, y se inquietó.

—Yo la prefiero a usted lejos y feliz, que en casa y desgraciada, eso es lo que me diferencia de mi padre.

Marina se dijo que había tantas cosas inconclusas del pasado.

—El conde de Zambra comprometió en matrimonio a tu hermana para ligarla a Córdoba, y tu padre no pudo deshacer lo pactado, de ahí el resquemor que siente y que moldea su comportamiento.

—Eso no disculpa su control y su esfuerzo por hacerlas desgraciadas a ambas.

Marina no quería que Ian pensara tan mal de su padre. Brandon era muy difícil en el trato, pero ella lo quería.

—Ya me he despedido de mi padre gracias a ti —le dijo ella—. También de mi hermano, ahora tengo que regresar a casa para que tu padre me lleve con Serena.

—No lo permitiré, mi padre no va a aceptar la dote que el abuelo le ha dejado a mi hermana porque ello significará perderla para siempre.

—El abuelo te ha dejado a ti una hermosa propiedad a dos leguas de Córdoba.

—¿A mí? —preguntó incrédulo.

—Y una herencia de cinco mil reales. Mi hermano ignoraba lo que contenía el testamento, y por eso no se te citó para su lectura.

—¿El abuelo Álvaro me ha dejado...? —Ian seguía asombrado.

Él, que se había preocupado tanto por el regalo adelantado que le había dado el tío abuelo Devlin y que se había gastado, y ahora disponía de efectivo para buscar a Serena. Si algo había tenido claro antes de la conversación con su madre, era que no iba a preguntarle a su padre ni a vivir en Ruthvencastle, pero con la decisión de ella de volver con el laird, a él no le quedaba más remedio que acompañarla.

—¡Vamos a celebrar un pequeño banquete! —dijo Marina con una sonrisa de oreja a oreja—. Tengo un disgusto enorme, pero estoy emocionada.

—¿Una celebración?

—En Zambra, por tus esponsales —explicó Marina—. Mi hermano ha ordenado al servicio pulir la plata y adornar el Salón de Embajadores —en ese salón de banquetes había almorzado el mismo rey de España—. Por la tarde vendrán algunas personalidades importantes de la ciudad. Lorenzo desea que tu boda sea un poco inolvidable para ti y para Mary.

Ian abrazó a su madre con todas sus fuerzas. Tenía una Hidra por esposa, una propiedad en Córdoba, y cinco mil reales. En verdad se sentía un hombre afortunado, salvo por Mary. Su carácter le iba a pasar factura porque no podía olvidar que lo había desagraviado y después obligado a casarse con ella.

Pronto se dio cuenta Ian de lo voluntariosa que era Mary, de lo poco convencional que era, y de lo que le gustaba saltarse las normas. El viaje de regreso a Inglaterra le había supuesto un verdadero desafío. Por algún motivo desconocido, ella creía que no consumaba el matrimonio

porque había dado con la fórmula para deshacerse de ella una vez pisaran suelo inglés.

¿Qué hombre en sus cabales no le hacía el amor a su esposa?

Mary no se tenía por un adefesio, y, en esos días que duró el viaje, se esmeró por estar más guapa que nunca, por mostrarse divertida, atenta, pero Ian parecía esa sosa peladura de patata que ella le había mencionado a su prima en alguna ocasión, prima que por cierto le había retirado la palabra a pesar de haber seguido su consejo de ir en busca de su prometido y de convencerlo. En el barco, Blanca la había evitado por completo, y Mary lo lamentó de veras porque la quería muchísimo. Se preguntó a qué conclusión habría llegado ella para estar tan enfadada, y se dijo que le daría un tiempo antes de ponerse a la tarea de recuperar la bonita amistad que compartían.

A medida que el carruaje los conducía a Crimson Hill, su nerviosismo aumentaba. No era lo mismo pensar en la reacción de su padre en Córdoba, que ahora que se acercaba a destino. Las tres mujeres del interior del carruaje no compartían palabras, pero sí pensamientos contradictorios.

Andrew e Ian habían decidido hacer el último tramo de viaje cabalgando para soltar adrenalina, y, cuando detuvieron las monturas en la gran escalinata de la casa, prácticamente todos los estaban esperando.

Crespones negros cubrían la puerta de entrada y las ventanas.

El duque de Arun había muerto en el hospital debido a una complicación por culpa de una neumonía mal curada. Mary lloró como nunca en su vida. No habían llegado a tiempo para el sepelio. El duque había sido enterrado en la capilla familiar cerca de King James's, y hacia allí se dirigieron los recién llegados para honrarlo con los honores que merecía.



## CAPÍTULO 11

Justin miraba a su yerno con atención. Los dos hombres estaban solos en la biblioteca de Crimson Hill. Había llegado el momento de mantener la conversación que habían pospuesto por la muerte del duque.

El luto cubría el corazón de todos, pero había asuntos por resolver.

—Me has decepcionado mucho —le dijo con voz seria.

Antes de que ninguno de los dos esposos pudiera anunciar nada, Marina se había encargado de comunicarle al nuevo duque que Mary e Ian se habían casado en Zambra. Lo había creído conveniente, pues tras conocer la noticia sobre la muerte de su abuelo, Mary se había encerrado en su habitación y no había salido desde entonces. Ni su madre lograba que le abriera la puerta.

—Soy consciente, lord Penword, pero ignoraba que mi tío abuelo estaba en el hospital, Mary no me lo comunicó.

Justin no entendía el motivo para el retraso cuando Andrew había recibido el telegrama en Silencios.

—Faltaba muy poco para la boda —le recriminó Justin—. ¿Cómo es posible Ian? No es propio de ti.

El escocés apretó los labios porque no podía revelar la verdad, pero tampoco quería mentirle.

—Mary y yo discutimos en Sevilla —Justin ya lo sabía porque se lo había contado Andrew—. Me marché enojado, pero ella decidió hacer las paces, y por eso me siguió hasta Córdoba.

—¿Por qué discutiste con mi hija? —indagó Justin.

Ian pensó que podría contarle parte de la verdad.

—Mary no quiere vivir Escocia, y no me lo tomé muy bien.

Justin podía comprender la reticencia de su hija a vivir en un lugar tan apartado como Ruthvencastle.

—Tú mismo afirmaste que pensabais vivir un tiempo aquí, en Crimson Hill, con nosotros.

Eso había sido antes de que su padre encerrara a Serena, y de que su madre decidiera seguir en Ruthvencastle con su padre. Él no podía dejar a Mary en Inglaterra mientras buscaba a su hermana, porque no sería ni correcto ni apropiado.

—En mi defensa debo decir que no hemos consumado el matrimonio —Justin lo miró sorprendido—. Quería obtener antes su aprobación.

A Justin le parecía increíble. Había comprometido a su hija, pero no había concluido la seducción una vez casados. ¿Algo tenía sentido?

—Si no os hubieseis casado en Zambra, no podríais haberlo hecho en Inglaterra por la muerte de mi padre.

Ian sabía que el periodo de luto que tendría que guardar Mary por la muerte de su abuelo era mínimo de un año. ¿Acaso el nuevo duque insinuaba que la había seducido para no tener que guardar el periodo de duelo obligatorio?

—Lo que ocurrió en Córdoba, no fue premeditado, lo juró.

Justin le creía. Ian Douglas McGregor estaba plantado frente a él, y solo veía sinceridad en sus ojos verdes.

—No sé nada de tu padre, y le he enviado varios telegramas.

Brandon inhaló el aire de forma profunda. Su padre era irascible, obtuso y muy soberbio, pero amaba a su tío Devlin, e Ian se preocupó de verdad por esa información.

—No es propio de él no honrar a los muertos.

Justin pensaba igual. Algo debía de haber ocurrido en Ruthvencastle, aunque ignoraba lo que podía ser.

—¿De verdad no vais a quedaros en Crimson Hill? —preguntó todavía esperanzado—. A mi esposa le gustaría mucho.

Ian hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Prometo traer a Mary lo antes posible.

Y entonces Justin le informó de la vivienda en propiedad que Devlin le había dejado en Londres como regalo de boda. Mary también heredaba la propiedad de Redtower, una finca en Cornualles, y una dote de cincuenta mil libras.

Ian tragó con fuerza. De verse en la miseria, ahora tenía la suficiente liquidez para comenzar una nueva vida, y todo gracias a la generosidad de un hombre extraordinario. Se le llenaron los ojos de lágrimas pensando en su tío abuelo.

—La casa de Londres es pequeña, pero os servirá de momento.

—¿Mary querrá instalarse en Londres? —preguntó demudado.

Justin sonrió.

—Toda mujer desea instalarse en Londres, asistir a fiestas, al teatro, a los diferentes eventos que vuelve locos a los hombres.

Ian volvió a tragar. Él tenía muchas tareas pendientes antes de pensar siquiera en instalarse en Londres. Le sudaron las manos, y se le aceleró el corazón.

—Mi abuelo Álvaro me ha dejado una propiedad en Córdoba y una herencia de cinco mil reales.

Justin lo miró asombrado y después complacido. Ian no era nieto natural del conde de Zambra, pero Álvaro del Valle lo había querido como si lo fuera. Eso decía mucho de su calidad como persona, y Justin lamentó de veras no haber podido asistir a su sepelio en Córdoba.

—Mary va a ser muy feliz pues podrá visitar España al menos una vez al año, y en tu casa que será la suya.

Ian tensó los hombros con orgullo.

—Tengo que saber qué le ha ocurrido a mi padre —dijo de pronto pensativo.

—Podrías dejar a Mary aquí con nosotros hasta que supere la muerte de su abuelo —Ian ya negaba con la cabeza.

—Mi madre me ayudará a cuidarla —se apresuró a decir.

Justin ni lo dudaba.

—¿No puedo convencerte? —volvió a negar—. Vayamos entonces con el resto de la familia.

Mary no encontraba consuelo. No aceptaba la muerte de su abuelo. ¡No se había despedido de él! Sentía un peso enorme en el corazón, y le dolía la garganta por los sollozos desgarrados que había lanzado durante horas.

Se sentía emocionalmente devastada.

Con su decisión de viajar a España estando su boda tan cerca, había recibido de él una fuerte regañina, y la sumía en una profunda pena que esas hubieran sido sus últimas palabras. Volvió a llorar, pero ya no le quedaban más lágrimas. Le parecía imposible que ese hombre recto, pero cariñoso, ya no estuviera en la casa. Por eso necesitaba tiempo para digerir la terrible noticia de su muerte. Escuchó que su madre golpeaba la puerta de su alcoba, pero hizo oídos sordos. No quería ver ni hablar con nadie. Era consciente que todos sabían que ya estaba casada, y confiaba que le pidieran las oportunas explicaciones a Ian porque ella no tenía entereza para responder a

ninguno.

Escuchó de nuevo golpes en la puerta, y se dijo que su madre era incansable al desánimo. Ahora golpeaban más fuerte, y tras la madera escuchó la voz de Ian. Le pedía que abriera la puerta, ella no debía desobedecerlo, pero no le importó hacerlo. Le gritó que se fuera, que deseaba estar sola, pero él desoyó su ruego. Tanto insistió y tanto golpeó la puerta, que finalmente se levantó de la cama y se obligó a caminar para abrirla.

Cuando lo hizo, su madre estaba al lado de Ian con el rostro desencajado. Ella también sufría por la muerte del duque porque lo consideraba un padre. Devlin había sido el suegro más querido y respetado de Inglaterra.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la madre con voz entrecortada—. No has comido nada en todo el día.

Mary no sabía que habían pasado tantas horas.

—Solo quiero estar sola —murmuró apenas sin voz.

Ian le dijo algo a su madre, aunque no pudo escucharlo, tampoco quería. Ella le hizo un gesto afirmativo, y se marchó instantes después. Su esposo entró a la estancia que estaba a oscuras, y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué quieres? —le preguntó algo desabrida.

Lo último que necesitaba era una discusión o más problemas.

—Vengo a consolarte.

—Nadie puede.

Ian no le hizo caso. Mary estaba plantada de pie en el centro de la alcoba, y sin saber muy bien hacia dónde dirigirse. La falta de alimento le provocaba flojedad, pero era incapaz de llevarse algo a la boca porque lo vomitaría. Ian la sujetó por los hombros con sus grandes manos, y, de repente, la estrechó entre sus brazos hasta aprisionarla junto a su pecho. Mary sintió su calor, su fortaleza, y volvió a estallar en llanto.

—¡No pude despedirme! —lloró desconsolada—. Lo último que tengo de él es su regañina porque me empeñe en viajar a España. No lo escuché...

—Tienes muchos más recuerdos que esas últimas palabras, además, tu abuelo te quería con toda su alma. Busca en tu corazón, sostén tu duelo con esos momentos extraordinarios que compartiste con él.

Mary siguió llorando.

Él, ya no dijo nada más. La alzó en brazos y la llevó al lecho. La depositó con ternura en el blando colchón y la tapó con la colcha, después se acostó tras la espalda femenina, y la abrazó con fuerza.

A ella le provocaba un gran consuelo saberse protegida por él.

—Vamos a pasar estos momentos difíciles y tristes juntos, confortándonos el uno al otro.

Mary estaba sorprendida porque parecía que Ian sabía exactamente lo que precisaba: apoyo, cariño, y él se lo daba sin rencores.

—Esto es precisamente lo que necesito, ¿cómo lo supiste?

Le preguntó bastante intrigada, pero sin dejar de llorar.

—Porque es lo mismo que necesito yo...

Su altruismo le provocó un nuevo estallido de lágrimas. Él le permitió que se desahogara sin decirle nada, simplemente le acariciaba el cabello con inmensa ternura tratando de serenarla. Ella se había portado muy mal, y él le correspondía con generosidad. Mary se sentía muy afectada por los momentos duros que le había hecho vivir en el pasado.

—¿Por qué no has querido consumir el matrimonio? —le preguntó de sopetón.

Lo escuchó suspirar tras su espalda.

—Porque tienes que acostumbrarte a mí —respondió después de un minuto.

—Pero no eres un desconocido —replicó la otra pegándose más al pecho de él.

—Necesitas tiempo, y yo tengo todo el tiempo del mundo.

## CAPÍTULO 12

Cuando Mary despertó, Ian la mantenía abrazada. Respiraba de forma acompasada sobre su coronilla, y ella no se movió para no despertarlo. Era en verdad agradable tener esa torre en la cama con ella, porque ya nunca más iba a pasar frío. Ella odiaba el frío con todas sus fuerzas, igual que detestaba por igual la humedad y la lluvia. Por ese motivo adoraba España, pero ahora, casada con esa estufa de dos metros, pensó que sus noches podrían no ser tan malas.

El pensamiento le hizo sonreír.

—Qué guapa estás por la mañana.

Se sobresaltó porque había creído que dormía. Un golpe en la puerta hizo que se removiera inquieta.

—Seguro que es mi madre.

Se levantó y caminó para abrirla, al hacerlo vio que no se había equivocado: era su madre que la miraba con atención.

Cuando la mujer vio el rostro de su hija, se tranquilizó. Ya no tenía esa amargura de la noche anterior.

—Quería preguntarte si pensáis bajar a desayunar, o preferís que os suban una bandeja con alimentos.

Mary se quedó pensativa. Estaba demasiado a gusto con su esposo, pero tenía que hablar con su padre. Después del desayuno sería el momento idóneo para hacerlo.

—Nos arreglamos y bajamos.

Cuando una hora más tarde se reunieron con el resto de la familia para desayunar en el amplio comedor de la casa, los rostros de sus hermanos mostraban lo desconsolados que se sentían. Extrañaba a su hermano Roderick que era el más serio de todos, pero ahora servía en el Ejército de Su Majestad por orden de su padre que estaba convencido que la vida de marino de navío le iba a sentar muy bien, y le haría olvidarse de la prima Serena. Los gemelos Devlin y Hayden tenían los párpados hinchados, también los mellizos Víctor y Andrew. Solo la pequeña Beatrice de cuatro años se mostraba igual que siempre: habladora e inquieta. La familia Penword era muy numerosa, pero ahora faltaba el pilar más importante de todos: el duque. Mary trató de no llorar, pero le costó un mundo. El desayuno fue largo y silencioso, si bien la llegada inesperada de su tío abuelo Rodrigo de Velasco, logró alterar el desayuno fúnebre.

Su padre Justin se levantó, y su madre se lanzó a los brazos de su tío. La vio llorar de pena, y ella también se rindió al llanto. Su padre ordenó a una sirvienta que se llevara a la pequeña Beatrice para que no viera el desconsuelo que los cubría a todos, la pequeña había comenzado a hacer preguntas incómodas.

—No he podido llegar más rápido —se excusó el conde—. Tu cuñado Andrew me envió un telegrama a Ronda, pero me encontraba en la corte de Madrid —explicó el hombre maduro.

El resto de sus hermanos saludaron por turnos al tío abuelo, y volvieron a tomar asiento en la mesa. Ian también lo saludó, pero Mary no podía levantarse. Estaba paralizada, con la garganta cerrada y el corazón en suspenso. Su tío abuelo no dijo nada, simplemente la miró con una sonrisa de ánimo, y después tomó asiento al lado de su padre.

Aceptó el café que le ofreció.

—¿Cómo está María? —le preguntó Justin cortés.

María era la madre del conde.

—Apenas puede caminar, pero os envía todo su cariño. Si no fuera por su delicada salud,

habría viajado conmigo.

Y durante la siguiente hora, Justin puso al corriente al tío abuelo Rodrigo. En una semana iba a celebrarse una misa por el responso del alma del duque, y el conde aceptó quedarse en Inglaterra hasta entonces. También le informó de la llegada en breve del conde de Zambra, y del barón de Bidasoa con su esposa e hijos. Todos querían rendir los honores que se merecía un hombre tan extraordinario.

Ian no había visto a su tía Violet, ni a sus primos en Córdoba, y se alegraba de verdad que viajaran a Inglaterra. Era posible que su padre celebrase la visita de ellos, y de pronto se descorazonó. Debían de existir muchos problemas en Ruthvencastle porque su padre no había asistido al funeral de su amado tío. Y de pronto se percató que su madre Marina no estaba en la mesa con el resto de la familia, y su suegra tampoco. Pasaron unos minutos, y entonces la nueva duquesa regresó al comedor. Vio que se limpiaba las lágrimas, y que tomaba asiento de nuevo en la mesa una vez que se hubo cerciorado de que todo marchaba bien, tanto en las cocinas como en el resto de la casa. En voz baja le preguntó a lady Penword por su madre Marina.

—Se quedó hasta muy tarde atendiendo a las diferentes visitas que llegaban a Crimson Hill — le explicó—. Ha sido una verdadera ayuda para mí, y le rogué que no madrugara —Ian soltó el aliento aliviado—. Extraño mucho a mi yaya Eulalia, pero está cuidando a mi abuela en Ronda, y por eso agradezco tanto la ayuda que tu madre me brinda en estos momentos tan duros.

Ian pensó que no había una madre más buena que la suya.

Cuando Rodrigo de Velasco se despidió y se marchó, Justin miró a su hija y le hizo un gesto para que lo siguiera al despacho. Mary supo que había llegado el momento de mantener la conversación necesaria con su padre. Ian hizo el gesto de acompañarla, pero Aurora lo detuvo al sujetarlo por el brazo.

—Tienen que hablar a solas —susurró—, y te agradecería mucho que me ayudaras con tus primos —Ian no la entendió—. Ahora necesitan centrarse en otros temas diferentes, y tu viaje a América es la mejor distracción para aliviar un poco el sentimiento de pérdida que tienen.

Ian volvió a tomar asiento. Le habría gustado estar con Mary cuando hablara con su padre, pero supo que tenía que mantenerse en un segundo lugar. Ayudar a sus primos le pareció acertado, aunque no tuvo que hacerlo porque la casa se llenó con la presencia de los dos hermanos de Aurora, Christopher y Andrew, y con sus respectivas esposas e hijos. Arthur estaba muy lejos, en América, pero ya estaba haciendo planes para viajar a Inglaterra.

Justin miró a su hija con la misma tristeza que ella lo miraba a él. El padre no se había sentado tras el escritorio, sino que estaba apoyado sobre una esquina de la mesa. Mary había tomado asiento en el sillón de piel.

—Ayer mantuve una conversación larga con Ian —comenzó—, y sé que hay detalles que no me ha revelado sobre vuestra precipitada boda, y por eso confío que lo hagas tú.

Mary seguía teniendo el nudo de nuez en la garganta.

—Yo... no quiero hablar ahora —respondió—, no, teniendo la muerte del abuelo tan presente.

—Si no te marcharas a Escocia, podría esperar.

Justin la vio tragar con fuerza. Respirar profundo, dudar y carraspear para aclararse la voz.

—Fui yo quién comprometió a Ian en Zambra.

Su padre la miró con atención.

—Continúa.

Así lo hizo. Mary le explicó que estaba tan agobiada por la boda, que se había dejado

deslumbrar por un moreno militar español que solo buscaba seducirla. No se dejó nada, y cuando llegó al sentimiento de culpa por la noticia del ingreso de su abuelo en el hospital, confesó sincera que entró en pánico, y que decidió hacer lo imposible para no darle un disgusto a su abuelo que podría ser mortal. Le explicó las tres opciones que había barajado, y que se decidió por la última: provocar que los pillaran en una actitud indecente porque sabía que Ian no podría negarse a reparar su honor.

Mary no lloró durante su narración, y cuando al fin calló, su padre soltó un suspiro largo y pesado.

—Ya suponía que esa era una actitud impropia de Ian —dijo muy disgustado y con rostro sombrío—, y más acorde con la tuya.

—Por mi compromiso, no he sido presentada en sociedad —le dijo ella con voz ronca—, no he tenido el privilegio de ser agasajada por muchachos de mi edad —continuó—, y como cualquier joven, he echado en falta que me consideren inteligente, y bonita —Mary hizo una pausa—. Llevaba cuatro años sin ver a Ian —Justin sabía que era cierto. Ian se había mantenido dos años sin pisar Crimson Hill, y dos años más en las colonias—. Cuatro años —repitió la hija—, desde los dieciséis a los veinte, y justo es ese tiempo donde una muchacha se hace mujer y necesita que alimenten su autoestima.

—Eso me suenan a excusas —contestó el duque.

Ahora miró a su padre fijamente.

—No lo son —afirmó con voz serena—. Todos en esta casa han olvidado, que soy una muchacha con las mismas necesidades de otras muchachas que sí han tenido su presentación en sociedad. Que han tenido la oportunidad de ser agasajada por herederos del reino, y de escoger entre ellos a su futuro marido.

Justin tuvo que corregirla, pero lo hizo de forma suave.

—La gran mayoría de esas muchachas no han tenido la opción de elegir como mencionas —matizó el padre—. Las hijas nobles, igual que los hijos, tienen una obligación para la familia, y tu deber era mostrar respeto a los acuerdos establecidos.

—Acepto que me equivoqué en los modos, pero el resultado es el mismo: estoy casada con Ian Douglas McGregor.

—Pero no tenía que ser así, Mary —la muchacha bajó los ojos—. Quería llevarte al altar, sentirme orgulloso en el día más importante de tu vida.

Mary giró el rostro para que su padre no viera su hastío, pues su boda no había sido ni sería el día más importante de su vida.

—¿Tanto le he decepcionado? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Te importaría que así fuera? —preguntó el padre.

—Es difícil sobrellevar la culpa que siento por la decepción que le causé al abuelo —Mary sollozó—, y ahora a usted.

—Es el resultado de no pensar antes de actuar.

—Le aseguré que pensé muy bien cómo arreglar lo que provoqué, y aquí estoy con las consecuencias de mis actos —ella se ponía a la defensiva.

—No iniciemos una discusión que me provoque una pena más profunda de la que siento en estos momentos —medió el padre.

Mary supo que tenía que desandar el camino avanzado.

—Le ruego que me perdone —murmuró ella con voz sincera—. Provocarle pesar es la última de mis intenciones.

Justin soltó un suspiro largo.

—El abuelo fue muy generoso contigo y con Ian.

Un momento después le reveló el regalo de bodas que Devlin le había dejado a su nieta. Y padre e hija siguieron hablando gran parte de la mañana ajenos a los planes que hacía Ian para regresar a Escocia cuanto antes.



## CAPÍTULO 13

El viaje a Ruthvencastle resultó largo y pesado por la cantidad de ajuar que llevaba Mary. Ian había insistido en que dejase la mayor parte en Crimson Hill, pero ella se había mostrado espantada, ¿qué esposa dejaba todos sus enseres de novia atrás para comenzar una nueva vida? Además, en la carreta llevaba mucha ropa de abrigo pues sabía cómo se las gastaba el tiempo tan al norte.

Justin le había aconsejado a Ian que esperaran hasta la llegada del hermano de Marina y del barón de Bidasoa, esposo de su tía Violet, pero él no aceptó la sugerencia. Sentía la urgente necesidad de llegar a Ruthvencastle porque hacía varias semanas que no veía su hermana Serena, además, su madre Marina parecía desesperada.

Justin y Aurora terminaron aceptando la marcha de su primogénita.

Durante el viaje, Marina se mantuvo la mayor parte del tiempo en silencio, y Mary no la molestó. Conocía por su esposo lo angustiada que estaba por su hija Serena, y de lo culpable que se sentía por haberla dejado en Escocia mientras viajaba a España para ofrecerle sus respetos a su padre fallecido.

Ian las había dejado solas en el interior del carruaje pues había decidido cabalgar y adelantarse a la llegada de ellas.

Mary se dijo que el duque de Arun y el conde de Zambra habían fallecido casi al mismo tiempo, y se preguntó si ello significaría algo. Como si Marina percibiera el estado nervioso de ella, la miró y le sonrió, Mary le correspondió. La madre de Ian lograba serenarla con sus bonitos ojos castaños.

—¿Te gustaría que te hablara sobre nuestro hogar en las Tierras Altas?, porque imagino que nadie te ha explicado nada sobre lo que vas a encontrarte cuando lleguemos.

—He visitado muchas veces Edimburgo, pero nunca he estado tan al norte.

Marina conocía esa sensación de desasosiego que sentía la muchacha.

—¿Conoces la historia de la familia de tu esposo? —Mary hizo un gesto negativo con la cabeza—. Lo imaginaba —respondió la otra—. Ruthvencastle fue construida en el siglo XV por el Clan Ruthven. Lord William Ruthven fue un noble escocés, y el primer conde de Gowrie.

—Me pregunto por qué nadie me ha hablado nunca sobre él.

—Podías saciar tu curiosidad cada vez que Ian visitaba Inglaterra —Mary percibió la crítica escondida en la respuesta de su suegra.

—Escocia y mi matrimonio con Ian siempre lo sentí siempre muy lejano.

Marina podía entenderla. Percibió en su tono la esperanza que había albergado de que el matrimonio nunca se llevara a cabo.

—Continuaré con mi relato. William fue el primer noble de la familia Ruthven, y participó en el año 1582 en el complot denominado raid de Ruthven contra la corona escocesa.

—¿Raid de Ruthven? —preguntó Mary interesada.

Que Marina le hablase sobre su recién adquirida familia escocesa le parecía cuanto menos entretenido.

—Es el nombre que se le dio a una conspiración urdida para apoderarse y secuestrar al rey Jacobo VI, y así derrocar al favorito, el conde Arran.

—¿Lo lograron? —quiso saber ella.

Marina negó con la cabeza.

—Fueron descubiertos y hechos prisioneros, pero ambos lograron recuperar su libertad tiempo más tarde. Aunque el castillo en un principio pasó a manos de la corona, fue devuelto a los

Ruthven hace tres siglos.

—La corona se mostró muy magnánima —respondió Mary.

Y Marina se percató de que ella había pensado lo mismo en el pasado.

—Pero no aprendieron la lección porque en el año 1600, los Ruthven se vieron de nuevo implicados en otro complot para matar al rey, en esta ocasión a James VI. Como es lógico fueron ejecutados. En represalia, el rey suprimió el nombre de Ruthven, y la Cámara de Ruthven dejó de existir. Se cambió el nombre del castillo por el de Huntingtower.

—¿Pero regresó la herencia y el nombre al clan Ruthven? —preguntó Mary cada vez más interesada.

—El castillo se mantuvo en posesión de la corona hasta el año 1643, entonces fue entregado a los Murray. El castillo estaba prácticamente en ruinas.

Mary pensó a toda velocidad.

—¿Murray y no McGregor? —preguntó Mary.

Marina le sonrió a su nuera. Con su relato, el rostro de la muchacha ya no estaba tan desanimado.

—Una descendiente de la familia Ruthven, es decir, una antepasada de mi esposo, se casó con el jefe de un clan, Alisdair McGregor. Su riqueza le permitió comprarle el castillo a su anterior propietario y devolverle parte de la gloria que tuvo.

—Estoy deseosa de conocer la propiedad. —Mary meditó las palabras que iba a decir a continuación—. Mi madre me contó hace tiempo lo diferentes que son los habitantes de Escocia de nosotros los ingleses.

Marina se tomó las palabras de Mary con cautela. Ella había aprendido a amar y respetar a los valientes escoceses.

—¿Qué detalles te contó tu madre? —le preguntó ella.

Mary dudó en responderle.

—Que las familias viven agrupadas en un clan. Que sus miembros son beligerantes y supersticiosos, así como rudos y violentos. —Marina medio sonrió.

Esa descripción pertenecía al pasado, no a la actualidad.

—El pueblo escocés es valiente, está dispuesto a morir por sus ideas. Eso es algo que podrás apreciar cuando vivas allí.

—Reconozco que no tengo una impresión demasiado favorable —le dijo Mary conciliadora.

—Son un pueblo que antepone la familia a todo. Están dispuestos a morir por ella. Ni te imaginas los límites a los que es capaz de llegar un escocés por defender lo que ama —Marina hablaba con pasión, y Mary se quedó admirada.

Su suegra, que procedía de una de las familias más importantes de Andalucía, había llegado a amar de verdad a los escoceses, y se preguntó si ella podría hacer lo mismo.

Cuando tiempo después el carruaje se paró frente a unas escalinatas de piedra, Mary sintió un escalofrío. Nadie salió a recibir a las viajeras. El palafrenero sacó el escabel para que ambas pudieran bajar con más comodidad. Cuando Mary puso un pie fuera, dirigió sus ojos hacia Ruthvencastle, y lo que vio la dejó completamente descorazonada. Aunque su ubicación era espectacular, el castillo se veía ruinoso. La cubierta del tejado estaba casi en ruinas, y eso que se veía reformado en algunas zonas.

—Créeme, cuando llegué por primera vez, estaba mucho peor —las palabras de su suegra no la animaron en absoluto—. Gasté casi toda mi herencia en restaurarlo, pero había sido dejado en ruinas demasiado tiempo.

Ian salía apresurado del interior del castillo. Cuando Marina lo miró a los ojos, se llevó la

mano al cuello para contener un gemido.

—Ha sucedido algo —le dijo a la madre con voz grave.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Marina.

—Padre no está en la casa...

## CAPÍTULO 14

Cuando entraron al salón de Ruthvencastle, Marina soltó un grito de espanto. Todo estaba destrozado, y había gran cantidad de sangre en el suelo. Mary se encogió con aprensión. Parecía que una lucha a muerte se había suscitado en el interior del castillo.

—¡No hay nadie! —exclamó Ian verdaderamente angustiado, y yendo de un lugar a otro del salón.

Se había adelantado para avisar de la llegada de ellas, y se había encontrado la puerta del castillo abierta, y la ausencia significativa de su padre. Era incapaz de comprender qué había sucedido, dónde se encontraba, y si estaba a salvo. Ignoraba de quién era toda la sangre que había en el suelo del salón, pero se temió lo peor.

—¡Dios bendito! —exclamó Marina con una mano puesta en el corazón.

—¿Vándalos! —se atrevió a preguntar Mary.

Ian hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Quién ha podido hacer algo así?

Ian salió al exterior y les dio indicaciones tanto al cochero como al palafrenero para que introdujeran todos los artículos y los baúles en el interior. Les ordenó que ayudaran a las mujeres con los muebles rotos, y que no las dejaran solas hasta su vuelta.

—Hijo, ¿dónde vas? —quiso saber Marina que lo había seguido.

Ian se giró un tercio y la miró con las pupilas brillantes de preocupación.

—A Dingwall —respondió—. Voy a buscar a Ralph y a Emy, necesitáis ayuda hasta que vuelva.

—¿Volver...? —Marina no pudo continuar.

—Voy a visitar al clan McGiver.

—¿El clan McGiver? —preguntó la madre con la mano en la garganta porque sentía deseos de gritar por la impotencia que sentía.

En el clan McGiver vivía su abuela Morgana, la mujer que lo había maltratado de niño. Estaba muy cerca de Knockfarrel, y cercano al lago Ussie. Hacía tanto tiempo que no veía a su abuela materna, que ignoraba cómo lo recibiría. Su padre la expulsó de Ruthvencastle cuando él era un niño, y jamás le permitió el regreso.

—Podemos acompañarte —le sugirió ella.

Ian apretó los labios y negó una única vez.

—Ralph y Emy estarán aquí antes de que anochezca —le explicó—. El cochero y el palafrenero os ayudaran a sacar y adecentar lo que podáis de Ruthvencastle —Marina asintió sin una protesta—. Necesito que cuide de Mary.

—Sabes que lo haré —respondió la mujer con voz queda.

Ian caminó dos pasos y abrazó a su madre con verdadero cariño.

—Regresaré cuanto antes.

Marina lo vio montar de nuevo y lanzarse al galope sin mirar atrás. Le resultó muy significativo que no se hubiera despedido de su esposa que se encontraba en el interior del salón recolocando muebles volcados. Con un profundo suspiro lleno de miedo, regresó y comenzó la tarea de ordenar y limpiar Ruthvencastle.

Ian se llevó la sorpresa de su vida.

En Dingwall, en la humilde vivienda de Ralph y Emy, encontró a su padre Brandon sumido en una profunda inconsciencia. Había recibido una bala de plomo en la cabeza. El mayordomo y la cocinera que habían servido en el castillo familiar desde que él tenía memoria, habían decidido visitar a Serena y a Marina en Ruthvencastle, también para llevarse algunas pertenencias personales que todavía quedaban en sus dependencias particulares. Cuando llegaron, encontraron el interior del castillo destrozados y al laird en el suelo con una herida de bala. Los dos ancianos se encontraron en la tesitura de no saber qué hacer ni a quién recurrir, y finalmente decidieron llevárselo a Dingwall: la población más cercana a Ruthvencastle. Como eran aldeanos muy pobres, y no disponían de libras para pagar a los servicios de un doctor de la comunidad, habían recurrido al albéitar de Dingwall que le había extraído la bala y dado los primeros auxilios.

Durante varios minutos, Ian no supo qué hacer. Se quedó mirando el cuerpo inerte de su padre sin poder tomar una decisión en un sentido o en otro. Estaba inmóvil, y con la cabeza vendada. Su mente hervía de especulaciones. ¿Quién le había disparado? ¿Por qué motivo?

Tomó la decisión de cabalgar hasta Inverness para contratar los servicios de un médico, conocía a uno en particular que solía visitar al viejo Liam para abastecerse de licor. Necesitaba conocer el estado de salud de su padre, y él podría informarle. Habló con los dos ancianos y les explicó lo que pensaba hacer, les dio un par de recomendaciones, como la de empacar sus enseres porque volvían a Ruthvencastle. Momentos después se encontró cabalgando de nuevo hacia la ciudad. Sabía que el caballo estaba agotado, que su madre y esposa estaban solas en el castillo, pero no podía dejar a su padre sin conocer qué había sucedido.

Cuando llegó a la ciudad de Inverness, ya había anochecido, pero no le resultó difícil encontrar al doctor McLean en la taberna Fiodh. Habló con él y le explicó la situación. No le hizo falta convencerlo para que lo acompañara. El doctor había acompañado en varias juergas a su padre al que consideraba un buen amigo. Cuando llegaron a la vivienda de Ralph y Emy, éstos habían preparado los baúles y lo necesario para regresar de nuevo al castillo. Habían preparado una carreta tirada por dos caballos donde podrían llevar al paciente si el doctor lo autorizaba.

Las siguientes tres horas, el médico se dedicó a examinar al laird McGregor con atención. Les hizo preguntas a los sirvientes, y les pidió que localizaran al albéitar para poder interrogarlo. Cuando giró el rostro para mirar a Ian McGregor, le hizo un gesto negativo con la cabeza que no auguraba nada bueno.

Mary no había trabajado tan duro en su vida. Quitar la reseca sangre del suelo le había costado un esfuerzo considerable porque había penetrado en la madera, y tras limpiarla, quedó una sombra de color oscuro bastante fea. El cochero y el palafrenero sacaron todos los muebles rotos fuera del castillo y les prendieron fuego en el patio. Marina realizó el mismo esfuerzo que su nuera, pero llorando y temiendo lo peor. Brandon era un hombre con un carácter difícil, en ocasiones huraño, pero ella lo quería con toda su alma. En ese momento se arrepentía de haber secundado la idea de Ian de viajar al reino de España. Su padre ya estaba muerto, y ella podría haber esperado un momento más propicio para hacer el viaje, pero si lo hubiera hecho habrían perdido el dinero de los billetes del barco: un dinero precioso y que su hijo había destinado para ella.

¿Cómo podía haberse negado?

Marina se tragó un sollozo, aunque no limpió las lágrimas que le corrían por las mejillas. Desconocía dónde estaba su hija Serena. Ignoraba en qué lugar se encontraba su esposo, y su casa había sido destrozada, aunque no habían robado nada, cosa que la sorprendió.

—Yo lo hare —le dijo Mary quitándole los utensilios de limpieza de las manos porque las tenía a punto de sangrar.

Marina estaba arrodillada fregando el suelo de la cocina.

—El salón ya está terminado —le dijo casi en un susurro—. Hemos colocado las sillas de la biblioteca porque se usan menos, la mesa de la habitación de costura, y las cortinas del dormitorio de invitados. Será suficiente hasta que podamos ir de compras a Edimburgo —Marina escuchó a su nuera, tragó con fuerza, y bajó los ojos al suelo que había estado fregando—. Será agradable acompañarla a elegir nuevas telas y muebles.

Mary trataba de animarla.

—Gracias por tu ayuda —le dijo ella.

La muchacha no podía hacerse una idea de lo que sufría su suegra. Llevaba horas temiéndose lo peor con respecto a su marido e hija. Mary, aunque nunca había limpiado, ni se había ensuciado las manos porque Crimson Hill estaba llena de sirvientes, trató de hacerlo lo mejor que pudo.

—Ian traerá a su esposo de regreso —afirmó sin una duda.

Al escucharla, Marina se puso las manos en el rostro y cedió a un llanto amargo. Mary hizo lo único que podía hacer para consolarla: la abrazó. La mujer permitió que lo hiciera porque era tanto su desconsuelo, que necesitaba un poco de calor humano y aceptó el que su nuera estaba dispuesta a brindarle.

Ian encontró a su madre y a su esposa abrazadas en el suelo de la cocina de Ruthvencastle. Al sentir la presencia masculina, Marina giró la cabeza.

—He encontrado a padre...

## CAPÍTULO 15

Cuando Marina vio a Brandon inconsciente en el interior de una carreta, pensó que estaba muerto. Ian la sujetó por los hombros y le hizo un gesto negativo con la cabeza porque sabía lo que su madre estaba pensando.

—Está vivo —pronunció en voz alta.

Marina estaba desangelada, pero tras un instante de vacilación, corrió hacia el carro. Dos escoceses contratados por Ian bajaban ya la camilla con el laird herido. Tras ellos vio a Ralph y Emy, también al doctor McLean de Inverness.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mientras precedía a los dos hombres que sujetaban la camilla hacia el interior del castillo.

—Recibió un disparo —contestó Ian que iba sujetando puertas.

Cuando llegaron a la alcoba principal, Marina descubrió la cama. Echó el sobrecama hacia atrás. Los dos hombres que llevaban la camilla, la dejaron en el suelo, y, con mucho cuidado, depositaron al laird en el lecho. Marina observó el vendaje de la cabeza, y lanzó una plegaria de agradecimiento al verlo vivo.

—La herida no ha sido profunda sobre la sien izquierda, pero perforó el hueso del cráneo —le informó al médico—. Es imposible calcular el daño que ha sufrido.

—¿Cuánto tiempo lleva inconsciente? —preguntó Marina.

—Lo encontramos nosotros, lady McGregor —explicó Ralph de forma sencilla—. Decidimos hacerles una última visita, también aprovechar el viaje para recoger algunos enseres nuestros que quedaban en Ruthvencastle.

—No había nadie en el castillo, solo el laird —siguió diciendo Emy con voz entrecortada—, y decidimos llevarlo a Dingwall con nosotros.

—Por la cicatrización de la herida —continuó el doctor—, calculo que lleva inconsciente unos cuatro días.

Marina se llevó la mano a la boca. ¿Tanto tiempo y seguía inconsciente?

—¿Cuándo despertará? —preguntó con el alma en vilo.

El doctor se tomó un tiempo en responder.

—Algunos, con una herida así, nunca lo hacen...

Marina tardó unos segundos en procesar la información. ¿Le estaba diciendo el médico que Brandon iba a morir?

Ian abrazó a su madre por los hombros para reconfortarla.

—¿Tiene que despertar! —exclamó con voz atormentada—. ¡Tiene que decirnos donde se encuentra Serena!

Mary lo observaba todo desde una distancia prudente. Si ella en algún momento había pensado que su vida con Ian iba a ser aburrida, se había equivocado. Conocía desde niña a su suegro, un hombre fuerte y rudo de las tierras del norte, pero Brandon McGregor suavizó su carácter cuando conoció a Marina del Valle. Se preguntó qué le había sucedido, y por qué le habían disparado. ¿Estarían todos seguros en Ruthvencastle?

Tenía que hablar con su padre Justin, informarle de todo.

—Recorreré las Tierras Altas de uno a otro confín hasta dar con Serena —le prometió el hijo—. La encontraré madre, lo juro.

—Mi pobre niña... —Marina cedió de nuevo al llanto.

Emy sustituyó a Ian, y abrazó a su señora.

—Vamos —le dijo mientras la guiaba fuera de la alcoba—. Le prepararé un té, milady. Dejemos que le doctor siga examinando a su esposo, y luego nos informará.

Mary optó por seguir a las dos mujeres hacia el salón.

—No tendría que haberme marchado de Ruthvencastle —se lamentó la señora.

—Entonces, usted también estaría herida o quizá muerta —replicó Emy sin dejar de sujetarla—. Ha sido una bendición que no se encontrara en Ruthvencastle cuando sucedió esta tragedia.

La criada sabía lo que necesitaba su señora: consuelo, y se lo ofrecía. Cuando las tres mujeres se marcharon a la cocina, Ian miró al doctor con ojos que llameaban.

—Tengo que dar parte de este suceso a John Thomson Gordon —le explicó el doctor sin dejar de observarlo.

John Thomson Gordon era el sheriff de las ciudades de Aberdeen y de Edimburgo, en esta última se encontraba la corte judicial. A diferencia de otros reinos, la figura del sheriff en Escocia tenía diversos cargos y funciones, entre ellos la de juez supremo, además, su presencia en un pueblo determinaba la prosperidad del mismo.

—Es lo propio —aceptó Ian—. Deseo conocer quién está detrás de este intento de asesinato.

—Por eso valoraremos todas las opciones —continuó el doctor.

Ian se removió inquieto por la estancia.

—El asaltante o asaltantes no eran vándalos pues no se llevaron los objetos de valor que hay en la propiedad —apuntó sin dudar—. La puerta de la entrada no estaba forzada...

—Es posible que tu padre conociera al agresor o agresores.

Ian se hacía tantas preguntas de las que no podía obtener respuestas.

—Mi madre contestará todas las preguntas que le formule John Thomson Gordon.

El doctor entrecerró los ojos.

—¿No estarás aquí cuando llegue? —Ian negó con la cabeza.

—Tengo que buscar a mi hermana Serena —contestó en voz baja—. Mi padre la ingresó en un convento antes de mi viaje al reino de España, y mi madre y yo desconocemos dónde se encuentra actualmente.

El doctor clavó la mirada en un punto indeterminado.

—La inconsciencia de tu padre es en verdad un obstáculo. ¿Por qué encerraría Brandon a tu hermana? —el doctor formuló la pregunta para sí mismo—. ¡La adoraba!

Ian crujió los dientes.

—Todo tiene que ver con la herencia española de mi hermana —apuntó Ian.

—¿Tu padre se opone a que herede? —el médico no cabía en sí por el asombro. Ningún escocés que se precie desdeñaba herencias.

Ian ya no contestó. Mientras Serena era pequeña, su padre, no solo había olvidado los compromisos que había adquirido por su nacimiento, también había obviado a conciencia su linaje español. Todo ese control que desplegaba con respecto a su hermana, se recrudeció cuando Serena cumplió los catorce años. Ahora lamentaba haberse marchado a las colonias, pero ¿qué hombre en su posición habría renunciado a conocer nuevos mundos?

—Se ha opuesto con todas sus fuerzas —confesó en voz baja.

Al principio del matrimonio de Marina con su padre, las visitas de Lorenzo del Valle, y de sus tíos Violet y Diego, habían sido asiduas, pero cinco años después cesaron las visitas. Marina había caído en una fuerte depresión, y que se vio agravada por el accidente que sufrió a caballo. Desgracia que le provocó un aborto que la mantuvo en cama durante varias semanas. Desde entonces, no había vuelto a concebir más hijos.

Por esa circunstancia, ni el laird de Ruthvencastle ni la hija del conde de Zambra, volvieron a



ser los mismos.

—¿Dónde piensas buscar a tu hermana? —le preguntó el doctor.

—Primero visitaré las Abadías de Annan, Beaully, y Findhorn.

—Es un buen comienzo —apuntó el hombre.

—Después los conventos de Leven, Oich, Rannoch y Awe —Ian tomó aire antes de continuar —. La encontraré —afirmó, pero con voz algo insegura.

—No te olvides de Lammermuir en la frontera —le aconsejó el doctor.

Lammermuir era un hospicio católico para muchachas huérfanas, y que acogían a viudas de escasos recursos, también a solteronas que eran repudiadas por sus respectivos clanes.

—Mi padre no dejaría en un lugar así a mi hermana —aseguró convencido.

Serena no solo era hija de uno de los laird más importante de las Tierras Altas, también era nieta de conde y sobrina de conde. Su padre jamás la encerraría en un lugar tan horrible y patético como Lammermuir.

Durante las siguientes horas, el doctor le hizo varias pruebas a Brandon que resultaron infructuosas porque no obtuvo ningún tipo de respuesta por su parte. Ian lo miraba atento, pero con una sensación extraña en el pecho. Ver en esa postura indefensa a su padre, era algo nuevo para él.

—Si no despierta, ¿cómo lo alimentaremos? —la preocupación en la voz de Ian era auténtica.

—Con muchísima paciencia y entereza.

—¿Puede un hombre estar tanto tiempo inconsciente?

—Conozco un caso extraordinario en Inglaterra —respondió el doctor con mirada pensativa

—. Un capataz de la construcción para los Ferrocarriles Rutland y Burlington en Vermont. El hombre se encontraba trabajando con pólvora explosiva y un compresor de arena cuando una chispa desató una explosión que hizo que una puntiaguda varilla de hierro de tres pies de largo se disparara y penetrara en su cabeza.

—Un hombre no puede sobrevivir a un accidente así —respondió pensativo.

—Ya lo creo que puede —continuó el doctor—. La varilla de hierro penetró por la parte superior del cráneo, traspasó su cerebro y salió por su sien. Increíblemente, el hombre sobrevivió, gracias a la ayuda de un médico quien lo trató durante diez semanas.

—¿Diez semanas? —Ian estaba estupefacto.

—El paciente no murió —reveló el doctor—, por eso he decidido contactar con él y comentarle el caso de tu padre.

—¿Un médico inglés? —preguntó seco.

El doctor McLean lo miró muy serio.

—Hay muy pocos conocimientos sobre el cerebro, y menos aún sobre cómo tratar las heridas cerebrales —apuntó—. Toda la información que pueda recabar sobre lesiones similares, será beneficiosa para tratar a tu padre.

Ian sintió un poco de vergüenza. Su padre le había enseñado a desconfiar de todo lo que viniera de los ingleses, pero el doctor McLean tenía razón, si el doctor inglés había ayudado a un hombre con una herida semejante, también podría ayudar a su padre, no obstante, tendría que pedirle otro préstamo al actual duque de Arun porque él no tenía libras ni modo de conseguir las para pagar el viaje del médico escocés a Inglaterra, ni para pagarle el tratamiento.

Ian se sentía muy agobiado por todo.

—Vayamos con tu madre —le dijo el doctor—, tengo que darle algunas indicaciones sobre cómo cuidar a tu padre mientras viajo a Vernon para hablar con Philip Morgan —era el doctor inglés que había tratado al paciente con el traumatismo cerebral más impactante de cuantos se conocían.

## CAPÍTULO 16

Mary sabía que Ian necesitaba consuelo. Lo veía tan angustiado que se compadeció de él. Había escuchado en silencio todas y cada una de las indicaciones que el doctor le había dado a Marina, afortunadamente, su suegra había dejado de llorar. Ahora su postura era firme, y en sus ojos brillaba la resolución. El doctor le explicó que tenía que viajar a Vernon para contactar con un colega. Mary percibió cuando su esposo apretó los labios, y supo que no le agradaba en absoluto que un médico inglés interfiriera en la curación de su padre, y a ella le extrañó su postura.

Cuando horas después se retiraron a dormir, Ian no acudió a su lecho. Mary estaba sola haciéndose infinidad de preguntas. Estuvo mucho tiempo dando vueltas en la cama. No era una mujer miedosa por naturaleza, pero Ruthvencastle se prestaba para sufrir todo tipo de pesadillas. El silencio resultaba opresivo. El frío de sus muros una premonición. Mary se reincorporó y encendió la luz de la lámpara. Comparó su habitación actual con la de su casa en Crimson Hill, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Había pasado de princesa a cenicienta a la velocidad del rayo.

Unos golpes en la puerta le provocaron un sobresalto.

—¿Estás despierta? —era la voz de Ian.

—Sí —pudo responder, aunque con un hilo de voz.

Su esposo abrió la hoja de madera y la miró preocupado.

—Vi luz bajo la puerta...

Ella lo miró sorprendida.

—¿Estabas en el corredor?

—No puedo dormir, tengo mucho en lo que pensar —contestó sincero—, y en ocasiones pienso mejor mientras paseo de un lado a otro del corredor.

Mary se calzó las zapatillas mientras buscaba con los dedos su bata de terciopelo rojo. Ian colocó la lámpara que llevaba en la mano sobre el tocador.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó ella mientras metía los brazos por las mangas. Se anudó el lazo a la cintura, y caminó hacia su esposo que estaba parado junto al tocador.

—La herida de mi padre, la angustia de mi madre, la ausencia de mi hermana, las libras que necesitare para cubrir gastos...

—¿No disponemos de fondos? —preguntó la mujer.

Ian sonrió sin humor, aunque le hizo gracia la forma que había utilizado Mary para hablar del dinero y de incluirse en el problema que lo acuciaba.

—Mi padre siempre ha sido muy cerrado con respecto a la economía familiar. Si los McGregor disponemos de libras, tanto mi madre como yo lo desconocemos.

Mary entendió la preocupación de su esposo.

—Yo poseo dinero propio —reveló aliviada.

Ella podría ayudar monetariamente a la familia, y se alegraba de veras de poder hacerlo.

—Un esposo tiene que ser capaz de proveer lo necesario, no la esposa.

Había tanto pesar en su voz, que Mary se enterneció.

—Ahora somos una familia en lo bueno y en lo malo...

Ian la miró con ojos entrecerrados.

—¡Vete, Mary! ¡Huye de Ruthvencastle!

La urgencia en la voz masculina la pilló con la guardia baja.

—¿Qué me vaya? —preguntó espantada.

—Te estoy dando la oportunidad de que te libres de todo esto —Mary pensó que Ian estaba irreconocible—. Te mereces algo mucho mejor.

—¡Calla, por Dios! ¿Qué dices?

Él, tenía muy claro lo que le decía.

—Te veo, y no puedo evitar recordar cuando mi madre llegó a Escocia, y lo que estos muros le hicieron —reveló en un susurro—. Y me horroriza que esta casa te consuma lo mismo que a ella —continuó—. Por eso te pido que te marches, que anules nuestro matrimonio.

¿Anular el matrimonio? Eso era impensable, se dijo Mary. Los esponsales de ambos habían sido pactados por ambas familias y era un vínculo inquebrantable.

—No puedo marcharme, Ian.

Él, soltó un suspiro acerbo porque percibió el pesar en sus palabras.

—El duque de Arun está muerto. La propiedad de Redtower está de nuevo en las manos de los Penword... ¡vete, Mary, sálvate! —casi le gritó.

Ella se había quedado pensativa y con el corazón acelerado.

—¿Es este el motivo para que no hayas consumado nuestro matrimonio?

Ian apretó el mentón sin dejar de mirarla.

—No deseo atarte a esta vida.

—¡Pero ya lo estoy! —protestó ella.

El hombre inspiró hondo varias veces.

—Algún día me agradecerás que no te obligara... —Ian no terminó la frase, cogió la lámpara y se dio la vuelta—. Trata de dormir —le dijo—. Nos veremos por la mañana.

La dejó de nuevo sola y con infinidad de interrogantes que le provocaron un pesar indescriptible.

Cuando Mary acudió al comedor familiar por la mañana, Ian se había marchado de Ruthvencastle. Estaba ojerosa y desaliñada. Nunca había valorado anteriormente la ayuda de su sirvienta particular en Crimson Hill para vestirse y peinarse. Hacerlo sola le había costado una barbaridad. Su suegra no tenía mucho mejor aspecto que ella, lo que le provocó un pequeño consuelo.

—Confío que te guste el desayuno —le dijo Marina con una sonrisa sincera.

Ella le correspondió.

—En verdad estoy famélica —respondió amable.

—Ian regresará en la noche —le contó Marina—. Piensa visitar algunos conventos donde cree que se encuentra Serena —en ese momento a Marina se le quebró la voz.

Mary trató de sonreírle. Veía a su suegra mucho más dispuesta, y se alegró de veras.

—¿Hay novedades? —la muchacha se refería a su suegro que seguía inconsciente en la alcoba principal.

Marina soltó un suspiro largo y pesado.

—Me temo que no —respondió sin mirarla—. Pero he seguido cada una de las indicaciones que me dio el doctor —admitió al mismo tiempo que su nuera se llevaba un bocado de hojaldre relleno de cabello de ángel a la boca.

—¡Está delicioso! —exclamó Mary.

—Es pastel cordobés —contestó Marina—. Era el preferido de mi padre.

Mary observó que su suegra se había quedado pensativa.

—Es la primera vez que lo pruebo y me encanta —dijo la muchacha sincera.

—Recuerdo mi primera mañana aquí en Ruthvencastle. Hacía tanto frío que no sentía los pies —le explicó seria—. Ian y yo bajamos a desayunar juntos, y nos sirvieron gachas de avena —Mary hizo un gesto porque conocía el porridge, aunque nunca lo había probado—. ¿Cómo se puede desayunar algo tan insípido? —Marina se quedó pensativa durante unos segundos—. Cereales hervidos en agua o leche y sin nada que lo acompañe, y lo más importante, sin nada de amor —Mary la observaba atentamente—. Hasta el alimento más sustancioso puede parecer un manjar cuando se elabora y se sirve con amor.

—Dicen que el porridge es bueno para tratar algunas enfermedades.

Marina la miró atónita.

—Ian y yo no padecíamos ninguna enfermedad, pero si hubiéramos seguido comiendo eso, seguro que habríamos enfermado.

Mary miró las diversas fuentes que contenían huevos, tostadas, mermeladas, pastel cordobés, y un largo etc.

—Pues me alegro mucho de no tener que comer porridge —susurró Mary con ojos brillantes —, y sí este delicioso pastel cordobés —Marina le sonrió con cariño.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —le preguntó sin dejar de sonreírle.

—¿Qué podemos hacer? —aventuró la otra.

Marina se quedó pensativa un par de minutos.

—Ahora que están Ralph y Emy en Ruthvencastle, podremos dedicar algunas horas a leer, también a cabalgar.

Mary la interrumpió.

—¿Podríamos contratar un par de sirvientas de Dingwall? —Marina la miró asombrada, ese sería un gasto innecesario—. No estoy acostumbrada a vestirme y a peinarme sola —se excusó la muchacha.

Mary bajó los ojos porque la mirada de su suegra la avergonzó.

—Yo puedo ayudarte —se ofreció Marina.

—¡No va a servirme como si fuera una criada! —exclamó la otra escandalizada.

Marina bajó los ojos y tensó la espalda.

—Nunca sería tu criada —le explicó seria—, sino una suegra amorosa que desea que la veas como a una segunda madre. Me gusta ayudar.

Mary la había herido, pero no había sido su propósito.

—Usted es una dama y yo también —le recordó.

Pero no hacía falta que Mary aludiera a su condición social. Marina era muy consciente de quién era ella y el puesto que había ocupado en la nobleza cordobesa.

—El dinero se va tan rápido...

La mujer no completó la frase, y Mary entendió en esas palabras demasiadas cosas.

—No tengo intención de malgastar la herencia que he recibido —le explicó firme—, pero no existe poder suficiente que me impida obtener la ayuda que necesitamos para que nuestra vida sea más cómoda en Ruthvencastle.

Marina desvió los ojos hacia la chimenea apagada. Su nuera no podía ni hacerse una idea del dinero que se gastaba en mantener caliente el castillo.

—Le diremos a Emy que contrate a una doncella de Dingwall —aceptó Marina—, pues yo me apaño sola.

—Contrataremos a dos doncellas —la corrigió Mary—. Lady McGregor, no es una criada —insistió sin dejar de mirarla—, ni debo permitir que lo sea.

Las dos mujeres continuaron su desayuno con temas menos espinosos que el dinero y la falta

de medios.

Cuando Ian regresó al castillo, todos dormían. Su búsqueda había sido infructuosa porque su hermana no se encontraba en la abadía de Annan, ni en el convento de Oich. Al día siguiente seguiría buscando. Cuando llegó al rellano de la primera planta, Marina salió a su encuentro. Tenía un gesto de impaciencia que lo descorazonó.

—¿La encontraste?

Ian solo le ofreció silencio. Caminó hasta ella y le pasó el brazo izquierdo por los hombros pues llevaba la lámpara con la derecha.

—He comenzado la búsqueda en las zonas más próximas pues quería regresar a casa para comprobar que todo marcha bien —le explicó de forma gentil—. Mañana visitaré los conventos más alejados, aunque hacerlo me mantendrá semanas fuera de Ruthvencastle.

Marina sentía tal nudo en la garganta que no podía hablar.

—Me he instalado en la alcoba celeste —le explicó a su hijo—, de esa forma no molestaré a tu padre.

El hombre sentía deseos de maldecir. Era Brandon McGregor quien debía ocupar la alcoba celeste y no su madre, pero calló.

—¿Cómo ha pasado el día mi esposa? —preguntó para cambiar de conversación pues no quería hablar de su padre.

Marina cerró la puerta tras su hijo.

—Quiere que contratemos a un par de doncellas de Dingwall.

No hacía falta ser un adivino para saber lo que su madre pensaba con respecto a eso.

—Es una idea estupenda —afirmó sin un parpadeo.

—Pero será un gasto innecesario cuando yo puedo ayudarla.

Ian dejó la lámpara sobre la mesita de noche. La alcoba celeste era la habitación más pequeña de Ruthvencastle, y la más caliente.

—Madre, olvida que Mary es lady Penword...

Marina lo cortó.

—Lady McGregor —lo corrigió.

Ian se mesó el rubio cabello con gesto cansado. Apenas había probado bocado en todo el día. Las poblaciones en las Tierras Altas estaban muy lejos las unas de las otras, y había pocas posadas y ventas donde detenerse a reponer fuerzas. Como si su madre supiera lo que estaba pensando, le dijo:

—Tienes pastel de carne caliente en la cocina. Tortilla de patatas, y pastel cordobés —Ian la abrazó con fuerza—. Lo calentaré en un momento —se ofreció dispuesta.

—Tiene que descansar —la apremió el otro—. Se la ve agotada.

—No puedo dormir —le espetó seria—. No tengo el consuelo de saber si tu hermana se encuentra bien.

Ian quería tranquilizarla.

—Padre la ama, y no la llevaría a un lugar donde la maltratarían.

Marina soltó un sollozo.

—Lo sé, pero me angustia no saber dónde se encuentra.

—Descanse, madre, yo me ocupo de todo.

Ian la besó en la sien, y le apremió a que se tumbara en la cama. Marina terminó por obedecerle.

—Tienes preparado en la cocina un hato con jamón, pan de centeno, queso, y una bota de vino, la traje de Córdoba en este último viaje.

Ian pensó que su madre era maravillosa. A pesar de su angustia, siempre pensaba en los demás.

—Gracias, madre, y ahora trate de descansar.

Marina cerró los ojos cuando su hijo la tapó con el sobrecama, pero cuando cerró la puerta tras de sí, se percató de que se le había olvidado preguntarle por qué motivo se había referido a su esposa como lady Penword y no como lady McGregor. Se dijo que indagaría al día siguiente.

Cuando Ian abrió la puerta de su alcoba, la que compartía con Mary, se percató de que estaba profundamente dormida. Caminó hasta el lecho y la observó con atención. No parecía una mujer de veinte años, sino una adolescente de dieciséis. Tenía el cabello muy bonito, pero lo más peculiar de ella eran sus ojos grises. Cuando miraban, apuñalaban. Se aseguró de que estuviera bien tapada, y se giró para marcharse. Estaba agotado, famélico, y con un vacío en el corazón.

## CAPÍTULO 17

Mary no había visto a su esposo durante la noche ni a la mañana siguiente. Su suegra le había informado que Ian pensaba visitar la abadía de Beaulieu, y los conventos de Rannoch y Awe que eran los más alejados de Ruthven castle. La larga distancia lo mantendría alejado algunos días. Como Marina la vio desanimada, le ofreció viajar hasta la cercana población de Dingwall para contratar ellas mismas a las dos doncellas que necesitaban, además podrían hacer algunas compras.

Mary aceptó encantada porque en Ruthven castle no había mucho que hacer salvo limpiar y ordenar. Entre Emy, Marina y ella, habían dejado la propiedad impecable. El castillo relucía.

Ralph preparó el atalaje con dos caballos para que tiraran del carruaje. No creyó necesario atar cuatro monturas porque Dingwall no estaba muy lejos, y en el carruaje no podrían transportar nada que fuera demasiado pesado, para eso necesitarían la carreta.

Mary se vistió como si fuera a asistir a un banquete. Desde el día de su boda no había tenido ocasión de ponerse ninguno de los bonitos vestidos que su madre le había encargado. El que llevaba puesto era de suave muselina azul. A Marina le brillaron los ojos cuando apareció ante ella, aunque el moño se le había escorado hacia la izquierda. Mary tenía el mismo problema que su madre con el cabello pues lo tenía grueso, rizado, y muy largo. Marina pensó que si se lo soltaba le llegaría hasta las rodillas.

Le recolocó algunas horquillas, y el moño quedó sujeto en su sitio.

—Estás preciosa —le dijo sincera.

Al contrario que ella, Marina llevaba un vestido de algodón gris. La tela no era mala, pero se notaba que no tenía la calidad que se esperaba en una dama de su alcurnia. Mary se prometió buscarle la mejor tela de Escocia para que se hiciera un bonito vestido acorde a su rango.

—¿Cómo amaneció mi suegro? —preguntó con verdadero interés.

Marina soltó un suave suspiro.

—Como nos indicó el doctor, hemos comenzado a darle caldo a cucharadas, es muy difícil que lo trague, pero lo intentamos —en la voz de su suegra había determinación.

—Si puedo ser de ayuda —se ofreció Mary.

Marina la miró atentamente unos segundos, después bajó la mirada hacia sus manos enrojecidas. Su nuera había trabajado en la casa como Emy y ella misma, sin una queja o lamento. Era nieta e hija de duque, pero en Ruthven castle trabajaba como una sirvienta.

—Si necesito tu ayuda, te lo diré —le prometió.

Cuando salieron hacia el exterior de la casa, un viento helado provocó en Mary un estremecimiento.

—Me cambiaré la chaquetilla por una capa gruesa —le dijo a su suegra al mismo tiempo que entraba de nuevo en Ruthven castle y se perdía por el interior.

Marina, mientras la esperaba, se colocó los guantes de piel en las manos.

—Esta juventud ya no es lo que era —apuntó Ralph crítico.

Y Marina recordó que Serena despreciaba el frío intenso del norte. A su hija le encantaba el sol y el calor del sur. Las mañanas blancas de Córdoba, y las tardes doradas de Zambra. Se le encogió el corazón al evocarla.

—Ya estoy aquí —la voz de su nuera la trajo de vuelta al presente.

Mary se había colocado una gruesa capa de lana roja sobre los hombros. Se había enfundado guantes de piel en las manos, y sobre el cabello un sombrero de fieltro rojo oscuro.

—Hiciste bien en cambiarte la chaquetilla por una capa.

—Pienso que todos esos nuevos vestidos que mi madre me obsequió por mis esponsales, no me servirán de mucho en las Tierras Altas —Mary lo había dicho apesadumbrada.

Marina podía entenderla. Era una muchacha de veinte años y estaba encerrada en un viejo y tétrico castillo.

—Cuando el laird de Ruthvencastle mejore, daremos una fiesta en tu honor para presentarte a toda la familia de tu esposo.

Mary la miró atenta.

—¿Ian tiene mucha familia escocesa?

Marina ya no le contestó. Ian tenía muchísima familia salvo que no la conocía porque su padre lo había mantenido apartado de todos.

—Alguna —contestó evasiva—, pero invitaremos solo a los más cercanos.

Trató de tranquilizarla creyendo que la muchacha se había asustado.

—Me gustan las familias grandes —dijo de pronto la muchacha—. La mía es enorme —apuntó—, y es maravilloso cuando nos reunimos todos, aunque también discutimos mucho.

Ralph ayudó a ambas mujeres a subir al carruaje, cerró la puerta asegurándola, y repasó, una vez más, las correas de las monturas. El trayecto hacia Dingwall lo hicieron sin contratiempos.

A Ian no le llegaba la camisa al cuerpo. Su hermana Serena no se encontraba en ningún lugar. Parecía que había desaparecido de Escocia. Llevaba cinco días recorriendo cada abadía, cada convento, y sin resultados. ¿Cómo iba a presentarse delante de su madre con las manos vacías, y la promesa incumplida de encontrarla? Deseaba, desde el fondo de su corazón, que su padre hubiera recobrado la conciencia en los días en los que él había estado ausente. Ansiaba como nunca, que cuando regresara a Ruthvencastle, pudiera escuchar de labios de su progenitor donde se encontraba Serena.

La abadesa de Findhorn le deseó buena suerte en su búsqueda, y lo despidió con las manos metidas en los bolsillos de su hábito. Ian bajó las empinadas escaleras de piedra como alma que lleva el diablo. En la cuadra había dejado su montura, y hacia allí se dirigió. Aún le quedaba un lugar por visitar, un rincón cercano a la frontera de las islas del norte. Se entregaba a ese rayo de esperanza para encontrar a su hermana por fin, y de llevarla devuelta a casa.

Montó en el semental, lo azuzó, y emprendió de nuevo el galope.

—Se acerca visita, milady —la voz de Ralph hizo que Marina levantara la vista de la tela que estaba cortando. Mary y ella habían encontrado unos tejidos de calidad a muy buen precio en el mercado de Dingwall, y su nuera había insistido tanto en comprarlos, que ella no había podido negarse. Mary le había regalado una capa de piel que le gustaba especialmente porque la mantendría caliente en los días más fríos del año—. Están cruzando el puente Cèilidh —continuó el sirviente.

—¿Una visita? —preguntó interesada.

—Avisté las cinco monturas cuando salían del bosque de Garbat.

El bosque estaba a menos de una milla de Ruthvencastle.

—¿Dónde se encuentra mi nuera? —le preguntó ella.

—Lady McGregor se encuentra en los establos con mi esposa Emy —contestó dando un paso hacia ella—. Las dos están encantadas con el nacimiento del potrillo.



Marina se levantó y se masajeó los lumbares. Había estado demasiado tiempo inclinada sobre la tela que quería convertir en vestido.

—Atenderé a la visita en el salón —Marina creía que el visitante llegaba a Ruthvencastle por su esposo.

—Le diré a Elsbeth que prepararé un refrigerio, milady...

Elsbeth era una de las dos doncellas que habían contratado en Dingwall, la otra era Eppie: una rolliza pelirroja que hablaba sin cesar, pero muy dispuesta. Marina terminó aceptando que Ruthvencastle funcionaba mucho mejor con la ayuda de ambas muchachas. Ahora ella podía dedicarse por entero a atender a Brandon.

No había cruzado el corredor hacia el salón cuando escuchó los cascotes de las monturas que se detenían. Ralph se apresuró a darles la bienvenida. Marina llevaba algunas mechales sueltas del moño porque no le había dado tiempo a prepararse. Colocó algunos cojines, y depositó el libro que estaba leyendo Mary sobre la estantería de madera.

—Milady, Cuddle McQueen, laird de Beinncastle, desea ser recibido.

Marina se quedó pensativa unos segundos. Creyó recordar que ese clan vivía muy cerca de Loch Fannich. Le hizo a Ralph un gesto afirmativo con la cabeza para que lo acompañara a su presencia.

Ella no sabía qué se iba a encontrar, pero desde luego, no esas cinco torres que resultaban intimidatorias. Casi ocupaban todo el salón de Ruthvencastle. El escocés que respondía al nombre de Cuddle, se adelantó hasta quedar a un escaso paso de ella. Marina tuvo que alzar el rostro para mirarlo. Sus ojos eran azules, pero parecían de hielo. A continuación, le habló en un gaélico tan cerrado, que apenas pudo descifrar dos o tres palabras.

Ralph acudió en ayuda de su señora e hizo de traductor.

—Desean conversar con el laird de Ruthvencastle —Marina se dijo que eso era imposible. Brandon seguía inconsciente.

Respiró profundo, miró de frente al laird, y le habló fuerte y claro. Le explicó que no era posible una conversación con el laird McGregor, y lo animó a que le informara a ella la causa de su visita. Ralph tradujo sus palabras de forma mucho más suave y sin mirar al laird a los ojos.

Cuando Cuddle McQueen escuchó al sirviente, se giró hacia los cuatro hombres que lo acompañaban, y les hizo un gesto a dos de ellos de forma tan imperceptible, que ni Marina ni Ralph se percataron. Entonces comenzó una serie de preguntas tan seguidas que Ralph apenas podía responder una cuando ya le formulaban la siguiente.

—El laird de Beinncastle desea concluir el acuerdo —dijo el mayordomo.

Marina ignoraba a qué acuerdo se refería.

—Cualquier acuerdo tendrá que esperar a la recuperación de mi esposo.

—Desea comprobar por sí mismo que no mentís —le informó el sirviente con la cabeza inclinada—. Quiere ver con sus propios ojos que cuanto habéis dicho sobre el laird McGregor es cierto.

La mujer parpadeó asombrada por la grosería del visitante. ¿La había llamado mentirosa? ¡No podía creérselo!

—Es del todo inaudito que ofenda a una dama, y están fuera de lugar sus pretensiones en Ruthvencastle —Ralph se lo tradujo al hombre que soltó un suspiro largo y profundo.

Se giró y habló con los dos hombres que quedaban en el salón. Marina entonces se dio cuenta que los otros dos habían desaparecido. Se preguntó dónde estarían, y tras un instante creyó saber hacia dónde habían ido: sus estancias privadas. Comenzó a correr hacia la puerta del salón, pero las figuras de los dos escoceses se lo impidieron.

—Vengo a concluir el acuerdo —dijo el laird en un inglés básico y con una pronunciación muy marcada.

Marina se giró hacia él.

—¿Qué acuerdo? —le preguntó sin un parpadeo.

Cuddle McQueen le extendió un documento. Ella se preguntó de dónde lo habría sacado. Lo tomó reticente, lo desdobló, y solo leyó una frase: el nombre y apellido de su esposo Brandon McGregor, el resto estaba escrito en esa lengua tan extraña que ella no dominaba muy bien.

—¿Qué es esto? —le preguntó sin soltar el documento.

—Un acuerdo —respondió el hombre.

—Permitidme, milady —le dijo el sirviente.

Marina no sabía qué pensar, pero como el laird no pensaba explicarle nada más, optó por entregarle el documento al sirviente para que se lo tradujera.

—Es un acuerdo de compromiso con vuestra hija Serena.

Marina perdió el color de la cara.

—¿Un acuerdo de compromiso? —la voz le salió como un graznido.

—Este documento legal le otorga el permiso para llevársela.

—¿¡Llevársela!? —gritó la señora espantada.

Marina sintió que se le helaba la sangre en las venas, e hizo algo que una madre en su estado de desesperación haría: arrebató el documento de las manos del sirviente, lo hizo trizas, y se lo lanzó al laird al rostro.

—Ahí tiene nuestra respuesta.

—¡Milady! —exclamó Ralph sorprendido.

El escocés respondió al ultraje. Le dio tal bofetón que la lanzó al suelo.

—¡Por San Jorge! —exclamó su nuera que había visto cómo la golpeaban.

Acababa de entrar a la estancia.

—¡Milady! —el rostro de Emy era de horror.

Mary se lanzó al suelo para ayudar a su suegra que tenía el labio inferior partido y le sangraba profusamente.

—¡Desgraciado! ¡Malnacido! —lo insultó la muchacha—. ¿Cómo se atreve a golpearla?

Cuddle McQueen les hizo un gesto a los dos escoceses que parecían que custodiaban la puerta del salón. Los dos hombres, sin previo aviso, sujetaron a Mary y la sacaron de Ruthvencastle a la fuerza.

Durante unos segundos ni Marina ni Ralph ni Emy supieron qué sucedía.

—Dígale al laird Brandon McGregor que el acuerdo ha sido cumplido.

Marina creyó entender que el laird había confundido a Mary con su hija Serena.

—¡Virgen Santa! —exclamó llena de pánico—. ¡Es un error, es mi nuera, mi nuera! —gritó desesperada.

Pero el laird ya salía por la puerta. Ella lo siguió y lo detuvo por el brazo. Marina recibió un empujón tan fuerte que si no hubiera sido por Emy habría acabado de nuevo en el suelo. Ralph también sujetó al laird y comenzó una explicación apresurada sobre la terrible equivocación que acababa de cometer.

—¡Es mi nuera! —gritó Marina.

Cuddle McQueen la miró profundamente.

—El acuerdo ha sido cumplido —le dijo antes de salir hacia el exterior.

Marina volvió a lanzarse a la carrera y logró interponerse entre el escocés y su montura. Sujetó con sus manos el petral de la brida para impedirle la marcha. De los cinco visitantes, solo

quedaban tres. Los otros dos se habían llevado a Mary y ella no había podido impedirlo.

—¡Por Dios, escúcheme! —suplicó con voz ronca—. La muchacha que habéis raptado es la esposa de mi hijo Ian McGregor, y no mi hija Serena...

El escocés la ignoró, montó en el caballo, y azuzó la montura que comenzó a cabalgar. Marina tuvo que soltar el petral porque el desgraciado no se detenía y la arrastraba con él.

—¡No es Serena! —le gritó al mismo tiempo que tropezaba y caía de rodillas sobre las piedras filosas.

Los cascos de la montura levantaron una espesa nube de polvo que le impidieron visualizar ya al jinete.

—¡Dios mío, Dios mío! —gimió Marina sin levantarse y llevándose las manos al rostro.

Sentía un miedo increíble. En Ruthvencastle no había mozos de cuadra, ni palafreneros, solo estaban Ralph, Emy, y las dos doncellas que se habían escondido en el interior del castillo debido al miedo. Si Brandon hubiera estado consciente, si su hijo Ian hubiera estado en el castillo, habrían podido detener el secuestro de Mary.

Marina quiso levantarse, pero le fallaron las fuerzas.

Emy corrió presta a ayudarla, y lo hizo mientras se deshacía en llanto. No habían escuchado la llegada de los jinetes, y aunque lo hubieran hecho, desconocían las intenciones. Ni Mary ni ella tenían forma de saber las pretensiones que escondían.

—Milady...

—¿Qué le voy a decir a mi hijo? —era tanta la pena de su señora, que Emy se persignó—. ¿Cómo le puedo explicar...? —Marina no pudo continuar.

Nuevamente se dejó vencer por el desánimo y la preocupación. No había podido evitar el secuestro de Mary. Se sentía impotente, desgraciada, y sumida en un desánimo preocupante.

—Daré aviso al sheriff de Edimburgo —fue lo único que pudo decir Ralph para tratar de ayudarla—. Nos aconsejará sobre lo que podemos hacer.

—¡Dios mío! ¡El documento era legal! ¿Lo firmó Brandon? ¿Por qué, por qué?

La voz de Marina contenía una desesperación agónica.

—Milady...

Emy quería levantarla del suelo. Marina la miró con ojos llenos de lágrimas.

—¿¡Por qué!?

Gritó tan fuerte y tan agudo que varios pájaros emprendieron el vuelo.

## CAPÍTULO 18

Cuando Ian llegó a Ruthvencastle, todo estaba en silencio. Guio la montura hacia los establos, pero nadie acudió para ayudarlo. Le extrañó que Ralph no hubiera salido. Guardó el semental en una de las cuadras, y le quitó la silla de montar.

—Cabrón, ordenaré a Ralph que te cepille —le dijo al animal como si pudiera entenderlo.

El bello animal pertenecía a su madre Marina, y ella se lo había regalado cuando cumplió los dieciocho años. No había caballo más fuerte y elegante en toda Britania.

Le dolía todo el cuerpo por los días que llevaba cabalgando sin descanso. Tenía ganas de darse un baño, de comer un rico asado, y de beber hasta caer inconsciente. También de ver el dulce y bonito rostro de su esposa Mary, pero detestaba el momento de enfrentar a su madre y confesarle que había fracasado en su búsqueda de encontrar a su hermana.

—¡Madre! —gritó con fuerza cuando puso un pie en el vestíbulo del castillo—. ¡Mary!

Unos segundos después, Emy apareció ante sus ojos. Tenía el rostro demudado, los hombros caídos, y en la mirada un brillo desesperado. Ian supo que había ocurrido una desgracia.

—¿Ha muerto el laird? —se atrevió a preguntar.

La cocinera, que hacía también de ama de llaves, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Vino visita inesperada —comenzó Emy—, de Beinncastle. Eran del clan McQueen y se llevaron a lady McGregor —respondió con un hilo de voz.

—¿Se han llevado a mi madre! —preguntó Ian con asombro.

La mujer mayor bajó la cabeza.

—Se han llevado a su esposa Mary.

Ian tuvo que parpadear de lo afectado que estaba. ¿Los McQueen se habían llevado a Mary? ¿Por qué? ¡No tenía sentido!

—¿Dónde está mi madre? —preguntó con voz atronadora.

La mujer se echó a llorar. Ian estaba perdiendo la paciencia, por ese motivo emprendió la carrera y subió los escalones hacia la planta superior como alma que lleva el diablo.

—¡Madre, madre! —gritó mientras abría la puerta de su alcoba.

Marina estaba echada en la cama y parecía dormida.

—El doctor McLean le suministró unos polvos que la mantienen en quietud.

Ian miró a Emy confuso.

—¿Qué ha pasado aquí? —susurró para no interrumpir el sueño de su madre.

Ralph, que los había seguido, asomó la cabeza por la puerta y se decidió a entrar cuando Ian le otorgó el permiso. Llevaba en las manos una carta. Cuando llegó hasta él, se la tendió.

—Los McQueen traían este documento —Ian lo agarró con demasiada fuerza. Lo miró con atención y vio que había sido roto—. Lady McGregor pasó mucho tiempo tratando de recomponerlo —le explicó el sirviente.

Ian iba leyendo el contenido.

—¿Quién lo hizo trizas? —preguntó sin alzar la vista de las letras negras.

Había pequeños trozos que no habían podido ser reunidos, pero el contenido era bastante claro. Ian tenía en sus manos un acuerdo de matrimonio entre Kyle McQueen y Serena McGregor.

—Vuestra madre lo rompió —le explicó Ralph—, y después trató de unirlo con resina de abedul.

Ian podía visualizar en su mente la escena. Los McQueen habían llegado a Ruthvencastle para hacer efectivo el acuerdo matrimonial entre ambos clanes según el documento, Marina se habría

opuesto con todas sus fuerzas, y se llevaron a Mary.

—Creyeron que se llevaban a Serena —siguió explicándole Ralph.

Ya lo había supuesto.

—¿Mi padre ha despertado? —preguntó con voz fría.

Los problemas crecían y crecían hasta el punto de asfixiarlo.

—Dimos parte al sheriff de Edimburgo sobre el rapto de vuestra esposa, pero el acuerdo es legal —continuó explicando el sirviente—. El sheriff, con varios ayudantes, se personaron en Beinnncastle, pero ni el laird Cuddle McQueen ni vuestra esposa se encontraban en el castillo.

Ian soltó un suspiro largo y profundo. Lo que sostenía en las manos era un documento legal firmado por el laird de Ruthvencastle, y por el laird de Beinnncastle para la unión de ambas familias. ¿Por qué motivo su padre no les había dicho nunca nada? ¿Por qué lo había mantenido en secreto? ¿Qué tenía que ver ese documento con el encierro y desaparición de su hermana Serena?

—Vuestra madre trató de evitar que se llevaran a Mary, pero no pudo impedirlo, después sufrió un agudo ataque de pánico, y tuvimos que llamar al doctor McLean para que la tratara. Desde entonces la mantiene sedada.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se llevaron a mi esposa?

Ian lamentó que no hubiera más mozos en el castillo pues habrían podido impedir que raptaran a Mary. Maldijo la falta de dinero y la mala gestión de su padre sobre las propiedades de los McGregor que se habían reducido al mínimo.

—Dos días y tres noches —contestó Emy.

Ian necesitaba ayuda pues él solo no podría rescatar a Mary. Pensó en las diversas posibilidades que tenía, y las descartó todas. No tenía libras para contratar a mercenarios que lo ayudaran, y no podía acudir al padre de Mary porque le arrancaría el hígado en el momento que supiera que no había sido capaz de proteger y cuidar de su hija. Tenía un solo camino a seguir: acudir al clan de su abuela Morgana: los McGiver. Debía implorar que lo ayudara, aunque mucho se temía que no lograría conmovérla. Su abuela era la mujer más despiadada de todas las mujeres de las Tierras Altas, y nunca le había perdonado a los McGregor que la echaran de Ruthvencastle.

Mary ya no estaba tan preocupada como en las primeras horas de su secuestro. En un principio se había asustado tanto, que no había podido dejar de temblar, pero ya se le había pasado el estado de pánico, ahora estaba pensando en huir como las dos veces anteriores, aunque sus intentos resultaron inútiles porque esos hombres la habían apresado antes de que pudiera poner la suficiente distancia entre ambos. Confiaba que la próxima vez lo lograría. Le dolían los huesos, porque en el primer intento de huida había saltado sin pensar del caballo al río cuando cruzaron un estrecho puente. La corriente la había arrastrado río abajo una buena distancia, pero para cuando pudo nadar hasta un recodo algo más tranquilo para salir del agua, el gigante de ojos de hielo la estaba esperando en la orilla. ¿Cómo había llegado hasta donde estaba ella? ¿Y por qué no lo había visto cuando salía?

La caída le había supuesto un buen golpe en la cadera, y se había raspado el codo, pero al menos lo había intentado. Para su sorpresa, y cuando lograron detenerla en un segundo intento, no obtuvo represalias. Esos cinco hombres la seguían tratado con amabilidad.

Mary no era cobarde, tenía que mostrar prudencia, pero intentaría escapar de nuevo.

Estaba convencida de que el motivo de su secuestro tenía que ver con una deuda de honor, y era un gran inconveniente que su suegro estuviera inconsciente porque no creía a Marina capaz de solventar la situación que se había creado. Ian no estaba en Ruthvencastle, e ignoraba cuándo tenía

pensado regresar, además, en el castillo no había suficientes sirvientes para iniciar la búsqueda de su persona.

No tenía miedo, pero estaba intranquila.

Encerrada en una estrella, oscura y maloliente habitación, trataba de escuchar a sus captores, pero apenas hablaban. Para sorpresa suya, no estaba en ningún castillo en el norte de Escocia sino en una pequeña y angosta vivienda en el campo. ¿Por qué la habían llevado allí? ¿Qué lugar era ese?

Marina se tumbó sobre el suelo con mucho cuidado, podía ver entre el tablado la estancia que ocupaban sus secuestradores. La distancia entre algunos tablones de madera alcanzaba la pulgada de longitud. Dos de ellos estaban sentados a ambos lados de la chimenea, otro estaba sentado cerca de la mesa, y los otros dos se mantenían de pie. Conversaban muy bajo, quizás en un intento de que ella no escuchara nada, pero lo que esos ignorantes desconocían era que su padre la había obligado a aprender gaélico desde niña. Justin Penword, actual duque de Arun, lo había creído conveniente por el compromiso de ella con Ian. Su instrucción había comenzado a la edad de doce años, y aunque en un principio Mary se opuso porque le parecía una lengua difícil, su padre logró lo imposible, eso sí, sobornándola.

Le prometió que la recompensaría, y lo hizo con creces.

El primer año de estudio y de esfuerzo le regaló un precioso poni al que llamó Mottled. El segundo año le regaló otro precioso poni al que llamó Marbled, y, el tercer y último año de instrucción, le regaló una pequeña calesa donde fueron enganchados los caballos para que ella recorriera la propiedad de Crimson Hill a voluntad. Y lo hizo con un entusiasmo inaudito. Tiempo después llegó a ser una experta. No había muchacha en toda Inglaterra que la superara en el manejo de monturas y carruajes. Su padre había logrado que en esos tres años ella aprendiera perfectamente a escribir y hablar la lengua de las Tierras Altas.

Agudizó el oído, pero los susurros le resultaron ininteligibles. Cansada de la postura incómoda, se reincorporó y comenzó a caminar hacia el estrecho y sucio jergón. Mary temía que estuviera infectado de chinches, pero no había otro lugar donde poder recostarse salvo el duro suelo.

Escuchó pisadas sobre las escaleras, y supo que alguno de sus secuestradores le traía la cena. Las veces anteriores había consistido en sopa agria, pan negro y agua. Ella, que estaba acostumbrada a los manjares más exquisitos, ahora comía peor que los cerdos. La puerta se abrió con un chasquido, y el laird McQueen entró por la puerta. Era tan alto que tuvo que inclinar la cabeza para hacerlo. Traía en una mano un cuenco con la sopa, y en la otra un trozo de pan.

—No soy Serena McGregor, sino Mary Penword, recientemente desposada con Ian McGregor, hijo del laird Brandon McGregor —volvió a repetir por enésima vez en inglés. Por nada del mundo iba a perder la ventaja de que supieran que conocía su lengua.

El hombre de mirada helada, dejó el cuenco y el pan sobre una diminuta mesa de tres patas. Era la que utilizaría un niño para pintar o jugar.

—Come... —fue la respuesta del laird.

—No soy Serena McGregor —insistió, aunque sabía que no serviría de nada.

Cada vez que Mary había tratado de sacarlo del enorme error que había cometido, la ignoraba.

—Come —Cuddle McQueen dio un paso hacia ella que no pudo retroceder porque estaba sentada sobre el jergón.

Si había algo más ignominioso para una dama que tomar esa insulsa sopa, era tener los ojos de ese hombre clavados en su persona mientras lo hacía, pero Mary obedeció. Se levantó, caminó hasta la diminuta mesita, tomó el tazón con una mano, y con la otra sujetó el pan que

inmediatamente introdujo en el caldo antes de llevárselo a la boca.

—Hummm, exquisito —respondió como si estuviera sentada en el mejor restaurante de Londres—. ¿Qué hay de segundo, rosbif, quizás? —preguntó con insolencia—. ¿Y de postre, un delicioso custard?

El laird no contestó. Se limitó a observar cada movimiento de ella. Si Mary hubiera tenido cubiertos, le podría haber dado una muestra de sus modales exquisitos a la hora de tomar la sopa, pero se limitó a mojar el pan y a devorarlo. Como estaba claro que no iba a matarla, tenía que mostrarle que no le temía.

—Los perros de Crimson Hill son mejor alimentados —susurró para ella misma, pero el laird la había oído.

—Estoy informado —contestó el hombre.

Mary tardó en procesar su respuesta. Si el laird sabía que los animales de su casa estaban mejor alimentados...

Soltó un gemido estrangulado.

—Sabe que no soy Serena McGregor sino Mary Dawn Eleanor Penword.

El corpulento hombre de mirada fiera la observó durante unos minutos tan largos, que se le antojaron siglos. Se acercó otro paso a ella, le quitó el cuenco de la mano, y comenzó a girarse.

—¡Sabe que no soy Serena McGregor! —le gritó.

El laird se giró un tercio y la recorrió de pies a cabeza con desdén.

—Siempre lo he sabido —salió por la puerta y la cerró tras de sí.

Mary se había quedado sin capacidad de reacción. Ella no era Serena, él lo sabía, entonces, ¿por qué la había secuestrado? ¿Qué oscura maquinación planeaba? ¿Habría sido Cuddle McQueen el hombre que había disparado a Brandon McGregor? ¿Por enemistad? ¿Traición? ¿Libras?

Amor, se dijo Mary. Un hombre como ese nunca perdonaría una ofensa del corazón, y durante las siguientes horas se hizo infinidad de preguntas a las que no pudo encontrar respuesta.

## CAPÍTULO 19

Knockfarrel no había cambiado nada en todos esos años. La fortaleza estaba exactamente igual que aquella vez que la visitó de niño. La montura de Ian iba bordeando la parte derecha del lago Ussie, e iba acercándose a la propiedad de su abuela materna a un trote lento, como si al caballo le costara avanzar hacia su destino. Había dejado atrás el pequeño poblado y los pocos ancianos que quedaban en las viviendas. Escuchó el doble portón que se abría, y varios jinetes salieron a su encuentro.

Ian contó un total de diez. ¿Cómo era posible que el clan McGiver mantuviera esa cantidad de jinetes? Desde la distancia pudo observar sus posturas erguidas y sus miradas amenazantes. El clan de su abuela Morgana era de los más huraños y desconfiados que habitaban las Tierras Altas.

—¡Alto! ¿Quién va? —preguntó el que había adelantado su caballo del resto.

Ian detuvo su montura a dos pasos del puente levadizo.

—Ian Douglas McGregor —respondió sin parpadear.

Escuchó perfectamente el murmullo generalizado entre los jinetes al escuchar su nombre.

—Los McGregor no son bienvenidos en Knockfarrel —le espetó otro.

—Deseo ver a mi abuela Morgana —dijo Ian con voz firme.

Azuzó su montura que avanzó hacia el jinete adelantado. Los otros hicieron un pasillo para permitirle la entrada si el jefe lo aceptaba.

—Nadie visita a Morgana sin su permiso.

Ian clavó los ojos en el rostro barbudo. El hombre había puesto la mano en la empuñadura de la espada, y él entendió la amenaza velada.

—Traigo nuevas de Ruthvencastle y pienso anunciárselas.

Varios de los jinetes escupieron en el suelo al escucharlo. Tras varios minutos en completo silencio, el jinete movió la montura para dejarlo cruzar el puente levadizo.

—Morgana no se alegrará de verte.

Ian ya contaba con ello, sin embargo, necesitaba pedirle su ayuda. Si alguien podía detener las acciones de los McQueen eran precisamente los McGiver. A medida que iba pasando, los jinetes comenzaron a cabalgar tras él. Se sentía observado, y se inquietó. No visitaba Knockfarrel desde los diez años, y se preguntó si su vida correría peligro en el clan de su abuela. Dentro de los muros de la fortaleza, todo le pareció menos agresivo. No parecía tan decrepito como Ruthvencastle, e Ian se encontró entrecerrando los ojos al compararlos. Una anciana de cabellos largos y plateados salió a su encuentro. Vestía el tartán del clan sobre los hombros, y clavó sus ojos en él.

—¿Qué haces en Knockfarrel?

Ian soltó un suspiro cansado. Ni un saludo de bienvenida, ni una muestra de hospitalidad. Los ojos de su abuela rezumaban odio, e Ian se preguntó la razón para su hostilidad porque él nunca le había dado motivos para odiarlo, ni por el maltrato que había recibido de su parte en la niñez.

—El clan McQueen ha raptado a un McGregor.

Ian escuchó las risas de los hombres que no habían desmontado de sus caballos. Omitió decirle que la persona secuestrada era a su esposa. Morgana entrecerró los ojos, se mantuvo callada unos momentos, después se giró y comenzó a caminar hacia el interior de la fortaleza.

Ian se tomó su actitud como un sí.

Desmontó con agilidad, y entregó las bridas al que parecía el jefe. Con zancadas largas entró en el interior sin titubear un instante. Morgana se había sentado en una silla cercana al fuego. En



esa parte el frío era más acuciado. La mujer, con un gesto de la mano, lo invitó a que se acercara a ella. Ian así lo hizo, y durante un interminable momento, Morgana se dedicó a escudriñarlo a conciencia. Lo recorrió con la mirada de la cabeza a los pies en un gesto tan insolente como provocativo.

—¡No te pareces a tu madre! —soltó con desdén.

Ian tenía que quebrar el muro de desconfianza que su abuela había erigido en torno así porque perjudicaba sus intereses.

—Necesito su ayuda —decidió ir directo al grano.

Morgana hizo un gesto desabrido al escucharlo.

—Hace casi veinte años que no te veo —lo censuró con dureza—. Años en los que no te ha importado si estaba viva o muerta —continuó—. ¿Qué diablos pretendes ahora de mí?

El salón se llenó de los hombres que habían ido a su encuentro tras los muros, también de otros que aparecían en la estancia como por arte de magia. Todos vestían los colores de los McGiver: rojo y azul.

—Me gustaría hablar con usted a solas.

La anciana escupió en el fuego, e Ian pensó que su comportamiento debía de asemejarse a los jefes de los clanes en la antigüedad. En esa parte de las Highlands, el tiempo no transcurría a la misma velocidad que en el resto del mundo.

—Lo que tienes que decirme lo pueden escuchar todos.

Con todos se refería a la totalidad del clan que parecía que se había congregado en el salón de Knockfarrel.

—He visitado las tierras de los McQueen, pero Mary no está en Beinncastle.

—¿Mary? —preguntó la anciana interesada.

—Mi esposa —contestó en voz baja, pero no lo suficiente para que no lo escucharan el resto de hombres que comenzaron a burlarse.

Ian apretó los puños y tensó el mentón. No era un hombre belicoso por naturaleza, pero podría romper varias narices si lo provocaban, y mucho se temía que esos hombres lo estaban logrando.

Morgana se levantó de la silla y caminó hacia él.

—Un verdadero laird no pierde a su esposa —le espetó.

Ian suspiró suavemente para no enfadarla.

—No soy laird sino mi padre, Brandon Keith McGregor.

Morgana escupió en el suelo al escuchar el nombre de su yerno.

—¡Por San Andrés que espero que se le sequen las cuencas de los ojos y se le pudran los intestinos!

Ian volvió a suspirar.

—Pues es posible que se cumpla su deseo —contestó sin apartar los ojos de los de su abuela.

—Explícate —lo apremió ella.

El nieto pasó a describirle todas y cada una de las penurias que había padecido tras su regreso de las colonias: la desaparición de su hermana Serena, su boda con la hija inglesa de su primo el duque de Arun, el intento de asesinato de su padre que desde entonces estaba inconsciente, Ian no se dejó nada.

—¿Tienes una hermana? —la voz de su abuela había sonado muy aguda.

—El laird de Ruthvencastle, mi padre, se casó con la hija de un conde español, ¿lo ha olvidado?

La mujer maldijo fuertemente.

—¡Maldito cabrón! —lo insultó sin piedad.

—Me asombra que lo desconozca pues conoció a mi madre Marina.

Los ojos de Morgana apuñalaban

—Me importa una mierda tu padre —soltó la anciana—, y esa puta no es tu madre.

Ian nunca había escuchado a una mujer de su edad hablar de forma tan impropia y grosera.

—Los amo a ambos —contestó el nieto—. Y le pido respeto para los dos.

La mujer abrió la boca por la sorpresa.

—¿Estás en mi casa y me das órdenes?

Ian supo que había sido un error ir a las tierras de su abuela. Era una mujer llena de odio, de deseos de venganza, y entendió que no pensaba ayudarlo sino humillarlo. Afligido porque se había equivocado por completo, y perdiendo con ello un tiempo valioso, suspiró de nuevo decidido a marcharse.

—Lamento esta visita indeseada —dijo con voz baja—, y le deseo prosperidad y salud.

Ian se giró hacia la puerta y comenzó a andar, pero el hombre barbudo se interpuso entre la salida y él. Su gesto era amenazante, y la expresión de su rostro de clara animosidad.

—McGregor, no saldrás de estos muros hasta que Morgana te otorgue su permiso —vociferó el escocés.

Ian cruzó los brazos al pecho.

—Ya me lo ha dado con su silencio —apuntó con mirada fría.

—Si vences en la lucha a Fearghas podrás marcharte —tras su espalda escuchó la voz de su abuela.

El mencionado sonrió al escuchar su nombre.

—No tengo ninguna intención de luchar contra nadie —fue la seca respuesta del nieto.

Fearghas ya se iba despojando de la espada y del tartán. El resto de hombres fueron apartando sillas, taburetes y demás elementos decorativos del salón para hacerles hueco y que pudieran pelear sin obstáculos. Ian observó al hombre con atención, debía tener la edad de su padre, aunque a la vista estaba que se entrenaba bien porque era todo músculo bajo la ropa.

—No pienso luchar —reiteró—. No tengo motivo alguno.

—Aquí no hacen falta motivos —dijo el escocés.

Sin previo aviso, Fearghas le soltó un puñetazo que lo lanzó al suelo. El resto de hombres comenzaron a jalearlo. Ian supo que tenía que luchar con ese bárbaro para satisfacer a su abuela. Era indudable que pretendía probarlo, y aunque le resultaba incomprensible que tuviera que pegarse con un McGiver, tendría que hacerlo si quería salir de lugar infernal.

Ian se levantó y desató el nudo del cinto que sujetaba la vaina y espada a su cadera. Se deshizo del tartán y se preparó. Él era más alto y más fuerte que Fearghas, pero el hombre mostraba que tenía ganas de sangre, lo que lo convertía en un rival peligroso. El segundo puñetazo se lo esperaba, pero lo recibió igualmente, y durante los siguientes minutos, recibió tantos golpes como repartió.

Ian trató de perturbar el equilibrio de su asaltante, y lo consiguió al principio. También lo sorprendió en varias ocasiones antes de que pudiera recuperar el equilibrio, y utilizó su fuerza en su contra. No solo lo golpeaba en el torso y rostro, también en las articulaciones de cualquier parte del cuerpo. El escocés luchaba bien, pero Ian era más joven. En uno de los puñetazos que recibió, Fearghas logró partirle la ceja izquierda, cuando se tocó la herida con una mano para limpiar la sangre que le goteaba y le impedía ver, el otro aprovechó para cebarse con su costado y terminó fisurándole un par de costillas. Ian confiaba que no estuviesen rotas, ahora le costaba mucho más lanzar los puños con la suficiente fuerza como para derribarlo. Supo que tenía que cambiar de táctica, pero contaba con una cierta ventaja sobre las intenciones de su contrincante.

Había aprendido en las colonias a luchar como los vaqueros, también había aprendido algunas técnicas de los indios, como la de saltar sobre la espalda de su oponente, girar muy rápido, y sujetar las piernas del adversario con sus propios muslos en un movimiento seco. Inmediatamente lo aprisionó del cuello valiéndose de la fuerza de sus brazos, y lo mantuvo completamente paralizado, si el escocés intentaba moverse, Ian podría romperle el cuello.

Fearghas supo que lo había vencido.

—Ríndete —lo apremió.

Con la mano derecha sujetaba su antebrazo izquierdo, y que rodeaba el cuello del hombre. Apretó todavía más porque se resistía, pero Fearghas no podía moverse, ni lograba alcanzarlo con el brazo que tenía libre. Como la presión sobre su cuello aumentaba, finalmente dio un golpe en el suelo en señal de rendición. Ian aflojó los brazos y deshizo el nudo que aprisionaba el cuello del hombre. Nadie lo ayudó a levantarse del suelo, tampoco lo hubiera permitido. Al hacerlo, hizo un gesto de dolor y se tocó el costado. Tenía el rostro ensangrentado por la brecha de la ceja.

—No esperaba que pelearas como un mono —murmuró Morgana con gesto adusto.

Ian se preguntó si acaso había esperado que Fearghas lo dejara inconsciente y malherido, bueno, lo estaba porque le dolía el costado una barbaridad.

—¿Puedo marcharme? —le preguntó con la misma animosidad que recibía.

Morgana le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No ha sido nada personal —se disculpó Fearghas con una sonrisa que le resulto incomprensible. Lo machacaba en una pelea, y en ese momento actuaba como si se hubieran ido juntos a una taberna. Ian no comprendía esas actitudes que para él resultaban incomprensibles.

Su madre Marina se había encargado de educarlo de forma exquisita en el respeto y tolerancia hacia todo lo que no comprendía. Desde niño le había inculcado que todo desacuerdo se podía arreglar con buenas palabras y no con malas acciones. Se alegraba enormemente de ser un hombre civilizado y no como los individuos del clan McGiver.

Ian cogió su arma, su tartán y caminó hacia la puerta. El resto de hombres le iban haciendo un pasillo mientras lo miraban hoscos. Cuando casi había alcanzado el umbral para salir, escuchó de nuevo la voz de su abuela.

—Si todavía deseas nuestra ayuda, te la concederé.

Ian paró sus pasos. Intentó respirar profundo pero los golpes que había recibido en su costado se lo impedía. Tenía que hacer inhalaciones cortas.

—¿Cuál es el precio? —era consciente que su abuela no lo ayudaría gratis.

—Que hagas honor al acuerdo que incumplió tu padre —la oyó decir.

Ian se giró muy despacio. Lo separaban de su abuela una treintena de hombres que habían formado un pasillo largo hasta ella y él. Mujer y hombre se evaluaron mutuamente. Él, con los párpados entrecerrados, ella, con un rictus cruel en la comisura de sus labios.

—¿Qué acuerdo? —preguntó, aunque conocía la respuesta.

—Si deseas saberlo, tendrás que escucharme...

## CAPÍTULO 20

Marina ya no quería seguir durmiendo, y por eso rehusó seguir tomando los polvos que el doctor le había recetado, y que ceremoniosamente le preparaba Emy. La sirvienta protestó con energía, pero ella se mantuvo firme. Necesitaba tener el control sobre todos sus sentidos, y la droga la dejaba floja e inerte de iniciativas. Tanto Ralph como Emy le habían contado la llegada de Ian a Ruthvencastle, de su inmediata partida hacia Knockfarrel, y de su intención de obtener la ayuda de los McGiver.

Marina se persignó.

Morgana, la abuela materna de Ian, lo había tratado muy mal desde su mismo nacimiento pues había culpado a su nieto de la muerte de su hija. De ella había recibido golpes severos y un maltrato emocional tan profundo, que le había costado mucho tiempo recuperar la confianza e ilusión del niño. Cuando ella llegó a Ruthvencastle, Ian era pellejo sobre huesos, además mostraba un temor atávico hacia su padre. Era el niño más introvertido y solitario que había conocido. ¿En qué estaría pensando su niño para pedirle ayuda a esa mujer?

Con ayuda de Emy se dio un baño muy caliente que terminó muy frío porque necesitaba despejar la cabeza y desentumecer los músculos. Tenía que retomar de nuevo el control sobre sus acciones y la agilidad sobre sus pensamientos.

Brandon seguía inconsciente, pero continuaban atendiendo todas sus necesidades físicas, aunque no respondía a ellas. El doctor McLean había traído consigo al respetado doctor inglés y juntos le habían hecho infinidad de pruebas y estímulos, pero Brandon seguía sumido en una inconsciencia muy profunda. Como no podían alimentarlo bien, había perdido mucho peso, y Marina temía de verdad que no despertara nunca.

Cuando salió de la alcoba de invitados, se dirigió hacia el dormitorio principal que habían compartido Brandon y ella hasta poco antes de su marcha a España, pero sufrió un ligero mareo, Marina tampoco se había alimentado como debía, y por eso sufría una flojera acusada.

Se detuvo antes de abrir la puerta y respiró profundo.

Todo estaba limpio y ordenado. Sobre el amplio lecho se encontraba su esposo en completa quietud. Parecía muerto, aunque tenía color en el rostro. Su cabello rubio había perdido el brillo, y sobre su mentón se advertía una barba incipiente. Ralph lo afeitaba a diario, pero ella se había adelantado al aseo de su marido.

Caminó hacia la cama y lo observó detenidamente.

Brandon McGregor era un hombre posesivo. La vida a su lado había sido difícil porque él no llegaba a comprender el inmenso amor que le tenía Marina a su padre y a su hermano, también a sus tíos y primos. Había dejado tantas cosas hermosas atrás, pero él nunca se lo había agradecido.

Después de sufrir el aborto, se habían distanciado. Y cuando Serena cumplió los catorce años, el control sobre ella se volvió obsesivo. Apenas la dejaba salir de Ruthvencastle si no lo hacía acompañada de varios sirvientes. Marina no podía entender su actitud pues su extremismo incluía a su familia inglesa, a sus tíos y primos. Brandon aisló a Serena de una forma que le encogió el corazón, y, aunque meditó por qué motivo había comprometido a Serena con el clan McQueen si la hija de ambos estaba comprometida con el clan Duncan, no pudo llegar a una conclusión lógica. Había tantas cosas que ignoraba, que no poder preguntarle para obtener las respuestas la desquiciaba.

Ralph entró con los utensilios para su aseo personal. Cuando la vio plantada frente al lecho se sorprendió.

—Yo atenderé su aseo personal —le explicó ella.

Ralph hizo un gesto afirmativo mientras se acercaba a la cama.

—Aunque el laird ha perdido peso, moverlo cuesta bastante, milady.

—Entonces me ayudarás.

Ambos comenzaron la onerosa tarea de cuidar a Brandon. Lo bañaron por completo, y como habían mojado las sábanas al hacerlo, las cambiaron, y cuando llegó el turno de afeitarlo, Marina cogió el jabón y la hoja de afeitar. Ralph le separó el cabello para facilitarle la labor.

—Después se lo cortaré —dijo la mujer mientras se concentraba en formar la suficiente espuma sobre el mentón.

Ralph se llevó las sábanas de la alcoba, y le dijo que aprovecharía para traerle el desayuno del laird.

Marina sonrió sin ganas pues el desayuno, la comida y cena para Brandon era exactamente el mismo: caldos, zumos de frutas y té. Pasaba la hoja de afeitar con mucho cuidado.

—¿Recuerdas las veces que hemos discutido? —comenzó Marina mientras lo afeitaba—. En ocasiones me enfadabas tanto que deseaba abandonarte, pero ya no soy esa Marina a la que llamabas provocadora. A veces, cuando me miro, no me reconozco. Era una mujer fuerte, valiente, ¿recuerdas? Tomaba decisiones, y aunque fueran equivocadas, las llevaba hasta el final. Nada me detenía si creía que me asistía la razón, pero Ruthvencastle me cambió por completo —continuó ella—. Es un monstruo que anula la fortaleza de la persona más firme y decidida. Estas tierras consumen el espíritu. Agotan la fe, y aunque siempre había tenido ese presentimiento, lo supe de verdad cuando me marché a España para rendirle honores a mi padre ya fallecido. ¡Nada lastima más mi corazón de hija obediente que no haberme despedido de él en vida! ¿Deseas saber una cosa? De nuevo allí, en esa tierra viva, sentí que renacía, que mis sentidos volvían a agudizarse, que me llenaban de ilusión y de alegría, pero regresé a estos muros, y volví a caer en el estado de inanición de siempre.

Marina había terminado de afeitar a Brandon, enjuagó los restos de jabón con agua limpia, y lo secó con un lienzo suave.

—¿Cómo pretendías que nuestra hija ignorara todo lo que esa tierra es capaz de transmitirle? Serena es una persona llena de fuerza y de pasión. ¿Por qué la apartaste de nosotros? —le preguntó, aunque sabía que no iba a obtener respuesta por su parte—. ¿Por qué motivo te la llevaste lejos de Ruthvencastle? ¿Era por los McQueen? ¿Por el compromiso que adquiriste con ellos sin consultarme? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me lo ocultaste?

Marina tomó las tijeras y comenzó a recortar los cabellos de Brandon. Verlo tan quieto le provocaba una pena infinita. Tumbado en el lecho había un hombre vencido. No quedaba de él ni el reflejo del orgulloso y temible laird que se mantenía aislado de todo y de todos.

—Cada día me pregunto quién te disparó. ¿Qué hiciste para que lo hicieran? ¿Qué enemigos nos acechan? —Marina varió la postura—. Debo informarte que en el momento que recupere a nuestra hija, me marcharé, estoy decidida —confesó Marina con voz muy baja—. Regresaré a esa tierra que necesito para nutrirme. La que me da el valor y la fuerza para enfrentarme a todo.

Marina seguía cortando mechones de cabellos rubios y los iba depositando en el recipiente con el que le había rasurado el mentón anteriormente.

—Me marcharé, pero no para vengarme de tus silencios anteriores, ni de tus acciones actuales que me han herido de una forma como no puedes imaginarte. Separar a Serena de mi lado ha sido monstruoso. Debo marcharme porque si me quedó llegaré a odiarte con todas mis fuerzas, y esa es la última de mis intenciones.

Marina tiró el último mechón en el recipiente, y se agachó para depositarlo en el suelo de

madera, cuando se reincorporó, los ojos verdes de Brandon la miraban tan intensamente que la mujer se sobresaltó. Se le cayeron las tijeras al suelo, y fue incapaz de recogerlas.

—¡Brandon, has despertado! —exclamó la mujer clavando sus pupilas en las masculinas que parpadearon con recelo.

Fue mirarlo, y todo el dolor acumulado emergió de su interior sin que pudiera detenerlo.

—¿¡Por qué apartaste a nuestra hija de mi lado!?! —exclamó y preguntó al mismo tiempo—. ¡Habla, explícate! ¿Quién ha intentado matarte?

Pero los labios del laird se mantuvieron sellados. Su rostro mostraba tal confusión que Marina paró sus exclamaciones. Ella no tenía forma de saber que sus palabras habían penetrado en el cerebro de Brandon trayéndolo a la consciencia pues había estado sumido en una oscuridad completa: suspendido en un abismo bajo sus pies, pero había escuchado su voz angustiada, y lo trajo de vuelta a la realidad. Quería preguntarle tantas cosas, pero sus labios no se movían. Quería levantarse, pero sus miembros no le obedecían. Veía el rostro acongojado, las bolsas oscuras bajo sus bonitos ojos. Una mujer le demandaba explicaciones, pero él no podía hablar ni podía moverse, y lo más preocupante, no sabía quién era ella.

## CAPÍTULO 21

Cuando Ian abrió los ojos, lo percibió todo oscuro y silencioso. Lo último que recordaba era la ingente cantidad de hidromiel que había bebido con los hombres de Morgana. A él no le gustaba especialmente hacerlo, pero fue una forma de no enterarse demasiado de los puntos que le dieron para coser la brecha abierta en la ceja, y que le había provocado Fearghas.

Ahora tenía una herida y un terrible dolor de cabeza.

Estaba recostado sobre un blando jergón, pero no recordaba cómo había llegado hasta él. Giró la cabeza para recorrer la estancia con la mirada. La alcoba era muy grande, aunque no estaba completamente amueblada. Se levantó demasiado rápido y se mareó. Maldijo el hidromiel y la paliza que había recibido de Fearghas. Si no hubiera sido por los trucos que había aprendido en las colonias, un hombre que le doblaba la edad lo habría vencido en cuestión de segundos.

Cuando dio un paso hacia adelante, Ian soltó el aliento muy lentamente. Le costaba llenarse los pulmones de aire, y supo que era debido a los golpes que había recibido en el costado. Le dolían, pero no tenía las costillas rotas. Abrió la puerta de la estancia y salió al pasillo. Escuchaba las voces de algunos hombres en la planta inferior y hacia allí se dirigió. No había alcanzado el primer escalón de bajada cuando una puerta se abrió en el otro extremo.

Su abuela Morgana lo miraba con los ojos entrecerrados.

—¡Al fin despierto! —ni un saludo ni una palabra de ánimo, se dijo Ian que se puso la mano en el costado—. ¡Ven! —le ordenó la otra tajante.

Con reticencia, Ian comenzó a caminar hacia el otro extremo del corredor. Cuando alcanzó la puerta abierta, dudó, pero necesitaba algunas respuestas, y posiblemente Morgana podría ofrecerlas.

—Cierra la puerta —siguió ordenándole con esa voz que le chirriaba en el interior de los oídos.

—Creo que he debido caerme en la cuba de hidromiel —quiso hacer una broma, pero el rostro adusto de su abuela tornó serio el suyo.

—Fearghas está haciendo indagaciones sobre el paradero de tu esposa.

—Pensaban que me ayudarían.

—Y lo están haciendo recabando información antes de que partáis.

Por las palabras de su abuela dedujo que hablaba en plural y que se refería a los hombres que lideraba.

—Tendría que ser yo quien los dirigiera y hacer las indagaciones.

Morgana atizó el fuego, e Ian aprovechó para observar las estancias particulares de su abuela. Al contrario que en el resto del castillo, esa parte estaba mucho más cuidada. Había telares en las paredes, cortinas gruesas en las ventanas, y una enorme chimenea que ocupaba la casi totalidad de la pared.

—Nunca obtendrías la información que recabará tu tío —Ian parpadeó asombrado. ¿Fearghas era su tío? Se preguntó, y como si su abuela adivinara sus pensamientos, respondió—. Era el esposo de mi hermana Eara que murió al tratar de alumbrar a su primer hijo.

Ian no salía de su asombro.

—Conozco muy poco sobre mi familia materna, lo admito —contestó turbado.

Un brillo peligroso se paseó por el iris de Morgana.

—¿Y de quién es la culpa? —preguntó seca.

Ian suspiró cansado.

—Dejemos por una vez las acusaciones —su proclama fue totalmente lógica.

Su padre Brandon nunca le había explicado nada sobre su familia materna. Lo había mantenido en el más absoluto desconocimiento.

—Jack Cameron Penword fue una enfermedad mortal para Escocia —Ian optó por acercarse a la ventana. Le dio a su abuela la espalda, pero fue solo unos segundos. No le gustaba que hablaran mal de su abuelo paterno—. Un parásito chupa sangre que se mostró insaciable de poder.

—Confío que me dé la explicación que justifiquen sus palabras —le pidió el nieto.

Ella se las iba a ofrecer con gusto.

—Enamoró a Liana porque era la jefa del clan McGregor. Él había ansiado siempre ser duque de Arun, pero no podía matar a su hermano mayor Devlin para conseguirlo —Ian se mantuvo en silencio—. Era tan ambicioso que renunció a su propio nombre y adoptó el de su mujer.

—Un gesto que puede considerarse absolutamente desinteresado.

—¡Ja! —exclamó la abuela con cinismo—. Fue todo tan calculado por su parte, que hasta hoy me estremezco al pensarlo —Morgana seguía inmersa en recuerdos del pasado—. ¿Sabes cómo terminó el hermano díscolo del duque de Arun en Escocia? —Ian hizo un gesto negativo—. Por el accidente de caza —le explicó sin dejar de mirarlo—. Devlin Penword estuvo a punto de perder la vida por culpa de su hermano Jack que le disparó por la espalda —Ian se quedó boquiabierto. En modo alguno podía imaginar lo que sucedió en el pasado—. Y por eso sufrió un destierro conveniente.

—¿Cómo es posible? ¿No hubo investigación que esclareciera el asunto?

—Tu tío abuelo Devlin sabía que, si su hermano continuaba en Inglaterra, su vida siempre correría peligro.

—Entiendo —dijo Ian con voz que denotaba verdadera sorpresa.

—Liana era mi mejor amiga... —a la mujer se le cortó la voz por primera vez, e Ian pudo comprobar sorprendido que su abuela había amado realmente a alguien—. Lideraba uno de los clanes más importantes de las Highlands, y Jack puso todo su esfuerzo en enamorarla, seducirla.

—Que algunas mujeres en Escocia pueden ser las líderes de sus propios clanes es algo que escapa a la lógica de otros reinos —dijo el nieto pensativo.

Morgana lo increpó.

—¿Ignoras tu propia historia?

Ian bajó la cabeza avergonzado, no es que la ignorara, pero nunca se había interesado. Su padre Brandon le había contado lo imprescindible, y él había sido un niño introvertido y desconfiado. Marina tampoco había podido ser de gran ayuda porque era extranjera.

—No la ignoro —confesó—. Pero me gusta mirar al futuro y no al pasado.

Morgana chirrió los dientes al escucharlo.

—El dieciséis de abril de mil setecientos cuarenta y seis, tres mil Jacobitas murieron en la batalla de Culloden, entre ellos mi bisabuelo y sus tres hermanos —Ian se mostró apesadumbrado—. Tras la victoria inglesa, Cumberland ordenó a sus hombres la ejecución de todos los heridos y prisioneros. Se respetó la vida de los prisioneros de más alto rango, pero ese respeto fue momentáneo porque poco después fueron juzgados y ejecutados en Inverness —Ian conocía la historia, pero ignoraba hacia dónde quería llegar su abuela al recordársela—. Las Highlands se quedaron sin los nobles para dirigir a los clanes que se habían quedado huérfanos —la mujer tomó aire antes de continuar—. Los que no murieron en la batalla, lo hicieron bajo la mano del duque de Cumberland al que apodamos el Carnicero. Escocia nunca se recuperó de esa derrota.

—Debieron ser tiempos terribles —admitió el nieto—, pero son tiempos pasados.

Morgana tragó saliva y continuó con sus recuerdos en voz alta.



—No quedaron apenas varones de casas nobles para liderar a los diferentes clanes... —la mujer se quedó durante unos minutos pensativa—. Los Stuart, McDonell, Cameron, Gordon, Fraser, McLean, Cambell, McLaren, Munro, McBain, Ross, McLachlan, McKintosh, McKenzie, McGregor, McGiver, Farquharson... todos muertos.

—De esa guerra ha pasado mucho tiempo —le recordó el nieto.

—Pero las consecuencias las seguimos purgando todavía —Morgana se mantuvo en silencio, como si meditara en las palabras que había pronunciado.

—¿Y qué tiene de particular esa batalla con nuestra conversación sobre mi abuelo Jack?

Morgana regresó al presente con brusquedad.

—La hambruna que se desató tras la guerra fue terrible. Los niños morían, pero mucho más las niñas, porque eran más débiles —Ian seguía esperando a que su abuela continuase—. Cada niña que nacía se convertía en un tesoro muypreciado. Por eso meditábamos mucho los acuerdos matrimoniales entre los clanes. Mi única hija Sophie estaba prometida al clan Duncan, pero tu abuelo Jack logró que mi esposo se desdijera y firmara un acuerdo con el clan McGregor para desposarla con su primogénito Brandon. Yo me negué con todas mis fuerzas, pero resultó en vano.

—Lo desconocía, abuela —Ian había dicho el adjetivo de forma cariñosa, le había salido natural pues no era un hombre de tacto desagradable ni dado a la ofensa en las palabras—. Pero deberíamos aferrarnos al presente y dejar atrás el pasado.

—¡No! —exclamó la mujer—, porque desde entonces existe una enemistad violenta y descarnada. Varios Duncan han muerto a manos de los McGiver y viceversa. Desde aquel acuerdo maldito, ni los Duncan, McGiver, McQueen, ni McGregor, han vivido en paz.

Ian tensó la espalda porque intuyó lo que Morgana iba a decir a continuación.

—Tu padre tenía que desposarse con una Duncan, y tu tía Violet con un McQueen para que cesaran los enfrentamientos entre los clanes, y porque tu abuelo Jack aceptó el *dowry* por el compromiso de su hija Violet —Ian cerró los ojos porque ninguno había cumplido los acuerdos establecidos—. Por ese motivo Cuddle ha secuestrado a tu esposa para obligaros a cumplir.

—Le devolveré a los McQueen la totalidad del *dowry* que le pagaron a mi abuelo por mi tía —afirmó Ian sin dejar de mirarla.

—Tu abuelo y tu padre malgastaron toda la fortuna de los McGregor, ¿cómo vas a devolver algo que no posees?

Ian pensaba a toda velocidad.

—¡No es moral ni legal secuestrar a muchachas inocentes para cobrar deudas ajenas! —exclamó Ian—. Ni mi hermana ni yo mismo tenemos la culpa de esos acuerdos —afirmó el nieto que detestaba las costumbres bárbaras del pasado, y que tanto los implicaban en el presente.

—No podrás irte de Knockfarrel sin cumplir el acuerdo que despreció tu padre Brandon y tu tía Violet —le dijo la abuela.

—Yo no puedo cumplir el acuerdo que quebrantó mi padre con los McQueen porque ya estoy casado —respondió el nieto con voz fría—, y aunque no lo estuviera, no me sometería.

—Pero tu hermana Serena no está casada.

Ian ahora comprendía el motivo para que su padre hubiera encerrado a Serena y la hubiera alejado de Ruthvencastle. Ahora creía saber quién le había disparado: Cuddle McQueen.

—Serena fue prometida a Alisdair Duncan —casi susurró.

Morgana escupió enojada. Ian detestaba que hiciera eso.

—Alisdair pertenece a la rama bastarda de los Duncan, y no merece estar vivo. Es un indigno pretendiente para una McGregor —el tono de Morgana rezuma odio.

Ian iba comprendiendo. Por ese motivo Alisdair vivía en el reino de España protegido por el

conde de Zambra, porque de seguir en las Highlands estaría muerto. ¿Cómo había aceptado Marina y su padre el conde un compromiso entre Alisdair y Serena? ¿Por qué motivo nunca le habían explicado las razones?

—Soy consciente de que existen muchas costumbres del pasado que son muy difíciles de cambiar, pero otras muchas sí, y son las que estoy dispuesto a liderar para transformarlas — contestó el nieto.

—Hay que establecer nuevos acuerdos para que los clanes vivan en paz.

Ian tensó la espalda.

—¿Qué nuevos acuerdos? —se atrevió a preguntar.

—El que tu padre incumplió con los Duncan y tu hermana con los McQueen.

Ian ya le había explicado que tanto su tía como él mismo no podrían cumplir los acuerdos establecidos, pero un segundo después miro a la mujer con la sorpresa pintada en el rostro, pensó en su prima española María, hija de su tía Violet. Diego Vílchez de Soriano jamás comprometería a su única hija con un escocés. Era del todo impensable.

—Mi tía Violet no podrá cumplir con el acuerdo que su padre Jack le impuso, pero imagino que su esposo no tendrá inconveniente en devolver el *dowry* que mi abuelo recibió por el trato.

Morgana rio despectiva.

—Pero es que ya no se trata de las tierras que mediante el *dowry* recibió tu abuelo, el problema es mucho más complejo.

—No la entiendo —contestó el nieto—. Si se devuelve la totalidad del *dowry*, entonces el acuerdo queda zanjado.

Morgana resopló enfadada porque su nieto se mostraba obtuso.

—No hay muchachas casaderas en las Highlands, las que nacieron, murieron prematuramente, y las que logran sobrevivir y llegar a la adolescencia, en la actualidad son secuestradas por otros clanes —el rostro de Ian se iba poniendo blanco—. Si tu tía no cumple el acuerdo, entonces tendrá que hacerlo su hija —afirmó Morgana con voz dura.

Ian soltó un suspiro largo y pesado.

—Mi tía Violet vive muy lejos de las Highlands —le informó Ian creyendo que así zanjaba la discusión.

—¿Piensas que la distancia que puso Violet entre su hija y los McQueen detendrán las intenciones del laird para que cumpla el acuerdo?

Ian tragó con fuerza.

—¿Qué intenciones?

—El secuestro de doncellas es algo normal en las Highlands, ya te lo he mencionado.

Ian apretó los puños a sus caderas. ¿Por qué motivo no podían los escoceses comportarse como hombres civilizados? ¿Por qué se empeñaban en mantener unas costumbres arcaicas e ilegales como el secuestro de muchachas casaderas?

—Tu padre no devolvió las tierras que recibió de los McQueen, ni el *dowry* de los Duncan, y pudo haberlo hecho —censuró la mujer.

Ian meditó en las palabras de su abuela. ¿Por qué motivo su padre no devolvió el dinero que su abuelo recibió de ambos clanes?

—¡Yo lo haré! —afirmó sin vacilar—. Devolveré todo lo que mi abuelo recibió por los acuerdos.

Morgana soltó una risotada al escucharlo.

—Para hacerlo tienes que ser el laird de Ruthvencastle, y no lo eres porque lo es el cabrón desagraciado de tu padre.

Cuando Ian iba a responderle a su abuela, la entrada abrupta de Fearghas se lo impidió. El hombre no había pedido permiso como era costumbre entre los McGiver. Se dirigió directamente a su abuela, y le informó del lugar donde estaba retenida Mary McGregor.

## CAPÍTULO 22

Como la altura entre la ventana y el suelo no era muy excesiva, Mary pensó que podría descolgarse por ella. Había anudado las dos sábanas con nudos fuertes, ahora solo tenía que esperar a que sus secuestradores se durmieran. Quedaría uno vigilando, pero ella podía ser muy silenciosa. Afortunadamente, la ventana de la habitación en la que estaba encerrada daba a la parte trasera de la casa, así que disponía de una pequeña ventaja para huir.

La luz amarilla de las velas se colaba por entre las rendijas del suelo de madera, y si se inclinaba podría ver el ir y venir de sus secuestradores. Tuvo que esperar varias horas a que se durmieran, y el tiempo transcurrió lento y pesado. Al filo de las dos de la mañana, solo escuchó el murmullo de dos hombres bajo sus pies. Mary soltó un suspiro largo, quedaba uno por dormir, el otro haría la guardia. Se preguntó si Ian habría regresado a Ruthvencastle, y si lo había hecho, qué habría pensado al no verla en el castillo, y si tenía la intención de rescatarla. Chasqueó la lengua porque su esposo tenía la obligación de ir a buscarla y encontrarla, su esposo... esa palabra se le enredaba en la lengua porque Ian actuaba con ella más como un hermano que como un marido.

En la soledad y oscuridad de la habitación se preguntó qué le depararía el futuro. ¿Podría ser feliz en ese lugar tan apartado del mundo como era Ruthvencastle? ¿Podría formar la familia que siempre había deseado? Ella quería tener lo mismo que tenían sus padres: un amor eterno, un respeto profundo, y una pasión que no extinguía el paso del tiempo, pero Ian era la antítesis de su padre Justin. No era impulsivo, ni dado al enojo, y eso que ella lo había provocado cantidad de veces en el pasado. Siempre tenía en el rostro una máscara de pasibilidad, por ese motivo nadie sabía lo que pensaba realmente.

Mary siguió evocando a sus padres.

Había crecido viéndolos hacerse arrumacos, besarse cuando creían que nadie los observaba. Contemplando cómo los abrazos y las caricias eran el pan de cada día entre ellos. Discutían y se enfadaban, pero se amaban con toda el alma, y se lo demostraban diariamente el uno al otro. Por ese motivo ella anhelaba una relación así con esposo, y se había jurado hacer lo necesario para lograrlo.

Lamentaba enormemente su conducta del pasado, pero había crecido con la pesada losa de su compromiso, y por eso una parte de ella se había rebelado.

Era una buena hija, algo impulsiva, pero estaba dispuesta a lograr que su matrimonio funcionara. Primero tenía que volver loco a Ian, como su madre había vuelto loco a su padre Justin, tenía que lograr que la mirara de la misma forma que miraba su padre a su madre, que la tocara con la misma necesidad... Mary se descorazonó. Desde la boda de ambos, Ian no la había tocado, ni siquiera le había dado un beso, y se preguntó si le sucedería algo anormal para que su comportamiento fuera tan distante y frío con ella.

No quería pensar en ello, no, porque la posible respuesta a sus interrogantes la asustaba.

Cuando escuchó el primer ronquido, supo que su tiempo para escapar había llegado. Se levantó con mucho cuidado del pequeño catre, lo hizo descalza para que no se escucharan sus pasos, pero el vestido le arrastraba y le hacía tropezar. Además, era demasiado voluminoso. Pensó durante varios segundos qué podía hacer, y solo encontró una solución. De la misma manera que se había descalzado, se desabrochó el vestido y se lo quitó por los pies. Pensaba lanzarlo por la ventana junto a los zapatos antes de descolgarse, después de saltar los recogería y se lanzaría a la carrera para poner la mayor distancia ente sus secuestradores y ella. Como había metido los zapatos en el interior del cojín donde reposaba la cabeza en el lecho, no hizo ningún ruido cuando

los lanzó hacia el exterior. Después hizo lo propio con el vestido, aunque no lo había atado y podía romperse si se enredaba entre los arbustos. Como ya no había remedio, se encogió de hombros, y tiró la improvisada cuerda hecha con los lienzos con los que se tapaba por las noches. Respiró profundo, sacó primero una pierna y después la otra. Fue reptando de forma muy lenta hasta que su estómago tocó el borde de madera de la ventana. Apoyó un pie sobre la pared, y luego otro, comenzó el descenso rezando para no caerse al suelo, porque si caía, lo mínimo que le podría pasar sería romperse las dos piernas con lo que su huida resultaría imposible.

—Ya puedes soltarte —tras ella escuchó la voz de Ian.

Se giró con tanto ímpetu que su mano izquierda resbaló sobre la tela que sujetaba, y tuvo que soltarla porque le quemó con lo que quedó suspendida sobre el vacío. La caída de su cuerpo sobre el suelo solo lo impedía su mano derecha, aunque no aguantaría mucho porque pesaba demasiado.

—¿Qué haces ahí?

—Rescatarte —Mary manoteaba tratando de sujetar de nuevo la tela para no caer, pero había quedado de espaldas a la pared—. Salta —la apremió Ian.

—Me haré daño —susurró angustiada.

Ya no le importaba que sus secuestradores los oyeran, que salieran y les impidieran irse. No le importara que Ian estuviera bajo ella con una montura, le importaba saltar, errar, y caer sobre el suelo duro.

—Mujer de poca fe...

Ian posicionó la montura para apartar la cabeza del animal de la trayectoria de ella cuando se soltara. Abrió los brazos y le sonrió.

—Vamos, lady Penword, tú puedes...

El corazón de ella se llenó de ternura porque Ian le sonreía decidido, y supo que podía confiar en él. No la dejaría caer salvo en sus brazos, cerró los ojos y saltó al vacío.

Su caída ni fue elegante ni placentera. Debido al golpe, quedó medio descolgada de la montura con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba, pero Ian la había sujetado como prometió, aunque no como un príncipe azul sostendría a su princesa, sino como un médico que sostiene a un recién nacido por las piernas.

—Ya te tengo —Ian la colocó a horcajadas frente a él—. Esta es mi chica valiente.

Era tanto el alivio que sentía de verlo, era tanta la angustia que había pasado, que Mary hizo algo impulsivo. Se abrazó a su cuello y lo besó en la boca. Estaba viva, estaba a salvo, y los brazos de su marido le parecieron los más confortables del mundo. Cuando finalizó el beso, miró los ojos e Ian, y se ruborizó.

—Es que me he alegrado de verte —fue la única explicación que pudo ofrecerle para justificar el beso que le había dado.

Cuando escuchó risas burlonas, giró el rostro y se ruborizó de la cabeza a los pies. Frente a ella había cuatro torres montados en caballos que apenas sostenían sus pesos. ¿Habían estado todo el tiempo ahí? Se preguntó, y si lo estaban, entonces habían sido testigos del beso indecoroso que le había dado a su esposo. Un sofoco le subió desde el pecho hasta estallarle en la cara y la puso más colorada todavía.

—Son parte de mi familia materna, los McGiver —le explicó él—. Me han ayudado a encontrarte.

Y entonces Mary cayó en la cuenta de que sus secuestradores no habían salido al exterior, y eso que ella había armado bastante jaleo cuando se soltó de la cuerda improvisada para caer sobre la montura y los brazos de Ian.

—En la casa están los McQueen —le susurró como si le contara un secreto.

Ian le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Está todo controlado —la tranquilizó—. Los McQueen están recibiendo en ese momento una severa advertencia por parte de Fearghas.

Ella no sabía quién era el tal Fearghas, pero escuchó las palabras, y se relajó en sus brazos.

Uno de los hombres que se había reído al contemplar la escena aparatosa y tan poco elegante sobre la caída de ella, le lanzó el vestido, como Mary no tuvo reflejos para cogerlo, la tela se extendió y cubrió ambas cabezas.

—Tuve que quitármelo para poder descender por la ventana —explicó Mary mientras metía la cabeza por la abertura del vestido.

Ian desenrolló un manto que llevaba atado en la parte trasera de la silla de montar, y se la puso sobre los hombros, un segundo después comenzó un trote suave.

—¡No puedo cabalgar así! —protestó ella porque el movimiento de la montura la lanzaba a sobre el vientre duro de su marido.

Llevaba el vestido desabrochado por la espalda, y el cabello se le había soltado de la sujeción. Mary estaba hecha un completo desastre.

—Claro que puedes —respondió Ian—. Rodéame la cintura con las piernas para que no se te duerman, y abrázame fuerte.

No le dio tiempo a prepararse. Ian azuzó la montura y comenzó a cabalgar campo a través, con una mano sujetaba la cintura de su esposa, y con la otra las bridas del caballo. Los senos de Mary golpeaban el torso de Ian, situación que la sofocó, pero él estaba concentrado en cabalgar, o eso le pareció a ella.

## CAPÍTULO 23

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó con la mejilla pegada a la de su esposo—. ¿Estamos muy lejos de Ruthvencastle?

—No vamos a Ruthvencastle.

—No veo las monturas de tus familiares maternos, ¿McGiver se llaman?

—Ellos no vienen con nosotros —fue su sencilla respuesta.

Mary sintió alivio y preocupación a la vez. Estaban en un territorio agreste, desconocido. Estaban solos, ¿podrían defenderse de maleantes y bandidos? Cuando tiempo después Ian detuvo la montura, Mary no tenía modo de saber que había una pequeña cabaña tras su espalda. El jinete desmonto, la sujetó por la cintura, y sin esfuerzo, la bajó del caballo.

—¡He perdido mis zapatos!

Las piedras del suelo se le clavaron en las plantas de los pies.

—Lo lamento —se disculpó él—, pero tenía prisa por dejar las tierras de los McQueen.

Mary se mordió el labio inferior preocupada. Las Highlands eran tierras peligrosas, y llenas de misterio.

—¿Y en qué tierras estamos?

—En tierras McGiver —contestó despreocupado—. Como estamos bastante lejos de Ruthvencastle, descansaremos aquí esta noche, continuaremos la marcha hacia Knockfarrel por la mañana.

Mary se giró al fin y observó la cabaña. Parecía abandonada.

—La suelen utilizar cazadores y ganaderos para resguardarse de las nevadas —le explicó él.

Como Mary se quejó cuando dio el primer paso hacia la casa, Ian la tomó en brazos sin dificultad. Le dio una palmada a la montura que trotó hasta la cuadra abierta.

—Parece que conoce el camino —Mary se sentía muy incómoda por ese acercamiento íntimo entre Ian y ella.

Horas antes maquinaba cómo volver loco de deseo a su esposo. Se quejaba de lo frío y distante que se mostraba con ella, y ahora que la tenía abrazada, se sentía cohibida.

—Lamento no haber podido llegar antes —le dijo sincero mientras la dejaba de pie sobre la única habitación de la cabaña.

—Esta vez sí que les habría dado esquinazo —confesó en un susurro sin dejar de mirar la estancia.

Frente a ellos había un pequeño hogar que estaba apagado. En la pared opuesta había un pequeño catre con una manta a cuadros. Mary conocía los tartanes y el uso que le daban los escoceses, y por eso supuso que los colores de la manta serían de los McGiver.

—No me habría importado cabalgar hasta Ruthvencastle.

—Ruthvencastle está a varios días de distancia cabalgando y tenemos una sola montura —ella comprendió—, por eso he preferido traerte hasta aquí porque es posible que esta noche caiga la primera helada, y no me gustaría que nos pillara por el camino —Mary se miró los pies desnudos—. A mi lado no pasarás frío —le dijo él para tranquilizarla.

Ian caminó hacia el hogar apagado para prenderlo. Ella se quedó mirándolo ensimismada. Su marido vestía los colores McGregor, y lo encontraba muy atractivo. Parecía tan salvaje como los hombres que la habían secuestrado, y le gustaba especialmente sus piernas pues era la primera vez que las veía sin los pantalones: pantorrillas fuertes, espalda recia. El cabello rubio lo llevaba por debajo de la nuca, y se le rizaba en las puntas lo que suavizaba la expresión de su rostro.

Cuando Ian se aseguró de que el fuego prendía, se alzó y se giró hacia ella que tenía una mirada de lo más extraña en los ojos. Se quitó el tartán y lo llevó hacia la silla. Bajo el manto de cuadros, solo vestía una camisa. ¿No sentirá frío? Se preguntó Mary. Ella seguía con el suyo sobre los hombros y asegurado con tanta fuerza, que casi tenía los nudillos blancos.

—Pronto entrarás en calor —le dijo él con voz suave.

Clavó la mirada en su esposo, y pudo atisbar el vello rubio ensortijado de su pecho que asomaba por la abertura de la tela. Ian volteó las mangas de su camisa hasta el codo de forma desenfadada, y Mary pensó que tenía toda la apariencia de un pagano. ¿Desde cuándo le parecía su marido tan atractivo? Se le había acelerado el pulso y respiraba con cierta dificultad.

Él, había acercado una silla al fuego, y con la mano la instó a que tomara asiento. Mary suspiró quedo, y avanzó unos pasos.

—Iré a atender la montura y aseguraré la puerta del establo.

Ella mantuvo silencio. Se había sentado con cierta brusquedad. Ian salió hacia el exterior sin decir una palabra más. Cuando regresó, ella seguía en la misma postura, pero ya no sujetaba el manto con tanta fuerza. El hombre la observó con atención y comprobó que tenía las mejillas rosadas, señal inequívoca de que había entrado en calor.

—Está refrescando un poco.

¿Un poco? Se dijo Mary. Si no estuviera en el fuego, estaría congelada. Si a finales de octubre hacia semejante frío, no quería ni pensar en el mes de enero.

—¿Cómo puedes ir con tan poca ropa? —le preguntó.

Ian traía en las manos un ato con comida. Al olerlo le zurrieron las tripas pues no había comido nada desde hacía muchas horas. El caldo y el mendrugo de pan no satisfacía el buen apetito que siempre tenía. Su esposo le puso en el regazo el saquito de tela que contenía queso, pan, y tiras de carne ahumada.

—Lo cogí para salvar un posible inconveniente.

—Gracias.

Ian partió un trozo de queso y se lo llevó a la boca al mismo tiempo que se sentaba sobre la madera sucia del suelo frente al hogar encendido. En la pequeña cabaña solo había un catre, una mesa, y una silla.

—Estoy famélica —confesó ella que comenzó a morder el tierno pan blanco.

—¿Te trataron bien? —quiso saber él.

Mary se puso tan roja como las amapolas del campo.

—No me han mancillado —se apresuró a decir con voz aguda, pero sin dejar de masticar el pan—. Al principio creí que incluso me matarían, pero me trataron bastante bien —Mary pensó en las palabras antes de decirlas—. Dentro de su brusquedad con cierta cortesía.

Escuchó suspirar a su marido.

—Temía que te hubieran golpeado como hicieron con mi madre.

—Los morados que tengo han sido ocasionados por las veces que he intentado escapar de ellos.

Ian la miró con ojos entrecerrados.

—¿Intentaste escapar? —le preguntó burlón.

Mary hizo un encogimiento de hombros.

—La peor parte me la llevé cuando salté del caballo al río cuando cruzamos un estrecho puente.

Ahora vio cómo su marido mudaba el semblante.

—Podrías haberte matado —lo oyó decir con voz afectada.



—Pero hoy lo habría conseguido...

Ian le quitó el saquito de tela del regazo y la levantó. El manto cayó al suelo.

—Quiero ver esos morados.

Mary seguía teniendo el vestido desabrochado.

—¡No! —exclamó cuando le dio la vuelta—. ¡Ian! ¿Qué haces?

El marido la examinaba de forma concienzuda.

—Quiero asegurarme de que estás bien y no tienes nada roto.

La volvió a girar y la dejó plantada frente a él. Los ojos de Mary brillaron, y él no supo si eran debido a la proximidad que compartían, o a la incertidumbre que le provocaba todo lo que había sucedido desde que la raptaran.

—¡Ian! —volvió a exclamar ella.

Él, no podía apartar los ojos de los suaves labios femeninos, ella lo miraba, con el deseo de decirle cuánto la alegraba que estuviera a su lado protegiéndola, pero se dijo que las palabras eran innecesarias. La había salvado, aunque ella habría conseguido escapar en esa ocasión. Ian la sujetó por los brazos, Mary no se soltó, sino que fue acercándose a él hasta quedar pegada a su cuerpo duro. Antes de que ella pudiera decir nada, antes de que pudiera protestar, Ian inclinó la cabeza y se apoderó de sus labios. La besó apasionadamente, y de una forma como Mary nunca se había imaginado. La besó hasta que sintió que la habitación giraba en torno a ella. No podía pensar sino sentir, pero sentir de una forma que no llegaba a comprender. Mary respondía a los labios de su esposo porque el fuego ardía en ellos, y ella estaba deseando quemarse. Ese pensamiento le provocó un escalofrío porque Ian la estaba conquistando con sus besos, besos que la convertía en parte de sí mismo, lo que le provocaba una sensación extraña, pero a la vez muy placentera.

Cuando la dejó sin aliento, Ian interrumpió el beso. A Mary le resultó imposible moverse o hablar. Levantó los párpados hacia él, con los ojos relucientes. Entonces Ian la besó de nuevo y con más intensidad que antes.

Ian podría quitarle la voluntad tanto de pensar como de actuar que ella no iba a protestar en absoluto. Él la besó, y la siguió sumergiendo en sensaciones maravillosas.

Tiempo después, cuando parecía que había saciado su necesidad de besarla, le dijo:

—Deberías descansar un poco.

Mary tuvo que parpadear porque le resultaba difícil entender lo que le decía, y de regresar de ese paraíso donde la había llevado con sus besos. Como si él comprendiera su confusión, le rodeó los hombros con un brazo y la llevó hasta el catre. La ayudó a sentarse, le subió las piernas, y la tapó con el manto que ella había dejado caer al suelo.

—Duerme —le ordenó—, yo vigilaré que no se apague el fuego.

—¿Y ya está? —le preguntó de pronto.

Ian la miró con ojos entrecerrados.

—Estás agotada, ha sido un día muy duro, descansa.

Mary pensaba a toda velocidad. La había besado de una forma increíble. La había llevado hacia un lugar que quería y necesitaba explorar, por eso no se conformaba.

—¿Y ya está? —reiteró—. ¿Me besas y me mandas a dormir como si fuera una niña pequeña y no tu esposa?

En la voz femenina se podía advertir la decepción. Ian suspiró largamente sin apartar los ojos de ella.

—Todavía no estás preparada.

Mary parpadeó porque no comprendía sus palabras.

—¿No estoy preparada? —inquirió.

Él, volvió a suspirar.

—No estás preparada para que te haga el amor, todavía no.

La confusión se apoderó de ella. La había besado intensamente. Había despertado con sus besos un deseo acuciante de explorar y de indagar sobre las relaciones físicas entre dos humanos que se atraen. Le había gustado que lo hiciera, deseaba que lo repitiera, pero Ian le decía que no estaba preparada.

—¿Y cuándo piensas que lo estaré?

Ian meditó durante un largo minuto la respuesta que tenía que ofrecerle, y que a ella se le antojó un siglo.

—Cuando me ames...

## CAPÍTULO 24

Mary no había podido pegar ojo en toda la noche. Tras la respuesta increíble que le había dado su marido sobre la razón para no hacerle el amor, se había quedado bloqueada.

Lo miró asombrada, pero Ian ya no le dijo nada más ni ella trató de empujarlo a que lo hiciera. Lo vio que extendía su tartán sobre el suelo junto al hogar encendido, que se acostaba sobre la gruesa tela, y se quedaba frente a ella mirándola.

Le decía muchas cosas con los ojos, pero ella no sabía interpretarlas. Finalmente se acostó en el jergón, y ante la turbación que sentía porque la miraba fijamente, le dio la espalda y pegó la nariz al frío muro. No se volvió a escuchar nada en la cabaña salvo el fuego y la respiración de ambos.

Fue la noche más incómoda en la vida de Mary, sin embargo, llegó la mañana, y ella pudo respirar porque Ian actuaba como si no hubiera compartido con ella los besos más sensuales y extraordinarios de su vida. Mary seguía pensando... Ian creía que le había dado un margen de tiempo amplio para que descubriera sus sentimientos, se creía de verdad que tenía que esperar a que ella sintiera algo por él, algo muy profundo, como cariño verdadero, pero lo cierto era que Mary lo veía contradictorio: Ian quería que lo amara antes de hacerle el amor, pero ella estaba convencida de que, para poder llegar a amarlo, antes tenía que hacerle el amor.

—¿Has pasado frío? —fue su primera pregunta cuando ella se giró hacia el fuego al mismo tiempo que abría los párpados.

Mary disparó a matar. Había pasado una noche horrible por sus escrúpulos, y haciéndose infinidad de preguntas sobre el futuro de ambos.

—Si hubieras dormido conmigo no haría falta que me preguntaras eso.

Ian había sacudido su tartán antes de colocárselo sobre los hombros.

—¿Tienes hambre? —le preguntó, y Mary se dijo que Ian se iba por las ramas para no contestarle—. Puedo tratar de cazar algo, pero se nos hará bastante tarde y me gustaría adelantar camino.

—Pararemos en la siguiente aldea y compraremos algo de comida —sugirió ella.

Ian rio al escucharla.

—Entre esta cabaña y Knockfarrel solo hay páramos y lagos.

—Y si estamos a dos días de distancia, ¿cómo nos vamos a alimentar?

—Yo cazando y tú cocinando.

Mary creyó que se estaba riendo de ella.

—¿Pretendes que despelleje a un animal y lo guise? —le preguntó espantada mientras se recolocaba el vestido y el cabello—. En Crimson Hill siempre me los han servido muertos y cocinados.

—No te preocupes Mary, solo estaba bromeando.

Como le había dado la espalda, Ian entendió que deseaba que le sujetara el vestido, por eso se sorprendió de su sobresalto cuando la tocó.

—¿Qué haces? —casi gritó la mujer.

—Abrocharte el vestido —contestó el otro paciente.

Mary soltó el aire muy despacio porque se había mostrado estúpida.

—No me lo esperaba —consiguió decirle sin que le temblara la voz por la vergüenza.

—Soy tu marido, no debes avergonzarte ni preocuparte de que te ayude.

Mary se giró muy lentamente hasta quedar parada frente a él. Entrecerró los ojos, y apretó los

labios.

—No soy yo quién olvida que eres mi esposo... hasta ahora nominal.

Por alguna razón quería molestarlo.

—Ahora vuelves a ser la *Marypesadilla* del pasado.

—¿Marypesadilla? —repitió ella sin dejar de mirarlo.

—Sufría pesadillas por las noches por tu culpa —la censuró él—. De todas esas maldades que me preparabas cada vez que visitaba Crimson Hill ¿Lo has olvidado?

No, no podía hacerlo por una sencilla razón, algunas de esas trastadas habían sido ideadas para provocarlo. Mary se puso las manos sobre las caderas y lo observó insolente.

—Había olvidado lo sensiblero que eras —el humor de sus palabras desmentía la seriedad de sus ojos.

Ian se sentía desconcertado por la actitud defensiva de ella. Estaba enfadada, quisquillosa, y decidió achacarlo al secuestro.

La sujetó por los brazos y le sonrió.

—Ya estás a salvo.

Mary abrió la boca por la sorpresa. ¿Pensaba que seguía asustada? No podía creérselo. Estaba irritada, pero por otros motivos que nada tenían que ver con su captura.

—Ya sé que estoy a salvo —respondió—, pero me desconciertas.

—¿Qué yo te desconcierto? —estaba atónito.

Ahora suspiró cansada.

—Quiero llegar a Ruthvencastle —dijo con rostro serio.

Ian soltó una carcajada, y ella sintió ganas de golpearlo. La hacía sentir enormemente ridícula.

—¿Y ahora por qué te burlas?

—De estar en tu lugar yo hubiera dicho Crimson Hill, no Ruthvencastle —Ian seguía riendo mientras echaba cenizas a las ascuas que quedaban para apagarlas.

Mary se colocó el mantón lo mejor que pudo para no enfriarse cuando salieran al exterior. En la montura trataría de cubrirse los pies pues los llevaba descalzos. No llevaba medias porque las había utilizado cuando intentó la segunda fuga.

—Mi casa siempre estará lejos para mí... —Ian no la escuchó porque había salido hacia el exterior, ella se encontró siguiéndolo.

Cuando Ian sacó la montura de la cuadra, ella tenía los pies helados, y para nada se esperó que su esposo la alzara por la cintura y la sentara en la silla al estilo amazona, entonces cogió el tartán que llevaba sobre los hombros y cubrió sus piernas y pies con la gruesa tela.

—Así no te enfriarás —le dijo.

Mary estaba sorprendida.

—¿Y tú? Solo llevas una camisa.

La mirada verde de Ian le provocó un vuelco en el estómago.

—Soy un highlander, ¿lo has olvidado? —su tono era cómplice—, ni me asusta el frío, ni me asusta la oscuridad, ni...

Mary lo interrumpió.

—Solo te asusta tu esposa —concluyó por él.

Ian volvió a sonreír, y Mary se dijo que tenía la sonrisa más bonita del mundo.

—Solo me asusta mi bella e inteligente esposa —repitió sus palabras.

Si pretendía sofocarla lo consiguió con creces, porque Mary sintió un repentino calor subirle por el vientre hasta el pecho donde estalló como un fuego abrasador.

Ian tomó las riendas de la montura y la dirigió al mismo paso que él.

—¿No vas a montar? —preguntó extrañada.

Andando podían tardar una semana en llegar a Knockfarrel.

—No quiero agotar la montura —respondió él—, ayer la forcé demasiado.

Mary no pudo callarse.

—Entonces podremos tardar una eternidad en llegar —se quejó.

—Puedes ver este viaje como una luna de miel.

Si quería entretenerla, lo estaba consiguiendo.

—Sin zapatos, sin comida... una perfecta luna de miel —se quejó.

—No dudes que este esposo se mostrará galante y te recogerá flores escocesas con las que podrás hacerte un ramo.

Mary terminó sonriendo porque la flor de Escocia era por excelencia el cardo.

—No pienso presentarme en Knockfarrel con un ramo de cardos.

Ian mantenía la montura pegada a su costado. Era tan alto que su cabeza sobrepasaba la del animal.

—Imagino que ya sabes que, junto al tartán, nada identifica más a Escocia como esa humilde y espinosa planta.

—¿Lo más identificativo de Escocia es un cardo y no los salvajes highlanders como los que he conocido estos días atrás? ¡Ja! —se burló sin compasión.

—Un cardo, sí, pero un cardo muy bonito de flor violeta —presumió.

—¿Y cómo llegó a adquirir tanta importancia en las Tierras Altas? —quiso saber ella que lo miraba con interés, aunque Ian no le devolvió la mirada.

Tenía puesta su atención en guiar a la montura por el camino empinado.

—Hay cientos de leyendas sobre nuestra flor más representativa —apuntó él.

—Ilústrame —le pidió ella porque la charla con Ian hacía que el trayecto fuera más llevadero.

Iba muy cómoda sobre la montura, y gracias al tartán de él que llevaba sobre los pies, se mantenía muy caliente.

—Una de esas leyendas cuenta que un grupo de guerreros escoceses que se encontraban durmiendo, se salvaron de ser atacado por un ejército de invasores normandos, cuando uno de esos invasores pisó la espinosa planta, Gracias a su aterrador grito de dolor, se despertaron los adormilados guerreros y pudieron derrotar debidamente a los invasores.

—Por supuesto —afirmó ella burlona.

—Desde entonces Escocia adoptó el cardo como símbolo.

—¿Existe algún dato histórico que respalde esa leyenda?

—No —confesó él.

Mary no podía verlo, pero tenía en el rostro una sonrisa de oreja a oreja.

—Por supuesto —reiteró Mary que no pudo ocultar una mueca de chanza.

—Pero no deja de ser una historia entretenida, ¿verdad? —apuntó Ian.

—Pero en Escocia existe no solo una variedad de cardo, sino varios, ¿cuál de ellos constituye entonces el verdadero símbolo de vuestra tierra? —preguntó—. ¿Es el «cardo negro» o el «cardo asinino»? ¿O puede que sea el poético «cardo de la melancolía» o quizás el «cardo mariano»? ¿Y qué hay del «cardo borriquero»?

Ian terminó soltando una carcajada de verdadero humor.

—Te veo versada en nuestros símbolos e historia, querida mía.

Ella había estudiado no solo el idioma gaélico sino la historia y la cultura de Escocia, y se lo debía a su padre.

—Pero no has respondido a mi pregunta —insistió ella.

—¿Cuál de ellos? ¡Nadie lo sabe! —respondió él.

Cuando el camino se hizo más llano y menos abrupto, Ian montó tras ella y la apretó contra sí sujetándola por la cintura.

—Adiós a mis cardos escoceses, bienvenida a mis brazos rosa inglesa.

No le dio tiempo a responder ni a prepararse para ese aluvión de sensaciones que la embargaron cuando Ian montó tras ella y pegó su pecho a su espalda. Era maravilloso que la abrazara, que su aliento le calentara la nuca, y le bajara por el cuello hasta el nacimiento de la columna vertebral.

Mary cerró los ojos, se relajó, y se dedicó a sentir.

## CAPÍTULO 25

Ian detuvo la montura en una pequeña casa de madera cuando el sol estaba a punto de ponerse. Mary estaba deseando estirar las piernas, y se moría por tomar algo caliente. Cuando la bajó con cuidado de la montura, la mantuvo pegada a su pecho durante unos segundos, pero ella no pudo decir nada porque la puerta se abrió y una mujer mayor asomó por el hueco abierto y les gritó.

Mary creyó que los había increpado. Ella, inmediatamente regresó al interior de la casa dejando la puerta abierta en una clara invitación. Ian ató las bridas de la montura al poste del porche y después alzó a Mary en brazos. Ante la sorpresa de ella, la miró serio.

—No deseo que te lastimes al caminar descalza.

En dos zancadas la introdujo en el interior, y la dejó, un segundo después, en el centro de la pequeña estancia. Un aroma a carne asada inundaba toda la cabaña y le hizo relamerse. Le rugieron las tripas, y se avergonzó. La mujer comenzó a hablar en un gaélico tan cerrado que Mary apenas entendía nada.

—Moira desea obsequiarte con uno de sus mejores vestidos y botas —Mary parpadeó por la sorpresa—. Te ha preparado un baño, y te ayudará a vestirte.

—¿Nos esperaba? —Ian hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Los hombres que me ayudaron a rescatarte se pasaron por aquí antes de llegar a Knockfarrel.

Mary miró a la mujer que tenía en el rostro una mueca de fastidio, pero no apartó los ojos de los suyos. Un segundo después le dio las gracias en perfecto gaélico, aunque con un marcado acento inglés. La mujer sonrió de pronto, y le hizo un gesto con la mano para que la siguiera. Mary obedeció porque estaba deseando bañarse y cambiarse de ropa. Ian se quedó frente al hogar encendido mirando el asado de carne.

Una hora después, Mary apareció de nuevo bañada, vestida de forma sencilla, y con el largo cabello húmedo. Le llegaba por debajo de las nalgas. Cuando vio la expresión de su marido, hizo un encogimiento de hombros.

—Moira se ha ofrecido a cortármelo, pero he rehusado cortésmente.

Ian se mantuvo en silencio. Nunca había visto a una mujer con el cabello tan largo, y debía admitir que le gustaba mucho. Moira comenzó a hablar de forma rápida y casi sin respirar mientras ponía platos de madera sobre la mesa.

—Dice que tu cabello es el nido perfecto para millares de piojos.

Mary la había entendido.

—Nunca he tenido piojos —replicó—, y si he decidido no cortarlo es porque así lo mantengo controlado —Ian alzó una ceja escéptico—. Tan largo pesa, y la gravedad es la única forma que tengo de que no se rice tanto.

—¿Gravedad? —preguntó él.

—¿No has leído Fundamentos Matemáticos de la filosofía natural? —le preguntó—. La primera edición se publicó en 1687.

—Afortunadamente no.

El hombre sonrió al mismo tiempo que aceptaba el plato con la carne que le tendía Moira. Cuando Ian le dio las gracias, Mary entrecerró los ojos.

—Creo que Moira es un nombre inglés —dijo para sí misma.

Ian negó con la cabeza.

—Es escocés y significa estrella de mar.

Mary sonrió y la mujer la imitó.

—¿Cómo os conocisteis?

Ian tomó un trozo de pan de centeno, y se lo llevó a la boca.

—Su esposo trabajaba las tierras de Ruthvencastle hasta poco antes de su muerte.

Mary detuvo la mano a medio camino de la boca.

—Cuánto lo siento —dijo sincera sin dejar de mirar a la mujer.

—Moira es una mujer muy generosa, aunque un poco gruñona.

Al escuchar su nombre, la mujer comenzó una retahíla de palabras que tuvo que detener Ian alzando la mano.

—Pero vive en tierras de los McGiver —afirmó Mary en voz baja.

—Los McGiver y los McGregor están emparentados gracias a mi nacimiento.

Mary estaba dando buena cuenta del asado que le pareció jugoso y sabroso: el mejor venado que había comido nunca.

—¿Qué sucederá ahora, Ian? —preguntó un poco angustiada, porque se había olvidado del grave problema familiar de los McGregor con el laird inconsciente, y la desaparición de su cuñada Serena.

—Ahora conozco el motivo para que mi padre haya alejado a mi hermana de Ruthvencastle —Ian calló un momento antes de continuar—. Y la razón para que mi madre desconozca su paradero: es su forma de protegerla.

—Pero es terrible mantener a una hija y a una madre separadas.

—Mi padre resolverá el asunto cuando se recupere.

—¿Y si no se recupera?

Ian apretó los labios y dejó el trozo de pan que sostenía en las manos sobre la mesa. Respiró profundo un par de veces.

—Entonces me corresponderá a mí pactar nuevos acuerdos que calmen los ánimos de los diversos clanes.

Los ojos de Mary se abrieron de par en par.

—¿De nuestros hijos? —preguntó ella.

Una sensación cálida subió desde el vientre de Ian hasta su pecho al escucharle hablar de los hijos de ambos. Se le aceleró el pulso.

—Es costumbre en estas tierras pactar acuerdos matrimoniales —contestó en voz baja y sin mirarla.

—En Inglaterra también —matizó Mary.

Moira los interrumpió con voz aguda. Mary la miró y le pidió que hablara más despacio para que pudiera entenderla.

—Sus hijas serán honradas cuando se desposen con grandes lairds —le dijo la mujer.

Mary bajó los ojos a su regazo.

—¿Y si no hay hijas?

—Entonces, San Andrés dispondrá...

La mujer no continuó la frase. Mary soltó un suspiro largo, miró a Moira con fijeza, y le sonrió.

—Quiero darle las gracias por este hermoso vestido, y estas botas tan calientes.

La mujer bajó la cabeza al escucharla. El vestido se veía tosco en una mujer tan fina y elegante como la inglesa, pero le agradeció sus palabras.

—Me gusta ser de ayuda —respondió con voz almibarada.

Le había gustado mucho el reconocimiento de la esposa del futuro laird.



—Pasaremos aquí la noche —dijo Ian sin dejar de mirar el fuego que crepitaba—, continuaremos la marcha por la mañana.

Mary se quedó pensativa. La pequeña cabaña solo disponía de una minúscula habitación, una estancia principal donde habían cenado y donde estaba el hogar encendido. ¿Cómo se las apañarían para dormir los tres? Moira se levantó para recoger la mesa y Mary la imitó.

Su infancia y adolescencia había transcurrido entre algodones, pero en las Tierras Altas todo era diferente, si bien ella no le tenía miedo al trabajo.

—Moira no desea que la ayudes —le informó Ian.

Mary había cogido los platos de madera de la cena.

—¿Por qué?

—Porque somos sus invitados —respondió Ian que seguía sentado—. Para ella es un gran honor, y deseo hacerla sentir útil y orgullosa.

Moira habló tan rápido y agudo que Mary no pudo entender nada.

—Acaba de insultarme porque piensa que la he llamado inútil...

Mary había dejado los platos de nuevo sobre la mesa y se llevó la mano a la boca para contener una risa. Pocos minutos después, la mujer lo había dejado todo ordenado.

—Estoy pensando en llevar a Moira a Ruthvencastle —dijo Mary en un susurro, pero la mujer la había oído.

—Si alguna vez me necesita, hágamelo saber —le dijo Moira separando las sílabas para que la entendiera—. Será un honor servirla.

—Ve a descansar Mary, mañana nos espera un día largo.

Ian se encontraba arrastrando la pesada mesa hacia un lado. Moira llegaba con mantas y un cojín. Ella se encontró mirando la actividad de ambos con ojos entrecerrados.

—¿Dónde se supone que debo dormir? —preguntó.

Si su esposo la hubiese mirado, se habría dado cuenta de lo seria que estaba.

—En la habitación de Moira —respondió Ian.

—¿Y dónde dormirá ella?

La mujer le señaló un rincón donde había amontonado forraje, Mary imaginó que sería para los animales del establo. Ian había terminado de preparar su cama frente al hogar encendido. ¿De verdad Ian la consideraba tan frágil de espíritu? ¿Tan débil de carácter? No era una niña delicada sino toda una mujer.

Mary tomó una decisión, se adelantó a los dos y se recostó sobre las mantas que había extendido su marido.

—¿Qué haces? —preguntó Ian con sorpresa.

—Acostarme.

—¿Aquí?

—No voy a quitarle su cama a una mujer que podría ser mi madre o la tuya —respondió mientras se acomodaba—. Mis huesos son más jóvenes y fuertes que los suyos —Moira masculló de forma ostensible porque la había entendido.

—Milady, no puede dormir en el suelo —protestó Moira que la observaba horrorizada—, no puedo permitirlo, no, en mi casa.

Mary ya se había acomodado. Les daba la espalda a ambos. Pensó que era muy agradable sentir el calor del fuego en el rostro, bostezó con fuerza y cerró los ojos. Un momento después los escuchó a ambos hablar en voz baja, y poco después, cuando Ian se acostó tras ella y la sujetó por la cintura, Mary sonrió. Al día siguiente estaría baldada, pero había hecho lo correcto. Tenía un fuego en el rostro y otro en la espalda, ¿qué más podía pedir? Pero contrario a lo que pensaba, el

sueño se le resistió. Percibía el aliento de Ian sobre su nuca, su pecho recio y caliente pegado a ella. Iba a ser otra larga noche, y se juró que se lo haría pagar con creces porque si ella en el pasado le provocaba pesadillas, su marido en el presente le provocaba desvelos.

Ian por el contrario pensaba en lo osada que era, también en lo impulsiva. Mary no podía ni imaginarse lo que sufría con su cercanía, pero él había hecho una promesa muchos años atrás: jamás iba a comportarse como su padre. Había tenido en su madre Marina un ejemplo magnífico. Ella le había obsequiado con el mejor de los regalos: una esmerada educación. Le había enseñado cómo se debía tratar a las damas, pero sobre todo a la que sería su futura esposa. Le explicó la mejor forma para conquistar un corazón femenino. Marina le había dado enormes y preciados consejos que había conseguido seguir uno a uno, salvo que Mary no actuaba como él había previsto. Era impulsiva, descarada. No temía llamar a las cosas por su nombre, y demostraba un valor que lo sorprendía por completo. Mary se había criado en una familia que la había mimado hasta el delirio. Se había vestido con las mejores sedas. Se había alimentado de los mejores manjares, pero ahí estaba, a su lado, durmiendo en el suelo, y sin quejarse.

¿Qué hombre podría pedir más?

## CAPÍTULO 26

En la mañana, cuando despertó, Ian no estaba tras su espalda, aunque el fuego del hogar estaba encendido. No había oído a Moira prenderlo, en realidad, no había escuchado nada porque se había mantenido en vela hasta bien entrada la madrugada. Se estiró desperezándose. Era la primera vez que dormía sobre el suelo duro, pero la experiencia no había sido tan mala como había creído en un principio.

—Buenos días —escuchó decir a su marido.

Mary se giró sobre sí misma y lo miró. Estaba metiendo alimentos en un morral hecho de tela de arpillera. Se reincorporó, y a continuación lanzó una exclamación de dolor.

—Me duele el costado —no era una queja sino una afirmación.

En ese momento Moira entró en la cabaña con un cubo de madera lleno de leche fresca.

—Buenos días, milady —fue su saludo.

Ella se inclinó para recoger las mantas y doblarlas. Ian se apresuró a ayudarle mientras Moira preparaba el desayuno. Cuando se sentó a la mesa y vio el cuenco de gachas, arrugó el ceño. Ian le puso una buena dosis de miel y la animó. Mary respiró y se dispuso a tomar el alimento: estaba tan dulce que parecía arrope.

—¿Llegaremos antes de que oscurezca a Knockfarrel? —preguntó.

—Esa es la idea —contestó Ian—. Cuanto más al norte, el terreno es más abrupto.

Mary seguía tomando cucharadas de porridge, y, contrariamente a lo que había creído, no le desagradaba.

—¿Cómo es Knockfarrel? —se interesó.

Ian había dado buena cuenta de las gachas pues repitió tres veces.

—Te gustará más que Ruthvencastle —afirmó sin mirarla.

Mary se encontró haciendo una mueca. ¿El hogar de su abuela era mejor que el suyo propio? Aunque en verdad cualquier hogar podría superar a Ruthvencastle porque el castillo era una verdadera ruina.

—Háblame sobre tu abuela —le pidió de pronto.

Ian inhaló aire, y lo soltó poco a poco. Tenía sentimientos encontrados pues su abuela lo había maltratado de niño. Hasta que Marina no llegó a su hogar, él había sido un niño introvertido y asustadizo.

—Es una mujer de fuerte carácter —comenzó Ian.

—Es una bruja controladora y manipuladora —medió Moira que escuchaba la conversación que mantenían ambos esposos—. Debe serlo pues es la jefa del clan McGiver —matizó la mujer.

—Mi abuela siempre deseó que su único nieto fuese el laird de los McGiver, pero debo serlo de los McGregor.

Moira comenzó a hablar de nuevo muy rápido, de forma que Mary apenas podía entender nada. Ian la cortó momentos después, y la mujer refunfuñó, pero terminó callándose.

—Mi abuela Morgana será muy dura contigo —la preparó Ian—. Pero estaré muy cerca de ti para protegerte.

Mary se quedó pensativa. Cada vez le gustaba menos las Tierras Altas. Todo lo que conocía y amaba quedaba demasiado lejos.

—¿Es porque soy inglesa?

Ian hizo un gesto afirmativo bastante elocuente.

—Los escoceses hemos sufrido lo indecible por culpa de los ingleses —le explicó en un tono

de voz neutro pues no quería preocuparla—. Siempre sometidos a su yugo.

Mary se quedó un momento pensativa.

—Trataré de ganarme su respeto —afirmó poco después decidida.

Ian lo dudaba, pero no la contradujo.

—Debemos irnos...

Mary se encontró despidiéndose de Moira. Le había prestado su ropa, y ella pensaba devolvérsela, también le agradeció las botas cómodas y calientes. Ian le puso el tartán de los McGregor sobre los hombros, y aceptó el que Moira le ofrecía a él pues era el manto de su difunto marido. Les pidió que se cuidaran, y cuando Mary fue a abrazarla para despedirse, la mujer no se lo permitió.

—No es costumbre entre los escoceses las muestras de cariño —le explicó Ian para que no se ofendiera.

Mary terminó sonriendo de forma leve.

—En Inglaterra tampoco, pero mi madre es española, y, como decía mi abuelo Devlin, los españoles suelen abrazar todo lo que se mueve —se justificó.

Le prometió a Moira que la llevaría a Ruthvencastle, y que le devolvería las prendas prestadas. Una vez fuera, Ian la montó de nuevo sobre el caballo, y le acomodó los ropajes para que cabalgara lo más cómoda posible.

Durante gran parte del camino, no se dijeron nada.

—¿Cuándo regresaremos a Ruthvencastle? —le preguntó tiempo después.

Mary estaba muy preocupada por su suegra.

—Pasaremos unos días en Knockfarrel, y después emprenderemos viaje hacia tierras de los McGregor.

—¿Tu madre estará bien en nuestra ausencia? —se interesó.

Ian giró el rostro para mirarla. En la cara de Mary había verdadera preocupación.

—Sí, la cuidan Ralph y Emy.

—¿Habrá mejorado tu padre?

—Eso espero.

—Cuando regresemos a Ruthvencastle, ¿seguirás buscando a tu hermana?

—Es lo que más deseo, pero no lo haré.

—¿Por qué?

—Porque no puedo traerla de vuelta, no, ahora que conozco los motivos para que mi padre la alejara de Ruthvencastle —Mary entendió que su suegro había enviado lejos a su hija para evitar su raptó, pero era tan injusto para Marina—. Si mi madre supiera dónde se encuentra mi hermana, la traería de vuelta a casa y sería la perdición para Serena...

Ian pasó a explicarle entonces los motivos por los que iban a quedarse un par de días en Knockfarrel. Mary escuchaba atentamente.

—Utilizaré el dinero que me obsequió mi abuelo, el conde de Zambra, para tratar de pagar las dotes que recibió mi abuelo en pago al contrato matrimonial de mi padre Brandon y de mi tía Violet, y que incumplieron los dos.

—¿Y si los clanes no aceptan la devolución del dinero de la dote?

Ian bajó los ojos al camino. No solo era el dinero recibido, sino las tierras colindantes con los McQueen. Ni reuniendo todo el dinero obtenido por la boda alcanzaría a pagar la enorme deuda.

—Entonces me temo que el futuro de mi hermana Serena y el de mi prima María estará sentenciado.

—¿No te parece cuanto menos contradictorio que tu padre no cumpliera con su contrato

matrimonial, y por el contrario te obligara a ti a cumplir el tuyo?

Ahora que Ian conocía toda la verdad, sí que se lo parecía.

—Mi padre se enamoró locamente de mi madre Marina, y por eso no cumplió el acuerdo pactado.

—Y como él no lo satisfizo, comprometió a Serena con los McQueen.

—Por ese motivo vamos a Knockfarrel —le informó—, mi abuela ha organizado una reunión con ambos clanes.

Mary se quedó en silencio meditando en todo lo que le había explicado Ian, y se preguntó si alguna vez las mujeres podrían elegir a sus futuros esposos sin las pesadas cadenas de los acuerdos matrimoniales.

—Yo no querré comprometer a mis hijas —susurró en voz muy baja, pero Ian la había escuchado.

El tono de Mary era en verdad desolado.

—Si fuésemos simples campesinos —respondió Ian—, no tendríamos este problema.

—¿Una muchacha campesina está a salvo de que la secuestren contra su voluntad para forzar a su familia a un matrimonio? —preguntó casi para sí misma.

—No —fue la seca respuesta de su marido—. Inglaterra se encargó de casi llevarnos a la extinción como pueblo.

Mary pensó que Ian exageraba.

—¿Y eso es una excusa?

Ian giró el rostro y la miró atentamente.

—Para los clanes, sí —afirmó rotundo.

—Creo que será muy difícil vivir en las Highlands —musitó apenas sin voz.

Ian tensó la mandíbula al escucharla. Era la segunda vez que le escuchaba un tono tan pesimista, y no le gustaba en absoluto. Mary ahora era una McGregor, y tenía que aceptarlo... Ian rectificó, todavía no era una McGregor, pero confiaba en que lo fuera pronto.

—Tienes mi palabra de que haré lo imposible para que nuestras hijas escojan con libertad a los hombres que serán sus futuros esposos —calló un momento—, eso sí, si los clanes aceptan la devolución del dinero.

Mary sabía que esa promesa era irrealizable, pero no lo dijo, todo lo contrario, le sonrió con verdadero afecto. Le gustaba mucho que Ian tuviera las prioridades tan claras, y que estuviese dispuesto a todo con tal de tranquilizarla.

—Estamos hablando de hijas que no tenemos pues todavía no hemos compartido intimidad alguna.

Las palabras de ella habían sonado como una auténtica queja. Cuando Mary se percató del calado de sus palabras dichas de forma inconsciente, giró el rostro porque le ardía por la vergüenza.

—Casi parece impaciente por tenerla —se burló él.

—Eso que has dicho es una grosería carente de veracidad —respondió ella contra todo pronóstico.

Ian sonrió.

—Solo bromeaba —la tranquilizó él.

—¿Puedo pedirte un favor? —pidió de pronto ella.

Ian la miró atento.

—Por supuesto.

Mary se mordió el labio inferior pensativa.

—No quiero hablar en gaélico con tu familia materna, prefiero hacerlo en privado contigo.

Si la petición sorprendió a Ian, no lo demostró. Le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y siguieron la marcha. El resto de la mañana lo pasaron, Mary esquivando la mirada de él, e Ian tratando de incomodarla todavía más porque le encantaba el tono de fuego que cubría sus mejillas.

Mary nunca se había sentido tan examinada como esa noche cuando llegaron a Knockfarrel. La abuela materna de Ian no solo intimidaba, sino que le provocaba escalofríos. Se sentía inspeccionada como si fuera una yegua en un mercado de ganado, pero mantuvo el semblante sereno, la postura erguida, y un brillo de desconfianza en los ojos, aunque no era premeditado.

La abuela no se dirigió a ella en ningún momento. Interrogaba a su nieto, pero sin dejar de mirarla. Y por primera vez, Mary se sintió insegura. Quizás fuera por el tosco vestido de tela que le llegaba por los tobillos pues era una muchacha alta, más que la mayoría de su edad. También por el desaliño generalizado en su persona pues había estado cabalgando todo el día. El grueso moño apenas se sostenía, y varios mechones se le habían soltado.

Ian respondía a su abuela mientras le sonreía a ella que no soltó el tartán McGregor de sus hombros. Se aferraba a él como si su vida dependiera de ello.

—Mi abuela te da la bienvenida —Mary pensó que era la primera mentira que le decía Ian, pues estaba claro como el agua que la mujer sentía por ella un profundo rechazo.

—Muéstrale mi agradecimiento por su hospitalidad —respondió en un inglés alto y claro.

Mary no despreciaba la lengua de su esposo, todo lo contrario, pero pretendía mantener ese conocimiento en un segundo plano. Primero quería observar la actitud que mostraban todos hacia su condición de mujer inglesa, y después vería. Tras sus palabras se escuchó un murmullo generalizado de desagrado, pero se mantuvo erguida y no cometió la imprudencia de girarse para mirar a los que murmuraban, si lo hacía, todos los congregados en el salón verían entonces la desconfianza en sus ojos.

La jefa del clan McGiver le decía a su nieto que en dos días tendría lugar en Knockfarrel una reunión con los jefes de los clanes McQueen y Duncan. Que en un principio se habían negado ambos, pero que, gracias a sus maniobras, los dos lairds habían aceptado entrevistarse con él.

A Mary le dolían los lumbares de mantener la posición erguida, pero continuó de pie frente a ellos sin moverse una pulgada salvo cuando la mujer le preguntó a su nieto si estaba preñada. Escuchó las risas generales, y le costó un mundo guardar silencio y mantenerse quieta. Ian contestó que era pronto para saberlo, y Mary estuvo a punto de soltar una carcajada: si ella se sentía incómoda, Ian estaba visiblemente violento.

Siguió escuchando la conversación que mantenían abuela y nieto, pero algo más relajada.

## CAPÍTULO 27

A Marina se le habían agotado las ideas y la paciencia. Brandon había regresado a ella, pero no la reconocía. Además, le costaba reunir las palabras para decirlas, y, para mayor desgracia, tenía paralizado la parte derecha del cuerpo. El doctor McLean quería consultar de nuevo a su colega inglés, pero llevaría un tiempo que el hombre pudiera desplazarse hasta Ruthvencastle para examinarlo.

Marina quería que Ian regresara. Conocía por su mensaje que seguía en tierras de los McGiver, pero ella lo necesitaba en casa porque enfrentarse cada día a la mirada de un extraño le paralizaba el corazón.

Brandon lo había olvidado todo, incluso quién era él.

Vestida de una infinita tristeza, le había escrito a su hermano una carta larga y sentida. Le explicaba todo lo que le había sucedido a su regreso a las Tierras Altas, los problemas en los que estaba inmersa, y que no podía solucionar. Necesitaba un poco de consuelo por su parte.

La carta escrita para su hermano no solo contenía palabras sino también lágrimas.

—Milady...

La voz de Emy la hizo volverse. Marina se encontraba en los establos. Si hubiera estado su hermoso caballo en ellos, habría salido a cabalgar porque no lo hacía desde que sufrió la caída y el aborto. Por ese motivo se lo había obsequiado a Ian cuando cumplió los dieciocho años, porque el bello semental necesitaba que lo ejercitaran a diario.

—¿Sucede algo?

—El laird se ha caído y no permite que Ralph lo levante.

Marina soltó un suspiro largo. Brandon había perdido la memoria, pero no el orgullo ni la terquedad.

—Iré enseguida —comenzó a caminar antes de concluir la frase.

—¿Sabe cuándo llegará el joven Ian?

Marina sonrió sin percatarse. Ian era un hombre de la cabeza a los pies, pero Emy lo seguía llamando joven, bueno, en realidad ella también lo hacía.

—En un par de días, tres como mucho.

—¿No ha pensado enviarle un mensaje diciéndole que su padre ha despertado?

Marina había valorado esa opción, pero Ian tenía asuntos importantes que tratar con varios clanes, al menos eso le había informado en el mensaje, y ella no quería angustiarse con la noticia de la recuperación de su padre, y de la pérdida de su memoria. Si Ian había decidido ir hasta las tierras de su abuela, ello quería decir que existían problemas graves. Marina sabía leer entre líneas, y el mensaje enviado por su hijo no le había dejado lugar a dudas.

—Confío que el laird recupere la memoria antes de que regrese Ian con Mary.

El tono de voz de Marina mostraba el ansia que sentía.

—Parece que a esta familia la ha mirado un tuerto —dijo la mujer resoplando.

Marina se dijo que sí lo parecía. Desde su aborto, todo había ido de mal en peor en Ruthvencastle, pero ella confiaba en que esas circunstancias cambiaran a mejor.

Las dos caminaron hacia el interior del castillo. Desde el salón podían escuchar la voz de Ralph seguido de golpes. Cuando Marina cruzó la puerta de la alcoba de su marido, lo encontró en el suelo manoteando con la mano izquierda el hombro del mayordomo. Sentía deseos de ir hacia él y ayudarlo, pero sabía que tenía que mostrarse paciente, como si ver a su esposo en semejante circunstancia fuera de lo más normal.

—Te ayudaré a levantarlo —le dijo a Ralph.

La cabeza de Brandon se giró hacia la voz femenina, y sus ojos mostraron el alivio que sintió al verla. Emy también corrió presta a ayudar. Entre los tres lograron subirlo al lecho, y eso que el laird pesaba lo suyo porque tenía un tamaño más que considerable. Marina le colocó dos grandes almohadones tras la espalda mientras Ralph le tapaba las piernas con una colcha gruesa. Con la mano que podía mover, Brandon las tiró fuera de la cama.

—¿Tienes calor? —le preguntó Marina al mismo tiempo que se sentaba en el colchón a su lado—. Ralph tráenos un té frío, por favor.

—Yo lo traeré, milady —se ofreció Emy.

—¿Puedes abrir la ventana Ralph? El fresco de la mañana le hará bien al señor.

El mayordomo se apresuró a cumplir la orden.

Brandon había girado la cabeza y clavó la mirada en el fuego que ardía. El doctor McLean le había atado el brazo derecho al cuerpo para que no le estorbara porque se había convertido en un miembro inútil. No se manejaba con la mano izquierda y tenían que alimentarlo y bañarlo, algo que no llevaba muy bien.

—Hace una mañana muy buena —le dijo Marina mientras le cogía la mano izquierda con cariño.

Un segundo después Brandon la retiró, pero no la miraba. La mujer respiró profundo. Si había algo más demoledor que la ira o el enfado de Brandon, era su desmemoria. La bala de plomo en la cabeza no solo lo había mantenido inconsciente tanto tiempo, sino que lo había privado de la conciencia, y de poder utilizar la parte derecha de su cuerpo. No podía caminar ni sujetar nada, por ese motivo se mantenía acostado en el lecho todas las horas del día.

Emy llegó con una jarra de té frío y unos bollitos de mantequilla.

—Yo lo serviré Emy, gracias.

Cocinera y Mayordomo abandonaron la habitación en silencio. Marina se levantó y caminó hacia la mesa. Echó en un vaso un poco de té y lo llevó hasta Brandon. Él, seguía con la cabeza girada hacia el fuego. Marina optó por sentarse y esperar... llevaba tanto tiempo esperando, que un poco más no importaba. Le había costado aceptar que la había olvidado, que la veía como a una completa extraña, pero no solo a ella sino a todos en Ruthvencastle. Marina, con infinita paciencia, le habló del disparo, de la inconsciencia que le provocó durante semanas, pero él seguía mirándolos a todos con suma desconfianza.

—Te vendrá bien un poco de té frío, te refrescará la garganta —le dijo después de unos minutos en silencio.

Pero como Brandon seguía ignorándola, Marina optó por dejar el vaso sobre la mesilla. Se levantó y se dirigió hacia el hogar encendido. Dispersó las brasas más grandes para que disminuyera el calor de la alcoba, después se sentó en el sillón de piel y tomó el libro que leía mientras lo acompañaba.

Marina no llevaba muy bien los silencios entre ambos, si bien había encontrado en la lectura una forma de acompañarlo sin sentirse inútil. Brandon no quería la ayuda de nadie, pero no podía valerse por sí mismo. Ralph le había aconsejado que contrataran a un par de mozos para que lo ayudaran, con ellos sería mucho más fácil bañarlo e incluso sacarlo fuera del castillo. Marina lo había meditado, pero quería esperar al regreso de Ian. Ignoraba cómo estaba la economía familiar, y ella no quería derrochar el dinero, les costaba mucho atender a Brandon, pero se apañaban.

—¡Milady, viene visita!

Emy había entrado como una tromba en el dormitorio.

—¡Ian! —exclamó ella llena de esperanza.



—Es un carruaje —le informó—. Ya ha cruzado el puente.

Marina lamentó que la visita no fuera la de su hijo y nuera, pero se alegraba. Si venía un carruaje a Ruthvencastle, ello quería decir que la visita procedía de Inglaterra.

—Saldré en seguida a recibirlos —no había terminado de decir las palabras cuando escuchó el sonido del carruaje al detenerse frente a la puerta de entrada—. Regresaré pronto —le dijo a Brandon que seguía mirando a un punto indeterminado de la estancia, como si todo le importara bien poco.

Marina se pasó las manos por el cabello para recolocarse el moño mientras recorría el pasillo. No tenía tiempo ni de adecentarse un poco antes de atender la visita.

Bajó las escaleras rápido, y cuando alcanzó el salón, el actual duque de Arun y su esposa esperaban frente al hogar encendido.

—¡Marina! —exclamó la madre de Mary—. ¿Qué te ha sucedido? —le preguntó escandalizada.

Cuando Justin se giró hacia ella y la miró, Marina supo que debía de verse en verdad horrible. Fue a decir algo y la voz se le quebró. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y finalmente se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. Le habían disparado a su marido. Su hija estaba desaparecida. Habían secuestrado a su nuera... y lady Penword se extrañaba de su apariencia.

—¡Lady McGregor!, ¿qué sucede? —exclamó el duque.

La duquesa se lanzó a la carrera y la sujetó fuerte pues temía que se desmayara. Marina no podía contenerse. Todo había convergido en su interior para hacerla estallar. Su consuegra la fue llevando hacia el sofá y la ayudó a tomar asiento.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó—. Nos estás preocupando.

Justin avanzó hacia ambas mujeres y tomó asiento frente a ellas.

—Dispararon a Brandon —logró decir.

—¿Quién le ha disparado a mi primo? —preguntó el duque sorprendido.

Marina no podía contestar a esa pregunta.

—¿Dónde está Mary? —en la voz de la noble se advertía una angustia creciente—. ¿Dónde está Ian?

Marina se secó las lágrimas con el pañuelo que le ofreció el duque.

—Están en Knockfarrel —les informó a ambos—. Tras el secuestro de Mary...

Justin la interrumpió.

—¿¡Secuestraron a mi hija!?! —tronó el duque que se había alzado de su posición sentada completamente enardecido.

—¿Qué dices, por dios! —exclamó la madre sin dejar de mirarla.

Marina trató de calmarlos de forma atropellada, y sus palabras lograron el efecto contrario. Con sus explicaciones, los padres de Mary estaban a punto de entrar en shock.

## CAPÍTULO 28

Knockfarrel le gustaba a Mary porque era todo lo contrario de Ruthvencastle, era confortable y caliente, sin embargo, no le gustaban los McGiver. Eran groseros en el trato, e impertinentes en los gestos. Siempre andaban provocando a Ian, menos mal que su marido sabía controlar sus impulsos, y los ignoraba la mayoría de las veces. A cada momento que pasaba, más admiración sentía por su esposo. Le sorprendía su tranquilidad en el trato, y su paciencia en los actos. No respondía con pullas ni bajaba al lodo de los insultos. No comenzaba una pelea, ni intervenía en una discusión.

Mary nunca había conocido a una persona que se desarrollara más diplomática en un ambiente tan hostil.

En ese momento se encontraba escuchando a su abuela Morgana que volvía a recriminarle que no quisiera liderar a los McGiver como laird. La mujer seguía insistiendo en que su hermana podía ser la jefa del clan McGregor, pero Ian se mantenía en un silencio cauto. Esperaban la visita de los clanes McQueen y Duncan, y en el salón de Knockfarrel se podía cortar la tensión con un cuchillo.

Ella se mantenía sentada en una esquina del salón. A su lado hacían guardia dos torres McGiver que se habían convertido en su sombra. Paso que daba Mary, paso que daban ellos. Al principio la incomodó bastante, pero Ian le había explicado que la vigilaban por su seguridad porque ya la habían secuestrado anteriormente. Hasta que no mantuviera la conversación con ambos lairds, ninguno estaría seguro ni en Knockfarrel ni en Ruthvencastle.

Se había dispuesto la mesa del salón de una forma un tanto extraña. Ian estaba sentado de espaldas al fuego, frente a él habían colocado dos únicas sillas. Mary no iba vestida con el tartán McGregor sino McGiver por sugerencia de Ian. Toda mujer McGregor corría peligro hasta que él solucionara los problemas y las desavenencias que había provocado su padre Brandon con dos de los clanes más belicosos de las Tierras Altas. Ella se limitaba a guardar silencio y a mirarlo todo.

Fuera se escucharon ruidos de cascos de caballos, y Mary supo que la visita esperada había llegado. Con interés vio cómo se posicionaban los hombres McGiver, y se encontró entrecerrando los ojos pues parecía que se preparaban para una reyerta, se preguntó si debía preocuparse por la integridad física de su marido.

Pensar en que lo lastimaran le provocaba una sensación dolorosa en el corazón.

Mary había esperado que Ian la conminase a permanecer en su dormitorio, pero él le había explicado que su presencia podría ser necesaria en la negociación sobre futuros acuerdos matrimoniales si finalmente los McQueen y los Duncan no aceptaban la devolución de la dote. Hubo un pequeño revuelo cuando los dos clanes entraron al gran salón. De los McQueen habían llegado un total de cinco miembros, de los Duncan cuatro. Los dos señores avanzaron hacia la mesa y saludaron a Ian con gesto sombrío. Ian se mantuvo de pie en los saludos, e inmediatamente les invitó a que tomaran asiento, y durante las siguientes dos horas conversaron sobre asuntos intrascendentes. Se sirvió cerveza, hidromiel, y whiskey. Había tantos hombres en el salón, que Mary sintió como si estuviera en una caja aprisionada.

Morgana se posicionó al lado Ian, mientras, Fearghas colocaba una silla para que la mujer tomara asiento al lado de su nieto. A Mary le intrigaba el poder que tenía la mujer, pues si ella lo ordenaba, sus hombres podrían acabar con la vida de todos los visitantes. La vio hablar con los lairds, e interiormente la admiró. Ninguna mujer en Inglaterra podría ostentar semejante poder, ninguna salvo una reina, e intuyó que, si Morgana se empeñaba en que Ian fuese el laird de los

McGiver, lo lograría sin lugar a dudas.

Había llegado el momento de hablar sobre la deuda adquirida con ambos clanes, y los lairds pusieron sobre la mesa sendos acuerdos firmados. Cuando Ian leyó las cifras en voz alta, su rostro perdió el color. Mary hacía cálculos a toda velocidad. Con la herencia que había recibido Ian de su abuelo el conde de Zambra, más la de su tío abuelo Devlin, podrían cubrir una parte de lo comprometido. Ella pensó en la casa que habían recibido como regalo de bodas y que podrían vender, pero seguían faltando libras. Mary se preguntó si podrían pedirle el dinero restante a su padre el duque, pero no creía a Ian capaz de empeñarse hasta ese grado.

Mary soltó un suspiro largo y pesado.

Habló el laird Duncan, y Morgana negó con la cabeza. Cuddle McQuenn giró el rostro hacia donde estaba ella, y la miró largo antes de comenzar a hablar. Ambos clanes querían mantener los acuerdos firmados, y el nombre de Violet Casandra se mencionó en la conversación. Ian les explicó que tal acuerdo no era posible porque su tía Violet estaba casada y vivía en el reino de España. Cuddle entonces mencionó a Serena, y los hombros de Ian se tensaron. Un momento después les explicó que existía un acuerdo matrimonial entre Ewan Alisdair Duncan y su hermana, y que el trato era posterior a los acuerdos incumplidos entre Brandon Keith y Violet Casandra. Angus Duncan soltó un puñetazo sobre la mesa que hizo volar los acuerdos firmados. Afirmó que Serena McGregor no podía estar prometida a un clan armígero, es decir, que no tenían laird porque él se negaba a ser el jefe de la rama bastarda. Angus no explicó los motivos para no querer saber nada de los bastardos Duncan, y un instante después reveló que había sido precisamente William quién había disparado al laird Brandon McGregor.

A Ian le costó un mundo mantener la misma serenidad del principio.

Mary vio que su esposo tragaba con fuerza, que tensaba la mandíbula, y por el brillo de sus ojos verdes, supo que él ya conocía la noticia: una información que le había helado la sangre a ella. Mary se preguntó quién se la habría revelado.

Los convenios matrimoniales mantenían a Ian prácticamente maniatado de pies y manos, casi sin poder de decisión, pero tras unos momentos largos y pesados, Ian le ofreció a Angus la devolución de la totalidad del *dowry* más los intereses generados por el paso de los años. El laird rechazó la oferta complicando todavía más la resolución de las negociaciones. Cuddle McQuenn pidió un nuevo acuerdo, pero en esta ocasión con ellos dos, y al margen de Brandon McGregor.

En el salón se suscitó un silencio largo e incómodo.

Morgana intervino y templó los ánimos. Conminó al laird Duncan a que aceptara la devolución del acuerdo, pero Angus negó reiteradamente. El clan Duncan buscaba un acuerdo matrimonial entre Serena McGregor y Reid Duncan, y que se invalidara la alianza firmada a favor de Ewan Alisdair el armígero. Mary vio que Ian giraba la cabeza y contenía el aliento porque él no tenía autoridad para concertar un acuerdo matrimonial sobre su hermana estando su padre vivo.

Morgana volvió a mediar en la conversación y todos callaron.

De nuevo se sirvió cerveza. Se había dejado a un lado el tema de los acuerdos, y los lairds bebían como si fueran viejos amigos. Fearghas tomó un taburete y se posicionó en la esquina de la mesa al lado de Morgana. Hicieron lo mismo los hombres de confianza de Cuddle y Angus. Ian aceptó el vaso de cerveza que le tendió Cuddle, al ver el gesto tranquilo de su esposo, Mary entrecerró los ojos.

Ian no había perdido la compostura en esas horas de negociaciones, ni había perdido del rostro el gesto afable, y entonces fue como si un espeso velo se le cayera de los ojos. Ya no era el muchacho silencioso e introvertido que visitaba Crimson Hill en el pasado, el mismo que la miraba de una forma tan profunda que le provocaba rechazo en cada ocasión. Mary no había

conseguido molestarlo nunca, ni cuando las trastadas que le preparaba habían pasado de ser de castañas a oscuras. Su esposo estaba sentado frente a unos hombres que le doblaban en edad y experiencia, pero él los manejaba de una forma admirable.

Respiró profundo varias veces, y desvió la mirada porque se sentía turbada y cohibida por su reciente descubrimiento. Ian ya no era el niño ni el muchacho que ella había creído seguir viendo, sino que era un hombre con valores que ella había desdeñado en el pasado, también en el presente, hasta ese momento.

Escuchó un golpe, y giró la cabeza hacia la figura hercúlea: Ian había dejado el vaso vacío de cerveza sobre la mesa, Cuddle se lo volvió a llenar, y Mary observó que los músculos de sus brazos se marcaron por el movimiento. Bajó la mirada hacia la piel de sus piernas y muslos que el kilt no cubría: todo él era pura fibra. Mary se encontró bajando la espesa saliva garganta abajo, y percibió un cosquilleo en el vientre que la sorprendió. Se le aceleró el pulso y la respiración. Acababa de descubrir que deseaba con una intensidad aplastante a Ian McGregor, su esposo, y el hombre que trataba por todos los medios de no comprometer a las hijas que tuvieran en el futuro.

De pronto, Morgana dio por suspendidas las negociaciones, y los dos lairds se levantaron al unísono. Las conversaciones continuarían a la mañana siguiente.

## CAPÍTULO 29

Mary se paseaba inquieta. La amplia estancia tenía el hogar encendido, ignoraba que era una concesión hacia ella, Morgana había creído que como era inglesa no estaría acostumbrada a las bajas temperaturas de las Tierras Altas, y tenía razón. Si algo detestaba Mary más que la lluvia, era el frío. La elevada temperatura de las ascuas le coloreaban las mejillas y le calentaba la piel, pero ella estaba sumida en pensamientos caóticos, el principal, su descubrimiento sobre lo que Ian le provocaba en el interior de su ser.

Sus sentimientos colapsaban sus emociones y le alteraban el ánimo.

¿Cuándo se había enamorado de su esposo? ¿En Zambra? ¿Durante el viaje de regreso a Escocia? ¿Cuándo Ian la apoyó tras la muerte de su abuelo sin pedirle nada a cambio? No lo sabía, pero en esa mañana, y viéndolo mantener el pulso a dos lairds, el oscuro velo que cubría sus ojos se había disipado por completo.

Ahora se sentía insegura, también perdida pues ignoraba cómo manejar la expectación que el descubrimiento le provocaba. No escuchó los golpes en la puerta, ni la madera que se abría, seguía mirando fija las brasas ardientes, y perdida en pensamientos intensos.

—Mary...

La voz de su esposo la sobresaltó. Se giró rápida hacia él.

—Creía que seguirías en el salón con tu abuela —pudo decir ella.

Ian la contempló con ojos entrecerrados porque su mujer tenía una expresión en el rostro como nunca le había visto.

—Siento que se alargara tanto la reunión —se disculpó—, pero no puedo ceder ni un ápice en este asunto ni mostrar debilidad.

Ella podía comprenderlo.

—Has estado magnífico —fue decir las palabras y volver el rostro de nuevo hacia el fuego.

La presencia de él la perturbaba porque nunca antes había sido tan consciente de su fuerte magnetismo y marcada virilidad.

—¿Magnífico? —preguntó Ian con una media sonrisa.

Respiró profundo antes de volver a mirarlo. Como su esposo tenía el cabello tan claro, su rostro parecía el de un adolescente, pero ahora podía ver las líneas de expresión en sus ojos: marcas que habían estado ocultas para ella. Ian sonreía a muy pocos, y Mary se sintió una privilegiada.

—Quería decir que has controlado muy bien la situación.

Ian la notaba nerviosa y distante, como si la reunión mantenida en la sala con los clanes McQuenn y Duncan la hubieran inquietado.

—Gracias —le dijo mientras daba un paso hacia ella—. He venido a comprobar si te encontrabas bien pues has abandonado el salón muy rápido.

Mary volvió a desviar la mirada.

—Siempre trato de despistar a esos dos sabuesos que me siguen —se quejó en voz baja—, pero da igual lo rápido que camine.

Ian caminó otro paso.

—Pienso que Aonghas y Maddock no se alegraran de saber que los comparas con dos sabuesos —ella había ignorado hasta ese momento los nombres que tenían sus dos guardianes—. Pero no debes preocuparte.

—¿Parezco preocupada?

—Lo estás —era una afirmación.

Mary continuó paseando frente al hogar encendido, pero en esta ocasión sin mirarlo porque la descentraba.

—Tenemos motivos para estar inquietos pues no sabemos cómo reaccionará tu padre cuando sepa que has interferido en sus asuntos como laird.

Ella no quería molestarlo, pero Ian se sintió aludido.

—El clan McGregor vive asfixiado —contestó serio—, y no solo por las deudas contraídas por mi abuelo, sino por la palabra incumplida de mi padre.

Mary soltó el aire de golpe.

—¿Hasta dónde podremos llegar? —a Ian le gustaba que ella se incluyera tanto en los problemas como en las posibles soluciones.

—Pretendo que Angus Duncan acepte la devolución del *dowry*, más la anulación del acuerdo matrimonial entre mi hermana Serena y Ewan Alisdair.

—¿Pero esa decisión corresponde a tu padre! —exclamó ella.

Ian cruzó los brazos al pecho. Mucho se temía que su padre ya no iba a despertar de su inconsciencia, por ese motivo estaba negociando con ambos clanes porque quería destensar la soga que apretaba el cuello figurado de los McGregor.

—El conde de Zambra y mi madre cometieron un agravio sin precedente hacia el clan Duncan cuando aceptaron el compromiso con la rama bastarda. En su defensa diré que ambos ignoraban el problema que existía entre los dos clanes —trató de explicarle Ian—. Mi padre tenía la obligación de subsanar esa ofensa, pero no lo hizo.

—¿Y cuándo el acuerdo de matrimonio de Serena se haya anulado?

—Angus tendrá libertad para concertar con mi padre un nuevo acuerdo, pero en esta ocasión se hará con la rama legítima de los Duncan.

—¿Y qué ocurrirá con el otro clan?

Ian no tenía todas las respuestas, pero si William y Bruce Duncan habían enviado a Ewan a España, era porque temían por su vida, y por eso dudaba de que el muchacho regresara a Escocia para cumplir el acuerdo de esponsales con su hermana.

—El acuerdo firmado entonces fue contrario a la voluntad de mi padre, pues ni Marina del Valle, ni el conde de Zambra tenían potestad para acordarlo.

—Entiendo —dijo Mary—. ¿Y qué pasará con los McQuenn?

Ian soltó un suspiro largo que a oídos de Mary se antojó pesado.

—Pagando el *dowry* a los Duncan apenas nos queda dinero para pagar a los McQuenn, eso sin contar las tierras colindantes a Ruthvencastle, y que mi padre vendió hace mucho tiempo.

Mary lo miró preocupada.

—¿Por qué las vendió? —Ian no tenía esa respuesta, aunque interiormente lo sospechaba—. ¿Y entonces?

—Tendré que ofrecerle Ruthvencastle o...

Mary no lo dejó terminar.

—¡Ian!

—... acordar un nuevo acuerdo.

—¿Un nuevo acuerdo?

—En este caso con nuestra hija... —Ian calló un momento—. Pero te juro que trataré de convencerlo para que acepte Ruthvencastle. Haré todo lo que esté en mi mano para que lo haga.

—¡Ruthvencastle es tu hogar! Y no puedes entregárselo porque tu padre no lo permitirá.

Ian le dio la espalda durante unos minutos porque el rostro se le había contraído por la tensión

que soportaba. Ruthvencastle no podía considerarlo un hogar, su padre se había encargado de ello.

—Les entregaría Ruthvencastle cuando falte mi padre y yo sea el nuevo laird.

—Aún falta mucho para eso —apuntó Mary.

No, Ian pensaba que ese momento estaba muy cerca.

—De momento pretendo contentarlos hasta que mi padre se recupere, porque todas las gestiones que yo haga pueden acabar en papel mojado.

—Podríamos pedirle a mi padre el dinero que nos falta —dijo de pronto ella.

Ian se giró de golpe y la taladró con la mirada. El brillo de sus ojos quemaba.

—¿Sabes quién compró las tierras colindantes a Ruthvencastle y que pertenecían a los McQueen? —Mary hizo un gesto negativo—. Los McGiver.

Ahora se tapó la boca por la sorpresa.

—¡Entonces tu abuela puede ayudarte! —exclamó un segundo después.

—Lo hará si me comprometo a ser el laird del clan McGiver, y no puedo, ¡no puedo! ¿Entiendes?

—¿Por lealtad a los McGregor? —inquirió cauta.

—Porque soy un McGregor —la corrigió.

En verdad la situación era muy complicada se dijo Mary.

—¿Y si los McQueen aceptan la propiedad como pago? ¿Qué será de nosotros y del resto del clan? —Mary pensaba en todas esas familias que vivían en tierras de Ruthvencastle, también en los ancianos que dependían de la caridad del laird.

Ian no quería comentarle sus sospechas: que su abuela había comprado las tierras como un medio de presión. Morgana era una mujer muy inteligente, y muy precavida. Brandon la había echado de Ruthvencastle creyendo que con eso bastaría para alejarla de Ian para siempre, pero se había equivocado por completo porque desde entonces el único propósito en la vida de su abuela había sido que su nieto liderara a los McGiver, y por eso movió los hilos para lograrlo. Morgana había alentado a la rama bastarda de los Duncan para que materializaran un acuerdo con la hija de Brandon. Les había hecho creer que de esa forma se anularían los desacuerdos y las rencillas ocasionadas por ambos clanes en el pasado, y éstos, como no podrían lograr una alianza con el mismo laird, lo hicieron con la rama materna, pero a espaldas del laird de Ruthvencastle.

—Podemos vivir en Edimburgo —contestó Ian—. Mi tío abuelo el duque le regaló a mi padre una propiedad bastante grande.

Mary pensó que vivir en una ciudad tan grande como Edimburgo era un sueño comparado con Ruthvencastle.

—Pero, ¿y el clan?

—El clan McGregor pasaría a la protección de los McQueen

—¿Cómo armígeros? —en la voz femenina se advertía un tono escéptico que no pasó desapercibido para él—. Tú serás el nuevo laird de los McGregor, no puedes abandonarlos —apuntó Mary certera—. Brandon se recuperará, estoy segura.

Ian miró un punto indeterminado de la estancia.

—Entonces, si mi padre se recupera, tendrá que aceptar que muchas cosas han cambiado.

—Me gustaría saber qué cosas cambiarán —murmuró ella.

—Que la economía familiar ya no depende únicamente de su persona, que el resto de la familia necesitamos saber qué decisiones se toman y por qué...

—Como los acuerdos matrimoniales —cortó ella pensativa.

—Como los acuerdos matrimoniales —reiteró Ian.

Mary siguió paseándose por la alcoba pensativa. Después de unos instantes paró su ir y venir

y miró a Ian de pleno.

—Mi padre está en posición de ayudarnos —reiteró ella como momentos antes—. Lo hará si se lo pedimos.

Los hombros de Ian se tensaron.

—Estoy convencido de ello, pero deseo arreglar por mí mismo este delicado asunto, incluso a la forma escocesa de ser necesario.

Mary sonrió al escucharlo.

—¿A la forma escocesa?

—A mamporros si hace falta.

—Conozco esa palabra —dijo ella—, mi madre la menciona en alguna ocasión.

—Mi madre Marina también —Mary terminó suspirando, y él le puso las manos sobre los hombros en un gesto íntimo—. He prometido cuidarte, y te pido que no te preocupes, que confíes.

No era preocupación lo que sentía Mary en esos momentos sino un ardor que le subía por el vientre hasta el pecho. Percibía las manos de él sobre sus hombros, y le quemaban allí donde la tocaban. Volvió a tragar con fuerza, y terminó desviando los ojos porque no podía sostenerle la mirada.

—¿Bajamos a cenar? —le preguntó él.

—¿Se habrán marchado los lairds? —quiso saber ella.

Ian hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Hasta que los asuntos no se solucionen entre los clanes, ni Duncan ni McQueen abandonaran Knockfarrel.

Mary optó por guardar silencio. Aceptó la mano que Ian le ofrecía, y caminó a su lado hacia la planta baja. Confiaba de todo corazón que todo se resolviera de forma satisfactoria.

Mary se despertó muy incómoda, creyó que comenzaría a arder en cualquier momento. Las ascuas brillaban en el hogar, y su marido dormía tras su espalda, se dijo que por ese motivo se sentía entre dos fuegos. Retiró la colcha hacia abajo con los pies y se giró hacia él que dormía de forma plácida y completamente destapado. Su movimiento debió inquietarlo porque Ian se removió y se giró hacia la ventana. Ella sintió deseos de levantarse y apagar el fuego con agua, pero no quería despertarlo. Se tocó el cuello y lo percibió húmedo. El largo cabello se le adhería a la piel de los hombros y le producía una gran incomodidad. ¿Cuándo se le había deshecho la trenza?, se preguntó. Con dedos diestros comenzó a formarla de nuevo, pero había perdido el lazo. Resignada volvió a fijar las pupilas en las rojas brasas. Tenía que admitir que no hacía el suficiente frío para que la chimenea estuviera encendida de día y de noche, pero agradecía el honor que Morgana le mostraba cuando había dejado claro que no aprobaba el matrimonio de su único nieto con una inglesa, por muy hija de duque que fuera.

Por supuesto lo había dicho en gaélico salvo que Morgana desconocía que ella entendía la lengua de su esposo.

Al mismo tiempo que suspiraba, Ian movió un pie, era como si buscara su contacto en la oscuridad de la noche. Mary pensó que todo era muy extraño: dormían juntos como marido y mujer, pero no compartían la intimidad que el vínculo sagrado del matrimonio les otorgaba. Ian le había expresado el deseo de hacerle el amor cuando ella lo amara, pero Mary ya sentía por él un sentimiento profundo y un deseo devastador. Con mucha suavidad volvió a girarse para quedar frente a la ancha espalda. Se dijo que la calentura que sentía no la provocaba únicamente el fuego de la chimenea sino la torre que estaba dormida a su lado. Sintió el loco impulso de acariciarle



los omoplatos, de recorrer con los dedos, y de forma suave, los relieves firmes y duros de su contorno.

Cerró los ojos de nuevo, e intentó volver a dormir, aunque mucho se temía que tendría que sumar otra noche mala a las otras que había sufrido por culpa de su marido.

## CAPÍTULO 30

Las conversaciones comenzaron a media mañana. Después del desayuno, la mesa se había dispuesto en la misma posición del día anterior, pero en esta ocasión había un total de seis sillas en vez de cuatro.

Mary se había colocado el vestido de Moira que lo habían lavado y secado durante la noche. Su propio vestido estaba siendo remendando por las mujeres de Knockfarrel, también llevaba puestas las botas de piel que le había prestado Moira. Pensó en los bellos vestidos que tenía guardados en Ruthvencastle, en las hermosas zapatillas de raso, enaguas, corpiños y mantones que no había estrenado todavía porque llevaba una semana fuera del hogar de su esposo.

Agitó un poco la cabeza para despejar la mente de pensamientos veleidosos y para centrarse en la conversación que había comenzado. Después de una hora, Angus Duncan terminó aceptando el pago del *dowry* más los intereses, y el rompimiento del acuerdo matrimonial entre Ewan Alisdair Duncan y Serena McGregor. Morgana había redactado el nuevo acuerdo que firmaron Angus e Ian de forma ceremoniosa. Tras la rúbrica, Ian soltó un suspiro largo. Los Duncan se levantaron al unísono, se despidieron, y abandonaron el salón de Knockfarrel.

El silencio a continuación resultó bastante incómodo, aunque previsible.

Cuddle McQueen no aceptaba la entrega de Ruthvencastle en pago a la deuda contraída, alegó que el laird Brandon McGregor seguía vivo, y que su primogénito carecía de la potestad para negociar en su nombre. Exigía mantener el acuerdo de esponsales pues se había pagado un *dowry* demasiado elevado además de las tierras que ya no estaban en el poder de los McGregor. El laird de Beinncastle exigió el cumplimiento, si no fuera posible con Violet Casandra McGregor, sí con su hija María.

Ian cerró los ojos porque ya había explicado el día anterior que eso era imposible, sobre todo por el esposo de su tía. El barón de Bidasoa jamás iba a permitir semejante despropósito. Le explicó al laird con mucha calma que el padre de su prima María no era escocés ni se atenía a las reglas y normas escocesas. Cuddle masculló violentamente, y se levantó del taburete de forma tan brusca que lo volcó.

Mary contuvo la respiración, pero Ian no se inmutó por el estallido del laird. Morgana trató de templar los ánimos, y ofreció otro acuerdo: que esperase a la recuperación de Brandon McGregor, pero Cuddle descartó la sugerencia. Quería solucionar el asunto de inmediato: acuerdo matrimonial o la restitución del *dowry* y de las tierras. Ian miró a Mary, y en el brillo de sus pupilas ella pudo percibir lo frustrado que se sentía porque no podía alcanzar el acuerdo que pretendía. Las acciones del pasado de su abuelo y de su padre, los perseguía a ellos en el presente, y lo haría en el futuro.

Cuddle se giró dándole la espalda a todos, caminó hacia el fuego encendido, y puso la mano en la repisa de la chimenea. Se quedó pensativo durante un momento tan largo, que el nerviosismo creció en Mary hasta el punto de provocarle un pinchazo en el estómago.

Morgana volvió a hablar, en esta ocasión con voz grave mientras Ian permanecía callado esperando. Finalmente, Cuddle alzó la cabeza, se volvió hacia donde estaba Mary, y la taladró con la mirada. Tras unos segundos de silencio, le ofreció a Ian un nuevo trato, y lo hizo sin dejar de mirarla. Un acuerdo matrimonial entre su hijo Kyle y la segunda hija que engendrarán. Morgana había dejado claro al principio de las conversaciones, que su primera biznieta sería comprometida con el clan McGiver, y no les dio opción a los recién casados a que se negaran. El laird se reafirmó en su postura, y Mary estuvo a punto de saltar cuando Morgana le informó que

entonces el *dowry* ofrecido para el nuevo acuerdo resultaba insatisfactorio.

Ian no había dejado de observar a su esposa de forma larga y profunda. Le mostró con la mirada que le ofrecía a ella el poder de aceptar o rechazar el acuerdo propuesto por el laird. Cuddle ofreció además para convencerlos unas tierras al este de Ruthvencastle que colindaban con las que Morgana había comprado a Brandon tiempo atrás.

Mary vio en los ojos del laird de Beinncastle una determinación como no había contemplado nunca. Había sido engañado por los McGregor, pero estaba dispuesto a acordar un nuevo trato aportando más tierras. Ella no quería que Ian perdiera Ruthvencastle porque sabía lo importante que era el hogar donde uno ha nacido, tampoco quería quedar en la ruina más absoluta pues no tenían el dinero y las tierras para restituírselas a Cuddle, además, Ian le había dejado claro con su silencio que no pensaba pedirle ayuda al duque de Arun.

Hicieran lo que hicieran estaban empeñados, y lo más terrible, arruinados.

Soltó un suspiro largo antes de levantarse y caminar hacia la mesa. Con un gesto le indicó al laird que se acercara. Ian se levantó y le ofreció su propio asiento. Morgana le dio indicaciones para que regresara a su lugar en el otro extremo del salón, pero Mary la desoyó. La abuela de su esposo era una mujer de armas tomar, con una autoridad que todos respetaban, pero la mujer olvidaba que Mary Dawn Eleanor Penword era nieta e hija de duque. En esa estancia no había nadie con más rango que ella, y así se lo mostró a la mujer mayor en inglés, aunque con un profundo respeto tanto en el tono como en el gesto. Morgana se sentía ofendida hasta la médula porque la mujer de su nieto tomaba cartas en el asunto, cuestión que solo le concernía a ella como jefa del clan McGiver y como abuela del futuro laird de Ruthvencastle, pero optó por guardar silencio porque Cuddle no perdía detalle de lo que ocurría.

Mary tomó asiento, Ian se posicionó tras su espalda y le puso las manos en los hombros. Un gesto de protección que todos entendieron. La muchacha tomó aire, lo soltó suavemente, y comenzó a hablar en un perfecto gaélico que los dejó a todos asombrados.

Mary habló alto y claro. Afirmó que consentía en el acuerdo siempre y cuando se establecieran unas condiciones. Ian le apretó los hombros animándola a seguir. El laird de Beinncastle hizo un gesto afirmativo. Mary pidió que su hijo Kyle fuera entregado a los McGregor para ser criado como era costumbre en las Tierras Altas.

Mary quería asegurarse de educar convenientemente al muchacho que en el futuro sería el esposo de la hija que alumbrara. Bajo su cuidado y atención, Kyle McQueen podría ser un excelente marido. Cuddle hizo lo propio, pidió que el próximo primogénito McGregor le fuese entregado para cumplir el fosterage entre ambos clanes.

Morgana intervino para mostrar su desacuerdo. Su futuro biznieto iba a criarse en el clan McGiver bajo su exclusiva supervisión. Tras escucharla, Ian decidió restarle a su abuela autoridad en ese asunto. Él no pensaba permitir, bajo ningún concepto, que un hijo suyo fuera criado por ella. Recordaba perfectamente lo desgraciado que fue en su niñez por su culpa. Por ese motivo aceptó el fosterage del clan McQueen. Morgana protestó vivamente hasta que una mirada seca de su nieto la conminó a que guardara silencio.

Mary quería incluir en el acuerdo una cláusula: si los futuros prometidos llegaban a detestarse, el acuerdo quedaría roto si la novia o el novio lo demandaban, y Cuddle McQueen aceptaría la devolución del *dowry* sin intereses.

Ian tenía un brillo extraño en los ojos mientras la escuchaba. Ningún escocés solicitaría la anulación de un acuerdo porque detestase a la novia, no solo sería impensable sino inaudito, pero mantuvo silencio.

El laird de Beinncastle hizo un gesto afirmativo aceptando los términos. Mary le informó que

no era necesario aportar más tierras por el compromiso. Morgana al escucharla se levantó de golpe y le gritó de forma aguda. ¿Cómo osaba rechazar las tierras que Cuddle estaba dispuesto a entregar?

Imitando a Ian, Mary no permitió que la postura intransigente de Morgana la moviera ni una sola pulgada de mantenerse firme en sus proclamas. Era consciente de lo que debía de pensar la mujer, pero ella no deseaba que la cruz de las obligaciones fuese más onerosa todavía. Los McGregor estaban empeñados hasta el tuétano, no podían hacer frente a las deudas que habían contraído con los clanes Duncan y McQueen. ¿Y si ella no tenía hijas? A la vista estaba de que ninguno de los presentes en la sala habían tenido en cuenta esa posibilidad: que Mary solo alumbrara varones, entonces tendrían que devolver todo lo entregado, y ella no pensaba empeñar el futuro de ambos más de lo que ya estaba aceptando unas tierras que no podrían mantener porque les faltaban libras. Con ese nuevo acuerdo ganaba la posibilidad de que la propia novia rechazara el compromiso sin que las partes se resintieran, además se aseguraba la educación bajo su amparo del futuro novio. ¿Qué mujer podría aspirar a más?

Ian dio las cláusulas por aceptadas.

Morgana trató de evitar un compromiso tan poco ventajoso para los McGregor, pero su nieto se mostró implacable en ese asunto. Cuddle McQueen tomó el documento que le extendía su hombre de confianza y añadió las estipulaciones propuestas por lady McGregor. Después de firmar, le entregó el documento a Ian que estampó su firma y le dejó el espacio más grande a su esposa. Mary hizo lo propio, y entonces se sirvió whisky para cerrar la negociación.

Mary aceptó un vaso de cerveza y tomó un trago corto. Morgana no aceptó el brindis porque quería demostrar lo disgustada que estaba por la forma que tenía la inglesa de manejar los asuntos. Tras la celebración, Cuddle se despidió y partió con sus hombres hacia Beinncastle.

El silencio que siguió a continuación le provocó a Mary un escalofrío en los huesos. Ahora venía la parte más complicada, enfrenar a Morgana.

—Ha sido una insensatez lo que has hecho —le espetó la mujer con voz seca.

Mary seguía sentada en el lugar de Ian. Su esposo continuaba tras su espalda, y por ese motivo no podía ver el orgullo que reflejaba su rostro.

—He meditado durante muchas horas —comenzó a responder—, en la difícil situación en la que el abuelo y el padre de Ian nos han colocado.

—Situación que yo tenía que manejar —contestó Morgana.

—Mis futuros hijos son decisión nuestra, que no suya —la cortó seria.

—¿Yo podría haber conseguido más ventajas! —exclamó la mujer.

—Los McGregor no necesitamos tierras que no podemos mantener.

—¿Las tierras no piden de comer, estúpida!

—Lady McGiver... —intervino de pronto Ian—, lady McGregor ha actuado con sensatez y premura —con esas palabras corregía a su abuela, aunque de forma respetuosa—, y no puedo estar más de acuerdo con su decisión.

Ian tomó posición al lado de Mary y más cerca de su abuela, pero la mujer no estaba de acuerdo y comenzó a protestar de forma enérgica.

—¿Alguno ha pensado en lo que sucedería si no alumbró hijas sino hijos?

En el salón se sucedió un silencio largo.

—Entonces tus hijos tendrían hijas —alegó Morgana.

—¿Y hasta cuándo alargaríamos esta situación insostenible? —inquirió Mary sin dejar de mirar a Morgana.

—Mi esposa ha procedido de forma muy inteligente —afirmó Ian.

Ella miró a su marido y le sonrió por el apoyo que recibía. Un segundo después Fearghas habló.

—La muchacha tiene razón. Ha actuado con prudencia y buen juicio.

Morgana no podía creérselo. Su cuñado salía en defensa de la inglesa. Quería gritar por la frustración que sentía. Cuanto más difícil fuera la situación para su nieto, más poder tendría ella para hacerlo capitular para que aceptara dirigir al clan McGiver. ¿Fearghas no podía ver lo que la motivaba? ¿Lo que realmente deseaba?

Fuera se escucharon sonidos de caballos y un carruaje que se detenía.

—Llega visita... —anunció un sirviente.

Antes de poder prepararse para recibirla, hizo su aparición en Knockfarrel Justin Clayton Penword acompañado del capitán Ronan Kelly y de una guarnición de soldados ingleses. Como nadie había salido a recibirlos, decidieron hacer su entrada triunfal en el gran salón.

—¡Papá! —exclamó Mary tan sorprendida que no pudo ni levantarse para darle la bienvenida.

—¡Hija! —Justin caminó directamente hacia ella obviando los rostros adustos de los McGiver.

Morgana sufrió tal convulsión al ver su hogar lleno de ingleses que casi sufre un vahído. En unos segundos, padre e hija se fundieron en un abrazo. Ian se apartó unos pasos para permitirles cierto espacio.

—¡Papá! —volvió a exclamar Mary al mismo tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas—. ¿Qué hace aquí? —le preguntó.

—He venido a buscarte para llevarte a casa, regresarás a Crimson Hill...

Ian carraspeó al escucharlo.

—Temo que no puedo permitir tal viaje —su voz sonó alta y clara.

Justin taladró con la mirada al hijo de su primo, y después a la mujer que lo observaba con fuego en los ojos. Hacía veinte años que no veía a Morgana, pero su rostro seguía siendo el de una mujer que se place de vivir amargada.

—Tu madre y yo casi nos volvimos locos cuando supimos que te habían secuestrado.

Mary se sonrojó violentamente.

—Fue un malentendido —le explicó—, y ya está solucionado.

Justin suspiró profundo sin soltar a su hija. Le había llevado un tiempo reunir un grupo de hombres preparados para ir en su busca. No sabía qué iba a encontrarse, pero no esperaba verla sana y salva en Knockfarrel, y por eso se había llevado la sorpresa de su vida. Mientras recorría la distancia entre las tierras de los McGregor y de los McGiver, había meditado mucho. Él no pensaba dejar a su preciosa hija en esas tierras alejadas de todo. Ian tendría que ir a vivir a Inglaterra, o podría considerarse divorciado.

—¿Hay noticias de Ruthvencastle? —preguntó Ian de pronto.

Justin soltó a su hija, y se giró hacia él.

—Tu padre ha despertado.

Mary se tapó la boca para contener un grito de alegría. El rostro de Morgana se ensombreció.

—¿Y mamá? —quiso saber la muchacha.

Justin relajó los hombros. Había pasado un miedo terrible. Amaba a su primogénita con todo su corazón, y cuando Marina le explicó que la habían secuestrado, casi se muere del susto.

—Tu madre espera nuestro regreso en Ruthvencastle.

—Permítenos que te ofrezcamos la hospitalidad de Knockfarrel —le ofreció Ian gentil—, el viaje desde Ruthvencastle es largo y penoso.

Morgana decidió actuar de pronto. Acababa de salir del estupor.

—No quiero ingleses en mi casa —cortó la mujer con voz fría. Si había algo que ella detestará más que a su yerno Brandon, era a los ingleses.

Ian giró el rostro y miró a su abuela. Con esa frase lo había desautorizado y dejado en ridículo delante de unos visitantes que para él eran invitados. Llegó a creer que su abuela había cambiado, que en esos días que habían estado juntos y compartido tanto compañía como información de los respectivos clanes, su corazón se había ablandado lo suficiente como para no mostrarse intolerante y desdeñosa, pero se había equivocado.

Los escoceses eran habitualmente hospitalarios y gentiles con los forasteros, ¿cómo se atrevía a insultar Morgana a su esposa y a su padre? ¡Eran su familia!

—Mi esposa es inglesa, y no pienso permitir que la ofenda ni con palabras ni con acciones —le recriminó sin importarle que el salón estuviera lleno de gente.

Morgana apretó los dientes ante la corrección del nieto.

—Los ingleses nunca han sido bienvenidos en mi casa —reiteró la mujer.

Ian tomó aire, lo exhaló muy despacio y contó hasta diez antes de hablar, y cuando lo hizo, fue mirando a su suegro.

—Mary y yo estamos listos para partir —le dijo al duque de Arun.

El ambiente en el salón de Knockfarrel se había enrarecido hasta resultar irrespirable. Mary caminó un paso y se situó al lado de su esposo, lo tomó de la mano y le dio un apretón de ánimo. Todo lo que le había contado Ian sobre su abuela se quedaba corto, y lo lamentó de veras porque ningún niño se merecía ser tratado con tan poco afecto, y con tan excesiva dureza.

Justin ni se molestó por las palabras de Morgana ni necesitó que lo acompañaran a la puerta. Precedió a su hija y a su yerno caminando hacia la salida. Los soldados habían hecho un pasillo protector para que pasaran. Ian se despidió de Morgana mostrando una educación que la otra carecía, después lo hizo con Fearghas que le estrechó la mano y se la retuvo para confiarle unas palabras.

—Es muy duro ser la jefa de un clan como los McGiver —le dijo en voz baja para que solo Ian lo escuchara—, nunca lo olvides.

—Gracias por todo Fearghas —correspondió.

Instantes después saludó al resto de hombres, y salió tras los pasos de Mary que iba agarrada al brazo de su padre. Antes de salir por la puerta, miró hacia el interior del salón. Su abuela seguía plantada en el mismo lugar, y con la mirada resabiada. Él, en el fondo, la compadeció.

—Si alguna vez necesitáis ayuda de los McGregor, hacédmelo saber.

No esperó a que le respondieran, salió por la puerta como alma que lleva el diablo. Justin sostenía la puerta del carruaje con el escudo ducal obviando la ayuda del palafrenero que se mostraba avergonzado de que un noble tan distinguido hiciera su trabajo. La actitud del duque era una clara muestra de lo enfadado que debía sentirse, y de lo deseoso que estaba por partir.

—Prefiero cabalgar —afirmó Ian que rechazó viajar junto a su esposa.

Mary no se ofendió porque sabía lo afectado que se sentía por todo lo sucedido, sobre todo con el desaire de su abuela. Un mozo de cuadra ya le traía el semental que le había reglado su madre Marina. Justin también suponía lo dolido que estaba su yerno con su abuela. Había recibido un trato injusto y que no merecía, por eso decidió restarle hierro al asunto con humor.

—Cabrón está como siempre —Mary había sacado la cabeza por la ventanilla al escuchar a su padre.

—Carbón le queda mejor —le recordó la hija.

Ian montó sin esfuerzo, y Justin se introdujo en el carruaje. El capitán Kelly precedió la marcha situándose delante del vehículo, lo escoltaban cuatro soldados, los otros, junto con Ian, se

posicionaron en la retaguardia.

El carruaje comenzó su andadura con padre e hija en el interior.

## CAPÍTULO 31

Hicieron un alto en la posada Garve para avituallar los caballos. El posadero, viendo el escudo ducal en el carruaje, preparó las mejores habitaciones y dispuso su propio comedor privado para que la distinguida visita cenase con la suficiente intimidad, y protegidos del resto de inquilinos. La esposa se esmeró en preparar unas viandas dignas de tan ilustres clientes, y también para la guarnición de soldados que cenaban con el resto de comensales de la posada. Dos criadas se encargaron de preparar las habitaciones vacías de lo que antaño fue un establo pues en ellas dormirían los soldados.

La posada estaba llena, pero los dueños no pensaban dejar escapar la oportunidad de ganar varias libras pues apenas podían presumir de hospedar en su posada a la nobleza. Garve no se encontraba en la ruta de un camino importante sino alejada de las poblaciones más importantes.

Justin se mostró generoso pues no tuvo reparo en pagarle al posadero el doble de la tarifa habitual, más una espléndida propina porque esperaba el mejor trato.

Ian se mantuvo callado la mayor parte de la cena, todo lo contrario de Mary que rio y bromeó pues se sentía muy feliz. No había padre e hija que se quisieran más. Para ella su padre era la luz del día, para él era la niña de sus ojos.

La mujer del posadero les había preparado unas gachas saladas con tocino que estaban buenas. Salvo la cerveza amarga, todo estaba aceptable. Ian comió poco, Justin también, pero Mary, que siempre había mostrado un gran apetito, dio buena cuenta de la cena.

Cuando una de las criadas limpió la mesa y colocó la botella de whisky que anunciaban el fin de la cena, Justin la miró sin un parpadeo.

—Le he pedido a la posadera que te prepare un baño caliente, y una de las criadas te prestará un vestido limpio para que puedas cambiarte —ella iba a decir algo, pero su padre se lo impidió—. Obedece, por favor.

Mary se miró el vestido que le había prestado Moira, estaba deslucido y viejo, pero ella lo había llevado con respeto, aunque entendía a su padre. Era la primera vez que la veía completamente desaliñada, incluso la gruesa trenza de su cabello se le había deshecho.

—Estaré encantada de darme un baño —aceptó con su habitual disciplina cuando trataba con su padre.

Habían partido de las tierras McGiver a mitad de la mañana, y no se habían detenido hasta bien entrada la tarde. Ella no había tenido tiempo de arreglarse ni de recoger el vestido que vestía cuando la secuestraron los McQueen, y que las criadas de Knockfarrel habían remendando. Les quedaba todo un día para llegar a tierras de los McGregor, y un baño bien caliente era algo que no se le ocurriría despreciar.

—Bajaré y me reuniré de nuevo aquí si todavía seguís en el comedor —dijo Mary mirando a su marido.

Ian le sonrió, y ella le correspondió. Cuando se quedaron a solas, Justin vertió en dos vasos generosas raciones de whisky. Tomó uno de los vasos y se lo tendió a su yerno.

—Gracias —aceptó el otro sosteniéndole la mirada—. ¿Cómo está mi padre?

Ian había esperado a estar a solas para hacerle la pregunta. El rostro de su suegro resultó muy elocuente.

—Tiene paralizada la parte derecha del cuerpo y no puedo hablar —Justin omitió que tampoco parecía reconocer a nadie, valoró que era mejor que su yerno lo descubriera por sí mismo.

Ian cerró los ojos porque se había temido algo así. Las heridas de bala en la cabeza resultaban



impredecibles y muy peligrosas.

—¿Es permanente?

Vio dudar a su suegro, y se descorazonó.

—Eso nunca se sabe —respondió finalmente.

—Había esperado que su regreso a la conciencia no tuviera secuelas.

Justin podía imaginar la preocupación de su yerno.

—El doctor que lo trata ha buscado la ayuda de un médico inglés muy bueno y que tiene experiencia en tratar heridas similares —dijo Justin porque pensó que su yerno no lo sabía.

—¿Y qué dice el doctor inglés sobre la situación de mi padre?

—Me marché de Ruthvencastle antes de que llegara —contestó Justin—. Pero tu padre es un hombre fuerte y se ha enfrentado a peores situaciones.

—No —lo corrigió Ian—, mi padre nunca se ha enfrentado a nada peor que un disparo en la cabeza.

—Yo confío en la medicina —Ian no sabía qué pensar, y se mantuvo durante un tiempo largo en silencio—. Imagino que eres consciente de que debemos mantener una conversación sobre Mary —dijo Justin después de tomar un trago del líquido espirituoso.

—¿Sobre mi esposa? —había hecho la pregunta con toda intención.

—Sobre mi hija, porque antes que tu esposa, ha sido, es, y será mi hija —Ian mantuvo silencio—. Se me parte el corazón verla con ropas de sirvienta.

Ian giró el rostro porque le avergonzaba que el duque le mostrara algo tan obvio sobre Mary.

—No podía ir a buscarla cargado con un baúl lleno con sus caros ropajes de seda —se defendió—. Y el vestido que viste fue llevado anteriormente por una buena mujer el día de su boda.

Justin apretó los labios al escuchar su tono defensivo.

—Mary podría llevar una corona sobre su cabeza —aclaró el padre sin dejar de mirar al yerno.

Ian se veía cada vez más incómodo. Le daban ganas de responderle que todavía podría llevarla, pero eso sería admitir que en todo ese tiempo él no había hecho uso de sus derechos maritales, y se guardó la réplica.

—Mary no lleva una corona sobre la cabeza, es cierto, pero lleva los colores de mi familia, y pienso que la harán muy feliz.

Justin no lo tenía tan claro. La habían secuestrado por la fuerza, vestía ropajes de sirvienta, y lo más sorprendente era que se comportaba como si lo fuera, algo que le pateaba el hígado.

—¿Qué vida vas a ofrecerle cuando no has podido impedir que tu madre se convierta en la criada de Ruthvencastle? —ese había sido un golpe directo al estómago—. Marina me ha contado las penalidades que ha sufrido durante años por culpa del descerebrado de tu padre —ahora carraspeó.

¿Cómo podía refutar esa verdad aplastante?

—He conseguido pagar la deuda que mi padre mantenía con el clan Duncan, y le recuerdo que mi padre es su primo hermano.

Justin pensó que se merecía esa respuesta. Si él culpaba a Ian por las acciones de su padre, los Penword también deberían asumir parte de la responsabilidad porque el padre de Brandon era un Penword.

—¿Y con los McQueen?

A la vista estaba de que su suegro estaba bien informado de todo, y no, esa deuda no estaba pagada porque ni tenía libras para hacerlo ni el laird estaba dispuesto a aceptarlas en caso de

tenerlas.

—Conseguiré un trabajo en Edimburgo —le informó frío—, y les daré a Mary y a mi madre todo el respeto y la honorabilidad que se merecen.

—Eso no es suficiente, muchacho —apuntó Justin con la voz dura como el granito—. Podría prestarte el dinero que necesitas, aunque imagino que todo seguiría igual porque ya tu padre dilapidó la herencia de tu abuelo y la de Marina.

Ian alzó la barbilla con orgullo.

—Desconocía por completo la ruina de mi casa, no soy culpable, pero desde ya le informo que jamás cometeré los mismos errores que cometió mi padre.

—Lo sé —admitió Justin—, pero deseo lo mejor para mi hija.

—Yo también —respondió muy serio.

El duque tomó aire y lo soltó después poco a poco.

—Quiero que Mary regrese a Crimson Hill.

El brillo en los ojos de Ian quemaba.

—Lady McGregor vivirá a mi lado en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad... hasta que la muerte nos separe —Ian le recordaba a su suegro las palabras que el sacerdote ofició en la boda de los dos en el palacio de Zambra.

—¿Me estás desafiando?

Ian parpadeó.

—¿Lo cree necesario?

Justin entrecerró los ojos.

—Deseo ayudarlos.

El otro contraatacó.

—¿Separándome de mi esposa?

Justin se dio cuenta de que había enfocado el asunto mal, pero cuando había visto a su hija desaliñada y vestida como una criada, algo se había roto dentro de él. Amaba a su niñita, y no pensaba permitir que le faltara lo más mínimo.

—¿Cuántas libras necesitas para saldar todas las deudas de tu padre? —Ian optó por no seguir escuchando. Se tomó unos segundos antes de levantarse de la mesa y comenzar a marcharse—. No pretendía ofenderte —le dijo el otro.

Ahora se giró hacia su suegro con el rostro demudado.

—¿Y qué piensa que ha hecho desde que salimos de Knockfarrel? —Justin volvió a suspirar. Admitía que estaba enfadado con Brandon y por eso se mostraba injusto con Ian—. Soy capaz de mantener a mi esposa, de proveerle de todo lo necesario, pero se adelanta a mis acciones e intenciones para no darme la oportunidad de mostrar mi valía: como pagar nuestra estancia en la posada.

—Estoy acostumbrado a pagar donde me hospedo —replicó el duque.

—Pero yo puedo pagar la estancia de mi esposa y la mía propia sin depender de usted y de sus libras.

—¿Esto es un pulso para ver quién de los dos se muestra más orgulloso y pendenciero?

Ian apretó los puños a sus costados.

—Mary es ahora mi responsabilidad —declaró vehemente.

Esa afirmación no le había gustado a Justin en absoluto.

—Quizás no me he expresado correctamente.

—No, no lo ha hecho —aceptó neutro.

El duque soltó un suspiro largo.

—Ruthvencastle no es el hogar ideal para una muchacha como Mary, en realidad para ninguna otra.

—Lo fue para mi madre.

Justin pensó las palabras antes de decirlas.

—Marina no es ni la mitad de la persona que llegó hace dos décadas a Gran Bretaña. Está consumida, y su rostro muestra la gran infelicidad que padece —todo eran verdades, pero Ian se rebeló al escucharlas—. Me gustaría que vivierais en Crimson Hill con nosotros.

—¿Me está sugiriendo que abandone a mi padre ahora que tanto me necesita, y que deje a mi madre a su suerte?

Justin pensó que dicho así lo hacía parecer un egoísta consumado.

—Crimson Hill es muy grande, cabéis todos.

Era una oferta muy generosa, y por eso Ian no podía enfadarse con el padre de Mary, sin embargo, lo estaba. Él mejor que nadie sabía y conocía las carencias de su hogar, él había llegado a detestar Ruthvencastle tanto como su hermana, pero era el hogar de todos los McGregor, y eso era algo que no podía borrar de un plumazo.

—Le agradezco su ofrecimiento, pero Ruthvencastle es ahora el hogar de Mary, y de los hijos que tengamos.

Fue escuchar la palabra hijos y el corazón de Justin sufrió un vuelco. Pensar en sus nietos tan lejos, y viviendo en ese lugar inhóspito, le helaba la sangre. En ese momento se arrepintió del acuerdo familiar que Mary no había podido obviar, y maldijo por lo bajo porque él no se había negado al respecto como había pretendido su esposa.

—¿No tengo forma de convencerte?

Trató de conmooverlo.

—No.

Respondió demasiado rápido.

—¿Me permitirás entonces que os ayude?

Volvió a intentarlo.

—No.

Ian seguía en su postura firme.

—Entiendo...

Justin era un hombre inteligente, y sabía que no había tratado bien el asunto, pero estaba preocupado por su hija y no había medido ni las palabras ni las acciones. Tenía que recular en su postura, y tratar de ganarse de nuevo la confianza de Ian, porque estaba claro como el agua que era inocente en todo ese asunto de las deudas, y las promesas incumplidas.

—Buenas noches, lord Penword —se despidió.

Justin terminó soltando un suspiro largo y pesado.

—Buenas noches, Ian.

## CAPÍTULO 32

Mary se sentía otra persona. El baño había actuado sobre ella como un bálsamo reparador, y aunque seguía teniendo el cabello húmedo, se vistió rápido porque quería bajar de nuevo al comedor. Se miró en el espejo y frunció el ceño. Acababa de abrocharse el corsé azul oscuro sobre la camisa blanca. El escote era demasiado profundo y la puntilla le picaba, pero era lo mejor que le habían podido conseguir. La falda le llegaba por los tobillos, pero tenía un colorido muy bonito. Una de las criadas le había asegurado que le lavarían el vestido, y que lo tendría listo a primera hora de la mañana.

Bajó las escaleras con una sonrisa de oreja a oreja, pero cuando llegó al comedor, Ian ya no estaba. Su padre miraba absorto el vaso que sostenía, estaba lleno. Ni la oyó ni la presintió, por ese motivo se quedó parada en el umbral durante unos instantes. El rostro de su padre parecía preocupado. Hacía mucho tiempo que no veía su ceño arrugado, ni ese rictus severo en la comisura de sus labios. Bajó la cabeza y deseó marcharse. Ignoraba dónde estaba Ian porque no había subido a la habitación que iban a compartir. Ella había ordenado a las criadas que preparasen otro baño para su esposo, y confiaba que el agua no se enfriase para él.

—Papá...

Justin alzó el rostro y miró a su hija. Si ataviada con el otro vestido parecía una sirvienta, con este parecía una mendiga, pero al menos no estaba arrugado.

—Han traído bizcocho de almendras, ¿te apetece?

Mary negó y dio un paso hacia el interior del comedor. Tomó asiento frente a su padre que seguía en la misma postura de la cena.

—Pero aceptaría un poco de hidromiel —Justin le sirvió a su hija un trago corto—. ¿Sabe dónde se encuentra Ian?

—Estará asegurándose de que Cabrón está bien.

El nombre del caballo de Marina se llamaba Carbón por su negro pelaje, pero todos se empeñaban en llamarlo Cabrón alegando que el animal solo respondía a ese nombre.

—Le veo preocupado —se atrevió a decir.

Justin miró a su hija sin un parpadeo.

—No quiero dejarte en Escocia, no regresaría tranquilo a Crimson Hill.

—¡Pero yo estoy bien!

Justin crujió los dientes.

—Te han secuestrado, ¿y te atreves a decirme que estás bien?

Mary se sonrojó violentamente.

—Fue por un malentendido, ya se lo mencioné —le recordó.

Justin se tomó de un sorbo el licor, y después dejó el vaso sobre la mesa. El trozo de bizcocho seguía intacto.

—¿Eres feliz, Mary? ¿Ian te trata con el honor y el respeto que mereces?

Mary sintió aprensión porque advirtió en las preguntas de su padre una doble intención, como si sospechara que Ian la evitaba íntimamente.

—Claro que soy feliz —la voz le había temblado, y el duque la miró con ojos de águila.

Padre e hija se sostuvieron la mirada durante unos minutos.

—Hacía tantos años que no visitaba Ruthvencastle, que me había olvidado de lo lejos que está de todo —murmuró el duque casi para sí mismo.

—Será duro, pero me acostumbraré —respondió la hija.

Esas palabras lo golpearon. Mary no tenía que acostumbrarse a nada malo porque él no pensaba permitirlo.

—Le he dicho a Ian que podéis vivir en Crimson Hill.

Mary se sintió enternecida.

—Pero no podemos dejar solos a su padre y a su madre porque no sería correcto, ahora nos necesitan más que nunca —aclaró la muchacha.

Justin tensó el mentón y desvió la mirada. Era la misma razón que le había mencionado Ian.

—Voy a hablar con Marina para que acepte mi invitación de vivir en Crimson Hill hasta que Brandon se recupere del todo.

—Le prohíbo que haga tal cosa —Mary se puso seria.

Justin la miró severo.

—Ni puedes cuestionar mis decisiones ni puedes prohibirme que las ejecute.

La corrección de su padre la sonrojó, y para superar ese momento incómodo, Mary se sirvió una ración generosa de hidromiel.

—No era mi intención molestarlo —se excusó.

—Pues controla tus palabras —le replicó—, y la sed —Justin hacía referencia al generoso vaso de hidromiel que su hija se estaba bebiendo.

Mary desvió la vista hacia el hogar encendido. Las lenguas de fuego amarillas lamían los troncos de madera ennegrecidos.

—Ian y yo hemos resuelto el asunto de las deudas con los Duncan y los McQueen de forma admirable.

Justin se encontró entrecerrando los ojos.

—¿Con qué libras? —preguntó en voz baja.

—Con la herencia que le dejó el conde de Zambra a mi esposo, más el dinero que nos dejó el abuelo Devlin antes de morir —le explico serena.

—¿Habéis podido liquidar la deuda por completo?

Mary hizo un gesto negativo, y soltó un suspiro de gran pesar.

—Solo la deuda de los Duncan, la de los McQueen la hemos arreglado con un acuerdo de compromiso futuro.

Justin al escuchar a su hija casi salta del asiento.

—¿Has comprometido a una hija que no ha nacido todavía? —Justin se sorprendió de pronto—. ¿Estás encinta? —lo preguntó aterrado.

Mary no quería mentir, pero tampoco pretendía dejar en mal lugar a Ian.

—Mi esposo y yo hemos hecho lo mismo que hicieron usted y Brandon con nosotros —ante esa verdad, Justin no pudo objetar nada—. Los acuerdos matrimoniales liquidan deudas, y recuperan herencias, ¿verdad?

Mary lo dejó caer porque pretendía que su padre no insistiera en que regresaran a Crimson Hill.

—Tu futura hija, mi nieta, llevará una corona.

—¿Cómo la llevo yo? —ese era un reproche en toda regla.

Justin habló con pesar.

—Tu acuerdo matrimonial se firmó antes de que yo pudiera objetar nada —le explicó—. Y bien sabe Dios que me habría gustado que llevaras una corona sobre la cabeza y no un tartán sobre los hombros.

Mary bajó los ojos porque sabía lo que su padre sufría por ella.

—Ian y yo hemos podido lograr un acuerdo muy beneficioso —informó orgullosa—: criar al

futuro novio en Ruthvencastle bajo nuestro cuidado y supervisión, y la ruptura del acuerdo matrimonial si alguno de los dos prometidos lo desea y lo solicita.

Esa era una concesión muy importante se dijo el duque.

—¿Y la devolución de la deuda?

—Sin los intereses que genere el transcurrir del tiempo. —Justin tenía que admitir que era un acuerdo muy ventajoso—. Podemos reunir el dinero para pagar la deuda sin temer una ruina inmediata —concluyó ella.

—¡Mi primera nieta casada con un escocés! —Justin no quería ni imaginarlo.

—Yo estoy casada con un escocés, y me siento muy afortunada.

Justin sondeó el rostro de su hija, y cuando vio su determinación, supo que Mary no pensaba regresar a Inglaterra.

—Creo que he perdido esta batalla de que todos vivamos felices en Crimson Hill —admitió decepcionado.

Su hija sonrió ufana.

—Mi primogénita será jefa del clan McGiver —le soltó como si le confesará un primoroso secreto.

Mary volvió a llenarse el vaso con hidromiel. Estaba riquísima.

—¿Qué dices, Mary? —el duque se mostraba estupefacto—. ¿Una mujer liderando un clan?

—Morgana desea que mi esposo sea el laird de los McGiver, pero no puede serlo porque Ian lo será de los McGregor, y por eso he decidido que nuestra futura hija será la jefa del clan McGiver.

Justin pensó que el baño caliente no le había sentado bien a su hija, tampoco el hidromiel que tomaba.

—Dudo que Morgana lo permita —respondió seco—, incluso el propio Ian.

Mary soltó un suspiro largo.

—Aquí en Escocia las mujeres tienen poder...

Justin la cortó.

—El poder deben de ejercerlo los hombres —Mary se molestó por esa aclaración paternal—. Y deja de beber hidromiel pues vas a emborracharte —la mujer dejó el vaso sobre la mesa obedeciendo a su padre, aunque había apurado el contenido—. Te repito que el poder lo ejercen los hombres, no las mujeres.

—En Inglaterra y en el resto del mundo —concedió ella—, pero aquí, una mujer opina, decide, y puede actuar al respecto en beneficio del clan.

Mary recordaba perfectamente que tanto Ian como Cuddle habían esperado su respuesta y su firma en el acuerdo matrimonial. En Inglaterra eso sería impensable. Justin cerró los ojos porque la conversación que mantenía con su hija no le gustaba en absoluto. Si había algo que caracterizara a Mary, era su enorme pasión al emprender un nuevo proyecto.

—¿Por ese motivo rechazas regresar a Inglaterra como me gustaría?

Mary volvió a sonreír.

—Escocia me ofrece un sin fin de nuevas oportunidades.

Eso era lo que temía el duque.

—Escocia te ofrece tiempos muy duros, y te recuerdo que no estás acostumbrada a las penurias ni a los problemas.

Esa era una gran verdad se dijo ella que retomó su vaso y lo llenó con más hidromiel. Justin la censuró con la mirada. Mary era su hija, pero estaba casada, y su esposo no estaba presente para reprenderla por sus decisiones y esa ligereza al tomar alcohol.

—Pero es lo que he decidido —afirmó tajante.

Justin veía a su primogénita irreconocible.

—¿No puedo convencerte? —Mary hizo un gesto negativo—. Deja de beber —le ordenó.

—Entienda mi posición —le pidió a su padre, y le obedeció pues dejó el vaso sobre la madera.

—Entiendo, aunque no la comparto... —Justin se quedó pensativo durante un momento—, porque de vivir en Crimson Hill podrías disfrutar de bailes, reuniones, fiestas. De una vivienda con todas las comodidades, y un largo etc.

—Pero allí no podría preparar a mis hijas para liderar un clan.

Justin sentía deseos de llevarse las manos a la cabeza.

—¡Válgame Dios, Mary! ¿Cuántas hijas piensas tener?

Mary sonrió otra vez de oreja a oreja.

—¿Cuántos clanes tiene Escocia? —preguntó con ojos brillantes.

Justin llenó el vaso con whiskey y se lo bebió de un trago. Mary entonces cortó un trozo de bizcocho y se lo llevó a la boca, lo masticó sin dejar de sonreír.

## CAPÍTULO 33

Cuando Ian se metió en el lecho junto a su esposa, era bien entrada la madrugada, y al abrazar el cuerpo caliente, le llegó un aroma a hidromiel bastante significativo. Ignoraba que Mary había estado bebiendo con su padre: ella celebrando en secreto sus planes futuros, y Justin tratando de olvidar la conversación sobre los nietos que llegarían más pronto de lo planeado.

Al sentir el peso tras ella, Mary se despertó. Se giró sonriente hacia él y le dio un beso en la boca.

—Buenos días —le dijo.

—Todavía no ha amanecido —contestó Ian cerrando los ojos.

Mary se preguntó cómo podía mostrarse tan frío estando ella tan caliente. El fuego en la chimenea crepitaba, el alcohol del hidromiel seguía circulando libre por el interior de sus venas, y le provocaba cosquillas en el vientre. Mary se corrigió, no era el alcohol sino la mano de Ian que descansaba allí mismo. Y decidió hacer lo propio, con los nudillos le acarició el mentón.

El color de las llamas acentuaba el rubio de su cabello.

—Mi padre y yo hemos brindado por nuestros hijos —le confió cómplice.

—¿Cuánto hidromiel has tomado? —le preguntó sin abrir los ojos.

Ian era plenamente consciente del calor del cuerpo femenino. De lo bien que olía, y de lo suave que era. Le provocaba un placer infinito mantenerla abrazarla.

—Al tercer vaso dejé de contar —confesó divertida.

—Mañana te dolerá la cabeza.

Mary hipó y sonrió.

—He dejado a mi padre en jaque —informó tratando de parecer seria.

Ian abrió por fin los ojos, y fue su perdición. Mary estaba guapísima, y eso que la habitación estaba a oscuras salvo por las ascuas encendidas de la chimenea. El cabello de ella parecía fuego sobre su rostro.

—Es muy difícil dejar al duque en jaque —respondió Ian resignado a pasar una mala noche porque Mary tenía ganas de hablar y él de besarla.

—¿Dónde estabas? —le preguntó de pronto—. Bajé al comedor a buscarte.

Ian soltó un suspiro.

—Hablando con el capitán Ronan Kelly —murmuro entre dientes porque ella acababa de darle un beso en la frente—. Y presumo que bajaste a buscar el hidromiel y no a mí —bromeó.

Mary se pegó más a él todavía.

—Me gusta dormir contigo —confesó cerrando los ojos—, y aunque te cueste creerlo bajé por ti —lo corrigió.

Ian tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no apretarla todavía más.

—Sí que es agradable —logró responder.

Mary encajaba perfectamente en sus brazos, y deseó que pronto lo hiciera en su cuerpo. Solo tenía que amarlo, y del resto se encargaría él.

—A mi padre no le ha gustado que hayamos comprometido a nuestra hija con un escocés —susurró mientras le besaba la base del cuello.

Ian deseó que se durmiera de una vez. Si sobria era un verdadero peligro para su salud mental, ebria era un volcán a punto de erupción: iba calcinarlo por completo.

—En ese asunto no puede opinar —respondió ronco.

Mary seguía tocándolo y besándolo.



—Me gusta como hueles...

Ian tuvo que soltarla y sentarse en la cama pues Mary le había provocado una erección de mil demonios.

—¿Por San Andrés, Mary! ¿No vas a dejarme dormir?

—Quiero que me hagas el amor de una vez —confesó ella sin un ápice de rubor en el rostro.

Ian soltó un suspiro atormentado.

—Ya te expliqué...

Ella lo cortó.

—Que esperarías a que te amara —terminó por él—, pero ya te amo.

El pecho de Ian soltó el aire con brusquedad.

—Estás un poco ebria.

—Sí, pero te amo —afirmó.

—No juegues conmigo, Mary.

Ella terminó sentada también en el lecho.

—Lo que sucede es que tú no sientes nada por mí —replicó a punto del sollozo—, y ese es el verdadero motivo para que no me hagas el amor, y como no me haces el amor, no podré tener esa hija que necesita el clan McQueen, también tu abuela, para que sea jefa del clan McGiver.

Mary había pasado de la alegría a la tristeza a la velocidad del rayo. Ian pensó que las palabras de su esposa no tenían sentido.

—Hablabamos mañana —medió él que comenzó a levantarse porque no podía seguir en el mismo lecho que su mujer sin hacer algo drástico como tumbarla de espaldas sobre el colchón.

Se echó el tartán por los hombros, pero Mary sujetó la tela por una esquina.

—¿Sientes algo por mí, Ian? —le preguntó sin soltarlo.

Lo escuchó suspirar, como si estuviera cansado.

—Prefiero hablar sobre este tema mañana, cuando estés sobria.

Ella seguía sujetándolo.

—Si te vas de la cama me iré contigo.

Mary lo decía en serio, y él terminó por sonreír.

—¿Me acompañarías al establo?

Ella le respondió con otra pregunta.

—¿Te parece más deseable dormir en el establo que conmigo?

Ian terminó por aceptar su derrota.

—Nada me parece más deseable que estar a tu lado.

—¿Y entonces?

—Si me quedo aquí terminaré haciéndote el amor —Mary sonrió de oreja a oreja—, pero estás ebria y no sabes lo que dices, ni eres consciente de lo que haces.

Ahora parpadeó confusa. Estaba un poco alegre, cierto, pero era plenamente consciente de lo que sentía por su esposo.

—Que te ame no depende de mi estado de embriaguez —confesó ofendida.

—Te voy a recordar esas palabras por la mañana, cuando sientas el estómago revuelto y un dolor terrible en la cabeza.

—Te amo —volvió a insistir—, y voy a demostrártelo.

Ian no se esperó que se colgara de su cuello y lo besara en la boca. Por instinto la rodeó por la cintura y le sujetó la barbilla. Su boca sabía dulce, y lo incitaba con la lengua a que la acompañara. Así lo hizo. Mary recibía de Ian lo que había estado buscando: la respuesta a sus sentimientos.

Sin ser conscientes ninguno de los dos, Mary terminó acostada de espaldas y él dándose un festín con su boca. La acarició con audacia, pero no era suficiente porque su esposa había despertado en él un ansia de posesión peligrosa. Le subió el camisón y le acarició las piernas. La escuchó gemir.

Mary se arqueó para facilitarle el acceso a su cuerpo. Ian seguía besándola, y ella le sujetaba el cabello por la nuca para impedirle que dejara de hacerlo. Con la mano que tenía libre, le acarició un pecho y desató en ella una pasión irrefrenable.

—¡Por Dios, Mary! ¡No voy a poder detenerme! —exclamó pesaroso.

La mujer soltó el cabello de él y le acarició las nalgas bajo el tartán. Ian era puro músculo y a ella le gustaba demasiado tocarlo.

—No quiero que te detengas —la oyó decir al mismo tiempo que le mordía el lóbulo de la oreja.

—Es el hidromiel la que habla por ti, y mañana me pesará haberme mostrado tan débil.

—No hay hidromiel suficiente en Escocia para que hable por mí...

Ian agudizó las caricias. La tocó allí donde más deseaba ella, y se contorsionó por el placer que le daba. La besaba y tocaba como siempre había imaginado, pero el resultado era mucho más intenso de lo esperado. Ian realizaba el mismo gesto con su lengua en su boca, que con sus dedos en sus partes íntimas. Y Mary sintió que iba a estallar de un momento a otro.

Apenas podía respirar, pero antes moriría que dejar de sentir todos esos escalofríos placenteros que subían desde su vientre hasta su pecho.

—Creo que me voy a morir —susurró ella cuando Ian dejó de besarla para lamerle el pezón que había dejado al descubierto.

—Todavía no...

Cuando toda la boca de él succionó esa parte tan sensible de su cuerpo, Mary creyó que se moriría del placer. Sus dedos creaban magia entres sus piernas, y ella las abrió todavía más porque presentía que llegaba algo extraordinario.

Ian percibió las primeras sacudidas que recorrían a su esposa e intensificó las caricias. Con la lengua trazó círculos sobre el pezón antes de mordisquearlo. Y con el dedo la penetró al mismo tiempo que el orgasmo se desataba en ella. Mary lanzó un gemido agudo mientras se arqueaba e Ian aprovechó para besarla en la boca tan profundo, como profundo la acariciaba internamente.

Tras unos segundos que a ella le parecieron puro milagro, su cuerpo se relajó. Mary podía escuchar la respiración desacompasada de su marido que dejó de acariciarla íntimamente.

Estaba pletórica, feliz.

—Ian... yo... —Mary no pudo continuar.

Tras el potente orgasmo, sintió que el estómago se le revolvía, se llevó la mano a la boca, pero no pudo impedir la arcada: vomitó sobre el lecho parte del hidromiel que había bebido. Ian cerró los ojos durante un segundo, después la ayudó a llegar a la bacinilla.

Mary se pasó el resto de la noche vomitando, y su esposo asistiéndola.

## CAPÍTULO 34

Cuando Mary abrió los ojos, sintió que la cabeza le estallaba. La luz le provocó un latigazo agudo, y tuvo que cerrarlos para contener el suplicio. Lanzó un gemido agudo porque le dolía el estómago.

¡Todo era culpa del hidromiel!

Se reincorporó quejándose.

—Te dije que ibas a lamentarlo por la mañana —la voz de Ian le llegó entre brumas. Se giró hacia la ventana y lo vio plantado frente a ella.

Fue mirarlo y enrojecer de la cabeza a los pies. Había tenido un sueño muy perturbador donde Ian le hacía el amor y la llevaba a un lugar hermoso del que no quería regresar.

—Solo tomé un poco de hidromiel —contestó avergonzada.

Ian caminó unos pasos. Mary le había dado la peor noche de su vida, y parecía que ella no lo recordaba.

—Tómame esto y sentirás alivio.

—¿Qué es? —preguntó al mismo tiempo que extendía el brazo para tomar la taza.

El líquido estaba caliente.

—Un té de cortezas de sauco, te aliviará.

Mary se sentó en el lecho y dejó los pies colgando. La habitación estaba caliente a pesar de que estaba el fuego apagado. Las sábanas habían sido cambiadas y no quedaban restos de su indisposición por ningún lugar de la estancia. Ian había hecho un trabajo muy bueno porque ella ni se había enterado.

Se tomó la tisana con tragos cortos y suaves.

—No me he sentido tan mal en toda mi vida —confesó cabizbaja.

—Es lo que tiene las celebraciones.

Mary alzó el rostro y lo miró seria.

—¿Has hecho muchas celebraciones? —le preguntó interesada.

Ian sonrió antes de responderle.

—Unas cuantas.

—¿Y te has sentido tan mal como yo?

—Mucho peor.

Mary no podía ni imaginarlo. Ella tenía el estómago revuelto, un terrible dolor de cabeza, y le temblaban las piernas y los brazos.

—Creo que no probaré el hidromiel nunca más —admitió decidida—. Cuando tenga que celebrar algo, beberé agua.

Ian lo creía improbable porque Mary era demasiado apasionada para brindar con agua cualquier celebración, pero él le podría enseñar a beber sin pasarse.

—Ayer mencionaste muchas cosas —le recordó.

Mary lo miró con ojos brillantes de confusión.

—Confío que no fueran tonterías.

Él, había esperado que recordara que le había dicho que lo amaba, pero viendo su rostro cansado y pálido, supo que había esperado un milagro.

—Algunas —admitió él—, pero la más increíble fue cuando confesaste que habías dejado a tu padre en jaque —Ian sonreía como si eso fuera impensable.

—Le cuesta aceptar que su primera nieta sea la jefa del clan McGiver.

Ian soltó el aire al escucharla, y entonces la miró atónito. En el rostro de su mujer se apreciaba la seguridad de lo que había dicho.

—¿Y cuándo has decidido eso? —le costaba contenerse.

Ian era consciente de que Mary era voluntariosa e impulsiva.

—Cuando firmé el acuerdo con Cuddle McQueen.

—Firmamos el acuerdo —la corrigió.

Mary se levantó del lecho y se mareó. Ian corrió presto a ayudarla.

—Pues es una solución ideal —respondió Mary—. Como tú no puedes ser laird de los McGiver, lo será nuestra primogénita.

Se agarró al brazo de su marido. La piel de Ian estaba caliente, y sus ojos no dejaban de mirarla.

—Eso es algo que no podemos decidir tú y yo pues le corresponde a mi abuela Morgana, y ya sabes que es un hueso duro de roer.

Mary había logrado controlar el mareo, y maldijo el hidromiel que le había puesto el cuerpo tan malo. Camino despacio hacia la jofaina. Ian echó un poco de agua en el recipiente y le puso el jabón en la mano.

—Gracias —contestó apoyándose en los bordes.

—Imagino que no querrás desayunar —le sugirió atento.

Pensar en la comida le revolvió el estómago, y eso que siempre solía tener buen apetito.

—Creo que no resistiré el traqueteo del carruaje —confesó contrita.

Mary se inclinó y se lavó la cara con agua. Estaba fría, y la ayudó a despejarse. Ian le sostenía con ternura el lienzo para secarse.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí —le reconoció con verdadero cariño—. Has sido de una gran ayuda.

—Me gusta cuidarte...

Al escucharlo, Mary recordó todo lo que le había hecho antes de vomitar, y le había gustado mucho. Su lengua y sus dedos habían creado verdadera magia sobre su cuerpo, y ahora quería más. Fue recordarlo y enrojecer hasta la raíz del cabello, y por primera vez dio gracias por la caballerosidad de su esposo. Era tan gentil y educado que no le traía a colación el gran ridículo que había hecho la noche anterior proclamando a los cuatro vientos que lo amaba, sobre todo cuando él sentía algo muy diferente por ella, porque estaba claro como el agua que ningún hombre se habría resistido a tomarla estando tan dispuesta a ello.

Si Ian la amara, le habría hecho el amor.

En sus brazos había disfrutado como nunca, menos mal que su cuerpo se rebeló momentos después y no antes de llegar al orgasmo. Mary se prometió que iba a enamorarlo, seducirlo, embaucarlo, para recibir mucho más. Si él pretendía que se comprometiera emocionalmente para hacerle el amor, ella ya no se conformaría con menos.

—Estás muy pensativa.

Nada escapaba a su mirada inteligente.

—Estoy indispuesta —murmuró sin mirarlo.

Ian se giró para traerle la bata.

—Tu padre espera que partamos antes de una hora, ¿podrás apañártelas?

—¿Te marchas? —lo había preguntado como si temiera quedarse sola.

—Quiero ayudar con las monturas antes de emprender el viaje —contestó después de alcanzarle la bata de terciopelo rojo.

—Gracias de nuevo, Ian...

Cuando salió al corredor, Ian se apoyó en la dura pared. Había deseado con toda su alma que Mary recordara las palabras dulces y deseadas que había pronunciado la noche anterior, pero él sabía muy bien lo que el alcohol solía hacer en la voluntad de las personas: exaltaba los sentidos, y anulaba el sentido de la responsabilidad.

Mary le había dicho que lo amaba, pero estaba bajo los efectos del hidromiel y por eso él no podía dar validez a lo que había escuchado.

Ella ni se podía imaginar lo que le había costado contenerse. La promesa que le había arrancado su madre de esperar a que su esposa estuviera preparada, le pesaba sobre los hombros como una rueda de molino.

Marina lo había convencido de que Mary vendría a él cuando estuviese emocionalmente comprometida. Si él se mostraba paciente, cariñoso, y comprensivo, ella lo amaría con toda su alma, y entonces estaría preparada de mente y de corazón para emprender una vida en común, porque de lo contrario, la vida en Ruthvencastle podría ser muy desgraciada para ambos.

Ian había visto con sus propios ojos cuánta verdad escondían las palabras de su madre, porque si ella no estuviera profundamente enamorada de su padre, no habría resistido vivir en Escocia y se habría marchado. Por esa razón le había jurado que esperaría a que Mary lo amara.

Pero la espera se le estaba haciendo insoportable.

## CAPÍTULO 35

Cuando la duquesa de Arun vio a su hija descender del carruaje, se tapó la boca con la mano para contener una maldición típica en ella. Mary no se parecía en nada a la preciosa y educada muchacha que se había marchado de Crimson Hill a Escocia meses atrás.

Marina por el contrario la encontró adorable. Su nuera llevaba el cabello suelto y desgreñado, vestía como una muchacha de mesón, pero los ojos le brillaban cada vez que miraba a Ian.

¡Estaba enamorada! ¿Podía una suegra pedir más para su hijo? Sentía una felicidad auténtica de verlos sanos y salvos, pero tras un momento, su corazón volvió a encogerse por el dolor. Había tantas cosas que Ian ignoraba. Se preguntó si el duque le habría contado que su padre había despertado, pero que no recordaba nada, y por ese cambio de circunstancias, ella seguía sin saber dónde se encontraba Serena.

Las doncellas se apresuraron a habilitar la zona de invitados que acogerían al capitán Ronan Kelly y al resto de soldados.

—Prepararemos el viaje de regreso a Inglaterra —anunció el capitán.

El duque dio un paso hacia él.

—Prefiero que esperen un par de días, así podremos regresar juntos. Estarán bien atendidos en Ruthvencastle —el duque lo había dicho como una sugerencia, pero era una orden disfrazada.

Ronan Kelly hizo un gesto afirmativo, segundos después salió del salón del castillo acompañado del resto de sus hombres. Los precedía el mayordomo.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó Ian nada más saludar a su madre con un beso—. Tengo muchos asuntos que contarle.

Marina miró a Justin Penword con un interrogante en los ojos. El duque le hizo un gesto negativo con la cabeza. La mujer entendió que no le había revelado a su muchacho que Brandon no recordaba nada.

—Despertó —anunció Marina—, pero apenas sale de la biblioteca.

Los ojos de Ian la miraron inquisidores, pero su madre guardó silencio. ¿Por qué motivo no había salido su padre a recibirlos? ¿Seguiría enfadado con él? ¿Con todos?

—Iré a verlo —afirmó al mismo tiempo que deshacía el abrazo.

—Ian... —Marina calló un momento porque no sabía cómo decirle a lo que iba a enfrentarse.

Dudó, se acobardó, y decidió finalmente no decir nada. Ian ya caminaba hacia la biblioteca.

—Confío que mi suegro no se tome a mal las decisiones que Ian y yo tomamos en nombre del clan —susurró Mary.

La duquesa de Arun miró a su hija sin un parpadeo.

—Miedo me da preguntar qué decisiones han sido esas —lady Penword tenía muy claro el carácter irascible de Brandon McGregor.

No había un escocés más temerario que él.

—Una de ellas es que nuestra nieta será la jefa del clan McGiver, entre otras decisiones —anunció el padre de pronto.

Nada había preparado a Aurora para recibir una noticia así.

—¡Mary! ¿Estás encinta? —la madre no sabía por qué emoción decidirse, si por la sorpresa o por la alegría.

La muchacha volvió a enrojecer. Desde la noche anterior pasaba de una vergüenza a otra, y era mérito exclusivo suyo.

—Todavía es pronto —casi balbuceó.

Antes tragaría brea que confesar a sus padres que seguía siendo virgen. Y entonces Marina actuó como lo haría una suegra encantada con una noticia así: la abrazó con verdadero cariño.

—¡Ian debe de estar loco de alegría!

Marina pensó que era una noticia en verdad extraordinaria, y quizás cuando Brandon la recibiera, le podría ayudar a recuperar la memoria. Se sentía muy emocionada. ¡Un bebé en Ruthvencastle!, pensó al borde del llanto.

Mary no sabía cómo iba a salir del embrollo que ella sola había creado. Por no decir una mentira, había enredado el asunto todavía más, y culpó a Ian de su desventura, porque si él no hubiera desatendido sus deberes conyugales, ella podría estar gestando ya a su primera hija.

Optó por guardar un silencio precavido sobre el asunto.

—¿Os marcháis tan pronto a Inglaterra? —creyó que cambiando de conversación a su madre se le olvidaría su supuesto embarazo.

—No pienso irme de Ruthvencastle hasta el nacimiento —afirmó lady Penword tan decidida como emocionada.

Mary la miró con el horror dibujado en el rostro. Podrían pasar meses incluso años antes de que Ian le hiciera el amor y la dejara encinta. Comenzó a sudar por la congoja que comenzó a sentir.

—Mis hermanos deben de estar con su madre —la respuesta de Mary hizo que Justin la mirara admirado—. No es justo para ellos que esté aquí en lugar de allí.

El padre pensaba igual. Su hija se encontraba bien. Estaba claro como el agua que Ian bebía los vientos por ella, que Brandon había despertado de su inconsciencia, y se había recuperado de la herida de bala, aunque de momento no recordara nada. Todos esos motivos convergían para que se marcharan, no podían seguir más tiempo en Ruthvencastle porque él tenía asuntos que había pospuesto en Crimson Hill para poder hacer el viaje a Escocia, y ya no podía demorarlos mucho más. Estaba convencido de que su hija deseaba quedarse, y tanto Aurora como él debían respetar su decisión, además, por nada del mundo iba a permitir que su esposa se mantuviera lejos de él un segundo más de lo aceptable.

—Debemos regresar a Crimson Hill —afirmó el duque.

—Pero Justin, Mary me necesita.

—Yo la cuidaré por vosotros —se ofreció Marina llena de amor—. Voy a ser la abuela más insoportable de toda la cristiandad.

Aurora tensó la espalda e irguió la barbilla. Mary era su hija, e iba a darle un nieto, pero iba a ser otra madre la que se ocupara de ella. No se lo tomó muy bien, aunque quería a Marina, y admitió con cierto pesar que su ofrecimiento la había puesto celosa.

—Vendremos pronto a verla —medió Justin porque la veía inconforme.

—No es suficiente —susurró casi para ella misma, pero su marido la había escuchado.

Justin no quería verla triste, pero ambos tenían obligaciones que ya no podían posponer, como el cuidado del resto de sus hijos.

—Es ley de vida, cariño —el duque le pasó el brazo por los hombros para consolarla.

Mary apretó los labios arrepentida, para nada esperaba ver que su madre abatida con una noticia que no era cierta. Sintió la tentación de confesar la verdad, pero le faltó valor.

—Querida lady Penword —dijo Marina con tono serio—. Ruthvencastle no está tan lejos de vuestro hogar en Inglaterra —a la duquesa no la consolaron esas palabras—. Imaginemos por un momento que Mary estuviera casada con un noble español, quizás de Sevilla o de Córdoba.

Aurora se dijo que, si se hubiera dado esa circunstancia, entonces no la podría ver en meses o incluso años, pero eso era un mal consuelo.

—¿Qué dice Ian sobre tu embarazo? —le preguntó la madre a la hija.

Aurora no sabía si estaba preparada para ser abuela... rectificó, no estaba preparada para dejar a su hija en un lugar tan alejado de ella.

Mary decidió atajar por la calle de en medio.

—Me he pasado la noche vomitando y estoy deseando darme un baño antes de la cena —fue terminar de decir la frase y darse la vuelta con prisa.

Tras la salida abrupta de Mary, el salón se quedó en silencio.

—Ya comenzamos con los cambios de humor —dijo el padre soltando un suspiro—. En estos momentos no envidio a Ian en absoluto.

Aurora seguía de pie observando la puerta por donde había desaparecido su hija sin volver la vista atrás.

—¡Por eso está tan guapa! —Marina seguía dirigiendo la sorprendente noticia.

—¿No podemos esperar un poco más? —insistió la duquesa—. Hasta que Brandon recupere la memoria.

Justin optó por sentarse, Marina lo imitó.

—Llevas veinte años preparándote para la marcha de Mary —le recordó el esposo—. Ya has visto que los muchachos se quieren, que van a cuidarse el uno al otro, y nosotros estaremos siempre pendientes de ellos para ayudarlos.

Aurora rompió a llorar de pronto. Se había llevado un susto de muerte cuando Marina les comunicó que habían raptado a Mary. Ahora se llevaba la sorpresa de su vida porque estaba embarazada. Quería reír, maldecir, y a la vez abrazarla muy fuerte.

Era su niña, y tenía que dejarla.

—Vamos Dawn —la animó Justin—. Nos hemos preparado para esto.

Aurora finalmente se dirigió al otro sillón y tomó asiento, pero no pudo decir nada más porque Emy traía una bandeja con té y pastelitos.

—Ninguna madre está preparada para que su niñita la deje —murmuró pensativa.

Tanto Marina como Justin decidieron mantenerse en silencio.

Ian había tardado un tiempo en decidirse a tocar la puerta. La última conversación que mantuvo con su padre había sido un despropósito de gritos y de recriminaciones. Deseaba inquirir sobre su estado de salud, pero sobre todo quería que le informara del lugar donde había recluso a su hermana Serena, aunque no para ir a buscarla porque antes debían resolver algunos asuntos con los Duncan.

Ian temía y ansiaba el momento del reencuentro con su padre. Por un lado, le inquietaba que se mantuviera en esa postura intransigente, y por otro anhelaba que el accidente le hubiera hecho replantearse la situación familiar. Ahora podía contar con él para solventar los problemas del clan. Juntos podían resolver cualquier situación por onerosa que fuera. Ian deseaba con toda su alma que su padre hubiera cambiado, y por eso golpeó la puerta de la biblioteca con decisión, esperó unos segundos, pero no obtuvo respuesta. Lo intentó de nuevo, pero en esta ocasión más fuerte. Como solo obtenía silencio, decidió empujar la gruesa hoja de madera.

—Disculpe que lo moleste...

Brandon se encontraba de pie mirando a través de los cristales de la amplia ventana. Se giró muy despacio porque le costaba mantener el equilibrio. Cuando quedó frente a él, clavó sus ojos verdes en otros iguales a los suyos.

—Madre me dijo que lo encontraría aquí —el hombre seguía en silencio, lo observaba como



si lo viera por primera vez—. Me alegro de verlo recuperado.

—¿Quién... quién eres? —la pregunta no se la hacía un padre sino un completo desconocido. Ian por nada del mundo esperaba esa pregunta.

—¿Me pregunta quién soy? —preguntó anonadado.

—No... no te conozco —había dado un paso hacia él, pero Ian se detuvo.

El hombre que lo observaba con cautela no lo reconocía.

—Soy Ian... —no pudo continuar porque sentía un nudo en la garganta.

—No sé quién... quién eres, tam... tampoco poco me importa, y ahora, déjame... solo.

Brandon se giró de nuevo hacia la ventana ignorándolo por completo.

Si en ese momento alguien hubiera cortado Ian con un cuchillo, no le habría salido ni una gota de sangre de la herida. Estaba paralizado por la sorpresa de que su padre no lo reconociera. ¿Qué le había sucedido? ¿Lo sabía el duque de Arun? ¿Por qué motivo nadie le había dicho nada?

## CAPÍTULO 36

Ian buscó a su madre como loco cuando Brandon lo despidió de la biblioteca. Le resultaba cuanto menos sospechoso e hiriente que Marina no le hubiera informado de la desmemoria del laird de Ruthvencastle. Bajó por las escaleras tan rápido que tropezó en el último escalón y a punto estuvo de caer al suelo, pero no detuvo su carrera hacia el salón de costura, sin embargo, no la encontró allí, y por eso dirigió sus pasos hacia la cocina. Cuando cruzó la puerta, un aroma de su niñez le penetró por las fosas nasales provocándole una sacudida de añoranza. Recordaba perfectamente cada uno de los desayunos que había compartido con su madre, cuando Marina llegó a su vida.

Estaba inclinada sobre el fogón mirando lo que Emy cocinaba. Tenía una cuchara de madera en la mano y probaba el contenido de la olla.

—Está delicioso —le dijo a la cocinera con una sonrisa.

—¡Madre! —la exclamación de Ian la sobresaltó y se giró hacia él un tanto sorprendida.

—Ian...

Su hijo no pisaba las cocinas desde hacía mucho tiempo.

—Tengo que hablar con usted —la apremió.

Marina sabía lo que su hijo quería preguntarle. Se había mostrado como una cobarde por no decirle que su padre había perdido la memoria, pero esperaba que la sorpresa de ver a Ian lograra que Brandon lo reconociera. A la vista estaba que se había equivocado.

—Emy, yo vigilaré el estofado —le dijo a la cocinera—. Puedes ir preparando la mesa para la cena.

La cocinera asintió y salió de la cocina al mismo tiempo que llamaba a una de las doncellas para que la ayudara.

—¿Te apetece un té mientras conversamos? —le ofreció Marina.

Ian no tenía más ganas que la de conocer verdades, pero asintió. La vio poner un cazo al fuego, preparar dos tazas, y colocar en un plato pequeño unas empanadas rellenas. Cuando vertió el líquido hirviendo en las dos tazas, se apresuró a sentarse. Parecía que no había pasado el tiempo y que seguían siendo una madre y un hijo compartiendo un momento de solaz antes de la cena.

—¿Por qué no me lo dijo? —la taza tembló en la mano de Marina al escuchar la pregunta.

Marina soltó un suspiro largo y pesado.

—Porque tenía la secreta esperanza de que Brandon recuperara la memoria nada más verte, y me entristece que no haya sido así.

Ian tomó la taza que su madre la ofrecía y la dejó sobre la madera de la mesa.

—¿Qué dice el médico?

Marina había mantenido largas y penosas conversaciones con el doctor McLean, y ninguna la había tranquilizado.

—Su conclusión es que el estado actual de tu padre puede ser momentáneo o volverse irreversible.

Ian no pudo contener un suspiro de espanto.

—¿Irreversible? —repitió con voz estrangulada.

Marina bebió un trago largo de su té, e inmediatamente después le dio un bocado a una empanadilla. Actuaba como si la información que acababa de soltar fuera intrascendente.

—Pero eso significa... eso significa —el hijo no pudo continuar.

—Es una desgracia, Ian, pero tu padre está vivo.

—¡Pero no sabe quién es! —estaba a punto de maldecir—. ¡Ni quienes somos nosotros! ¿Cómo vamos a recuperar a Serena si no recuerda dónde la recluyó?

Marina había pensado en todo eso y mucho más.

—Tu padre es el más irascible, huraño, y pasional de todos los hombres que he conocido, pero amaba a tu hermana, y ahora sé con total seguridad que tu hermana Serena estará bien protegida y cuidada —Marina calló un momento antes de continuar—. Rezo cada día para que regrese a nosotros, para que tu padre recupere la memoria, para que Mary y tú tengáis una dicha completa...

Ian la cortó.

—¡Madre! —tomó las manos femeninas entre las suyas.

Nadie sufría más que Marina, y admiraba su integridad, su aplomo, y la esperanza que alimentaba a diario para no dejarse abatir por el desánimo.

—Mi Dios me pide paciencia, y a ella me someto cada día.

Ian admiraba la fe que demostraba su madre porque era un refugio para las adversidades.

—¿Qué dice el médico que podemos hacer para que padre recupere la memoria? ¿Tiene que existir algo!

Ian no podía aceptar que su padre los mirara cada día como a extraños.

—Fe y oración, querido Ian, es lo único que nos queda.

Se levantó de golpe porque no podía seguir sentado un minuto más. Su madre había sufrido un cambio que lo dejaba atónito: se resignaba. La Marina del pasado ya no existía, e Ian maldijo Ruthvencastle porque la había reducido a eso.

—No pienso resignarme como usted.

Marina al escucharlo apretó los labios.

—Pues debes hacerlo —lo corrigió severa—, y todavía más ahora que vas a ser padre.

Ian dio un paso atrás estupefacto.

—¿Qué dice, madre? —apenas le salía la voz.

—Esta noche celebraremos la buena nueva del embarazo de Mary antes de que sus padres se marchen a Crimson Hill.

—¿El embarazo de Mary? —estaba sobrepasado.

Si Marina no estuviera tan pendiente de sus pensamientos, habría visto la mirada confusa de su hijo, y la tensión que se apoderaba de su recio cuerpo.

—Tenemos que cuidarla —dijo la mujer en voz baja—. Nos dijo que estuvo vomitando toda la noche, y rezo para que no sea algo habitual en los meses que le quedan de embarazo.

—Mary no está encinta —informó Ian que ya había recuperado el control sobre sus emociones.

Marina lo miró parpadeando.

—¡Claro que sí! Ella misma nos lo confesó esta tarde.

Ian se hacía innumerables preguntas, pero, una, sobre todo, le provocaba aspereza. ¿Por qué Mary había mentado sobre algo tan serio? Cerró los ojos porque se le abrían demasiados frentes: la desmemoria de su padre, la resignación de su madre, la desaparición de su hermana, la mentira de Mary... sintió tal ahogo que pensó seriamente en salir a cabalgar por el bosque para perderse durante unas horas, pero no podía hacerlo. Tenía que hablar con Mary e inquirir sobre su infundio. Tenía que atender a sus suegros antes de que se marcharan, y tenía que enfrentar a un padre que no lo recordaba.

—Mary no está encinta —insistió.

Marina lo miró con censura.

—Deja de decir eso porque Dios puede castigarte y que se malogre el embarazo.

El hijo terminó por suspirar resignado. No volvería a proclamar la verdad hasta que hablara con Mary y le diera la oportunidad de explicarse sobre lo anunciado.

—Tengo que confesarle algo —dijo de pronto Ian.

Marina sonrió tímidamente creyendo que Ian aceptaba su futura paternidad con la serenidad que lo caracterizaba. Le había extrañado mucho que negara que Mary estuviera encinta, aunque se alegraba de que al fin lo hubiera admitido. Un hijo era una dicha enorme. El comienzo de algo hermoso.

—Deshice en nombre de mi padre el compromiso entre mi hermana Serena y Ewan Alisdair Duncan.

Marina sintió un poco de confusión al principio, pero cuando la información ofrecida caló en su cerebro, se encontró tensando la espalda y apretando los labios.

—El compromiso de Serena con Ewan fue deseo expreso de mi padre, y tengo la firme voluntad de honrar su palabra.

Ian se temía algo así, pero debía explicarle todo a su madre, y lo hizo con mucha calma, mostrando sosiego en el rostro y suavidad en las palabras. Le habló de la deuda saldada gracias a la generosa herencia recibida por el conde de Zambra y por el fallecido duque de Arun. Le explicó que el compromiso nunca fue válido porque no había sido autorizado por el laird de Ruthvencastle. También la instruyó sobre los acuerdos entre clanes, y lo hizo con infinita paciencia, a su vez le informó que había tenido que aceptar una nueva negociación con Angus Duncan.

—Pero... pero mi padre quería... quería ese compromiso —balbuceó la mujer.

Y nuevamente Ian le mostró lo imposible que sería cumplir el compromiso de Serena con Ewan porque no era válido ni aceptado por el resto de clanes, pero sobre todo por la rama legítima de los Duncan, aunque mostró condescendencia cuando le explicó que el conde de Zambra desconocía todos esos detalles que hacían el acuerdo imposible de llevar a cabo.

—Angus Duncan, laird de Blackcastle, vendrá a nuestro hogar para tratar la cuestión con mi padre, y lo hará en unos días.

Marina se puso las manos en el rostro y cedió al llanto. Ella no había estado con su padre cuando la muerte lo reclamó, y ahora no podría cumplir su última voluntad porque Ian había deshecho el acuerdo previo. El hijo se preocupó de verdad al verla tan afligida. Amorosamente la ayudó a levantarse del taburete donde estaba sentada, y la encerró entre sus brazos.

—Lamento ser el portavoz de tan mala nueva —le dijo al oído.

Marina seguía llorando con desconsuelo.

—Debía cumplir la promesa hecha por mi padre —sollozó.

Ian la besó en la coronilla con mucho cariño. Si había algo que no podía soportar eran las lágrimas de su madre.

—El día que Serena contraiga matrimonio la tendremos muy cerca de nosotros pues las tierras de los Duncan colindan con las nuestras.

Ese detalle no consolaba a Marina que únicamente podía pensar en la voluntad de su padre, y que ella no podría llevar a cabo.

—¡Por favor! —Ian se sentía muy mal, el desconsuelo de su madre lo abatía hasta un punto inconcebible—. ¡Perdóneme, pero hice lo correcto! —le suplicó sincero—. No había más opción ni salida.

La llegada de Emy de nuevo a la cocina le hizo lanzar un suspiro de alivio al ver que el ánimo de su madre se recomponía. Si algo caracterizaba el carácter de Marina, era que no permitía que

nadie contemplara su desgracia. La madre se secó el llanto de los ojos y se separó de los brazos protectores de su hijo.

—¿Puedo ayudarla, milady? —se ofreció la cocinera turbada.

Últimamente la señora recibía malas nuevas que la sumían en una constante angustia emocional, pero Marina hizo algo sorprendente, mostró una sonrisa, aunque tenía los ojos todavía impregnados en lágrimas.

—¡Nuestro Ian va a ser padre!

Marina pensó que era una noticia tan buena que podría justificar el llanto y el abrazo entre ellos.

Emy se emocionó de verdad y rompió también en llanto.

—¡Qué noticia tan maravillosa! —exclamó la mujer perdida en lágrimas.

Ian maldijo a Mary y su mentira.

—Si las dos seguís llorando sin parar voy a terminar ahogado —dijo a punto de perder la paciencia, pero no con ellas sino con el caos que había creado la mentira de su esposa.

—Tengo que darme prisa y preparar una tarta —dijo la cocinera con apremio, Emy ya no prestó atención al rostro de Ian ni al llanto de la madre—. Es una noticia para celebrar. ¿Cuánto hace que no celebramos nada en Ruthvencastle? —lo dijo para sí misma, y después se puso a tararear realmente feliz.

Ian optó por marcharse y dejar a las dos mujeres a solas. Su madre necesitaba tiempo para asimilar los cambios que había tenido que hacer por la incapacidad de su padre, aunque quedaban mucho otros sin resolver. Él, jamás habría podido imaginar el caos y desastre que existía tanto en la economía familiar como en las relaciones sociales con los otros clanes.

Se dirigió directamente hacia las estancias que compartía con Mary, pero su suegra lo interceptó a medio camino para preguntarle por Marina. La duquesa de Arun tenía los ojos enrojecidos por el llanto, y él ya no sabía cómo actuar o qué decir al respecto. Su esposa tenía que darle una explicación, y confiaba que fuera buena.

## CAPÍTULO 37

Lo último que esperaba Ian cuando entró a la alcoba que compartía con Mary, era encontrarse a esposa completamente abatida. Se había dado un baño, se había vestido con uno de sus mejores vestidos, pero estaba hecha un ovillo en medio del lecho mirando un punto indeterminado de la estancia. Su actitud lo preocupó de veras.

Mary, cuando lo sintió llegar, giro el rostro para mirarlo, y después de hacerlo, su semblante mostró la pesadumbre que sentía. Había estado meditando durante horas en lo que sentía y lo que debía hacer.

Ian se quedó de pie en el centro de la alcoba observándola. Casi se le había agotado la paciencia ante el llanto femenino de su suegra y de su madre, por eso le quedaba lo justo para enfrentar a Mary si acaso ésta cedía al llanto también, pero le dio el tiempo necesario para que templara el ánimo y comenzara a responder a todas las preguntas que tenía que hacerle, aunque no hizo falta que le formulara ninguna porque ella misma comenzó a explicarse.

Mary se sentó en el lecho y lo miró con desconsuelo.

—He cometido una terrible imprudencia —comenzó a decir.

Ian cruzó los brazos al pecho y se mantuvo en silencio esperando.

—He colaborado en crear una mentira —él, esperó que continuara—, pero solo tú eres el culpable —ahora entrecerró los ojos suspicaz.

Mary era única creando enredos, y acusando a otros de las consecuencias obtenidas por ellos.

—¿Y cómo puedo ser el culpable de algo que desconozco cómo se ha fraguado, y por qué motivo? —su tono era sereno a pesar de las circunstancias.

Mary no sabía hacia dónde mirar. Su esposo mantenía la espalda erguida y el rostro sereno, pero había censura en sus ojos verdes.

—Eres culpable porque me ignoras —lo acusó.

Esa acusación era innecesaria.

—Nunca te he ignorado —respondió neutro.

Mary clavó sus ojos grises en los de su marido, y estuvo a punto de soltar una lágrima. Ian quiso mandarlo todo al diablo, pero se contuvo. Quería escuchar la explicación, aunque mucho se temía que iba a salir mal parado.

—Cuando le dije a mi padre que nuestra hija será la jefa del clan McGiver, supuso que estaba encinta, y me dio vergüenza admitir que no lo estaba, ¿y sabes por qué? —su marido continuaba callado—, por una sencilla razón, Ian: llevamos el suficiente tiempo casados como para que fuera verdad —Mary tomó aire antes de continuar—. ¿Cómo podría explicar a mi padre que sigo siendo virgen?

—A un padre no se le explican intimidades conyugales —le dijo Ian muy serio—. Lo que sucede en el interior de una alcoba, se queda en la alcoba.

Mary lo miró con ojos grandes y brillantes.

—Pero mi padre es un hombre inteligente, me hace preguntas al respecto, y yo... yo no sé mentirle, tampoco lo deseo.

Ian entrecerró los ojos.

—¿Qué clase de preguntas? —inquirió cauto.

Mary tragó saliva.

—Quiere que regrese a Crimson Hill —respondió mirándolo—. ¿Por qué piensas que lo desea?

—¿Qué clase de preguntas? —insistió el otro.

—Si soy feliz, y si me tratas con el honor y el respeto que merezco.

—No le he dado motivos para que piense lo contrario —contestó dolido.

Mary inhaló el aire de forma profunda.

—Mis padres me quieren, y sospechan que nos ocurre algo.

Ian se masajeó el cuello porque lo sentía tirante.

—No nos sucede nada.

—¡Sabes que sí! —exclamó apenada—. Pero yo ignoro cómo arreglar el problema, además tengo miedo.

La voz de Mary sonaba sincera, el esposo la miró con atención.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó dando un paso hacia ella.

Mary desvió los ojos turbada.

—Me da vergüenza decirlo, y temor de que sea cierto que... —no pudo continuar.

Ella seguía mirando un punto indeterminado de la alcoba.

—¿De qué tienes miedo, Mary? —insistió Ian sin dejar de mirarla.

Había avanzado tanto que sus muslos tocaron el lecho. Mary respiró profundo varias veces, tragó saliva y carraspeó. No quería contestar la pregunta que le hacía su esposo, pero ella había comenzado la conversación y tenía que concluirla. Se armó de valor y lo miró, y al hacerlo, titubeó todavía más.

—Que tus gustos sexuales... —tomó más aire—, vayan en otro derrotero.

—¿Mis gustos sexuales? —Ian no cabía en sí del asombro.

—Ya sabes...

—No, no sé —la cortó.

Mary irguió el torso y clavó sus pupilas en las de él.

—¿Te gustan los hombres, Ian?

Primero parpadeó, después abrió la boca, pero ningún sonido salió por ella, y por último entrecerró los ojos con furia.

—¿Piensas que me gustan los hombres?

—Yo... yo... no sé qué pensar —admitió franca.

—La duda me ofende —Ian había dicho la frase con los dientes apretados.

—¿Qué la duda...? —farfulló sintiéndose insultada—. ¿Y qué puedo pensar cuando toda la vida hemos estado prometidos, y nunca, jamás, has tratado de robarme un beso? —Ian se mantenía en una completa circunspección—. Cada vez que venías a Crimson Hill nunca me mostraste que te interesaba físicamente. Dime, ¿qué podía pensar? —estalló Mary que contenía el llanto a duras penas—. Vi a mi hermano besarse apasionadamente con tu hermana Serena, y entonces sentí que me moría de la pena, ¿y sabes el motivo?, porque mi prometido podía ser el hombre más soso de toda la cristiandad, lo que explicaría tu actitud conmigo... —Mary guardó silencio unos segundos—, o quizás tus gustos sexuales son inequívocamente otros —Ian seguía en silencio—. Dime, Ian, ¿tengo o no tengo motivos para temer?

Durante semanas, y ante el abandono físico con el que Ian la obsequiaba, Mary había comenzado a recordar lo bien que se llevaba su esposo con su hermano Roderick. En cada visita de él a Crimson Hill, ella había quedado relegada a un segundo lugar. Ian y Roderick habían ido de compras. Habían asistido juntos al teatro, a las carreras. Un día los pilló dándose un abrazo en la biblioteca, y Mary se quedó turbada porque ella jamás había recibido una muestra de afecto suyo salvo miradas y silencios.

—Por eso en cada visita tuya trataba de incomodarte. Te provocaba, pero tú actuabas como si

nada te importara —continuó relatando ella—. Me mirabas como se mira a un insecto molesto.

Ian suspiró varias veces para asimilar la sorprendente confesión de Mary. Se mantuvo en la misma postura rígida, y con el rostro muy serio.

—¿Crees que me gustan los hombres? —estaban tan sorprendido que no podía dejar de formular la misma pregunta.

Mary bajó la cabeza avergonzada porque no resistía su mirada.

—Os vi a mi hermano y a ti abrazados en la biblioteca de Crimson Hill.

Ian puso sus manos en sus caderas al mismo tiempo que inspiraba profundo.

—Roderick es el único amigo que tengo —susurró en voz muy baja, pero Mary lo había escuchado—. Nos hemos abrazado muchas veces con afecto genuino, pero no hay nada de malo o sucio en ello.

—Los hombres no se abrazan —protestó ella que seguía sin mirarlo.

—Pues debo de ser una excepción porque he abrazado a mi tío abuelo Devlin. A mi abuelo Álvaro, a mi primo Justin, a mi tío Lorenzo, a mis cuñados pequeños...

Ian hacía referencia a los hermanos de ella, y Mary hizo lo único que podía, disculparse.

—Si estoy equivocada, te pido que me perdones.

Lo escuchó suspirar.

—Ya lo creo que estás equivocada —se defendió.

Mary se enervó.

—Ya te he explicado que tu actitud es la que ha generado esta confusión —Ian caminó hacia la ventana mientras se masajeaba el cuello.

Se quedó unos segundos observando el exterior.

—Mi actitud no tiene nada que ver —la corrigió él—. Desde niña has mostrado un carácter irascible y voluntarioso —la acusó—. Con una imaginación demasiado fértil e imprudente —el esposo ya no se andaba por las ramas—, para una dama que debe mostrar siempre mesura en las palabras y contención en los actos.

—¿Me estás acusando?

Ian se giró de golpe hacia ella. Era única esquivando culpas.

—Dime Mary, en mis visitas a Crimson Hill, ¿alguna vez me mostraste algo más que desdén y burla? —Mary desvió la mirada—, y sin embargo jamás pensé mal de ti.

—¿Qué podías pensar mal de mí?

—Que te gustaban las mujeres, por ejemplo —Mary enrojeció hasta la raíz del cabello—. Tampoco te acusé de furcia cuando te encontré en los brazos del capitán Lope Moreno.

Mary había comenzado a respirar de forma desacompasadas.

—Ya te expliqué el motivo de aquella estupidez —se justificó.

Ian suspiró de forma profunda.

—No me gustan los hombres salvo para mantener con ellos debates intelectuales —le aclaró.

—Entonces me alegro —respondió ella.

—Y ahora tienes que confesar la mentira sobre tu embarazo.

Mary apretó los labios.

—No pienso hacerlo.

Ahora se mesó el espeso cabello rubio porque estaba perdiendo la paciencia.

—¡Basta de mentiras, Mary! —le ordenó tajante—. ¿Cómo vas a explicarles a tus padres y a los míos que tu barriga no aumenta a causa de un embarazo? —Mary inspiró hondo varias veces.

—Diré que he sufrido un aborto —su empecinamiento le provocaba un malestar infinito.

—¿Más mentiras? —le preguntó, un segundo después se burló—. Aunque también puedes



aferrarte al parto de la burra...

Teóricamente, el periodo de gestación de una burra oscilaba entre los trescientos sesenta a trescientos ochenta días. Mary al fin lo miró con ojos grandes y desafiantes.

—Si fuera la esposa de Kyle McQueen, ¿seguiría siendo virgen?

Ian no pudo evitar una sonrisa al escucharla.

—El joven Kyle solo tiene cuatro años —Mary había disparado sin tener un blanco claro y había errado el tiro.

—¿Y si fuera la esposa del padre, de Cuddle McQueen? —ahora sí disparó a matar—, ¿o de Angus Duncan?

Ian entrecerró los ojos y se acercó a la cama. Ella no había variado su postura retadora.

—Tienes que decir la verdad —la apremió él.

—No quiero.

—¿Por qué? —ella apretó los labios y giró el rostro. Ian no sabía qué pensar al respecto—. ¿Por qué te resulta tan difícil admitir la mentira?

La escuchó respirar, pero no podía ver el brillo decidido de sus ojos.

—Porque dejar que nuestra familia piense que estoy encinta es mi forma de coaccionarte a que actúes para que lo esté.

—¿A que actúe? —Ian no se lo ponía nada fácil.

Mary ahora sí lo miró. Tenía el rostro arrebolado, y estrujaba las sábanas entre sus dedos.

—Ya entiendo... —comenzó ella—. Esta es tu forma de cobrarte todos los agravios que piensas que cometí contigo en el pasado.

—No lo pienso, los cometiste—respondió él—. Y ya te he explicado hasta la saciedad el motivo para esperar... —ella lo cortó.

—A dejarme encinta.

—No pongas palabras en mis labios que no he pronunciado —la frenó con voz seria.

Mary reptó hacia el lateral del lecho y puso los pies en el suelo.

—Bueno, tu postura y la mía han quedado inequívocamente claras en este momento —respondió Mary atusándose la falda del vestido azul para alisar las arrugas.

—¿Mi postura y la tuya? —preguntó él.

Mary lo miró de refilón enojada.

—Pareces un loro repitiendo todas y cada una de mis palabras —lo acusó ella.

—Es que me sorprende verte sumar una equivocación tras otra sin que varíes tu forma de comportarte —esas palabras la ofendieron—. Cometes un error y me culpas. Te comportas como una niña pequeña cada vez que te pillan en falta.

—La verdad es que yo quiero una hija y tú no quieres dármele —lo acusó enfadada—, así que tendría que valorar otras opciones, ¿no crees?

Los ojos de Ian mostraron alarma.

—¿Qué opciones? —se atrevió a preguntar.

Mary inspiró profundo y soltó el aire poco a poco. Estaba cansada de ese tira y afloja entre ambos. Era cierto que había cometido algunos errores, pero todos habían sido por amor a su familia, sin embargo, la postura intransigente de Ian la obligaba a tomar resoluciones que días atrás no habría ni valorado siquiera.

—¿Qué opciones? —insistió él.

—La disolución de nuestro matrimonio —explicó ella—, o buscarme un amante que no me encuentre tan niña como tú, y que esté dispuesto a hacerme el amor sin ofrecer tantas excusas.

Su respuesta lo dejó aturdido.

—No lo dices en serio —a Ian casi no le salía la voz de lo estupefacto que estaba.

—Está tan claro como el agua que este matrimonio ha sido un absurdo desde el mismo principio —alegó ella a la defensiva—. Mi abuelo ya no está, y mi padre desea que regrese a Crimson Hill —lo había dicho de forma pensativa—. Quizás sea lo mejor para todos.

No se esperó a escuchar la respuesta de su esposo, Mary se dirigió hacia la puerta del dormitorio y salió por ella hacia el corredor sin volver la vista atrás.

Ian se sintió tan pasmado al escucharla que no pudo reaccionar. Se quedó plantado en el centro de la alcoba sin saber qué huracán lo había azotado y dejado suspendido sobre el vacío.

## CAPÍTULO 38

En el comedor de Ruthvencastle había una celebración, pero Ian y Mary no se sumaron a ella. Los dos evitaban mirarse, y si los padres de ella y la madre de él advirtieron la tensión entre ambos, se abstuvieron de comentarlo. Emy había preparado unos entrantes festivos además del estofado de cordero. La tarta de frutos secos sabía deliciosa, pero Ian se mostraba demasiado pensativo y Mary sospechosamente silenciosa.

—Le he pedido a Emy que te prepare una infusión de corteza de sauco que te ayudará con las náuseas matutinas.

Marina miraba a la nuera con una sonrisa en los labios.

—Es posible que haya sido un incidente aislado —sugirió la duquesa de Arun que no perdía detalle del rostro atribulado de su hija.

Ian removía el trozo de tarta en su plato sin mirar a nadie en particular.

—Tengo que confesaros algo —dijo de pronto Mary atrapando la atención de su esposo.

—¿Habéis cambiado de opinión y regresáis a Inglaterra? —su padre Justin lo había dicho en broma, pero ella lo miró muy seria.

—No estoy encinta —confesó con ojos brillantes de vergüenza.

—¡Mary! —exclamó la madre que se había llevado la mano al corazón.

Su hija no era proclive a las mentiras, y se preguntó qué motivo habría germinado una tan importante.

—La verdad es que Ian y yo no hemos consumado el matrimonio, ni tenemos intención de hacerlo, ¿verdad primo?

Ian se preguntó por qué traía ella a colación el parentesco que compartían como primos segundos.

Tras la revelación sorprendente de Mary, Justin clavó los ojos en su yerno tan atónito como escandalizado. Llevaban casados poco más de un par de meses, ¿qué diantres ocurría entre los dos?

—¡Oh, por Dios! —exclamó Marina horrorizada.

Que su nuera hubiera sacado un tema de conversación tan impropio durante la cena, y no en otro momento más adecuado, la consternaba.

—Por ese motivo he decidido regresar a casa —afirmó la muchacha sin un parpadeo—. Pretendo solicitar la anulación del matrimonio.

Ian seguía en su postura impertérrita removiendo la tarta sobre el plato.

—¡Virgen Santa! —exclamó de nuevo Marina, pero esta vez más horrorizada todavía.

—¿Queréis hablar sobre ello? —la pregunta de la madre de Mary hizo que Ian entrecerrara los ojos.

Su esposa se merecía una corrección de las que hacían historia, se dijo.

—Madre —comenzó Mary—, los asuntos de alcoba, se quedan dentro de la alcoba —concluyó repitiendo la frase de Ian, y que tanto la había molestado momentos antes.

—A la vista está de que ya no hay asuntos de alcoba que guardar —replicó la madre sin dejar de mirar a la hija.

—Pero no puedes divorciarte —alegó Marina que no se recuperaba de la sorpresa—, eres católica.

—Soy anglicana —matizó ella—, y no quiero divorciarme sino anular el matrimonio, que son dos temas muy distintos.

—¿Qué ha cambiado de ayer a hoy? —quiso saber Justin que trataba de comprender lo que sucedía.

Mary bajó los ojos a la mesa, y se quedó callada durante unos minutos.

—¿No tienes nada que decir, Ian? —le preguntó la duquesa sin un parpadeo.

Ian sí que tenía mucho que decir, pero no en ese momento. Queriendo confesar una verdad, Mary se había enredado en una maraña mucho más complicada. Inhaló aire y lo soltó poco a poco antes de levantarse. Tiró la servilleta de hilo sobre la mesa, y se disculpó con el resto de comensales. Justin, Aurora y Marina vieron la partida de Ian estupefactos.

Mary por el contrario se lo esperaba.

—¿Qué demonios...? —Justin no podía creérselo.

¿En una conversación tan seria Ian se batía en retirada?

—Yo pensaba... yo creía... —Marina no podía continuar.

Aurora no le quitaba ojo a su hija que seguía cabizbaja. La vio respirar profundo. Observo que le temblaban los hombros, aunque trataba de disimularlo, y supo que su hija estaba al borde del llanto. Después de unos instantes de silencio, Mary alzó el rostro y miró a su padre que seguía con la sorpresa dibujada en el rostro.

—Así actúa siempre —reveló con un hilo de voz—. Desde que nos casamos, Ian se muestra siempre así de indiferente, pero sobre todo conmigo, y me he cansado de ser ignorada por él.

Mary hizo lo propio y también se levantó de la silla. Dejó la servilleta con suavidad sobre la mesa, y se despidió de sus padres y de su suegra.

Marina no podía ni respirar. Ella había creído ver el amor entre los dos. Su nuera miraba a su hijo como solo una mujer enamorada podía hacerlo. Y él, y él... Marina sabía lo que su hijo sentía por Mary, y entonces, ¿qué había ocurrido entre ambos para ese cambio de afecto tan repentino?

—Que me aspen si entiendo algo —dijo Justin con voz grave.

—Hablaré con ella —murmuró Aurora que sentía el corazón acelerado.

—Nuestra hija ha sido bastante clara y contundente, ¿no te parece? —le espetó Justin en ese tono que presagiaba tormenta—, pocas explicaciones más merecemos.

—Conozco los sentimientos de Ian por Mary, sé que la quiere —musitó Marina sin dejar de mirar el rostro de su consuegra.

—Pues mucho no debe de quererla cuando ni la ha tocado en todo este tiempo, ni intención tiene de hacerlo —criticó Aurora que se enfadaba por momentos.

El rostro de su hija le había provocado una preocupación enorme.

—Mary debe de estar equivocada —continuó Marina.

—Iré a obtener algunas respuestas de Ian —decidió Justin levantándose de la silla que precedía la cabecera de la mesa.

—Y yo haré lo propio con Mary —Aurora también se levantó, y Marina se quedó de repente sola en la mesa.

Miró la deliciosa tarta que había preparado Emy, y que seguía intacta en los platos de todos. Justin iba a hablar con Ian, Aurora lo haría con Mary, y a ella le tocaba hablar con el laird de Ruthvencastle que no recordaba a nadie ni tampoco parecía que le importara esa circunstancia.

—¿Brandon, cuánta falta me haces! —exclamó Marina tapándose el rostro con las manos.

Pero Justin no pudo hablar con su yerno porque Ian había sentido la imperiosa necesidad de salir a cabalgar. Tampoco tuvo éxito Aurora porque Mary se había encerrado en su alcoba, y se negaba a mantener ningún tipo de conversación con ella. La única que sí habló con Brandon fue Marina, y tan frustrada y preocupada como estaba por todo lo sucedido durante la cena, no midió las palabras ni los gestos. Sentía tantos deseos de desquitarse por la frustración que sentía, que el

hombre que había perdido la memoria resultó el mejor candidato.

Brandon vio entrar a Marina en sus dependencias privadas y se encontró enarcando una ceja. Le había dejado muy claro que esa zona del castillo le pertenecía en exclusiva, y que no quería intrusos, como el hombre que la acompañaba, pero a la decidida mujer debía de importarle muy poco su opinión porque desoía sus órdenes.

—Ralph puedes dejar la bandeja sobre el aparador —el hombre obedeció solícito—. Yo la retiraré a la cocina cuando termine el laird de cenar.

Ralph se fue tan silencioso como había llegado. Marina tardó un par de minutos en mirar a Brandon a los ojos. En apariencia era él, pero su mirada era la de un completo extraño.

—Buenas noches Brandon, te hemos subido la cena más tarde porque estábamos de celebración —como Brandon apenas podía mover el brazo derecho, Marina se encargaba de alimentarlo.

Al principio había sido una constante lucha porque él no se lo permitía y ella no dejaba en su empeño de hacerlo. Durante días, Brandon había volcado los platos de comida, la había manchado a propósito todos y cada uno de los vestidos que se ponía, pero Marina se resarcía tratándolo como si fuera un niño pequeño, caprichoso, y pendenciero.

En esa lucha de voluntades ganó ella, pero Brandon estableció unas pautas.

—Sería un apoyo para mí que decidieras bajar a cenar al comedor, sobre todo ahora que tenemos la visita de tus primos, los duques de Arun.

Brandon se mantuvo en silencio. Apenas hablaba porque le costaba un mundo formular frases y ordenar pensamientos. Se movía torpe, y le asustaba lo desconocido.

—Creo que Ian y Mary han discutido —le informó ella—, y debe de ser grave porque ella ha decidido regresar a Inglaterra —Marina le indicó que tomara asiento cerca de la cómoda, y Brandon así lo hizo.

Arrastraba el pie derecho, y llevaba el brazo, también derecho, en un cabestrillo artesanal que le había construido Ralph. Cuando el corpulento hombre se sentó frente a ella, Marina tomó el cuenco de sopa y comenzó a darle cucharadas del líquido templado.

—Estaba muy emocionada, ¿sabes? —Marina hablaba sin cesar porque el silencio entre los dos le resultaba insoportable—. Llegué a pensar que íbamos a ser abuelos, pero Mary nos confesó durante la cena que no está embarazada —la mujer no miraba los ojos del hombre que alimentaba—. Y ahora Ian está enojado con ella, Mary con Ian, tu primo con tu hijo, y la duquesa con su hija —narró tan rápido que Brandon apenas podía seguirla.

Desde el disparo, que no recordaba, todo se había vuelto tremendamente lento para él. Vivía en una casa que no reconocía, con una mujer y un hijo que le eran absolutamente extraños y que le provocaban indiferencia, pero tenía que aceptar la ayuda de esa mujer tan hermosa porque no era capaz de alimentarse por sí mismo a menos que comiera como un perro en una bacinilla en el suelo.

Las necesidades más básicas lo volvían a uno obediente.

—Abre la boca —le ordenó la mujer pues se había quedado ensimismado.

Ella lo animaba a salir de la estancia, a que recorriera la propiedad, pero como se sentía inseguro y perdido, ni se planteó hacerlo. Marina se había ofrecido para acompañarlo, pero la mujer le provocaba una enorme turbación, por eso había decidido no salir de la alcoba que había elegido como su estancia privada.

Pero a ella eso le daba exactamente igual.

Marina tomó la servilleta de su regazo y le limpió la comisura de los labios, un segundo después le sonrió, y le provocó con su acción un nerviosismo en el estómago que ya reconocía

porque se lo había provocado varias veces.

—Tienes que aprender a usar la mano izquierda —ella daba órdenes a troche y moche. Ni descansaba ni dejaba descansar—, como los zurdos —concluyó.

Marina soltó un suspiro largo y pausado. Después tomó el plato con el estofado de cordero, y lo fue desmenuzando con el tenedor y el cuchillo. Comenzó a darle bocados pequeños que él masticaba de forma lenta.

—Nadie prepara el estofado como Emy, ¿verdad? —le dijo al mismo tiempo que le ponía un trozo de pan en la mano izquierda—. Vamos, no seas holgazán y comienza a ejercitar esos músculos que tanto me gustan.

Fue escucharla y sobresaltarse. Ella lo percibió, y por eso lo miró con ojos que rebosaban cariño, pero tan llenos de tristeza, que lo hizo sentir muy incómodo.

—Es muy duro que no me reconozcas —confesó en un susurro.

Volvió a suspirar al mismo tiempo que le ponía en los labios un trozo jugoso de cordero. Como no hacía ejercicio porque no salía de su alcoba, Brandon no comía ni la mitad de lo que solía antes de que le dispararan, Marina insistía, pero el alimento no le pasaba garganta abajo salvo el imprescindible para seguir vivo.

—Pero tampoco te esfuerzas, ¿no es cierto? —la pregunta contenía una crítica que le molestó.

La mujer, su mujer según ella, podía cortar la carne con el filo de sus palabras. La primera vez que lo ayudó con el baño, le supuso una verdadera prueba. Ninguna persona que vivía en el castillo podía imaginarse lo duro que le resultaba a él convivir entre extraños. Que una desconocida lo tocara por cada uno de sus lugares íntimos, que lo abrazara de pronto sin previo aviso, o que le pusiera la cabeza entre los pechos como un acto natural y llevado a cabo cientos de veces en el pasado, le suponía un verdadero trago, y encima le reprochaba que no la recordara. Brandon se dijo si acaso no habría sido un milagro que él olvidara lo que no quería recordar.

—Sí... me... esfuerzo —admitió con voz temblorosa y con mucho empeño.

Marina lo miró sin un parpadeo.

—¡Mentiroso! —lo rebatió ella—. Admite que te encanta que te alimente, que te bañe, y que te permita holgazanear aquí todo el día.

—N...o —la contradujo.

—Pues entonces deberías bajar a desayunar, a comer y a cenar con el resto de la familia.

Como Marina no había dejado de mirarlo, pudo ver la alarma en el fondo de sus pupilas. Brandon temía de verdad, y ella sentía deseos de maldecir porque no era ni la sombra de lo que fue en el pasado. Cada día perdía un poco más de esperanza de recuperarlo, aunque se callaba sus dudas y miedos.

—¿Te apetece que te lea algo? —le preguntó como cada noche.

Marina dejó el plato sin acabar sobre la bandeja de plata. Brandon hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Entonces te ayudaré a desvestirte, y podrás meterte en la cama como un niño bueno...

Acababa de sonreírle de oreja a oreja, y el corazón de Brandon se aceleró si pausa ni control. Esa mujer era un verdadero peligro para su espíritu porque caía bajo su embrujo de forma remisible, y sin que él pudiera hacer nada al respecto.

## CAPÍTULO 39

Ian se sorprendió de que la puerta de la habitación que compartía con Mary no estuviera cerrada por dentro. Había cabalgado sin descanso hasta Dingwall, se había tomado unas cervezas con el doctor McLean en la taberna Fiodh, y, allí, entre aromas de licor y hierbas especiadas, el doctor le explicó de forma detallada el estado de salud físico y mental de su padre. McLean se había mostrado muy optimista en comparación con su pesimismo, y le había revelado que esperaba la próxima visita del doctor inglés con cierta impaciencia porque le había prometido avances para el laird de Ruthvencastle.

Si eso fuera cierto, la cura de su padre podría llegar en breve.

Mary estaba acostada de espaldas al fuego y justo en el centro del lecho. Él tendría que desplazarla para poder meterse en la cama a su lado. Se quitó las prendas de vestir con cuidado para no despertarla, pero se le escapó la bota que hizo un ruido horrible cuando cayó al suelo de madera: justo en el lugar donde no había alfombra. Mary se reincorporó y lo miró con sorpresa.

—¿Qué haces aquí?

—Duermo aquí —le recordó.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza bastante elocuente.

—Ya no.

—¿Cómo que ya no?

—¿Sigues repitiendo todas y cada una de mis palabras?

—Estoy cansado, y quiero acostarme.

—No en mi cama ni conmigo.

—Nuestra cama.

La escuchó suspirar de forma larga.

—Tomé una decisión, y la anuncié durante la cena —le dijo sosteniéndole la mirada.

—Lo sé, estuve allí.

—Entonces comprenderás que ya no podemos dormir juntos.

—¿Y dónde pretendes que duerma?

Mary hizo un encogimiento de hombros.

—Ruthvencastle es bastante grande, puedes elegir la alcoba que desees.

—Deseo la mía.

Mary bajó los pies de la cama.

—¿Hablas en serio?

Ian hablaba muy en serio.

—No voy a ser yo el que deje de dormir en esa cama.

Los ojos de Mary se clavaron en la bonita colcha bordada.

—Bien, entonces me marcharé yo —que no respetara su decisión de dejarle la cama la molestó—, pero si piensas que voy a dejarte dormir tranquilo después de que me hayas despertado tú, estás muy equivocado: voy a armar tal alboroto cuando salga por esa puerta, que los despertaré a todos y te culparán ti.

Ian la sujetó por los hombros antes de que alcanzara la puerta. Ella estaba tensa y no quería mirarlo.

—Siempre seré el blanco para las consecuencias de tus acciones, ¿verdad?

Mary no intentó soltarse, aunque la habían molestado sus palabras, tampoco temía una escena por parte de Ian porque siempre se comportaba sereno de carácter y tranquilo de ánimo. Nunca

discutía, ni gritaba, ni se alteraba, por sus venas debía correr nieve de las Highlands.

—«¡Vete, Mary! ¡Huye de Ruthvencastle!» —Ian la miró asombrado al escucharla—. Fue la bienvenida que me ofreciste cuando llegamos a tu hogar, ¿lo has olvidado? —le dio unos segundos para que recordara—. Me ha costado un tiempo entender por qué motivo me animaste a que te dejara, pero al fin lo he comprendido.

—No entiendes nada —la rectificó.

—No soy tonta, Ian —se defendió con tono dolido.

—Impulsiva, impaciente, caótica, hermosa, valiente, descarada... eres mucho más —Ian suspiró suave—: el mayor reto para un hombre.

Ya no estaba dolida sino enfadada por su acusación.

—Entonces, mayor motivo para que cada uno tome un camino diferente.

La sujetó más fuerte por los hombros. No quería que se fuera ni obligarla a que se quedara. Mary le suponía un verdadero caos mental.

—Tienes unos acuerdos que cumplir con el clan McQueen —le trajo a colación—, y por eso no puedes tomar un camino diferente al mío.

Ella no había olvidado su firma en el acuerdo.

—¿Y cómo demonios cumpliré ese acuerdo si no alumbro la hija que Cuddle espera porque mi esposo no está interesado físicamente en mí? —Ian sonrió al escucharla, y ella se sintió herida porque creyó que se burlaba. Dio un manotazo seguida de un movimiento brusco para soltarse de la sujeción que Ian ejercía sobre ella—. ¡Vete al diablo! —le espetó caminando hacia la puerta cuando logró desasirse.

—Espera, Mary —ella lo desoyó—. ¿Toda esta soberbia actuación de embarazo sí, ahora no, ahora me quedo, ahora me voy, es porque no has recibido el revolcón que andabas buscando en Sevilla?

Mary se puso roja como las amapolas del campo, y la luz del fuego encendido realzó su sofoco. ¿Cómo se atrevía a recordarle el único desliz que había cometido?

—¿Piensas que es eso lo que busco, un revolcón? —el silencio de Ian resultó muy humillante—. Un señor nunca se rebajaría a darle a su esposa un vulgar revolcón, y que me acuses de desearlo te envilece como marido.

Ian se sentía alegre por las cervezas y el licor que había ingerido en Fiodh, y por eso se tomó las palabras de su mujer con un humor inesperado, sobre todo con el ridículo que había hecho ella en el comedor. Mary iba de un descalabro a otro sin sentido ni pausa. Primero haciéndoles creer a la familia que estaba encinta, luego confesando que no lo estaba. Después anunciando que se marchaba y que solicitaría la anulación del matrimonio.

Creando problemas su esposa no tenía parangón.

—Créeme si te digo que he visto a mi padre darle varios revolcones a mi madre, y ello no la desmerece como señora —Mary se dijo que Ian sabía cómo ponerla en su sitio—, y si eres sincera contigo misma, admitirás que tu padre le ha dado los suyos a tu madre.

Mary apretó los labios y optó por no responderle. Agarro el tirador de la puerta y la abrió sin cuidado. Ya había salido por ella cuando se giró hacia él y lo taladró con ojos que llameaban.

—Disfruta de tu cama puesto que me has echado de la mía —le dijo de pronto—, también con el alcohol que llevas, que a la vista está que es bastante más de lo que socialmente se permite en un hombre que se precie como tal, pero claro, aquí no hay ningún hombre, ¿verdad?

Esa era una acusación e insulto a la vez se dijo Ian, pero Mary tenía razón porque él había bebido más de la cuenta, y el alcohol que circulaba por sus venas lo empujó a mostrarse impulsivo.



Ian se había cansado del juego del ratón y el gato.

—Ven aquí, Mary —le ordenó—, se acabaron las provocaciones que tanto te gusta propiciar para escandalizarme —ella se mantuvo quieta—. No me hagas ir a por ti —Ian dio un paso hacia ella—. Vas a dormir en mi cama y a mi lado.

Ella tenía orgullo, y él se lo había pisoteado demasiadas veces ignorándola.

—La próxima vez que comparta cama con un hombre, y eso te excluye, ten muy presente que no será para dormir —respondió altiva.

Estaba claro como el agua que Mary buscaba pelea, y, por primera vez, Ian estaba dispuesto a ofrecérsela.

—Ven aquí —le exigió serio.

—No te has ganado el derecho a darme órdenes —contestó enojada.

Ian caminó hacia ella con pasos lentos y medidos, pero ella no se movió.

—Tengo el derecho a darte una azotaina por mendaz y belicosa, también por susceptible.

Mary se sentía muy agraviada con él. Había anunciado durante la cena que pensaba abandonarlo, y que iba a pedir la anulación del matrimonio para moverlo en un sentido o en otro, ¿y qué hacía él? En vez de tratar de mantener con ella una conversación que acercara posturas, se marchaba a celebrarlo y regresaba borracho de dicha porque al fin se libraba de ella. ¿Cómo no iba a estar furiosa? ¡Sentía deseos de estrangularlo! Durante horas se había consumido porque había esperado otra reacción por su parte, y se había llevado la sorpresa de su vida.

Le importaba a su esposo lo mismo que le importaría un insecto aplastado en el suelo. Apenas podía mantener su orgullo de tan herido que estaba, y por eso decidió marcharse y dejarlo con su borrachera y su perfidia.

Cuando Mary se giró hacia el corredor, se encontró con varias puertas abiertas: la de sus padres, la de su suegra, y también la del laird. Todos y cada uno de ellos la miraban con censura, también con reproche, lo que le provocó una sensación de soledad y pérdida como hacía tiempo que no sentía.

El sofoco que sufrió casi la hizo encogerse sobre sí misma. A su orgullo herido provocado por su marido, tenía que sumarle la terrible humillación que sentía porque toda la familia la veía abandonar derrotada la alcoba marital. ¿Lo habrían escuchado todo? Se preguntó.

Su esposo reaccionó rápido y la ocultó tras él.

—Perdonad el escándalo —se disculpó—, pero he bebido mucho y Mary se ha enojado por ello.

Ian había reducido la línea a un punto con esa explicación. Una a una se fueron cerrando las puertas, salvo la de ellos que seguía abierta de par en par. Ian la metió dentro, se giró, y cerró la puerta tras su espalda.

—¿Satisfecha con la que has armado?

—Solo tú tienes la culpa —susurró ella que se sentía mortificada.

Había dicho que los iba a despertar a todos, pero solo para molestarlo pues esa no había sido su intención, pero Ian la había enfadado tanto con su actitud y sus palabras que no había medido sus acciones ni el volumen en sus respuestas.

—Soy consciente que siempre voy a tener la culpa —rezongó molesto, pero sin dejar de sonreír con lo que la molestó todavía más—. Solo tenías que decir una palabra para hacerme reaccionar. —¿Reaccionar? Se preguntó ella—. No necesitaba tanto teatro por tu parte, solo una palabra —siguió él.

—Voy a decirte tantas que vas a ahogarte con ellas —replicó al borde del llanto, pero sin mostrarlo.

Mary era consciente del enorme ridículo que había hecho, solo uno más de entre los cientos que cometía, pero no soportaba que él se riera de ella. Estaba ebrio, feliz, y ella se sentía miserable. Le había costado un mundo anunciar durante la cena que no estaba encinta, y ante la actitud indiferente de su marido que no la apoyaba ni en un sentido ni en otro, había tomado una decisión: anunciar que lo abandonaba, pero a Ian le importaba muy poco ella y sus sentimientos, y por eso supo que la relación entre ambos ya no tenía recorrido ni tampoco remedio.

—Me dijiste hace poco que me amabas —le recordó él.

Mary giró el rostro para ocultar el brillo acerado en sus ojos. Sí, ella se lo había confesado, y había obtenido a cambio un silencio hiriente. Una reserva por su parte que dolía más que recibir una puñalada.

—Si eso fuera cierto, te anuncio que no lo recuerdo —murmuró casi sin voz—. Debía de estar borracha, tanto como tú ahora.

—No estoy borracho —la contradijo—, y sé muy bien lo que digo.

Ella no quería seguir escuchando.

—Tengo muy presente todo lo que dices y haces —Ian no comprendía sus murmuraciones—. ¿Puedo marcharme? —le preguntó con viva voz.

Ian no la retenía salvo con las palabras.

—Deberías mostrarte feliz además de cooperativa pues hoy he decidido al fin hacerte el amor —si él esperaba que ella le sonriera como otras veces, se equivocó.

Los ojos de Mary quemaban.

—¡Cuánta generosidad por tu parte! —se burló ella—. Ahora no, ahora sí... ¿y tú me acusas de voluble?

—Es lo que querías —se defendió él.

Mary respiró profundo.

—Hace unas semanas, tal vez, pero ahora no, rotundamente no.

—No puedes negarte.

El corazón de Mary sufría muchísimo con la ligereza que mostraba Ian.

—Que tengas que emborracharte para considerar siquiera acercarte a mí me ofende hasta los huesos —le espetó en un tono frío como el hielo—. Me provoca un rechazo inmenso y ganas de meterte una bala de plomo entre los ojos.

Ian supo que no se había expresado bien. Se había rendido a lo inevitable: hacerle el amor, aunque ella no lo amara con toda su alma.

—Es lo que deseas —reiteró.

—¡Vete al diablo! —Mary se giró hacia la puerta y caminó hacia ella.

—¡Detente! —ella desoyó su llamada.

Tomó el picaporte y lo giró, pero no con fuerza porque no quería que el resto de puertas del corredor se abrieran como momentos antes. Cuando salió de la alcoba ni se giró ni cerró la puerta. La dejó abierta en clara muestra de lo que pensaba de su marido y de la generosa oferta que Ian creyó que ella aceptaría.

Mary no podía sentirse peor, y todo por culpa de su esposo. Como había hecho todo el ridículo posible, no temía poder hacerlo más, así que se dirigió con paso firme hacia el dormitorio de su cuñada Serena. El resto de la noche dormiría en su cama, y mañana los iba a mandar a todos al diablo, sobre todo a un demonio de ojos verdes tan fríos como el hielo, y de carácter tan soso como la peladura de una patata.

## CAPÍTULO 40

Cuando llegó la mañana, Mary hizo lo que más le gustaba aparte de devorar un copioso y rico desayuno: cabalgar. Había ordenado al mozo de cuadra que le ensillara a Carbón. Tenía que dar rienda suelta a la frustración, a la ira, y la vergüenza que la cubría. Los tres sentimientos convergían en su interior provocándole un desconsuelo infinito, y montar a caballo era un buen incentivo para lograr superarlo.

Estaba decidida a tomar las riendas de su vida y alejarse de Escocia.

Como el matrimonio entre Ian y ella no había sido consumado, estaba resuelta a pedir la anulación. Necesitaría el certificado de un médico que autentificase la veracidad de que seguía siendo virgen, pero ningún obstáculo iba a detenerla. Le había costado un tiempo comprender y aceptar que Ian la veía como a una prima molesta, y no como una esposa deseable, pero había abierto los ojos y entendido muchas cosas.

Los dos habían llevado a cabo el deseo de ambas familias de una unión, que no la continuaran adelante, era auténtica necesidad para ella. Mary regresaría a Crimson Hill, e Ian se quedaría en Ruthvencastle. Durante un tiempo no podrían volver a casarse, pero esa circunstancia era asumible por su parte. Su decisión había sido muy meditada, sobre todo en las horas que Ian la había dejado sola para celebrar su pronta libertad de la esclavitud que le suponía estar casado con ella. Y cuando recordó todas esas patrañas de esperar a consumir el matrimonio hasta que ella lo amara, la sumergían en una cólera ardiente pues ella sí se lo había confesado, pero los oídos de Ian estaban sordos, y por eso supuso y valoró que todo habían sido mentiras para contentarla.

El mozo de cuadra le recomendaba que no fuera sola, que los campos escoceses contenían trampas mortales para florecillas inglesas como ella. Las palabras del muchacho la enfurecieron pues ella se sentía perfectamente capaz de cuidarse sola, además, solo sería una cabalgata corta pues no pensaba alejarse mucho de la propiedad. No quería ver a Ian en el desayuno, en realidad a nadie de la familia, y la mejor forma de evitarlo era no estar en el castillo cuando bajaran. Había tomado un refrigerio rápido y se había dirigido con paso firme hacia los establos. Aceptó la ayuda del mozo para montar, y un instante después azuzó con suavidad los cuartos traseros del animal que se dirigió hacia el exterior como si conociera el camino.

—Estaba deseando montarte —le dijo inclinada sobre las crines—. Desde que te vi por primera vez, quise hacerlo. Nunca he visto un semental tan extraordinario como tú...

Acto seguido espoleó al animal y comenzó a cabalgar campo abierto. Ruthvencastle se fue quedando lejos tras su espalda, pero ella no volvió la vista atrás ni un segundo.

Cuando Ian despertó, tocó el lado de la cama que estaba vacío y frío. Acababa de recordar que Mary lo había dejado solo en el lecho. Se pasó la mano por la frente pues le dolía la cabeza. No estaba acostumbrado a beber alcohol, pero en los últimos días lo había necesitado para controlar el deseo que sentía por ella.

A la preocupación del encierro de su hermana, de la amnesia de su padre, y de los problemas económicos del clan, tenía que sumarle la decisión de Mary de abandonarlo. Juntos habían firmado el acuerdo con los McQueen, y tenían que mantenerlo, y por esa misma razón ahora no podía dejarla machar como lo habría hecho tiempo atrás.

Que ella le recordara sus propias palabras animándola a que se fuera de Ruthvencastle nada más poner un pie en el castillo, le indicaba lo molesta que debía de estar con él, y como se había cansado de lidiar con sus propios sentimientos para lograr que ella lo amara completa y

profundamente, se había rendido a lo ineludible: hacerle el amor de forma loca, apasionada, y mandar las posteriores consecuencias al diablo.

Se bañó rápido y se vistió en pocos minutos. Cuando bajaba las escaleras hacia el vestíbulo, pudo escuchar la voz de su madre que hablaba con su suegra. Cruzó raudo y se dirigió directamente al comedor.

—Buenos días —dijo con voz ronca.

Las dos mujeres lo miraron al unísono.

—Buenos días —contestó la duquesa.

—Buenos días, mi niño —lo saludó la madre—. Confío que hayas descansado bien —Marina le sonrió con ternura.

Ian caminó hacia ella y la besó en la mejilla con ternura. A su suegra le brillaron los ojos al contemplar la escena amorosa entre madre e hijo.

—¿Ha bajado Mary a desayunar?

—Ha salido a cabalgar muy temprano en la mañana —informó Aurora mientras untaba una tostada con mantequilla—. Luego tendré unas palabras con ella pues no es propio de una dama saltarse el desayuno.

Estaba claro como el agua que lady Penword se sentía enfadada con su hija, e Ian se preguntó el motivo porque él mismo salía muchos días a cabalgar antes del desayuno.

Marina carraspeó.

—En la biblioteca, hablando con tu padre, se encuentra John Thomson Gordon.

—¿El sheriff de Aberdeen? —preguntó Ian con sorpresa—. ¿Y hablando con padre? —repitió.

Eso sí que era una gran novedad.

—Brandon no se pudo negar —explicó Marina—, no, en esta ocasión.

—Sigue investigando el ataque que sufrió tu padre y que lo dejó desmemoriado —continuó Aurora.

—Hablaré con él después de tomarme el café.

Ian no se entretuvo en el comedor más tiempo del estrictamente necesario. Dejó la taza vacía sobre la mesa, y se disculpó con ambas mujeres.

La duquesa de Arun siguió con la mirada la salida de Ian.

—No ha desayunado nada resistente —mencionó casi en voz baja.

—Ian no suele beber —respondió Marina—, imagino que no debe de sentirse con ánimo de llevarse nada consistente al estómago.

Las dos mujeres siguieron conversando sobre el mismo tema antes de que Ian las interrumpiese: los jóvenes esposos y la discusión que mantuvieron de madrugada y que tanta preocupación había generado en el resto de la familia.

La puerta de la biblioteca estaba entreabierta, aun así, Ian tocó la gruesa madera con los nudillos. Nadie le dio permiso para entrar, y él se tomó la libertad de hacerlo sin invitación. Su padre estaba sentado tras el enorme escritorio, y el sheriff se encontraba de pie frente a él. El duque de Arun se encontraba sentado en el otro extremo de la estancia ojeando las noticias del *Press and Journal*, o eso le pareció.

—Buenos días, padre —el saludo se quedó sin respuesta.

El laird de Ruthvencastle seguía mirándolo como si observara a un extraño. Brandon seguía sin recordar nada.

—Buenos días, lord Penword —ahora le tocó el turno a Justin—. Sheriff.

—Buenos días, Ian —respondió Justin.

El sheriff hizo una ligera inclinación con la cabeza. Ian caminó algunos pasos y se situó muy

cerca del agente de la ley.

—¿Hay novedades? —preguntó refiriéndose al asalto que había sufrido su padre meses atrás.

—Lamentablemente no, pero mi visita a Ruthvencastle está propiciada por otros motivos —contestó el sheriff.

Ian mostró en el rostro la sorpresa que le produjo la aclaración.

—¿Otros motivos? —pensaba a toda velocidad, pero salvo al ataque a su padre, no se le ocurría nada.

—Un incendio y al parecer provocado en la propiedad de Mòrpradlann, es lo que me ha traído hasta Ruthvencastle.

—¿Mòrpradlann? —Ian no conocía el lugar—. Ignoro qué lugar es ese ni por qué motivo requiere de su atención.

El sheriff ladeó la cabeza.

—Era la vivienda de Sienna McGregor —Ian entrecerró los ojos porque no conocía el nombre de la mujer—. Tenemos documentos que confirman que era hermana de tu padre.

Retrocedió un paso por la sorpresa que recibió. ¿Su padre tenía otra hermana además de la tía Violet? ¿Y por qué motivo nunca les había dicho nada? Ian giró el rostro y clavó las pupilas en el duque que había pospuesto su interés por las noticias de la prensa diaria.

—¿Es cierto? —le preguntó a su suegro.

Ian tenía claro que si su padre no recordaba a nadie de Ruthvencastle tampoco recordaría a otro familiar, sobre todo porque lo había mantenido en el más absoluto secreto.

Justin se levantó y caminó hacia él.

—Yo acabo de enterarme —admitió el duque.

—¿Es posible que mi madre conozca este hecho? —inquirió.

Justin hizo un gesto negativo.

—Me he llevado una verdadera sorpresa como tú, y dudo que lady McGregor sepa más que nosotros.

Ian pensaba a toda velocidad, y entre un pensamiento y otro, se percató de que el sheriff había mencionado un incendio provocado en Mòrpradlann.

—¿Sienna...? —no pudo continuar.

John Thomson Gordon afirmó silencioso.

—No pudo sobrevivir —confirmó el sheriff—. La estancia en la que se encontraba ardió hasta los cimientos.

Ian tuvo que sentarse. Acababa de descubrir que tenía otra tía, y que había muerto en un incendio, ¿había sido provocado? Eso es lo que había afirmado el sheriff. El verde de sus ojos se oscureció de pronto.

—¿Cuánto hace del incendio?

—Una semana.

—La muerte de Sienna, ¿fue asesinato? —preguntó para asegurarse de que lo había entendido correctamente.

Ian seguía pensando a toda velocidad.

—Sin lugar a dudas —afirmó el sheriff.

—¿Está relacionado con el ataque que sufrió mi padre?

El agente de la ley ya no respondió, pero no hizo falta. Habían intentado matar a su padre, afortunadamente no lo habían logrado, pero habían asesinado a Sienna McGregor, una mujer de la que no sabía absolutamente nada. Pensó en su tía Violet, y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. ¿Cuánto secretos más ocultaba el laird de Ruthvencastle?

—¿Quién la asesinó? —casi gritó.

John Thomson suspiró suave.

—Es lo que estamos tratando de averiguar.

—¿Mi familia corre peligro?

Ahora tampoco contestó.

—He ordenado al capitán Kelly que os acompañe —dijo de pronto Justin adelantándose a la siguiente pregunta.

Ian entendió. El sheriff había llegado hasta Ruthvencastle para que su padre lo acompañara a Mòrpradlann, pero su incapacidad le impedía ser de cualquier ayuda.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó ansioso.

—Como parientes directos de Sienna McGregor, debéis haceros cargo de sus exequias, y de las posesiones que han podido salvarse del incendio.

—¿Posesiones? —Ian se percató que de un tiempo a esta parte repetía las palabras que decían otros, pero lo hacía de forma inconsciente.

—Mòrpradlann era muy próspera —dijo el sheriff.

—¿Dónde se encuentra? —quiso saber.

—En Dunnett —respondió.

Eso estaba muy lejos de Ruthvencastle, y de pronto Ian supo dónde había llevado su padre a su hermana Serena. Se giró rápido hacia él y clavó sus ojos verdes en el rostro adusto.

—¿Había más personas en Mòrpradlann a parte de Sienna McGregor? —la pregunta iba dirigida al sheriff, pero no dejaba de mirar a su padre.

Justin contuvo el aliento al escuchar la pregunta de Ian.

—No —respondió el sheriff.

Ian miró al duque confuso. Había esperado otra respuesta.

—También pensé lo mismo que tú —apuntó Justin—. Pero he sentido alivio al saber que Serena no estaba en Mòrpradlann.

El ánimo de Ian le bajó hasta los pies. Había sentido alivio, después pánico, y ahora una sensación de vacío.

—Debemos partir pronto —dijo el sheriff que se giró para hablar con Brandon—. Tenemos que ir hacia el norte, y nos encontraremos con mal tiempo.

—Tengo que hablar con Mary —dijo Ian casi en un susurro—. No la he visto desde anoche.

—Este asunto no puede esperar —respondió Justin sin dejar de observarlo.

—Pero no puedo marcharme sin decirle... —el sheriff lo interrumpió.

—El asesinato de Sienna McGregor es un asunto mayor, y debemos partir de inmediato a Dunnett —seguía indeciso y sin poder tomar una decisión.

—Vete Ian, ocúpate de este asunto, yo hablaré con Mary, juntos esperaremos tu regreso y también noticias sobre Serena —Ian vacilaba, sin embargo, el sheriff lo urgía a partir de inmediato, pero él tenía que hablar primero con su esposa que se había marchado muy enojada—. Estoy convencido que en Dunnett encontrarás alguna pista que te lleve hacia tu hermana, lo presiento.

En ese preciso momento hizo su entrada en la biblioteca el capitán Ronan Kelly.

—Los hombres están preparados.

Ian finalmente soltó un suspiro largo y se giró hacia la puerta. Tenía que marcharse de Ruthvencastle, aunque no quería hacerlo.

—Cogeré un par de mudas pues preveo que el viaje será largo y complicado.

El capitán junto con dos soldados, además del sheriff e Ian, partieron hacia Dunnett una hora

después. Ian no se despidió de su madre y de su suegra, y no le ofreció explicaciones a Mary. Confiaba que su mujer se mostrara comprensiva a su vuelta, aunque lo dudaba mucho.

Encontrar a su hermana Serena se había convertido en una obsesión.

## CAPÍTULO 41

Marina se llevó un disgusto enorme cuando Justin le informó que Ian se había marchado a Dunnet acompañado del sheriff, del capitán Kelly, y de dos soldados que los escoltarían. Le explicó también sobre la hermana desconocida de Brandon, y su muerte ocurrida en un incendio que parecía ser provocado.

Justin no se anduvo con medias tintas, como era propio en él.

—¿Sienna McGregor? ¿He oído bien? —al enfado de Marina se unió la sorpresa que sentía al escuchar al primo de su marido.

—¿Cómo es posible! —lady Penword también se veía afectada.

Justin se paseaba por el comedor con las manos en la espalda. Seguía muy pensativo, y tratando de dilucidar si él habría visto a la mujer en sus visitas a Ruthvencastle cuando era un niño, pero no tenía ningún recuerdo al respecto.

Marina sumó dos más dos, como anteriormente había hecho Ian, y se llevó la mano a la boca.

—¡Oh Dios mío! ¡Serena!

La mujer había llegado a la misma conclusión que Justin e Ian. Dunnet podría ser el lugar donde Brandon había recluso a Serena. ¿Qué mejor lugar para esconderla que con una hermana completamente anónima y de la que nadie sabía nada?

—Por eso se ha marchado Ian —le dijo el duque—, para indagar y conocer, pero no adelantemos acontecimientos.

—¿Qué no adelantemos...? —Marina estaba superada.

—¿Una hermana! —Aurora seguía estupefacta por la noticia—. ¿Por qué la mantendría tu primo Brandon en el anonimato?

—Pues alguien va a decirme el motivo —la voz de Marina era dura como el granito.

Justin y Aurora supieron al instante lo que pretendía hacer y trataron de detenerla, aunque no lo lograron.

—Brandon no recuerda nada —le dijo Justin—. Estuve presente cuando el sheriff lo interrogó al respecto.

Marina tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Ian recorrió los conventos y monasterios de toda Escocia y no pudo dar con Serena, pero ahora conocemos el motivo —afirmó Marina con mirada helada—. Brandon la llevó con su hermana —dudó un segundo—, hermanastra, o lo que sea que fuera.

—Es lo que va a tratar de averiguar Ian —insistió Justin.

Marina detuvo su réplica porque acababa de entrar Mary al salón. Estaba acalorada, con el cabello revuelto y las mejillas sonrosadas.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó la muchacha.

Viendo el rostro de preocupación de sus padres y de su suegra creyó que había acontecido una desgracia.

—No, tranquila, pero tenemos que hablar —respondió el padre.

Mary no le quitaba ojo a su suegra que se veía acongojada.

—¿Puedo antes darme un baño? —preguntó. El duque de Arun hizo un gesto afirmativo—. No tardaré —contestó la joven.

Mary se dirigió hacia las escaleras y Marina aprovechó el momento para dirigirse a la alcoba de su marido. Cuando Aurora hizo un gesto para seguirla, la mujer se giró hacia ella y la detuvo con la mano.



—Quiero hacer esto sola.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Marina respiró profundo y soltó el aliento poco a poco. A medida que superaba los pasos que la separaban de la estancia y del marido que no la recordaba, su corazón fue encogiéndose de aprensión. Habían pasado meses, semanas, días y horas sin saber nada sobre su pequeña. Se alegraba enormemente de que la herida sufrida por Brandon no le hubiese arrancado la vida, pero había ocasiones en la que ella misma deseaba dispararle, sobre todo cuando se mantenía encerrado en sí mismo sin que le importara nada ni nadie.

Marina no tocó la puerta, era consciente de que, aunque lo hiciera él no contestaría. La empujó con fuerza y se detuvo en el umbral. Su marido estaba de pie frente a la chimenea mirando las ascuas encendidas. Tenía una mano apoyada en la repisa de piedra, la otra en el cabestrillo. No se giró cuando la escuchó, la ignoró por completo, pero ella ya estaba acostumbrada a sus desplantes. El desayuno seguía intacto en la bandeja.

—¡Háblame sobre tu hermana! —le exigió—. Quiero saber sobre Sienna McGregor, y si llevaste con ella a Serena.

El laird giró el rostro y la miró con atención.

—Ignoro quién es... esa... esa persona... sobre la que me demandas—respondió suave.

Marina se llevó la mano al corazón. Brandon ya hablaba casi perfectamente, aunque lo seguía haciendo muy despacio.

—Que me olvides a mí —replicó—, que la olvides a ella, puedo llegar a entenderlo, pero no puedo comprender que olvides a Ian y a Serena —continuó con voz emocionada—. ¡Son tus hijos! —exclamó.

Brandon se volvió hacia la mujer que le increpaba. Marina había cerrado la puerta tras de sí, y el laird se mostró nervioso. Siempre le ocurría cuando estaba a solas con ella. Era una mujer que lo descentraba por completo.

—Algún día... recuperaré... la memoria —le dijo para tranquilizarla.

—Y mientras tanto, ¿qué va a ser de Serena? ¿De Ian? ¿De nuestros hijos?

Cada vez que ella decía nuestros hijos, algo se le removía por dentro.

—No... lo... sé.

—¡Brandon, maldita sea! —volvió a exclamar—. ¡No haces el menor esfuerzo por recordarnos! —lo acusó.

Marina fue acercándose a él de forma muy lenta.

—Quizás... no deseo... recordar.

Esas palabras la hirieron, y, tan dolida como estaba, no midió su acción, levantó la mano y lo abofeteó en el rostro. Marina llevaba muchos meses bajo intensa presión.

—¿Cómo puedes no desear recordar a tus propios hijos? —Marina intentó abofetearlo de nuevo, pero Brandon detuvo la mano femenina en el aire.

—¿Cómo... cómo... te atreves a pegarme... mujer? —la censuró frío como el hielo.

—¡Matarte debería! —contestó elevando la voz—. Porque eres el causante de toda la desgracia que me acontece —lo acusó sin apartar la mirada de su rostro.

—¿Deseas... matarme! —le preguntó atónito—. ¡Pues... pues hazlo!

Brandon la sujetó de la muñeca y fue arrastrándola con él hacia el tocador. Tomó el cuchillo de la bandeja del desayuno, y se lo tendió.

—¿Qué... qué haces? —balbuceó la otra espantada.

—¿No... deseas... matarme? —le preguntó. Marina parpadeó confusa cuando él le puso sobre

la palma de la mano la puntiaguda arma—. Ya no te ves tan valiente.

Ella inspiró hondo al mismo tiempo que entrecerraba los ojos. Esa última frase la había dicho su marido perfectamente y de carrerilla.

—¡Juro que lo haré, pero cuando descubra dónde encerraste a Serena! —le escupió vengativa.

—¿Y por qué esperar? ¡Vamos, acaba de una vez!

Enfadado hablaba bastante bien se dijo Marina. Brandon cerró el puño femenino en torno al mango y lo fue acercando a su pecho de forma muy lenta. Las pupilas de ella brillaban, sus labios temblaban nerviosos. Cuando la punta tocó el lugar donde estaba su corazón, presionó, pero Marina hizo fuerza hacia atrás para no pincharlo.

—¿Crees que... que deseo vivir sin... sin saber quién soy? ¿Qué no... que no execro cada día que amanece porque tengo que enfrentarme a... a demonios que me hostigan, y que no reconozco? La verdad es... es que tampoco deseo hacerlo.

Marina se atragantó con su propia saliva. ¡La había llamado demonio! Él, que era el más porfiado y vengativo de todos los mortales, ¿cómo se atrevía?

Brandon dejó de sujetar su muñeca, y ella hizo algo impulsivo, subió el cuchillo, y con la punta le tocó el cuello, allí donde le latía el pulso.

—¿Y piensas que yo no te maldigo cada día de mi vida? ¡Me apartaste de mi padre, de mi hermano, de mis amigos! ¡Me arrebatas a mi hija! Solo tengo un motivo para que recuerdes, ¡Serena! Y cuando consiga recuperarla, que Dios se apiade de ti porque yo no pienso hacerlo.

Brandon sintió un sobresalto al ver el rostro demudado de ella y que le amenazaba la garganta con el abrecartas, sufrió una especie de *déjà vu*: una imagen de Marina sosteniendo un puñal muy cerca de sus testículos. Parpadeó y lanzó un jadeo, apretó los dientes, e intentó retener la imagen en su memoria, pero había sido solo un instante, y, tan fugaz, que se preguntó si había sucedido realmente el recuerdo, o estaba sugestionado porque la mujer lo amenazaba.

—¡Vete... y... y déjame solo! —le ordenó tajante.

Brandon necesitaba recuperarse del vuelco que había sentido con la imagen de ella sosteniendo un puñal. ¿Había intentado matarlo en el pasado? En verdad la creía capaz de hacerlo.

Marina lo escuchó y perdió el color del rostro. ¡La despedía como si fuera una criada y no la señora de Ruthvencastle! Con ambas manos lo empujó hacia atrás. Brandon dio un paso para no perder el equilibrio. Era mucho más grande que ella, mucho más fuerte, pero lo había pillado desprevenido.

—¡Eres despreciable! —le gritó casi fuera de sí—. Rastrero, infame...

No podía continuar insultándolo porque se le hizo un nudo en la garganta. Cuando Marina fue a empujarlo de nuevo, se encontró de pronto rodeada por sus fuertes brazos y atrapada en un beso que le hizo olvidar al instante el enfado que sentía por él. La lengua masculina ahondaba en su boca como si buscara un tesoro oculto. Acariciaba los pliegues de su paladar, el interior de sus mejillas, y la mujer se encontró atrapada en una vorágine de sensaciones que no controlaba, aunque tampoco le importó. Deseaba las caricias de él, sentir sus manos firmes sobre su piel ansiosa. Hacía tanto tiempo desde la última vez que la besó, que no sabía cómo había sobrevivido hasta ese día.

Brandon sentía que perdía el control. Deseaba a ese demonio de mujer con una intensidad demoledora. Con un beso, se quedaba sin aliento. Y ella creía que la castigaba cuando el único castigado era él, que no podía dormir por las noches ni encontraba consuelo en su desmemoria, pero, tras besarla, ¡reconoció su sabor!, y ese descubrimiento le resultó tan asombroso como demoledor.

La abrazó todavía más fuerte.

Marina se derretía entre los brazos de su esposo, ignoraba en qué momento su mano había iniciado un lento recorrido por la parte posterior de su cuerpo hasta detenerse en la base de su nuca, y sujetarle mejor la cabeza para profundizar el beso todavía más. Había despertado sus puntos nerviosos en el deslizamiento de sus dedos por su espalda, y los sentía calientes: al rojo vivo. Marina quería más que un beso y Brandon estaba a punto de dárselo. Allí, con sus glúteos apoyados en la base del escritorio, con su pecho danzando al mismo tiempo que su lengua en el interior de ella, pero la voz de la duquesa de Arun logró que Brandon lo diese por finalizado, si bien no la soltó de sus brazos, no podía, pues ella estaba completamente apoyada en su pecho, y si dejaba de sostenerla, podría caerse al suelo. Cuando minutos después la separó unos centímetros de su cuerpo, comprobó que ella mantenía los ojos cerrados, tenía los labios hinchados, y respiraba de forma entrecortada.

Marina no pudo ver el profundo anhelo que se reflejó en las pupilas de Brandon, estaban oscurecidas por un deseo insatisfecho y primitivo: el mismo deseo que hacía mover montañas a los hombres.

Brandon volvió a besarla con pasión, y ella se dejó querer como antaño.

## CAPÍTULO 42

Mòrpradlann era tan grande que resultó desconcertante.

Además de la casa principal que habían consumido las llamas hasta los cimientos, en la propiedad había una pequeña casa de invitados, un granero, una cabaña en el límite de las tierras, y un aserradero. El sheriff habló con las gentes de Dunnett, y de todos obtuvo la misma respuesta: Sienna era la hija ilegítima de Jack Cameron Penword, laird de Ruthvencastle desde que adoptó el apellido McGregor, y de Fiona McCallen. El clérigo de Dunnett les explicó que la madre de Sienna pertenecía al Clan McCallen de las Tierras Altas. Ian conocía a otros McCallen que pertenecían al Clan McCallen de Tankerness. Ambos clanes tenían su propio laird, y ambos clanes estaban reconocidos por el Consejo Permanente.

Airlig McLaren, clérigo de Dunnett, le explicó a Ian que Sienna había sido priora en la Abadía de Aberdeenshire, pero que dejó la orden religiosa de improviso y sin ofrecer explicaciones. El religioso siguió explicándole detalles de la propiedad.

Escocia tenía la mitad del tamaño de Inglaterra, y solo una quinta parte de la tierra era cultivable o de pastos. Ese hecho significativo, junto con su extensa línea de costa, lograba que la pesca fuera parte esencial en la economía, mientras que la agricultura y el pastoreo eran secundarios. Si a ello se le sumaba el difícil relieve de los campos, la ausencia de calzadas principales, y la escasez en los medios de transporte, se explicaba la dificultad del poco comercio entre los diferentes territorios. La mayoría de los pobladores dependían de lo que se producía localmente, pero a menudo con pocas reservas en años aciagos. Por ese motivo la mayoría de la agricultura se organizaba en *bailes*, donde un puñado de familias cultivaban conjuntamente un área adecuada para dos o tres tipos de arado. La tierra se dividía en secas y húmedas ayudando a compensar algunos de los problemas ocasionados por el clima extremo. Mòrpradlann estaba situado muy al norte de Escocia, y diez familias se encargaban de su cuidado.

Los McColquhoun, McLien, y McMunro se ocupaban de la siembra y cosecha. Los McDewar, McPrimrose, y McSkene se encargaban del aserradero, y los McErskine, McForbes, McKerr, y McSleat del resto. Ian pensó que la hermana de su padre debía de ser una mujer muy rica para tener tantas familias a su cargo sin ser jefa de clan.

El clérigo siguió explicándole que Fiona había sido la única hija de Rona y Jamie McCallen, y que, tras las muertes de sus padres, las familias habían quedado bajo su cuidado. Ian se dijo que ahí estaba la explicación de por qué su tía había dejado la orden religiosa, y se preguntó en qué momento su abuelo había conocido a Fiona y se había enredado con ella hasta el punto de concebir una hija en común.

—Los restos mortales de su tía —le dijo el clérigo—. Han sido enterrados en el cementerio de Dunnet, pero las familias de Mòrpradlann necesitan seguridad.

—¿Qué clase de seguridad? —preguntó Ian.

El religioso caminó un paso hacia él.

—Necesita la protección de un laird, y seguir ocupándose de las tierras como hasta ahora —ahí estaba el quid de la cuestión—. Su tía Sienna dejó una carta para el laird de Ruthvencastle, junto a órdenes que debía cumplir.

Tanto el sheriff como Ian le explicaron al clérigo el grave ataque que había sufrido Brandon McGregor, y las secuelas que lo incapacitaban por el momento de ocuparse de esos asuntos. Ante la mirada desconfiada del religioso, Ian se comprometió a ocuparse personalmente de la protección y cuidado de las familias que ahora pasaban a estar bajo su cargo.

El resto de la tarde, Ian se dedicó a conocer y hablar con las familias McColquhoun, McLien y McMunro. Los días siguientes los ocuparía en conocer todas las responsabilidades y obligaciones que había contraído en Mòrpradlann.

Mary entró en la biblioteca donde la esperaba su padre. Justin se giró hacia su hija con el rostro todavía serio. Vestía un sencillo vestido verde y llevaba el largo y rojo cabello recogido en una trenza que había enrollado en la coronilla.

—Han surgido complicaciones —le dijo el padre de pronto.

Mary soltó un suspiro largo.

—Desde que estoy en Ruthvencastle siempre surgen complicaciones.

—Ian ha tenido que marcharse a Mòrpradlann —Mary miró a su padre sin comprender—. El sheriff de Edimburgo necesitaba su ayuda para esclarecer un asunto.

—¿Qué asunto?

—El asesinato de su tía Sienna —los ojos de Mary mostraron la confusión que sentía—. Todos desconocíamos que el primo Brandon tenía otra hermana a parte de Violet Casandra.

Mary se mostró perpleja.

—¿Otra hermana? —preguntó.

Justin no se fue por las ramas.

—Hermana que ha sido asesinada.

Ahora se llevó la mano a la boca.

—¿Cómo es posible?

Justin había meditado mucho en todo ese asunto mientras esperaba la llegada de su hija, y le preocupaba enormemente su seguridad. Sienna McGregor había sido asesinada, y también lo habían intentado con Brandon. Si Ralph Breweer y su esposa Emy no hubieran ido a Ruthvencastle, su primo ahora estaría muerto.

—Quiero que regreses a Crimson Hill hasta que se resuelva este asunto.

Mary abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Ella había decidido hacerlo y dar por finalizado su matrimonio, pero si Ian no estaba, y su suegro estaba desmemoriado, no quería dejar sola a su suegra. Marina era una bellísima persona, y no se merecía que la dejaran sola ante el peligro. Su padre había mencionado que la recién tía descubierta había sido asesinada, y también lo habían intentado con Brandon. Marina corría peligro, y ella no pensaba abandonarla a su suerte.

—No puedo dejar a lady McGregor aquí sola.

—Yo tengo que regresar a Portsmouth de forma urgente —le aclaró el padre.

—Pues hágalo —lo animo Mary.

—¡Pero no puedo dejarte aquí! —exclamó el duque—. No cuando ignoramos quién desea la muerte de Brandon... —Justin hizo una pausa—, o la de Ian.

Fue escucharlo y entrar en shock. ¿Alguien quería matar a Ian? La sangre se le espesó en las venas.

—¿Ian corre peligro? —se aventuró a preguntar.

—Debo hacer algunas averiguaciones —dijo el duque en voz alta, aunque para sí mismo—. Enviaré a hombres para que protejan a Marina y a Brandon.

Mary lo escuchaba sin dejar de mirarlo. Sabía que su padre había tomado y descartado opciones, pero ella había decidido posicionarse.

—Me quedo en Ruthvencastle.

Fue escucharla, y los ojos de Justin se clavaron en ella.

—Vas a regresar con nosotros.

Mary negó con la cabeza de forma rotunda.

—Mi lugar está aquí —afirmó.

El duque masculló por lo bajo. Su hija era la más terca de todas las mujeres de la cristiandad.

—Entonces vendréis los tres a Crimson Hill —sentenció—. Ruthvencastle no es seguro para ninguno.

—No voy a dejar solo a mi esposo —casi gritó la muchacha.

Mary se dijo que Ian la necesitaba más que nunca.

—¡Maldita sea! —vociferó el padre.

—¿Qué sucede? —la voz de la duquesa se escuchó desde la puerta.

Lady Penword se había cansado de esperar y había decidido ir a indagar sobre la conversación que mantenían padre e hija.

—Mary se niega a acompañarnos de regreso a Crimson Hill —reveló el duque.

La muchacha irguió la espalda y lo miró de frente.

—Mi esposo es capaz de protegernos —lo defendió—, y mi lugar está aquí en Ruthvencastle.

—Pero habías decidido abandonarlo —le recordó la madre.

Mary hizo una inspiración profunda antes de girarse hacia la figura maternal.

—Sí, es cierto, había decidido muchas cosas, pero antes de que las circunstancias cambiasen —admitió culpable—, y ahora no pienso abandonar a Ian, tampoco a Marina, ahora es cuando más me necesitan.

Lady Penword avanzó hacia su hija con una sonrisa en los labios.

—Esta es mi muchacha valiente.

—¡Dawn! —exclamó Justin perplejo.

La mujer se giró un tercio hacia su esposo, y lo miró con ojos entrecerrados.

—Su lugar está aquí —Justin pensó que su esposa no era consciente del peligro que corría Mary en Escocia—. Manda un telegrama a Whitan Hall, mi familia estará encantada de ayudar.

¿Pedirle ayuda a los Beresford? ¿Antes tragaría brea! Él era perfectamente capaz de ocuparse de la seguridad de su hija, de su primo, y de su familia al completo.

Marina abrió los ojos y clavó las pupilas en el rostro de su marido. Los dos estaban desnudos en el lecho, y sudorosos. Brandon le había hecho el amor como un loco llevándola hacia la cima del placer, hacía años que no disfrutaba de la intimidad entre los dos con esa intensidad. Parecía que el tiempo no había transcurrido entre ambos.

El iris verde de sus ojos, no se apartaba del rostro femenino.

Marina lo había abofeteado, él la había besado. Marina lo había amenazado, y él le había animado a que ejecutara su venganza. Marina había intentado golpearlo de nuevo y había obtenido una respuesta inesperada por su parte: la había besado de forma profunda y completa. Y sin saber cómo, habían terminado en el lecho amándose como en el pasado.

Lady McGregor sonrió de medio lado.

—Si llego a sospechar que responderías así, te habría golpeado mucho antes.

Brandon soltó una risa. El brazo en el cabestrillo había sido un impedimento para abrazarla y acariciarla como pretendía, pero se había apañado bastante bien.

—Siempre me he preguntado cómo puede tu lengua ir más rápido que tu caballo... —fue decir la frase y soltar un gemido—. ¡Cabrón! —exclamó el laird.

Se reincorporó en el lecho y se quedó absorto mirando un punto indeterminado de la estancia.

—¿Brandon! —Marina se apoyó sobre un codo y lo miró intensamente.

El hombre se levantó de la cama sin importarle su desnudez. Marina recorrió los músculos marcados. Había perdido mucho peso, pero Brandon seguía teniendo un cuerpo hercúleo.

—Recuerdo a Cabrón...

Marina terminó por sentarse en medio del colchón. La sangre corría hirviendo por sus venas.

—¿Recuerdas a mi caballo, pero no me recuerdas a mí? —estaba tan asombrada que la pregunta sonó demasiado aguda.

—Ian... Serena... —Brandon se giró hacia ella y la miró con ojos entrecerrados—. ¡William!

Marina cerró los ojos durante un instante con inmenso alivio. Parecía que los recuerdos regresaban a su esposo.

—¿Nos recuerdas? —se atrevió a preguntar.

Brandon apretó los labios hasta reducirlos a una línea. Por sus ojos se paseó un brillo de ira, de tormento, y de desconcierto.

—William Duncan me disparó —Marina se tapó la boca con una mano para contener un grito de espanto—. Mantuvimos una discusión, y el desgraciado se atrevió a dispararme.

—Serena... ¿dónde está Serena? —Marina hizo la pregunta con un hilo de voz.

Brandon se tomó un tiempo en responder. Cada recuerdo le suponía un latigazo doloroso en la sien, pero su mente se iba llenando de ellos. Cuando escuchó la palabra Serena, su corazón se encogió dentro de su pecho.

—En Mörpradlann.

Marina bajó los ojos inmensamente aliviada. Su esposo había recuperado la memoria, pero ignoraba que su hermana estaba muerta, y se preguntó si William Duncan tendría algo que ver en todo ese asunto, pero al fin sabía dónde se encontraba su preciosa hija, e Ian había ido en su busca.

—Brandon, tengo que comunicarte algo...

## CAPÍTULO 43

Lo último que esperaba Ian en esa tarde, era ver a su padre en Mòrpradlann. Acababa de regresar del aserradero y de hablar con las familias McErskine, McForbes, McKerr, y McSleat. Lo vio descender de la montura sin la agilidad de antes, pero mucho más seguro desde la última vez que lo vio en Ruthvencastle. Cuando su padre lo miró, el corazón de Ian se sobresaltó porque lo reconocía.

Brandon McGregor venía acompañado de dos hombres, Ian ignoraba que era agentes de la ley enviados por el sheriff de Edimburgo.

—¡Ian, hijo!

Él, se quedó parado sin saber qué hacer. Brandon tomó la iniciativa. Cojeando de forma pronunciada, se dirigió hasta donde se encontraba su hijo y lo abrazó de pronto, aunque le entorpeció la mano derecha. Ian se quedó perplejo pues era la primera muestra de cariño que su padre le ofrecía en años, e hizo lo único que se le ocurrió, devolverle el abrazo.

—¡Está recuperado! —exclamó emocionado de verdad.

Llevaba semanas inmerso en una angustia demoledora.

—Tenemos que hablar —le dijo el padre de pronto.

El resto de familias del clan saludaron al laird de Ruthvencastle como correspondía. Ian se encontró caminando tras su padre sin decir nada. El andar de Brandon no era tan seguro como en el pasado, pero supo que era cuestión de tiempo que su padre volviera a ser el mismo de siempre. Brandon tomó asiento en el interior de la casa de los McForbes, e invitó a Ian a hacer lo mismo. Les sirvieron whisky a los dos, Ian se bebió el suyo de un trago. Carraspeó un segundo después por el sabor tan fuerte. Les volvieron a llenar los vasos. Brandon también se bebió de un trago el suyo, después colocó el vaso vacío sobre la mesa y miró sin ambages a su hijo.

—No esperaba verte aquí solo —le dijo el laird.

Ian hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El sheriff regresó a Edimburgo hace dos días, y el capitán Kelly y sus hombres también —respondió todavía asombrado de ver a su padre—, yo tenía que conocer la propiedad, también debía asegurarles a las familias que no iban a quedar desamparadas.

Brandon miró al cabeza de la familia McForbes con un interrogante, y durante la siguiente hora, McForbes le hizo un resumen detallado y minucioso sobre las últimas noticias. Ian se percató de que los dos hombres se conocían.

—Sienna McGregor fue asesinada —informó Ian.

Brandon ya lo sabía, y lo lamentaba de verdad, por ese motivo le acompañaban dos agentes de ley que actuaban de escolta para él.

—Ha sido William Duncan —reveló pensativo.

Ian lo miró sin un parpadeo. Había escuchado ese nombre en casa de su abuela Morgana, pero no podía darle credibilidad hasta que lo escuchara de boca de su padre.

—¿William Duncan? —preguntó.

—Bruce Duncan vino a buscar a Serena, pero yo la había alejado de Ruthvencastle porque conocía sus intenciones, entonces comenzamos a discutir, y momentos después llegamos a las manos —por ese motivo estaba el salón de Ruthvencastle revuelto se dijo Ian—. En un momento de la pelea, y cuando sujetaba a Bruce por el cuello, William sacó un arma y me disparó.

—¿Por qué? —quiso saber el hijo.

Brandon miró a la familia McForbes y les hizo un gesto para que los dejaran solos. La familia



al completo abandonó la casa.

—Bruce Duncan quería hacerme cumplir el acuerdo firmado por el conde de Zambra, el abuelo de tu hermana, y me negué de forma rotunda. Siempre me opuse a ese compromiso, y posicionarme me costó la lealtad de Marina que no quiso comprender mi postura, pero tu madre, como extranjera, no conoce nuestras costumbres ni las leyes que rigen en el clan —siguió contando Brandon—. Me desafió, me retó, y tuve que tomar medidas al respecto.

Ian se quedó pensativo. Según le contaba su padre, esa debía de haber sido la causa para el cambio operado en su madre.

—Que no quisiera cumplir el acuerdo matrimonial no es suficiente motivo para que Bruce Duncan le disparara.

Brandon tomó aire.

—La enemistad con la rama bastarda de los Duncan viene desde muy lejos en el tiempo —comenzó a explicarle a su hijo.

—Lo sé, la abuela Morgana me lo explicó —era una recriminación, pero Brandon no se lo tomó a mal—. Aunque obvió el nombre de Sienna, incluso ahora dudo de que la conozca.

Brandon hizo un gesto apenas perceptible.

—No la conoce —afirmó—. Fiona McCallen de Tankerness, no quiso que su hija fuera conocida como la bastarda McGregor —le informó—. Yo me enteré de la existencia de mi hermana cuando murió mi padre. Quise conocerla, y viajé hasta aquí, pero Sienna había tomado los hábitos. Hable entonces con su madre, Fiona McCallen, y me lo explicó todo.

En esa declaración había muchos matices que necesitaban aclaración.

—¿Por qué una mujer tan importante en las Tierras Altas decidió tomar los hábitos? ¿Por qué mantuvo su parentesco en el anonimato?

Brandon soltó un suspiro largo.

—Sienna decidió tomar los hábitos después de ser agredida físicamente por William Duncan —Ian parpadeó asombrado al escucharlo—. Mi padre le debía miles de libras a los Duncan, y se negaba a pagarles, todo tenía que ver con un rebaño de ganado que compartían, y que se vendió. Cuando William quiso tomarse la justicia por su mano no pudo porque mi padre murió de repente. Yo ignoraba que Jack Cameron Penword le había dejado a su hija bastarda los miles de libras que había obtenido vendiendo el rebaño de ganado que compartía con los Duncan. De alguna forma que todavía no puedo explicarme, William se enteró de la existencia de Sienna, y le demandó el dinero que mi padre le había dejado en herencia.

Ian ahora entendía el motivo para que Ruthvencastle estuviera en estado ruinoso. Su abuelo Jack le había dejado todo el dinero a su hija bastarda, quizás en un intento de purgar su pecado.

—¿Sienna no se lo restituyó a los Duncan? —quiso saber—. Al fin y al cabo era dinero de ellos.

Brandon hizo un gesto negativo.

—William perdió los nervios, y, herido en su amor propio y acuciado por las deudas, la atacó, por ese motivo envió a Ewan Alisdair Duncan lejos de Escocia, porque era el fruto de aquella agresión —Ian había enmudecido al escucharlo—. William sabía que yo reclamaría venganza.

—¿Ewan Alisdair Duncan es su sobrino? —era una pregunta que no requería una respuesta—. ¿Sienna se desentendió de su propio hijo?

Brandon negó con la cabeza.

—Fue la madre la que decidió el destino de la hija, y del nieto no deseado. Si no había permitido que se conociera la bastardía de su hija, ¿cómo iba a permitir que se supiera que un acto tan vil había tenido consecuencias nefastas para Sienna?

Ian lo veía ahora todo mucho más claro.

—Según he podido averiguar Fiona McCallen de Tankerness era una mujer poderosa — argumentó el hijo—, a Sienna no le hacía falta el dinero de los McGregor.

—Ignoro por qué mi padre hizo lo que hizo, como vender las tierras que había obtenido de los McQueen gracias al acuerdo de compromiso de mi hermana Casey...

Ian hizo una mueca, su padre era el único que llamaba a su hermana así. El resto la conocían por Violet, su primer nombre.

—Con respecto a los McQueen, tengo algo que informarle.

Ian tomó aire, y, a continuación, pasó a relatarle cómo habían encontrado Ruthvencastle después de regresar del viaje a España, le relató que lo había encontrado herido e inconsciente en casa de Ralph y Emy, también le detalló de forma minuciosa, todos los pasos que había dado en el clan McGiver. A Brandon no le hizo gracia que hubiera intervenido sobre asuntos que solo le correspondían a él como laird de Ruthvencastle: como el acuerdo de compromiso entre Serena y los Duncan, pero entendió que las circunstancias apremiaban.

—¿Dónde está mi hermana? —quiso saber Ian.

—Mi hermana Sienna la llevó a la Abadía de Aberdeenshire donde había llegado a ser priora tiempo después de tomar los hábitos —Ian ya lo había imaginado—. Abandonó la abadía y sus votos cuando su madre Fiona murió y tuvo que hacerse cargo del clan McCallen. Mi hermana sabía que era el lugar más seguro de Escocia para esconder y proteger a tu hermana.

El resto ya lo sabía Ian.

—Tenemos que ir a buscarla —dijo de pronto el hijo.

Brandon negó con la cabeza.

—Iré con tu madre a Iona para buscar a Serena, tú tienes que regresar con tu esposa Mary — escuchó el nombre de su esposa en labios de su padre, y su pulso se le aceleró—. Siento todo esto que ha ocurrido.

Él, también tenía que disculparse.

—Y yo lamento haberle creído tan cruel para encerrar a mi hermana sin motivo.

—Sí, los había, Ian, y uno muy importante, pero no quería preocuparos sino protegeros.

—Ahora lo sé —susurró el otro con voz queda.

—Tu hermana desoía mis órdenes de que no saliera sola de Ruthvencastle, me desafiaba constantemente, y yo solo quería protegerla de un posible rapto. Cuando tuve la certeza de que vendrían a llevársela gracias al acuerdo que firmó el padre de Marina, no me quedó más opción que encerrarla para protegerla.

—Siempre lo culpé del estado ruinoso de Ruthvencastle, y de las miserias que soportábamos.

Brandon soltó un suspiro largo.

—Mi padre fue un descerebrado que solo buscaba medrar en poder y riqueza. Hizo muy malos negocios con varios clanes del sur y que me llevaron a la bancarrota después de su muerte. Mi tío Devlin me hizo varios préstamos porque en ocasiones no sabía si saldríamos adelante, y llegó un momento que sentí que me ahogaba y que ya no podía más.

Ian ahora comprendía el motivo para el cambio que se había operado en su padre. Él, también se había sentido al punto de la asfixia.

—Y entonces conoció a Marina del Valle.

Los ojos de Brandon se iluminaron.

—Mi padre había hecho acuerdos matrimoniales conmigo y con tu tía, y ambos los incumplimos.

—La deuda con los Duncan está saldada —reveló Ian—. Pero Angus desea hablar con la tía

Violet y con su esposo, pues quiere renovar el acuerdo con su hija María.

Brandon silbó. El barón de Bidasoa no iba a aceptar ningún acuerdo que implicase a su única hija. De repente, el laird miró a su hijo con auténtica admiración.

—Yo no lo habría hecho mejor. —Ian, por primera vez en su vida, se ruborizó hasta la raíz del cabello—. No puedo estar más orgulloso de ti.

Tuvo que carraspear para encontrarse la voz. Ian se dijo que después del disparo y de recuperar la memoria, su padre no parecía el mismo, estaba irreconocible.

—¿Madre sabe todo esto? —le preguntó.

Brandon volvió a negar con la cabeza.

—Tengo muchas cosas que explicarle, y no sé por dónde empezar.

—Por la verdad —lo instó el hijo—, que no se volvió un cabrón de la noche a la mañana, sino acuciado por los acontecimientos y las deudas.

—Lamento que hayas tenido que emplear la herencia que te dejó Álvaro del Valle y tu tío abuelo Devlin por mi causa.

Ian soltó el aire.

—Por su causa no, por mi descerebrado abuelo —afirmó Ian—. En Crimson Hill se extrañaron de su ausencia en el entierro del duque de Arun.

Nada pesaba más en el ánimo de Brandon que no haber podido ir hasta Inglaterra para ofrecerle los honores que requería una persona tan distinguida y admirada como su tío.

—Iba a hacerlo, pero un disparo me lo impidió.

Ian ahora conocía la causa. Padre e hijo se quedaron durante un momento en silencio.

—Hace tiempo que tendría que haber vendido la casa de Edimburgo, la que me regaló tu tío abuelo Devlin por mi nacimiento, pero es la única herencia que podré dejarte —le reveló el laird con pesar—. Como Ruthvencastle, que es la herencia de tu hermana.

Ian soltó de pronto una sonora carcajada.

—Serena le pegará fuego a Ruthvencastle y lo reducirá a ruinas —Brandon lo miró serio, un segundo después estalló también en carcajadas—. ¿Cómo es que Serena heredará Ruthvencastle?

Ian tomó aire y lo soltó poco a poco antes de responder.

—Porque era el deseo de mi madre, que era descendiente Ruthven, como lo es Serena.

Brandon puso de nuevo whisky en los vasos e hizo un brindis.

—Por tu boda, a la que no asistí.

Ian entrecerró los ojos.

—Por mi futuro con lady McGregor —los dos bebieron al unísono—. ¿Qué será de William y Bruce Duncan? —preguntó Ian tras unos momentos.

Brandon respiró profundo.

—El sheriff de Edimburgo se ha encargado de William, de Bruce, lo ignoro.

—Puedo restituirle el dinero del rebaño —Ian pensaba en la dote de su esposa Mary que estaba intacta.

—No te preocupes que ya he pensado en ello —contestó Brandon—. Tú preocúpate de hacer feliz a tu esposa.

Ian se descorazonó. Se había marchado sin decirle nada a Mary, y ahora tenía que enfrentarla. Se habían solucionado los problemas con su padre que retomaba de nuevo el control de todo. Ian sintió un verdadero alivio de poder dejar la responsabilidad del clan en sus manos.

—Hay muchas cosas que hacer aquí en Mòrpradlann —dijo pensativo.

—Y se harán, yo me encargaré de ello, pero antes debo ir a la Abadía de Aberdeenshire para recuperar a tu hermana.

—¿Regresamos entonces a Ruthvencastle?

Brandon negó con la cabeza.

—Mary te espera en vuestra casa de Edimburgo, su padre la dejó allí de regreso a Crimson Hill. Hablé largo y tendido con mi primo y su esposa, Mary estaba presente, y aceptó esperarte allí.

Ian sentía de pronto la urgente necesidad de ir en su busca. Toda la tensión acumulada durante esos meses, se había disipado al fin. Su padre se había recuperado totalmente y se encargaría de todo, como siempre. Ian iba a levantarse, pero tenía una última cosa que decirle.

—La felicidad de mi madre me importa demasiado —confesó el hijo de pronto—, y no pienso permitir que la haga desgraciada —tomó aire antes de continuar—, tampoco a mi hermana a la que adoro. —Brandon entendió la advertencia en las palabras de su hijo—. Haga lo que sea necesario, venda lo que pueda, pero mi madre no será criada en Ruthvencastle porque no lo permitiré.

Brandon desvió los ojos con cierta vergüenza. Tras los problemas, había recuperado a Marina, y no pensaba hacer nada que pudiera estropear lo que habían logrado juntos.

—Marina y yo vamos a pasar una larga temporada en Zambra, también Serena. Tu hermana tiene que aceptar la herencia que le dejó su abuelo.

El pecho de Ian se llenó de dicha.

—¿Y qué sucederá con Ruthvencastle? ¿Con las familias que dependen del clan?

Brandon lo pensó durante un momento largo antes de responder a su hijo.

—Así se caiga la última piedra que no me va a importar en absoluto, y el clan ha sobrevivido a cosas peores, además, le pediré ayuda al clan McGiver, creo que es hora de enterrar el hacha de guerra con Morgana de una vez por todas.

—Mi abuela lo odia con todas sus fuerzas —ese detalle no era desconocido para Brandon.

—Nada le importa más a esa bruja que mandar y dominar, y tenerme fuera de las Tierras Altas por tiempo indefinido, es un regalo que no rechazará, te lo aseguro. Vendería su alma al diablo si con ello lograra que yo no regresara de Inglaterra.

Ian se quedó pensativo durante un momento largo.

—Mi abuela pretende que yo sea laird de los McGiver.

Brandon giró el rostro hacia la ventana y tragó saliva. Un segundo después volvió a mirar el rostro de su hijo.

—¿Deseas serlo? —se atrevió a preguntar.

Ian era un McGregor de los pies a la cabeza y no quería mostrarse desleal, pero si aceptando ser el laird de los McGiver se terminaban las luchas entre los clanes... estaba meditándolo muy seriamente.

—Soy un McGregor, pero también soy un McGiver, y me siento dividido.

Brandon tomó aire y lo expulsó lentamente. Hizo una mueca con la boca y se recolocó el brazo derecho porque se le había dormido.

—Tienes mi permiso para liderar a los McGiver —las palabras de su padre tardaron unos segundos en penetrar en su cerebro—. Tu hermana Serena será una perfecta jefa para los McGregor.

Ahora lo miró estupefacto. ¿Lo decía en serio?

—¿Serena?

—¿No la crees capaz? —le preguntó el padre.

Ian terminó sonriendo. Su hermana Serena tenía el mismo carácter irascible, terco y voluntarioso que el padre de ambos, podría liderar no solo el clan McGregor sino veinte más.

—Ya lo creo que es capaz...

—Vete Ian, pasa un tiempo con tu esposa. Nos reuniremos más adelante en Crimson Hill. Os enviaré un mensaje cuando hayamos salido de Zambra.  
Padre e hijo ya no se dijeron nada más.

## CAPÍTULO 44

Deveron House dejó a Mary sin aliento. No era una casa sino una espectacular mansión señorial justo a las afueras de Edimburgo, y con una gran extensión de tierra hasta donde la vista alcanzaba. El primer día de llegada, y tras cruzar la larga y dorada verja, quedó sin habla. El carruaje ducal tuvo que recorrer todavía una gran distancia por el interior de las tierras de Deveron House para llegar hasta la preciosa casa. En los verdes prados pastaban tranquilamente las ovejas. Según le había explicado su padre Justin durante el recorrido, había sido construida por el famoso arquitecto Findhorn Teith para el tercer duque de Arun, que supo imprimirle al lugar una personalidad única. El estilo era algo recargado, así como la decoración, pero a ella le encantó. Los jardines y el parque resultaban maravillosos. Era una delicia pasear por el jardín vallado, perderse entre los árboles y contemplar el reflejo del cielo en el estanque.

Su abuelo Devlin había sido muy generoso regalándole a su sobrino escocés una propiedad tan hermosa.

Deveron House era un verdadero remanso de paz alejado del frenesí de la ciudad de Edimburgo. Mary se preguntó por qué motivo vivían los McGregor en un castillo tan ruinoso como Ruthvencastle poseyendo una mansión tan magnífica, y no pudo encontrar una respuesta a su pregunta. Iba a emplear bastante dinero en mantenerla a punto pues la casa necesitaba muchos sirvientes, pero su padre le había asegurado que él correría con todos los gastos. Deveron House ya tenía cocinera, mayordomo, tres doncellas, y dos mozos de cuadra que sus padres habían contratado en Edimburgo.

Mary se sintió muy afortunada. Iba a costar un tiempo ponerla a punto, pero ella se sentía muy feliz de contribuir a que fuera una realidad.

En ese momento se encontraba caminado por el largo sendero descendente que la conducía al mar, pero escuchó los cascos de un caballo y detuvo sus pasos. Se giró sobre sí misma y comenzó a regresar hacia la casa. Cuando llegó a los establos, miró al jinete y contuvo el aliento.

¡Ian había llegado!

Su corazón se aceleró, el estómago se le encogió de emoción. Estaba algo desaliñado, pero ella no tenía modo de saber que había cabalgado sin descanso desde las Tierras Altas. Ahora tenían toda la casa para ellos solos pues ella había convencido a sus padres para que se marcharan a Crimson Hill. Su madre lo había hecho renuente, pero ella le había asegurado que estaría bien.

Ian debía de haberla escuchado porque se giró hacia ella. El mundo se detuvo para los dos.

—¡Mary! —exclamó con ojos brillantes.

El rostro de su marido no se podía interpretar de otra forma salvo que estaba feliz. ¿Se alegraba de verla? Dudó en dar el primer paso, pero no hizo falta porque Ian ya corría hacia ella. La abrazó con fuerza, y ella se dejó sentir.

—He pasado mucho miedo por ti —le dijo la mujer.

Ian la abrazó más fuerte.

—Y yo me moría por verte.

—Si te hubiese ocurrido algo...

Mary sentía la necesidad de besarlo. De apretarlo contra sí misma y no dejarlo marchar nunca más. Había sido muy consciente del peligro que habían corrido todos en Ruthvencastle, y cuando pensó que Ian podía terminar malherido como su padre Brandon, le hizo comprender cuánto le importaba.

Llevaba muchas semanas profundamente enamorada de él, y pensaba decírselo.

—Ya se ha solucionado todo, y no sabes el alivio que siento.

Ella se apartó un paso de él y lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Todo? —preguntó. Un segundo después hizo un gesto negativo con la cabeza—. Aún te queda una cuestión de vida o muerte que resolver.

Ian no sabía que Mary se refería a sí misma y a sus sentimientos.

—Necesito darme un baño y alimentarme pues estoy famélico.

Mary soltó un suspiro suave.

—Ian... —comenzó ella—. ¿Esas van a ser tus primeras palabras en nuestro primer comienzo en Deveron House?

El hombre la tomó entre sus brazos y la besó. Se moría por hacerlo desde el mismo momento en que la había visto. Segundos después ella se apartó con una mueca de disgusto.

—Sabes mejor de lo que hueles.

Ian sonrió.

—Llevo dos días cabalgando sin descanso para llegar cuanto antes a ti —esas palabras la llenaron de emoción—. Si no fuera un caballero, ahora mismo estarías tumbada en la hierba y recibiendo todo lo que llevo guardado aquí —Ian se tocó el pecho con mirada emotiva.

—¿Qué llevas guardado ahí? —preguntó ella con voz templada como la miel.

Ian se moría por besarla de nuevo.

—Veinte años Mary —dijo sin un parpadeo—. Llevo veinte años guardados aquí.

Ian le tendió la mano a su esposa y la dirigió al interior de la casa.

—No la recordaba tan pequeña —dijo con ojos entrecerrados.

—¿Pequeña? —Mary no podía creer sus palabras. Deveron House era enorme.

—Tenía ocho años cuando vine por primera y única vez, para un niño tan pequeño, la casa parecía mucho más grande.

Ian hizo algo inesperado, la cogió en brazos y cruzó el umbral cargado con ella. Mary se sofocó, y se alegró de que estuviera limpia. Se había pasado todo el día junto a las doncellas adecentándola. Necesitaba una buena capa de pintura en las ventanas, pero ya era la casa de su vida y de sus sueños. Cuando Ian la dejó en el suelo del vestíbulo, ella se comportó como la señora de Deveron House. Ordenó a las doncellas un baño para su esposo, y mientras Ian subía para dárselo, se dirigió hacia la enorme cocina para darle instrucciones a la cocinera. Iban a cenar mucho más temprano por deferencia al señor, Julie Potter, la cocinera, tendría que adelantar la preparación.

Cuando Ian bajó treinta minutos más tarde, estaba bañado, afeitado, y con el cabello todavía húmedo. Mary lo esperaba al pie de la escalinata.

—¿Tienes hambre?

Ian la devoró con la mirada.

—Ni te imaginas cuánto.

—Entonces pasemos al comedor.

Cuando Ian vio el mantel de hilo bordado, la plata brillante, y la porcelana tan fina, se dijo que la mesa parecía tan elegante como lo estaría una mesa en el palacio de Buckingham, y se mostró sorprendido. Acababa de darse cuenta de que Mary no solo era su esposa sino la hija de un lord muy poderoso y rico. Siempre la había visto como su prometida, nunca como nieta e hija de duque, pero el ducado de Arun era el que más peso tenía en la corte. El ajuar de Mary era digno de una reina.

Ante el silencio de Ian, Mary se preguntó qué estaría pensando, y se preocupó.

—¿No te gusta como he dispuesto la mesa?

Ian entonces se fijó en algo más que el rostro de ella. En sus ansias por verse reflejado en sus ojos de plata, no se había percatado del vestido de seda azul que vestía, ni del elaborado moño que apenas se sostenía por el peso de su cabello. Caminó hacia ella que no se movió porque desconocía sus intenciones, Ian le quitó una única horquilla, y la cascada de fuego de su cabello la cubrió hasta las nalgas.

—Incéndiate así para mí.

Mary no pudo responder porque el mayordomo traía ya una bandeja con alimentos. Y durante la siguiente hora, Ian se dedicó a devorar con la boca el rico asado, y con los ojos a su mujer. No tenía que pensar en su padre herido, en su hermana desaparecida, en la infelicidad de su madre, ya no tenía sobre los hombros el enorme peso del clan que lo había ahogado hasta el punto de la asfixia. Ahora solo estaban ella y él, Deveron House, su herencia, y los enormes deseos de hacerle el amor a su esposa.

Le costó un horror contenerse. Los ojos de ella le prometían tantas cosas.

Mary apenas probó bocado. Miraba a Ian de forma subrepticia porque no sabía a qué atenerse. Quería que él le hablara, que le dijera que la amaba, necesitaba que le prometiese que todo iba a salir bien... que el matrimonio de ambos funcionaría.

—Te amo, Ian Douglas McGregor —dijo ella de forma inesperada—. Y no estoy bajo los efectos del alcohol.

Ian se llevó la sorpresa de su vida. El esposo dejó la servilleta sobre la mesa y entrecerró los ojos.

—Deseo que este matrimonio funcione, deseo tener hijas contigo...

Ian terminó levantándose de la silla y caminó los dos pasos que la separaban de ella. La sujetó por los hombros y la ayudó a que se levantara. La dejó plantada frente a él.

—¿Desde cuándo? —le preguntó, pues Ian tenía muy claro aquella noche en la que se emborrachó y también le confesó que lo quería.

Mary parpadeó solemne.

—Desde nuestra estancia en la cabaña de Moira —él, recordaba esa noche cuando había dormido abrazado a ella frente al fuego—. ¿No tienes nada que decirme? —Mary se veía ansiosa.

—Te quiero —correspondió él.

Ella parpadeó confusa.

—¿Y ya está?

Ian la atrajo de nuevo hacia él, y tomó la mano de ella. La puso sobre su pecho, y la miró intensamente.

—Aquí hay veinte años de amor, Mary. —Ella no esperaba esa respuesta pues había esperado una declaración de amor más pasional—. Doscientos cuarenta meses, mil cuarenta y dos semanas, siete mil trescientos días...

¿Le estaba diciendo él que la quería desde hacía veinte años?

—Hace todo ese tiempo era un bebé, no podías quererme.

Ian le sonrió con muchísima dulzura.

—Por ti he sentido todas las formas de amor posible —respondió sin dejar de mirarla—. Amor protector, cuando eras un adorable bebé y te vi por primera vez en brazos de tu madre Aurora. Aquel amor protector se convirtió en amor compañero mientras te veía crecer y desarrollarte como la persona que eres. Después paso a ser amor fatuo, porque fui consciente del compromiso que había adquirido contigo, y entendí que tenía que esperarte. Ese amor fatuo se convirtió en amor romántico, cuando te convertiste por fin en la preciosa e impulsiva mujer que



eres ahora, y del amor romántico pasé al pasional desde que me considerabas tan soso como una peladura de patata y deseaba mostrarte cuán equivocada estabas conmigo.

—¡Ian! —exclamó ella sobrecogida.

Había esperado una declaración de amor, pero jamás una como la que estaba recibiendo.

—Mi amor por ti es tan sincero y profundo que habría roto nuestro compromiso si me lo hubieras pedido.

—¡Ian! —volvió a exclamar ella que no se sentía con la capacidad de decir nada más.

—Me habría enfrentado a mi padre por ti, a tu padre por ti, a toda Inglaterra y Escocia juntos... —Ian tomó aire antes de continuar con su declaración—. Te llevo amando veinte largos años —terminó por fin.

A Mary no le llegaba la sangre al corazón de lo emocionada que estaba.

—Venías a Crimson Hill y apenas me veías —le reprochó.

—Me pasaba la vida mirándote —ella hizo memoria, pero no recordaba ese detalle significativo en sus visitas a Crimson Hill—. Tienes ciento treinta y nueve pecas entre el rostro y cuello —Mary se llevó la mano a la mejilla como si quisiera corroborar sus palabras—. Las contaba en cada visita.

Fue un duro golpe para ella conocer los sentimientos de Ian, y lo mal que se había portado siempre con él.

—Lamento todas las trastadas y desplantes que te hice en el pasado. Pero eras tan serio e introvertido que nunca sabía qué pensabas o qué querías, y creo que fue mi forma de moverte en un sentido o en otro.

—Sufrí lo indecible cuando te vi en brazos de aquel capitán —Mary bajó la cabeza completamente avergonzada—. Si me hubieras jurado que lo amabas...

Ian dejó la frase en el aire.

—He cometido muchos errores en mi vida —confesó ella.

—Como tu falso embarazo, o la amenaza de anular nuestro matrimonio.

Mary soltó un suspiro largo.

—Soy un poco impulsiva, lo admito, pero nunca quise herirte, de verdad. Por eso te pido disculpas ahora por todo lo que te hice sufrir en el pasado, sobre todo en Sevilla cuando no pensé en mi reputación ni en tu buen nombre. Aquello me perseguirá toda la vida.

—No tengo por costumbre recordar las cosas desagradables —contestó él.

Mary pensó que no se merecía un hombre como Ian, y lo quiso más todavía.

—No voy a permitir que me sigas ignorando —le advirtió ella.

Le había confesado que lo amaba, él le retribuía sus palabras, había llegado el momento de que la hiciera su mujer en todo el sentido de la palabra.

—¿Me encuentras atractiva, Ian?

—Te encuentro la mujer más deseable del mundo —él pudo leer en su rostro lo que significaban esas palabras para ella—. Pero le hice una promesa a mi madre mucho antes de casarme contigo.

—¿Le hiciste una promesa a lady McGregor?

—De esperarte hasta que me amaras —Mary lo miró bastante confusa y haciéndose miles de preguntas—. Ruthvencastle puede ser una tumba para una mujer completamente enamorada, imagínate para una que no lo esté —Mary comprendió entonces—. Si lograba que me amaras de verdad antes de obligarte a cumplir con tus obligaciones conyugales, jamás me abandonarías, como mi madre no abandonó a mi padre a pesar de que lo mereciera, a pesar de Ruthvencastle.

Esa revelación sincera la desarmó por completo.

—Es la declaración de amor más hermosa que podía esperar —susurró ella emocionada hasta el tuétano.

—Pues ha llegado el momento de hacer realidad esta declaración —Ian no le dio opción a replicar, la tomó en brazos y salió con ella del comedor en dirección a las escaleras.

Las subió de dos con ellas en brazos y sin que le faltara el resuello. La llevó a la estancia que compartirían en Deveron House y la depositó con ternura en el centro del lecho.

—Quería bañarme —ella se había puesto tan roja como su cabello.

—Yo te bañaré después —Ian ya se inclinaba hacia ella.

Por un momento, Mary sintió desazón porque lo veía decidido. Le puso la palma de la mano en el pecho recio, y lo miró con ojos brillantes.

—Tantas semanas deseándolo y ahora me asaltan las dudas —le dijo con voz muy baja.

—¿Qué dudas? —él ya la estaba desnudando.

—Que sea una decepción para ti.

—Nunca podrías serlo —ella iba a decir algo, pero entonces él tomó posesión de su boca.

La besó, y lo hizo con un ansia posesiva, buscando y encontrando. La respuesta femenina los sorprendió a ambos pues Mary pegó su cuerpo al de él, al mismo tiempo que inclinaba hacia atrás la cabeza para permitirle que el beso fuese más íntimo, más profundo. Jugó despacio con ella, mordió suave el labio inferior arrancándole un gemido ronco que enarboló más sus sentidos, como si ella fuera el manjar más exquisito. Los lamió despacio, apenas rozándolos con la punta de la lengua. Mary pensó que el sabor de su marido era dulce y ácido, era de miel y de vino. Un cosquilleo subió como veloz de la base de su espalda a su nuca, flotaba anclada a la vida solo por sus labios y quería más, mucho más.

Las dos bocas se devoraron.

Sin abandonar sus labios, las manos de Ian se deslizaron sobre la espalda de ella descendiendo lentamente hasta alcanzar los glúteos, se deleitó en acariciarlos bajo la enagua, ella sintió sus palmas que le dejaban una marca de calor. Mary creía que se iba a convertir en líquido. Ian la tomó de las caderas presionándola contra él, allí donde el deseo latía como piedra dura, y el cuerpo de Mary se arqueó de forma inconsciente. Reclamó de nuevo la boca de su marido mientras movía por instinto sus caderas, lo rozaba, lo tentaba.

Mary quería más, y todo lo que Ian deseaba complacerla. Ella no fue consciente de que sus manos se habían vuelto osadas hasta que oyó el ronco gemido saliendo del fondo de la garganta masculina. Se detuvo de inmediato. Durante un instante ambos se miraron prendidos en una llama que hubiese podido incendiar Deveron House.

—¡Dios, cómo te deseo!

Ella lo miró de frente, sus ojos grises parecían ríos de plata caliente donde quemarse. Le sonrió con dulzura, con los labios, con los ojos.

—Podrías matarme —susurró él.

Fue escucharlo, y un río de calor comenzó a serpentear entre sus piernas, y no quiso pensar en nada más.

El aliento de Mary rozó su boca, su rosada lengua probó el sabor de los labios lamiéndolos. Fue más de lo que él pudo soportar. Devoró su boca con hambre. Mordisqueó sus labios hasta que Mary se abrió a él, y entonces jugó con su lengua a provocarla: entraba y salía de ella con movimientos cortos, saboreando su interior. La respiración de Mary se hizo entrecortada, y él rio despacio, feliz, porque ella iba a ser por fin suya. Ian se desnudó rápido y ella lo miró curiosa. El cuerpo de Ian era de bronce y piel, parecía tallado como una estatua, y verlo desnudo le quitó la respiración, pero Mary hizo algo más que mirarlo. Sus manos recorrieron ávidas el ancho torso,

bajaron despacio por el abdomen recorriendo la línea oscura que partía desde el ombligo.

Con un gemido ronco, Ian reclamó de nuevo su boca, ahora era él el que necesitaba tocarla. Sus dedos acariciaron el cuello, creando hondas de placer que le subían desde el bajo vientre hasta el nacimiento de sus pechos. Deslizó la lengua sobre la satinada piel dejando un sendero de lava. Mary se le ofreció sin reparos. Lamió los pezones, los saboreó mordisqueándolos, ella arqueó el cuerpo pidiendo más.

La lenta tortura solo había comenzado.

Ian parecía que estaba en cada parte de su piel y en todas a la vez. Una mano fuerte bajó por su vientre al encuentro del suave bello de su pubis. El dedo corazón buscó la hendidura rosada hasta encontrarla, Mary gritó de placer al sentirlo.

Se apartó para acomodarse mejor.

Todo el cuerpo de Mary ardía, lo necesitaba, e Ian no se hizo esperar, la abrazó apasionado, ambas pieles rozándose de extremo a extremo. Enredó los dedos entre los cabellos de fuego de ella, y volvió a besarla en un beso mucho más devastador. Las manos jugaron con su espalda hasta llegar a los glúteos, apretándola contra la dureza de su sexo, y ella comenzó a moverse en lentos círculos, Ian jadeó al ritmo de sus movimientos hasta que supo que tenía que detenerla o se derramaría allí mismo, entonces, la sujetó de los muslos, y con la misma facilidad con que la había alzado, la colocó debajo de él, y comenzó a moverse. Primero fue el suave roce de su sexo contra los rizos mojados del vértice de sus piernas, después el peso de su cuerpo, pero Mary era de fuego, como su cabellera. Alzó las caderas adaptándose al ritmo de él, buscándolo, urgiéndolo en una necesidad ardiente de unirlo a ella, quería más, mucho más. Ian se puso rígido porque no podía resistirlo más. La penetró deslizándose en su interior de una sola embestida, y su boca se tragó el grito de dolor de ella. La alzó de los glúteos y se movió despacio, esperando a que ella adaptase su cuerpo de nuevo al placer. Se deslizaba dentro de ella como seda. La abrasaba y la quemaba. Retiró sus caderas un poco, haciendo que su virilidad casi saliera de ese canal líquido, y, de una fuerte estocada, se hundió firmemente en ella hasta la misma raíz. Con un gemido quedo, ella se dejó llevar por la corriente del deseo, y como si de una bala de plomo se tratase, el cuerpo de Mary estalló en miles de pedazos.

Los dos necesitaron un tiempo para recuperar el sentido y la respiración.

—Te amo, lady McGregor —le susurró Ian mientras comenzaba a moverse de nuevo en el interior de ella.

Ahora sí se sentía en verdad la mujer de Ian. Mary sonrió y comenzó a moverse al compás de él. Se sentía dolorida, pero su marido comenzaba a despertarle de nuevo esa hambre voraz por estallar de nuevo.

## CAPÍTULO 45

Una comitiva de dos jinetes más un carruaje salió de Ruthvencastle cuatro días atrás. En los caballos iban hombres del clan McGregor, en el carruaje, el laird y la señora.

En ese momento, Brandon y Marina esperaban a la priora de la Abadía de Aberdeenshire. Marina se veía impaciente, Brandon mucho más templado. Ella comenzó a caminar de un lado a otro de la estancia mientras él la observaba con atención.

—Confío que Serena nos perdone —murmuró Marina sin dejar de moverse.

—En todo caso es a mí a quien tiene que perdonar pues soy responsable de su encierro.

Los dos escucharon pasos tras la puerta y se giraron al unísono. Una mujer vestida con hábito religioso abrió la puerta con cuidado.

—Lady McGregor, laird —los saludó cordial—. Tomen asiento, por favor.

Marina aceptó la invitación, pero Brandon se mantuvo de pie.

—Venimos a buscar a nuestra hija Serena McGregor —dijo atropelladamente Marina que estaba impaciente.

—He consultado los registros —dijo la priora—, pero lady McGregor dejó este lugar hace meses.

Marina soltó un gemido.

—¿Cómo que dejó este lugar? —la pregunta de Brandon cortaba.

—Lady Sienna McGregor, tía de la muchacha, según consta en los archivos, se la llevó hace dos meses —la priora miró al laird que apenas salía de su asombro.

—Lady Sienna McGregor está muerta —dijo brusco.

La priora parpadeó afectada.

—¿Cómo es posible? —preguntó la mujer.

—Fue asesinada —siguió informando Brandon.

La religiosa se persignó.

—Dios la ampare en su gloria —susurró sentida.

—¿Dónde está mi hija?

La voz de Marina quemaba como el agua hirviendo. La priora parpadeó varias veces porque no sabía qué contestar.

—Cuando vino a recogerla nos mencionó que quería llevar a su sobrina a un lugar más cercano a Mòrpradlann pues Aberdeenshire está muy alejado de todo, pero no nos dijo hacia dónde se la llevaba. Tampoco nos pareció trascendente preguntárselo puesto que era la responsable de la muchacha.

Era cierto, la Abadía de Aberdeenshire se encontraba en las Hébridas, concretamente en la costa oeste de Escocia. La madre de Sienna, Fiona, había escogido ese lugar porque estaba muy alejado de todo, y creyó que era lo mejor para preservar la tranquilidad de su hija.

Brandon pensaba a toda velocidad.

—¿Dónde supone que pudo haberla llevado?

La priora se quedó pensativa durante un momento largo.

—Las hermanas visitamos a menudo un lugar: Rannoch. Es una pequeña ermita cerca de un lago. Al lado de la ermita los lugareños montan un hospital provisional para pobres donde solemos atender a los más necesitados, lo hacemos dos veces al mes.

Eso estaba a dos días de distancia a caballo. Brandon se preguntó por qué motivo su hermanastra Sienna habría llevado a Serena a un lugar más apartado todavía que la Abadía de

Aberdeenshire. Él le había explicado brevemente los problemas que tenía con los Duncan, y con el compromiso firmado por el abuelo de su hija. Sienna no había hecho preguntas, simplemente había aceptado ocuparse de su sobrina hasta que Brandon hubiera resuelto el asunto. Pero ahora, su hermana estaba muerta, y su hija en paradero desconocido.

—¡Brandon! —Marina lo había sujetado por el brazo pues él se había quedado ensimismado—. No perdamos más tiempo.

—Llegar hasta Rannoch es muy complicado —le dijo pensativo—. Será mejor que te quedes en Edimburgo con Ian y Mary.

Marina ya negaba con la cabeza.

—Los esposos deben de estar solos pues han pasado por muchas dificultades desde su matrimonio —explicó la mujer que estaba hecha un manojo de nervios.

—Iré más rápido si voy solo.

Ella volvió a negar.

—Estamos juntos en esto —afirmó ella—. Y ni tú ni nadie va a impedirme que vaya en busca de está mi hija.

Brandon estaba realmente preocupado. Una cosa era dejar a su hija con un familiar, y otra muy distinta no tener ni idea de dónde la habría escondido Sienna. Ahora se arrepentía de haberle contado la verdad: que él estaba en desacuerdo sobre el matrimonio pactado entre su hija pequeña y el bastardo de Duncan. Cuando mencionó el apellido del clan, el rostro de Sienna palideció. Brandon no había medido las palabras ni la urgencia, y ahora veía claro que su hermanastra podría haberse tomado su encargo de una forma mucho más personal y actuar al respecto. Ninguno de los dos esperaba que ella muriera en un incendio provocado, ni que Brandon estuviese meses desmemoriado.

—¡Brandon! —volvió a insistir Marina.

—Iré solo —afirmó el otro decidido.

Marina lo miró perpleja, un segundo después llena de pánico. Los ojos verdes de su marido mostraban una preocupación palpable.

—¡No puedo quedarme sola en Ruthvencastle esperando noticias!

—No te quedarás sola —afirmó el marido—. Voy a pedirle ayuda al duque de Arun.

—¿A lord Penword?

A toda Inglaterra si fuera necesario, se dijo Brandon.

—Voy a barrer las Tierras Altas hasta dar con Serena —a Marina no la tranquilizaron esas palabras, todo lo contrario, la pusieron más nerviosa todavía.

—Y yo voy a ayudarte.

Brandon negó vehementemente.

—Vas a quedarte con Mary e Ian.

—No lo haré —protestó enérgica.

Brandon pensaba a toda velocidad.

—Si no quieres quedarte con Mary e Ian en Edimburgo, entonces lo harás en Crimson Hill con lady Penword.

La religiosa siguió la conversación de ambos esposos con interés. Marina iba a protestar de nuevo, pero Brandon tomó sus manos y la miró a los ojos.

—El tiempo es precioso, y yo no quiero perderlo discutiendo contigo —Marina bajó el rostro angustiada.

Brandon se despidió de la religiosa y le dio las gracias en nombre de los dos. Sacó a Marina de la abadía y la ayudó a montar en el carruaje. Antes de darle las instrucciones al cochero le

preguntó a ella.

—Escoge el lugar donde deseas esperarme, Deveron House en Edimburgo, o Crimson Hill en Portsmouth.

Marina estaba muy preocupada por su hija Serena y no quería esperarla en ningún lugar porque se consumiría de angustia, pero la decisión de Brandon era inamovible. Podría esperar noticias en Edimburgo que no estaba tan lejos como Portsmouth, pero no sería justa con Ian y Mary cuando ellos no habían tenido ni la boda ni la luna de miel que se merecían por culpa de los acontecimientos.

—Crimson Hill —decidió al fin con un hilo de voz.

Brandon dio las órdenes al cochero, y le dio instrucciones a los dos hombres del clan que los acompañaban para que regresaran a Ruthvencastle. A raíz del intento de asesinato, Brandon había decidido no viajar solo e ir siempre preparado para cualquier eventualidad.

Brandon tomó asiento en el interior del carruaje frente a Marina que se retorció las manos sin piedad.

—Serena estará bien —le aseguró.

Marina no quería mirarlo porque se echaría a llorar. Si Sienna estuviese viva, no haría falta que buscaran a Serena, pero el intento de asesinato sobre Brandon y la muerte de su hermanastra en un incendio, los había llevado a un callejón sin salida.

—Te juro que Serena estará bien —insistió el laird sin dejar de mirarla.

Marina al fin alzó los ojos de sus manos para clavarlos en los verdes de su esposo.

—Hay de ti como ese juramento sea en vano...

## EPÍLOGO

Nicholas Thomas Worthington, cuarto conde de Blakwey, siguió mirando por las grandes cristalerías de la biblioteca de Lumsdale Fall, su hogar en Norfolk. Veía a su sobrino Samuel jugar, y sonrió satisfecho. Habían pasado casi tres años, años muy largos y muy duros, pero parecía que todo terminaba encauzándose.

Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, de ser considerado un paria, ahora se le aceptaba en los círculos más selectos, salvo que él ya no estaba interesado en pertenecer a una sociedad hipócrita además de falsa. Si no fuera por su sobrino, se habría marchado para siempre de Inglaterra.

No soportaba a la gente, mucho menos a los nobles de la corte que continuamente cambiaban de parecer como una mujer cambia de pañuelo. Estaba harto de ese mundo frívolo y superficial, pero ella había llegado a su vida para quedarse, y Nicholas se había reconciliado con el mundo.

Siguió bebiendo de su copa sin apartar los ojos de la ventana.

No podía verla, pero sabía que estaba muy cerca y vigilante. Samuel Jonathan Blanchard era hijo de su hermana Constance y de su esposo George, barón de Claflin, pero los dos habían muerto en un incendio en su hogar que había comenzado con una chispa en las cocinas, y había terminado por devorar toda la casa. Milagrosamente Samuel se había salvado, pero su hermana y su esposo no. Desde entonces, él se había hecho cargo del pequeño, y se pasó todo el tiempo buscando a la persona idónea para que lo ayudara a criarlo.

Rememorar todos esos recuerdos le provocaron una enorme tristeza.

La vida de Nicholas había sido un cúmulo de errores y desaciertos que había pagado muy caro con el desdén de la sociedad, y con el silencio de su propio padre que le había retirado la palabra hasta el mismo día de su muerte. Su madre había muerto dando a luz a Constante, quizás por eso él se había volcado en juergas y desmadres que su padre censuraba, y que nadie comprendía.

Pero, demasiado pronto, Nicholas había aprendido que la vida era muy corta para vivirla únicamente con normas y obligaciones. Su juventud la había pasado de juerga en juerga, hasta la muerte de su padre, y de su hermana.

Nicholas se había quedado solo, solo no, con un bebé al que cuidar. Él, que era la persona más inmadura e irresponsable de todas, había quedado a cargo de una vida inocente... pero eso había sido dos años atrás, ahora era un hombre ecuánime y justo que llevaba su título con orgullo, y cuidaba de su patrimonio con el mismo celo y rigor que lo había llevado su padre en vida, salvo que éste ya no podía verlo.

Nicholas lamentó tantos errores.

Una figura femenina salió de la sombra en el mismo momento que el pequeño caía al suelo. La vio ponerse en cuclillas y mirar con atención la rodilla del niño. No podía escuchar lo que le decía, pero sabía que le estaría dando ánimos. Tras unos minutos en los que el niño lloró, se secó las lágrimas, y se abrazó a la joven, ella no había parado de ofrecerle consuelo, después, todo volvió a la normalidad. Samuel siguió con sus juegos, ella se alzó de su posición y se giró. Sus ojos verdes miraron hacia la casa, pero él sabía que no podía verlo porque el sol de la tarde daba de lleno en los cristales.

El rostro femenino se mantuvo alzado. De pronto sonrió, y, cuando él vio los gruesos y apetitosos labios que se extendía en una hermosa sonrisa, el pulso se le aceleró. Era la mujer más bella que había visto nunca. La más deseable, testaruda, amorosa e impulsiva de todas, pero era su mujer, suya, y de nadie más.

Ella alzó la mano en un saludo, y él terminó abriendo la ventana para asomarse a devolvérselo.

—Hace una tarde estupenda —gritó la muchacha—. Ven a jugar con Samuel y conmigo.

—Ahora no puedo.

Ella, su diosa de cabellos dorados y ojos verdes, hizo un mohín con la boca como aceptando su declinación, un segundo después, se giró para seguir los movimientos del niño.

Nicholas suspiró. Meses atrás se había sentido muy agobiado, casi al punto de la depresión, pero entonces llegó a su vida esa delicia de criatura, y Lumsdale Falls ya no volvió a ser el mismo lugar, y él tampoco. Ella lo iluminaba todo con su sonrisa, con esa inagotable energía y vitalidad, pero lo más importante era que Samuel la quería. Se había ganado el cariño del niño por completo, y de él su gran admiración, también su deseo.

—Lord Jerome Hawkins espera en el vestíbulo —se escuchó la voz del mayordomo, Nicholas se giró sobre sus pasos.

Dejó la ventana abierta y caminó para tomar la tarjeta que el mayordomo le tendía, cuando la cogió, el sirviente cerró la ventana.

—Lo recibiré aquí.

El mayordomo hizo un gesto con la cabeza y salió por la puerta, un minuto después, el único amigo que conservaba de sus tiempos en la universidad, hizo su aparición en la espaciosa biblioteca.

Los dos hombres se dieron un abrazo.

—¿Cuándo llegaste a Norwich? —le preguntó Nicholas.

—Ayer, a última hora de la tarde.

—¿Cómo se encuentra lady Hawkins?

—Rachel te envía sus saludos, lamenta no haberme acompañado pero las reformas de la casa no admiten demoras.

—Eres tú el que no las admite.

Jerome hizo un gesto sarcástico con la mano.

—¿Y lady Worthington? —preguntó el amigo.

—En el jardín con Samuel.

Nicholas le sirvió una copa de brandy a Jerome que la aceptó gustoso.

—Tienes el mejor brandy de toda Inglaterra.

—Lo sé —afirmó el otro.

—¿Ya estás al día con los asuntos de la propiedad?

Le había llevado mucho tiempo ponerlo todo en orden, pero ya lo estaba.

—Mi padre nunca me dijo lo enfermo que estaba ni lo que había descuidado nuestras propiedades.

—Eso, y sin contar las de tu sobrino, que también tienes que gestionar.

—Para un juerguista como yo, no está nada mal.

La voz de Nicholas había sonado orgullosa.

—No le quites mérito a lady Worthington —Nicholas terminó por sonreír al escuchar a su amigo—. Gracias a ella no pareces el mismo hombre de hace dos años.

Nicholas se alegraba de no ser el mismo loco y descerebrado de entonces.

—No lo soy, me he tenido que convertir en padre y esposo casi al mismo tiempo, y para un hombre como yo, eso son palabras mayores.

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti, como presumo que lo está la corte.

—A la mierda la corte —farfulló serio.



Nada le provocaba más rechazo que todos esos snobs aristocráticos.

—¿No te ha llegado la invitación del marqués de Bell?

No, no le había llegado, y se alegraba.

—Temo que de esta no te podrás escapar como las doscientas veces anteriores.

Nicholas rechazaba prácticamente todas las invitaciones, sobre todo las que llegaban de Londres. A él no le apetecía en absoluto dejar Lumsdale Fall ni por un par de días. Londres había dejado de existir para él hacía mucho tiempo.

—Rachel está muy emocionada con esa fiesta —dijo lord Hawkins—, y temo que terminará por convencer a lady Worthington para que acepte asistir a ella.

Nicholas no lo creía probable porque su esposa aceptaba todavía menos invitaciones que él.

—Ya sabes que mi esposa detesta las fiestas, no creo que le apetezca ir.

—Algún día tendrás que mostrarla a la sociedad. Lady Worthington se merece ocupar el lugar que le corresponde como condesa de Blackwey.

Eso era lo que más temía Nicholas, la falsa y estúpida sociedad londinense que se le echarían encima como depredadores. Cuando se enterarán de que se había casado con una plebeya huérfana de las Tierras altas, caerían sobre ella como lobos, y por nada del mundo pretendía que eso ocurriese.

—Además —continuó el amigo—. No puedes mantenerla encerrada en Lumsdale Fall para siempre, sobre todo con esa hermosa propiedad que posees en Londres.

Nicholas terminó por cerrar los ojos.

—Nos gusta vivir en el campo.

Jerome ya no pudo contestar porque lady Worthington hizo su entrada en la biblioteca en ese preciso momento. Llevaba en brazos al pequeño Samuel.

—¡Lord Hawkins, qué sorpresa!

Jerome se giró hacia ella.

—Un placer, lady Worthington —el noble le hizo la venia y la besó en la mano.

Nicholas cogió a su sobrino en brazos porque se había dormido.

—¿Qué le trae a Lumsdale Fall? —preguntó la mujer jovial mientras tiraba de la cinta que llamaba al servicio.

—La invitación del marqués de Bell —dijo Jerome—. Rachel está muy ilusionada por asistir.

—Pero ya le he dicho a Jerome que no hemos recibido la invitación —explicó Nicholas.

La cara culpable de su mujer resultó muy elocuente. Sí, la habían recibido, pero ella la había echado al fuego.

—No tengo ninguna intención de viajar a Londres —exclamó vehemente.

Los dos hombres la miraron con atención porque vieron el miedo reflejado en los bonitos ojos verdes. Nicholas se preguntó por primera vez a qué se debía esa aversión por Londres que sentía su esposa.

—Es una ciudad donde se puede encontrar y comprar casi de todo —le dijo Jerome tratando de convencerla.

Nicholas percibió el nerviosismo de su mujer y su intriga aumentó. ¿Qué le sucedía? El mayordomo llegó con un lacayo que sujetó al niño sin que se despertara. Salió con él en brazos y seguido por la mujer que parecía que deseaba desaparecer de la biblioteca.

—¡Serena! —la detuvo Nicholas—. ¿Sucede algo?

Ella se giró, y Nicholas pudo apreciar que de tan nerviosa que estaba parecía mucho más joven, casi una niña.

—Acostaré a Samuel y bajaré en un momento, lord Hawkins, discúlpeme.

El hombre hizo una inclinación con la cabeza.

—Parece que he mencionado al diablo en lugar de Londres.

Nicholas seguía pensativo porque nunca la había visto tan nerviosa.

En el vestíbulo, la mujer se paró para tomar aliento. El mayordomo y el lacayo subían a Samuel por las escaleras, pero ella necesitaba unos momentos. Serena no podía pisar Londres porque podían descubrirla. Tenía demasiada familia y conocidos como para pasar desapercibida, sobre todo porque el marqués de Bell era conocido de su primo el duque de Arun. Además, estaba su tío Andrew Beresford que trabajaba para el cuerpo diplomático, y que vivía en Londres. No, ella jamás iba a pisar Londres ni regresaría a las Tierras Altas. Lo había jurado, y pensaba cumplir el juramento...

---

<sup>[3]</sup> Aurora en caló.

<sup>[4]</sup> Los españoles llamaban cangrejos a los ingleses por sus uniformes rojos en la Guerra de Independencia.

<sup>[5]</sup> Tocado, pequeño bocadito español, en francés.